COMENTARIO

DEL NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS — APOCALIPSIS

tomo
4

L. BONNET Y A. SCHROEDER

COMENTARIO

DEL

NUEVO TESTAMENTO

POR

LUIS BONNET Y ALFREDO SCHROEDER

(TRADUCIDO DEL FRANCES)

VOL. IV

HEBREOS - APOCALIPSIS

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Agencias de Distribución

ARGENTINA:
Casilla 48, Suc. 3, Buenos Aires
COLOMBIA:
Apartado Aéreo 15333, Bogotá
COSTA RICA:
Apartado 1883, San José
CHILE:
Casilla 3125, Santiago
ECUADOR:
Casilla 2166, Quito
ESPAÑA:
Arimón, 22,
Barcelona-6
ESTADOS UNIDOS:
Apartado 4255, El Paso, Texas 79914
GUATEMALA:
Apartado 1135, Guatemala
HONDURAS:
Apartado 279, Tegucigalpa
MEXICO:
Vizcaínas No. 16, México 1, D. F.
PARAGUAY:
Casilla 1171, Asunción
PERU:
Apartado 2562, Lima
REPUBLICA DOMINICANA:
Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY:
Casilla 2214, Montevideo
VENEZUELA:
Apartado 152, Valencia

Primera edición de C.B.P.: 1970
Clasifíquese: Comentarios - N. T. - DL
C.B.P. Art. No : 03053
2.5 M 4 70

INDICE

PROLOGO

Después de tantos años de espera, damos fin a la preparación del cuarto tomo de este Comentario de Bonnet & Schroeder, tomo que abarca los libros neo-testamentarios de Hebreos al Apocalipsis.

Ha sido altamente satisfactorio para nosotros, como traductores de las introducciones, clasificaciones y notas de los autores de la obra francesa, —y también como traductores directos del texto griego del Nuevo Testamento—, comprobar la fácil salida de estos tomos del Comentario, a diversos países de habla castellana; lo ha sido en especial la impaciencia con que se ha estado aguardando la publicación de cada nuevo tomo, y de este último singularmente. No hay nada de incorrecto en esto; la impaciencia es, en efecto, un testimonio del alto aprecio en que se tiene una obra como la que, tantos años hace ya, "tuvimos la osadía" de emprender, —para emplear una frase favorita del apóstol de los gentiles.

Debemos sin embargo presentar nuestras excusas por la demora que habrá sido considerada incomprensible por los amigos. Pero ha llegado la hora de dar término a esta situación. ¡Quiera Dios que este cuarto tomo corrobore todo lo que los anteriores han podido hacer en bien de la obra del Señor Jesucristo en estas tierras; y que sea necesario lanzar dentro de no muchos años una segunda edición revisada y actualizada en el país —que elementos capaces hay para ello—, dejando atrás la obra primitiva, no obstante su excelencia!

Rosario, mayo de 1952.

A. CATIVIELA.

EPISTOLA A LOS HEBREOS

INTRODUCCION

Los problemas históricos que plantea la epístola a los Hebreos, y que debemos examinar en esta introducción, están rodeados de mucha obscuridad. ¿Quién es el autor de este escrito? ¿cuándo fué compuesto? ¿a qué lectores fué primero destinado? Los antecedentes suministrados por la antigüedad cristiana son insuficientes para responder con certidumbre a estas preguntas, y el estudio de la epístola misma no conduce más que a hipótesis más o menos probables.

I

LA SUERTE DE LA EPISTOLA

La epístola a los Hebreos tiene su origen en la edad apostólica. Clemente de Roma cita pasajes enteros de ella y parafrasea otros en su carta a los Corintios, escrita el año 96. Hallamos huellas probables de nuestra epístola en Justino Mártir († 165) y en Teófilo de Antioquía (hacia 180). La versión siríaca, la Peschito, la contiene, mas no la atribuye a Pablo; la coloca a continuación de las epístolas dirigidas por el apóstol a particulares. En la Iglesia de Alejandría, una antigua tradición parece haber designado a Pablo como autor de la epístola a los Hebreos. Ya a fines del siglo segundo, los doctores de la célebre escuela de esa ciudad procuraban apartar las dificultades que presenta esta opinión. Eusebio (H. E. 6, 14, 2) cita un pasaje de Clemente de Alejandría donde se dan las razones por las cuales no habría puesto Pablo su firma al encabezar la epístola. "El bienaventurado presbítero", Panteno, el fundador de la escuela de Alejandría, "decía en otro tiempo que era porque el Señor mismo había sido enviado por el Todopoderoso, como apóstol, a los Hebreos (Hebr. 3:1); y que Pablo, enviado a los gentiles, no se había titulado, por modestia, apóstol de los Hebreos". Clemente mismo estimaba que Pablo no había firmado su carta porque los judíos

tenían prejuicios contra él y les era sospechoso. Para explicar el estilo particular de la epístola, Clemente pretendía que Pablo la escribió en hebreo y que Lucas la tradujo para uso de los griegos. Su discípulo, Orígenes, declara, según Eusebio (H. E. 6, 25, 11), que "no al azar los *ancianos* la han trasmitido como de Pablo." Mas, impresionado de la diferencia de estilo entre este escrito y los otros del mismo apóstol, recurre el primero a la hipótesis de que los *pensamientos* son de San Pablo mientras que la frase y la *composición* serían de otro que habría recogido las enseñanzas del maestro. Agrega que unos han supuesto que Clemente de Roma, otros que Lucas el evangelista, fué el escritor que manejó la pluma bajo la inspiración de San Pablo, mas que "Dios sólo lo sabe". Los concilios de Antioquía (264), de Nicea (325) y de Laodicea (360) citan sin vacilar nuestra epístola como un escrito de Pablo. Por último, Jerónimo, combatiendo las dudas que los cristianos de Occidente persistían en tener sobre nuestra epístola, escribía: "Hay que decir *a los nuestros* que esta epístola dirigida a los Hebreos es recibida como un escrito del apóstol Pablo, no solamente por las iglesias de Oriente, sino por todos los escritores eclesiásticos de lengua griega, a través de los siglos". Y en otro pasaje aún, el mismo Jerónimo habla de nuestra epístola como de un libro "que todos los griegos reciben".

En las iglesias del Occidente en efecto, hasta mediados del cuarto siglo, nuestra epístola es ignorada o citada como no proveniendo del apóstol Pablo. El canon de Muratori (catálogo de los libros del Nuevo Testamento, del segundo siglo) no la contiene. Ireneo (presbítero de Lión por el año 177) no cita la epístola a los Hebreos entre los escritos que nos han sido conservados de él. La mencionó en un escrito perdido (Eusebio H. E. 5, 26), mas, según dice un antiguo escritor, negaba que fuera de Pablo. El presbítero romano Cayo, a fines del siglo segundo, no contaba, como refiere Eusebio (6:20), más que trece epístolas de Pablo. Tertuliano, muerto por el año 230, cita la epístola a los Hebreos atribuyéndola a Bernabé (*De pudic.* 20), mas esta epístola no formaba parte de la colección de los escritos canónicos en uso en la iglesia de Africa, pues Cipriano nombra siete iglesias a las cuales Pablo escribió: excluye pues los Hebreos; Hipólito de Roma († 251) pone en duda que la epístola sea de Pablo. Novaciano no la cita lo que es significativo, pues habría podido hallar en ella

la confirmación de sus ideas opuestas a la reintegración de los relapsos. El comentario anónimo de las epístolas de Pablo, falsamente atribuído a Ambrosio y llamado Ambrosiaster (por el año 370), no contiene la explicación de la epístola a los Hebreos. Los sabios discuten si la mención de una "epístola de Bernabé" en el catálogo anexo al *Codex Claromontanus* (*D*) se refiere a la epístola a los Hebreos. Sólo en el concilio de Hippona, en 393, por la autoridad de Agustín, cediendo él mismo, como lo afirma, a la autoridad de las iglesias de Oriente, fué nuestra epístola introducida en el canon, con esta fórmula: "Epístolas de Pablo apóstol, trece, y una a los Hebreos." El concilio de Cartago, en 419, registra por fin, "las epístolas de Pablo, catorce en número", y desde entonces la epístola a los Hebreos es admitida, mas no sin algunas dudas más tardías aún, por toda la cristiandad hasta el siglo XVI.

Con el renacimiento de los estudios de la antigüedad y de la literatura bíblica reaparecieron las dudas sobre el autor de la epístola a los Hebreos. Cayetano y Erasmo fueron los primeros en expresarlas. Mas el concilio de Trento tapó la boca a los sabios católicos decretando el origen paulino de la epístola. Nuestros reformadores, movidos sobre todo por razones de crítica interna, son casi unánimes en rehusar a Pablo nuestra epístola. Lo hacen en términos que, aunque manifestando la plena libertad de su convicción en las cuestiones de esta naturaleza, muestran también que admiran este escrito, y que le consideran como una rica fuente de instrucción y de edificación. Lutero, después de haber inferido sus razones contra la autenticidad, y de haber emitido el primero la notable hipótesis de que la epístola ha podido ser redactada por Apolos, agrega: "Poco nos importa; si él, el primero, no ha puesto el fundamento, como él mismo nos lo hace saber (6:1), ha edificado encima oro, plata, piedras preciosas; por esto, si mezcla quizás madera, paja, hojarasca, eso no nos impide recibir con todo honor su excelente doctrina, sin igualarla sin embargo en todo a las otras epístolas apostólicas. Poco nos importa no saber quién ha escrito la epístola, nos contentamos con la doctrina que el autor funda constantemente en la Escritura." (*Obras*, Walch, XIV, p. 146 y sig.) Melanchton comparte la opinión de su amigo. Calvino se expresa como sigue en su prefacio a la epístola: "Ahora, en cuanto a mí, yo la recibo

sin dificultad ninguna entre las epístolas apostólicas, y no dudo que no haya ocurrido por astucia de Satanás, que se haya encontrado en otro tiempo gente que ha querido cercenar esta epístola del número de los libros auténticos... Por lo demás, de saber quién la ha compuesto, no hay que preocuparse mucho... Por mi parte, no puedo creer que San Pablo sea su autor,..." y el reformador desarrolla aquí sus razones. No hay, como podría parecer, contradicción, entre la primera y la segunda parte de esta citación, pues por "epístolas apostólicas" y "libros auténticos", Calvino entiende escritos que encierran "la doctrina" apostólica y son, por esta razón, dignos de figurar en el canon. Los argumentos que Lutero invoca a fin de probar que la epístola no es de Pablo son principalmente sacados del cap. 2:3 y de pasajes tales como 6:4 y sig.; 10:26 y sig.; 12:17, donde el autor de la epístola quita a los que recaen toda esperanza de arrepentimiento y de salvación. (Véase las notas sobre esos pasajes.) Calvino, igualmente, hace notar cap. 2:3, luego la ausencia del nombre del apóstol en el encabezamiento de la epístola, por último "la manera de enseñar y el estilo." Teodoro de Beza termina así su primera nota sobre la epístola a los Hebreos: "Que los juicios de los hombres queden libres aquí; solamente, convengamos todos en esto, que esta epístola ha sido verdaderamente dictada por el Espíritu Santo, y conservada a la Iglesia como un tesoro inapreciable: ninguna ciertamente ha mostrado de una manera más divina, ni con mayor arte, la analogía de las instituciones antiguas y de la verdad espiritual; ninguna ha expuesto más largamente el oficio de nuestro Mediador. Ella está escrita, en fin, con un método tan excelente, tan exacto, que a menos de suponerla escrita por Apolos, apenas algún otro puede ser su autor que Pablo mismo." La opinión tradicional encontró nuevamente defensores entre los teólogos protestantes y volvió a ser dominante en el siglo XVII. No es contradicha sino por los arminianos y los socinianos. Mas desde fines del siglo XVIII y durante el XIX, sobre todo después del notable comentario de Bleck (1828), críticos en número creciente y perteneciendo a todas las escuelas, reconocieron que Pablo no podía ser ni directa ni indirectamente el autor de la epístola a los Hebreos. Antes de exponer sus hipótesis sobre el origen de la epístola, hay que examinar a ella misma para observar sus principales caracteres. Este examen nos

mostrará por qué no se la puede atribuir al apóstol Pablo y nos suministrará antecedentes para apreciar las diversas suposiciones que han sido hechas respecto de sus destinatarios y de su autor.

II

LOS CARACTERES PROPIOS DE LA EPISTOLA

A. *La forma.* — 1. *Carencia de dirección. Género epistolar.* La epístola a los Hebreos no tiene dirección alguna. Este hecho es extraño. Pablo pone en el encabezamiento de sus cartas su firma y el nombre de aquellos a quienes las destina. El autor de la epístola a los Hebreos entra bruscamente en materia por una exposición doctrinal. Se ha pretendido que su escrito no era una carta, sino un tratado dogmático (1). Esta afirmación es contradicha, no solamente por los últimos versículos de la epístola (13:18 y sig.), donde el autor saluda a sus lectores como conocido de ellos personalmente, sino por las exhortaciones que se encuentran en todo el curso de la epístola y que aluden a circunstancias muy especiales (5:11 y sig.; 6:9 y sig.; 10:25, 32 y sig.; 12:4). La suposición de que la dirección primitiva se hubiera perdido es poco verosímil, pues las primeras líneas de la epístola forman un comienzo solemne, y se concebiría difícilmente que jamás hubieran sido precedidas de una salutación como las que leemos al encabezamiento de las cartas paulinas (2).

2. *El estilo.* La epístola a los Hebreos es, de los escritos del Nuevo Testamento, el redactado en el griego más puro (3). El autor observa en su composición los principios de la retórica de los antiguos (4). Se complace en redondear sus períodos (1:1-4; 12:18-24), en usar antítesis, juegos de palabras (9:15-18), asonancias. Estas peculiaridades de estilo no pueden trasladarse de una lengua a otra y prueban que nuestra epístola no es, como lo suponía Clemente de Alejandría, traducción de un original hebreo. No es tampoco obra de Pablo, pues su forma cuidada, sus períodos bien ordenados presentan el contraste más absoluto con

(1) Reuss, *La Biblia, Nuevo Test.* V, p. 12.
(2) Zahn, *Einleitung*, 2ª edic., p. 123. Jülicher, *Einleitung*, 1901, p. 119.
(3) Holtzmann, *Einleitung*, 1892, p. 297.
(4) Von Soden, *Hand-Commentar*, 1892, p. 6. Comp. más adelante aquí, p. 31.

el lenguaje vehemente, la frase atormentada y a menudo incorrecta del apóstol de los gentiles. Orígenes ya lo observó, según cuenta Eusebio (H. E. 6, 25): "La lengua de la epístola a los Hebreos no presenta este carácter "común" que el apóstol confiesa ser el suyo, cuando se dice "un hombre del pueblo en cuanto al lenguaje", es decir al estilo. Esta epístola está redactada, al contrario, en muy buen griego; todo el que entiende de estilo convendrá en ello."

3. *Las citaciones del Antiguo Testamento.* Son hechas exclusivamente según la versión griega de los Setenta. El autor copia escrupulosamente el ejemplar de esa versión que tiene ante sus ojos [1]; mientras que Pablo corrige la traducción griega según el hebreo que le es familiar, nuestro autor funda su argumentación en pasajes que no se encuentran, con el sentido que les atribuye, más que en los Setenta (10:5-7, 10, notas). Las fórmulas por las que introduce las citas del Antiguo Testamento tienen un carácter aparte: las palabras citadas son puestas en boca de Dios, aun cuando en ellas se trate de Dios en tercera persona (1:6-8; 4:4, 7; 7:21; 10:30). No se encuentra en la epístola a los Hebreos las locuciones usadas en las epístolas de Pablo: "Escrito está", — "la Escritura dice."

4. *Dependencia literaria de otros escritos de la época.* Se pretende que ciertas expresiones de nuestra epístola muestran que el autor conocía las cartas de Pablo, especialmente la primera a los Corintios y la enviada a los Romanos. (Comp. Hebr. 2:10 y Rom. 11:36; 2:8 y 1ª Cor. 15:27; 2:14 y 1ª Cor. 15:26; 3:7-19 y 1ª Cor. 10:1-11; 5:12 y 1ª Cor. 3:2; 10:33 y 1ª Cor. 4:9; etc.) [2]. Mas las coincidencias de términos que se encuentra en esos pasajes se explican sin que sea necesario admitir que el autor fuese lector asiduo de las epístolas de Pablo: la mayor parte de las expresiones son tomadas del Antiguo Testamento o eran usuales en el lenguaje de los primeros cristianos. El encuentro más significativo es el de 10:30, donde se encuentra la única citación del Antiguo Testamento para la cual el autor no ha seguido exactamente a los Setenta, y esta cita es idéntica a la que hace Pablo

(1) Holtzmann, *Einleitung*, 1892, p. 297.

(2) Holtzmann, *Einleitung*, p. 298. Comp. Menegoz, *La Teología de la epístola a los Hebreos*, p. 181.

en Rom. 12:19. Mas quizás fuera de uso en la iglesia primitiva citar bajo esta forma esas palabras del Deuteronomio.

Los sabios competentes no están de acuerdo sobre las relaciones de nuestra epístola con los escritos del filósofo judío Filón de Alejandría [1]. Ella presenta con éstos analogías de formas muy características. Filón, que practicaba la interpretación alegórica del Antiguo Testamento, ve en Melquisedec un tipo del *Logos* (la Palabra) y traduce como el autor de la epístola a los Hebreos su nombre por el de "rey de justicia"; como él, infiere del silencio que el texto guarda sobre el origen de ese personaje que no nació de parientes mortales, sino que Dios es su padre, y la Sabiduría su madre. Algunos de los calificativos aplicados por nuestra epístola al Hijo, "radiación, imagen", son empleados por Filón para caracterizar el *Logos*. Filón también habla de un sacrificio cotidiano ofrecido por el sumo sacerdote (7:27). Se sirve de las mismas fórmulas para citar el Antiguo Testamento. En Hebreos 13:5, hay una citación del Antiguo Testamento que no se encuentra textualmente más que en Filón. Se puede inferir cuando más de esos hechos que el autor tenía cierto conocimiento de los escritos de Filón, pues su pensamiento parece diferir profundamente del del filósofo de Alejandría. Se hacen notar por último semejanzas de expresión entre nuestra epístola y algunos apócrifos del Antiguo Testamento, de origen alejandrino, el segundo libro de los *Macabeos* y la *Sabiduría* [2].

B. *La doctrina de la epístola* [3]. El autor ha sufrido la influencia del apóstol de los gentiles; con él, admite el destino universal de la salvación (2:9, 11, 15; 5:9) y proclama la derogación de la ley y el fin de la antigua economía (7:18 y sig.; 8:7 y sig.). Su cristología es, en sus rasgos esenciales, la misma; el Hijo es la imagen del Padre y el intermediario de la creación (1:1-3; comp. 2ª Cor. 4:4; Col. 1:15, 16); su humillación momentánea ha sido seguida de su exaltación (2:7-9; comp. Fil. 2:8-11). No obstante esos puntos de semejanza, el autor de la epístola a los Hebreos tiene de la obra de Cristo una concepción original y sen-

(1) Véase una exposición de las diversas opiniones en Holtzmann, *Lehrbuch der Neutestamentlichen Theologie*, II, p. 290.

(2) Menegoz, obra cit. p. 197-217; B. Weiss, *Einleitung*, 1897, p. 312; von Soden, *Hand-Commentar*, p. 4.

(3) Bovon, *Teología del N. T.*, p. 386; Menegoz, *Teología de la epístola a los Hebreos;* Holtzmann, *Lehrbuch der Neutestamentlichen Theologie*, II, 281.

siblemente diferente de la que hallamos en las epístolas de Pablo. Su intención es demostrar la superioridad del Nuevo Pacto sobre el antiguo. Dirigiéndose a cristianos salidos de Israel, no tiene en vista más que el antiguo pueblo de Dios. Es a "la posteridad de Abraham" (2:16) a quien el Hijo viene en socorro por su encarnación, y se presenta a ella como el sumo sacerdote perfecto y eterno según el orden de Melquisedec (cap. 7), infinitamente superior a los sacerdotes levíticos. Después de haber ofrecido, por su muerte, el único sacrificio capaz de purificar las conciencias, ha entrado, con su propia sangre, en el tabernáculo celestial, como el sumo sacerdote, en el día de las expiaciones, penetra en el lugar santísimo con la sangre de las víctimas. Se ha presentado así una sola vez a Dios para abolir el pecado por su sacrificio, para procurar a los pecadores esa pureza ritual que les abre el acceso ante Dios y que el autor llama la "perfección" (Cap. 9, comp. 7:11; 10:1, 14.) Esta última noción toma el lugar que la "justificación" ocupa en la enseñanza de Pablo, y la comparación de ambos términos hace resaltar la diferencia de los dos conceptos de la salvación. Pablo encara la redención como una obra que se cumple en la conciencia del pecador; el pecador se apropia por la fe la muerte que Cristo sufrió por él (Rom. 3:22-25); esta muerte y la resurrección de que fué seguida, asegurándole el perdón, le procuran la paz (Rom. 5:1 y sig.) y la liberación de la potencia del pecado (Rom. cap. 6-7.) Recibe el espíritu de adopción; sabiendo que es elegido de Dios, tiene la seguridad de su salvación eterna. (Rom. 8.) Para el autor de la epístola a los Hebreos, la obra redentora se cumple por entero fuera del pecador. El sacrificio de Cristo es un oficio sacerdotal, que, empezado sobre la tierra, se consuma en los cielos. La resurrección de Jesucristo, que Pablo no separa jamás de su muerte, es apenas mencionada en nuestra epístola (13:20) y no juega ningún papel en la doctrina de la salvación. Esta diferencia en la manera de comprender la redención estriba en el punto de vista desde el cual es la ley considerada por los dos escritores. Pablo ve en la ley del Antiguo Pacto, ante todo, la ley moral, el mandamiento que es "santo, justo y bueno" y "conduce a la vida", mas que causa la muerte del pecador, porque el pecador está esclavizado a la carne. (Rom. 7.) Al autor de la epístola a los Hebreos, la ley del Antiguo Pacto aparece como una ley ritual que constituye ceremonias que

no pueden procurar la verdadera pureza; la llama "la ley de ordenanza carnal" (7:16) y la considera como una colección de "ordenanzas carnales impuestas solamente hasta una época de reformación." (9:10.)

La fe, según la epístola a los Hebreos, es, bajo el nuevo como bajo el Antiguo Pacto, la confianza en las promesas de Dios y su cumplimiento. No es, como en Pablo, el sentimiento que nos une a Cristo y se torna en el principio de una vida nueva. La oposición de la fe y las obras, que ocupa tan grande lugar en la argumentación del apóstol de los gentiles, no es mencionada en la epístola a los Hebreos. El autor insiste en cambio en el deber de perseverar en la espera confiada. No "retener firme nuestra esperanza", es cometer un pecado irremisible (10:23, 31; 6:4,6). Por último, en sus enseñanzas sobre las cosas finales, el autor habla, no de la resurrección de los muertos y de la transformación del cuerpo carnal en cuerpo espiritual (1 Cor. 15), sino de la entrada en el reposo de Dios (cap. 4) y del cambio de todas las cosas (cap. 13).

III

FIN DE LA EPISTOLA. FECHA DE SU COMPOSICION. SUS DESTINATARIOS. SU AUTOR.

1. *El fin.* A pesar de las exposiciones de doctrina que constituyen una parte notable de ella, la epístola a los Hebreos tiene un fin práctico. Es un "discurso de consuelo o de exhortación" (13:22). El autor se dirige a cristianos que han recibido el evangelio hace ya largo tiempo (2:3; 10:32) y que han perdido el fervor de su celo primero; desalentados (12:3) por la espera que se prolonga, por las persecuciones y las vejaciones que han tenido que soportar (10:32, sig.), están tentados a "abandonar la profesión de su esperanza" (10:23), a "apartarse del Dios viviente", al que han aprendido a conocer en Jesús (3:12). El oprobio de Cristo los espanta; sufren al ser excomulgados por sus compatriotas, excluídos de Israel. Siempre han quedado asociados, en cierta medida, a la vida religiosa de su pueblo; y, al ser conmovidos de su fe en Cristo, se sentirían inclinados a buscar de nuevo su apoyo y su edificación en las ceremonias del culto judío y la participación en las comidas que acompañaban los sacrificios

(10:25; 13:9). El peligro al cual los exponían tales disposiciones era el de volver completamente al judaísmo (1). El autor quiere prevenirlos contra esa tentación. A este efecto, les dirige exhortaciones que vuelven de capítulo en capítulo, cada vez más insistentes. Les declara que tal vuelta atrás sería el abandono de su fe misma en Dios (3:12); que negando a Cristo se harían partícipes del crimen de los que crucificaron el Hijo de Dios y se perderían irremediablemente (6:4-8; 10:26). Para estimularlos a la perseverancia en su profesión (6:11, 12), el autor les muestra la excelencia del Nuevo Pacto, en el cual han entrado por Cristo, y su superioridad sobre el Antiguo. (Véase IV. *Análisis*).

2. *La fecha*. La demostración y las exhortaciones de que acabamos de hablar solamente se hicieron necesarias en una época tardía. Los destinatarios de la epístola "deberían ser *desde largo tiempo maestros*" (5:12). Han recibido el evangelio sólo de segunda mano, y parece que los milagros que acompañaron su primera predicación no se producían más (2:3, 4). Sus primeros conductores espirituales han muerto (13:7); tienen detrás de sí, desde su conversión, un largo pasado de persecuciones (10:32 y sig.). Hay que colocar pues la composición de la epístola en una época alejada de los comienzos de la Iglesia. Por otra parte, no nos parece posible colocarla después de la ruina de Jerusalén, pues los términos en que el autor habla de las instituciones levíticas suponen que el culto del templo se celebraba aún. Se ha dicho, es verdad, que el autor, en sus demostraciones enteramente teóricas, en que emplea con la mayor frecuencia el presente, mas a veces el pretérito (9:1, 2, 8; 13:9), no tiene en vista el templo de Jerusalén, sino el tabernáculo tal cual lo encuentra descrito en el Pentateuco, y que poco le importaba que el templo estuviera aún en pie o momentáneamente destruído (2). Hay sin embargo pasajes donde habla de las ceremonias del culto israelita como celebrándose aún en el momento en que escribe: (8:4; 9:9; 10:1-4; 13:9, 10). Además, la ruina del templo, si hubiera sido ya realizada, le habría suministrado un argumento al cual seguramente habría recurrido. En una época en que el templo estuviera ya destruído, en que los sacrificios, en que se resumía a sus ojos todo

(1) B. Weiss, *Einleitung*, 1897, p. 321, nota.
(2) Holtzmann, *Einleitung*, 1892 p. 303.

el Antiguo Pacto, no se hubieran ofrecido ya, ¿se habría contentado el autor con decir (8:13): "Lo que es antiguo, lo que ha envejecido, *¿está próximo a desaparecer?*" (1).

Si nuestra epístola ha sido escrita antes del 70, no podría ser anterior por mucho a la guerra de los Judíos, por las razones que hemos indicado al empezar. Si es dirigida a cristianos de Palestina, y especialmente de Jerusalén (véase p. 20), data probablemente del año 65, pues la guerra estalló en el verano del 66 y la iglesia de Jerusalén emigró a Pella hacia fines del 67 (2).

3. *Los destinatarios*. El título que lleva la epístola: "a los Hebreos", no se remonta al autor; representa sin embargo una tradición muy antigua; los asuntos tratados en la carta hacen verosímil que la epístola ha sido dirigida a antiguos judíos. ¿Mas a qué categoría pertenecían los judíos designados por el título "a los Hebreos"? Se llamaba "Hebreos", de modo general, a los israelitas de nacimiento. (Fil. 3:5.) En la Iglesia de los primeros siglos, se daba ese nombre a los cristianos de origen judío, para distinguirlos de los cristianos de origen pagano. En el Nuevo Testamento, son llamados "los de la circuncisión" (Gál. 2:12; Act. 10:45), mas en el lenguaje eclesiástico, el calificativo de "Hebreos" es aplicado a los judeo-cristianos: así en el título del *Evangelio según los Hebreos*, mencionado por los Padres de los primeros siglos. (Véase nuestro tomo I, pág. 49.) Nos parece difícil dar al nombre de *Hebreos* un sentido más preciso, y aplicarlo a esos cristianos de Palestina y de Jerusalén que se distinguían de los "Helenistas", porque no habían dejado el país y se servían corrientemente de la lengua aramea (Act. 6:1); no se comprendería que una carta escrita en el griego más puro, y donde no se cita más que la versión de los Setenta, tuviera tales destinatarios. No está probado tampoco que el nombre de *Hebreos* se aplicara exclusivamente a los judeo-cristianos de la Iglesia de Egipto (3).

(1) Comp. Menegoz, *o. c.*, p. 35-44. Varios críticos recientes colocan sin embargo la epístola después de la ruina de Jerusalén: Holtzmann en tiempos de Domiciano, Jülicher entre 75 y 90. Zahn, *Einleitung*, II, p. 128, ha pretendido encontrar en los 40 años de 3:10 una alusión tipológica al tiempo que transcurrió entre la muerte de Jesús y la destrucción del templo; y fija la fecha de la epístola hacia el año 80. Mas su explicación sutil no ha encontrado casi crédito. (Comp. Jülicher, *o. c.*, p. 124.
(2) Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes*, 3ª edición, I, p. 601, 619.
(3) Harnack, *Chronologie*, I, p. 479.

El título "a los Hebreos" en el sentido general que conviene dejarle, podría hacer creer que nuestra epístola es una encíclica dirigida a todos los judeo-cristianos de la Iglesia primitiva. Mas basta abrir la epístola para comprobar que el autor escribe a una comunidad particular, en circunstancias especiales (véase pág. 11); conoce los miembros de esa Iglesia y sus necesidades (3:12; 4:1; 5:11 y sig.; 6:9-12; 10:25, 32), y es conocido personalmente de ellos. (13:18, 19.)

El autor y sus lectores, que nos aparecen así en estrechas relaciones, son cristianos de origen judío. Se ha disputado vivamente en trabajos recientes esta afirmación. Nos parece sin embargo establecida, no solamente por el tenor general de la epístola y por el objeto que le hemos reconocido (pág. 15), sino por las observaciones siguientes [1]: 1º El autor llama a los fieles del Antiguo Pacto "nuestros padres" (1:1; 3:9). Considera aquellos a quienes se dirige como "la posteridad de Abrahán" (2:16). Es verdad que Pablo, en 1ª Cor. 10:1, nombra a los israelitas "nuestros padres"; mas el contexto prueba que piensa en sí mismo y en sus colaboradores judíos más bien que en sus lectores griegos. Es verdad también que el mismo apóstol habla de Abrahán como del "padre" de los cristianos de origen pagano a los cuales dirige las epístolas a los Gálatas (3:7-29; 4:21-31) y a los Romanos (4:9 y sig.). Mas tiene cuidado de decirles que han llegado a ser hijos de Abrahán por la fe; mientras que en la epístola a los Hebreos, ni una palabra indica que se trate de una filiación espiritual: los "Hebreos" son la posteridad de Abrahán por su nacimiento; son sus padres según la carne quienes tentaron a Dios (3:9); a sus padres habló Dios en otro tiempo por los profetas y a ellos mismos en los últimos tiempos por el Hijo. 2º El autor reconoce sin duda el alcance universal de la obra redentora realizada por Jesucristo (2:9, 15; 5:9); mas habla de los efectos de esta obra en términos que muestran con evidencia que se dirige exclusivamente a israelitas: "Por tanto (Cristo) es mediador de un nuevo pacto, a fin de que, habiendo intervenido muerte para *la redención de los pecados cometidos bajo el primer pacto,* los que son llamados reciban la herencia que les ha sido prometida" (9:15). Igualmente en 13:12, asigna por fin a la muerte de Jesús

(1) Comp. Zahn, *Einleitung,* II, p. 130.

"santificar *el pueblo*", que no puede ser, según el contexto, sino el pueblo de Israel. 3º En este último pasaje (13:12, 13), el autor aprovecha el hecho de que Jesús sufrió "fuera de la puerta" para exhortar a sus lectores a "salir hacia él fuera del campamento llevando su oprobio". No se podría reducir estas palabras a este sentido general: los cristianos deben renunciar al mundo y seguir a su Maestro llevando la cruz. Los versículos 9-11, que aluden al culto israelita, nos obligan a darles un alcance más preciso: los judíos, hechos discípulos de Jesús, no deben retroceder ante la perspectiva de ser excluídos de la comunión del antiguo pueblo de Dios. 4º El pasaje en que se basan principalmente los que pretenden que la epístola no podría ser dirigida a cristianos de origen judío, es 5:12 a 6:2. Se dice que "los oráculos de Dios", de los que se deben enseñar aún a los lectores "los primeros rudimentos", son las profecías mesiánicas, bien conocidas de todos los israelitas; que las "obras muertas" (6:1) son los sacrificios a los ídolos, que son calificados de "muertos" por su oposición al "Dios viviente" (Sal. 115:4-8; Sabiduría 13:10; 1ª Tes. 1:9); que la "fe en Dios" no debía enseñarse a judíos, pues éstos conocían, en todo tiempo, al verdadero Dios, así como esperaban "la resurrección de los muertos" y "el juicio eterno"; para gentiles solamente era necesario "poner el fundamento" de esas doctrinas elementales. Estos argumentos, que parecen eficaces, no son sin embargo decisivos. El término de "oráculos de Dios" debe ser entendido de todas las revelaciones divinas (1:1; comp. Rom. 3.2); no hay razón de limitarlo a las profecías mesiánicas; estas últimas también tenían necesidad de ser enseñadas y explicadas, a los judíos como a los paganos. (Mat. 22:41 y sig.; Luc. 24:26 y sig.; 44 y sig.; Juan 20:9; Act. 2:16-35, etc.) Nada prueba que "las obras muertas" designen el culto dado a los ídolos; esta expresión se aplica muy bien a las prácticas legales de los fariseos y a toda la vida del hombre irregenerado (Mat. 23:27; 8:22; Juan 5:24 y sig.); se encuentra nuevamente en 9:14, donde no se trata del servicio de los falsos dioses opuesto al culto del verdadero Dios, sino más bien de los pecados de toda especie respecto de los cuales "la sangre de los toros y de machos cabríos no podía purificar la conciencia." En cuanto a la "fe en Dios", no consistía en admitir teóricamente la existencia de Dios, sino en confiar (Mar. 11:22) en aquel que el autor llama "el Dios viviente" (3:12; 9:14), fuente de la vida para el alma creyente (Sal. 42:3; 84:3.) Por

último "la resurrección de los muertos" y "el juicio": estas doctrinas, bien que enseñadas por los fariseos, no dejaban de ser el fundamento de la predicación cristiana, se dirigiera a judíos o a gentiles (Juan 5:27-30; Act. 2:14 y sig.; 3:19 y sig.; 23:6 y sig.; 26:8, 23.) Por otra parte, la "doctrina de los bautismos" (6:2) y las alusiones a las ceremonias purificadoras instituídas por la ley (9:13) debían ser mejor comprendidas por cristianos de origen judío que por antiguos paganos.

Independientemente de estos pasajes, el contenido general de la epístola lleva un carácter judaico tan pronunciado, que, para hacer de sus destinatarios cristianos salidos del paganismo [1] o aun cristianos sin distinción de origen [2], hay que admitir que todos los gentiles recibidos en la Iglesia primitiva habían soportado la influencia del judaísmo, antes de hacerse cristianos, a tal punto que habían llegado a ser verdaderos israelitas [3]. Esta opinión nos parece inconciliable con los datos menos discutibles del libro de los Actos (17:34; 18:6, 7) y las indicaciones que suministran las epístolas de Pablo. (Véase, entre otras, la oposición del gentil y el judío en Rom. 1 y 2; comp. Efes. 2:11-22.)

Concluímos que los destinatarios de la epístola eran judíos de nacimiento y de educación. Formaban por sí solos toda la comunidad, a la cual la epístola es dirigida, pues ésta no contiene ninguna alusión a las relaciones, a menudo tan delicadas, con cristianos de origen pagano. Este silencio se explicaría difícilmente si la iglesia hubiera contado con miembros pertenecientes a ambas categorías [4].

¿En qué región estaba establecida esta comunidad judeo-cristiana? Lo más natural nos parece suponerla en Palestina y en Jerusalén. Allí pone la más antigua tradición los "Hebreos" cuyo nombre ha sido inscripto en nuestra epístola. Desde algunos años sin embargo tiende a prevalecer la opinión de que hay que buscar los destinatarios de nuestra carta en la otra extremidad del mun-

(1) Von Soden *Hand-Commentar*, 1892, III, 2, p. 14.

(2) Jülicher, *Einleitung*, p. 127.

(3) Es lo que admiten hoy eminentes historiadores, por una reacción excesiva contra las antítesis absolutas que la escuela de Tubinga colocaba en los orígenes de la Iglesia. M. Harnack cita, pareciendo aprobarlo, este juicio de M. Havet sobre la formación de la Iglesia: "No sé si ha entrado, en vida de Pablo, un solo pagano; quiero decir, un hombre que no conociera ya antes de entrar el judaísmo y la Biblia." (*Lehrbuch der Dogmengeschichte*, 2ª edic., I, p. 80, nota.)

(4) B. Weiss, *Einleitung*, p. 321.

do en que había resonado entonces la predicación del evangelio, en Roma [1]. Por extraña que esta suposición parezca a primera vista se puede invocar en su favor razones del mayor peso. Son en primer lugar los indicios suministrados por la carta misma. En 13:24, el autor escribe: "Los de Italia os saludan". Emplea una preposición que, tomada en su sentido riguroso le haría decir: "Los *venidos* de Italia..." El autor estaría alejado de Italia, de una iglesia de ese país a la cual esperaba ser "devuelto" pronto (13:19), y a la que saludaría de parte de sus compañeros, Italianos, ausentes como él de su patria. Espera (13:23) ir a ver a aquellos a quienes escribe, y esto con Timoteo, bien conocido de los cristianos de Roma (Fil. 1:1; 2ª Tim. 4:21.) La descripción, que leemos en 10:32 y sig., de la persecución que alcanzó a la Iglesia, responde a lo que sabemos del "gran combate" que, en tiempo de Nerón, en 64, los cristianos de la capital tuvieron que sostener. Fueron "expuestos en espectáculo" en los jardines del emperador. Tácito (Anales XV, 44) emplea el mismo término para describir su suplicio. Tuvieron que sufrir así "después de haber sido iluminados", es decir después de su conversión al cristianismo; el autor no habría realzado esta circunstancia, que iba de suyo, si sus lectores no hubieran tenido que soportar persecuciones ya antes de su conversión. Ahora bien: la historia nos enseña que los judíos de Roma fueron objeto de numerosas vejaciones, que fueron en particular expulsados por Claudio en el año 52 [2]. (Act. 18:2.) En el año 64 y en los siguientes, la iglesia de Roma vió a varios de sus "conductores" sufrir el martirio (13:7); entre ellos, a los apóstoles Pedro y Pablo. En 6:10, el autor alaba a sus lectores "de haber servido y servir aún a los santos." El "servicio (gr. *diaconía*) de los santos" es la expresión usada para designar la colecta en favor de la iglesia de Jerusalén (2ª Cor. 8:4; 9:1; Act. 11:29.) ¿No es natural pues pensar que Pablo haya asociado los cristianos de Roma a esta obra fraternal, de que les habla ya en Rom. 15:25? El autor escribe (10:25): "No abandonemos nuestra propia asamblea." Se puede inferir que la iglesia comprendía diversas asambleas y que los

(1) Presentada ya por dos sabios alemanes en 1834 y 1836, esta hipótesis, largo tiempo reputada inverosímil, ha sido, según indicaciones de Schürer admitida por Weizsäcker, Pfleiderer, Holtzmann, von Soden, Harnack, Jülicher, Zahn.

(2) Schürer, *Geschichte*, tercera edic., III, p. 30.

miembros de aquella a la cual se dirige estaban tentados a pasar a otras congregaciones. Bien: sabemos, por Rom. 16:3-13, 14, 15, que la iglesia de Roma precisamente estaba formada de muchos grupos distintos. Si nuestra epístola ha sido dirigida a uno solamente de esos grupos, no hay lugar de extrañarse de que sus destinatarios aparezcan todos con los mismos sentimientos y que nada en ella manifieste esa diversidad de tendencias y de necesidades que se produce necesariamente en una gran iglesia. A estos indicios, que encontramos en la epístola misma, hay que añadir los testimonios de la historia. Nos hace saber ésta ante todo que la colonia judía en Roma, en el primer siglo, era muy numerosa. Contaba varias sinagogas, una de las cuales era llamada la sinagoga de los *Hebreos* (1). El cristianismo se extendió ante todo entre esos judíos; los que se convirtieron formaron la mayor parte de la iglesia de Roma. No dejaron por eso de quedar unidos a sus compatriotas, y por ello mismo en peligro de volver completamente a las creencias de Israel. Por otra parte, el estudio de la antigua literatura cristiana nos hace saber que los primeros rastros de la epístola a los Hebreos se encuentran en Roma. Clemente de Roma copia pasajes enteros en su epístola a los Corintios, por el año 96. Además, se tenía en Roma, más que en Oriente, antecedentes sobre el origen y el autor de la epístola; se sabía que no era de Pablo, y, por esta razón, la Iglesia de occidente rehusó por largo tiempo admitirla en el canon.

Estos argumentos son especiosos y parecen probatorios; no son sin embargo decisivos. Dos objeciones principales de oponen a la idea de colocar en Roma o en Italia los destinatarios de la epístola a los Hebreos. La primera es la fecha que hay que asignar a la epístola. Los partidarios de esta hipótesis se ven constreñidos a colocar la composición de nuestra carta después del 70. No puede haber sido escrita antes de ese momento si es dirigida a Roma, pues la persecución, recordada en 10:32 y sig., es ya antigua; los lectores deberían "ser desde largo tiempo maestros"; los fundadores y primeros conductores de la iglesia han muerto. Si estos indicios conciernen a la iglesia de Roma, nos obligan a descender hasta el año 80. Ahora bien: hemos visto (pág. 17) que razones del mayor peso nos hacen admitir que la epístola ha sido

(1) Schürer, *Geschichte*, III, p. 44-46.

escrita antes de la ruina de Jerusalén (70). La segunda objeción resulta del carácter de los lectores. Nos ha parecido con evidencia que eran judeo-cristianos. Ahora bien: la mayor parte de los miembros de la iglesia de Roma eran de origen gentil; por esto el apóstol de los gentiles, antes de visitarlos, les escribe: "A menudo he formado el proyecto de ir a veros, les dice, a fin de recoger algún fruto entre vosotros también, como entre los demás paganos." (Rom. 1:13.) Por esto la mayor parte de los críticos que admiten que "los Hebreos" habitaban Roma, procuran probar que nuestra epístola se dirige a cristianos de origen pagano o a cristianos sin distinción de origen: hemos visto (pág. 17 y sig.) que todo el contenido de la epístola se opone a esta idea. Basta por lo demás comparar la epístola a los Hebreos con la epístola a los Romanos para ser constreñido a reconocer que estos dos escritos no han podido ser dirigidos, con algunos años de intervalo, a los mismos lectores (1). Queda la suposición de que la epístola a los Hebreos hubiera sido dirigida a la fracción judeo-cristiana de la iglesia de Roma, (véase pág. 20), que habría formado una comunidad aparte. Mas nada la confirma. Parece más bien que los numerosos israelitas de la capital hayan quedado siempre separados de los cristianos y que las tentativas de Pablo, a su llegada a Roma, no hayan tenido éxito en ganarlos a Jesucristo (2). (Act. 28:17 y sig.)

En cuanto a los diversos indicios que se cree encontrar en la epístola misma y que obligarían a admitir que ha sido dirigida a cristianos de Roma, ninguno de ellos es decisivo. Las palabras: "Los de Italia os saludan", (13:24), se justifican también en la suposición de que el autor está en Italia cuando escribe, y que saluda de parte de los que le rodean (3). Esta suposición, muy

(1) Zahn es el único que mantiene los dos puntos de vista: destinatarios judeo-cristianos y que habitaban en Roma. Los argumentos que propone para establecer el primero son más decisivos que los que alega en favor del segundo. Cuando trata de probar (*Einleitung*, II, p. 146) que los sentimientos de amargura y de desaliento combatidos en la epístola a los Hebreos son los mismos que Pablo tiene en vista en su epístola a los Romanos, especialmente en los cap. 9:1 a 11:12, ese acercamiento muestra más bien cuán difícil es admitir que los dos escritos se dirijan a las mismas personas. Se equivoca completamente (*Id.*, p. 135) cuando pretende encontrar en Hebreos 13:9 y sig. las tendencias ascéticas mencionadas en Rom. 14 y 15.

(2) Comp. F. Godet, *Introducción al N. T.*, I, p. 433.

(3) En la designación: "Lázaro *de* Bethania" (Juan 11:1) la misma preposición es empleada sin que su empleo signifique que Lázaro estuviera lejos de su lugar de origen. Véase también Act. 10:23; 17:13.

plausible, explicaría el hecho de que la epístola fuera pronto conocida en Roma y que se supiera que no era de Pablo.

Si nuestra epístola no ha sido dirigida a la iglesia de Roma, ¿hay probabilidad de que lo haya sido a cristianos que habitaban la Palestina y Jerusalén? No solamente el tenor general de la epístola nos haría inclinar hacia esta conclusión, sino que puede fundarse en una indicación muy clara que es suministrada por el pasaje 13:9-13, si se ve por lo menos en ese pasaje una alusión a las comidas que acompañaban los sacrificios. Esta alusión nos parece difícil de negar. El autor no piensa en doctrinas que prescribieran la abstinencia de ciertos alimentos (Rom. 14:2, 6, 13-15; Col. 2:16-23); supone al contrario una enseñanza que induciría a sus lectores a tomar alimentos consagrados para "afirmar el corazón [1]." Ahora bien: para poder ser arrastrados a participar frecuentemente en las comidas sagradas y a buscar en ellas su edificación habitual, los lectores debían residir en la proximidad del templo de Jerusalén. Se objeta que su situación, tal cual resulta del resto de la epístola, no responde a lo que sabemos de la Iglesia de Jerusalén [2]. Esta jamás estuvo completamente separada de Israel. Hasta la ruina de la ciudad, sus miembros observaron toda la ley y se asociaron al culto del templo. Sus ancianos recuerdan a Pablo, al llegar a Jerusalén en el año 59, que "las miriadas de judíos que han creído son todos celadores de la ley", y Jacobo, hermano del Señor, que era venerado de todo el pueblo, propone al apóstol de los gentiles que participe de una ceremonia en el templo para conciliarse esos judeo-cristianos intransigentes. (Act. 21:20-24.) El autor de la epístola a los Hebreos, escribiendo pocos años después a cristianos animados de tales sentimientos ¿podía presentarles la vuelta al judaísmo como un peligro mortal? ¿no debía empezar por exhortarles a romper con las instituciones religiosas de Israel? Se puede responder que su intención es precisamente provocar esa ruptura completa (13:13). Ha reconocido que la posición indecisa de los miembros de la Iglesia de Jerusalén, cristianos por la fe que profesaban en Jesús el Mesías, el Salvador, y judíos por el culto que practicaban, era, a la larga, insostenible; que pronto se volverían nuevamente judíos del todo, si no se pronunciaban por Jesucristo sepa-

(1) B. Weiss, *Einleitung*, p. 320.
(2) Zahn, *Einleitung*, II, p. 136 y sig.

rándose más netamente de sus conciudadanos. Para inducirlos a ello, el autor les presenta la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo. Por otra parte ¿no es sacar conclusiones exageradas del incidente que se produjo a la llegada de Pablo a Jerusalén (Act. 21:20-24), el representarse la Iglesia de Jerusalén como enfeudada por completo al judaísmo y compuesta únicamente de celadores fanáticos de la ley? Las escenas que nos describe la primera parte del libro de los Actos nos dan otra idea, una idea más verosímil de su posición respecto del judaísmo. La vemos, bajo la acción directa del Espíritu de Pentecostés, formar un organismo aparte, una sociedad distinta de la sociedad judía; se entra en ella por la conversión, por el bautismo y la profesión de la fe en Jesucristo, y los apóstoles invitan a los judíos a dar ese paso, diciendo: "¡Salváos de esta generación perversa!" (Act. 2:40.) Esta sociedad separada, que no tiene el aspecto de una simple secta judaica, es perseguida por las autoridades (Act. 8:1 y sig.), y la persecución la impele a enjambrar en Samaria, luego en las regiones paganas. En el interior de este círculo cerrado, cuyos miembros son unidos por estrechos vínculos (Act. 4:32 y sig.), se delinean desde luego dos partidos. (Act. 6:1 y sig.) El uno más estricto, que reprocha a Pedro haber recibido en la Iglesia a Cornelio y su familia (Act. 11:2), y que, en el sínodo de Jerusalén, forma la oposición, mas es reducido a silencio y llevado a un arreglo por Pedro y Jacobo mismo. (Act. 15:5-21.) El otro partido, más amplio, más simpático a la misión entre los gentiles, era sin duda formado principalmente por los "Helenistas" mencionados en Act 6:1. Había tenido en Esteban uno de sus jefes más distinguidos. Este partido, cuya influencia venció en el sínodo de Jerusalén, debía subsistir aún en 59 y en 65. No hay razón de admitir su entera desaparición, aun si se piensa que después de la partida de los apóstoles, y bajo la acción del fanatismo circundante, el espíritu retrógrado haya tomado el predominio en el seno de la comunidad. A este partido más amplio, donde los judíos helenistas estaban en mayoría, el autor, helenista él mismo, dirige su epístola. Los críticos que piensan que la epístola ha sido enviada a Roma realzan el hecho de que parece dirigida a un grupo en el seno de una iglesia más considerable [1]: sus desti-

(1) Véase precedentemente, pág. 22, y comp. Zahn, *Einleitung*, II, p. 148. Harnack, *Zeitschrift für Neutestamentliche Wissenschaft* 1900 p. 16 y sig.

natarios tienen "su asamblea" (10:25), son encargados de "saludar a *todos* sus conductores y *todos* los santos." (13:24.) Esta observación es fundada. Mas la iglesia de Roma no ha sido la única compuesta de varios grupos. Es verosímil que lo mismo ocurría en Jerusalén. Los judíos, establecidos o residentes en la ciudad santa, se reunían en varias sinagogas, según las provincias a que correspondían. (Act. 6:9.) Los que se convirtieron al cristianismo conservaron sin duda agrupaciones distintas. El gran número de los miembros de la Iglesia de Jerusalén (Act. 21:20) hacía necesarias esas agrupaciones. (Comp. 2:46.) Y si se quiere llevar más lejos las suposiciones, se puede observar que entre las sinagogas de los judíos helenistas, la de los Libertos es nombrada en primera línea (6:9.) Según la explicación generalmente admitida, esos "Libertos" eran judíos que habían sido puestos en libertad después de haber sido llevados como prisioneros a Roma. ¿No se podría admitir que después de su conversión al evangelio muchos de esos "Libertos" continuaron reuniéndose entre ellos o que formaron la mayor parte del partido de los Helenistas? ¿Y no es natural entonces que el autor, escribiendo de Roma, donde había conservado relaciones, los salude de parte de "los de Italia?" (13:24.)

Los otros datos de la epístola concuerdan con la hipótesis de que los destinatarios eran miembros de la iglesia de Jerusalén. Ninguno de ellos por lo menos impide de manera cierta aceptarla. Se ha dicho que el autor no hablaría a cristianos de Jerusalén, de Timoteo como de un conocido, anunciándoles la visita de este colaborador de Pablo (13:23.) Mas es probable que Timoteo estuviera con Pablo en Jerusalén en el año 59 (Act. 20:4; 21:28, 29) y residiera en Palestina durante la cautividad del apóstol en Cesárea. (Col. 1:1; Filemón 1: Fil. 1:1.) Timoteo acababa de ser soltado (13:23). Es natural de colocar su cautividad en Roma. Se pretende que el autor alaba a los "Hebreos" de haber participado en la colecta para los cristianos de Jerusalén (6:10.) Mas, en ese pasaje, el "servicio de los santos" no puede designar más que las manifestaciones del amor fraternal (como en 1ª Cor. 16:15.) Este sentido general es impuesto por el contexto, pues no sería admisible que el autor, inquieto del destino eterno de sus lectores (6:4-10), se confortara comprobando que habían dado algún dinero para una obra de beneficencia. Los cristianos de Jerusalén no eran, por otra parte, todos indigentes. Pablo habla

(Rom. 15:26) "de los pobres *entre* los santos de Jerusalén." Había sin duda, y más quizás en la categoría de los Helenistas que en la de los Hebreos, que estaban en condiciones de venir en socorro a sus hermanos en necesidad. Se saca una última objeción, y la más fuerte de todas (1), del pasaje 2:3, donde el autor habla "de la salvación que, habiendo sido anunciada primero por el Señor, nos ha sido confirmada por los que la habían oído." El autor se coloca con sus lectores en el número de los que no han oído el evangelio de boca de Jesús, sino que lo han recibido por intermedio de sus discípulos inmediatos. Ahora bien: Pablo escribe en 56, en 1ª Cor. 15:6, que, de los "quinientos hermanos" a quienes Jesús resucitado apareció una vez, "la mayor parte viven aún;" desde su origen y hasta su dispersión, la iglesia de Jerusalén y las de Palestina debieron contar con un cierto número de fieles que habían visto y oído al Salvador. Sin embargo, no se debe exagerar el alcance de esta objeción; los "quinientos", a quienes Jesús apareció, habitaban probablemente la Galilea; una cosa era haber visto y aun oído ocasionalmente a Jesús, como fué el caso de la mayor parte de los que habitaban Jerusalén por el año 30, otra cosa haber recibido de él directamente el mensaje de la salvación. (2ª Cor. 5:16.) Este fué el caso tan solo del corto número de discípulos que se allegaron a él antes de su muerte. Todos los demás no llegaron a la fe en el Salvador sino por la predicación apostólica. En el año 65, los cristianos de Jerusalén, en su gran mayoría, habían tenido conocimiento "de la salvación, porque les había sido confirmada por los que habían oído al Señor." Y lo que el autor dice de las circunstancias en que se hizo esta primera predicación del evangelio: "apoyando Dios su testimonio por señales, prodigios y diversos milagros y por comunicaciones del Espíritu Santo repartido según su voluntad" (2:4), responde a los relatos de los Actos (3:1 y sig.; 4:30, 31; 5:12-16), mientras que ignoramos si la fundación de la iglesia de Roma fué acompañada de tal despliegue de potencia sobrenatural.

Si ninguna de las razones que se opone a la idea de ver en los destinatarios de nuestra carta cristianos de Jerusalén es irreplicable, se puede decir por otra parte que más de un dato de la epístola concuerda muy bien con esta suposición. Los cristianos

(1) Kübel (*Kurzgefasster Kommentar*, 2ª edic., p. 87), la juzga decisiva contra la idea de colocar los destinatarios en Palestina.

de Jerusalén habían llegado "desde largo tiempo" a la fe (5:12); su iglesia contaba treinta y cinco años de existencia; mas en los últimos años, después de la partida de los apóstoles, habían "llegado a ser lentos para comprender" (5:11); habían estado siempre más preocupados de observar los ritos que de adorar a Dios en espíritu y en verdad; para el conocimiento como para la espiritualidad, estaban en zaga de las iglesias fundadas por Pablo y dirigidas por sus colaboradores; lejos de ser "maestros", tenían necesidad de ser enseñados por sus hermanos más iluminados. Los destinatarios de nuestra carta habían soportado, en un pasado ya lejano, una persecución que el autor les recuerda: habían sido despojados de sus bienes, aprisionados, y habían sufrido diversas vejaciones (10:32-34). Esta descripción se aplica perfectamente a las medidas tomadas por las autoridades judías a continuación del asesinato de Esteb n y de que Saulo fué el instigador y el ejecutor. (Act. 8:1-3; 9:1, 2.) No parece que muchos fieles hayan tenido que derramar su sangre en ese momento ni más tarde. (Hebr. 12:4.) Sin embargo los fundadores de la iglesia habían desaparecido y muchos habían dado en su martirio un ejemplo edificante (13:7); tales Esteban, Jacobo, hijo de Zebedeo, y quizá Jacobo, hermano del Señor.

Por último, por lo que atañe al objeto principal de la epístola: afirmar en su fe en Cristo esos fieles inclinados a volver al judaísmo, mostrándoles la inanidad de los sacrificios levíticos y la eficacia perfecta de la obra de Cristo, ¿qué comunidad tenía más necesidad de tal demostración que la iglesia de Jerusalén? Los miembros de esta iglesia veían cada día celebrarse ante sus ojos las ceremonias espléndidas del templo; muchos participaban aún de ellas con emoción. El despertar del patriotismo y las explosiones del fanatismo, que señalaron la proximidad de la gran rebelión contra Roma acrecentaron su fervor por el culto israelita y amenazaban su fe en Jesucristo. Era urgente advertirles y conminarles a "salir del campamento para ir a Jesús, llevando su oprobio." (13:13.)

Por estas diversas razones, y sobre todo por la última, nos parece probable que la epístola a los Hebreos ha sido escrita a los cristianos de Jerusalén, que formaban en la iglesia un grupo compuesto principalmente de judíos helenistas.

Se podría sin duda buscar fuera de Jerusalén y de Palestina una comunidad judeo-cristiana que tuviera necesidad de ser for-

talecida en su fe en Cristo. Kübel la coloca en Antioquía de Siria, numerosos críticos le han asignado Egipto por residencia [1]. Nada se opone de una manera perentoria a esas hipótesis; mas no se imponen tampoco ellas a nuestro asentimiento. Lejos de Jerusalén y en tierra pagana, las preocupaciones dominantes de los judeo-cristianos eran las relaciones con los incircuncisos, la observancia de las prescripciones relativas a la pureza, y no el culto, los sacrificios y las comidas sagradas. Nuestra epístola, que está llena de estos últimos asuntos no dice una palabra de aquéllos.

4. *El autor.* Se ha pensado en *Lucas,* a causa de ciertas semejanzas de estilo ya notadas por Clemente de Alejandría; en *Silas,* colaborador de Pablo, que estuvo con Pedro en Roma (1ª Pedro 5:12) y que era originario de la Iglesia de Jerusalén. (Act. 15:22.) Harnack ha emitido recientemente la hipótesis de que la epístola fué escrita por *Priscila y Aquila* y dirigida a la iglesia que se reunía en su casa en Roma [2]. Estos personajes pertenecían a la sociedad más íntima del apóstol de los gentiles. ¿No es verosímil que han debido nutrirse de su pensamiento y recibir la marca de su genio, más de lo que ocurre con el autor de nuestra epístola, cuya teología se distingue en tantos puntos de la de Pablo? Dos nombres se presentan entre los hombres notables del siglo apostólico, que, bien que inclinándose hacia el paulinismo, parecen haber guardado una posición independiente respecto del apóstol de los gentiles: Apolos y Bernabé. *Apolos* nos es presentado en el libro de los Actos (18:24) como "elocuente y versado en las escrituras", característica que se aplicaría muy bien al autor de la epístola a los Hebreos. Era además "oriundo de Alejandría", lo que explicaría el conocimiento que el autor tiene de los escritos de Filón. Mas nada sabemos de la historia de Apolos, y ninguna tradición le atribuye nuestra epístola. No ocurre lo mismo con *Bernabé.* Tertuliano (pág. 8) parece decir que el título del manuscrito que él poseía de la epístola a los Hebreos, sin duda de la antigua versión latina, llevaba el nombre de Bernabé. Sería

(1) Schleiermacher, Wieseler que hallaba en nuestra epístola una descripción de un templo judío en Leontópolis, Hilgenfeld, etc.

(2) Priscila habría tenido la principal parte en su composición, por esto el nombre del autor se perdió. El empleo de la primera persona del plural, en casos en que no se puede admitir un plural mayestático, descubriría la colaboración de dos autores. A. Harnack, Probabilia über die Adresse und den Verfasser des Hebräerbriefs. *Zeitschrift für die Neutestamentliche Wissenschaft,* 1900. p. 16-41.

ésta una tradición que se remontaría muy alto y sería nacida probablemente en Roma, y merecería así crédito, puesto que en Roma aparece nuestra epístola en primer lugar. Bernabé era un levita oriundo de Chipre; ahora bien, esta isla estaba en frecuentes relaciones con Egipto; podía pues poseer una cultura alejandrina. El fué desde los primeros tiempos activo en la iglesia de Jerusalén, y sería natural que el que fué apellidado por ella "hijo de exhortación" (Act. 4:36) le hubiera dirigido más tarde un "discurso de exhortación." (13:22.) Bernabé introdujo a Pablo en Jerusalén (Act. 9:27), luego en Antioquía (Act. 11:25), y fué su colaborador en su primer viaje misionero; mas no tomó jamás respecto de él una posición subordinada. Pronto esos dos hombres, que eran de espíritu muy diverso, se separaron (Act. 11:25, 26, 30; 13:2 y sig.; 15:36-39. Bernabé debía sentir vivamente el peligro de una vuelta al judaísmo: él había tenido sus horas de debilidad (1). (Gál. 2:13.) Se objeta que, si un personaje tan conocido como Bernabé hubiera sido el autor de la epístola, su nombre no habría desaparecido para dar lugar al de Pablo (2); que Bernabé, levita que había habitado en Jerusalén, debía estar demasiado bien informado de la disposición de los lugares y de las reglas de los sacrificios que se ofrecían allí para cometer en la descripción del santuario y de las ceremonias ciertas inexactitudes que se reprocha a nuestro autor (9:4, etc.); que debía en fin conocer el hebreo y leer el Antiguo Testamento en el original.

Si no se cree esta hipótesis bastante fundada, hay que resignarse a ignorar el autor de la epístola a los Hebreos, y repetir, con Orígenes: "¡En cuanto a decir quién la ha escrito, Dios lo sabe!"

IV

ANALISIS

Aunque el autor expone su tema con método, la marcha de su pensamiento no aparece de una manera bastante clara para que los intérpretes estén de acuerdo sobre el plan seguido por él.

(1) B. Weiss, *Einleitung*, p. 317. Wieseler, Thiersch, Ritschl, Renan, Kübel se pronuncian también por Bernabé. Véase la introd. al *Kurzgefasster Kommentar*, 2ª edic., Hebräerbrief., p. 91.

(2) Zahn, *Einleitung*, II, p. 151.

En otro tiempo se creía hallar en su epístola, como en las de Pablo, una primera parte doctrinal (1 a 10:18) y una segunda parte consagrada a exhortaciones prácticas. (10:19 al fin.) Era no tener en cuenta los trozos parenéticos que están entreverados, en todo el curso de la epístola, con las exposiciones teóricas.

Un comentador muy moderno (1), que supone la epístola dirigida a cristianos de origen pagano y atribuye al autor una cultura helénica, ha descubierto que su escrito estaba compuesto según las reglas de la retórica de los antiguos y presentaba las cuatro partes que ella prescribía para el discurso.

I. El preámbulo, donde el autor enuncia el tema que va a tratar y señala su importancia. (1 a 4:13.) Su tesis es formulada en 2:17. — II. Definición y justificación de la tesis (4:14 a 5:10); consideraciones destinadas a excitar el interés del lector. (5:11 a 6:20.) — III. Demostración de la tesis. (7:1 a 10:18.) — IV. Epílogo (10:19 al final), donde el autor desarrolla las consecuencias prácticas.

Kübel (2) estima que el propósito del autor es mostrar la superioridad del Mediador del nuevo pacto sobre los mediadores del antiguo y distingue en la epístola las tres partes siguientes: I. Cristo es superior a los ángeles. (1 a 2:18.) II. Es superior a Moisés. (3:1 a 4:13.) III. Comparado con los sumos sacerdotes israelitas, Cristo aparece como el sumo sacerdote perfecto. (4.14 a 13:25.)

M. Kähler (3) halla el principio de división de la epístola en 3:1, y establece estas dos partes: I. El apóstol (1 a 4:13.) II. El sumo sacerdote (4:14 a 12:29) de la fe que profesamos. Conclusiones prácticas, cap. 13.

B. Weiss (4) piensa que el autor después de una introducción sobre la divina grandeza del Mediador del nuevo pacto (1:1 a 2:4), muestra a sus lectores, en una *primera* parte, que Jesús es un sumo sacerdote elevado a la perfección por sus sufrimientos, al cual ellos pueden dirigirse con confianza para permanecer firmes en las tentaciones. (2:5 a 4:13.) En la *segunda* parte, el

(1) Von Soden, *Hand-Commentar*, p. 6 y sig.

(2) *Kurzgefasster Kommentar* (de Strack y Zöckler), 2ª edic. por Riggenbach. 1898.

(3) *Der Hebräerbrief*, Halle, 1889.

(4) *Einleitung*, p. 321-338; Comentario Meyer, 6ª edic., 1897.

autor prueba la infinita superioridad de este sumo sacerdote sobre los sucesores de Aarón. (4:14 a 8:5.) En la *tercera* parte, expone cómo cumple, el sacrificio sobre que está basado el nuevo pacto, la redención que no habían podido operar los sacrificios del antiguo, y por ello mismo anula éstos. (8:6 a 10:31.) La *cuarta* parte encierra una definición de la fe y exhortaciones a perseverar en la espera confiada (10:32 a 12:12.) El capítulo 13 es la conclusión práctica de la epístola.

Esta división hace entender bien el pensamiento del autor; tiene el mérito de distinguir entre la persona y la obra del sumo sacerdote. El autor de la epístola a los Hebreos encara sucesivamente estos dos temas (1), que forman las dos partes principales de su epístola. Encontramos entonces el plan siguiente:

PRIMERA PARTE. Cap. 1-7. EL MEDIADOR DEL NUEVO PACTO

Iª sección. Cap. 1 a 4:13. *El Hijo de Dios, apóstol y sumo sacerdote de los cristianos.*

1. Cap. 1 a 2:4. El Hijo, revelador de Dios, superior a los ángeles.

2. Cap. 2:5-18. La humillación temporaria del Hijo, destinada a hacer de él el Salvador de sus hermanos.

3. Cap. 3 a 4:13. Exhortación. Considerad el apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe, fiel como Moisés y superior a él, a fin de no excluiros del reposo de Dios.

IIª sección. Cap. 4:14 a 7:28. *Jesús, nuestro sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec.*

1. Cap. 4:14 a 5:10. Jesús, sumo sacerdote compasivo, establecido por Dios, hecho perfecto por sus sufrimientos.

2. Cap. 5:11 a 6:20. Reprensión. Advertencia. Aliento.

3. Cap. 7. El sacerdocio de Jesús según el orden de Melquisedec.

(1) Comp. J. Bovon, *Teología del Nuevo Testamento*, II, p. 393.

SEGUNDA PARTE. Cap. 8 a 10:39. LA OBRA MEDIADORA DEL NUEVO PACTO

1. Cap. 8 a 10:18. Exposición doctrinal: El nuevo pacto introducido por Cristo. El carácter simbólico del culto del antiguo pacto. Cristo en el santuario celestial; su sacrificio único y eficaz.

2. Cap. 10:19-39. Exhortación. Advertencia. Aliento.

TERCERA PARTE. Cap. 11 a 13. LA FE

1. Cap. 11. La fe y sus testigos en el antiguo pacto.

2. Cap. 12 y 13. La vida de la fe en el nuevo pacto.

EPISTOLA A LOS HEBREOS

PRIMERA PARTE

EL MEDIADOR DEL NUEVO PACTO
(Cap. 1-7)

I. El Hijo de Dios, Apóstol y Sumo Sacerdote de los cristianos
(Cap. 1 a 4:13)

1. *El Hijo, revelador de Dios, superior a los ángeles*
(Cap. 1 a 2:4)

A. 1-4. Divina grandeza de aquel por quien Dios nos habla. — 1º *Las dos revelaciones.* A nuestros padres, Dios concedió en otro tiempo por los profetas revelaciones múltiples y varias; a nosotros, en la fase definitiva de la historia de la salvación, se ha revelado en un ser que es su Hijo (1). 2º *Las cualidades y funciones eminentes del revelador.* Dios le ha entregado el universo como herencia, luego de haberle empleado como el órgano suyo en la creación; imagen perfecta de Dios, sostén de todo lo que existe, autor de la redención, está asociado a la dignidad y a la soberanía divinas, poseyendo sobre los ángeles una superioridad que su nombre de Hijo manifiesta (2-4).

I Habiendo hablado Dios antiguamente en muchas porciones y de muchas maneras a los padres en los profetas, al fin de estos 2 días nos ha hablado en el Hijo [1], al que estableció heredero de

1. Nuestra epístola empieza por la afirmación del gran hecho de la *revelación,* sobre el cual descansaba la fe de los fieles del antiguo como del nuevo Pacto. *Dios ha hablado.* Este exordio recuerda el prólogo del evangelio de Juan; mas en lugar de tomar su punto de partida en las profundidades de la eternidad y presentarnos de entrada "la Palabra que era al principio con Dios", el autor de la epístola a los Hebreos se coloca en el terreno de la historia y considera la Palabra divina tal cual se manifestó *en los profetas y en el Hijo.* Es lo que dice literalmente el griego: la Palabra divina penetra sus órganos, habita en ellos, y no los emplea como instrumentos pasivos. Dios habló por los profetas *muchas veces* y *de muchas maneras.* Estos dos términos indican, el primero, que la revelación del Antiguo Testamento ha tenido un carácter fragmentario, y se

todas las cosas [2], por medio del cual también hizo los mundos [3];

ha producido en ocasiones múltiples, durante siglos; el segundo, que ha presentado una gran variedad, sea en los modos de comunicación (Núm. 12:6-8), sea en su tenor (ley, profecía, promesas, amenazas), sea en su apropiación al desarrollo de Israel y en su perfeccionamiento gradual. Esta variedad es una riqueza; da al Antiguo Testamento una gran valor pedagógico, mas constituye también su inferioridad: fragmentaria y progresiva, la revelación del antiguo Pacto es incompleta; la revelación una y definitiva no ha sido dada más que *en el Hijo* o *en un hijo*; el artículo falta en griego, ya porque el término *hijo* es asimilado a un nombre propio, ya porque el órgano de la revelación es presentado como un ser que tiene la calidad de *hijo* y que posee los atributos enumerados en los v. 2 y sig. Por último, el autor hace resaltar que la palabra dirigida a los padres resonó *en otro tiempo*, en un período cerrado hacía ya cuatro siglos por la aparición del último profeta, Malaquías; mientras que la revelación de que el Hijo es portador nos es otorgada *en estos últimos días*, o más exactamente, según el verdadero texto (todas las *mayúsc.*), *al final de estos días*: designábase así, según la fórmula usada entre los profetas, el tiempo que debía transcurrir entre la primer venida de Cristo y su gloriosa vuelta, esperada como cercana. (Comp. 1 Cor. 10:11). No se podía abrir la epístola por un pensamiento más propio para hacer impresión en esos Hebreos cuya fe vacilante titubeaba entre las dos economías, entre Moisés y el Hijo de Dios.

2. El Hijo es *heredero* (Mat. 21:38); este término explica por una parte la subordinación del Hijo al Padre, su entera dependencia de Dios, de quien recibe la herencia; y, por otra parte, su absoluta soberanía, puesto que *todas las cosas* le pertenecen como su legítima propiedad. Dios le *estableció* heredero de todas las cosas cuando, después de su encarnación, sus sufrimientos, su muerte, su resurrección, le recibió en la gloria y le puso en posesión del reino que acababa de fundar. (2:7, 8; Salmo 2:8; Fil. 2:9-11). Varios exégetas (Lünemann, Reuss, Von Soden) piensan que Dios *estableció* al Hijo *heredero*, antes de "crear por él los siglos". *Establecer heredero* sería dicho del decreto eterno por el cual Dios confirió ese derecho al Hijo, y no de la investidura por la cual el Hijo entró en posesión efectiva de la herencia. *El heredero* (Gál. 4:1; Rom. 8:17) puede no serlo más que en esperanza, y, según 2:8, Cristo no está aún en posesión completa de la herencia. Sin embargo la primera explicación es preferible, puesto que esa investidura sigue y confirma la misión que el Hijo ha desempeñado como órgano de Dios. (v. 1). Para las consecuencias que se puede sacar de este pasaje sobre la marcha del pensamiento apostólico, véase J. Bovon, *Teología del N. T.*. II, p. 397. En virtud de este derecho del Salvador se cumplen todos los progresos de su reinado hasta que Dios sea "todo en todos".

3. Gr. "Las edades", término que se puede tomar en el sentido que tiene propiamente en griego: los períodos de la historia. (Weiss). Mas la

3 el que, siendo resplandor de su gloria y vera imagen de su substancia [4], y sustentando todas las cosas por la palabra de su potencia [5], habiendo hecho purificación de los pecados [6] "se sentó a la

mayor parte de los intérpretes, basándose en el empleo de esta palabra en 11:3, la consideran como un hebraísmo que significa el *universo*, "el mundo", "todas las cosas" (v. 3; comp. Juan 1:3,10, nota; Col. 1.15, 16). El dominio del Hijo sobre todas las cosas es la confirmación de derechos que le pertenecen en virtud del papel que ha desempeñado en la creación del universo. Esto implica la expresión: *por el cual también.*

4. Estas dos figuras son destinadas a hacernos comprender la relación del Hijo con el Padre, por lo menos en cuanto un profundo misterio puede ser comprendido. "Dios es luz". (Juan 1:5). Bien: la luz tiene su *irradiación* que nos la hace percibir. Tal es para nosotros el Hijo en su relación con el Padre; en él llegan hasta nosotros los rayos de la *gloria* de Dios, es decir, el esplendor de sus perfecciones. de su majestad (Comp. Juan 1:14). Mas Cristo, ser personal, no es una simple emanación de Dios: la segunda figura precisa y completa la primera. Cristo es la *imagen* (gr. el *carácter*) de aquel que él revela: como la *marca* de un sello muestra en los menores detalles el sello mismo, así Cristo lleva todos los rasgos de la naturaleza del Padre, los reproduce, es su "forma" perfecta (Fil. 2:6); se le asemeja "como la moneda se asemeja a la matriz del cuño con que ha sido acuñada". *Calvino.* Cristo no es pues solamente el revelador de Dios, es su revelación, su manifestación real y completa; el que le ha visto. ha visto al Padre. Las escrituras agotan todos los términos del lenguaje humano para expresar esta verdad. (Véase, entre otros pasajes, los siguientes: Mat. 11:27; Juan 1:1,18; 14:9; 16:15; 2 Cor. 4:4,6; Col. 1:15). Mas ¿de qué tenemos en Cristo Jesús la *vera imagen* el carácter? De la *hipóstasis* de Dios, dice el griego. Esta palabra tomó más tarde en el lenguaje teológico, el sentido de *persona*, mas aquí es tomada más bien en su sentido antiguo de *substancia*. Designa el *ser* de Dios, lo que es en sí mismo.

5. Gr. *Llevando todas las cosas por la palabra de su potencia. Llevar* significa *mantener* en la existencia después de haber creado. Para Dios, estos dos actos sólo hacen uno. La conservación del mundo es una creación continua; es aquí atribuida al Hijo de Dios lo mismo que la primera creación (v. 2). *Su* potencia es, según unos, la potencia de Dios (como *su* gloria, *su* ser); según los otros, la potencia de Cristo. La *palabra* es la expresión del pensamiento. Proferida por Dios, es siempre seguida de efecto; dice, y la cosa tiene su ser. Hay que observar que, según nuestro autor, el Hijo emplea la palabra como un medio para llevar todas las cosas, mientras que, en la concepción del cuarto evangelio, él mismo es la Palabra por la cual todas las cosas han sido hechas. (Juan 1:1-3,14). El término traducido por *palabra*, por lo demás, no es el mismo en los dos escritos. Después de haber mostrado lo que el Hijo es en su relación con

4 diestra" de la Majestad en las alturas[7]; llegando a ser tanto mejor que los ángeles cuanto que ha heredado un nombre más excelente que ellos[8].

B. 5-14. El Hijo Superior a los Ángeles. — Para establecer esta superioridad, el autor cita: 1º Declaraciones proféticas que establecen su *cualidad de Hijo* y le presentan a la *adoración* de los ángeles (5-6); — 2º pasajes de donde resulta que los ángeles son simples instrumentos que Dios modela a su gusto, mientras que el Hijo es *inmutable en su reinado* de justicia, en el dominio que ejerce sobre el mundo creado por él y que habrá de perecer (7-12); —

Dios, y en su relación con el universo creado, nuestro autor menciona la obra que Jesús ha realizado sobre la tierra, luego vuelve a su punto de partida (v. 2) describiendo el triunfo del Cristo en los cielos.

6. Una sola sentencia resume toda la obra de nuestra redención: por el sacrificio de la cruz, el Cristo *ha hecho la purificación de los pecados.* (2:17). Este pensamiento será ampliamente desarrollado después. El texto recibido tiene: "De *nuestros* pecados", ese pronombre es omitido en *Sin., B, A, D,* etc. Dice también: *por sí mismo*, es decir por el sacrificio de sí mismo, expresión que falta en *Sin., B, A,* y que parece ser una glosa muy antigua.

7. La elevación de Cristo *a la diestra de la Majestad divina* no es destinada solamente a glorificar al Salvador después de sus humillaciones y sus sufrimientos; le permite continuar su obra de Mediador. Participando de la gloria y de la potencia de Dios, él protege su Iglesia, le consigue las gracias y liberaciones que necesita, y triunfa de todos los que se oponen a él. (Comp. v. 13; 8:1; Sal. 110; Mat. 22:42-46; 26:64; Efes. 1:20; Col. 3.1).

8. Se ha discutido a menudo el motivo que induce a nuestro autor a establecer entre los *ángeles* y el Cristo un paralelo destinado a demostrar la superioridad del último sobre los primeros (v. 4-14). La mayor parte de los intérpretes encuentran la razón de ello en el hecho de que los judíos se jactaban de haber recibido la ley por ministerio de los ángeles (2:2; Act. 7:53; Gál. 3:19). Era necesario mostrar cuán superior era Cristo a esas inteligencias celestes para probar la superioridad de la revelación de que él era portador (v. 1). Mas esa idea de la mediación de los ángeles en la promulgación de la ley no ha sido expresada aún, y es más natural conectar el v. 4 a la proposición que precede inmediatamente. Los ángeles son nombrados como habitantes de los *lugares altísimos* donde Cristo ha entrado y tomado el primer lugar *a la diestra de la Majestad* divina (v. 3), mostrando así que ha *llegado a ser*, por su elevación a la gloria, *más excelente* que ellos. Su superioridad sobre esos seres celestes guarda relación con la excelencia única del *nombre* que *ha heredado*, de ese nombre de Hijo, que le coloca por sobre todas las criaturas. Según muchas declaraciones de las escrituras que establecen esta superioridad infinita del Hijo sobre los ángeles (v. 5-14).

3º La sentencia del Salmo que muestra que el fin perseguido por Dios es *hacer triunfar el reinado* de su Hijo, mientras que los ángeles son espíritus empleados por Dios en el servicio de los hombres, herederos de la salvación (13-14).

5 ¿A cuál, en efecto, de los ángeles dijo alguna vez: "Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy[9]"? y otra vez: "Yo seré para 6 él Padre, y él será para mí Hijo[10]"? Y cuando, otra vez, introduzca al primogénito en la tierra, dice: "Y adórenle todos los 7 ángeles de Dios[11]". Y cuanto a los ángeles, sí, dice: "Quien hace

9. Sal. 2:7. Este pasaje es citado aquí a causa del nombre de *Hijo* que Dios da al Mesías. La cuestión de saber a qué momento se aplican las palabras: *yo te he engendrado hoy*, es secundaria. Quizá ni siquiera tenía el autor a este respecto idea definida. Si se quiere precisar su pensamiento sobre este punto, lo más natural es admitir que se trata, en nuestro pasaje como en 5:5, de la glorificación de Jesucristo después de su resurrección. Pablo hace la misma aplicación en su discurso de Antioquía de Pisidia (Act. 13:33) y dice en otro lugar que Jesucristo fué "declarado Hijo de Dios con potencia por su resurrección de entre los muertos". (Rom. 1:4). No se trata pues, como lo piensan varios intérpretes, de la generación eterna del Hijo por el Padre, sino de su introducción en el reino celestial, de su exaltación, por la cual, después de haberse hecho obediente hasta la muerte, ha sido consumado en la perfección, puesto en posesión de todas las prerrogativas divinas, y ha sido *engendrado*, por así decirlo, a la vida de la gloria eterna. Lleva un nombre más excelente que el de todos los ángeles (v. 4), el nombre de *Hijo* que él posee en un sentido exclusivo. Se puede objetar que los ángeles son llamados también *hijos* de Dios. (Job. 1:6; 2:1; 38:7; Sal. 89:7; Gén. 6:2). Mas ese nombre no les es dado en el sentido absoluto en que es atribuido al Hijo único. (Véase la nota sig.).

10. 2 Sam. 7:14. Estas palabras forman parte de la promesa hecha por Natán a David de que cuando yazga él con sus padres, su hijo edificará una casa al Eterno. "Yo afirmaré para siempre el trono de su reino, agrega el Eterno, yo le seré Padre, y él me será Hijo". Esta promesa no era limitada a la persona de Salomón, sino que se extendía a la dignidad real de que sería investido. El profeta anuncia por dos veces que ésta será perpetua, cuando dice de Salomón: "Yo afirmaré el trono de su reinado *para siempre*" (v. 13), y cuando repite a David: "Así tu casa y tu reinado serán *por siempre* asegurados delante de tus ojos, y tu trono será *por siempre* afirmado". La palabra dirigida a David contenía pues realmente la promesa del Mesías, del Rey eterno, del verdadero Hijo del que David y Salomón eran solamente tipos.

11. ¿A qué acontecimiento de la vida del Salvador aluden las palabras: *cuando introduce en el mundo el Primogénito?* ¿Al acto de la

8 a sus ángeles vientos y a sus ministros llama de fuego [12]"; mas cuanto al Hijo: "Tu trono, oh Dios, por la edad de las edades, y

creación del mundo, que Dios realiza por la Palabra eterna? Esa relación no es indicada por el contexto. ¿A la encarnación? Mas no se ve por qué en ese momento preciso debían adorarle los ángeles. Otros admiten que se trata aquí de su glorificación, como en el v. 5 y según la analogía de Filip. 2:9-11; mas la mención del *mundo*, o, como más bien debe traducirse, de *la tierra habitada*, excluye esa suposición. No queda más que pensar en el regreso de Cristo para el juicio del mundo y el establecimiento final de su reinado. El original, por lo demás, dice literalmente: "Cuando *introduzca*". En las menciones que Jesús mismo había hecho de su regreso glorioso, se presentaba rodeado de ángeles. (Mat. 16:27; 25:31). Admitida esta explicación, se puede vacilar sobre el sentido que debe darse a la palabra: *nuevamente, otra vez* (que Bonnet traduce por: *más lejos*, es decir, en otro pasaje). Muchos la conectan con el verbo *introduzca*, y la traducen por: *nuevamente, por segunda vez.* Preferimos el primer sentido, porque esa palabra es empleada constantemente para introducir citas (v. 5; 2: 13). Las palabras: *adórenle todos los ángeles de Dios*, se leen en Deut. 32: 43 en la versión griega de los Setenta, mas no en el texto hebreo. Esto no podía impedir a nuestro autor basarse en este pasaje, pues hemos observado ya (Introd.) que cita regularmente la versión de los Setenta sin controlarla según el texto hebreo. Se ha recurrido también a otro pasaje (Sal. 97:7), donde se encuentran, según la versión griega, estas palabras: "Adoradle, vosotros todos sus ángeles", mas donde el hebreo tiene: "Vosotros, todos los *dioses*, adoradle". El contexto muestra que se trata de los falsos dioses vencidos por Jehová. Por otra parte no es probable que el autor haya querido citar este pasaje, pues habría cambiado el imperativo en subjuntivo; luego, lo que muestra que toma su citación del Deuteronomio (32:43) es que la conjunción que se lee en ese contexto y que no se justifica en el nuestro, ha sido fielmente conservada: "*Y* adórenle todos los ángeles de Dios" La palabra *Primogénito* tomada probablemente del Sal. 89:28, solamente aquí se encuentra sin complemento que precise su significado. Parece tener el mismo sentido que en Col. 1:15: "Primogénito de toda creación" (véase la nota), el que preexistía a todas las cosas. Otros intérpretes admiten el sentido de "primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8:29), pues los cristianos son llamados sus "hermanos" en nuestra epístola. (2:11). Otros aun piensan que, por este término, el autor compara el Hijo a los ángeles, llamados ellos también "hijos de Dios". (Vers. 5, 1ª nota).

12. Sal. 104:4. El hebreo tiene: "Hace de los vientos sus ángeles, y de las llamas de fuego sus ministros", es decir que Dios se sirve aun de esos elementos de la naturaleza para ejecutar su voluntad. Mas los Setenta han comprendido esas palabras de otro modo, y le han dado un sentido que conviene a la argumenta-

9 el cetro de la rectitud es cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad [13]; por esto hate ungido, oh Dios, el

ción de nuestro autor. No se ve, en efecto, para qué expresaría aquí el pensamiento de que Dios se sirve de las fuerzas de la naturaleza para cumplir sus designios. Quiere decir, al contrario, que Dios hace de los *ángeles* sus siervos, dándoles la velocidad de los vientos y el ardor del fuego para ejecutar su voluntad. Son grandes, sin duda, esas inteligencias puras que asisten delante de él, pero son sin embargo *enviados* y *servidores* (v. 14), mientras que el Hijo es el Amo soberano, y las escrituras le dan los nombres y los atributos de Dios mismo (v. 8). Otros, considerando que, en las dos citaciones siguientes, la inmutabilidad del Hijo y la eternidad de su reinado son puestas en relieve, piensan que el autor hace notar la naturaleza cambiante de los ángeles: son seres que no tienen existencia propia; son en cada momento lo que Dios quiere que sean. Las dos explicaciones no se excluyen por otra parte: a los ángeles, servidores y sujetos a transformaciones, es opuesto el Hijo soberano e inmutable.

13. Salm. 45:7,8. "No podemos negar que este salmo haya sido compuesto de Salomón por cuanto en él se celebra su matrimonio con la hija del rey de Egipto; mas hay que confesar también que lo que se dice aquí es tan excelente que no puede hallarse en Salomón. Todo el que lea este versículo con sano juicio y sin buscar debates, no negará que el Mesías es llamado Dios. Y no se debe replicar que hay aquí un nombre que es también común a los ángeles y a los jueces, pues no se hallará en lugar alguno que sea atribuido a uno solo, y simplemente, sino a Dios. Además, a fin de que no debata yo sobre la palabra, ¿dónde estará el *trono* que se pueda decir ser firme y estable a perpetuidad, sino el solo trono de Dios? La perpetuidad pues de reinado es un testimonio de divinidad. Luego después, el *cetro* del reino de Cristo es llamado *cetro de rectitud*, de lo cual hay, sí, algunos rasgos en Salomón, pero obscuros: a saber, en cuanto se mostró rey justo y amante de equidad. Mas la equidad y rectitud del reino de Cristo se extiende más allá: a saber, en cuanto por su evangelio (que es un cetro espiritual) nos reforma en la justicia de Dios, pues por cuanto él *ama la justicia* es necesario también que ella reine en los suyos". *Calvino.* Todo el pasaje es citado conforme a la versión de los Setenta. El autor introduce solamente entre las dos proposiciones del v. 8 una conjunción que no se lee en la versión griega: *y* el... Además *Sin.. B* introducen una variante: "Y el cetro de *su* reino". Westcott y Hort, Weiss, Nestle, prefieren esta lección: el autor, dicen, ha modificado el texto de los Setenta, por esto agregó la *y* que separa la segunda proposición, modificada de la primera, que es citada textualmente; los copistas han corregido *su* reino en *tu* reino para conformar la citación al texto de los Setenta. Sin embargo Tischendorf y la mayor parte de los exégetas conservan *tu* reino. La palabra *Dios* (v. 9), dos veces repetida en el texto hebreo, puede traducirse por un vocativo, como lo han

10 Dios tuyo, con óleo de alegría por sobre tus colegas [14]". Y: "Tú en el principio, oh Señor, fundaste la tierra, y son los cielos obras 11 de tus manos; ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos como 12 un vestido envejecerán, y como un manto los arrollarás y serán 13 cambiados; mas tú el mismo eres y tus años no faltarán [15]". Mas ¿cuanto a cuál de los ángeles ha dicho alguna vez: "Siéntate a mi diestra hasta que haya puesto a tus enemigos por estrado de

hecho los Setenta y el autor de nuestra epístola; mas se puede traducir también: "Por esto Dios, tu Dios, te ungió". (Comp. la *Biblia anotada*). Mas en el v. 8, la apelación: Oh Dios! es aplicada incontestablemente al héroe del salmo. El nombre de *Dios* le es dado porque el salmista considera como divina, no la persona del rey, sino la dignidad real perpetua y santa de que está investido (v. 5, nota). El título que da al príncipe no es más que la expresión de una fe viva en la promesa de Dios (2 Sam. 7:16).

14. La *unción* con *óleo de alegría* es el acto por el cual el Salvador es investido de la dignidad real y que le vale su título de Cristo. Este sentido es impuesto por las últimas palabras del versículo y no es excluído por la expresión especial "óleo de *alegría*", que señala el gozo y la felicidad de que será rodeada la dignidad real del Mesías. Los que son llamados *sus colegas*, o sus compañeros, son los otros reyes. Sea cual fuere su elevación, ninguno de ellos le iguala; su unción le pone *por sobre todos*, y todos se apresurarán a echar sus coronas a sus pies. Otros ven en estos *colegas* del Cristo los ángeles (v. 5 y sig.); otros, con Calvino, los cristianos (2:11 y sig).

15. Sal. 102:26-28. Este salmo empieza por una oración ardiente que un afligido dirige a Jehová. Pronto entrevé la liberación y se vuelve hacia el gran Libertador: canta su fidelidad y su inmutable amor, que subsistirá cuando las magnificencias de los cielos hubieran *envejecido como un vestido*. Esta fe en el porvenir del reinado de Dios es inseparable de las esperanzas mesiánicas, de modo que el autor de nuestra epístola, según su manera de comprender y de citar el Antiguo Testamento, podía aplicar al Salvador palabras que, en el salmo, se dirigían a Dios. ¿Quién podría discutir, por otra parte, que no sean aplicables a Aquel por quien Dios "fundó los siglos, y que lleva todas las cosas por su potente Palabra"? (v. 2,3). Los manuscritos de nuestra epístola, como los de los Setenta, presentan aquí una variante: En lugar de: *tú los arrollarás* que se lee en *B*, *A.*, la mayor parte de las *mayúsc.* y de las vers., *Sin.*, *D.* y la *Itala* tienen: *tú los cambiarás.* Esta última lección es conforme al hebreo. Antes de las palabras: *y serán cambiados*, *Sin*., *B*, *A. D.* tienen: *como un vestido*. Estas últimas palabras, que no se leen en los Setenta, son consideradas por Tischendorf como una glosa. Nestle, Westcott y Hort, Weiss las tienen por auténticas: el autor las habría introducido en su citación para que el tercer verbo también fuera acompañado de un complemento ilustrativo.

14 tus pies [16]"? ¿No son todos espíritus ministradores enviados para servicio por causa de los que han de heredar salvación [17]?

C. 1-4. RESPONSABILIDAD DE AQUELLOS QUE OYEN EL SALUTÍFERO MENSAJE DEL HIJO. — 1º *La superioridad del revelador acrecienta la responsabilidad de los que reciben la revelación.* La consecuencia de lo que acaba de ser establecido es que debemos tener cuidado de no ser apartados de la verdad que nos ha sido enseñada; descuidando tal salud, incurriríamos en un castigo peor que los transgresores de la ley (1-3ª). 2º *Condiciones en las cuales la salvación nos ha sido anunciada.* Proclamado primero por el Señor mismo, el mensaje de la salud nos ha sido confirmado por sus testigos, acompañando Dios su predicación con señales y comunicaciones del Espíritu Santo (3b-4).

II Por esto es necesario que con mayor diligencia atendamos a 2 lo oído, no sea que nos deslicemos por un lado [1]. Si, en efecto, la palabra hablada por ángeles se hizo firme [2], y toda transgresión 3 y desobediencia recibió justa remuneración [3], ¿cómo escaparemos

16. Sal. 110:1. La interpretación mesiánica de este salmo se basa en la autoridad misma de Jesucristo. (Mat. 22:43-45. Véase también Act. 2:35; 1 Cor. 15:25, y aquí, más arriba, v. 3, 4ª nota). El autor tomará aún (5:6; 7:17, etc.) del salmo 110 otros argumentos sobre la dignidad real y el sacerdocio del Hijo de Dios. *Jamás*, concluye aquí, asignó Dios rango tal a ninguno *de los ángeles*, a ninguna de sus más excelentes criaturas.

17. Tal es la respuesta del autor a su pregunta del v. 13. Muy lejos de estar *sentados a la diestra de Dios*, de ocupar a su lado el lugar de honor, de la autoridad, de la potencia, que no pertenece más que al Hijo, los ángeles son *espíritus al servicio de Dios*, como celebrando un culto, (gr. espíritus *litúrgicos*, Rom. 12:1, 3ª nota). Además, son *enviados para un servicio* (de Dios) *a causa de*, o *en favor de los que deben heredar la salvación.* Este empleo de los ángeles como siervos se ve en mil ocasiones en la historia del reino de Dios, tanto del antiguo como del nuevo Pacto. Su posición es pues muy inferior a la del Hijo de Dios!

1. Gr. *No sea que nos deslicemos de lado*, "como un navío que, en el momento de abordar, es llevado muy lejos por la corriente y arrastrado a su pérdida". *Lutero.* El puerto es la salvación (1:14; 2:3). Esta seria exhortación es una conclusión sacada de la grandeza de Jesucristo (*por esto*), demostrada en el capítulo precedente. En lo que sigue (v. 2 y sig.), el autor motiva su advertencia señalando la responsabilidad en que han incurrido los que descuidan las verdades salutíferas.

2. El término *la* palabra, en singular, designa la ley (1:4, nota; comp. Act. 7:53; Gál. 3:19), que fué, según una tradición judía, que los Setenta introdujeron en Deut. 33:2 (comp. Act. 7:53, nota), promulgada por intermedio de ángeles. Gr. *se hizo firme*: su certidumbre y su credibilidad se han demostrado en el curso de la historia, por el cumplimiento de la promesa (Rom. 4:16), como de la amenaza. (Rom. 3:4).

3. Comp. 10:28,29. Según unos, la *transgresión* sería la violación de una

nosotros[4] descuidando una salvación tan grande? la cual, habiendo empezado a ser enunciada por medio del Señor, ha sido con-
4 firmada para nosotros por los que oyeron[5], dando Dios con ellos testimonio tanto con señales como con prodigios, y con milagros diversos y distribuciones del Espíritu Santo según su voluntad[6].

2. La humillación temporaria del Hijo, destinada a hacer de él el Salvador de sus hermanos (2:5-18)

A. 5-9. EL HIJO, POR UN TIEMPO INFERIOR A LOS ÁNGELES, ELEVADO POR LA CRUZ A LA GLORIA. — 1º *El soberano del reino de los cielos.* Dios no somete a ciertos ángeles el mundo venidero (5). 2º *Profecía de la humillación y exaltación del Hijo del hombre.* El Salmo anunciaba que Dios humillaría momentáneamente al Hijo del hombre por debajo de los ángeles, para otorgarle luego el reinado sobre todas las cosas (6-8a). 3º *La glorificación de Jesús, a consecuencia de su muerte, muestra que esta profecía está en vías de cumplimiento.* Es verdad que, por ahora, el reinado del Hijo no parece aún establecido; mas ya vemos a Jesús, que ha sido por corto tiempo inferior a los ángeles, elevado a la gloria a causa de la muerte que ha padecido por todos (8b-9).

prohibición y constituiría un pecado de comisión, la *desobediencia* designaría la negligencia de una orden, un pecado de omisión. Otros, con mayor razón, estiman que los dos términos unidos estrechamente por *toda*, que no es repetido delante del segundo, se aplican a faltas del mismo orden, caracterizándolas el primero como violaciones de la ley, el segundo agregando que esas violaciones son intencionales. Los pecados cometidos por negligencia o por debilidad no eran irremisiblemente castigados; podían ser expiados por un sacrificio. (Lev. 4 y 5).

4. Al castigo (v. 2), a la condenación.

5. Esta *gran salvación*, tan grande en sí misma, lo es también porque, *enunciada primero por el Señor* Jesús, *nos ha sido confirmada por los que la oyeron*, por sus apóstoles, destinados a servirle de testigos. Lutero, Calvino, y la mayor parte de los intérpretes, han inferido de estas palabras, no sin razón, que nuestra epístola no puede haber sido escrita por Pablo, quien afirma haber recibido el evangelio directamente del Señor mismo. (Gál. 1:1,11,12; 1ª Cor. 9:1; 15:8-11).

6. Dios acompañaba los primeros testigos del evangelio; *añadía su testimonio* al de ellos y lo confirmaba *por señales y prodigios*. Los dos términos *señales* y *prodigios* se aplican a los mismos hechos; el primero indica su alto significado, el segundo su carácter extraordinario, sobrenatural. Jesús presentaba igualmente sus obras como *señales*, pruebas de su misión divina. (Juan 5:36; 10:25,37, 38; 14:10,11; 15:24). El tercer término *y diversos milagros* no menciona una nueva categoría de hechos, sino que designa las señales y los prodigios del punto de vista de su origen: son *milagros*, es decir, según la etimología, *potencias*, manifestaciones de la potencia divina. Los tres términos, *señales, prodigios, milagros*, son asociados igualmente en Act. 2: 22; 2ª Cor. 12:12. Todos estos actos milagrosos se cumplían en virtud de *comunicaciones* o *distribuciones* que Dios hacía del Espíritu Santo (1ª Cor. 12), *según su voluntad.* La voluntad divina queda siendo el regulador de esas comunicaciones y de la actividad que ellas producen. Es la condición para que ésta sea un testimonio dado por Dios. (Comp. 2ª Tes. 2:9).

5 No sujetó a ángeles, en efecto, el mundo venidero, sobre el
6 que hablamos[7]. Mas alguien dió testimonio en alguna parte diciendo: "¿Qué es el hombre que te acuerdes de él? o el hijo del
7 hombre que le visites? Hicístele por poco tiempo menor que los
8 ángeles; de gloria y de honor le coronaste; todo sujetaste debajo de sus pies[8]". En efecto en esto de "sujetar todo" a él, nada
9 dejó no sujeto a él. Mas ahora aún no vemos "todo sujeto" a él; mas a aquel vemos "hecho por poco tiempo menor que los ángeles", a Jesús, por causa de la pasión de muerte "de gloria y de honor coronado", para que por gracia de Dios por cada uno gustase la muerte[9].

7. Después de haber expuesto la superioridad infinita del Hijo de Dios sobre los *ángeles* (1:4-14), el autor habla del estado de humillación y de sufrimientos en que Cristo apareció sobre la tierra, pero para sacar a luz una verdad bien propia para afirmar la confianza de los lectores de la epístola: Jesús ha sido elevado a la gloria por sus sufrimientos mismos, y eleva a ella consigo al hombre que él ha redimido y al que puede socorrer en sus combates (v. 10 y sig.). Este desarrollo nuevo está conectado con el pensamiento del v. 4: Dios ha confirmado la predicación del evangelio por señales extraordinarias. Era necesario, *pues no ha sujetado a ángeles el mundo venidero*, no debe ser establecido el reino de los cielos por seres celestiales, revestidos de todo el brillo de su origen, sino por el Hijo del hombre al que su humillación misma podía hacer desconocer. La suerte de este Rey que ha debido pasar por la cruz para elevarse al trono y adquirir el dominio universal, la encuentra el autor descripta proféticamente en el salmo 8. (Comp. v. 9, nota).

8. Sal. 8:5-7. El pasaje es citado exactamente según la versión griega de los Setenta que (v. 7), como en 1:6, traduce *Elohim* (*Dios*) por *ángeles*. Hay que observar también que las palabras del salmo: "Pusístelo sobre las obras de tus manos", no han sido citadas por el autor de nuestra epístola. Se leen, es verdad, en *Sin.*, *A, C, D;* pero faltan en *B, Itala*, y es probable que han sido agregadas por algún copista que ha creído deber completar la cita.

9. El autor del salmo 8, después de haber contemplado la grandeza de las obras de Dios en la extensión de los cielos, dirige su pensamiento al *hombre*, a su pequeñez y su miseria, y se asombra de que Dios *se acuerde de él* y que *le visite*. Y sin embargo, el hombre posee una inteligencia para conocer a Dios, un corazón para amarle, una voluntad para obedecerle. Estas facultades le elevan muy por encima de los mundos que resplandecen en el firmamento, y le hacen *poco inferior* a los seres celestes

mismos. Dios le ha *coronado* así *de gloria y de honor;* y en la intención primera de su Creador debía ser infinitamente mayor aun. Hecho a la imagen de Dios, debía someter la creación a su voluntad (Gén. 1:26-31), y desarrollarse libremente, como rey de esta creación, hasta que fuera consumado y glorificado en su semejanza con Dios. Mas ¿de dónde viene que el estado actual del hombre responda tan poco a su destino? El pecado es la causa de ello. A consecuencia del pecado, el que debía reinar no ha sido más que un rey destronado, caído bajo el dominio de la carne, de la naturaleza y del mundo que él debía sujetar a sí. Es lo que observa el autor de la epístola (v. 8b). Se pregunta cómo es que las declaraciones del salmo 8 sean tan poco realizadas; cómo, cuando Dios *ha sujetado todo* al hombre, todo sin excepción, sin embargo *no vemos* de ningún modo al hombre dominar sobre todo, sino ser con la mayor frecuencia sólo un desdichado esclavo. ¿No habría sido alcanzado el fin de Dios al crearlo? El v. 9 da la solución plena y gloriosa del problema. Un segundo Adán, *Jesús*, el hijo del hombre, el tronco de una humanidad nueva, nos aparece *coronado de gloria y de honor*, después de haber sido él mismo, como todos los hombres sus hermanos, *hecho algo inferior a los ángeles.* ¿Y por qué causa ha sido coronado de gloria y de honor? *A causa de la muerte que sufrió.* ¿Y por qué la sufrió? *A fin de que, por la gracia de Dios* (por efecto de su amor) *gustara la muerte por todo hombre.* Este gran fin de su venida a la tierra es la razón por la cual ha debido, en su vida humana, ser hecho algo inferior a los ángeles. En él y por él "los hijos de Dios son conducidos a la gloria" (v. 10), y el mundo venidero les es nuevamente sujetado (v. 5). Los pecadores redimidos poseen en su jefe Cristo Jesús ese mundo venidero, que es el cielo y la tierra glorificados. (Comp. 1ª Cor. 15:25-28). Tal es la interpretación que dan de nuestro pasaje Th. de Beza, Ebrard, Delitzsch, Hofmann, Keil, Kübel, y que defendían nuestras precedentes ediciones. Presenta una gran dificultad, que la hace rechazar por la mayor parte de los intérpretes: es el término que ella sobrentiende como antítesis a la negación del v. 5: "el mundo venidero no ha sido sujetado a ángeles..." sino al hombre. Nada en el contexto hace pensar en el hombre. El autor habría debido nombrarle, tanto más cuanto que su idea tendría algo de extraño: el mundo venidero sujetó al hombre! Dios había dicho a Adán y a Eva: "Llenad la tierra y sojuzgadla" (Gén. 1:28), mas no el mundo venidero. Es verdad que esta expresión designa menos al cielo en su oposición a la tierra, que al reino de Dios fundado en este mundo ya por el Mesías; mas la idea de este reinado no implica directamente la de la dignidad real del hombre. Y cuando, además, el autor dice (v. 5): "el mundo venidero *de que hablamos*", es imposible dejar de pensar en todo lo que acaba de decir (1:2,3,8,13) de la posición soberana del Hijo en los cielos. No hay pues más que una respuesta admisible a la pregunta planteada por el v. 5: ¿a quién ha sujetado Dios el mundo venidero puesto que no a los ángeles? Al Hijo. Y entonces, es necesario reconocer que el autor cita el salmo 8 apartándolo de su sentido primero, aplicándolo, no al hombre sino al Mesías. Los intérpretes que aplican toda la cita al Mesías se dividen a su vez. Unos piensan que es destinada a hacer notar su grandeza: ¡qué grande es, puesto que te acuerdas de él! Los otros estiman que describe su humilación; y es así como nos parece

B. 10-18. LA CONVENIENCIA DIVINA Y EL PROPÓSITO DE LOS PADECIMIENTOS DEL HIJO. — 1º *El príncipe de nuestra salud, formado por los padecimientos.* Dios, que quería elevar a la gloria un gran número de hijos, debía preparar por medio de sufrimientos Aquel que debía ser su conductor en la vía de salvación. En efecto, Aquel que santifica y aquellos en quienes se opera la santificación, son hijos de un mismo Padre; los considera como hermanos, según lo prueban diversos pasajes de la escritura (10-13). 2º *El Hijo compartiendo la flaqueza de sus hermanos para quebrantar la potencia de Satanás, expiar sus pecados y socorrerlos en sus tentaciones.* El Hijo ha tomado sobre sí la carne de los hermanos a quienes quería salvar, para aniqui-

más natural entenderla. En la primera aplicación, el salmo es demasiado apartado de su sentido propio. La sumisión del universo al Hijo resulta de su calidad de "heredero de todas las cosas" (1:2). Era proclamada ya en el salmo (v. 7). Mas vemos que este Hijo, lejos de dominar, es profundamente humillado: "No vemos aún ahora que todas las cosas le estén sujetas" (v. 8). Contradicción angustiosa, que el autor resuelve por la explicación que va a dar de la muerte de Jesús (v. 9): esta muerte, último grado de su humillación, ha sido el medio mismo de su triunfo; por ella, ha fundado su reino; por la cruz, se ha elevado al trono. *Nosotros vemos* ahora, por la mirada de la fe, ese *Jesús* que ha sido humillado *por poco tiempo* por debajo de los ángeles, *coronado de gloria y de honor, a causa de la muerte que padeció.* Sobre estas últimas palabras cae el énfasis de la frase griega. Esa muerte sufrida por Jesús, que impedía a muchos judíos reconocer en él el Mesías, ha sido precisamente la causa de su elevación. Esta es presentada como la recompensa de la obediencia que Jesús mostró en sus sufrimientos. (Comp. Fil. 2:8,9). Por último, el fin que debía ser alcanzado por los sufrimientos y la muerte de Jesús, es indicado en estas palabras: *a fin de que, por la gracia de Dios, él gustase la muerte por todo* hombre. La muerte del Redentor es destinada a procurar la salvación *a todo hombre* que pone en ella su confianza; y es así en virtud de una dispensación de la *gracia de Dios*, causa primera de toda la obra de la redención. Weiss objeta que, en nuestra epístola, *la gracia de Dios* no es, como en las epístolas de Pablo, el principio de la salvación, sino su consecuencia, el favor divino mostrado al pecador luego de la expiación operada por Cristo. Prefiere, por esta razón, una lección que sólo se lee en una *mayúsc.* y algunas versiones, pero que Orígenes indica como la más divulgada en su tiempo, y que dice *sin Dios*, en lugar de: *por la gracia de Dios.* El autor aludiría, según Weiss, al abandono de Dios que Jesús experimentó sobre la cruz y que señaló el punto culminante de sus sufrimientos. (Marcos 15:34). Los nestorianos interpretaban esta lección diciendo que Jesús "gustó la muerte sin participación de su naturaleza divina"; Orígenes encontraba en ella este sentido: "a fin de que gustara la muerte *por todo ser, excepto Dios*". La mayor parte de los exégetas modernos se atienen a la lección del texto recibido, y le dan el sentido que hemos indicado más arriba. Nuestro autor emplea tan raramente el término de *gracia*, que no se podría fijar con exactitud el significado que le atribuye: ni afirmar que no le da jamás el mismo sentido que Pablo. El sentido paulino del término podría ser reivindicado por 10:29 y 13:9.

lar el poder de aquel que los retenía en el miedo de la muerte. Viniendo a libertar, no a ángeles sino a descendientes de Abrahán, debió ser hecho semejante a sus hermanos en todo, a fin de ser un sacerdote misericordioso y fiel que pudiera hacer expiación de los pecados; en efecto, tentado él mismo, puede socorrer a los que son tentados (14-18).

10 Convenía en efecto a Aquel, por causa de quien es todo y por medio de quien es todo, llevando muchos hijos a la gloria, hacer perfecto por medio de padecimientos al adalid de su salvación [10].
11 Pues tanto el que santifica como los santificados, de uno proceden todos [11]; por cuya causa no se avergüenza de llamarlos "herma-
12 nos", diciendo: "Proclamaré tu nombre a mis hermanos, en medio
13 de la congregación cantaré himnos a ti [12]"; y otra vez: "Yo pondré mi confianza en él [13]"; y otra vez: "Hé aquí, yo y los hijos
14 que Dios me ha dado [14]". Puesto pues que "los hijos [15]" han participado de sangre y de carne [16], también él del mismo modo participó de lo mismo, para que por medio de la muerte aniquilase al
15 que tenía el poder de la muerte, esto es al diablo, y librase aquellos, cuantos por temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos
16 a servidumbre [17]. No por cierto, en efecto, a ángeles auxilia, sino

10. Muy lejos pues de que los Hebreos conmovidos en su fe debiesen ver un motivo de escándalo en los *sufrimientos* y la muerte del Salvador, debían encontrar en ella una divina *conveniencia*, ver en ella un hecho que, de todas maneras, glorifica a Dios mismo en el más alto grado. *Convenía* que Cristo padeciera, puesto que es Dios mismo, *Aquel por quién y para quién son todas las cosas*, quien lo quiso así en su insondable sabiduría. (Mat. 26:42). Esto *convenía*, puesto que Dios, en su eterna misericordia, quería *conducir muchos hijos a la gloria*, y que para ellos, como para *el príncipe de la salvación de ellos*, no hay otro camino que lleve a la gloria que el de las humillaciones y de los sufrimientos. Por esto el Salvador es llamado aquí *el príncipe*, o el *adalid de la salvación* (12:2; 5:9), pues abrió el camino a los que son salvados, a través del mundo, del pecado, del dolor, de la muerte, de todos los enemigos, y por su victoria hizo posible la victoria de los suyos. En cuanto al significado de estas palabras: "*elevar a la perfección*" (gr. *perfeccionar*) por sufrimientos", aplicadas al Salvador, véase 5:9, nota.

11. *El que santifica*, Jesucristo, y *los que son santificados*, sus redimidos, son, por la obra de la redención, *de un solo* y mismo Padre, ya en cuanto a su origen, ya en virtud del segundo nacimiento que hace a los pecadores partícipes del Espíritu que el Salvador poseía en su plenitud; lo que el Hermano mayor posee de toda eternidad, lo comparte con aquellos *a quienes no se avergüenza de llamar hermanos* (v. 12; Juan 20:17). Cuando se compara este versículo con el precedente, se ve que el Salvador *santifica* a los suyos por medio de sus sufrimientos y de su muerte, por los cuales quita el pecado de ellos, les hace parte de su justicia y los hace capaces de seguirle en esa misma senda de renunciamiento y de santa obediencia. Este pensamiento vuelve a menudo en nuestra epístola (9:13,14; 10:10,14-29; 13:12; comp. Juan 17:19).

12. Estas palabras son tomadas del sal. 22:23. En la primera parte de este salmo, el profeta canta los dolores del Mesías: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Mas pronto entrevé la victoria, y su cántico se torna en un cántico de triunfo. Es entonces cuando el vencedor ve una *gran asamblea* de redimidos a quienes llama *sus hermanos* (exactamente como Juan 20:17), y a los cuales en adelante *anunciará* el nombre de Dios, y le *celebrará* con himnos de alabanza. La cita responde pues perfectamente al fin de nuestro autor, que es de justificar el título glorioso de *hijos de Dios* y de *hermanos* del Señor dado a los redimidos, y al mismo tiempo recordar, por la escritura, el medio de su liberación.

13. Se ha visto en estas palabras una citación de sal. 18:2, o más bien de 2º Sam. 22:3, donde el salmo es reproducido y donde la versión de los Setenta es exactamente conforme a nuestro texto. Otros hacen derivar esta cita de Isaías 8:17. Las palabras citadas luego después hacen más probable esta opinión. Los Setenta tienen en el principio del v 17 de Isaías 8: *Y dirá*. Este verbo en futuro, que falta en el hebreo, ha inducido a los judíos a dar un sentido mesiánico a las palabras de Isaías. (Véase la nota siguiente). Aunque hijo de Dios, fué necesario que, en su humillación y sus sufrimientos, el Salvador *pusiera en Dios su confianza*, como un débil mortal. En esto también, ha sido "hecho semejante a sus hermanos" (v. 17).

14. Isaías 8:18. Esta cita también es destinada a justificar a los ojos de los lectores de la epístola el gran pensamiento de esos "hijos conducidos a la gloria" (v. 10) por Aquel que ha llegado a ser semejante a ellos. De sí mismo y de sus propios hijos habla Isaías. Mas se deben considerar las circunstancias en que esos hijos le nacieron, y los nombres con que debió llamarlos por orden del Eterno para que fueran "señales y presagios", anunciando espantosas calamidades en tiempos de Acaz, luego la liberación de la nación. Se concibe entonces que el autor, según la manera alegórica de aplicar el Antiguo Testamento, vea, en el profeta convertido en el salvador de su pueblo, una figura del gran Libertador que presenta a Dios "los que el Padre le ha dado".

15. Los *hijos* proféticos de que el autor acaba de hablar, y en general los hijos de los hombres de quienes el Salvador hace "hijos de Dios" (v. 10). No se trata aquí de los niños en particular.

16. Es decir de la naturaleza humana, débil, flaca, mortal, sujeta al dolor, a la muerte, a todas las consecuencias de la caída del hombre. (Comp. Juan 1:14, nota; Rom. 1:3, 4, nota).

17. Estas palabras, que indican claramente la causa de la encarnación y de la muerte de Jesucristo, se refieren aún al v. 10, y explican, lo mismo que los versículos siguientes, por qué "convenía" que el *adalid* de la salvación fuera "consumado por el sufrimiento". Debió *participar* de nuestra naturaleza a fin de que, *por su muerte, aniquilara al que tiene la potencia de la muerte;* hé ahí la redención objetiva realizada en la cruz. Por ella, *liberta* todos los días aún a los que encuentran en *el temor de la muerte* una espantosa *servidumbre;* hé ahí la redención subjetiva, personal, realizada en todos los creyentes. No solamente la muerte debía el Salvador destruir por su victoria, sino *al que tiene la potencia de la muerte, al diablo*. Satanás es el

17 a la "descendencia de Abrahán auxilia [18]". Por lo cual debía en todo ser asemejado a "los hermanos", para llegar a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo concerniente a Dios, para 18 hacer propiciación por los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo ha padecido siendo tentado, puede socorrer a los que son tentados [19].

príncipe de la muerte, pues por él "el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte". (Rom. 5:12). Jesucristo enseña la misma verdad. (Juan 8:44). *La muerte* no es solamente la destrucción del cuerpo, sino la ruina del alma. (Comp. Rom. 1: 32, nota; 5:12, 2ª nota). Satanás es el autor de la muerte temporal y eterna; en él el reino de las tinieblas encuentra su unidad y su jefe. Mientras permanece bajo el dominio del pecado, el hombre está *toda su vida sujeto* al temor de la muerte y de la condenación, como a una *servidumbre* tiránica. Si este temor no se manifiesta en todos igualmente; si, a fuerza de ligereza, de distracciones mundanas, de olvido de Dios y de sí mismos, muchos hombres llegan a substraerse a ello por un tiempo, es solamente para prepararse un despertar tanto más terrible, y su vida sin Dios es un efecto indirecto de la servidumbre de que habla aquí el apóstol. De un estado semejante ha libertado Jesucristo a los creyentes. Por su muerte, expió los pecados de ellos, les reconcilió con Dios, y les reabrió las fuentes del perdón; y por su resurrección, triunfando de la muerte, tornándose en las primicias de la propia resurrección de ellos, de su vida eterna, cumplió plenamente esa liberación. Pueden ellos morir con él, resucitar con él, andar con él en una vida nueva, y nada podría perjudicarles más. (Comp. las notas sobre Rom. 5:6-10; 6:4-6; 8:1; 2ª Cor. 5:19-21; Efes. 2:14,15).

18. Es ésta, en otros términos, la verdad expresada ya en el v. 5, de la cual la continuación ha sido su desarrollo profundo. El mundo venidero, la participación en la gloria de Cristo, la redención, que sola puede conducir a ella, todo lo que el Salvador ha sido y ha hecho, no concierne *a ángeles,* sino al hombre pecador. Esta reflexión es una confirmación (*en efecto*) de la necesidad en que se encontraba el Salvador de "participar de la sangre y de la carne". Debía libertar, no a *ángeles,* sino a *hombres;* luego, debía ser *hombre.* Si el autor dice aquí posteridad de *Abrahán,* cuando, según el contexto, se habría esperado posteridad de *Adán,* es porque habla a descendientes del patriarca, sin que por ello excluya a los paganos.

19. El autor enuncia una *consecuencia* del hecho de que el Hijo socorre a hombres débiles y desdichados: *debía ser hecho semejante a sus hermanos en todas las cosas, a fin de que* pudiera *hacerse misericordioso* y presentarse a ellos como un *sumo sacerdote fiel.* Bajo esta forma tan consoladora y tan verdadera introduce el autor por primera vez la idea del sacerdocio de Jesús, que ocupa tan grande lugar en su epístola. No habría que inferir de estas palabras que Jesús no fuera *misericordioso, compasivo,* antes de ser hecho semejante a los hombres; su compasión infinita es la que le indujo a nacer en el seno de nuestra humanidad para salvarnos. Mas si no hubiera conocido por sí mismo la flaqueza de nuestra naturaleza y sus tentaciones, no habría podido sentir simpatía humana por pobres pecadores pacientes y tentados, no habría podido ser ese *Sacerdote* que intercede por sus hermanos con un sentimiento personal de sus necesidades. Mas, cuando le vemos sufrir, luchar, orar, llorar con *sus hermanos,* y realizar su obra de Sacerdote ante Dios bebiendo hasta la muerte la copa de los dolores que el pecado ha dado a luz sobre la tierra, cobramos ánimo y confianza en él. (4:15-16).Es así como debemos contemplarle (gr.) *haciendo propiciación por los pecados del pueblo.* (Véase sobre este gran hecho de la expiación y del sacerdocio de Cristo, los capítulos 7, 8, 9, 10, que son consagrados a ese asunto). Aquí el autor no tiene solamente en vista el sacrificio de *expiación,* realizado una vez por todas sobre la cruz, sino también la intercesión del Salvador que hace prevalecer ante Dios la eficacia perpetua de ese sacrificio en favor de todo pecador que se arrepiente. (4:16; 7:25; 9:24; 10:19 y sig.; comp. Rom. 8:34; 1ª Juan 2:1). Igualmente, cuando agrega (v. 18), como un motivo de la obligación que incumbía al Hijo de hacerse semejante a sus hermanos: *pues, porque sufrió, habiendo sido tentado,* tiene en vista, no solamente la muerte de Jesús, sino todos los padecimientos que el Salvador soportó, y los considera, menos en sí mismos que como medios por los cuales el Hijo fué *él mismo tentado,* ejercitado en la obediencia para con Dios (5:8) y elevado así a la perfección (v. 10). Y porque así él se "santificó a sí mismo" por los hombres (Juan 17: 19), el Hijo puede por una parte, expiar los pecados de ellos (v. 17), pues su santidad perfecta constituye el alto valor moral de su obra expiatoria; y por la otra, *puede socorrer a los que son tentados* (v. 18), sostenerlos con su simpatía, hacerlos participar de su victoria (Juan 16:33), libertarlos de este temor de la muerte (v. 15) que amenaza hacerlos infieles a su profesión. Este pensamiento sirve de transición a la exhortación siguiente.

3. *Exhortación. Considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe, fiel como Moisés y superior a él, a fin de no excluiros del reposo de Dios* (3 a 4:13).

A. 1-6. EXORDIO. JESÚS Y MOISÉS EN LA CASA DE DIOS. — 1º *El apóstol y sacerdote de los cristianos, fiel como Moisés.* El autor invita a sus hermanos, llamados a la vida del cielo, a considerar el apóstol y sumo sacerdote que ellos confiesan, Jesús, que ha sido fiel, como Moisés, en toda la casa de Dios (1,2). 2º *Su superioridad sobre Moisés.* Tienen el deber de considerarle, pues su gloria es mayor que la de Moisés en la medida en que el que construye la casa tiene más honra que aquel que solamente forma parte de ella. Es Dios quien construye toda casa. Moisés fué, en la casa de Dios, un fiel siervo, que daba testimonio de lo que debía ser anunciado. Cristo, en calidad de Hijo, ha sido establecido sobre la casa. Nosotros somos su casa, con tal que retengamos firme la confianza y la esperanza de que nos jactamos (3-6).

III Por lo cual [1], hermanos santos [2], partícipes de la vocación ce-

1. Como conclusión de lo que precede sobre la encarnación, los sufrimientos y el sacerdocio de Cristo, el autor exhorta a sus hermanos a considerar la fidelidad del Mediador del nuevo Pacto, que es mayor que Moisés en la casa de Dios. Los v. 1-6 no son un desarrollo doctrinal, destinado a establecer la superioridad de Jesús sobre Moisés, como 1:1-14 establecía su superioridad sobre los ángeles. Esta comprendía lógicamente

lestial [3], considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra pro-
2 fesión [4], Jesús, que es "fiel" al que le ha establecido, como tam-
3 bién "Moisés en toda su casa [5]". Pues de más gloria éste que Moi-

aquélla, que no tenía necesidad de ser demostrada habiéndolo sido la primera. Si, en el exordio de su parénesis, el autor insiste sobre la superioridad de Cristo, comparado a Moisés, es para dar mayor fuerza a su exhortación: retened firme vuestra esperanza fundada en él. (v. 6).

2. Comp. 2:11; Rom. 1:7; 1ª Cor. 1:2; 2ª Cor. 1:1, notas.

3. Vosotros, que tenéis parte con nosotros en la vocación celestial. Es *celestial,* porque nos es dirigida del cielo, de donde Dios nos envía su Hijo, y porque nos invita a dirigir nuestros pasos hacia el cielo. Comp. 12:25; Rom. 1:7; Fil. 3:14, notas.

4. *De nuestra confesión.* Muchos entienden esta palabra del contenido de la fe cristiana, de las enseñanzas y de las creencias que se refieren a Cristo; la *confesión* cristiana sería aquí opuesta a la confesión mosaica de los judíos. Mas la palabra empleada designa en el Nuevo Testamento, y en nuestra epístola en particular, el acto de confesar su fe. Por esto entendemos con Lutero y la mayor parte de los intérpretes modernos: Considerad el apóstol y Sumo Sacerdote *que confesamos.* (Comp. 4:14; 10:23; 2ª Cor. 9:13; 1ª Tim. 6:12,13). El autor da a *Jesús* el título inusitado de *apóstol.* Entiende esta palabra en su significado primitivo de *enviado.* Jesús es el *enviado* de Dios, como sus doce discípulos fueron sus enviados. (Juan 20:21). Cuando él declara tan a menudo que "el Padre le envió". (Juan 5:36; 10:36) se sirve del verbo de que deriva la palabra *apóstol.* Este título resume las declaraciones precedentes de que Dios ha hablado por su Hijo (1:1,2), que es superior a los ángeles "*enviados* para servir en favor de los que deben heredar la salvación" (1:14), y por el cual el evangelio ha sido anunciado primero. (2:3). Además, al calificar a Jesús de *apóstol,* el autor introduce la comparación que va a seguir entre Cristo y Moisés. Moisés fué el enviado de Dios en el antiguo Pacto, Cristo lo es en el nuevo; él es el que Moisés había anunciado a su pueblo por estas palabras: "El Eterno te suscitará un profeta semejante a mí" (Deut. 18:15). Mas Cristo tiene otro oficio, que Moisés no desempeñaba, y de que Aarón estaba encargado: el de *sumo sacerdote.* Este nombre ya dado a Jesús (2:17), recuerda lo que ha sido dicho de su obra en 2:6-18, y prepara lo que será ampliamente desarrollado más adelante. (4:14 a 5:10; 8:1 a 10:18). Las dos funciones de *apóstol* y de *sumo sacerdote* son estrechamente unidas (un solo artículo rige ambos títulos); presentan las dos fases de la obra de Jesús. El autor las recuerda para realzar la importancia de la "fidelidad" de que Jesús ha dado pruebas (v. 2) y que invita a sus lectores a *considerar.* Es necesario observar que, en todo este paralelo entre Jesucristo y Moisés o los sumos sacerdotes israelitas, la comparación de ningún modo atañe a las personas (no habría allí ninguna comparación posible), sino sobre sus oficios respectivos.

5. Se traduce ordinariamente: "fiel al que le estableció, como Moisés también lo era en toda su casa", y se ve en nuestro versículo una cita de Núm. 12:7, donde la versión de los Setenta tiene: "mi siervo Moisés, en toda mi casa, es fiel". Este pasaje es ciertamente citado en el v. 5, pero dudamos que lo sea ya en nuestro versículo. En efecto, el adjetivo *toda,* delante de *casa,* falta en *B,* versiones y Padres. Si, con editores e in-

sés ha sido juzgado digno, en cuanto más honor tiene que la casa
4 el que la construyó [6]. Toda casa, en efecto, es construída por al-
5 guien, mas el que todo ha construído es Dios [7]. Y "Moisés", sí,

térpretes recientes, se lo tiene por inauténtico, vale más construir la frase como sigue: hacer de "en la casa de él", el complemento de las palabras: *Jesús que es fiel.* Cualquier construcción que se adopte, la *casa* de que se habla no puede ser la casa de Moisés, ni la de Jesús, sino la de Dios, *que estableció* a Jesús. Es necesario traducir: *que le estableció,* aunque haya en el griego: que le *hizo.* El sentido es: que le constituyó Apóstol y sumo Sacerdote. Este sentido resulta del v. 1, y del complemento: *en su casa,* que sugiere la idea de un mayordomo. Comp. Act. 2:36: "Dios *ha hecho* Señor y Cristo a este Jesús... El mismo verbo es empleado por los Setenta en 1º Sam. 12:6, donde designa la investidura de Moisés y de Aarón. (Comp. Mar. 3:14). No se podría entender esa palabra de la generación eterna del Hijo por el Padre; mucho menos habría que traducir como Rilliet: "al que *le creó,* pues esto sería atribuir al autor la herejía de Arrio, que es contradicha por las afirmaciones de 1:3.

6. La palabra *casa,* en todas las lenguas, y en particular en las escrituras, designa no solamente un edificio, sino también los que lo habitan, la familia; y por extensión, ese término es aplicado a la familia de Dios, al pueblo que él escogió para sí, a su reino. Moisés mismo no era más que un miembro de ese pueblo de Dios, aunque uno de los más considerables. ¡Cuánto mayor es el Hijo de Dios, *que ha construído la casa,* que es el verdadero fundador de la familia y del reinado de Dios sobre la tierra! El no forma parte de la familia sino porque quiso hacerse nuestro hermano mayor. (2:11). Si Moisés puede ser comparado a Jesús en cuanto a la fidelidad, le es muy inferior en cuanto al *honor* que recibe. Es lo que realza este versículo, al mismo tiempo que da un nuevo motivo (*pues*) de "considerar a Jesús". (v. 1). *Ha sido juzgado digno de una gloria superior.* El que le ha juzgado digno es Dios. Su juicio tiene un valor permanente (verbo en perfecto). Se ha manifestado por la elevación de Jesús a la gloria celestial. (2:7-9). La palabra traducida por *construir,* aquí y en el versículo siguiente, no expresa solamente el acto de edificar una casa, sino el de arreglarla, de organizarla, de dotarla de los muebles y de los servidores que debe tener para responder a su objeto. (1 Pedro 3:20). La comparación entre *el que construye la casa* y *la casa* misma es enteramente general. Es forzar demasiado los términos, y atribuir al autor ideas que no expresa formalmente, decir con Weiss: *la casa* es la institución del antiguo Pacto: *el que la construyó,* es Cristo; luego el autor atribuye al Cristo preexistente un papel en la fundación y la conducta del Pacto preparatorio, como se lo había atribuido en la creación del mundo. (1:2). No, el autor no dice qué casa ha construido Cristo; dice solamente que en su calidad de Hijo es el constructor de su casa, que puede ser muy bien, y que es probablemente según el v. 6, la institución del nuevo Pacto, mientras que Moisés forma solamente parte de la casa del antiguo Pacto, siendo uno de los servidores que la constituyen. (v. 5).

7. El autor acaba de atribuir a Cristo el papel de constructor de la casa (v. 3); mas ¿no pertenece ese papel exclusivamente a Dios? ¿no es Dios quien habló a Moisés e instituyó el Pacto del Sinaí? ¿no es Dios

fué "fiel en toda su casa" como "servidor", para testimonio de

quien solo tiene calidad para fundar un nuevo Pacto? Escribiendo a "Hebreos", que, en su estricto monoteísmo, eran celosos de todas las prerrogativas de Dios, el autor tenía interés en apartar esta objeción, antes de proseguir su comparación. Lo hace por la incidental del v. 4. Se justifica primero de haber designado a Cristo (v. 3) como constructor de su casa: era natural que se preguntara quién ha construído la casa de Cristo, *pues toda casa es construída por alguien;* luego muestra que al atribuir ese papel a Cristo, no ataca la supremacía de Dios. No deja de ser *Dios* quien *ha construído todas las cosas* (no: el universo, sino, según la lección de *Sin.*, *B*, *A*, *C*, *D*, todas las casas, con lo que las llena); él es el constructor invisible y omnipotente, de quien los constructores visibles son sólo los instrumentos. Llamar a Jesús el fundador del Pacto, es, en un sentido, darle un papel que pertenece a Dios, mas como el Hijo no es más que el representante del Padre, al cual está subordinado, Dios continúa siendo *El que ha construído todas las cosas.* Pablo expresa pensamientos análogos, diciendo de Jesús: "*Dios* quiso que toda plenitud habitara en él" (Col. 1:19); "todo puso bajo sus pies, y *le dió* por jefe supremo a la Iglesia, que es su cuerpo". (Efes. 1:22). Y Jesús mismo dice: "Como el Padre tiene la vida en sí mismo, *dió* al Hijo tener la vida en sí mismo". (Juan 5:26). Y añade: "el Hijo no puede hacer nada de sí mismo, a menos que lo vea hacer al Padre". (Juan 5:19). Esta explicación de nuestro versículo, indicada por Calvino, es reproducida, con pequeñas variaciones, por la mayor parte de los comentadores. Nos parece la más conforme a la marcha del pensamiento. Nuestras precedentes ediciones preferían una interpretación emitida por los Padres griegos, que ha contado en todo tiempo con partidarios. Consiste en hacer de la palabra *Dios,* no el sujeto, sino el atributo de la segunda proposición del versículo, y en traducir ésta: "El que ha construído todas las cosas Dios es". El autor afirmaría entonces que Cristo, *que ha construído todas las cosas,* es decir, organizado toda la economía mosaica, es Dios. La marcha del pensamiento sería entonces la siguiente: *Toda casa ha sido construída por alguien:* la casa de Dios, tal como apareció en el tiempo de Moisés, no se levantó de por sí; Moisés no la fundó por su propia sabiduría y fuerza. Si preguntamos quién la ha construído (y esta pregunta se nos impone) no le hallamos otro autor que el Hijo, en quien habitaba la plenitud de Dios. Bien: el que ejerce tal prerrogativa es Dios. Se hace valer en favor de esta explicación, que Cristo es el sujeto en los versículos 3 y 6; que con él, designándole como constructor de la casa, compara el autor a Moisés el servidor, que por consiguiente debe ser también en el v. 4 *el que construye todas las cosas.* Mas no es probable que el autor haya querido designar a Cristo con estas últimas palabras; éstas hacen pensar naturalmente en Dios. Para que se refirieran a Cristo, sería necesario que el autor hubiera dicho que consideraba a éste como el fundador del Pacto mosaico, lo que no hace expresamente. (v. 3, nota). Por otra parte, ¿habría enunciado esta grande afirmación, que Cristo es Dios, en una simple proposición incidental? Por último, la proposición general: *toda casa ha sido construída por alguien,* cuya razón de ser no parece a primera vista, se explica mejor en el primer sistema de interpretación que en el segundo.

6 lo que se diría; mas Cristo como hijo sobre "su casa[8]"; cuya casa somos nosotros, si la osadía y la jactancia de la esperanza hasta el fin firme retuviéramos[9].

B. 7-19. *Primera parte.* ADVERTENCIA DADA POR EL EJEMPLO DE ISRAEL EN EL DESIERTO. — 1º *Citación del Salmo 95.* El Espíritu Santo exhorta a los creyentes a no endurecer sus corazones, como los israelitas lo hicieron en el desierto, cuando tentaron a Dios, después de haber sido objeto de sus beneficios, y atrajeron sobre sí mismos una sentencia que los excluía de su reposo (7-11). 2º *Aplicación.* Velen pues constantemente los lectores sobre sí mismos y sobre sus hermanos, a fin de que ninguno se aparte del Dios viviente ni se endurezca, engañado por el pecado. Porque tenemos parte en la salud en Cristo a condición de perseverar en nuestra primera fe, mientras dura el tiempo de la gracia. En efecto, los que se rebelaron después de haber oído la advertencia de Dios, habían sido libertados de la servidumbre de Egipto; y sin embargo vemos que, por su incredulidad, excitaron contra sí la ira de Dios y se excluyeron de su reposo (12-19).

8. Los v. 5 y 6 expresan sin figura (comp. v. 3) cuál es la posición respectiva de Moisés y de Cristo en sus casas y en qué consiste la superioridad del segundo. *Moisés fué fiel en toda su casa,* la casa de Dios (Núm. 12:7), *como servidor* (Gr. *en testimonio de las cosas que habían de ser dichas;* es decir como un servidor encargado de *dar testimonio de las cosas que habían de ser dichas,* según unos: Por Dios a Moisés que las repetiría al pueblo (comp. Núm. 12:8); según otros: por Cristo, cuya venida preparaba Moisés. Todas las instituciones mosaicas, en efecto, tenían un sentido profético y testificaban por anticipación, en palabras y en tipos, las cosas *que debían ser* plenamente *anunciadas* en el cumplimiento de los tiempos por Jesucristo, el verdadero revelador de Dios. Igualmente que Moisés, *Cristo* (y no Jesús, como v. 1, porque el Salvador ha entrado en su gloria, de donde gobierna la Iglesia) *es fiel* como Hijo sobre su casa. La frase no tiene verbo. Por esto algunos sobrentienden: Cristo *ha sido establecido* como Hijo sobre su casa. Esta posición de Hijo que manda en toda la casa es el último rasgo del paralelo de donde resulta la superioridad del oficio de Jesucristo sobre el de Moisés.

9. Por *nosotros,* el autor entiende todos los verdaderos cristianos, que componen *la casa* espiritual del Señor. (Comp. Efes. 2:19-22; 1 Pedro 2:5). Lo que les da este privilegio, no es el haber nacido en el seno del pueblo elegido, sino la *firme osadía* de la fe en Cristo, fiel Apóstol y Sumo Sacerdote (v. 1), y la *esperanza* de que bien se *jactan,* se *glorían* (Gr. *la glorificación de la esperanza,* que pertenece a la esperanza). Lo importante, ahora, para los que han creído, es *retener hasta el fin* esta gloriosa esperanza, pensamiento directamente aplicable a los primeros lectores de la epístola. De ahí también la seria exhortación de los versículos siguientes. Numerosos exégetas aplican a *Dios* las palabras *su casa,* lo mismo en los v. 5 y 6 como en el v. 2. Si esta relación es cierta en los v. 2 y 5, a causa de la alusión a Núm. 12:7, es probable también en el v. 6.

10. Esta partícula introduce aquí la exhortación siguiente como una

7 Por tanto[10], conforme dice el Espíritu Santo[11]: "Hoy si su 8 voz oyereis, no endurezcáis vuestros corazones como en la provo- 9 cación, por el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres al ponerme a prueba y vieron mis obras cua- 10 renta años. Por lo cual me disgusté con esta generación y dije: Sin cesar yerran en su corazón, mas ellos no conocieron mis ca- 11 minos; así que juré en mi ira: No entrarán en mi reposo[12]".

consecuencia de todo lo que precede, y el autor es llevado a ella sobre todo por su último pensamiento (v 6). la soberana importancia de perseverar hasta el fin. (Comp. v. 12).

11. De ahí, a los ojos del autor, la autoridad absoluta de la Palabra divina que va a citar.

12. Sal. 95:8-11. El autor de ese salmo, después de haber invitado a su pueblo a servir al Eterno con gozo, le dirige en el nombre de Dios un serio llamamiento a no imitar a los padres quienes, en el desierto, ofendieron al Señor por su rebelión en Meriba y en la jornada de Massa; y quienes, por su endurecimiento, se privaron de la promesa de entrar en el reposo de Dios. (Ex. 15:23,24; 17:7; comp. Núm. 14:22,23. El salmista reúne estas dos rebeliones que concluyeron en el mismo triste resultado). La advertencia se dirige al pueblo de Dios en el nuevo Pacto, puesto que este pueblo tiene aún delante de sí el cumplimiento de la promesa, mas en su sentido absoluto, eterno. Cuando Dios ofrece su gracia, el mayor de los pecados es el de rechazarla por ingratitud y *endurecimiento de corazón.* Usa por un tiempo de paciencia, mas la hora del juicio viene. La historia de Israel en el desierto proclama bien alto estas verdades, y la aplicación que de ella hace el autor a sus lectores es de exégesis tan verdadera como seria. Nuestro autor cita el salmo 95 según los Setenta, que han traducido los nombres de Massa y Meriba, según su sentido etimológico por "irritación" y "querella". La palabra "irritación" es tomada por unos en el sentido activo; la acción de irritar a Dios; por otros en el sentido reflexivo: se irritaron ellos mismos, concibieron amargura en su corazón. El primer sentido es indicado por el empleo del verbo en activa en el v. 16. (Véase la nota). En lugar de: "vuestros padres *me* tentaron poniéndome a prueba", el texto dice literalmente: *tentaron por la prueba.* El autor ha omitido el pronombre que se lee en los Setenta. Von Soden piensa que el manuscrito de los Setenta de que se servía el autor presentaba una lección distinta de los manuscritos llegados a nosotros, pues no se comprende por qué habría suprimido el pronombre. Propone traducir: en el día de la *tentación*... *que* vuestros padres tentaron (probaron) en la prueba. Weiss estima al contrario que el autor ha omitido el pronombre porque, en su pensamiento, el pasaje citado es puesto en la boca del salmista, y Dios no toma la palabra hasta el v. 10. Habría que traducir entonces: "en que vuestros padres *le* tentaron (a Dios) poniéndo*le* a prueba. Y vieron *mis* obras durante cuarenta años!" Las palabras *durante cuarenta años* (v. 9) abarcan todo el tiempo de la residencia de Israel en el desierto, aunque el acontecimiento especial recordado por el salmo citado haya tenido lugar en los primeros tiempos de esa residencia. Es que ese pueblo *vió las obras* de Dios durante todo el tiempo de su larga prueba, sin que recibiera de ellas instrucción. Por esto en el v. 17 se dice que

12 Tened cuidado, hermanos[13], no sea que haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad en el apartarse del Dios vi- 13 viente[14]; más aún, exhortaos entre vosotros cada día[15], mientras se dice "Hoy[16]"; para que no "se endurezca" alguno de en- 14 tre vosotros por el engaño del pecado[17]; pues hemos llegado a ser partícipes del Cristo[18], si al menos firme retuviéramos hasta el

durante esos mismos cuarenta años se manifestó la indignación de Dios contra ese pueblo rebelde. En el v. 10 el autor añade al texto de los Setenta: *por tanto.* En el v. 11, hay literalmente: *¡Si entran en mi reposo!* Es una fórmula de juramento, en que se sobrentiende este pensamiento: Dios me castigue, si lo que digo no es verdad. Ese *reposo* en que Dios *juró en su ira* que Israel no entraría (Deut. 1:34,35), era originariamente Canaán; mas ese reposo que Israel debía hallar en Canaán, después de las fatigas del desierto, no era más que una figura muy imperfecta del reposo eterno que Dios, en su misericordia había destinado al hombre. (Véase 4:1, nota).

13. Algunos consideran estas palabras como la reanudación de la frase empezada en el v. 7: "Por tanto, como dice el Espíritu Santo (cita), tened cuidado, hermanos...". (Comp. v. 13; 4:1; 12:15).

14. Gr. *Un corazón malo de incredulidad.* La *incredulidad,* lo mismo que la fe, tiene su asiento en el *corazón,* y es lo propio de un corazón malo (Mat. 12:35); las escrituras en todas partes nos la hacen considerar como una rebelión contra Dios, rebelión completamente semejante a la de Israel en el desierto. La fe, que supone sin duda una revelación de Dios, una manifestación de su voluntad, un conocimiento adquirido por el hombre, no es sin embargo, en su esencia, sino el acto moral del sentimiento y de la voluntad por el cual el hombre se entrega a lo que Dios le dice, o más bien a Dios mismo, para que él reine sobre él, le dirija, le llene por completo. Rehusarse voluntariamente a este dominio del Creador sobre la criatura, es la *incredulidad,* la rebelión. (4:2). Mas, así como que la fe establece una relación personal, íntima, viva entre el hombre y *el Dios viviente* (9:14; 10:31; 12:22. Comp. Mat. 26:63; Jer. 23:36; Introd. pág. 21), del mismo modo la incredulidad es el *abandono* de ese Dios viviente y, por consiguiente, ella precipita al hombre en la muerte. Gr. un mal corazón de incredulidad *en el* hecho *de abandonar al Dios viviente.*

15. La vocación de todo cristiano es la de velar no solamente sobre sí mismo, sino sobre sus hermanos, para hacerlos progresar con fidelidad y con amor en la vida de la fe. Este es el sacerdocio universal. (1ª Pedro 2:9).

16. Es decir mientras dura *el "hoy"* del salmo citado (v. 7), y mientras esta voz de Dios se hace oír a vosotros, ya por su Palabra, ya en vuestros corazones; mientras dura para vosotros el tiempo de la gracia. Y, en el fondo, para cada hombre ese tiempo es el día presente, *hoy;* el mañana no le pertenece. (Juan 9:4,5).

17. Aquí aun, el *pecado* es puesto en relación íntima con la incredulidad. (v. 12, nota). Mas el pecado se presenta siempre bajo falsas apariencias, para engañar. De ahí esta palabra: el *engaño* (Marc. 4:19) o la *seducción* del pecado. (Comp. Rom. 7:11; 2ª Cor. 11:3).

18. *Hemos llegado a ser* y permanecemos siendo (verbo en perfecto) *partícipes del Cristo* (comp. 6:4),

15 fin el principio de nuestra firme confianza [19], al decirse: "Hoy si su voz oyereis, no endurezcáis vuestros corazones como en la pro-
16 vocación [20]". ¿Quiénes, en efecto, habiendo oído "provocaron?" pero ¿qué digo? ¿no fueron todos los que salieron de Egipto por
17 medio de Moisés [21]? ¿y con quiénes "se disgustó cuarenta años?" ¿no fué con los que pecaron, cuyos "cuerpos cayeron en el de-
18 sierto [22]? y ¿a quiénes "juró que no entrarían en su reposo" si-

partícipes de su vida, de sus gracias, de su gloria eterna: hé ahí lo que se trata de conservar o de perder. ¡Qué motivo de resistir al engaño del pecado!

19. Gr. *Si por lo menos retuviéremos firme hasta el fin el comienzo o el principio de nuestra firme espera o de nuestra firme confianza*, es decir: nuestra firme confianza primera. (Véase, en cuanto al sentido de esta última palabra, 11:1, y, en cuanto al pensamiento expresado en estas palabras, más arriba, v. 6). Es siempre la responsabilidad del hombre en presencia de la gracia de Dios, revelada en la sentencia de Jesucristo: "El que perseverare hasta el fin ése será salvado". (Mar. 13:13).

20. La puntuación que adoptamos al final del v. 14 liga el v. 15 a lo que precede inmediatamente, y hace del pensamiento expresado en ese versículo un motivo instante de retener hasta el fin "la firme espera". Otros le conectan con el v. 13, haciendo del v. 14 un paréntesis. La mayor parte de los intérpretes modernos ponen un punto al final del v. 14 y conectan el v. 15 al v. 16. *Cuando se dice*: *Hoy... quiénes fueron los que...* Mas el *en efecto* del v. 16 hace poco natural esta construcción.

21. Nuestras antiguas versiones tienen: "Pues *algunos* de los que oyeron, le irritaron; no sin embargo todos los que salieron de Egipto bajo la dirección de Moisés" Esto es desconocer el pensamiento del texto, y ponerlo en contradicción con la historia (Núm. 14:22, sig.) como con las palabras que siguen, en las cuales el autor quiere precisamente mostrar, por la universalidad de la rebelión y del castigo, lo que hay de pernicioso en la incredulidad y de terrible en los juicios de Dios. En lugar de *provocaron*, sobrentendido: *a Dios*, algunos traducen: *se irritaron*. Mas el verbo está en activa y nada autoriza a darle un sentido reflexivo. (Comp. v. 8). El hecho de que Israel había *salido de Egipto bajo la dirección de Moisés*, y había sido objeto de tal liberación por la bondad de Dios, agravaba la culpabilidad de ese pueblo. Cuánto más culpables son los que quedan rebeldes después de la liberación que anuncia el Evangelio!

22. Según la amenaza que les había sido hecha. (Núm. 14:29,32). La palabra griega que traducimos por *cuerpos* significa propiamente *miembros;* más los Setenta la emplean para traducir una voz hebrea que designa los cuerpos muertos. Algunos editores e intérpretes puntúan como sigue: "¿No fué contra los que pecaron? Sus cadáveres cayeron en el desierto". Quizás el autor, recordando otra vez aquí los *cuarenta años* (v. 9), quería hacer alusión al mismo espacio de tiempo transcurrido entonces desde que Dios soportaba a Israel en la nueva dispensación. Sus juicios iban a caer sobre ese pueblo cuarenta años después de la liberación realizada por Aquel que era infinitamente mayor que Moisés. (Comp. Introducción, pág. 17, 2ª nota).

19 no a los que no creyeron [23]? y vemos que no pudieron entrar por causa de incredulidad [24].

C. 1-13. *Segunda parte y peroración.* LA PROMESA DEL REPOSO DE DIOS SUBSISTE. LA PALABRA DE DIOS.— 1º Segunda parte. *El reposo de Dios, del que están excluídos los israelitas, nos es ofrecido aún.* El autor exhorta a sus lectores a no hacer vana la promesa de entrar en el reposo de Dios, imaginándose que han llegado demasiado tarde. Porque la promesa nos es hecha, como lo fué a los israelitas; a ellos no les fué de ningún provecho, porque no se la apropiaron por la fe; mas nosotros que creemos, estamos en el camino que conduce al reposo de Dios. La sentencia misma, por la cual Dios excluía los israelitas de ese reposo, lo prueba; pues ese reposo de que hablaba, subsistía ya desde la terminación de la creación, como resulta de la declaración relativa al séptimo día. Conclusión: puesto que está reservado a algunos entrar en el reposo de Dios, y que los primeros llamados no entraron, Dios dirige, por boca de David, un nuevo llamamiento a los hombres. Si Josué hubiera introducido a Israel en el verdadero reposo de Dios, este llamamiento, viniendo tanto tiempo después, no tendría sentido. Queda pues un reposo para el pueblo de Dios, reposo semejante al que Dios gustó después de terminar sus obras (1-10). Peroración. *Exhortación a entrar en el reposo de Dios, basada en una característica de la acción de su palabra.* Entremos en ese reposo con solicitud, no seamos desobedientes como los israelitas, pues la palabra de Dios es viva y eficaz; penetra como una espada afilada hasta las últimas profundidades de nuestro ser; juzga nuestros pensamientos más íntimos. Ninguna criatura se oculta a Dios; todo está descubierto a sus ojos; a él tendremos que dar cuenta (11-13).

IV Temamos pues, no sea que, quedando aún una promesa de entrar en su reposo, parezca alguno de entre vosotros llegar tar-
2 de [1]. Pues también hemos sido evangelizados conforme también

23. O que *desobedecieron.* El verbo tiene ambos sentidos. (Juan 3:36; Rom. 2:8). Según 11:31, designa más bien, en nuestra epístola, la falta de fe en las declaraciones divinas. (Núm. 14:22,23; Deut. 1:34,35). Este sentido resulta también de las palabras que el autor añade (v. 19): ...a causa de su *incredulidad.*

24. (v. 12, nota). Siempre y dondequiera la *incredulidad* excluye del reposo de Dios, porque ella rechaza a Dios mismo, que es el eterno reposo de sus hijos. (Comp. 4:1 y sig). En toda esta aplicación de la historia del pueblo de Israel a sus lectores, el autor, como el salmista (v. 11, nota), reúne los incidentes de varias rebeliones que tuvieron el mismo origen, la *incredulidad.* Si no lo hubiera juzgado inútil para lectores que conocían bien su historia nacional, le hubiera correspondido distinguir los diversos acontecimientos a que alude: Mara (Ex. 15:23,24), Massa y Meriba (Ex. 17:7), Cades. (Núm. 20:1-13). En ocasión de esta última rebelión fué pronunciado sobre Israel el terrible juicio que el autor comenta.

1. Prosiguiendo la aplicación del salmo 95, el autor quiere, de conformidad con el gran pensamiento de toda su epístola, mostrar aquí tam-

aquellos [2]; pero no aprovechó a aquellos la palabra oída, no habiendo sido mezclada por la fe con los que oyeron [3]. 3 "Entramos", en efecto, "en el reposo" los que hemos creído, conforme ha dicho: "Así que juré en mi ira: No entrarán en mi reposo [4]", aun-

bién la superioridad de la nueva economía sobre la antigua, y prevenir a los cristianos a quienes se dirige contra la idea de que no queda ya *promesa de reposo*, desde que el antiguo pueblo la había perdido por su incredulidad. Ninguno debe *pensar* (comp. sobre este sentido de la palabra: Luc. 12:51; 13:2,4), que ha *venido demasiado tarde*, o "quedado atrás" (otros traducen este verbo por "privarse de", como en 12:15, o por "carecer de", como en Mateo 19: 20; Luc. 22:35; mas la continuación del razonamiento recomienda el sentido que nosotros hemos adoptado): pues nosotros tenemos una promesa mucho más gloriosa que la que podía ser hecha a Israel. Y para justificar esta afirmación, claramente enunciada en los v. 9 y 10, el autor se entrega a una serie de consideraciones que serán explicadas en las notas siguientes, por lo menos en cuanto se puede estar seguro de haber comprendido su sentido; pues en estos versículos reina una concisión que los hace muy difíciles de comprender. Las antiguas versiones hacían de estas palabras una amenaza dirigida a los que hubieran sido tentados a abandonar la promesa y privarse de ella, como los Israelitas. Todos los intérpretes modernos desechan ese sentido y adoptan una traducción que agrega a la advertencia contra la incredulidad nacida del desaliento, un consuelo para los que temieran haber *venido tarde*, desde que la promesa hecha a Israel *subsiste*, *es dejada* aún para ellos.

2. *Pues también nosotros hemos sido evangelizados tanto como ellos.* La promesa, la *buena nueva* del reposo de Dios nos ha sido anunciada. Desde estas primeras palabras, el autor no tiene ya en vista sólo la promesa de un reposo temporal hecha a los israelitas, sino la promesa del reposo eterno de Dios. (v. 4, nota). ¿Por qué se les ha tornado inútil? y ¿cómo podremos recibir nosotros las eternas bendiciones de ella? La doble respuesta sigue.

3. Gr. *La palabra del oído* (la palabra oída, o mejor aun, por un hebraísmo, la palabra que se les hacía oir, la predicación) *no siendo mezclada por la fe con los que la oyeron*, o "mezclada con la fe en lo que la oyeron". Ellos *oyeron* con sus oídos solamente; ahora bien: si no encuentra en el hombre la *fe*, la Palabra de Dios mismo y sus más gloriosas promesas quedan letra muerta. (Mar. 4: 3-20,27; Jac. 1:21). El lado positivo de la misma verdad se encuentra en el v. 3. Según una variante, adoptada por Lachmann, Westcott, Hort, y que presentan, es verdad, todas las *Mayúsc.*, excepto el *Sin.*, habría que traducir: "No siendo ellos mezclados por la fe con los que la oyeron", no estando unidos por la fe con el pequeño número de los creyentes. (v. 6). Mas la historia no menciona entre los israelitas en el desierto una minoría creyente. Por esta razón, Weiss declara esa lección exegéticamente inadmisible. Schlatter, que la adopta, piensa que *los que la oyeron* son, no los miembros fieles del pueblo en el desierto, sino ora los patriarcas, ora Moisés.

4. *Entramos en el reposo, nosotros, que hemos creído;* nuestro destino es diferente del de los israelitas, recordado en el v. 2, porque no se *entra* en el reposo de Dios más que *por la fe*. Para prueba el autor cita una vez más las palabras del salmo 95, que excluyen de este reposo a los israelitas que se obstinaron en su incredulidad. De su exclusión misma, se puede inferir la admisión de los cristianos *que han creído*. La doctrina de la salvación por la fe sola es enseñada por innumerables declaraciones de la Palabra de Dios, que excluyen todo otro medio de alcanzarla. Esta enseñanza es confirmada por los temibles juicios pronunciados contra la incredulidad, que es presentada como la rebelión de la criatura contra el Criador, el desprecio de la misericordia divina.

que "las obras" habían sido hechas desde la fundación del mun- 4 do [5]. Pues ha dicho en alguna parte así sobre el séptimo día: "Y 5 reposó Dios en el séptimo día de todas sus obras [6]"; y en este 6 lugar otra vez: "No entrarán en mi reposo". Puesto pues que resta que algunos "entren" en él, y los que antes habían sido 7 evangelizados no "entraron" por causa de desobediencia, determina otra vez cierto día, "Hoy", diciendo en David después de tanto tiempo, conforme ha sido antes dicho: "Hoy si su voz oye-

5. *Las obras* son las obras *de Dios*. Esta reflexión tiene por objeto mostrar que el reposo de Dios no era solamente, en la promesa hecha a Israel, la residencia en Canaán, sino el reposo eterno en la comunión de Dios; el reposo por consiguiente, se ofrecía ya a los creyentes, cuando el Eterno debió excluir de él a los israelitas incrédulos. "No se entra en el reposo de Dios sino por la fe, según Dios dijo: Juré yo en mi ira... (palabras que excluyen la incredulidad); y dijo esto, *aunque*, en ese momento, *sus obras estuvieran hechas*, concluídas, *desde la fundación del mundo;* y aunque, por consiguiente, el reposo eterno que Dios había destinado al hombre existía *ya* (véase v. 4, nota); prueba bien evidente de que, en todo tiempo, los que no han creído no han entrado en ese reposo". La última proposición del v. 3 es explicada y hecha inteligible por el v. 4.

6. *"Él* dijo", es decir, Dios. Las palabras del Génesis que el autor cita (Gén. 2:2) y que relaciona con las del sal. 95, tenían a sus ojos un profundo significado. Se trata allí del *reposo de Dios;* ahora bien, Dios jamás tiene necesidad de reposo. Las escrituras expresan en este lenguaje figurado el placer, el gozo soberano que el Creador encontró en la contemplación de la obra que había llamado a la existencia libremente y por amor. El mismo pensamiento es expresado en estas otras palabras: "Y Dios vió todo lo que había hecho, y hé aquí, era muy bueno" (Gén. 1:31). Mas Dios quería hacer participar al hombre, su criatura predilecta, el rey del universo, de esta felicidad de que Dios mismo es la fuente, y para la cual había resuelto crear seres inteligentes y amantes. El hombre debía compartir el *reposo de Dios*, hallar su dicha en Dios cumpliendo aquí su destino. He ahí por qué, inmediatamente después de las palabras citadas aquí por el autor, encontramos en el Génesis éstas: "Y bendijo Dios *el séptimo día* y le santificó; "lo bendijo para el hombre, lo santificó para el hombre, porque en aquél día había reposado de toda su obra que había creado". Con ello mismo invitaba al hombre a compartir ese reposo. El séptimo día le ofrecía al mismo tiempo la figura y la realidad del reposo de Dios. El hombre fué excluído de ese reposo por el pecado; mas inmediatamente después intervino con el castigo, la promesa de una reintegración del hombre en el reposo de Dios. Dios dió a su pueblo diversos símbolos de esa promesa, ya en la consagración

8 reis, no endurezcáis vuestros corazones [7]". Pues si Josué les hu-
9 biera dado reposo, no hablaría después de eso sobre otro día. Lue-
10 go resta un reposo sabático para el pueblo de Dios [8]. Pues el que "ha entrado en su reposo", él también "ha reposado de sus obras",

nueva del *séptimo día* por la ley, ya en el reposo ofrecido a Israel en Canaán después de las largas fatigas del desierto (v. 8); pero siempre ese pueblo se privó de ella por su incredulidad, y la verdadera restauración del reposo de Dios sólo tuvo lugar por el Hijo de Dios, quien "hizo anunciar la buena nueva" (v. 2) a los hijos de Abrahán según la fe; y por ésto, éstos celebran su reposo en el día de su victoria (en el primero y no en el séptimo día de la semana), encontrando simbolizada en él la promesa del verdadero reposo para los tiempos en que habrán "acabado su obra" (v. 10). Ahora bien: es bien evidente que no se entra en un reposo semejante más que por la fe, que es el vínculo viviente de la reconciliación y de la comunión del hombre con Dios. Israel se había privado de esta gracia infinita aunque le había sido ofrecida desde el principio y de tantas maneras; por su incredulidad, obligó a Dios a jurar en su ira: "No entrarán en mi reposo!". El autor está tan compenetrado de estas palabras temibles, que las recuerda nuevamente en el versículo siguiente (5) aplicándolas siempre a ese mismo reposo de Dios de que habla.

7. El autor saca en los v. 6-10 la conclusión de lo que precede. *Puesto que quedan algunos por entrar* en el reposo de Dios (comp. v. 2 y 9), es decir todos los que creen; y que, gracias a la misericordia de Dios, la *desobediencia* o la *incredulidad* (3: 18) *de aquellos a quienes la buena nueva había sido primeramente anunciada* no ha anulado esa promesa (v. 6), Dios *determina nuevamente*, aun en tiempos de David, *tan largo tiempo después* de la época de la rebelión de su pueblo, *un día*, un día de gracia, que se llama *hoy*, para exhortar aún a todos los *que oyeran la voz de Dios* a no *endurecer su corazón*. No tenían pretexto alguno para obstinarse en su endurecimiento, puesto que, a pesar de la ingratitud de ellos, Dios les mantenía la promesa y los esperaba aún para hacerles gracia. "Diciendo en el libro de David" (gr. *"en David"*) significa: en el libro de los Salmos. Es evidente que el autor aplicaba indirectamente la palabra del salmo a sus lectores, para quienes debía tener infinitamente mayor fuerza aun que para los judíos del tiempo de David, puesto que ellos, cristianos, habían visto el cumplimiento entero de la promesa.

8. El versículo 8 prueba por un hecho (*pues*) la verdad del v. 7, y al mismo tiempo es otro argumento para llegar a la gran conclusión de los v. 9 y 10. Hasta para los que entraron en Canaán dirigidos por *Josué*, el *reposo* que les fué *dado* así no podía ser más que una figura muy imperfecta del verdadero reposo, *pues* sin esto, ¿cómo, en tiempo de David, se trataría aun de otro reposo? *Queda pues un reposo de sábado* (Gr. *un sabatismo*) *para el pueblo de Dios*, consoladora verdad que el autor ha expresado desde los v. 1 y 2, y que ha establecido para sus lectores inducidos a dudar de ella porque vacilaban en su fe. ¡Y cuál es el hijo de Dios que no ha dudado a veces, preguntándose con angustia si entraría alguna vez! La palabra de que se sirve aquí el autor para expresar ese reposo, *sabatismo* o celebración del sábado, no se encuentra en otro lugar del Nuevo Testamento. El verbo de que deriva es empleado por los Setenta en Ex. 16:30.

9. Estas palabras confirman (*pues*) y desarrollan, aplicándola a cada hijo de Dios, la consoladora verdad expresada en el v. 9. *Cuando ha entrado en su reposo*, en ese reposo de Dios, destinado al hombre desde la fundación del mundo, perdido por el pecado y recobrado por la gracia de Dios en la redención de Jesucristo (Comp. Apoc. 14:13), cada creyente celebra el sábado perfecto, eterno; *reposa, él también, de sus obras, como Dios reposa de las suyas*, no en la ociosidad y la inacción de la muerte, sino en una actividad exenta de las estériles agitaciones de este mundo, tranquila, poderosa como la que Dios no cesa de ejercer para la conservación de su obra. (Sal. 121:4; Juan 5:17 y sig.). Algunos intérpretes han aplicado nuestro versículo a Cristo Jesús, entrado en su reposo después de concluir su obra. Piensan que el autor podía ser llevado a esa idea por un contraste con Josué (en griego *Jesús*, v. 8), que no pudo introducir en su verdadero reposo al pueblo de Dios. Esta explicación, poco fundada en el contexto, es desechada por los intérpretes modernos.

10. El autor ha probado hasta aquí que queda un reposo para los creyentes, para el verdadero pueblo de Dios. (v. 2-10). Ahora, terminando por una seria exhortación a *entrar en ese reposo* (v. 11), muestra mejor aun que entiende ese reposo en un sentido completamente espiritual: es la comunión viviente con Dios, en la cual el alma halla la paz, ya en este mundo y para la eternidad. Las últimas palabras del versículo son diversamente interpretadas: El texto tiene literalmente: *a fin de que ninguno caiga en el mismo ejemplo de desobediencia* o *de incredulidad*. La Vulgata, Lutero y varios modernos traducen: "caiga en la incredulidad"; pero es más conforme al griego tomar el verbo en su sentido absoluto: "venga a caer, a perderse". El complemento: "en el mismo ejemplo de incredulidad", es entendido de dos maneras: "dando el mismo ejemplo", o: "imitando ese ejemplo, arrastrado por él". Esta última traducción nos parece la más exacta. El autor quiere decir: cuidémonos, mientras el ejemplo de nuestros padres nos advierte, de que alguno venga a perderse como ellos. Indica así una vez más por qué se ha detenido en estos incidentes de la historia de Israel, que ha sido inducido a recordar desde el capítulo precedente por su cita del salmo 95. En todo este trozo el autor emplea los vocablos *desobediencia* e *incredulidad* como enteramente sinónimos. (3:18,19; 4.6; comp. 3:12,18, notas).

11. El autor presenta esta descripción de la *palabra de Dios* como un motivo de seguir la exhortación que precede (*en efecto*). Acaba de aplicar a sus lectores varios versículos de un salmo, que mostraban con hechos que la palabra de Dios, tanto amenaza como promesa, se cumple. Él mismo ha sentido la potencia divina de la advertencia dada por el salmista de no endurecer su corazón a la voz de Dios. Esta potencia es la de toda palabra de Dios, haya sido pronunciada en el antiguo Pacto por los profetas o lo sea en el nuevo por Jesucristo y sus apóstoles. ¡Qué motivo de apresurarnos a entrar en este reposo de Dios nos anuncia aun ella! (v. 11). Esta descripción de la

11 así como Dios de las propias [9]. Seamos pues diligentes para "entrar en aquel reposo", para que no caiga alguien en el mismo
12 ejemplo de la desobediencia [10]. Viva es, en efecto, la palabra de Dios, y activa [11], y más cortante que toda espada de dos filos [12],

y penetrante hasta la división de alma y espíritu, tanto de coyunturas como de meollos [13], hábil en juzgar los pensamientos e in-
13 tenciones del corazón [14]; y no hay criatura que no sea manifiesta

palabra de Dios sirve así de conclusión a toda la primera parte de la epístola (1-4:13). La palabra de Dios es *viva* y *eficaz*, o *enérgica; viva* como el "Dios viviente" (3:12) de que ella procede; como su Espíritu que obra por ella, y que por ella crea la *vida* en las almas; por ella llamó a la existencia las cosas que no eran (1:3); *activa, eficaz,* que jamás se dirige en vano a ningún hombre, sino que opera en cada uno, ora el arrepentimiento y la salvación, ora la resistencia y la condenación, "olor de vida para la vida, u olor de muerte para la muerte" (2ª Cor. 2:16).

12. Gr. *Más cortante que toda espada de dos bocas,* figura hebrea según la cual la espada *devora.* (Sal. 149:6; Prov. 5:4; Isa. 49:2; Apoc. 1:16; comp. Jer. 12:12). La Palabra perfora esa coraza de ilusiones, de orgullo, de subterfugios, de egoísmo, de mentira, con que el hombre se cubre delante de Dios. (Comp. Mat. 7:28; Act. 2:37).

13. *Hasta la división de alma y espíritu, de coyunturas y meollos.* Penetra de tal modo todo el interior del hombre, que llega hasta el fondo del *alma,* asiento de los afectos, del *espíritu* donde residen las facultades intelectuales; o para usar una figura de lenguaje, penetra hasta las partes más fuertemente ligadas del cuerpo, las *junturas,* hasta sus partes más ocultas, los *tuétanos*: así la Palabra alcanza las últimas profundidades del hombre, y produce allí una acción que es indicada en las palabras siguientes. El substantivo *división* nos parece designar la acción expresada por el verbo de donde deriva y que significa: partir, dividir (en segundo orden: distribuir, de donde el sentido de repartición en 2:4). Muchos intérpretes lo traducen por "límite donde se separan". Pero tiene más bien el sentido activo, y este sentido conviene mejor a nuestro pasaje. Varios comentadores, estimando que si se puede, en rigor, hablar de un límite o de una separación a operar entre el *alma* y el *espíritu* no se podría concebir entre las *coyunturas* y los *meollos,* sobrentienden un segundo *hasta* delante de las palabras *coyunturas* y *meollos.* Traducen: "hasta el límite del alma y del espíritu, *hasta* las junturas y los tuétanos". Pero se puede admitir que a la idea precisa de límite se ha substituído la de punto central; o, si se da al substantivo empleado por el autor el sentido activo, se puede suponer que designaba solamente, en su pensamiento, la acción de la palabra que penetra en las partes más secretas.

14. Hé ahí propiamente el objeto de la acción penetrante de la Palabra: ejerce en el hombre, ya en este mundo, el *juicio* de Dios; lleva la luz a su conciencia; condena y absuelve, mata y da la vida. (Comp. Juan 3:18,19; 5:45; 9:39; 12:48). No es muy fácil establecer el tono que distingue los *pensamientos* de las *intenciones.* Las dos palabras significan *pensamientos* en el Nuevo Testamento. La primera se lee en Mat. 9:4; 12:25; Act. 17:29; correspondería más bien al sentimiento y a la *voluntad.* La segunda se encuentra en 1ª Pedro 4:1; designaría más bien la inteligencia y el juicio pronunciado por la razón o el *designio* concebido por ella.

15. La descripción de la Palabra de Dios ha terminado. El autor se eleva a Dios mismo. Es así en efecto como la Palabra conduce al alma ante Dios, donde se encuentra *desnuda, descubierta,* despojada de todo, juzgándose a sí misma como Dios la juzga. Ese juicio de Dios, al cual ninguno puede escapar, es un nuevo motivo en apoyo de la exhortación del v. 11; pues Dios obra así para llevarnos a su reposo, y si hay resistencia final de parte del hombre, el juicio interno por el cual Dios quería salvar el alma se transforma en condenación eterna. La mayor parte de las versiones tienen: "A los ojos de Aquel a quien debemos dar cuenta". Es más conforme al griego traducir: *descubierto a sus ojos; a él debemos dar cuenta,* o, siguiendo otra interpretación: "con él *tenemos que tratar*". Esta última proposición encierra, en griego, un juego de palabras: el vocablo que significa *cuenta a rendir* es el mismo que la voz *palabra.* Si no obedecemos cuando Dios nos habla, nosotros tendremos que hablar a Dios, cuando se trate de justificarnos delante de su tribunal.

en su presencia, mas todo está desnudo y descubierto a los ojos de él, con quien tenemos que ver [15].

II. JESÚS, NUESTRO SUMO SACERDOTE, SEGÚN EL ORDEN DE MELQUISEDEC
(Cap. 4:14 a 7:28)

1. *Jesús, sumo sacerdote compasivo, establecido por Dios, hecho perfecto por sus padecimientos*
(Cap. 4:14 a 5:10)

A. 14-16. EL HIJO DE DIOS, TENTADO COMO NOSOTROS, NOS PERMITE ACERCARNOS A DIOS. — 1º *Perseverancia en la fe.* Conclusión de la exhortación precedente: ¡permanezcamos firmes! Lo podemos, puesto que nuestro sumo sacerdote tiene pleno acceso ante Dios (14). 2º *Un sumo sacerdote que puede socorrer.* Otros motivos de perseverar: nuestro sumo sacerdote ayuda nuestra debilidad, pues ha sido tentado como nosotros en todas las cosas y ha conservado una santidad perfecta (15). 3º *Acercarnos al trono de gracia.* Esta santidad nos autoriza a acercarnos a Dios con libertad para alcanzar el perdón de nuestros pecados y la ayuda de que tenemos necesidad (16).

14 Teniendo pues un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión [16].

16. Como en el cap. 3:1, por una exhortación aborda el autor un tema nuevo que ya ha tocado de paso (2:17,18), pero que va a tratar con mucha amplitud en los capítulos siguientes: *Jesús el sumo sacerdote del nuevo Pacto.* (Véase 5:1, 1ª nota y el análisis de la epístola al final de la Introducción). La fe en Jesucristo especialmente considerada como *un gran sumo sacerdote* es lo más propio que hay para afirmar al cristiano en su *profesión.* (3:1, nota). Debe en efecto *retener* ésta como un objeto precioso que todos los enemigos de su salvación tientan sin cesar de arrancarle. (Comp. 2ª Tes. 2:15; Apoc. 2:25; 3:5). La expresión *que atravesó los cielos* presenta, bajo forma de figura, una grande realidad. Los *cielos,* el mundo de los espíritus llegados a la perfección, eran simbolizados en el templo de Jerusalén por el *lugar santo,* accesible a los sacerdotes solamente. El trono de Dios,

15 No tenemos, en efecto, un sumo sacerdote que no pueda tener compasión de nuestras flaquezas, mas uno que ha sido tentado
16 en todo de semejante modo excepto el pecado [17]. Allleguémonos

su presencia inmediata, tenía su símbolo en el *lugar santísimo,* donde el sumo sacerdote solo entraba una vez al año con la sangre de una víctima que derramaba sobre el propiciatorio. (Levít. 16). Bien: Cristo, como *sumo sacerdote,* no ha entrado solamente en el lugar santo; lo ha *atravesado* y penetrado hasta el lugar santísimo. Es decir que no solamente ha entrado en los cielos, no ha sido sólo elevado al rango de los justos perfectos y de los ángeles de Dios, sino que ha *atravesado* los cielos y se ha sentado a la diestra de la Majestad divina, investido él mismo de esta Majestad. (1:3). El hecho designado por esta expresión no es solamente el de la dignidad real de Jesucristo, que reconduce al hombre salvado a la dependencia de Dios, después de haber destruído por la obra de la redención todos los enemigos de nuestra salvación. (1ª Cor. 15:25-28). En nuestra epístola, es principalmente en su calidad de *sumo sacerdote* que se nos presenta a Jesucristo como "elevado más que los cielos" (7:26). Lo que el sumo sacerdote israelita hacía en figura, cuando atravesaba el lugar santo y entraba en el santísimo con la sangre de propiciación por los pecados del pueblo, Jesús lo hace en realidad. Quitando el pecado, causa perpetua de separación entre el hombre y Dios, restablece una comunión íntima y viviente entre el Dios reconciliado y el alma salvada, que tiene en adelante en él una confianza filial. De ahí las preciosas palabras de aliento dirigidas a los más tímidos, a los más probados, en los dos versículos que siguen. Por lo demás, nuestro autor volverá con mayores desarrollos sobre este gran pensamiento: Cristo cumpliendo su sumo sacerdocio en los cielos. (Véase entre otros 9:11-24).

17. Comp. 2:17,18, nota. Este versículo encierra una enseñanza de la más alta importancia sobre la naturaleza humana de Jesús. Hé aquí ante todo su traducción literal: *No tenemos un sumo sacerdote que no pueda simpatizar con (sufrir con) nuestras flaquezas, sino* un sacerdote que fué *tentado según todas cosas a* nuestra *semejanza, excepto pecado.* Tal es el conmovedor motivo (*en efecto*) que el autor da a los discípulos de Jesús para quedar fielmente unidos a la fe que profesan (v. 14), y sobre el cual funda (*pues,* v. 16) la invitación que les dirige a acercarse sin temor al trono de Dios. Jesús conoce la amargura de las *flaquezas,* ora físicas, ora morales, que son inseparables de nuestra condición de pecadores, y que podemos llamar nuestras *enfermedades* (la voz griega tiene este sentido en Mat. 9:12); él sabe con qué peso pesan sobre nuestras almas, pues *él fué tentado* o *probado* (la misma voz griega expresa esta doble idea) *a* nuestra *semejanza* (comp. Rom. 8:3, nota), *excepto el pecado;* es decir que las tentaciones a que fué sometido han sido semejantes a las nuestras en todo punto, con una sola excepción: jamás hubo nada de impuro y de corrupto en él; no pudo pues ser tentado por sus propios pensamientos y por las concupiscencias de su corazón. Tal es la semejanza y la diferencia que el autor traza con cuidado entre Cristo y nosotros: nosotros somos tentados por las sugestiones malas que nos vienen de afuera y por el pecado que está en nosotros; Cristo ha sido téntado *de una manera semejante, excepto el pecado.* Extraño a la concupiscencia que constituye la potencia del pecado en la carne,

pues con confianza al trono de la gracia [18], para que recibamos misericordia y hallemos gracia para oportuno socorro [19].

B. 1-10. Cristo, Sumo Sacerdote instituído según las reglas y hecho perfecto por la muerte que sufrió. — 1º *Relaciones del sumo sacerdote levítico con los hombres que representa.* Es escogido de entre ellos e instituído para presentar a Dios sus sacrificios. Débil, puede ser indulgente con los débiles y debe ofrecer sacrificios por sus propios pecados (1-3). 2º *La institución divina del sumo sacerdote.* El sumo sacerdote debe ser establecido por Dios, como lo fué Aarón. El Cristo también recibió tal investidura, cuando Dios le llamó su Hijo y le declaró sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (4-6). 3º *Cristo hecho, por su obediencia, un sacerdote cabal y el autor de una salud eterna.* En una alusión a la agonía de Getsemaní, el autor recuerda las súplicas de Cristo frente a la muerte, y cómo fué oído; él, el Hijo, aprendió así la obediencia; y, elevado a la perfección, es ahora el Salvador de los que le obedecen, conforme a la declaración de Dios que le instituía sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (7-10).

Jesús no podía experimentar la tentación más que de afuera. Mas como llevaba en sí todas las flaquezas inocentes de nuestra naturaleza, como sufría el hambre, la sed, la fatiga, el dolor físico y moral con que su cuerpo y su alma fueron a menudo quebrantados; como por último respiraba la atmósfera contaminada de este mundo de pecado, era accesible a la tentación (Mat. 4:1-11, notas); la posibilidad de pecar existía para él; debió pasar por la prueba y el combate, pero se mostró en ellos siempre obediente y siempre victorioso (2:17, 18; 7:26; 2ª Cor. 5:21; 1ª Juan 3:5; 1ª Pedro 2:22); y fué así "consumado": llegó como hombre a ese estado en que el mal no existe más. (Comp. 5:9). Otros intérpretes traducen: "Fué tentado como nosotros en todas las cosas, *sin* cometer *pecado*". El autor expresaría, no el carácter, sino el resultado de las tentaciones a que Jesús fué expuesto. Este pensamiento es extraño al contexto: para mostrarnos en Jesús "un sumo sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades", el autor debía insistir en el hecho de que había soportado una prueba semejante a la nuestra. No tenía interés alguno en mencionar el resultado de esa prueba. Al contrario, al realzarlo, habría debilitado la impresión que deseaba producir, puesto que la victoria constantemente ganada por Jesús le coloca infinitamente por sobre nosotros y esa superioridad que es la suya podría hacernos dudar de su compasión. Por otra parte, si la intención del autor hubiera sido señalar el resultado de las tentaciones que Jesús sufrió como nosotros, habría puesto un *pero* antes de las palabras: *sin pecado.*

18. El trono de la Majestad divina aparece al hombre que tiene conciencia del pecado como el trono de la justicia; mas se torna en el *trono de la gracia* para toda alma reconciliada con Dios por Aquel que intercede en su favor (v. 14, nota; 1:3,8; 2:9) y tiene compasión de sus flaquezas (v. 15, nota).

19. *Obtener misericordia* y *hallar gracia* son expresiones casi sinónimas, pero que el autor emplea intencionalmente para inspirarnos tanta mayor *confianza* en esa *misericordia* (2:17), en esa *gracia,* fuente de un *socorro* que Dios envía siempre en el tiempo en que tenemos la mayor ne-

V Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es establecido en favor de los hombres en lo concerniente a Dios [1], para que ofrezca tanto dones como sacrificios por los pecados [2], 2 pudiendo ser tolerante con los ignorantes y extraviados, por 3 cuanto, también él está rodeado de flaqueza [3], y por causa de ella debe, como por el pueblo, así también por sí mismo ofrecer por

cesidad de él. (1ª Cor. 10:13). El *socorro oportuno* puede significar también un socorro recibido a tiempo, antes de ser demasiado tarde.

1. En decir en cuanto a las cosas que conciernen las relaciones del hombre con Dios: el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios, el culto que el hombre debe rendir a Dios. (2:17). El autor prosigue el gran tema que ha empezado en 4:14-16, y que desarrollará hasta el fin del cap. 10, interrumpiendo una sola vez su exposición por una exhortación, (5:11 a 6:20). Tratando del *sumo sacerdocio de Jesucristo,* el autor lo compara al del antiguo Pacto, y hace resaltar gradualmente la superioridad infinita y la perfección de aquél; pues él es la realidad de la redención, de la que el otro no era más que la figura. El autor da como motivo (*porque*) de confiarnos en el sumo sacerdote que tenemos (4:15) y, por consiguiente, de acercarnos con confianza al trono de la gracia (4:16), el hecho de que este sacerdote tiene efectivamente los dos caracteres que debe presentar *todo sumo sacerdote*: 1º es *tomado de entre los hombres,* no es extraño a ninguna de sus miserias (pensamiento desarrollado en los v. 2 y 3); 2º *es establecido* de Dios, solemnemente puesto aparte para su oficio, que es ofrecer sacrificios por el pecado (v. 4 y siguientes). Y es así como el autor llega, ya aquí (7-9), a mostrarnos a Jesucristo inmolándose a sí mismo, sacerdote y víctima al mismo tiempo.

2. Las palabras *dones* u "ofrendas", y *sacrificios* designan los sacrificios incruentos y los cruentos. (Compárese Rom. 12:1, 3ª nota; y aquí cap. 9,10).

3. El primer carácter del sacerdote es "ser tomado de entre los hombres" (v. 1, nota) *a fin de que ofrezca sacrificios* y cumpla su oficio de mediador, *en cuanto es capaz de compadecerse* de las flaquezas de sus semejantes, flaquezas que él conoce por su propia experiencia. Es éste también el carácter que el autor ha hecho notar ya en nuestro gran Sacerdote. (2:17,18; 4:15). La palabra con que expresa aquí la *compasión* de los sacerdotes del antiguo Pacto es diferente de la que emplea (4:15) hablando del Salvador. Se la podría traducir por *ser indulgente,* literalmente *sufrir mesuradamente,* es decir, hacer intervenir la moderación y la mansedumbre en la impresión que siente del mal de los demás. Aquellos para con quienes deben obrar así son (gr.) *los ignorantes y errantes.* Se admite generalmente que estas palabras aluden a la distinción establecida en la ley entre los pecados cometidos "a mano alzada", cuyo autor debía ser cercenado de su pueblo, y las faltas cometidas involuntariamente, por las cuales el sacerdote podía intervenir. (Levít. 4:13; 5:15,17; Núm. 15:27-31). Si esta disposición de la ley ha inspirado las palabras de nuestro versículo, deben éstas ser tomadas sin embargo en un sentido más general: se trata de los hombres pecadores de toda nación y condición, a los que sus pecados, sea cual fuera su naturaleza. han hundido en la *ignorancia* (Act. 17:23) y en el *extravío* (1 Pedro 2:25). El sumo sacerdote está *rodeado de flaqueza,* la flaqueza le *rodea* como un vestido, le paraliza; en Act. 28:20, el mismo verbo es empleado de la cadena con que Pablo estaba sujeto.

4 los pecados [4]. Y no toma alguien para sí el honor, sino llamado 5 por Dios, así como Aarón también [5]. Así también el Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse sumo sacerdote, sino el que le 6 dijo: "Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy [6]"; conforme también en otro lugar dice: "Tú eres sacerdote por la eternidad 7 según el orden de Melquisedec [7]". Quien en los días de su carne [8] habiendo ofrecido con fuerte clamor y lágrimas tanto ruegos como súplicas al que podía salvarle de la muerte [9], y habiendo sido

4. Sólo después de haberse purificado él mismo con *sacrificios* podía el sacerdote desempeñar sus santas funciones (Lev. 9:7; 16:3,6,11,17,24; 4:3 y sig.); entonces solamente los desempeñaba al mismo tiempo con el sentimiento de su flaqueza y con la conciencia de ser purificado de sus impurezas y apto para presentarse ante Dios en el santuario. El autor no aplica este primer carácter al Cristo. Se contenta con lo que acaba de decir (4:15), y más tarde afirmará positivamente que nos era necesario un Sacerdote perfectamente santo, que no tuviera necesidad de tales sacrificios por sus propios pecados. (7:26,27). Esto muestra de una manera más brillante aún cuán superior al símbolo es la realidad. En cuanto al segundo carácter de todo sacerdote, indicado en el v. 1, que debe ser directamente "establecido de Dios", el autor nos muestra que existe en Jesucristo. (v. 4 y sig.).

5. Comp. Ex. 28:1 y sig.; Lev. 8:1 y sig. y 2ª Crón. 26:18. Si Dios mismo no hubiera fundado el sumo sacerdocio y dado *esta dignidad* a la familia de Aarón que la ejercía por su autoridad, ninguno entre el pueblo habría podido saber si Dios aceptaba los sacrificios que eran ofrecidos por los pecados.

6. Sal. 2:7; comp. 1:5, nota. En este último pasaje, el autor citaba las palabras del salmo 2 como prueba de que Jesús es el Hijo de Dios. Bien: el sacerdocio real de Jesucristo está implicado en esta declaración hecha por Dios al Mesías, puesto que en 1:5 el autor admite que las palabras del salmo 2 fueron dirigidas al Cristo en ocasión de su resurrección y de su glorificación, por las cuales él entró por nosotros en los lugares santísimos como sacerdote, pensamiento a que vuelve el autor con frecuencia. (4:14, nota; comp. 7:16). Es necesario, para traducir literalmente, verter como sigue las primeras palabras de nuestro versículo: *De igual modo también el Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse sumo sacerdote, sino el que le dijo: Hijo mío eres tú...* le glorificó.

7. Sal. 110:4. Véase, por el sentido de esta cita, cap. 7:1 y sig., donde el autor desarrolla su pensamiento.

8. De su vida *humana* (2:14, 2ª nota) y muy particularmente de sus últimos sufrimientos en la *carne.* (1ª Pedro 3:18). Los hechos recordados en el resto del versículo son aún la prueba de que Jesús no se *glorificó* a sí mismo atribuyéndose el sacerdocio (v. 5), pues todo en él fué, al contrario, sufrimiento, obediencia (v. 7 y 8) y compasión. (v. 2).

9. El autor recuerda en estas conmovedoras palabras la escena de Getsemaní, que supone conocida de todos sus lectores (comp. Luc. 22:41 y sig.; Mat. 26:36 y sig.), y nos da de ella una preciosa explicación. Como sacerdote, y sacerdote establecido de Dios (v. 4-10), sufrió Jesús. Todo el

8 oído y librado de su ansiedad[10], aunque siendo Hijo por lo que

que no ve esto en la historia de la pasión no podría comprenderla. Lo que Jesucristo *ofreció con gran clamor y con lágrimas*, fueron ardientes *oraciones y súplicas* pronunciadas en su angustia. La voz traducida por *súplica* designa la gestión de los que van a implorar socorro. Sólo aquí se encuentra en el Nuevo Testamento. Por ese *fuerte clamor* no se podría entender la última palabra de Jesús sobre la cruz (Mat. 27:50; Mar. 15:37; Luc. 23:46), pues en ese grito no pedía Jesús ser salvado de la muerte. Los relatos evangélicos de la escena de Getsemaní no mencionan las lágrimas y gritos de Jesús. Este detalle llegó a conocimiento del autor por la tradición oral, a menos que lo haya agregado de su propia autoridad para pintar la tristeza y las angustias del Salvador. Las palabras: *a Aquel que podía salvarle de la muerte*, recuerdan las de los evangelios: "Padre, todas las cosas te son posibles; ¡aparta de mí esta copa!" (Mar. 14:36). El Salvador apelaba, en sus súplicas, a la omnipotencia de Dios, y al mismo tiempo añadía: "Tu voluntad sea hecha, y no la mía". Y después de haber hecho el sacrificio completo de su voluntad a la voluntad de Dios, pudo, con un sentimiento de profunda compasión (4:15) y al mismo tiempo con la conciencia de estar por sobre la posibilidad de fallar, ofrecerse a Dios como el Mediador perfecto de los hombres pecadores.

10. Gr. *Y habiendo sido oído* y librado *de la ansiedad, del temor*. Otro precioso comentario de la escena de Getsemaní. ¿Qué era la "copa" que el Salvador suplicaba a Dios apartara de él? ¿La muerte física y los sufrimientos que la acompañan? en este caso, Jesús se habría mostrado el menos valiente de los mártires, y además, no sería verdad que habría *sido escuchado*, puesto que murió sobre la cruz. Mas el autor entiende por la *muerte*, como lo hace siempre la escritura (Jac. 5:20), la muerte *del alma* tanto como la del cuerpo, la separación de con Dios, las indecibles angustias de la muerte segunda. Hé ahí lo que causaba *la ansiedad* de Jesús, "puesto entre los transgresores" (comp. Mar. 14:33; Luc. 22:44); suplicó a Dios que le *salvara*, que le librara de ese temor, y fué oído. Los hechos relatados por los evangelistas están en perfecta armonía con esta palabra: el valor que desplegó el Salvador cuando avanzó al encuentro de sus enemigos protegiendo a sus discípulos, inmediatamente después de la terrible lucha en que estuvo a punto de sucumbir, muestra que una fuerza nueva acababa de serle acordada de lo alto. (Comp. Luc. 22:43). Varios exégetas piensan que Jesús *fué oído*, no por esta liberación moral, espiritual, sino por su resurrección. No querríamos excluir este sentido, mas no es seguramente el primero en el pensamiento del autor, puesto que en Getsemaní no era la resurrección lo que Jesús imploraba a su Padre. La mayor parte de nuestras versiones modernas, siguiendo a los Padres griegos, la Vulgata, Lutero, han traducido como sigue las palabras que nos ocupan: "Fué oído a causa de su temor de Dios", o "a causa de su piedad". Mas realzar la *piedad* del Salvador, en tal momento, y atribuir a esa piedad la atención de su oración, tiene algo de extraño. La palabra empleada por el autor significa, es verdad, más bien circunspección, cuando se la toma en su sentido general de temor. Pero el verbo de que se forma se encuentra con el sentido de huir, temer. Y este sentido prevalece en nuestro pasaje, como en diversos pasajes de la versión de los Setenta, en Sap. 17:8, y quizás en Hebr. 12:28. Es admitido por la Itala, la Peschito, Calvino, Bengel,

9 padeció aprendió la obediencia[11], y habiendo sido hecho perfecto ha llegado a ser para todos los que le obedecen autor de eterna
10 salvación[12], habiendo sido proclamado por Dios sumo sacerdote "según el orden de Melquisedec[13]".

Weiss, Kübel, Weizsäcker, von Soden. Nos parece que la idea principal de la frase, expresada (v. 8) por estas palabras: "Aprendió la obediencia *por las cosas que sufrió*", recomienda esta interpretación. El sufrimiento moral es indicado como la causa de la lucha sostenida por Jesús, y de él fué libertado en respuesta a sus oraciones.

11. El esclavo, el servidor ha nacido para *obedecer;* el *hijo* es destinado al mando (Mat. 4:3,6); ahora bien: *aunque Hijo*, Jesús *obedeció*. (Es el mismo contraste que se encuentra en Fil. 2:5-8). Y es así como él es al mismo tiempo nuestro Salvador y nuestro modelo, tipo de la humanidad regenerada. Mas aquí hay otro pensamiento no menos sorprendente: *aprendió la obediencia*, y esto *por las cosas que padeció;* no que no hubiera siempre conocido y practicado la obediencia; sino que, en la carrera de dolor que recorrió hasta su último suspiro, pasó de un sacrificio al otro de su voluntad, y adquirió en cada paso la conciencia cada vez más clara de una obediencia llevada hasta la más alta perfección (v. 9).

12. La voz que traducimos por *elevado a la perfección*, que otros traducen por *siendo cumplido, consumado*, y nuestras antiguas versiones por *consagrado*, siguiendo a Calvino, reaparece a menudo en nuestra epístola, ora aplicada a los cristianos (10:10-14; 11:40; 12:23), ora al Salvador mismo. (Véase, además de nuestro versículo, 2:10; 7:28). Esa palabra significa, según su etimología, *haber llegado a la meta, ser concluído, hecho perfecto*, y debe entenderse en el sentido religioso y moral. Cuando se trata de los hijos de Dios, ese término indica el momento en que, libertados de todo pecado, y de todas las consecuencias morales del pecado, no hay ya para ellos lucha, sino el reposo después de la victoria, la unión completa con Dios en la santidad, el amor, la alegría. Aplicado al Salvador, ese verbo expresa: 1º su liberación de todas las flaquezas de la carne, de nuestra naturaleza de que se había revestido; 2º en un sentido más íntimo aun, la armonía perfecta de su voluntad con la voluntad de Dios, sobre todo en los padecimientos, la obediencia, el renunciamiento, el sacrificio de sí mismo, como sumo Sacerdote (v. 8; 2:10); 3º su glorificación, la posesión plena y entera de la gloria y de la felicidad del cielo que ha adquirido para sí, en cuanto era hombre, por sus combates y su victoria. Tal es el sentido de la voz en nuestro pasaje y en 7:28. Mas Cristo jamás es considerado como aislado de sus redimidos: todo lo que ha hecho, todo lo que tiene, todo lo que es, es compartido por sus redimidos y lo poseen ellos en él. Por esto el autor puede inferir de la elevación de Jesús a la perfección esta conclusión: *ha llegado a ser, para todos los que le obedecen, el autor de una eterna salvación.* No hay aquí, como siempre en otros pasajes: "para los que creen", pues el autor, acabando de hablar de la *obediencia* de Cristo, que ha sido para él el camino de la gloria, quiere indicar que los que creen en él deben seguirle en esa misma senda, la única que conduzca adonde él está. Es evidente que no se le puede seguir más que con una fe viva, pero esa fe es la *obediencia* misma, como la incre-

2. *Reprensión. Advertencia. Aliento* (5:11 a 6:20)

A. 11-14. REPRENSIÓN A LOS LECTORES POR SU LENTITUD EN COMPRENDER. — 1º *Asunto difícil y lectores poco adelantados.* El autor tiene mucho que decir sobre el sacerdocio de Cristo, mas sus lectores se han vuelto perezosos de espíritu; ellos, que debieran ser desde largo tiempo atrás capaces de enseñar a los demás, están aún en los rudimentos, tienen necesidad de leche (11,12). 2º *Los niños y los hombres hechos.* Los niños, que se atienen a la leche de los elementos, no se han apropiado, por una fe de experiencia, la redención en Cristo; los hombres hechos tienen el sentido moral ejercitado en distinguir el bien del mal (13,14).

11 Sobre quien[14] tenemos mucho que decir y difícil de explicar,
12 por cuanto os habéis vuelto perezosos de oído[15]. Porque debiendo ser maestros en razón del tiempo[16], otra vez tenéis necesidad de que alguien os enseñe los primeros elementos de los oráculos de Dios[17], os habéis vuelto tales que tenéis necesidad de leche, y no

dulidad es la rebelión. (3:12. 2ª nota).

13. Dios le *ha proclamado* tal glorificándole y elevándole a la perfección (comp. 1:5, 1ª nota), y desde entonces Cristo desempeña perpetuamente su oficio de sacerdote en los lugares santísimos, en favor de los que se allegan a él. (4:14, nota). En cuanto al paralelo entre Cristo y *Melquisedec* véase 7:1, y sig., nota.

14. *Respecto del cual.* Se puede ver en este pronombre un relativo neutro y traducir: *a este respecto.* Pero es más natural tomarlo en masculino y referirlo no a *Melquisedec,* sino al *sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.* Respecto de Jesús y del sacerdocio que inviste, tiene el autor (gr.) un *discurso considerable y difícil de interpretar exponiéndolo,* a causa de la ininteligencia de sus lectores. Antes de emprender esta ardua tarea, experimenta la necesidad de despertar la atención de ellos por una reprensión severa y una instante exhortación en la cual les reprocha sus disposiciones (5:11 a 6:3), muestra el peligro que éstas les hacen correr (6:4-8), luego dirige palabras de aliento y de esperanza (6:9-20).

15. Gr. *Perezosos de oídos,* lo que debe entenderse, en sentido figurado, de la lentitud en recibir las verdades de la salvación. Los tiempos de pereza espiritual siguen de ordinario a los avivamientos. Los hebreos no habían sido siempre tales, se habían *tornado.* Al celo de los primeros días, creado y mantenido por el espíritu de Pentecostés, habían sucedido la tibieza y la molicie. (Comp. 10:32).

16. Gr. *Porque debiendo ser maestros* (aptos para enseñar a los demás) *a causa del tiempo*..., del largo tiempo transcurrido ya desde vuestra conversión. El progreso de los cristianos en el conocimiento y en la vida interna no se mide siempre por los años!

17. Los *oráculos de Dios* son sus declaraciones, sus revelaciones en general. Según 6:1, la mayor parte de los intérpretes entienden por los *rudimentos* de estos oráculos los "elementos de la doctrina de Cristo", y no las revelaciones del Antiguo Testamento. Se ha propuesto traducir: "que se os enseñe *cuáles son* los rudimentos". Pero esa traducción es menos justificable. Hay propiamente en el original, *los elementos del principio* de los oráculos de Dios. En 6:1, hay igualmente: "la palabra del *principio* del Cristo". Se ha comparado esta expresión con la empleada en 3:14. El *principio* de la fe corresponde al *principio* de la revelación. Ese *principio* no es, en el pensamiento del autor, la enseñanza que acaba de dar sobre el Revelador y Mediador del nuevo Pacto (1 a 5:10); tiene en vista ciertas instrucciones elementales por las cuales empezaba la predicación cristiana entre los judíos como entre los paganos. (6:2, nota).

13 de alimento sólido[18]. Todo el que participa, en efecto, de leche,
14 es inexperto en palabra de justicia pues es un niño[19]; mas de hombres hechos es el alimento sólido, quienes en razón del hábito tienen el sentido ejercitado en el discernimiento tanto del bien como del mal[20].

B. 1-8. INVITACIÓN A PROGRESAR. PELIGRO DE UNA CAÍDA IRREMEDIABLE.— 1º *Dejar los primeros elementos.* El autor, considerando el estado de infancia en que están sus lectores, les exhorta a tender hacia la condición de adultos. Para ello no hay que detenerse todavía en las doctrinas elementales, que agrupa en tres pares: el primero comprende las relaciones del hombre con Dios; el segundo las ceremonias por las cuales era el neófito introducido en la iglesia; el tercero las cosas finales. Con ayuda de Dios, conducirá a sus lectores a la posesión de verdades más esenciales (1-3). 2º *Imposibilidad del arrepentimiento en los que, caídos de la fe, crucifican al Hijo de Dios.* El au-

18. Comp. 1ª Cor. 3:1,2; y, en un sentido diferente, 1ª Pedro 2:2.

19. El autor pasa en la misma frase del estilo figurado al lenguaje propio. (Comp. Luc. 9:62). Gr. *El que participa de leche es inexperto* (o ignorante) *en palabra de justicia; pues es un niñito.* Por *una palabra de justicia* se ha entendido la doctrina de la reconciliación con Dios por Cristo. Mas la ausencia de artículos induce a la mayor parte de los intérpretes modernos a admitir que el autor piensa en *un discurso,* una enseñanza que expone con *justicia,* de manera exacta y completa, la verdad cristiana.

20. Otra vez emplea aquí el autor figuras tomadas de la condición del hombre físico, para representar las cualidades morales que exige de sus lectores. Para comprender sus enseñanzas, deberán tener *ejercitado* su *sentido* moral, *por el hábito,* por la costumbre, *en discernir* qué es *bien* y qué es *mal.* Hay que vivir la verdad para comprenderla. El conocimiento de la verdad que salva no depende del desarrollo de la inteligencia; no es privilegio de los mejor dotados ni de los más instruídos. (Mat. 11:25; 1ª Cor. 1:19-25). La única condición que todo hombre debe llenar es la de tener *el sentido ejercitado en discernir el bien y el mal,* es decir una conciencia que no sea entorpecida ni adormecida por el pecado, sino que, siempre despierta, juzgue severamente el mal en todas sus manifestaciones, haga sentir al pecador la necesidad que tiene del perdón de Dios, mantenga en él una ardiente aspiración a la santidad y le disponga de tal suerte a recibir la salvación que es en Cristo. La palabra traducida aquí por *hombres hechos,* porque es puesta en oposición con "niño" (v. 13), significa propiamente *los perfectos,* los que han *llegado a la meta.* (1ª Cor. 2:6; Efes. 4:13; Fil. 3:15; Col. 1:28; Jac. 1:4).

tor indica, como motivo de realizar ese progreso, el peligro que corren los que caen, después de haber sido llevados de las tinieblas a la luz, después de haber recibido el Espíritu Santo y los dones que él confiere: no son ya capaces de arrepentimiento, puesto que obran para con el Hijo de Dios como lo hicieron los autores de su muerte. Son como una tierra que no produce sino espinas y que va a recibir una maldición por la cual será destinada al fuego (4-8).

VI Por lo cual [1] dejando la primera instrucción sobre el Cristo [2] arremetamos hacia la perfección [3] no poniendo otra vez un fundamento de arrepentimiento de obras muertas y de fe en Dios,
2 de la doctrina de bautismos y de la imposición de manos, de la
3 resurrección de los muertos, y del juicio eterno [4]. Y esto haremos,

1. Conclusión de lo que inmediatamente precede. (5:12-14). "Mientras que debiérais ser maestros, estáis aún en los *primeros elementos;* tenéis necesidad de la leche de los nenes, en lugar de poder soportar el alimento de los hombres cuya experiencia discierne el bien del mal, lo verdadero de lo falso. No sea más así, sino tendamos a la perfección, apliquémenos a volvernos *hombres hechos!*". Varios intérpretes, en lugar de ver en las palabras que siguen una exhortación del autor a sus lectores, encuentran en ellas una resolución que él tomaría, de pasar, al seguir escribiendo esta epístola, a asuntos más elevados; "abordemos lo perfecto". (Véase la 3ª nota). La primera explicación parece preferible, pues *la perfección* se aplica más naturalmente al carácter del hombre que al contenido de la enseñanza (5: 14, nota).

2. Gr. *Dejando la palabra,* o la doctrina *del principio del Cristo,* lo que significa los primeros elementos de la doctrina cristiana, en general. (5:12). El autor mismo nos dice en las palabras que siguen lo que entiende por ello.

3. *Aspiremos a la perfección,* al estado de los que son llamados (5:14) "hombres perfectos", por oposición a los "niños". (5:13). Dice propiamente el griego: *seamos llevados hacia la perfección.* Otros traducen: "Elevémosnos a la enseñanza perfecta".

4. Los cristianos convertidos del judaísmo, a quienes es dirigida esta carta, eran tentados a considerar el cristianismo como un conjunto de creencias y de prácticas, que dejaban en la sombra la persona de Cristo y su obra mediadora, y no constituían, así comprendidas, más que un mosaismo superior. Esa tendencia les acercaba a los judíos ilustres que no creían en Cristo, y podía ser una marcha hacia una recaída total (v. 4-10). Las doctrinas aquí designadas habían sido predicadas desde el principio por Juan el Bautista y por el Señor mismo (Mar. 1:4,15), y eran la base de toda predicación del evangelio y de toda instrucción de los catecúmenos, ora entre los judíos, ora entre los paganos. (Act. 2:38; 8:14-17; 10:34-48; 17:30-31; 24:25). *El arrepentimiento de las obras muertas* es, según el sentido completo del original, la conversión, el cambio de disposiciones morales, que aparta de las obras muertas, de todas las prácticas legales cumplidas en un espíritu farisaico, de todas las obras humanas que no proceden del amor a Dios, que no son fruto de su Espíritu en el hombre regenerado (9:14). Este arrepentimiento, cuya necesi-

4 si en verdad Dios lo permitiere [5]. Porque es imposible que los que una vez por todas fueron iluminados y gustaron el don celestial,
5 y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron la bue-
6 na palabra de Dios y las potencias de la edad venidera, y apostataron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la
7 vergüenza [6]. Porque la tierra que ha embebido la lluvia que mu-

dad proclamaron el Precursor y Jesús mismo (Mat. 3:2; 4:17), era y será siempre el primer paso del hombre pecador para recibir el evangelio; mas no es todo el evangelio ni toda la vida cristiana. La *fe en Dios,* era la confianza en el Dios del pacto, que había hecho las promesas a su pueblo y que "no podía mentir". (v. 13 y sig.; 11:6). Mas, separada de Aquel en quien y por quien se cumplía la salvación prometida, esa fe en Dios corría el riesgo de no ser más que la convicción fría y muerta de su existencia. (Comp. Jac. 2:19). La *doctrina de bautismos podía* ser no solamente enseñanzas sobre el bautismo de Juan, sobre el bautismo cristiano, sobre sus diferencias, sino también sobre "los diversos bautismos" (9:10) o *abluciones* en uso ya entre los judíos (Marcos 7:4). La *imposición de las manos* seguía ordinariamente al bautismo y era a menudo acompañada de los diversos dones del Espíritu Santo. (Act. 8:17; 19:6; 1ª Tim. 4:14, 2ª nota; 1ª Tim. 1:6). Las doctrinas de la *resurrección de los muertos* que el Salvador defendía contra los saduceos (Mat. 22:23 y sig.), y del *juicio eterno,* que tan a menudo aparece en sus discursos (Mat. 25:31 y sig.; Mar. 3:29), podían también ser concebidas sin relación directa con la persona de Cristo y con su obra. (Act. 17:30; 24:15). Así, en todas esas doctrinas, superficialmente comprendidas, no se trata ni de la expiación de los pecados por el sacrificio de Cristo (9 y 10), ni de la regeneración y de la santificación del hombre pecador por el Espíritu Santo, ni de sus progresos en la comunión íntima y viviente con Dios; no es realmente más que el *principio de Cristo.* (v. 1, nota). No habría que inferir, sin embargo, que esas doctrinas no tuvieran importancia a los ojos del autor. Declara que *"no pone de nuevo en fundamento";* las considera pues como *el fundamento* de la enseñanza cristiana. Si exhorta a sus lectores a *dejar* esos elementos, es para ir más lejos, para instruirlos en la obra redentora de Cristo, que es el edificio propiamente dicho de la verdad cristiana.

5. A, C, D tienen: *hagámoslo.* El futuro indicativo conviene mejor al sentido. *Es lo que haremos* (tender a la perfección, v. 1), en el conocimiento y en la vida; lo haremos con vosotros, *si Dios lo permite,* si nos otorga la gracia de comprender y de recibir su verdad entera, si nos da el "trabajar en nuestra salvación con temor y temblor", él "que produce en nosotros el querer y el hacer" (Fil. 2:12,13), y el escapar así al terrible peligro que el autor va a señalar. (v. 4-6).

6. Estas temibles palabras han recibido diversas interpretaciones, dictadas a menudo por un interés dogmático. No se puede negar que a primera vista parecen estar en oposición con otras enseñanzas de las escrituras. Ellas han sido la principal causa por la cual la Iglesia de Occidente rehusó por largo tiempo recibir la epístola a los Hebreos en el canon, pues estaban de acuerdo con los principios más estrictos de los

Novacianos y de los Montanistas, que rehusaban reintegrar en la iglesia a los que habían renegado la fe cristiana en tiempo de persecución. Lutero también realza la contradicción que hay entre esta enseñanza, según la cual el pecador puede perder la gracia, y la de san Pablo sobre la elección y sobre la certeza de la salvación. (Rom. 8:28-39). Se basa principalmente en nuestro pasaje para rehusar a la epístola a los Hebreos plena autoridad canónica. Para encontrar el verdadero sentido de esta declaración, importa recordar: 1º que es dirigida a cristianos vacilantes, cuya fe está conmovida y su celo enfriado, y que se hallan en peligro de abandonar el cristianismo; 2º que hay que interpretarla a la luz de todo el evangelio, pues la verdad completa resulta para nosotros del conjunto de las escrituras, jamás de tal o cual declaración tomada aisladamente. Estas palabras dan lugar a dos preguntas: ¿Es posible que hombres que han experimentado todo lo que suponen los v. 4 y 5 caigan enteramente de la fe? ¿y por qué su vuelta a Dios por el arrepentimiento y la conversión es imposible? Para responder a estas preguntas, y ante todo a la primera, es necesario hacerse una idea justa de lo que es la certeza de la salvación, basada en la gracia de Dios. Ninguno obtiene esa certeza, sino por una fe viva en Jesucristo, y por el testimonio del Espíritu Santo dentro de él (Rom. 8: 16). Su perseverancia final es desde entonces para él objeto de fe, lo mismo que la gracia de Dios en Cristo Jesús, sobre la cual descansa. Esta fe implica, en cada época de su desarrollo, lo mismo que en el primer momento, un sincero arrepentimiento y la fidelidad del corazón al Salvador. Nadie recibe la seguridad de su elección como una carta de inmunidad, que le permita vivir luego como bien le parezca, y dejar de lado el arrepentimiento y la fe. El hijo de Dios es elegido "en santificación del Espíritu, para obediencia y aspersión de la sangre de Jesucristo, que le purifica de todo pecado (1ª Pedro 1:2). En una palabra, su certeza es de naturaleza moral; ella empeña su conciencia, todos sus sentimientos, todas sus relaciones con Dios; ella deja subsistir toda su responsabilidad, y hasta hace cada vez mayor esta responsabilidad. Esa seguridad no puede, pues, ser conservada más que de la manera misma como nació. Si la he poseído ayer sin ilusión, ese recuerdo no puede garantizármela para hoy; debe serme renovada por la misma gracia de Dios que me la dió, debe ser mantenida viva, por la acción de esta gracia, recibida en humilde arrepentimiento y verdadera fe. Si se considera bien esta armonía de la acción de Dios y de la acción del hombre en la obra de la salvación (comp. Fil. 2:12,13, nota), se comprenderá que resultan de ella dos consecuencias en apariencia contradictorias, mas igualmente enseñadas en la Palabra de Dios, porque se concilian muy bien en la naturaleza moral del hombre: la primera es que el cristiano, fundado en la gracia de su Dios que es fiel para guardarle hasta el fin y para cumplir todo en él (Juan 10: 27-29; 1ª Tes. 5:23,24; comp. Fil. 1: 6), puede tener la plena y entera seguridad de su salvación, encontrar en ella la paz, el gozo, y hacer de ella el tema de un cántico de triunfo, en el cual desafía a todos sus enemigos espirituales (Rom. 8: 28-39); la segunda, la que el autor enseña aquí en términos claros y terribles, es que hay siempre, para el hombre sobre la tierra la posibilidad de caer enteramente de la fe. Se hacen pasar las exigencias de un sistema antes que los resultados de una exégesis imparcial, cuando se pretende que los que *han hecho defección* no tenían por toda certeza sino una ilusión, o

que Dios les había otorgado ciertas gracias que no han podido vencer la última y secreta resistencia de su corazón. *Haber sido una vez iluminados* por la luz divina y sacados por ella de nuestras tinieblas naturales, *haber gustado el don celestial* de la gracia, *haber sido hechos partícipes del Espíritu Santo* que regenera las almas, *haber gustado la buena palabra de Dios* y por ella *las potencias del siglo venidero,* es decir las influencias de esta palabra y de este Espíritu que nos dan ya en este mundo un gusto anticipado y una experiencia de la vida del cielo, éstos son los rasgos principales de la conversión, las señales por las cuales un alma puede conocer que está en estado de gracia. Por otra parte el autor declara que, *si hay* recaída, no queda más *posibilidad* de ser *renovado aún para arrepentimiento* o conversión, lo que supone que el arrepentimiento, la conversión había tenido ya lugar. Esto toca a nuestra segunda pregunta: ¿por qué es *imposible que sean renovados en arrepentimiento* (gr. *renovarlos,* reconducirlos)? Aquí también se ha querido suavizar los términos. Se ha apelado a la palabra de Jesucristo que declara *imposible* que los ricos entren en el reino de Dios, y que explica su pensamiento añadiendo: Lo que es imposible al hombre es posible a Dios (Marcos, 10: 25-27). Mas por la manera como motiva su juicio, el autor le da un alcance muy distinto: *crucifican de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a la ignominia, para sí mismos,* es decir, *por su propia cuenta;* renuevan para con él el acto por el cual sus enemigos satisfacen su odio; otros traducen el dativo del original por: "en su perjuicio, para su desgracia"; otros también, por: "en cuanto en su poder está". Son tanto más culpables cuanto que no se puede ya decir: "No saben lo que hacen"; pues han sido iluminados. Y puesto que han tenido parte en el Espíritu Santo, han caído en el único pecado irremisible, el pecado contra el Espíritu Santo, al cual el autor alude evidentemente. Este pecado es mencionado por primera vez en una advertencia dirigida por Jesús a fariseos que le acusaban de expulsar los demonios por el príncipe de los demonios. (Mat. 12:32, nota). Esos fariseos no estaban en la misma situación que los cristianos que tiene en vista nuestro autor. No habían recibido las gracias de que éstos habían sido colmados; y sin embargo estaban en peligro de cometer el pecado irremisible, porque al acusar a Jesús de obrar bajo el impulso de Satanás, resistían al testimonio de sus conciencias, que tributaban homenaje a la santidad del Salvador. La distinción que Jesús establece, en esa ocasión, entre la blasfemia contra el Espíritu y las otras especies de blasfemia, se aplica, con mayor razón, a los hombres que han sido *hechos partícipes del Espíritu Santo.* Blasfemar contra Dios, es lo que pueden hacer en general los que no le conocen por su palabra. Blasfemar al Hijo, puede ser el pecado de los que le conocen de oídas, a los cuales sin embargo sigue siendo íntimamente extraño; los que no tienen en él más que una creencia histórica. Mas blasfemar al Espíritu Santo no puede ser sino el crimen de aquéllos a quienes Dios y el Salvador se han revelado íntimamente por el testimonio del Espíritu Santo. El hombre comete este pecado con clara y plena conciencia de lo que hace; es el fruto de un endurecimiento voluntario y progresivo. Ahora bien: eso es precisamente lo que hace imposible el arrepentimiento y la conversión: todas las gracias de Dios han sido aplicadas a ese pecador, y las ha convertido en disolución; nuevos medios de salvación, lejos de salvarle, no ha-

chas veces viene sobre ella y produce hierba útil a aquellos para quienes también es labrada, participa de la bendición de Dios;
8 mas produciendo espinas y abrojos, es reprobada y cercana a maldición, cuyo fin es la combustión [7].

C. 9-20. CONFIANZA DEL AUTOR EN SUS LECTORES. LA FIDELIDAD DE DIOS DEMOSTRADA POR LA PROMESA HECHA A ABRAHÁN. — 1º *Buena esperanza del autor fundada en la caridad de sus lectores. Exhortación a perseverar en la esperanza.* A pesar de la severa advertencia que les da, el autor está seguro de que sus lectores están en camino de salud, pues Dios no desconocería su abnegación caritativa. Conserven ese celo y mantengan así su esperanza, imitando aquellos que, por la fe, obtuvieron lo que les estaba prometido (9-12). — 2º *La promesa de Dios a Abrahán y la obra de la esperanza.* El autor recuerda la promesa que Dios, jurando por sí mismo, hizo al patriarca, y cuyo cumplimiento obtuvo éste por su perseverancia. Conformándose a la costumbre de los hombres que juran por uno mayor que ellos, Dios recurrió al juramento para certificar la inmutabilidad de su resolución, a fin de que seamos alentados por su promesa a retener firme nuestra esperanza. Esta esperanza es para nuestra alma un ancla fijada del otro lado del velo, en el lugar donde entró nuestro precursor, Jesús, el sumo sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (13-20).

rían más que hacerle más culpable; la imposibilidad de s. renovación es una imposibilidad moral, como la seguridad del fiel es una seguridad moral. Se ha negado que el autor tuviera en vista este pecado irremisible. Mas hay en nuestra epístola otro pasaje que no deja duda a este respecto: es 10:26-29. Que esa caída irremediable pueda producirse en almas que han aceptado la salvación y han nacido a la vida cristiana, resulta de más de una enseñanza de Jesús: el mal siervo había recibido un talento (Mat. 25:15,30); las vírgenes insensatas habían tenido aceite en su lámpara (Mat. 25:1-12); el sarmiento que no lleva fruto y es cercenado, era sin embargo un sarmiento de la vid (Juan 15:2,6). Ahora ¿quiere decir el autor, o solamente insinuar, que uno solo de sus lectores esté en un estado tal de recaída? Muy al contrario, declara positivamente que su opinión es completamente opuesta (v. 9-11) y que les ha descripto esa terrible posibilidad a fin de que cada uno de ellos muestre el mismo celo por la *plena certidumbre de la esperanza hasta el fin.* Allí reaparece la armonía en el seno de la contradicción aparente señalada más arriba. Para responder a las diversas necesidades de las almas, las dos fases de nuestra condición terrestre deben sernos igualmente presentadas. Tenemos un abismo que atravesar para llegar a la ribera escarpada de la salvación eterna; la gracia de Dios ha echado un puente sobre ese abismo. En medio del estrecho pasaje, yo podría ser sobrecogido de temor, de duda, de desaliento: hé aquí a mi diestra una barrera, es la certeza de la fe fundada en la gracia eterna de mi Dios. O bien, podría yo dejarme caer por una presunción orgullosa, una falsa seguridad, un relajamiento carnal: hé aquí a mi izquierda otra barrera, es la advertencia solemne que me muestra la posibilidad espantosa de perderme. Así prevenido, el hijo de Dios no se echará ni a diestra ni a siniestra, sino que marchará en línea recta hacia la meta, y llegará para dar toda la gloria a la gracia de su Dios.

7. Gr. *Cerca de maldición, de la cual el término es para combustión.* Con Rilliet, de Wette, Weiss, von Soden, referimos el pronombre relativo a *maldición,* lo que exige la expresión: *término, fin.* Otros conectan ese relativo con *tierra* (v. 7) y traducen: "Su fin es ser quemada", o: "Se concluye por ponerle fuego" (Oltramare, Stapfer, Segond). Transparente parábola, destinada a hacer más impresionantes aun las palabras precedentes; y que, por lo demás, se explica y se aplica por sí misma. La misma figura es empleada en un gran número de declaraciones de las escrituras (Nah. 1:10; Mal. 4:1; Mat. 3.12; 5:22; 13:30; Marcos 9.43-47).

9 Mas estamos persuadidos sobre vosotros, amados, de las cosas
10 mejores y conexas con la salvación, aunque así hablamos [8]. Porque Dios no es injusto para olvidarse de vuestra obra y del amor [9] que demostrasteis por su nombre, habiendo servido a los santos
11 y sirviéndoles [10]. Mas deseamos que cada uno de vosotros demuestre la misma diligencia por la plena certidumbre de la esperanza
12 hasta el fin [11], para que no os volváis perezosos, mas imitadores

8. Gr. *Mas nosotros estamos persuadidos a vuestro respecto, amados, de las cosas mejores y que hacen a la salvación.* No solamente el autor aparta el pensamiento de que suponga a sus lectores culpables de la apostasía que acaba de hablar, sino que lo hace en términos llenos de afecto, hacia ellos; la palabra *amados* se encuentra sólo aquí en toda la epístola.

9. El texto recibido dice: "*Del trabajo* de vuestro amor". Las palabras en bastardilla, que faltan en *Sin., B, A, C, D,* no son auténticas".

10. Comp. 10:32-34, e Introducción, p. 20, 28. Al decir: *Dios no es injusto* para olvidar todo lo que habéis hecho, el autor no quiere decir, contrariamente a todas las escrituras que las obras del hombre tengan un mérito cualquiera ante la justicia de Dios. Mas como ninguna obra hecha por *amor* a Dios queda sin recompensa (Mat. 10:40-42), es cierto también que el buen empleo de las gracias de Dios atrae otras nuevas. En el caso particular, se trata de perseverar en la profesión del cristianismo: el autor puede augurar favorablemente de pruebas que sus lectores han dado de su *amor por el nombre* de Dios consagrándose al *servicio* de los que llevaban ese nombre y se ofrecían a ellos como representantes de Dios. Tal caridad, en efecto, era el fruto de su fe. (Comp. 1ª Tes. 1:3,4, donde se encuentra el mismo pensamiento). Todo lo que va a seguir hasta el fin del capítulo es una proclamación de la seguridad de la salvación, fundada en las promesas de Dios y en su fidelidad.

11. El voto del autor es precisamente que la vida cristiana de cada uno de sus lectores sea todo lo contrario del terrible cuadro que ha trazado (v. 4.8); pues solamente por la santificación de la vida se demuestra realmente en cada uno el estado de gracia y *la plena certidumbre de la esperanza.* Las palabras *hasta el fin,* pronunciadas más de una vez por el Salvador mismo (Mat. 10:22; 24:13; Mar. 13:13), coronan el pensamiento del autor.

de los que [12] por medio de la fe y de la paciencia heredan las promesas [13].

13 Porque habiendo Dios dado promesa a Abrahán, por cuanto
14 no podía jurar por alguien mayor, "juró por sí mismo [14]", diciendo: "Por cierto que con las mayores bendiciones te bendeciré
15 y en extremo te multiplicaré [15]; y así, habiendo tenido paciencia,
16 obtuvo lo prometido [16]. Porque los hombres por el mayor juran, y de toda disputa es para ellos término el juramento para con-
17 firmación. En lo cual, queriendo Dios más claramente mostrar a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, dió
18 garantía con juramento [17]; para que por medio de dos hechos

12. *A fin de que no os tornéis perezosos, sino imitadores de los que...* El término de *perezosos* no designa, como en 5:11, la lentitud en comprender la doctrina cristiana, sino la falta de firmeza en la esperanza.

13. Aunque el autor tuviera aquí en vista el ejemplo de los hombres de Dios del antiguo Pacto, de Abrahán que va a recordar (v. 13), y de todos los que citará en el ap. 11, habla en presente (*los que heredan*), a fin de extender su pensamiento a los creyentes de todos los tiempos; pues todos tienen las mismas *promesas* de salvación que fueron hechas a Abrahán, y no pueden, como él, *heredarlas,* obtener su cumplimiento, más que *por la paciencia* y *por la fe.* (Gál. 3:14).

14. Estas últimas palabras: *juró por sí mismo,* se refieren a las del Eterno a Abrahán: "Yo he jurado por mí mismo...", palabras que se encuentran inmediatamente antes de las que el autor va a citar en el v. 14. (Gén. 22:16). Así el autor, buscando un fundamento seguro para la esperanza de sus hermanos, se apresura, después de haber recordado los frutos de la fe de ellos (v. 10), a elevarse hasta la fidelidad inviolable de Dios (v. 13 y sig.). Les recuerda en qué términos hizo Dios a Abrahán, el "padre de los creyentes", esta promesa cuyo cumplimiento, pacientemente esperado, debía traer la salvación a la humanidad.

15. La voz traducida aquí por *ciertamente* es una fórmula de juramento en el original. Esta promesa con juramento se encuentra en Gén. 22:16-18. La versión de Lausana, reproduciendo literalmente un hebraísmo que se encuentra también en los Setenta, vierte así este versículo: "Ciertamente bendiciendo te bendeciré; y multiplicando te multiplicaré". En hebreo, esa repetición indica la certidumbre, la abundancia o la fuerza de la acción expresada por el verbo. El texto hebreo y los Setenta tienen: "Yo *te* bendeciré, y multiplicaré *tu posteridad*". Nuestro autor escribe las dos veces *te*, quizá porque citaba de memoria, quizá también a fin de concentrar toda la atención en la persona de Abrahán.

16. Comp. v. 12. Abrahán esperó *así*, en las condiciones en que la promesa le había sido hecha, basándose en el juramento de que había sido sellada; esperó *con paciencia,* todo el tiempo de su vida, pues no fué en este mundo donde *obtuvo el cumplimiento de la promesa* (gr. *obtuvo la promesa*), sino solamente cuando nació de él un pueblo que fué el pueblo de Dios, y cuando ese pueblo dió al mundo el Salvador, y, por él, la bendición prometida a todos los pueblos de la tierra.

17. Gr. *Porque los hombres juran por el mayor* que ellos *y el juramento les es un término a toda disputa en confirmación* de su palabra. (*En confirmación* depende de toda la proposición y no podría ser conectado especialmente con la palabra juramento). *En lo que* (conformándose a esa costumbre de los hombres), *Dios, queriendo mostrar más abundantemente la inmutabilidad de su consejo intervino* (tomó el papel de *mediador,* de *fiador con un juramento.* El autor ha citado intencionalmente (v. 14) aquella de las promesas hechas a Abrahán en que se encuentra la fórmula del *juramento. Varias* veces ya había hecho Dios su promesa al padre de los creyentes (Gén. 12:2; 17:5 y sig.; 18:18), sin ese juramento. Sólo fué añadido a la promesa cuando ésta fué repetida a Abrahán después de la terrible prueba de Moriya, porque entonces su fe podía tener necesidad de él. Por esto el autor, en el v. 18, distingue positivamente entre la *promesa* y el *juramento.* (Véase v. 18, 1ª nota). Este pasaje es un comentario importante de Mat. 5:34. Si el juramento prestado por los hombres fuera absolutamente vedado a los cristianos, si fuera malo en sí, no se podría atribuir a Dios mismo, y el autor no hablaría de él como lo hace aquí. (v. 16).

18. Es bien evidente que es tan imposible que *Dios mienta* en su promesa sola como en su promesa acompañada de juramento. No hizo intervenir este último sino por condescendencia hacia la fe de Abrahán y de los demás creyentes después de él. En cuanto Dios se humilla a hablar en un lenguaje humano, cuanto más solemnidad e insistencia pone en las promesas de su gracia, tanto mejor recoge y sostiene la fe que en ellas se apoya. Así, como los hombres confirman su palabra por el juramento haciendo intervenir el nombre y la presencia del Dios santo y justo que toman por testigo de sus declaraciones, del mismo modo Dios, jurando por sí mismo, imprime vivamente en el alma del creyente el sentimiento de la grandeza, de la potencia, de la santidad de Aquel que hace la promesa, y éste es el inconmovible fundamento de la fe; es como lo expresa el autor, *un poderoso aliento.* Y hé ahí por qué reivindica ese aliento para los cristianos, lo mismo que para los creyentes del antiguo Pacto. "Nada es más consolador para un corazón lleno de fe, que el saber que su salvación está en las manos de Dios, que no puede engañarse en sus designios ni engañarnos en sus promesas". *Quesnel.*

19. Es decir, nosotros que, *reteniendo* (4:14) esta *esperanza,* hallamos en ella un *refugio* en el cual estamos al abrigo del peligro. El griego tiene: *Los que nos hemos refugiado para retener la esperanza.* Varios intérpretes construyen la frase de otro modo: *A fin de que tengamos un poderoso aliento para retener la esperanza propuesta, los que hemos buscado un refugio,* sobrentendido: en Dios. Nuestra traducción se justifica mejor, pues las palabras: *tenemos poderoso aliento,* no reclaman complemento, mientras que la expresión *los que hemos buscado un refugio* exige uno.

20. "Las palabras: *y que penetra* (gr.) *en lo interior del velo* se refieren a *un ancla,* y no a *la cual* (es-

inmutables, en los que es imposible que Dios mintiera, tengamos un fuerte aliento [18] los que hemos huído por refugio para retener
19 la esperanza a nosotros presentada [19]; la cual como ancla tenemos del alma, tanto segura como firme y "que entra en lo que está
20 más adentro del velo", donde cual precursor por nosotros ha en-

trado Jesús [20], "según el orden de Melquisedec" habiendo sido hecho sacerdote "por la eternidad [21]".

3. *El sacerdocio de Jesús según el orden de Melquisedec* (Cap. 7)

A. 1-10. MELQUISEDEC SUPERIOR A ABRAHÁN Y A LOS LEVITAS. — 1º *Melquisedec, sacerdote perpetuo.* Sacerdote del Dios altísimo, bendijo a Abrahán y levantó sobre él el diezmo; su nombre le designa como rey de justicia y de paz; sin origen humano, mas asimilado al Hijo de Dios, es investido de un sacerdocio eterno (1-3). — *Melquisedec, comparado con los hijos de Leví.* El autor invita a sus lectores a considerar la grandeza de aquel que recibió de Abrahán el diezmo. Los levitas, que toman el diezmo sobre sus hermanos, han salido de Abrahán. Tomando el diezmo sobre Abrahán y bendiciéndole, Melquisedec ha demostrado su superioridad sobre el patriarca. El diezmo percibido por los levitas, es tomado por hombres mortales; el percibido por Melquisedec, lo es por uno que vive. Además, los levitas han pagado el diezmo a Melquisedec, por cuanto, cuando éste encontró a Abrahán, estaban aquéllos en los lomos de su antepasado (4-10).

VII Porque este "Melquisedec [1], rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo, el que encontró a Abrahán volviendo del destrozo de los 2 reyes y le bendijo", a quien también asignó "Abrahán un diezmo

peranza). La seguridad que procura un ancla depende de la naturaleza del fondo donde está fijada. El ancla de la esperanza cristiana es *segura y firme,* porque nos retiene fijados a la morada misma de Dios, a la sede de la inmutable fidelidad. El *ancla,* como emblema de la esperanza, no se encuentra en otro lugar en las escrituras; en los escritores griegos y latinos, es la figura de un medio de salvación, pero no el símbolo de la esperanza. El autor parece comparar aquí a Jesús con la persona que, separada de un navío, va, en una canoa, a llevar el ancla al sitio donde debe ser echada para la seguridad del equipaje. He ahí en efecto lo que Jesús es espiritualmente para nosotros. Pero, mientras que la persona de que hablamos echa su ancla hacia abajo, Jesús ha llevado la nuestra hacia arriba, y la ha plantado en el cielo mismo, adonde ha entrado como Precursor nuestro" (4:14). *Guers.*

21. Con estas palabras vuelve el autor a su tema, que había anunciado ya en el cap. 5:10, mas cuya exposición había juzgado necesario preparar con las serias exhortaciones que acaba de hacer. (Comp. 7:1, nota).

1. Véase 5:6,10; 6:20. Al declarar (5:11) que tenía mucho que decir sobre ese pasaje del salm. 110:4 que acababa de citar, el autor preparaba sus lectores a un asunto nuevo, al cual iba a pasar, es decir, *la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el de los levitas.* Por los reproches que les ha dirigido sobre su lentitud en comprender, ha reclamado toda su atención para este asunto que va a exponer ahora. Toma por punto de partida, no solamente la historia de Melquisedec (Gén. 14:18 y sig.), sino principalmente el pasaje

sobre todo [2]; —primero siendo interpretado rey de justicia, y des-3 pués también "rey de Salem", que es rey de paz [3]; sin padre, sin madre, sin genealogía, ni principio de días teniendo ni fin de vida, mas hecho semejante al Hijo de Dios, —permanece "sacerdote" 4 continuamente [4]. Mas considerad cuán grande era éste, a quien

del salm. 110, donde el profeta considera ya ese rey de Salem, ese rey de justicia, como un tipo del Mesías que él anuncia. Desde los primeros versículos (1-3) el autor indica en qué era Melquisedec a sus ojos un símbolo de Cristo. Su nombre, sus títulos, el silencio que el Génesis guarda sobre su origen y sobre su papel en la historia, todo eso es significativo a los ojos de nuestro autor. Melquisedec no tenía ningún derecho al sacerdocio, que más tarde fué instituído únicamente en la familia de Aarón; y sin embargo Abrahán, el padre de los creyentes, le reconoció como sacerdote del Dios supremo, de donde el salmista, y nuestra epístola tras él, infieren que hay un sacerdocio independiente de las instituciones levíticas, un sacerdocio directamente establecido por Dios que no está de ningún modo ligado a una descendencia humana, que descansa únicamente sobre la voluntad y el consejo eterno de Dios; un sacerdocio en fin que debía un día ser perfectamente realizado en la tierra, y que tuvo en Melquisedec su realización temporaria y simbólica. Ahora bien: ese sacerdocio "según el orden de Melquisedec" es opuesto aquí al sacerdocio "según el orden de Aarón" (v. 11) o de Leví; el primero es infinitamente superior al último, que no era más que la figura imperfecta de aquél; más aun, el primero ha substituído completamente al último.

2. Es decir de todo el botín, (v. 4. Gén. 14:18 y sig).

3. *Melquisedec,* en hebreo, significa *rey de justicia; Salem* o *Schalem* es el adjetivo del substantivo *Schalom, paz,* y significa: *el que tiene paz.* El lugar así nombrado es probablemente Jerusalén. (Sal. 76:3). El autor no hace más que indicar de paso el hermoso significado de esos dos nombres. Respondían al carácter personal del que los llevaba y a las funciones de que estaba revestido: servía al *Dios altísimo* como sacerdote en su familia y en su reino, donde hacía reinar la justicia y la paz. El autor ve pues ciertamente en él un tipo del que debía venir a realizar perfectamente en su reinado la justicia y la paz.

4. Después de haber referido y comentad (v. 1,2) lo que el Génesis dice de Melquisedec, el autor realza lo que no dice. El silencio que guarda sobre la suerte de ese personaje antes y después de su encuentro con Abrahán, sobre su origen y sobre el término de su vida, induce al autor a inferir que Melquisedec fué *sin padre, sin madre, sin genealogía, no teniendo ni principio de días ni fin de vida, sino* que *asimilado al Hijo de Dios, permanece sacerdote a perpetuidad.* Se han propuesto diversas interpretaciones de estas palabras. 1º El autor habría creído que Melquisedec careció verdaderamente de ascendientes humanos, que descendió del cielo, cumplió su misión sobre la tierra, y regresó al cielo sin pasar por la muerte. Los exégetas que atribuyen esta idea al autor, o se burlan de su ingenuidad, mostrando que el relato del Génesis no presenta a Melquisedec como una aparición sobrehumana; o se esfuerzan por justificar su manera de ver diciendo que es sin embargo extraño que un libro que nota con cuidado los antepasa-

"dió Abrahán un diezmo" de las primicias de los despojos, el pa- 5 triarca. Y aquellos, sí, de entre los hijos de Leví, que reciben el sacerdocio, mandamiento tienen de tomar un diezmo del pueblo según la ley, esto es de sus hermanos, aunque han salido de los 6 lomos de Abrahán; mas aquel cuyo origen genealógico no es tomado de entre ellos ha tomado un diezmo de Abrahán, y "bende-

dos, de sus héroes y, en su enumeración (cap. 5), repite, como un estribillo, la fórmula: "luego murió", no mencione ni los padres de Melquisedec, ni el fin de su carrera. Es desconocer que Melquisedec aparece, no en una genealogía como la de Gén. 5, sino en un relato histórico, y que, desde entonces, la ignorancia en que nos deja la biblia sobre la suerte ulterior de ese personaje nada tiene de extraño; igualmente calla sobre hombres que han ocupado en la historia sagrada un lugar más considerable. Por otra parte, si Melquisedec no es, a los ojos de nuestro autor, un hombre, o es un ángel o es el Hijo de Dios mismo. La primera hipótesis es inadmisible, puesto que el autor ha afirmado (5:1) que "todo sumo sacerdote debe ser tomado de en medio de los hombres". No podía tampoco ver en Melquisedec una primera encarnación del Hijo de Dios, puesto que dice en nuestro pasaje mismo que es *asemejado al Hijo de Dios*. 2º Otros comentadores dicen que las palabras: *sin padre ni madre*, son explicadas por el tercer término: *sin genealogía*. Haciendo notar el hecho de que Melquisedec aparece en la historia sin indicaciones genealógicas, el autor no tendría otra intención que la de señalar el contraste entre su sacerdocio y el de los hijos de Aarón. Los sacerdotes descendientes de Aarón no tenían derecho de investirse de su cargo si no podían establecer con certidumbre su filiación; todo dependía para ellos de la respuesta que daban a la pregunta: ¿quién es tu padre? ¿quién es tu madre? Melquisedec, al contrario, cuyo padre y madre no son nombrados, es sacerdote en virtud de un llamado que ha recibido personalmente de Dios y que es motivado por su valor moral, su fe, su vida. Igualmente, el autor dirá en el v. 16 que Cristo, "sacerdote a la semejanza de Melquisedec, ha sido establecido no según la ley de una ordenanza carnal, sino según la potencia de una vida imperecedera". Entonces hay que entender las palabras: *no teniendo ni principio de días ni fin de vida*, del sacerdocio y no de la persona de Melquisedec. Mas esta aplicación no es natural; cuando dice el autor que Melquisedec no ha tenido *fin de vida*, piensa evidentemente en la suerte personal de Melquisedec, no en su función sacerdotal. Por otra parte, si hubiera tenido la idea que se le atribuye, habría podido expresarla más simplemente: el Génesis no da la genealogía de Melquisedec, luego su calidad de sacerdote no dependía de ésta. 3º Somos llevados pues de nuevo a la primera interpretación, que refiere las afirmaciones del v. 3 a la persona de Melquisedec. Sólo que, para no atribuir al autor una opinión que supondría una credulidad demasiado ingenua, se puede admitir que no tiene en vista el personaje histórico del relato del Génesis, sino únicamente el tipo profético que nos es ofrecido en ese personaje. Pensando en este tipo comprobaría el autor que Melquisedec figura en el Génesis *sin padre, ni madre*, etc., y que es así *asimilado al Hijo de Dios*. Había atribuído, en efecto, una duración eterna al Hijo de Dios. (1:10 y sig.). Melquisedec, igualmente, en

7 cido" al que tiene las promesas. Y fuera de toda contradicción lo 8 menor es bendecido por lo mejor [5]. Y aquí, sí, toman "diezmos" hombres mortales; más allá uno de quien se testifica que vive [6]. 9 Y por decirlo así, por medio de Abrahán también Leví el que to-

cuanto las escrituras nos le presentan como un tipo del Mesías, *permanece sacerdote a perpetuidad*. Bien: si Melquisedec permanece sacerdote a perpetuidad; si aparece, en otros términos, como el tipo de un sacerdote que no cesa jamás de ejercer su cargo, el autor tiene derecho de afirmar que "Jesús, que ha sido hecho sumo sacerdote por la eternidad, ha sido establecido según el orden de Melquisedec". Los v. 1-3, introducidos con un *porque*, confirman así la tesis de 6:20. Hay que observar aún que no es el autor de nuestra epístola el primero que haya dado esta interpretación tipológica del incidente referido en el Génesis; la ha hallado en el salmo 110; el autor del salmo, "hablando por el Espíritu de Dios" (Mat. 22:43), mostró en Melquisedec un tipo del Mesías; y Jesucristo, citando y aplicando a su persona ese mismo salmo, ha aprobado con su autoridad la interpretación del salmista y del autor de nuestra epístola. No pensamos sin embargo que éste, diciendo: Melquisedec es *asemejado al Hijo de Dios*, sobrentienda: "en el salmo 110". Tiene más bien en vista el relato del Génesis, al cual hace alusión en todo este pasaje.

5. *Y, sin ninguna contradicción, lo que es menor es bendecido por lo mejor*. Encontramos aquí (v. 4-10) otro punto a considerar en el papel desempeñado por Melquisedec: de esta consideración resultará la superioridad del *sacerdocio* de Cristo sobre el de los levitas. (Comp. v. 1, nota). El autor ve, en efecto, este sacerdocio de Cristo, representado en el de Melquisedec, cuya grandeza establece por dos razones: 1º *Abrahán, el patriarca, que tenía las promesas* relativas a la elección del pueblo y a la salvación de las naciones, que fué el padre de todos los levitas, que era mayor que todos ellos por el lugar que ocupa en el reinado de Dios, rindió homenaje al sacerdocio real de Melquisedec pagándole *el diezmo*. Este diezmo *que aquellos de entre los hijos de Leví que reciben el sacerdocio tienen, según la ley, orden de tomar del pueblo*, ese diezmo, que era un sacrificio hecho a Dios en la persona de sus ministros, y que estos últimos levantaban *de sus hermanos*, bien que unos y otros tuvieran el honor de descender de Abrahán (v. 5), ese diezmo fué pagado por Abrahán a un extranjero que no tenía ningún derecho a él según la ley, *no siendo* levita *por su genealogía*, y únicamente porque reconoció en él el "sacerdote del Dios supremo" (v. 1; Gén. 14:18), más alto que él mismo y que todos sus descendientes. (v. 6). 2º Abrahán recibió de él, la *bendición*, una bendición real que venía de Dios, de donde el autor infiere (v. 7) que debía por su dignidad religiosa, ser *superior* a Abrahán y a todos los que, más tarde, descendieron de él. Ahora bien: si todo esto es verdad de Melquisedec, que no tenía más que el símbolo del sacerdocio eterno, ¡cuánto más de Aquel que debía poseer la realidad!

6. *Aquí*, es decir en el sacerdocio levita. *Hombres que mueren*, los sacerdotes, que se suceden rápidamente en el cargo. *Allí, es* (gr.) *uno que tiene testimonio de que vive*. Se trata de Melquisedec. ¿Cuál es ese *testimonio* de que Melquisedec *vive?* Es el que resulta del relato del Génesis, interpretado como el autor lo ha hecho en los v. 1-3. (Véase v. 3, no-

10 ma diezmos ha pagado diezmo, porque estaba aún en los lomos de su padre cuando "le encontró Melquisedec [7]".

B. 11-19. EL CAMBIO DE SACERDOCIO. — 1º *Insuficiencia del sacerdocio levítico probada por la institución de un sacerdocio salido de otra tribu.* Si el sacerdocio levítico hubiera podido llevar al pueblo a la perfección, la aparición de un sacerdote según el orden de Melquisedec habría sido inútil. Este cambio de sacerdocio acarrea un cambio de ley, pues Jesús ha salido de la tribu de Judá que no suministra sacerdotes (11-14). — 2º *La substitución del nuevo sacerdocio al antiguo, establecida por la superioridad de su institución.* El cambio de sacerdocio se hace aún más evidente, cuando se considera que el sacerdote según Melquisedec es instituído, no según una ordenanza carnal, sino según la potencia de una vida imperecedera, como resulta de la sentencia que le confiere un sacerdocio eterno (15-17). — 3º *Conclusión. La derogación de la ley.* La ley antigua, impotente e inútil, es abolida; en su lugar tenemos una esperanza mejor (18-19).

11 Si en efecto hubiera perfección por medio del sacerdocio levítico, —porque el pueblo sobre ella ha recibido la ley, —¿qué necesidad habría aún de que se levantara otro sacerdote "según el orden de Melquisedec", y que no fuera llamado "según el orden
12 de Aarón [8]? Porque siendo cambiado el sacerdocio, por necesidad

ta). Aquí también piensa en Melquisedec, sacerdote y tipo del Mesías, más bien que en el personaje del relato bíblico. Varios intérpretes estiman que comenta la declaración profética del salmo 110: "Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec". Mas estas palabras son dirigidas al Mesías; todo lo que de ellas se puede inferir es que el Mesías vive eternamente. Por otra parte, nada en el contexto indica una alusión directa al salmo 110.

7. Gr. *Por Abrahán Leví también... fué diezmado.* La argumentación del autor es sutil. Para defenderla, se puede hacer valer sin embargo que la humanidad no es un conjunto de individualidades aisladas unas de las otras, y sin ninguna relación de solidaridad; que el tronco de una raza abarca la raza entera. Entonces, todo un pueblo se llama Jacob o Israel, Esaú o Edom, Moab, Amón; toda una tribu se nombra Judá, Ephraím, etc. El padre de ese pueblo, de esa tribu, vive en él o en ella, y ella le representa viviente en sus descendientes. Esto no es una vana metáfora, sino la expresión de una profunda realidad. El razonamiento del autor se apoya en este hecho. La posición tomada por Abrahán respecto del sacerdocio de Melquisedec liga a sus descendientes, los levitas. Si Abrahán se inclinó ante la dignidad del sacerdote del Dios supremo y le pagó el diezmo, los levitas lo hicieron también en la persona de su antecesor, cuya herencia no podrían recusar. Tal es la argumentación del autor, que no la presenta, por lo demás, como una demostración rigurosa, puesto que la introduce por esta fórmula: *por así decirlo* (v. 9).

8. El autor infiere de la comparación entre Melquisedec y los levitas la derogación del sacerdocio de éstos y de la ley que lo instituía. (v.

13 se hace también cambio de ley [9]. Porque aquel sobre quien esto se dice [10] pertenece a otra tribu, de la cual nadie se ha dedicado
14 al altar; evidente es, en efecto, que de Judá ha surgido el Señor nuestro, cuanto a cual tribu, sobre sacerdotes, nada habló Moi-
15 sés [11]. Y más abundantemente evidente es esto aún, si "según la
16 semejanza de Melquisedec" se levanta otro "sacerdote", quien no ha sido hecho según ley de un mandamiento carnal sino según
17 potencia de una vida indisoluble [12]. Porque se le da testimonio: "Tú eres sacerdote por la eternidad según el orden de Melquise-

11-19). *El pueblo había recibido una ley basada en* el sacerdocio levítico (o, como otros traducen, *relativa a* éste). Él era, en efecto, el punto central de toda la legislación mosaica. Ahora bien: si, como los hebreos estaban tentados a creerlo, el pueblo hubiera podido llegar a la perfección por esa ley, si (gr.) la *perfección* (véase 5:9, nota) *fuera por el sacerdocio levítico,* ¿por qué hablaría la escritura de *otro sacerdote,* de aquel de quien *Melquisedec* era el símbolo, y quien no tenía ninguna relación con el *orden de Aarón?* (v. 13,14). Esta profecía, dada bajo el reinado mismo de la ley levítica, prueba evidentemente que el Espíritu Santo anunciaba otro medio de salud, por otro sacerdocio.

9. Estas palabras justifican la pregunta planteada (v. 11), y la conclusión que ella implica. La institución del sacerdocio era el punto central y el *fundamento* de la *ley* dada al pueblo; ahora bien, siendo *cambiado* ese sacerdocio, ocurre el *cambio* completo de la *ley,* o más bien su derogación. (v. 18). Una modificación tan considerable no podía resultar más que de una necesidad imperiosa y probada que la perfección no había podido ser alcanzada por el sacerdocio levítico.

10. Jesucristo (v. 14). Ya según Gén. 49:10 el Mesías debía *surgir de Judá,* y un gran número de profecías le anunciaban como descendiente de David.

11. El verbo traducido por *ha surgido* se emplea de la salida de los astros. El sustantivo derivado de ese verbo significa *sol naciente* en el cántico de Zacarías. (Luc. 1:78, 2ª nota). El texto recibido tiene: "relativo *al sacerdocio*".

12. Este argumento (v. 15-16) confirma el precedente, y establece que hay en efecto substitución de un sacerdocio nuevo al antiguo: el sacerdote *según la semejanza de Melquisedec* ejerce un sacerdocio espiritual, perfecto, fundado en su naturaleza misma. El autor realza el contraste notable que hay entre las bases sobre que reposan ambos sacerdocios: *la ley de una ordenanza carnal,* y *la potencia de una vida imperecedera.* (Gr. *indisoluble*). Llama *carnal* la ordenanza de la ley que instituía el sacerdocio levítico, porque era externa, temporal, prescribía ceremonias que no tenían importancia más que en su sentido simbólico, y principalmente porque se aplicaba a hombres mortales que no se sucedían en el sacerdocio sino en virtud de su nacimiento en cierta tribu. El verdadero Sacerdote, al contrario, nuestro Señor (v. 14), tiene su cargo por su naturaleza divina, y porque él es la fuente de una *vida indisoluble,* eterna. Esto infiere el autor (v. 17) de la palabra profética del salmo 110, que confiere al Hijo de Dios el sacerdocio inmutable, definitivo, eterno, llevando todo a la *perfección.* (Comp. v. 11,18,19).

18 dec". Porque hay, sí, anulación de un mandamiento precedente 19 por su flaqueza e inutilidad; —nada, en efecto, hizo perfecto la ley [13]; —mas introducción además de una esperanza mejor, por medio de la cual nos acercamos a Dios. [14].

C. 20-28. VENTAJAS EXCLUSIVAS DEL SACERDOCIO DEL CRISTO. — 1º *Su institución por juramento.* Los levitas fueron instituídos sin juramento; Jesús con juramento, como resulta del salmo 110. El es, pues, fiador de un pacto mejor (20-22). — 2º *Un solo sacerdote permanente, capaz de salvar perfectamente.* Los sacerdotes levíticos se suceden numerosos arrebatándolos de sus cargos la muerte; Cristo permanece, poseyendo un sacerdocio intransferible que le permite también asegurar por su intercesión perpetua, una salvación completa a los que se acercan a Dios por él (23-25). — 3º *Su santidad le eleva infinitamente por sobre los sacerdotes levíticos y le hace perfectamente apto para desempeñar su oficio.* Cristo es, en efecto, el sumo sacerdote de que teníamos necesidad: en su santidad, que le separa de los pecadores y le hace vivir cerca de Dios, no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cotidianos por sí mismo y por el pueblo; él se ofreció a sí mismo, una vez por todas. Es así como la ley instituye a pecadores como sacerdotes; la palabra del juramento instituye al Hijo, que es perfecto por la eternidad (26-28).

20 Y por cuanto no fué sin tomar un juramento; —porque ellos, 21 sí, sin juramento han sido hechos sacerdotes, mas él con juramento por medio del que dice cuanto a él: "Juró el Señor, y no 22 se arrepentirá: Tú eres sacerdote por la eternidad"; —también 23 por tanto de un mejor pacto ha sido Jesús hecho fiador [15]. Y ellos, sí, han sido hechos muchos sacerdotes por causa de que por 24 la muerte son impedidos de subsistir; mas él, por permanecer 25 "por la eternidad" tiene el sacerdocio intransferible. Por lo cual

13. La *ley* del sacerdocio era *débil,* y se ha tornado *inútil* después del establecimiento del verdadero sacerdocio, precisamente porque, como el autor lo repite aquí (v. 11), no podía ella *llevar nada a la perfección.* (Rom. 8:3). Ella no daba a nadie los bienes y las gracias que prefiguraba para el porvenir.

14. Poder *acercarnos a Dios* con *una esperanza mejor,* y esto por el verdadero sacerdocio, es poseer esa *perfección* a la cual Cristo nos lleva, y que forma contraste con la condición miserable a que nos reduce la ley.

15. El texto recibido tiene al final del v. 21: *según el orden de Melquisedec.* Estas palabras faltan en *Sin., B, C,* y son omitidas por la mayor parte de los críticos. *Jesús* ha sido establecido *fiador de un pacto mejor* (o *testamento,* comp. 9:15-18, nota) por el *juramento* de Dios mismo, que el autor encuentra pronunciado en el salmo que comenta. (Comp., sobre el significado del *juramento* atribuído a Dios, 6:17 nota). Como *sacerdote* y mediador es Jesús fiador de este pacto *más excelente.*

también puede salvar perfectamente a los que por su medio se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos [16].

26 Porque tal sumo sacerdote también nos convenía, santo, inocente, sin mancilla, apartado de los pecadores, y hecho más ele- 27 vado que los cielos [17]; quien no tiene cada día necesidad, así como los sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, luego por los del pueblo; porque esto, habiéndose 28 ofrecido a sí mismo, lo hizo una vez por todas [18]. Porque la ley

16. Gracias a la *eternidad* del sacerdocio suyo, Cristo *siempre vivo puede salvar perfectamente* (gr. *hasta la terminación*) *a los que se allegan a Dios por él,* mientras que los otros sacerdotes eran todos sucesivamente arrebatados por la muerte. El autor pone en relación la eficacia perpetua del sacrificio de Cristo con su *intercesión* por los creyentes. (Comp. Rom. 8:34, nota). No que ese sacrificio, realizado una sola vez por el pecado, no sea perfectamente suficiente para asegurar el perdón y la reconciliación con Dios a todo pecador arrepentido; sino que la intercesión del Salvador ante Dios, basada en los méritos mismos de su sacrificio, nos obtiene para cada pecado particular el perdón y la gracia que regenera. No me basta creer de una manera general que el Salvador ha muerto por los pecados del mundo. Para darme la paz cuando yo le invoco en mi angustia, es necesario que Dios, por un acto siempre renovado de su misericordia, me conceda personalmente el perdón que yo le pido. Ahora bien: ¡qué privilegio el saber que, mientras yo clamo a él desde el fondo de mi miseria, tengo ante el trono de la gracia un Abogado que defiende mi causa (1ª Juan 2:1), haciendo valer en mi favor todos sus infinitos méritos! La epístola a los Hebreos presenta con frecuencia esta preciosa gracia bajo la figura del sumo sacerdote, que ofrecía primero el sacrificio por el pecado, luego entraba en el lugar santísimo con la sangre de la víctima que derramaba sobre el propiciatorio. Este último acto simbolizaba la intercesión del gran sumo Sacerdote (v. 26; 4:14, nota; 9:12, nota).

17. *Y habiendo llegado a ser más alto qu · los cielos,* es decir: habiendo entrado en el lugar santísimo, la morada de Dios. (4:14; comp. Efes. 1:21; 4:10). Los calificativos aplicados al sumo sacerdote dan lugar a diversas observaciones. *Santo* es raramente empleado en el Nuevo Testamento, pero se encuentra a menudo en los Setenta; designa al que pertenece al Eterno y es objeto de su amor. *Inocente* (gr. *sin malicia*) expresa la pureza de los sentimientos del Cristo. *Sin contaminación* le muestra preservado de toda impureza que pudiera venirle de afuera. *Separado de los pecadores,* es tomado por unos en sentido moral, como en 4:15. "No que nos deseche de su compañía, sino porque él es puro de toda inmundicia". *Calvino.* Otros conectan esa expresión estrechamente con *hecho más sublime que los cielos,* y la toman en sentido local: este Cristo es elevado a lo más alto de los cielos, y está, por ende, *separado de los pecadores.* Todas las cualidades enumeradas en este pasaje son atribuídas, no a Jesús viviendo sobre la tierra (2:9,17,18; 4:15), sino al Cristo glorificado, desempeñando en los cielos su función de sumo sacerdote.

18. Sobre la santidad perfecta de Jesucristo, que acaba de expresar en

establece sacerdotes a hombres que tienen flaquezas; mas la palabra del juramento que es después de la ley [19], a un "Hijo, por la eternidad" hecho perfecto [20].

términos tan claros y fuertes (v. 26), el autor funda esta doble e importante verdad: primero que el Salvador *no tiene, como los sumos sacerdotes, necesidad de ofrecer sacrificios* por sí mismo, sino que *ofreciéndose a sí mismo* como víctima (comp. cap. 9, donde este sacrificio es descripto más extensamente), *lo hizo por los pecados del pueblo;* y luego, que de ningún modo tiene necesidad de reiterar *todos los días* ese sacrificio ofrecido *una vez por todas,* y cuyo valor es infinito y perpetuo delante de Dios. (Comp. Rom. 6:10; Hebr. 9:12,20,26; 10:10; 1ª Pedro 3:18). Así, en ambos respectos, los sacrificios imperfectos y simbólicos del antiguo pacto son perfectamente realizados por el sacrificio del Gólgota. Diciendo que los sumos sacerdotes ofrecían víctimas *todos los días,* el autor entiende el servicio diario del sacerdocio, en el cual la ley prescribía un sacrificio cotidiano (Núm. 28:3-8); no olvida que el sumo sacerdote sólo ofrecía una vez por año el sacrificio de expiación en el lugar santísimo. (9:6,7; 10:3).

19. Es decir en el salmo 110:4; comp. más arriba, v. 20-21.

20. Véase 5:9, nota. Así, en su persona, como en su obra, en todo respecto, *el Hijo* de Dios es y permanece *por la eternidad* un sumo sacerdote *perfecto,* que realiza todas las promesas contenidas en los símbolos de la ley. Los hebreos no debían pues echar de menos a éstos. Los cristianos de todos los tiempos, no menos que ellos, hallan en estas santas y eternas verdades el inconmovible fundamento de sus esperanzas.

SEGUNDA PARTE

LA OBRA MEDIADORA DEL NUEVO PACTO

(Cap. 8 a 10:39)

1. Exposición doctrinal. El oficio sacerdotal de Jesucristo

(Cap. 8 a 10:18)

A. 1-13. Cristo, sumo sacerdote, introduce un nuevo pacto. — 1º *El sumo sacerdote celestial opuesto a los sacerdotes terrestres.* — *a*) *Cristo sacerdote en los cielos.* El punto capital de la enseñanza dada es que nuestro sumo sacerdote se ha sentado a la diestra de Dios, como ministro del verdadero tabernáculo (1, 2). — *b*) *Prueba de este sacerdocio celestial del Cristo.* No puede ser sacerdote sino a condición de ofrecer sacrificios. Sobre la tierra, no podría actuar como tal, puesto que hay sacerdotes instituídos por la ley, quienes, además, sirven un santuario, imagen exacta del santuario celestial y hecho conforme al modelo que Dios había mostrado a Moisés. Mas Cristo ha obtenido un ministerio más excelente: es mediador de un pacto basado en mejores promesas (3-6). — 2º *El nuevo Pacto substituído al antiguo.* — *a*) *Insuficiencia del antiguo Pacto.* Si el antiguo Pacto hubiera alcanzado su objeto y hubiera sido fielmente guardado por los israelitas, no habría lugar de reemplazarlo. Mas éste no ha sido el caso; es lo que resulta de los reproches que Dios les dirige, anunciándoles la conclusión de un nuevo pacto, diferente del pacto en el cual los israelitas no perseveraron (7-9) — *b*) *Caracteres del nuevo Pacto.* La ley de Dios está escrita en los corazones: no será ya necesario que ciertos israelitas enseñen a sus conciudadanos, pues todos conocerán al Señor. El perdón de los pecados será la base del pacto (10-12). *c*) *Conclusión sacada de la palabra profética.* Al anunciar un nuevo pacto, declara envejecido el primero y próximo a desaparecer (13).

VIII Bien: punto capital en lo que decimos: Tenemos tal sumo sacerdote, que "se sentó a la diestra" del trono de la Majestad en
2 los cielos [1], ministro del santuario y "del tabernáculo" verdadero,

1. Comp., sobre la entrada de Cristo *en los cielos* como verdadero *sumo sacerdote,* 1:3; 4:14, nota; 9:24; 10:19, etc. Aquí este hecho es llamado (gr.) el *punto capital en lo que es dicho,* en el asunto que se trata. El verbo en presente indica que el autor tiene en vista lo que le queda por decir, tanto como los puntos ya tratados. Se ha propuesto traducir, forzando el sentido de la preposición empleada: "cosa capital *a agregar* a las cosas dichas". Mas el autor no introduce con estas palabras un

3 "que el Señor armó", no un hombre [2]. Porque todo sumo sacerdote es establecido para ofrecer tanto dones como sacrificios; por lo cual necesario es que tenga algo, éste también, que ofrezca [3].
4 Si estuviera pues sobre la tierra, ni aun sería sacerdote, estando
5 los que ofrecen los dones según la ley [4]; los cuales ofician en una

asunto nuevo. Ha mostrado desde el comienzo de la epístola al Hijo que "se sentó a la diestra de la Majestad, en los cielos" (1:3), y acaba de establecer que Cristo es sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Parte de allí para abordar el tema que va a tratar en la segunda parte de la epístola: la obra realizada por el sumo sacerdote del nuevo Pacto, la superioridad de esa obra sobre la realizada por los sacerdotes del antiguo Pacto. Considerará primero el santuario donde Cristo oficia como sacerdote, e inferirá incidentalmente del cambio de santuario la institución de un nuevo Pacto (8:1-13); luego comparará el culto de los dos pactos (9:1-14), y las víctimas ofrecidas (9:15-10:18). Cristo *se sentó a la diestra del trono de la Majestad,* a la diestra de Dios, como el que comparte con Dios el poder supremo; es rey, al mismo tiempo que sacerdote: esto implica su calidad de Mesías, de Ungido.

2. El *santuario* celestial, que es el *verdadero tabernáculo* (9:11), aquel donde Dios habita verdaderamente, es opuesto aquí al tabernáculo hecho por mano humana. (9:24). Cristo es *ministro* de ese verdadero santuario. Este término designa la misma función que la de sacerdote. Como Ex. 33:7 dice que Moisés "levantó la tienda", nuestro autor dice que el Eterno mismo *levantó* el tabernáculo celestial.

3. En cuanto al razonamiento que prosigue el autor en los v. 3-6, véase el análisis más arriba. ¿Qué tiene *para ofrecer Jesús*, en su calidad de sumo sacerdote? Unos responden: El sacrificio de sí mismo sobre la cruz; y, en consecuencia, ponen en pretérito el verbo sobrentendido en griego: "*Era* necesario que éste también tuviera algo que ofrecer". Mas ese sacrificio ha sido ofrecido una vez por todas (7:27) sobre la tierra, y, en nuestro pasaje (v. 1 y 2), el autor considera a Jesús como oficiando en el tabernáculo celestial. Por esto, otros intérpretes estiman que lo que Jesús ofrece de manera permanente en el cielo es su intercesión. (7:25). Esta segunda interpretación se presta a dos objeciones. Primero, la intercesión de Cristo no es propiamente un sacrificio ofrecido a Dios. Luego se puede difícilmente excluir de nuestro pasaje el pensamiento de la muerte del Redentor, si se considera por una parte, el paralelo establecido entre Jesús y los sacerdotes, y por la otra lo que el autor acaba de decir (7:27) y lo que dirá más lejos 9:11 y sig.) del sumo sacerdote del nuevo Pacto. Estos pasajes muestran que une estrechamente la idea de la inmolación del Cristo sobre la tierra a la de su oficio permanente de sacerdote en los cielos. En efecto, como lo observaba Calvino ya, cuando "trata de la muerte de Cristo, no mira el acto externo, sino el fruto espiritual... Cristo moría sobre la tierra, mas la virtud y eficacia de su muerte provenía del cielo". El autor podrá así comparar el papel de Cristo en el cielo con el oficio del sumo sacerdote en el día de las expiaciones, y mostrárnosle entrando en el tabernáculo celestial "con su propia sangre" (9:12).

4. *Sobre la tierra,* Cristo no tendría derecho de ejercer el sacerdocio, puesto que esa función es ocu-

figura y sombra de las cosas celestiales, según ha sido divinamente advertido Moisés habiendo de construir el tabernáculo: "Mira (dice en efecto) que hagas todo según el modelo que te ha
6 sido mostrado en el monte [5]". Mas ahora [6] ha obtenido tanto más excelente ministerio [7], cuanto es mediador de un pacto aún me-

pada por aquellos a quienes la ley confiere tal derecho. Es la consecuencia (*pues*) que el autor saca de la afirmación general del v. 3, y por la cual prueba (*porque,* v. 3) que Jesús es sumo sacerdote en los cielos (v. 1,2). El texto recibido une el v. 4 al v. 3 por un *porque*, que, difícil de explicar, es por otra parte poco documentado.

5. La intención del autor es confirmar su aserto de que Cristo, sobre la tierra, no podía ser sacerdote: no podía substituirse a los sacerdotes levitas, pues éstos son establecidos *según la ley* (v. 4), y además, no *ofician* en un santuario cualquiera, sino en un santuario que es *figura y sombra* del santuario celestial, como lo muestran las prescripciones divinas dadas a Moisés cuando debió construirlo. Las palabras (gr.) *figura y sombra de las celestiales,* aplicadas al santuario terrestre, no son destinadas a señalar su inferioridad, sino, al contrario, a indicar lo que le daba un carácter único y no permitía levantar otro a su lado. Los intérpretes que traducen: "que sirven (a Dios) en lo que sólo es figura y sombra de las cosas celestiales", tienen mucha dificultad en establecer de manera satisfactoria el encadenamiento de las ideas. La palabra *modelo* o *tipo,* que se encuentra aquí por primera vez en nuestra epístola, expresa la idea dominante de los capítulos 9 y 10. El modelo del tabernáculo fué *mostrado* a Moisés sobre el Sinaí, probablemente en visión. Se puede preguntar si Moisés contempló el cielo mismo, que habría tomado a sus ojos la forma de un templo, o una imagen cualquiera conforme a la cual debía construir el tabernáculo. Es necesario evitar el materializar demasiado el pensamiento de nuestro autor, que cita, conforme a los Setenta, la declaración de Ex. 25:40, reproducida en diversas ocasiones (Ex. 25:9; 26:30; 27:8; comp. Act. 7:44), y que tiene cuidado de añadir que el tabernáculo era una *imagen* y una *sombra* de las realidades *celestiales.* Mas, por otra parte, Moisés contempló un *modelo;* el tabernáculo que construyó no era una simple imitación de los santuarios que había visto en Egipto; ese tabernáculo era un edificio que tenía su significado propio, el símbolo visible de pensamientos divinos, bajo la única forma en que pudieran ser expresados entonces. Esos pensamientos divinos son desarrollados por nuestro autor en toda su espístola y sobre todo en los capítulos 9 y 10; se han cumplido en los grandes hechos de nuestra redención en Cristo Jesús. Lo que importa al autor y a su argumentación, es convencer bien a sus lectores de que el tabernáculo y todo el culto que en él se celebraba habían sido prescriptos por Dios mismo, pero para expresar ideas que debían ser realizadas en Cristo Jesús. *Imagen y sombra de las cosas celestiales,* ¿podía ese culto retenerlos lejos del evangelio que es su realidad? (Comp. v. 6-13).

6. Este *mas ahora,* en tales circunstancias, señala el contraste con la suposición del v. 4: "Si estuviera pues..." Se puede también tomar la partícula griega en su sentido lógico: *mas de hecho.*

7. La palabra del original significa *servicio del culto* (v. 2, nota).

jor [8], puesto que sobre mejores promesas ha sido sancionado [9].
7 Porque si aquel primero hubiera sido irreprochable, no se habría
8 buscado lugar de un segundo. Reprochándoles en efecto dice [10]:
"Hé aquí, días vienen, dice el Señor, en que concluiré para con la casa de Israel y para con la casa de Judá un nuevo pacto [11];
9 no según el pacto que hice con sus padres en el día en que tomé de su mano para llevarlos fuera de la tierra de Egipto, porque ellos no perseveraron en mi pacto, y yo no los cuidé, dice el Señor.
10 Porque éste es el pacto que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en su mente, y sobre sus corazones las inscribiré, y seré para ellos Dios y ellos
11 serán un pueblo para mí; y de cierto no enseñarán cada uno a su conciudadano y cada uno a su hermano diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán desde el menor hasta el mayor

8. Véase 9:15, nota. El establecimiento de un nuevo santuario implicaba la institución de un nuevo pacto. Un vínculo estrecho une el pacto y el santuario. Cuando Dios había hecho el pacto con Noé, luego con Abrahán, esos patriarcas habían construído altares y ofrecido sacrificios. (Gén. 8:20; 12:1-7; 15:1-21). El tabernáculo fué construído después de la promulgación de la ley sobre el Sinaí, y esa ley, base del pacto, estaba depositada en el arca. Salomón (1ª Reyes 8:21) y más tarde Hageo (2:5, 9) consideran el templo como una prenda del pacto.

9. La voz traducida aquí por *mejor* significa también *más potente, más excelente.* El nuevo *Pacto* es superior al antiguo, y su *servicio* es más excelente, no sólo porque las *promesas* sobre las que *ha sido sancionado* son más completas, sino también porque su realización, relegada en el antiguo pacto a un porvenir lejano y sujeta a diversas condiciones, es ofrecida en el nuevo Pacto y concedido a los creyentes, para quienes "todo ha sido consumado".

10. El autor quiere justificar (*en efecto*) esta doble afirmación, extraña para israelitas: que podía haber un pacto mejor que el del Sinaí, y que el pacto del Sinaí iba a ser derogado. ¿No descansaba por completo en las palabras de Dios mismo, y no había sido establecido por Dios que no varía en sus designios? Es verdad. No era pues culpa de Dios, sino del hombre, si ese pacto había llegado a ser insuficiente. La ley, base del pacto, era espiritual y santa; mas no podía hacer justo al hombre debilitado por el pecado; su propósito era convencerle de perdición. Bajo este punto de vista, Tertuliano pudo decir que la ley del Sinaí era una sátira de las fuerzas morales del hombre. Mas esa impotencia a que le reduce el pecado, no podría excusarle. Israel era culpable de no haber guardado el pacto; y, *haciéndoles reproches,* Dios, por la palabra del profeta, anuncia la institución de un nuevo Pacto. ¿Hay contradicción en censurar y castigar un pueblo por haber violado una ley que no podía observar en su perfección? No, pues, bien que el hombre sea pecador, los derechos de Dios sobre él son los mismos; Dios no puede rebajar las exigencias de su santidad al nivel de nuestra corrupción.

11. O "Nuevo Testamento" (9:15, nota).

12 de ellos; porque seré propicio a sus injusticias, y de sus pecados
13 de cierto no me acordaré más [12]". Al decir "nuevo" ha declarado viejo al primero; y lo que envejece y decae por su edad cerca está de desvanecerse [13].

B. 1-10. El culto del antiguo pacto y su carácter simbólico. — 1º *El santuario del antiguo Pacto.* El autor describe el santuario israelita, su parte anterior, llamada el lugar santo, con el candelero, la mesa y los panes; y el santo de los santos con el altar del incienso y el arca (1-5). — 2º *El oficio de los sacerdotes.* Entran en todo tiempo en el lugar santo; mas en el lugar santísimo, el sumo sacerdote, solo, entra una vez por año con sangre (6, 7). — 3º *La significación de estos símbolos.* El Espíritu Santo mostraba por esta institución que el acceso a Dios no estaba aún abierto; de conformidad con este símbolo, se ofrecen aún hoy sacrificios que no pueden purificar la conciencia, pero que, lo mismo que las demás prescripciones legales, son ordenanzas carnales y provisionales (8-10).

IX Tenía pues, sí, también el primero [1] ordenanzas del culto [2] y

12. Jer. 31:31 y sig. El pensamiento fundamental de este pasaje es éste: "El hombre no ha satisfecho las condiciones del primer pacto, pues la ley provoca la ira. Y bien: por la efusión de mi Espíritu que regenera los corazones, yo transformaré la ley en una libre y gozosa obediencia de amor, que será posible a todos, y esto *porque no me acordaré más de sus pecados".* ¡Qué magnífica apología del nuevo Pacto para hombres tentados a recaer bajo el yugo del antiguo! ¡Y es un profeta quien, por el Espíritu de Dios, anunciaba así anticipadamente el evangelio de la gracia! La cita es hecha literalmente conforme a la versión griega de los Setenta. En el v. 11, el texto recibido dice: "su *prójimo* y su hermano", mientras que casi todas las *mayúsc.* tienen: su *conciudadano.* En la versión de los Setenta, se lee de conformidad al texto hebreo: *prójimo,* excepto en el manuscrito del Vaticano, que tiene ya *conciudadano.* El sentido queda igual con un ligero matiz. En el v. 12, el texto recibido tiene: de sus pecados *y de sus iniquidades.* Las palabras en bastardilla, que faltan en *Sin., B,* son suprimidas por todos los editores.

13. Se ha inferido de estas palabras que la ruina de Jerusalén y de su templo era inminente. Mas la destrucción del templo por los romanos en el año 70, como la del templo de Salomón por los caldeos, no era para los judíos una prueba de que el pacto estaba abolido.

1. No hay aquí en el griego, según las mejores autoridades (*mayúsc.,* vers.), más que estas palabras: *el primero;* el texto recibido tiene: *primer tabernáculo,* glosa sacada del v. 2, pero que no se podría conciliar con el sentido del pasaje. Se trata evidentemente del primer *pacto,* mencionado en el versículo que inmediatamente precede. (8:13).

2. El autor acaba de mostrar, basándose en una declaración de Dios, que el primer pacto "ha envejecido y está próximo a desaparecer". (8:13). En consecuencia de este primer hecho comprobado (*pues*), va a presentar otra circunstancia que es una nueva señal de la inferioridad del antiguo pacto. (v. 6 y sig). Antes sin embargo (*es verdad*), tiene cuidado

2 el santuario de este mundo [3]. Porque un tabernáculo fué construído; el primero, en el que estaba el candelero y la mesa y la expo-
3 sición de los panes, el cual se llama lugar santo; y detrás del
4 segundo velo un tabernáculo, el llamado santo de los santos [4], teniendo un altar de oro para incienso [5] y el arca del pacto cubierta

en reconocer que su culto descansaba *también*, no sobre instituciones arbitrarias, sino sobre *ordenanzas* divinas. (Comp. 8:5, nota). Pero esas ordenanzas habían tenido ya su época y alcanzado su objeto. *También* falta en *B.*, minúsc., vers.; varios críticos y exégetas ponen en duda su autenticidad. El verbo está en imperfecto (*tenía*) no solamente porque el pensamiento del autor se refiere al momento en que el culto del tabernáculo fué instituído, sino porque, colocándose en el punto de vista del nuevo Pacto, considera el antiguo como abolido (8:6-13).

3. *El santuario*, (gr.) *un* santuario *de este mundo*, por oposición al santuario celeste (8:2, 5) "que no ha sido hecho de mano, que no es de esta creación." (v. 11.)

4. Gr. *Porque un tabernáculo fué construído, el primero, en el cual la lámpara y la mesa y la exposición de los panes, el cual es llamado* lugares *santos*. El *tabernáculo* o "tienda" de asignación, que *fué construído* por Moisés, estaba dividido en dos compartimientos. El autor designa éstos como dos tabernáculos: *el primero* (v. 2), y *un tabernáculo* (v. 3). Mas, en su pensamiento, formaban realmente un solo edificio, puesto que los presenta como separados por una cortina, que él llama *el segundo velo* por oposición al que se encontraba a la entrada misma de la tienda, y que había que levantar para penetrar del atrio al lugar santo. Entrando en éste, se hallaba, a la izquierda (Ex. 26:35), el *candelero* de oro. (Ex. 25:31-39; 37:17-24); a la derecha la *mesa* que contenía los doce *panes de exposición* renovados cada sábado, gr. *la exposición* (o el depósito) *de los panes*. (Ex. 25:23-30; 26:35; 37:10-16; Lev. 24:5-9.) *Más allá del segundo velo* (Ex. 26-31) estaba el lugar santísimo, o el *santo de los santos*, misteriosa e inaccesible morada de la gloria de Dios, de que el hombre pecador fué absolutamente excluído hasta la hora del sacrificio del Gólgota, cuando el velo, que le ocultaba a las miradas y cerraba el acceso, se desgarró de por sí. (Mat. 27:51; comp. vers. 8, nota.) Allí estaba el *arca del pacto*, conteniendo las *tablas del pacto* (v. 4), las diez sentencias del Sinaí, que formulaban las condiciones del pacto de Dios con su pueblo. Allí manifestaba Dios su presencia y su majestad en la nube. (Lev. 16:2; 1ª Reyes 8:6-13). Una sola vez por año, en el gran día de las expiaciones, el sumo sacerdote entraba en ese lugar santísimo, llevando la sangre de las víctimas, con que hacía aspersión sobre el propiciatorio. (v. 7; Lev. 16.)

5. La palabra que traducimos por *altar para incienso* ha ofrecido a los exégetas una dificultad que, bien que sin importancia en cuanto al pensamiento, es llamada por Calmet "la mayor dificultad de toda la epístola!" La voz griega significa propiamente *lo que sirve para ofrecer incienso*, y puede designar un incensario o un altar. Es empleada en el primer sentido por los Setenta (2ª Crón. 26:19; Ezeq. 8:11), y por autores clásicos; en el segundo sentido, se encuentra igualmente en los escritores profanos, luego en Filón, en Josefo, y en los Padres de la Iglesia. Desde los tiempos más antiguos, los intérpretes se han dividido. La *Peschito* (segundo siglo) traduce por *incensario*, y el

por todas partes de oro, en la que estaba un vaso de oro que tenía el maná y la vara de Aarón que había brotado y las tablas del

autor del manuscrito del Vaticano (*B*) ha introducido en el texto una corrección que muestra que da a la palabra el sentido de *altar de incienso*. Se lee, en efecto, en ese documento en el v. 2, después de *exposición de los panes*, las palabras *y el altar de oro para incienso* que faltan, en cambio, en el v. 4. Los que adoptan el significado de *incensario* se basan en el hecho de que el sumo sacerdote, en el día de las expiaciones, debía quemar incienso en el lugar santísimo en presencia del trono de Dios. (Lev. 16:12,13; Ex. 30:34-38). Se supone que había un *incensario* exclusivamente consagrado a ese uso y que pertenecía al lugar santísimo, donde quiera que fuera conservado. Mas esta suposición es difícil de establecer. Un incensario especial no es mencionado en ninguna parte del Antiguo Testamento. Bien: en su descripción del tabernáculo, el autor sólo nombra los objetos principales, conocidos por los textos de la ley. ¿Habría sido habitualmente depositado el incensario en el lugar santísimo? En ese caso el sumo sacerdote habría debido penetrar en él una primera vez para buscar el utensilio. Esto es inadmisible, puesto que debía quemar incienso precisamente para que la humareda le ocultase la vista del propiciatorio. (Lev. 16:13.) Si se admitiera, por esta razón, que el incensario era guardado en otra parte, habría que pensar que el participio empleado por el autor (un tabernáculo *teniendo*) quería decir que ese incensario estaba afectado al servicio del tabernáculo. Mas como el *arca del pacto*, nombrada inmediatamente después, es igualmente régimen de ese participio, éste debe ser tomado en su sentido local. Estas dificultades son grandes; y, además, la omisión del altar del incienso sería inexplicable, visto el lugar que ocupaba en el culto y el significado del oficio que el sumo sacerdote desempeñaba en él: el humo del incienso, era el símbolo de las oraciones que se elevaban a Dios, y al ofrecer el incienso el sacerdote ejercía esa función de intercesor, que debía ser uno de los principales papeles del Cristo (7:25). Por esto la mayor parte de los comentadores y de los traductores modernos adoptan el sentido de *altar del incienso*. Unos admiten que el autor ha cometido un error colocando ese altar en el lugar santísimo. Habría sido inducido a ese error por pasajes tales como Ex. 26:35, donde, en la descripción del lugar santo, el altar del incienso es omitido; Ex. 30:6, donde el Eterno dice a Moisés: "Colocarás el altar delante del velo que está sobre el arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el testimonio (las tablas de la ley), donde yo me encontraré contigo". Otros estiman que tal error es inverosímil, puesto que el autor no podía ignorar que el sacerdote ofrecía todos los días el incienso sobre ese altar (Luc. 1:9; comp. v. 6), y que, según sus propias indicaciones (v. 7), el lugar santísimo no era accesible más que una vez al año al sumo sacerdote solo. Suponen pues que el autor admitía para el tabernáculo una organización diferente de la establecida más tarde en el templo; o bien, lo que parece más probable, estiman que no se deben forzar los términos empleados. El autor habría ligado el altar del incienso al lugar santísimo, a cuya entrada estaba colocado, porque el humo del incienso que sobre él se quemaba subía hacia Dios, cuya morada era en lugar santísimo; y también porque ese altar ocupaba un lugar particular en las ceremonias del día

5 pacto [6]; y por encima de ella querubines de gloria cubriendo de sombra el propiciatorio [7]; sobre lo cual no es posible ahora hablar

de la expiación, en que piensa el autor en este capítulo. (Comp. Ex. 30: 10, donde el altar mismo es llamado un *santo de los santos;* Lev. 16: 18).

6. *El arca del pacto* era la señal de la presencia de Jehová en medio de su pueblo. El autor la describe como *enteramente* (gr. *de todos lados,* es decir "por dentro y por fuera", Ex. 25:11) *recubierta de oro;* luego enumera los objetos sagrados que estaban encerrados en ella. Mas aquí también se ha hallado una dificultad. El autor coloca en el arca *una urna de oro conteniendo el maná y la vara de Aarón que había florecido.* Se basa en Ex. 16:33,34 (donde los Setenta agregan que la urna era *de oro*) y en Núm. 17:10. En esos pasajes, se dice que esos dos objetos fueron depositados "delante del Eterno", "delante del testimonio", con lo cual el autor del Exodo quería decir probablemente: "delante del arca". Mas la interpretación dada por nuestro autor puede defenderse también, pues la palabra "testimonio", empleada sola significa las tablas de la ley. Colocar esos dos objetos "delante del testimonio", era por consiguiente ponerlos al lado de las tablas de la ley *en* el arca. Por otra parte ¿qué otro lugar se habría podido asignarles, si debían ser religiosamente conservados durante todo el tiempo en que el tabernáculo fué sin cesar transportado de un lugar a otro en pos de Israel? Se opone, es verdad, a esta explicación 1ª Reyes 8:9, donde se dice expresamente "que no había en el arca más que las dos tablas de piedra". Mas si así era en tiempos de Salomón, después que el arca, largo tiempo en poder de los filisteos, hubo sido despojada de todo lo que había podido tentar la avidez de esos enemigos de Israel, eso no quiere decir que así hubiera sido desde el origen. La observación del libro de los Reyes, lejos de excluir esta hipótesis, la confirma: hace suponer que el arca había contenido antes otros objetos que las tablas de la ley; sin esto habría sido ocioso llamar la atención a un hecho conocido de todo Israel. Las *tablas del pacto,* contenido principal del arca, eran "testimonio" al mismo tiempo de la santidad del Eterno y del pecado del hombre; el testimonio de Dios, quien dice al hombre: No concertaré jamás pacto contigo sino sobre esta base: "Sed santos, porque yo soy santo". Si esas tablas no hubieran sido cubiertas por el propiciatorio en que se ejercía la misericordia por medio del sacrificio, no habrían podido ser otra cosa que el testimonio de la condenación de los pecadores.

7. El *propiciatorio* era la cubierta del arca (en hebreo *caporeth*), de oro puro, sobre el cual el sumo sacerdote hacía aspersión de sangre en el gran día de las expiaciones. (Comp. v. 3, nota; Lev. 16:14 y sig.). El propiciatorio cubría el "testimonio", la ley acusadora del hombre; de ahí la palabra, tan frecuentemente empleada en el Antiguo Testamento "cubrir el pecado", para decir perdonarlo. (Sal. 32:1). Sobre el propiciatorio revelaba Dios su presencia, su misericordia (Lutero traduce propiciatorio por "trono de gracia") y su gloria en la nube, todas sus perfecciones reunidas. "Yo me encontraré allí, contigo", había dicho a Moisés. (Ex. 25: 22). En los dos extremos del arca, e inclinados sobre el propiciatorio, en actitud de adoración, estaban dos *querubines,* llamados aquí *querubines de gloria,* porque la gloria divina se manifestaba entre los dos. (Ex. 25:18-22; Ezeq. 9 y 10). Pedro qui-

6 en particular [8]. Ahora bien: aparejado esto así, en el primer tabernáculo, sí, continuamente entran los sacerdotes cumpliendo los 7 servicios; mas en el segundo una vez por año el sumo sacerdote solo [9], no sin sangre que ofrece por sí mismo y por los pecados 8 de ignorancia del pueblo [10]; significando esto el Espíritu Santo: no haber sido aún hecho manifiesto el camino del lugar santísimo 9 estando aún en pie el primer tabernáculo [11]; el cual era una figura para el tiempo presente según la cual se ofrecen tanto dones como sacrificios que no pueden cuanto a la conciencia hacer perfecto al que rinde culto [12]; que sólo son, —con viandas y bebidas

zás alude a los querubines hablando de esos ángeles que se inclinan para contemplar más de cerca el misterio de la redención. (1ª Pedro 1:12).

8. Gr. *Cosas de que no corresponde ahora hablar por partes.* Las *cosas* que el autor tiene en vista no son solamente los querubines o el arca y su contenido, sino todos los objetos del tabernáculo, cuya enumeración acaba de hacer. No estima que sea el momento de indicar su sentido simbólico. La descripción que ha hecho del santuario no tenía otro objeto que introducir el gran pensamiento que enuncia en el v. 8.

9. En el gran día de las expiaciones solamente. (Lev. 16). A fin de cumplir todos los actos de su servicio prescriptos para ese día, *el sumo sacerdote* entraba quizá más de *una vez* más allá del velo (Lev. 16:12 y 15); pero sea lo que fuere, entraba ese *solo día del año,* y para ese solo servicio: es todo lo que quiere decir el autor. Hace observar expresamente aquí tres cosas: 1º Entrada en el lugar santísimo *una vez en el año;* 2º el sumo sacerdote *solo* tenía tal privilegio; 3º llevando *sangre* para la expiación de los pecados. E indica inmediatamente después el sentido de esta institución (v. 8-12).

10. Gr. "Por sí mismo y por las *ignorancias del pueblo*". Esta palabra es tomada en sentido moral. (5: 2, nota).

11. El *primer tabernáculo es,* como en los v. 2 y 6, la parte anterior del santuario, el lugar santo (v. 1, 3ª nota) donde los sacerdotes entraban cada día. Ahora bien: *mientras éste subsistía* con sus instituciones temporales, mientras el *lugar santísimo* era inaccesible (v. 7), el verdadero lugar santísimo, la morada de Dios, el cielo, quedaba cerrado al hombre pecador. El *camino,* que conduce allá, no *ha sido manifestado* (Rom. 3:21) o "no está abierto" ¿Y cuál es la conciencia iluminada que no confirma este juicio? Más aún: el autor no vacila en atribuir al *Espíritu Santo* esta enseñanza, es decir que hace remontar a su acción el pensamiento simbolizado en esa disposición del santuario, con su lugar santísimo inaccesible. Convencer al pueblo de esta humillante y dolorosa verdad, era el único medio de preparar las almas a la nueva economía, a la obra del verdadero sumo Sacerdote, que el autor va a exponer. (v. 11 y sig.).

12. En lugar de traducir las primeras palabras del versículo: *lo que era una figura,* por lo que habría que entender el hecho de que el lugar santísimo quedaba cerrado (v. 8), traducimos, más literalmente: *que era una figura,* refiriéndose el pronombre a *primer tabernáculo* (v. 8); éste con las instituciones de su culto era una figura, una (gr.) *pa-*

10 y diversas abluciones, —ordenanzas carnales impuestas hasta un tiempo de reformación [13].

C. 9:11 a 10:18. EL SERVICIO DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL. SU SACRIFICIO ÚNICO Y EFICAZ. — 1º *Cristo, entrando en el verdadero tabernáculo, con su propia sangre, es el autor de nuestra redención.* Muy diferente de los sacerdotes levíticos, Cristo ha venido a asegurarnos la vida eterna. El atravesó los cielos, se llegó a Dios definitivamente con su propia sangre, y nos procuró una redención eterna. En efecto, si los sacrificios y las ceremonias del antiguo Pacto tenían una virtud purificadora, con mayor razón la sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo sin mácula a Dios, por un espíritu eterno, purificará vuestras conciencias de las obras muertas y os hará capaces de servir al Dios viviente (11-14). — 2º *Necesidad de la muerte de Cristo.* — *a) La muerte del testador.* Cristo es, en virtud de su muerte, mediador de un nuevo Pacto. Por su muerte ha obrado la redención de los pecados cometidos bajo el antiguo Pacto, a fin de poner en posesión de la herencia eterna a aquellos a quienes estaba prometida. Para que los herederos obtengan su herencia, la muerte del testador debe intervenir, puesto que solamente entonces tiene el testamento fuerza ejecutoria (15-17). — *b) El Pacto inaugurado con la aspersión de sangre.* Las consideraciones que preceden explican por qué hasta el primer Pacto fué inaugurado con sangre: después de haber proclamado la ley, Moisés hizo aspersión con la sangre del Pacto sobre el libro de la ley, sobre todo el pueblo, luego igualmente sobre el tabernáculo y sus utensilios; según la ley, casi todo es purificado con sangre, sin cuya efusión no hay perdón. Era pues necesario que el santuario celestial fuera purificado por un sacrificio más excelente, pues en el cielo mismo ha entrado el Cristo a fin de comparecer por nosotros delante de Dios (18-24). — 3º *Cristo se ofreció a sí mismo una sola vez.* Cristo no ha entrado en el santuario celestial para ofrecerse muchas veces, como el sumo sacerdote entra cada año en el lugar santísimo; pues, en ese caso, hubiera sido necesario que sufriera muchas veces; no, ha aparecido una sola vez, al final de la presente economía, para abolir el pecado por su sacrificio. Y así como no hay para los hombres más que una muerte, seguida del juicio, él se sacrificó una sola vez, cargado de los pecados de muchos, y aparecerá una segunda vez, sin esos pecados, a los que le esperan para su salud (25-28). — 4º *Ineficacia de los sacrificios anuales; eficacia de la obediencia del Cristo.* La ley, que no tiene sino la sombra de los bienes venideros, no puede, por los sacrificios ofrecidos cada año, hacer perfectos a los que de ellos participan; de otro modo, se habría cesado de ofrecerlos; mas no hacen sino conmemorar los pecados, pues la sangre de las víctimas no puede quitarlos. Por esto Cristo, en las palabras del salmo 40, se presenta para hacer la voluntad de Dios. Substituye así su obediencia a los sacrificios, y nosotros somos santificados por esa obediencia, por la ofrenda única de su cuerpo (1-10). — 5º *Los pecados quitados por la oblación de Cristo; los sacrificios abolidos.* Lo que los sacerdotes no podían hacer al presentarse cada día delante de Dios, Cristo lo ha cumplido por su único sacrificio; luego se ha sentado a la diestra de Dios, esperando la sujeción de sus enemigos; pues, por una sola ofrenda, ha elevado por siempre a la perfección a los santificados. Esto es confirmado por la promesa del Espíritu Santo, relativa al nuevo Pacto, que anuncia una ley escrita en los espíritus y el olvido de todos los pecados. Ahora bien: la remisión de los pecados acarrea la supresión de las ofrendas por ellos (11-18).

rábola, una lección de cosas, destinada a enseñar la insuficiencia de las condiciones religiosas de la antigua economía. El *tiempo presente*, para el cual la *parábola* había sido dada, es según unos el tiempo de la economía mosaica: el autor se colocaría en el punto de vista de aquellos para quienes la ley fué promulgada, y consideraría el nuevo Pacto como perteneciendo al "mundo venidero" (2:5); según otros, esta expresión designa la época de la economía nueva, lo que el autor va a llamar (v. 10) "el tiempo de la reformación". La parábola era *para* este tiempo, lo anunciaba, lo mostraba de lejos. En lugar de la lección del texto recibido: tiempo *durante* el cual se ofrece, una variante de *Sin., B, A, D,* admitida por la mayor parte de los críticos, tiene: *según la cual* (parábola), según ese símbolo lo quiere y lo ordena. La conclusión que se imponía a los lectores es que volviendo al mosaísmo, preferían la sombra a la realidad, se aferraban a un *culto* incapaz de responder a las necesidades de la *conciencia* (v. 10), que no podía (gr.) *consumar*, conducir a la meta, a la perfección (comp. sobre esta palabra 5:9, nota) al que lo celebraba; pues los sacrificios levíticos no podían purificar más que impurezas legales (v. 13; 10:1-4; comp. con v. 22).

13. Nuestra versión supone admitida la lección de *Sin., B, A.* Otros intérpretes, adoptando el mismo texto, traducen "que se añaden solamente como ordenanzas carnales a viandas, a bebidas, y a diversas abluciones". Los *dones* y *sacrificios* son llamados *ordenanzas* (gr.) *de la carne*, porque conferían al israelita una justicia exterior, según el hombre natural, haciendo de él un miembro del pueblo del pacto; pero no podían libertarle efectivamente del pecado que manchaba y abrumaba su *conciencia.* (v. 9). Los *alimentos y bebidas* no son solamente las comidas sagradas (13: 9 y sig.), y en particular la comida pascual, sino todos los alimentos y bebidas a que se referían las prescripciones de la ley. (Lev. 11; Núm. 6:3; comp. Col. 2:16). En cuanto a las *diversas abluciones*, véase 6:2; Ex. 29:4; Lev. 14:8; 15; 16:24,28. Esas prescripciones sólo debían ser *impuestas hasta un tiempo de reformación* (gr. de *enderezamiento*, voz que sólo aquí se halla en el Nuevo Testamento), un tiempo en que las ordenanzas imperfectas del antiguo pacto serían hechas perfectas (Juan 4:23 y sig.).

11 Mas habiendo aparecido Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros [14], por medio del tabernáculo más grande y más per-

14. *Mas* (esta partícula señala el gran contraste de la realidad con los símbolos) *Cristo* ha *venido*, él es el verdadero *sumo sacerdote!* tal es el glorioso hecho que el autor anuncia antes de exponer sus detalles. El texto recibido, con *Sin, A, mayúsc.* tiene: *Sacerdote de los bienes venideros.* Estas palabras significan que los bienes del nuevo Pacto, el perdón de los pecados, la liberación, la paz, la comunión con Dios, aunque realizados en Cristo Jesús, y ya otorgados en parte a los que creen en él, son sin embargo todavía bienes futuros hasta su plena posesión; a menos que se ad-

12 fecto, no hecho de mano, esto es no de esta creación, ni por medio de sangre de machos cabríos y becerros, mas por medio de su propia sangre ha entrado una vez por todas en el lugar santísi-
13 mo, habiendo obtenido eterna redención [15]. Porque si la sangre

mita que el autor presenta esos bienes como *venideros*, en cuanto pertenecen al nuevo Pacto. (2:5; 6:5). Mas una variante, en *B, D, Itala*, tiene: "bienes *presentes*", o "bienes *llegados*"; este texto sería más apropiado al contraste que establece aquí el autor entre los dos pactos, uno de los cuales no tenía más que la promesa, el otro la realización actual. Lachmann, Westcott y Hort, Nestle, Weiss adoptan esta lección.

15. Véase, sobre este gran pensamiento de la entrada de Cristo en el verdadero santuario celestial, a la cual atribuye el autor una importancia tan grande, 4:14, nota. (Comp. 8:2; 9:24; 10:12-14). El *tabernáculo mayor y más perfecto* donde Cristo prosigue ahora su obra como sumo Sacerdote, *no ha sido hecho por mano* humana, como el tabernáculo mosaico, y *ni* siquiera *es de esta creación* terrestre. Son los cielos (v. 24), *a través* de los cuales Cristo pasó para penetrar hasta la morada de la gloria de Dios, elevado por sobre toda la creación. Se encuentra nuevamente aquí (como en 4:14) una alusión al hecho de que el sacerdote *atravesaba* el lugar santo para llegar hasta más allá del velo, hasta el lugar santísimo, símbolo de la morada de Dios. Otra interpretación de estas palabras, presentada por algunos Padres, y también por Calvino y Bengel, mas generalmente abandonada hoy, ve en el *tabernáculo mayor y más perfecto que Cristo atravesó*, no el cielo, sino su cuerpo, su propia humanidad, por la cual pasó a través de los sufrimientos, del sacrificio y de la muerte, para llegar así hasta la gloria y la comunión inmediata con Dios. Esta idea es verdadera en sí misma, es expresada en el v. 20 del cap. 10 de nuestra epístola. (Véase la nota sobre ese v.). Mas aquí es inadmisible que el autor quiera expresar ese pensamiento; lo que lo muestra es el v. 24, donde dice en términos claros y simples que el santuario donde Cristo ha entrado es el *cielo*. (Comp. 4:14, nota). Ha entrado (gr.) "no *por* sangre de machos cabríos y de becerros, sino *por* su propia sangre", es decir *en virtud* y por la eficacia de *su propia sangre*. El sumo sacerdote no podía *entrar en el lugar santísimo* más que en virtud de la sangre de expiación que tomaba de sobre el altar situado en el atrio externo (Lev. 16:11,14); igualmente *en virtud de su propia sangre* "derramada para la remisión de los pecados" compareció Cristo delante de Dios por su pueblo. Allá estaba la figura, aquí la realidad; pues, por este sacrificio de su amor, Jesucristo realmente ha *obtenido una redención eterna. Obtenido,* pues ha debido perseguirla con todos sus esfuerzos y adquirirla al precio de indecibles sufrimientos; una *redención*, es decir, un *rescate*, y por ende una *liberación* real (Rom. 3:24, 2ª nota) para aquellos cuyo *precio de rescate* él pagó; una redención *eterna* cuyo valor, cuya eficacia dura para siempre, y cuyas dichosas consecuencias se extenderán por la eternidad entera. Porque su sacrificio tiene esta virtud perpetua, el Salvador ha podido ofrecerlo *una vez por todas;* esta virtud perpetua querría representar, mas la desconoce o desnaturaliza, el sacrificio de la misa renovado sin cesar. Véase sobre la eficacia de la muerte de Jesucristo, como sacrificio expiatorio, v. 14, nota y Rom. 3:25, nota.

de machos cabríos y toros y la ceniza de una novilla rociando a los que están contaminados santifica cuanto a la pureza de la car-
14 ne, ¡cuánto más la sangre del Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mácula a Dios, purificará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivien-
15 te [16]! Y por causa de esto es mediador de un pacto nuevo; para que, habiendo acontecido una muerte para redención de las trans-

16. Estos dos versículos (13,14) deben confirmar (*porque*), por un razonamiento *a fortiori* y por una viva aplicación a la conciencia, la gran verdad de la expiación del pecado por la sangre de Cristo, expresada en el v. 12. Todo israelita sabía que *la sangre de machos cabríos y de toros* (Lev. 16:6-11; 14:15, etc.) y la *aspersión* hecha con agua a que se había mezclado la *ceniza de una becerra* (Núm. 19, véase sobre todo v. 13 y 20), purificaban de una *impureza* legal, por ejemplo del contacto de un muerto; y daban al que acababa de ofrecer ese sacrificio la *pureza de la carne,* indispensable para que disfrutara de los privilegios de un miembro del pueblo. Mas todo eso no era más que un símbolo, la impureza legal no era sino la figura del pecado, que ella recordaba sin cesar; la purificación ceremonial, la figura de la verdadera purificación que ella hacía desear. La *conciencia* debía ser *purificada de las obras muertas para servir al Dios viviente,* dos cosas que son igualmente imposibles al hombre. Las *obras muertas* (comp. 6: 1), en efecto, no son las ceremonias por las cuales el israelita buscaba la purificación delante de Dios; son todos los pecados que pesan sobre la *conciencia* del pecador y no le permiten allegarse a Dios para *rendirle su culto* (tal es el sentido del verbo: *servir* a Dios); son, de una manera más general, todas las obras que proceden del hombre irregenerado, pues él mismo está *muerto* (Efes. 2:1), y la muerte no podría producir la vida. Sus obras son *muertas*, en cuanto no son en él el producto de una vida nueva, creada por el Espíritu de Dios y solo por la cual somos capaces de *servir al Dios vivo.* ¡Qué contraste entre tal servicio y esa muerte moral del hombre natural, que hiere de esterilidad toda su actividad! *Servir*, en el original, es desempeñar una función sacerdotal, celebrar un culto. (v. 9; 12:28). El cristiano debe ser en toda su vida un sacerdote del *Dios viviente* (3:12), ofrecerse él mismo en sacrificio, y hacer de cada acto de su vida un culto en espíritu y en verdad. ¿Cómo elevarse de las obras muertas que contaminan la conciencia, a ese ideal de santidad? El autor indica el medio: *la sangre de Cristo.* Muestra en qué ha consistido el sacrificio del Salvador, en qué condiciones éste lo ha cumplido: *Quien, por el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mácula a Dios.* Todas las expresiones empleadas hacen resaltar el pensamiento de que el sacrificio de Cristo es un acto moral, en el sentido más elevado, más absoluto de palabra. Es lo que lo distingue profundamente de los sacrificios simbólicos recordados en el v. 13, en los cuales las víctimas eran pasivas. Se ofrece *a sí mismo él mismo;* luego es el sacrificio voluntario de la abnegación y del amor sin *mácula* (Lev. 22:21; 1ª Pedro 1:19). Así es un sacrificio digno del Dios santo y justo (pues *a Dios* se ofrece). Mas principalmente se ofrece *por el Espíritu eterno*, es decir animado, inducido, consagrado para ese acto por el Espíritu de Dios que estaba en él sin medida; en una

gresiones habidas bajo el primer pacto [17], reciban los llamados

armonía inefable con Dios, que se asocia a su obra por su Espíritu, que la aprueba, que recibe el sacrificio de su voluntad, de su vida humana, solidaria de nuestra humanidad entera. Pero el autor dice más aún. Habría podido emplear el término ordinario de "Espíritu Santo", que le atribuye, en efecto, una variante poco autorizada; pero no, se sirve de este término inusitado: "el Espíritu *eterno*." Su intención es señalar que ese Espíritu, que comunicaba a la persona del Cristo "una potencia de vida imperecedera" (7:16), confiere a su sacrificio un valor eterno: es la obra de Dios realizada para la eternidad. La mayor parte de los comentadores modernos, es verdad, basándose en el hecho de que el artículo falta en griego y que dice propiamente: *por espíritu eterno*, rehusan ver en esta expresión el Espíritu de Dios; caracterizaría, ora la naturaleza divina, ora la constitución moral del Cristo, y sería destinada a explicar cómo puede aún desempeñar su oficio de sumo sacerdote celestial después de haberse entregado él mismo a la muerte. Tal es la fuente inagotable "abierta para la purificación del pecado y de la inmundicia." Mas ¿cómo es *purificada la conciencia de sus obras muertas?* Ya en el Antiguo Testamento, el símbolo debía indicar la realidad. Había en todo sacrificio dos cosas distintas: la inmolación de la víctima y la aspersión de su sangre sobre el pecador que la ofrecía (v. 13). Por este último acto que sufría, el israelita confesaba solemnemente que de él se trataba, que él era el pecador, que él era el inmundo, que él había merecido la muerte; quien debía, después de haber obtenido su perdón, ofrecerse en sacrificio vivo y santo, morir realmente al pecado, en dos palabras: apropiarse personalmente todo el sentido de su sacrificio. Igualmente y con mayor razón en el nuevo Pacto, el pecador es justificado haciéndose uno con Cristo por una fe real; en Cristo su conciencia personal toma nueva vida, se desprende de la contaminación por la potencia divina de la cruz; en Cristo, y con él, muere gradualmente al pecado, al mundo, a sí mismo; en él resucita para una vida nueva y santa. (Véase sobre este lado tan profundo de la muerte de Cristo aplicada al hombre pecador, Rom. 6:1-11, notas.)

17. El autor ya antes ha designado a Jesucristo como un *mediador* (8:6); aquí declara *cómo, por qué* es mediador. Se ofreció a sí mismo (v. 14), *por esto* es mediador, y ha sido necesario que *la muerte* del mediador *interviniera*. El autor introduce así el desarrollo, en el cual examina bajo sus diversas fases el gran hecho que acaba de enunciar. 1º Por su sacrificio, Cristo es mediador de un nuevo Pacto (v. 15); 2º todo testamento tiene fuerza solamente por la muerte del testador (v. 16, 17); 3º el primer Pacto fué confirmado por efusión de sangre; el nuevo ha debido serlo igualmente (v. 18-24); 4º pero con esta grande diferencia, que el sacrificio de Cristo tiene una eficacia perpetua, y por tanto no se ofrece a sí mismo más que una sola vez (v. 25-28). Se observará que si hasta aquí el autor ha opuesto el *pacto* antiguo al nuevo (7:22; 8:6-10; 9:1-4), en los v. 16 y 17 emplea el mismo vocablo griego en el sentido de *testamento*. Algunos exégetas han querido, es verdad, reivindicar para ese vocablo, aun en los v. 16 y 17, el sentido de *pacto*. Mas sus esfuerzos son vanos; esa interpretación es inadmisible. El hecho es que el término griego designa toda *disposición* auténtica, ora sea establecida entre dos partes, comprometidas así la una para con la otra (pacto, contrato, alianza), ora provenga de uno solo, que declare así su voluntad sus intenciones (disposición

16 la promesa de la herencia eterna [18]. Porque donde hay testamento,
17 necesidad hay de que sea anunciada la muerte del que testó; un testamento, en efecto, es firme en caso de muerte, puesto que
18 nunca tiene vigor mientras vive el que testó [19]. Por lo cual ni

testamentaria, *testamento*). Teniendo el vocablo ambas acepciones, el autor pasa de la una a la otra por las necesidades de su argumentación. El procedimiento puede justificarse si no se detiene uno en la lógica formal, sino que se considera la naturaleza misma de la institución designada por este término de dos sentidos. Pues si, por una parte, las relaciones de Dios con su pueblo, principalmente en la antigua economía, tienen los caracteres de un *pacto*, con sus condiciones mutuas (véase, por ejemplo, 8:8-10); no es menos evidente que, de más en más, esas relaciones, basadas en la gracia pura y gratuita de Dios, en su obra de misericordia que él realiza por completo, se tornan, de su parte, en una declaración auténtica de su voluntad misericordiosa, en un *testamento*. (Véase también 8:10; Gál. 3: 15-17; comp. Mat. 26:28, y la Introducción general al Nuevo Testamento, tomo I).

18. *Reciban la promesa* (cumplida) *de la herencia eterna*. (Comp. 6:15.) Porque *los pecados cometidos durante el primer pacto* no eran expiados sino en figura y no en realidad, ha sido necesario que la *muerte* del *mediador* tuviera lugar, a fin de que la *promesa* se cumpliera, es decir que la *herencia eterna* (5:9; 1ª Pedro 1:4) fuera verdaderamente adquirida para *los que son llamados*. (Comp. Rom. 3: 25; Juan 16:7.) Y si el pueblo de Dios tenía necesidad de ese sacrificio por sus pecados, con mayor razón todas las demás naciones de la tierra.

19. Los v. 16 y 17 confirman (*porque*) lo que precede, estableciendo la necesidad de la *muerte* del mediador para acarrear el cumplimiento de la promesa. El primer *pacto, porque era un pacto*, fué violado por aquellos con quienes había sido tratado (8:9); el segundo lo habría sido infaliblemente de igual modo, si no hubiera revestido todos los caracteres de un *testamento* que lega la herencia sin condiciones. La figura sobre la cual el autor insiste aquí, desarrollando el significado de la palabra, tiene pues su profunda verdad. Entre los hombres, un testamento sólo es ejecutorio por la *muerte del testador*, que trasmite a los herederos todos sus derechos. *Donde hay testamento, necesario es que la muerte del testador sea anunciada* (gr. *traída*) a la autoridad judicial que comprueba el deceso y preside la trasmisión de la herencia, *pues un testamento es* (gr.) *válido sobre muertos, puesto que jamás tiene fuerza cuando vive el testador*. Aquí el *testador* es Cristo Jesús, el Hombre-Dios, a quien todas las cosas pertenecen, pues "el Padre ha entregado todas las cosas en sus manos." (Juan 3:35.) La herencia habría quedado para él solo si, por su muerte, no la hubiera legado a sus hermanos, a quienes quería comunicar todos sus derechos. Se humilló pues, se hizo obediente hasta la muerte de la cruz, despojado de todo (Fil. 2:6-8), y por esa muerte, cuya necesidad moral ha sido ya demostrada (v. 14) ha trasmitido a sus redimidos, con sus derechos, su gloria eterna, que es la herencia de ellos. (Comp. Luc. 22:29, donde Jesús mismo emplea el verbo de que deriva la palabra *testamento*.) Sería forzar y falsear la comparación empleada, el objetar: El Salvador, muerto por los suyos, no por eso deja de estar vivo por los siglos de los siglos; y por su vida más aun que por su muerte, comunica a sus miembros, unidos a él como el sarmiento a la vid, los bienes

19 aun el primero ha sido dedicado sin sangre [20]. Habiendo sido en efecto promulgado todo mandamiento por Moisés a todo el pueblo según la ley, tomando la sangre de los becerros y de los machos cabríos con agua y lana escarlata e hisopo, roció tanto el libro 20 mismo como todo el pueblo, diciendo: "Esta es la sangre del pacto 21 que Dios ha mandado para con vosotros". Mas también el tabernáculo y todos los vasos del ministerio roció igualmente con la 22 sangre [21]. Y en general, con sangre todo es purificado según la 23 ley, y sin derramamiento de sangre no hay perdón [22]. Necesidad

celestiales de la herencia. Sin duda la posesión de la vida depende de nuestras relaciones con el Salvador resucitado y viviente. Sin embargo el Salvador no puede comunicarnos la vida divina sino porque murió por nosotros. Y ahora su vida no hace otra cosa que realizar en nosotros lo que virtualmente adquirió para nosotros sobre la cruz.

20. Con la conjunción *por lo cual*, el autor no conecta el v. 18 al v. 15, de modo que los v. 16 y 17 no formaran más que un paréntesis. El v. 18 es más bien una conclusión sacada de la regla general recordada en el v. 16: el primer pacto, aunque no tuviera aún el carácter de una donación hecha por testamento y por consiguiente la muerte no tuviera que intervenir para su institución, ha sido sin embargo inaugurada con sangre. Esta relación es señalada por la expresión: (gr.) "*ni siquiera* el primer pacto fué inaugurado sin sangre".

21. El autor alude a Ex. 24:3-8; mas amplifica el relato del Exodo. Este no habla de *aspersión sobre el libro mismo* ni menciona el empleo del *agua*, de la *lana escarlata* y del *hisopo*, que estaban en uso en diversas ceremonias de purificación. (Lev. 14: 4 y sig.; Núm. 19:4 y sig.; Lev. 8: 10 y sig.; comp. Ex. 12:22; Sal. 51: 9.) En cuanto al *tabernáculo*, no pudo ser objeto de una aspersión en la circunstancia referida Ex. 24:3-8, puesto que no existía aún. (Comp. Ex. 25 y 40.) Según Ex. 40:9 y sig. (comp. Lev. 8:10), el tabernáculo y los utensilios fueron solamente ungidos con aceite. La aspersión *con sangre* sólo figura en la tradición judía. (Josefo, *Antig.* III, 8, 6.)

22. *Sin efusión de sangre*, es decir sin sacrificio de expiación por el pecado, *no hay remisión.* Tal es la verdad que el autor encuentra escrita en todos los objetos que servían al culto mosaico, en todos los actos de la institución de ese culto. Y esa efusión de sangre, perpetuamente renovada para la purificación del pueblo, no pudiendo de por sí "purificar la conciencia de obras muertas", era una predicción solemne del sacrificio real que debía realizarse un día. Ese sacrificio fué realizado (Mat. 26:28), y por este solo hecho de que la sangre del Cordero de Dios ha fluído sobre la cruz, esta cruz repite de una manera mil veces más absoluta aun que todos los demás sacrificios: "Sin efusión de sangre no hay remisión". La conciencia de la humanidad se ha hecho eco de esta voz divina; y el cristiano, que no ha hallado la paz sino al pie de la cruz del Gólgota, pero que allí la ha hallado, repite humillándose y bendiciendo a su Salvador: "Sin efusión de sangre, no hay remisión". Es éste el punto que hace del evangelio una locura y un escándalo a los ojos de la sabiduría humana. Mas la Iglesia guarda esta verdad como su tesoro, a pesar de las negaciones y sutilezas de una ciencia falsamente así llamada.

pues había de que las figuras, sí, de lo que está en los cielos fueran purificadas con aquello; mas las cosas celestiales mismas 24 con sacrificios mejores que éstos [23]. Porque no ha entrado Cristo en un santuario hecho de mano, imitación del verdadero [24], sino en el mismo cielo, para aparecer ahora por nosotros ante el rostro 25 de Dios [25]; ni para que se ofrezca muchas veces a sí mismo, así como el sumo sacerdote entra en el lugar santísimo año por año 26 con sangre ajena; de otro modo habría sido necesario que hubiera padecido muchas veces desde la fundación del mundo; mas ahora una vez en la consumación de las edades ha sido manifestado para 27 anulación del pecado por medio del sacrificio de sí mismo [26]. Y en cuanto está reservado a los hombres morir una vez, y después de

23. Este versículo saca la conclusión (*pues*) de la declaración que precede, y se encuentra a su vez explicado por las palabras que siguen. (v. 24). Aquí otra vez, el autor quiere elevar el pensamiento de sus lectores de las *figuras* a las realidades: *Era necesario*, dice, que todas esas *figuras*, todos los objetos que servían al culto (v. 19-22), fueran *purificadas de esa manera*, es decir con la sangre de las víctimas (v. 22) que recuerdan sin cesar al hombre su impureza y su culpabilidad. Mas todas esas *imágenes*, esas ceremonias simbólicas del culto israelita, figuran solamente las relaciones enteramente espirituales del verdadero santuario; *esas cosas celestiales* deben pues *ser purificadas ellas mismas con sacrificios más excelentes*, con el sacrificio del Cordero de Dios que realmente "quita el pecado del mundo", y que ha "inaugurado" para nosotros el Pacto nuevo (v. 18) entrando en el santuario celestial. (v. 24; 10:19-22). Va de suyo que la idea de *purificar* el santuario celestial no indica una acción material o local, sino la eficacia enteramente íntima, espiritual y moral de la obra de Cristo, reabriendo a nuestra humanidad santificada el acceso a la comunión de Dios. Todos sus redimidos son en adelante sacerdotes que pueden seguirle adonde él ha entrado antes de ellos y para ellos (v. 24).

24. v. 11, 12, notas. El santuario terrestre ha sido hecho como una *imitación* (gr. *antitipo*) del verdadero, pues Moisés había recibido la orden de "hacer todo según el modelo (gr. *tipo*) que le había sido mostrado en el monte" (8:5).

25. Comp., sobre esta entrada del Cristo en los cielos como sacerdote e intercesor, 4:14, nota; 7:25,26, nota; 10:12,19,20. La palabra *ahora* opone, según unos, la comparición actual de Cristo delante de Dios a su regreso glorioso (v. 28); según otros, la intervención eficaz del mediador es opuesta a las precedentes e imperfectas tentativas de reconciliar a Dios con el hombre por los sacrificios. (Comp. v. 26).

26. La repetición *cada año* del sacrificio en *el lugar santísimo*, en el gran día de las expiaciones, podía, por sí sola, probar a los hebreos que ese sacrificio no cumplía por sí mismo aquello de que era símbolo, la expiación del pecado, la reconciliación del pecador con Dios y su consagración al Eterno; le recordaba al contrario sin cesar su pecado, su culpabilidad (10:3), la necesidad de morir a sí mismo, para revivir a Dios. Si lo mismo ocurriera con el sacrificio de Cristo, el Salvador habría de-

28 esto juicio, así también el Cristo, habiendo sido una vez ofrecido para "llevar los pecados de muchos", aparecerá por segunda vez, aparte de pecado, a los que pacientemente le aguardan para salvación [27].

bido *sufrir muchas veces, desde la fundación del mundo,* es decir desde que el pecado entró; debería hacerlo aún ahora, y la idea católica del sacrificio de la misa sería fundada. Pero no; en lugar de *sangre ajena* e ineficaz que ofrecía el sacerdote, Cristo *se ofreció a sí mismo,* y no tiene necesidad de hacerlo más que *una sola vez* (v. 28; 10:12), pues, por ese sacrificio, ha obrado la *abolición del pecado.* Queda al pecador el apropiarse el efecto de ese sacrificio por una fe viva que le una a Cristo, le haga uno con él en ese sacrificio mismo, y capaz de seguirle adonde él está. (10:19 y sig.).

27. El pensamiento de que Cristo *ha aparecido una sola vez para la abolición del pecado por el sacrificio de sí mismo* (v. 26) obliga al autor a hablar de su *segunda aparición,* para señalar bien que, en esta ocasión, no habrá más sacrificio. Ve, entre esta doble aparición de Cristo y la suerte de todos los hombres *a los cuales está reservado morir una vez,* para ser *juzgados después de esto,* más que una simple analogía. Este último hecho permite apreciar el primero y estimar su carácter. ¿Por qué está *reservado a todos los hombres morir?* A causa del pecado y de la condenación que él acarrea. (Gén. 2:17; 3:19; Rom. 5:12, nota.) Esta muerte tiene lugar *una sola vez,* es decir una vez por todas. Ella cierra definitivamente el tiempo de la prueba; cuando ha intervenido no tenemos más que "comparecer ante el tribunal de Cristo, a fin de que cada uno reciba según haya hecho, ora bien ora mal, estando en su cuerpo." (2ª Cor. 5:10.) Nuestro texto, muy conciso, tiene estas únicas palabras: *después de eso, juicio.* De esta condición común a todos los hombres, resulta con evidencia el objeto de la doble aparición del Salvador. Porque la muerte está reservada a todos, porque todos deben comparecer en juicio, él, el representante de nuestra humanidad, el segundo Adán, el sumo sacerdote, ha querido en su insondable amor sufrir la muerte, el juicio. *Ha sido ofrecido una sola vez* como víctima: ¿por qué? *para llevar los pecados de muchos.* (Mat. 20:28; 26: 28.) Todos estos términos son intencionalmente tomados de las costumbres de los sacrificios. Al imponer las manos sobre la cabeza de la víctima, el sacerdote depositaba sobre ella los pecados del pueblo (Lev. 4:4, 15, 20, 29, 33): de ahí la expresión tan usada en el Antiguo Testamento: *llevar* el pecado, la iniquidad, el castigo. (Núm. 14:34; Ezeq. 4:6; 18:19, etc.) Y ese mismo término aplica aquí el autor a Jesús, exactamente como Isaías 53:12; 1ª Pedro 2:24. Comp. Juan 1:29. Cristo ha sido ofrecido *una sola vez,* porque el hombre tampoco muere más que *una vez* y porque en esta única muerte se concentra todo el castigo del pecado que ha caído sobre el Salvador. Por esto, en su *segunda* venida, Cristo no tendrá ya que morir para acabar la redención de la humanidad. Vendrá para ejercer el juicio, ese juicio que es todo lo que espera el hombre después de la muerte (v. 27); es lo que el autor quiere decir cuando declara que Cristo *aparecerá segunda vez sin pecado,* sin tener que llevar aún los pecados de los hombres. Que en este mundo haya vivido sin pecado personal, lo ha proclamado altamente el autor (4:15); pero no era *sin pecado* en el sentido que acaba de ser expuesto, puesto que había tomado

X Porque teniendo la ley una sombra de los bienes venideros, no la vera imagen de las cosas [1], con los mismos sacrificios que año por año ofrecen continuamente [2] nunca puede hacer perfectos 2 a los que se allegan [3]. De otro modo ¿no habrían cesado de ser ofrecidos, por causa de no tener más los que rinden culto, puri-3 ficados una vez por todas, ninguna conciencia de pecados? Em-

sobre sí el pecado de la humanidad, en virtud del cual sufrió y murió. Ahora bien: en su segunda venida no tendrá ya ni pecado a expiar ni sacrificio a realizar; aparecerá como el Rey glorioso a *los que le esperan para su salvación* (gr. *a salvación.*) Se pueden también conectar las últimas palabras al verbo principal: *"aparecerá para salvación,* para llevar la salvación a los que le esperan". *A* y algunos documentos agregan: "por la fe."

1. Las instituciones del antiguo pacto no tenían más que *una sombra de los bienes venideros;* el Nuevo Testamento ofrece en Cristo la realidad. Tal es evidentemente el pensamiento del autor, que ya ha expresado varias veces (8:5; 9:9, 13, 14, 23), y que quería recordar aún antes de mostrar cómo y por qué la obra del Salvador es la realidad de los bienes celestiales. Se habría pues podido esperar que a la *sombra* opusiera el cuerpo, como Pablo lo hace en Col. 2:17. Pero emplea, como segundo término de la antítesis, una expresión que ofrece cierta dificultad: *la imagen misma de las cosas;* lo que no quiere decir que el antiguo pacto con sus sacrificios no fuera más que la imagen de una imagen, y que la realidad no haya aparecido en Cristo. Mas, así como Cristo mismo es llamado *la imagen* del Padre (1:3; Col. 1:15), bien que sea la revelación de él, tan real y tan completa como podamos concebirla en este mundo, igualmente toda su obra, y en particular su sacrificio, puede ser también llamado una *imagen de las cosas,* de los bienes venideros. En efecto, aunque realizándolos perfectamente, no es aún para nosotros sino una revelación tal como podemos entenderla, la plena posesión estando reservada a nuestro porvenir eterno. La libertad que se tomó Lutero de traducir esta expresión por "la esencia de las cosas" es pues fundada, aunque la palabra *imagen* sea más rigurosamente justa. Una explicación algo diferente, que se ha propuesto de estos términos, es quizá más simple. El autor entendería por *bienes venideros,* la expiación de los pecados realizada por Jesús, y el perdón, la santificación, el perfeccionamiento que emanan de ella para el creyente del nuevo pacto. Esos *bienes* eran *venideros* para los que vivían en el antiguo pacto. La *ley* no ofrecía de ellos más que *una sombra,* es decir una silueta indistinta que casi no permitía adivinar cómo se cumpliría esa redención. El evangelio, al contrario, describiendo la vida y la muerte del Redentor, nos ofrece *la imagen misma de las cosas,* la exacta representación de los hechos sobre los cuales descansa nuestra salvación; nos permite conocerlos enteramente y experimentar todos sus efectos.

2. Se trata aquí del sacrificio *anual,* ofrecido en el lugar santísimo en el gran día de la expiación (9:7.) El autor vuelve sin cesar a él en esta epístola, porque ese sacrificio expresaba mejor la idea de todos los demás y era el símbolo más completo del sacrificio del Gólgota.

3. Véase sobre estas palabras *hacer perfecto* (gr. *consumar*) 5:9, nota. *Los que participan,* gr. *los que se allegan,* son los que van al altar, y

4 pero en ellos hay recordación de pecados año por año[4]; es en efecto imposible que sangre de toros y machos cabríos quite pe- 5 cados[5]. Por lo cual entrando en el mundo dice[6]: "Sacrificio y 6 ofrenda no quisiste, mas un cuerpo me preparaste; en holocaus- 7 tos y sacrificios por el pecado no te agradaste. Entonces dije: Hé aquí, he venido, —en el rollo del libro escrito está sobre mí, — 8 para hacer, oh Dios, tu voluntad[7]". Diciendo más arriba: "Sacrificios y ofrendas y holocaustos y sacrificios por el pecado no

por ende a Dios, por medio de sus sacrificios.

4. La *conciencia* no puede ser *purificada* sino cuando el hombre tiene la certeza de que sus pecados no le separan más de Dios, cuando está plenamente reconciliado con él. Ahora bien: esto es lo que los sacrificios ceremoniales no podían obrar por sí mismos (v. 1-4; 9:14, nota); *de otro modo,* si los que los presentan *fueran una vez purificados, se habría cesado de ofrecerlos;* pero, muy al contrario, eran *cada año una conmemoración de los pecados* y de la temible verdad de que el pecado merece la muerte. Debían pues hacer suspirar a las almas serias por el perdón mediante la redención verdadera. Se podría objetar a este razonamiento (v. 2) que aun cuando los sacrificios ceremoniales hubieran podido *hacer perfectos* a los que los ofrecían habría sido necesario sin embargo recurrir siempre de nuevo a ese medio de reconciliación, porque había siempre nuevos pecados a expiar. Sí, mas eso también muestra la insuficiencia de esos sacrificios. El pecado, en su naturaleza, tomado en su raíz, es uno: es un estado de rebelión de la voluntad humana contra Dios; los pecados de acción no son más que las manifestaciones diversas de ese pecado único. Ahora bien: era necesario que ese pecado inicial fuera expiado y vencido, para que los otros pecados, de que aquel era origen, pudiesen ser perdonados y destruídos. Mientras esto no tenía lugar, los sacrificios, lejos de quitar esos pecados, no hacían sino recordar su presencia y su culpabilidad. (v. 3.)

5. El autor, como conclusión de lo que precede, y para preparar lo que va a seguir, expresa una vez más, sin otra prueba, esta verdad evidente de por sí, y que resulta del contraste de los términos: *la sangre de toros y de machos cabríos!* y *¡quitar los pecados!* ¿Dónde estaría el vínculo de causalidad entre estas dos cosas? El pecado está en la voluntad humana, allí debía ser curado; ahora bien: el autor va a presentar Aquel que puede curarlo (v. 5-7).

6. ¿Quién? En el salmo que se va a citar, es David; en la aplicación que hace nuestro autor, es Cristo. Cristo dice estas palabras *entrando en el mundo,* por lo que algunos entienden su encarnación (1ª Tim. 1: 15), otros, con menos verosimilitud, el momento en que entra en su ministerio. Nuestro autor quiere simplemente expresar por su cita el objeto por el cual Cristo vino al mundo: abnegarse por el sacrificio de sí mismo.

7. Cristo, el verdadero sacerdote de sí mismo, es opuesto a todos los sacrificios. En el salmo citado (Sal. 40: 7-9), habla un hombre que se ofrece libremente a Dios para *hacer la voluntad* de Dios: *¡He aquí, yo vengo!* El salmista mismo reconoce la insuficiencia de todos los sacrificios por el pecado: *No te agradas en ellos,* dice a Dios, cuando no son sino un acto ceremonial; lo que tú quieres es la obediencia, y por esto "me has abierto las orejas", me has hecho

quisiste ni en ellos te agradaste", —los cuales según la ley son 9 ofrecidos, —entonces ha dicho: "Hé aquí, he venido para hacer 10 tu voluntad". Abroga lo primero para establecer lo segundo[8]. Por la cual "voluntad" hemos sido santificados por medio de la "ofren-

atento y obediente. (Comp. Isa. 50:5, donde estas palabras tienen el mismo sentido.) Otros traducen: "me has perforado las orejas", y ven en estas palabras una alusión a la costumbre de perforar la oreja al esclavo que quería, en lugar de aceptar su libertad, consagrarse para siempre a su amo. (Ex. 21:5, 6.) El salmista infiere que debe consagrar a Dios su vida en una santa obediencia: *Entonces dije: hé aquí, yo vengo,* yo mismo vengo, y no poniendo víctimas en mi lugar, pues eso requieres tú en tu ley; *en el rollo del libro,* es decir en la ley escrita sobre bandas de pergamino arrolladas sobre una varilla (el término griego designa propiamente el *botón* que terminaba esa varilla y, por extensión, el rollo entero) está escrito para mí, "me está prescripto", o, como entiende aquí nuestro autor aplicando las palabras al Mesías, *está escrito de mí,* está anunciado que tales serían mi obediencia y mi abnegación; "Dios mío, me he complacido en hacer tu voluntad, y tu ley está dentro de mis entrañas." Esta concepción enteramente espiritual del sacrificio era la de los hombres ilustrados del Antiguo Testamento. (Comp. Sal. 50:7-15; Sal. 51:18 y sig.; Isa. 1:11; Jer. 6: 20; 7:21-23; Oseas 6:6; Amós 5:21 y sig.; Miq. 6:6-8; 1ª Sam. 15:22.) Mas de parte del salmista, como de todo pecador, el sacrificio de sí mismo a Dios es imperfecto, manchado de impurezas que le vuelven inaceptable a los ojos de Dios, y hacen que no pueda efectuarse completamente. Debía ser perfectamente realizado por un representante de nuestra humanidad, que practicara toda la ley de Dios y le ofreciera el sacrificio entero de su voluntad. Cristo ha realizado esa obediencia sin defecto: para esto, *entró al mundo;* en su boca, el eterno principio moral, expresado por el salmo, tiene su entera verdad. Desde entonces también, este principio puede tornarse también en una verdad para todos los que se hacen uno con Jesucristo por una fe viva. La traducción griega de los Setenta de que se servía el autor, en lugar de las palabras del salmo: "Me has abierto las orejas", tiene éstas: *Me formaste un cuerpo.* Sea éste el texto original de los Setenta, o sea una variante que deba su origen a una falta de copista (los críticos están divididos sobre esta cuestión, porque en efecto algunos antiguos manuscritos de los Setenta tienen: "Me formaste las orejas"), nuestro autor cita aquí como siempre la versión que tenía ante sus ojos, sin corregir las faltas de acuerdo al hebreo. (Véase la Introd.) Calvino observa a este respecto: "Los apóstoles no han sido tan escrupulosos en recitar las palabras propias, con tal que se guardasen de abusar falsamente de la escritura en su provecho."

8. Los v. 8 y 9 repiten, abreviándola y explicándola, la cita contenida en los v. 5-7. El gran hecho que proclama las palabras divinas es tan importante a los ojos del autor, que siente la necesidad de insistir para llegar a esta conclusión: *Deroga lo primero,* es decir los sacrificios y las ofrendas, y *establece lo segundo,* a saber su propio sacrificio (v. 10), al cual la escritura da aquí, como en todas partes el carácter de una perfecta obediencia. (Comp. Fil. 2:8, nota.)

11 da del cuerpo" de Jesucristo [9] una vez por todas [10]. Y todo sacerdote, sí, está en pie día por día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, los cuales nunca pueden quitar pe-
12 cados [11]; mas éste habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pe-
13 cados, para siempre "se ha sentado a la diestra de Dios [12]", en adelante aguardando "hasta que hayan sido puestos sus enemigos
14 por escabel de sus pies [13]". Porque por una sola ofrenda ha hecho
15 perfectos para siempre a los que son santificados [14]. Y nos da testimonio también el Espíritu Santo; porque después de haber
16 dicho: "Este es el pacto que pactaré para con ellos después de aquellos días", dice el Señor: "Pondré mis leyes sobre sus cora-
17 corazones, y sobre su mente las inscribiré; y de sus pecados y de
18 sus iniquidades de cierto no me acordaré más [15]. Ahora bien: donde hay perdón de éstos, no hay más ofrenda por el pecado [16].

9. La causa eficiente que nos *santifica*, nos purifica del pecado mismo y de todas sus consecuencias, es la *voluntad* de Dios (v. 9) perfectamente cumplida por Cristo Jesús. Mas el punto culminante de ese cumplimiento, el colmo de la obediencia del Salvador, es la *ofrenda de su cuerpo*, su sacrificio sobre la cruz. No para sí mismo, en efecto, cumple Cristo Jesús así la voluntad de Dios; había venido al mundo a fin de cumplirla en medio de nuestra humanidad rebelde, y para nuestra humanidad. Cada individuo de esta humanidad que se une a Cristo por una fe viva se torna por tal hecho en partícipe de los frutos de esa obediencia, como si él mismo la hubiera ofrecido a Dios. Mucho más, entra realmente en esa obediencia consagrándose a Dios en Cristo Jesús. Miembro del cuerpo de Cristo, pasa por dondequiera que pasó su Jefe, para llegar adonde él está. Por esto el autor dice literalmente: "*en* esta voluntad fuímos santificados."

10. Nada más notable que la insistencia con que nuestra epístola vuelve a ese sacrificio *único* del Salvador, a fin de establecer bien la perfecta suficiencia y excluir para siempre todo otro sacrificio por el pecado. (v. 12, 14; 7:27; 9:12, 25, 26, 28, nota.)

11. Comp. v. 1-4; 9:9, 10. El verbo traducido por *quitar* el pecado está compuesto de una preposición que le da el sentido de *arrancar completamente*. En lugar de *sacerdote*, *A*, *C*, tienen *sumo sacerdote*. *Está en pie*: en el v. 12, dice de Cristo que *se ha sentado* para siempre.

12. Comp. 4:14, nota; 9:12, 24; 1:3; 8:1.

13. Cristo ha cumplido todo, su obra de mediador (v. 12) está terminada; *espera* (Jac. 5:7), dejando a Dios obrar *hasta que todos sus enemigos sean puestos bajo sus pies*. El autor anuncia este último triunfo en los términos del sal. 110:1. (Comp. 1:13.)

14. Comp. sobre esta oblación *única* v. 12, nota, y los pasajes citados; sobre nuestra *santificación* por el sacrificio del Salvador, v. 10, 1ra. nota; sobre la expresión *llevar a la perfección, consumar*, 5:9, nota.

15. El autor ha citado ya estas palabras de Jeremías (8:8-12) para mostrar su cumplimiento completo en el nuevo pacto. Mas aquí, apela a las palabras del profeta, como a un *testimonio del Espíritu Santo* (v. 15), para probar que la *remisión de los pecados* es asegurada por el sacrificio de Jesucristo, e inferir de ello la abolición de los sacrificios. (v. 18.) Las palabras: *el Señor dice* (v. 16) forman parte del texto citado. (Jer. 31:33, comp. Hebr. 8:10.) Por esto algunos, para responder a las palabras del v. 15: *después de haber dicho*, sobrentienden al comienzo del v. 17: *agrega*. El conjunto de la cita es entonces como sigue: "Pues después de haber dicho: Hé aquí el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor; pondré mis leyes en su corazón y las escribiré en su entendimiento;" agrega: "y de sus pecados y de sus iniquidades no me acordaré más." Esta última proposición es puesta así en relieve, lo que está de acuerdo con el objeto de la citación. (Comp. v. 11, 14.) Mas nuestro autor escribe con demasiado cuidado para haber omitido la palabra: "agrega", que era necesaria para responder a la expresión del v. 15: *después de haber dicho*. Es más probable pues que haya tomado por su cuenta los términos de la cita: *dice el Señor*, y que con ellos acabe su frase.

16. Gr. Remisión de *éstos*, es decir "de los pecados y de las iniquidades." (v. 17.) He ahí adonde quería el autor llegar al insistir en el sacrificio único del Salvador (v. 12, nota.) Siendo ese sacrificio enteramente suficiente para la expiación y el perdón del pecado, no puede tratarse ya de otros sacrificios. El autor quería así convencer a sus lectores hebreos de que tenían todo en Cristo y en su obra, y de que no tenían que lamentar las instituciones mosaicas y sus sacrificios. Su demostración, que llena los cap. 8, 9 y 10, es completa, muy concluyente y propia también

2. *Exhortación. Advertencia. Aliento* (19-39)

19-39. Permaneced firmes en la fe. — 1º *Exhortación*. Puesto que tenemos libre acceso ante Dios por Cristo, camino nuevo y vivo, allegémonos, sinceros, creyentes, purificados. Retengamos firmemente nuestra esperanza, contando con la fidelidad de Dios. Incitémonos recíprocamente a la caridad; no abandonemos nuestra asamblea; exhortémonos con el pensamiento del próximo regreso de Cristo (19-25). — 2º *Advertencia*. El gran motivo de velar así unos sobre los otros es, que una recaída voluntaria, después de haber aceptado la salvación, no puede ser expiada, sino que nos entrega al castigo postrero. El que ha transgredido la ley de Moisés es ejecutado sobre la deposición de dos o tres testigos; ¿qué castigo no merece el que desprecia al Hijo de Dios, la sangre que le ha santificado, el Espíritu de gracia? A Dios pertenece la venganza; él juzgará su pueblo. ¡Terrible cosa es caer en sus manos! (26-31). — 3º *Aliento*. El autor invita a sus lectores a recordar los comienzos de su carrera de cristianos, los sufrimientos que soportaron al ser perseguidos o al tomar parte en las pruebas de sus hermanos, su compasión para con los prisioneros, el gozo con que sacrificaron sus bienes temporales por bienes eternos. ¡No abandonen, pues, su seguridad, que será recompensada! Porque tienen necesidad de perseverancia para obtener lo que les ha sido prometido. El regreso del Señor está muy cerca. El justo vivirá por la fe, mas si se retira incurrirá en el desagrado de Dios. Mas nosotros no somos de los que se pierden retrocediendo, sino de los que guardan la fe para salvar sus almas (32-39).

19 Teniendo pues, hermanos [17], osadía para la entrada en el lu-
20 gar santísimo por la sangre de Jesús, camino reciente y vivo que
21 nos dedicó por medio del velo, esto es de su carne [18], y "un gran

para confundir el error que consiste en negar la necesidad del sacrificio de Jesús, el valor expiatorio de su muerte. Por último resulta de su enseñanza que la Iglesia romana ha vuelto al punto de vista del Antiguo Testamento al instituir el sacrificio sin cesar repetido de la misa. Se ha puesto en oposición directa con las palabras más claras de nuestra epístola; deja creer que el sacrificio ofrecido una sola vez en el Gólgota no basta para asegurar la salvación de los pecadores; niega la grande verdad de que todos los pecados no son en su origen más que uno solo (v. 3, nota), y que ese pecado ha sido expiado y destruído por la muerte de Cristo. Y como en ese error el hombre no adquiere ningún conocimiento profundo del pecado, no llega tampoco a la justificación por la fe, ni a una santificación verdadera de todo su ser, sino que, cautivo bajo ese nuevo judaísmo, se siente impelido, por la inquietud y la turbación a que le arroja cada falta aislada, hacia la institución sacerdotal que ofrece a Dios un sacrificio imaginario, como si el verdadero sacrificio de expiación no hubiera tenido lugar jamás. Ese error es en todo semejante al que el autor combate aquí en sus lectores y no hay ninguno de sus argumentos que no sea la más evidente condenación de él.

17. El autor aborda la conclusión práctica de todo lo que precede. Cristo ha cumplido todo para el hombre pecador. ¿Qué queda por hacer a este último? Es lo que el autor va a exponer (v. 19-39). Esta nueva exhortación que corona el gran desarrollo didáctico sobre el sumo sacerdocio de Cristo, hace juego exactamente al discurso que había introducido esa enseñanza. (5:11 a 6:20.) El orden de los pensamientos es el mismo: exhortación destinada a estimular el celo, advertencia contra el peligro de caer enteramente de la fe, palabras de aliento.

18. El sacrificio del Salvador da al creyente *una firme confianza* (gr.) *para la entrada de los lugares santos*, es decir en la comunión inmediata de Dios, de que le excluía antes el sentimiento de su pecado y de su culpabilidad. Esta *entrada* es llamada por el autor un *camino nuevo y vivo* que Jesús *nos dedicó a través del velo*, penetrando él mismo en el santo de los santos por la eficacia de su propia sangre. (Comp. 4:14, nota; 7:25, nota.) El camino es *reciente* puesto que antes ninguno podía entrar en el lugar santísimo; es *vivo*, porque no consiste en símbolos externos, en ceremonias frías y muertas, sino en una relación enteramente espiritual, en una comunión íntima con Aquel que es viviente, y cuyo sacrificio es la fuente misma de la vida: reconciliados con Dios por él, podemos acercarnos con la filial confianza de sus hijos. El autor hace otra comparación muy notable: considera el *velo* como la propia *carne* de Jesucristo. (Comp. 9:8, nota.) La *carne*, por lo que las escrituras entienden la naturaleza humana caída (Rom. 1:3, nota), era, en efecto, la barrera que nos separaba de la comunión con Dios. Cristo hecho por su encarnación (2:14; 10:5) carne de nuestra carne, al pasar por la muerte, al ser "vivificado en Espíritu" (1ª Pedro 3:18), ha desgarrado ese velo. Ha hecho posible el acceso a la comunión con Dios para todos los que, unidos con él, le siguen por esa senda de la muerte del viejo hombre y de la vida nueva. (10:10.) Un hecho simbólico indicó esta profunda verdad en el momento mismo de la muerte del Salvador. (Mat. 27:51; Mar. 15:38.)

22 sacerdote sobre la casa de Dios [19]", alleguémonos con corazón
sincero en plena certidumbre de fe, purificados cuanto a los corazones de mala conciencia y lavados cuanto al cuerpo con agua
23 limpia [20]; retengamos la profesión de nuestra esperanza sin que
24 vacile [21], porque fiel es el que prometió [22]; y considerémonos unos
25 a otros para incitarnos al amor y a las buenas obras [23]; no abandonando el congregarnos nosotros mismos [24], según costumbre de

19. Es decir, según 3:6, el templo espiritual, la Iglesia del Dios viviente (Efes. 2:22; 1ª Pedro 2.5).

20. El autor describe las disposiciones que deben tener los que *se allegan* a Dios: *un corazón* (asiento de los afectos morales) *sincero* (gr.) *verdadero*, tal cual debe ser (comp., en cuanto al sentido de esa palabra, 8:2; 9:24); *plena certidumbre de fe*, la convicción personal de que la obra de Cristo es eficaz y suficiente para abrirnos el acceso ante Dios; *teniendo* los corazones *purificados* (Gr.) *regados, rociados*, como el pueblo lo era, con la sangre de los sacrificios (9:19; Lev. 8:30); en otros términos y sin figura, corazones que se han apropiado la obra redentora de Cristo y son libertados por ella *de mala conciencia* (10:2), es decir del sentimiento del pecado y de la culpabilidad. Por último, las palabras: *lavado el cuerpo con agua pura* aluden al mismo tiempo a las abluciones del antiguo pacto (Lev. 8:6; 16:4) y al bautismo del nuevo, símbolos de perdón, de regeneración, de santificación (6:2; Ezeq. 36:25; Efes. 5:26.) El perdón y la reconciliación por la sangre de Cristo, luego la regeneración y la santificación por el Espíritu Santo son dos cosas inseparables, pero distintas.

21. Se ha propuesto puntuar: *Y lavado el cuerpo con agua pura, retengamos la profesión.* El autor haría alusión al bautismo e invitaría a sus lectores a permanecer fieles a la fe que entonces profesaron. La palabra *confesión* o *profesión* reaparece en el cap. 4:14, en un sentido algo diferente. Aquí la *profesión de la esperanza* significa la firme espera de la resurrección, de la vida eterna, que se basa al mismo tiempo en lo que precede (v. 21-23) y en lo que sigue, a saber la fidelidad del Dios que ha hecho las *promesas.*

22. Comp. 4:1-11; 8:6; 9:15; 1ª Cor. 1:9; 10:13; 1ª Tes. 5:24; 2ª Tes. 3:3.

23. Gr. *para incitación de amor y de buenas obras.* En la comunión fraternal de los cristianos, si es verdadera, cada uno debe tomar a pecho la salvación de los otros como la suya propia. Su fin no es el de gozar de relaciones agradables, que no serían sino otra mundanalidad, sino el ver progresar a sus hermanos en la *caridad* y en las *buenas obras* que emanan de ella como de su fuente (3:12, sig.; 12:12 y sig.)

24. Gr. *La reunión de nosotros mismos.* Esos cristianos convertidos del judaísmo, bien que asistiendo aún a las solemnidades del culto judío, tenían entre ellos reuniones particulares, que les eran muy necesarias para afirmarse en la fe, edificarse, "considerarse unos a otros" (v. 24), exhortarse (v. 25; comp. 3:13.) Era, a los ojos del autor, una mala señal cuando los cristianos *abandonaban* su *asamblea* para contentarse con el culto del templo o de la sinagoga, y no es de extrañar que haga seguir esta exhortación con la temible declaración que se lee en v. 26 y sig.

algunos, sino exhortándonos, y tanto más cuanto veis acercarse el día [25].

26 Porque pecando nosotros voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, no resta más un sacrificio 27 por los pecados, mas cierta terrible expectación de juicio y "fiere- 28 za de un fuego que debe devorar a los adversarios [26]". Habiendo alguien anulado la ley de Moisés, sin compasión "muere por boca 29 de dos o tres testigos"; ¿en cuánto será juzgado digno, pensáis, de un peor castigo el que hubiere hollado al Hijo de Dios, y estimado inmunda "la sangre del pacto" por la que había sido san- 30 tificado, e injuriado al Espíritu de gracia [27]? Porque conocemos

25. *El día* del regreso de Cristo. ¡Qué motivo da a esta exhortación el pensamiento de ese *día* por excelencia, nombrado así sin otra designación! (Comp. 1ª Cor. 3:13; 1ª Tes 5:4.) La vida de! cristiano en este mundo debe ser una espera continua de ese gran día de las decisiones. Es probable que en el momento en que nuestro autor escribía, las señales precursoras de la guerra que iba a terminar en la destrucción de Jerusalén se mostraran ya en todas partes. Ahora bien: ésta era presentada, en los últimos discursos de Jesús, como figura y preludio del juicio definitivo. (Mat. 24.) En cuanto a esta espera del regreso de Cristo, que ocupó de manera tan saludable el espíritu de los apóstoles y de los primeros cristianos, véase 1ª Tes. 4:15, 2ª nota.

26. *Pecar voluntariamente* (expresión escogida por antítesis a Lev. 4:2) no significa aquí cometer un acto aislado contrario a la ley de Dios. Como el contexto lo prueba evidentemente, el autor entiende por esa frase una rebelión persistente, una recaída total y definitiva, un abandono de la verdad evangélica, primero reconocida y admitida. Y contra ese pecado pronuncia estas palabras severas: *no queda más sacrificio por los pecados.* El pecador, no teniendo ya ningún medio de reconciliación con Dios, se encuentra solo en presencia de la ira divina. Queda reducido a (gr.) *una espera de especie terrible*, espantosa, *de juicio;* queda reservado al *ardor de fuego que debe devorar los adversarios* (gr. los opositores.) Comp. Isa. 26:11. Es por ser mucho más culpable que si jamás hubiera *recibido el conocimiento de la verdad.* (1ª Tim. 2:4; 2ª Tim. 2:25; Juan 15:22.) El v. 29 indica la razón. En cuanto a saber hasta qué punto puede el creyente caer así de la gracia, véase lo que ha sido dicho en el cap. 6:6. Sea lo que fuere, el autor no trata aquí el asunto teóricamente, no se entrega a ninguna especulación teológica; sino que tomando los hechos tal cual se le presentan, viendo cristianos sacudidos en su fe, en peligro de abandonar el evangelio, apela a la conciencia de ellos y les presenta su responsabilidad; y esto, lugar hay de hacerlo siempre en un caso semejante.

27. Este razonamiento es concluyente. El lenguaje del autor descubre una santa indignación, un secreto terror: *Habiendo violado alguno* (gr. *anulado*, suprimido por sus actos) *la ley* divina dada por *Moisés es muerto sin misericordia;* su crimen equivale a desechar toda la ley, a una apostasía; por eso será condenado y ejecutado *sobre la deposición de dos o tres testigos* (alusión a Deut. 17:2-7): ¡cuánto más culpable no es el que desecha algo infinitamente

al que dijo: "Mía es la venganza, yo retribuiré [28]; y otra vez: 31 "Juzgará el Señor a su pueblo [29]". Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente [30].

32 Mas traed a la memoria los días anteriores, en los cuales, habiendo sido iluminados, soportasteis grande lucha de padecimien- 33 tos: por una parte, tanto por vituperios como por tribulaciones siendo puestos en espectáculo; por otra, habiendoos hecho com- 34 pañeros de los que así se conducían [31]. Porque tanto tuvisteis compasión de los prisioneros, como aceptasteis con gozo el despojo de vuestros bienes, sabiendo que vosotros mismos tenéis un

mayor que la ley! *Hollar, pisotear al Hijo de Dios*, es un acto público de desprecio y aborrecimiento (Mat. 5:13; 7:6.) *Tener por profana la sangre del pacto* (Mar. 14:24), es desconocer la santidad divina del sacrificio de Cristo, después de haber visto claramente que se podía ser *santificado* por ese medio, y aun haber experimentado, hasta cierto punto, la potencia de santificación que reside en él; es asimilar la muerte de Cristo a la de todo hombre pecador, y aun a la de un blasfemo, justamente condenado por haberse llamado *el Hijo de Dios*, puesto que ése fué el motivo de su condenación, y es su divinidad quien da a su sacrificio su eficacia santificadora. *Ultrajar al Espíritu de gracia* es endurecerse contra la acción de este Espíritu de Dios (6:4), que nos apropia el sacrificio del Salvador, y es el medio potente de la *gracia* (4:16) divina. Es lo que Pablo llama "entristecer, apagar el Espíritu" (Efes. 4:30; 1ª Tes. 5:19). Y esta resistencia puede ir, según el grado de luz y de experiencia personal, hasta el pecado que Jesucristo nombra, "el pecado contra el Espíritu Santo". (Mat. 12:32. Comp. 1ª Juan 5:16,17). La culpabilidad de una conducta semejante sobrepasa la del rechazo de la ley de Moisés, en la medida en que el Hijo de Dios es más grande que Moisés, y el Espíritu de la gracia más eficaz que la Ley para guardar del mal y santificar.

28. Deut. 32:35; comp. Rom. 12:19. Esta cita es conforme al hebreo. Las palabras: *dice el Señor*, que se leen en *A*, *mayúsc.*, vers., son probablemente introducidas conforme a Rom. 12:19, donde se encuentra la misma cita. Excepcionalmente, el autor no cita siguiendo los Setenta, quienes traducen: "*En el día de la venganza*, yo retribuiré". La cita es conforme a la que Pablo hace de ese pasaje en Rom. 12:19. Varios críticos infieren de ello que nuestro autor conocía la epístola a los Romanos; mas puede ser también que fuera costumbre citar bajo esa forma las palabras del Deuteronomio.

29. Deut. 32:36; Sal. 135:14.

30. Después de haber desechado su gracia, el pecador no tiene que esperar nada más que su ira, que es "fuego consumidor". La expresión *caer en las manos del Señor* se encuentra en 2º Sam. 24:14, 1ª Crón. 21:13. Sobre el epíteto: *Dios viviente*, comp. 3:12.

31. *Habiéndoos hecho compañeros* (*copartícipes*) *de los que así se conducían.* Esta última expresión se explica por el hecho de que los oprobios y las tribulaciones que los cristianos soportaban eran siempre un fruto de su *conducta*, de la actitud que toma-

35 bien mejor y permanente [32]. No arrojéis pues vuestra osadía, la
36 cual tiene grande remuneración. Porque tenéis necesidad de perseverancia para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, recibáis
37 lo prometido [33]. Porque aún "cuan poco, cuan poco, el que viene
38 vendrá y no tardará [34]; mas mi justo por fe vivirá; y si se retra-
39 jere, no se agrada mi alma en él [35]". Mas nosotros no somos "de

ban. Comp. sobre la expresión figurada, *ser expuesto en espectáculo,* 1ª Cor. 4:9, 2ª nota).

32. Mat. 6:20; 19:21. Hay en este texto diversas variantes. 1º El texto recibido, con *Sin., mayúsc.,* tiene: "Tuvisteis compasión *de mis prisiones"; hay que leer: *de los prisioneros* (*A, D*), de los que sufren cautividad por su fe, y a quienes los hebreos habían socorrido y consolado. 2º El texto recibido tiene: "sabiendo que tenéis *en* vosotros mismos un bien mejor y permanente *en los cielos*". Las dos expresiones en bastardilla no son auténticas; mas el hermoso pensamiento del autor queda igual, y ese pensamiento es de Jesucristo (Mat. 6:19-21), así como el de la dicha que hay en *sufrir oprobios y aflicciones* por la justicia. (Mat. 5:10-12).

33. Gr. *la promesa.* Los hechos sobre los cuales el autor funda (*pues*) su exhortación y que recuerda a sus lectores (v. 32-34), no nos son conocidos; mas se ve desde luego cuanto, este género de exhortación a la *perseverancia,* se basa en un profundo conocimiento del corazón humano. Toda causa por la cual hemos sufrido, nos es querida por eso mismo; y la experiencia pasada de la gracia de Dios es muy apropiada para fortalecer una fe vacilante puesto que es la demostración viva y personal de que esa fe no era una ilusión. El autor encontraba pues en los recuerdos de sus lectores un motivo de gran fuerza para alentarlos a no *desechar de sí,* como de poco valor, la *osadía* que sacaban de su fe en Jesús, mediador del nuevo pacto (v. 19), sino a mostrar esa *perseverancia* que debía permitirles *alcanzar* la *gran remuneración prometida.* (3:6; 6:12; 1ª Pedro 5:4; Luc. 21:19; Mat. 5:12).

34. El principio de la cita es tomado de Isa. 26:20, donde se lee, en los Setenta, la misma expresión que traducimos por *poco tiempo, cuan poco, cuan poco;* el resto es sacado de Habac. 2:3, según los Setenta, que dan a ese pasaje un sentido diferente del hebreo; en su versión, es Dios quien es *esperado y debe venir.* Nuestro autor aplica el pasaje directamente al Mesías, agregando al texto de los Setenta el artículo: "*El* que debe venir". Este pensamiento: "el tiempo es corto", es eminentemente apropiado para animar a los cristianos en medio de los combates y del sufrimiento (Comp. v. 25, 2ª nota y 1ª Pedro 1:6).

35. Habac. 2:4; comp. Rom. 1:17, 4ª nota. Esta cita también es diferente del hebreo, pero conforme a los Setenta. Nuestro autor invierte las dos partes de ella, siendo este orden más conveniente a su pensamiento: *vivir por la fe,* o *¡retraerse* y perecer! El texto presenta variantes: 1º "El justo vivirá por *mi* fe", (*D,* vers. sir.) lo que querría decir: por mi fidelidad. 2º El texto recibido (*mayúsc.*) tiene: "El justo vivirá por fe". 3º La lección de *Sin., A,* adoptada por la mayor parte de los críticos: "*Mi* justo vivirá por fe", es decir el justo que me pertenece, que se ha entregado a mí.

retracción" para perdición, sino "de fe" para preservación del alma [36].

36. *Nosotros no somos de los que se retiran para perdición, sino creyentes para salvar su alma.* No hay salvación del alma sino por la *fe,* y una fe que persevere hasta el fin. (Mat. 24:13). Mas también esa fe nos enseña que perder todo para salvar su alma es una verdadera ganancia. (Mat. 10.39). A pesar de la severidad con que el autor ha hablado en lo que precede, expresa con estas últimas palabras la esperanza de que sus lectores a quienes se asocia fraternalmente (*nosotros*), serán del número de los que hacen la *adquisición del alma* (1ª Tes. 5:9; comp. Luc. 17:33), es decir de la vida eterna, perseverando hasta el fin. (Luc. 21:19).

TERCERA PARTE

LA FE
(Cap. 11 a 13)

1. La fe y sus testigos bajo el Antiguo Pacto
(Cap. 11)

A. 1-7. La fe, su naturaleza y sus efectos. Ejemplos de los tiempos primitivos. — 1º *Un carácter de la fe.* Es una firme convicción, una certeza de lo que esperamos, una demostración de cosas que no vemos (1). — 2º *Valor de la fe.* Ha procurado a los antiguos el sentimiento de ser agradables a Dios (2). — 3º *Un primer fruto de la fe.* Por ella, sabemos que el mundo ha sido sacado de la nada por una palabra de Dios (3). — 4 *Abel, aprobado de Dios.* Su fe le permitió ofrecer un sacrificio que Dios acogió; gracias a ella fué declarado justo; por ella habla todavía (4). — 5º *Enoc, exento de la muerte.* Su fe le valió el ser transferido al cielo, pues le hizo agradable a Dios. El que se acerca a Dios debe creer que él existe y que recompensa a los que le buscan (5, 6). — 6º *Noé, divinamente advertido.* Noé, instruído del porvenir, construyó el arca, salvó su familia y condenó al mundo. Fué heredero de la justicia que es según la fe (7).

XI Ahora bien: fe [1] es firme confianza de cosas que se esperan,

1. La *fe* ha sido la vida misma de todos los hombres que, ya en este mundo, estuvieron en comunicación con el invisible. El autor acaba de citar la palabra del profeta: "el justo vivirá por fe" (10:38); ha añadido: (10:39): "Nosotros no somos de los que se retiran para perderse, sino de los que tienen fe para salvar su alma". Compenetrado de la potencia de la fe, siente la necesidad de mostrar esa potencia a sus lectores con ejemplos sacados de la historia de su pueblo. Nada más persuasivo que los hechos. Podrá parecer, a primera vista, que la fe de los creyentes del antiguo pacto, de que el autor habla en nuestro capítulo, no es, como la de los cristianos en el capítulo precedente (v. 22 35-39), la fe que justifica y salva al pecador, apropiándole los méritos del Salvador. En nuestro capítulo se trata más bien de una visita del alma que, elevándose por sobre lo presente, contempla lo invisible, se apodera de ello y saca de ello la fuerza para sacrificar todo en medio de los peligros y de los sufrimientos. Sin duda, esta observación es fundada; mas no hay que perder de vista que en su naturaleza íntima, en su acción sobre el corazón del hombre, la fe es la misma en los creyentes de ambos pactos; ella se apodera vigorosamente de todo su ser, determina su voluntad, im-

2 demostración de cosas que no se ven [2]. En ésta, en efecto, obtu-

pregna sus afectos, decide de su vida, los impulsa a hacer el sacrificio de sí mismos. No queda pues diferencia más que en el objeto de su fe. Mas, aun a este respecto, no se debe olvidar que las revelaciones de Dios a la humanidad forman, desde el origen, un todo indisoluble. Así, en cada promesa, aun temporal, de Dios a su pueblo se hallaba en germen la gran promesa de la salvación; cada liberación que ese pueblo esperaba por la fe era una profecía de su redención eterna. Es lo que el autor va a mostrar por el ejemplo de Abrahán, de Moisés, etc.; es así como nos enseña el verdadero punto de vista para la interpretación del Antiguo Testamento. Por mucha diversidad que haya en los hombres de Dios en cuanto al conocimiento, según el grado a que las revelaciones divinas habían llegado a cada uno de ellos, la *fe*, por la cual se confiaban por completo a Dios, era la misma, en un sentido, en su objeto. Este objeto era siempre Dios y su gracia, más o menos completamente manifestados. La fe no es solamente ni ante todo un conocimiento adquirido o recibido por revelación, sino una determinación de la voluntad; se puede pues, en ciertas circunstancias, poseer, con un conocimiento aún débil y obscuro, el sentimiento más profundo. La confianza más inconmovible, y la inversa. Sin embargo, cuando el estado moral del hombre es sano, hay siempre, entre el conocimiento y la fe, acción y reacción: cada luz nueva afirma la confianza, y cada acto de fe hace más luminoso el conocimiento de la verdad. Los ejemplos que el autor va a recordar lo probarán. Por esto la fe, aun en el sentido que Pablo da a esta palabra, la fe justificadora, extiende su acción a todas las circunstancias de la vida del cristiano. Cuando este apóstol declara al hombre sujeto a las pruebas más terribles, que "todas las cosas obran juntas para el bien de los que a Dios aman", es necesario, para estar bien convencido de esta extraña paradoja, y para "jactarse en las aflicciones", una fe que, en esta aplicación, no es precisamente la fe justificadora; y sin embargo esos dos géneros de fe no existen el uno sin el otro.

2. Los objetos de la fe cristiana, los bienes eternos, no son aún presentes, son *lo que se espera;* son invisibles para los sentidos, o *lo que no se ve.* Ahora bien: lo que constituye la fuerza del creyente y le hace capaz de perseverar (véase 10:39, con el cual nuestro versículo está íntimamente ligado), es el hecho de que pertenece a la naturaleza de la fe el hacer presente lo porvenir y visible lo invisible. Para expresar este pensamiento, el autor se sirve de dos términos que son a menudo mal comprendidos, sobre todo cuando se busca en ellos una definición de la fe, en lugar de ver simplemente la indicación de uno de sus caracteres que el autor hace notar para alentar a los que están en peligro de sucumbir en la lucha. La primera de esas palabras (gr. *hipóstasis*) significa el acto de colocar abajo, luego una base firme, un fundamento; nada impediría traducir: "la fe es el fundamento (en nosotros) de las cosas que se espera". Esta palabra significa también la substancia, la esencia, la realidad de una cosa, que subsiste porque está bien fundada. Los antiguos intérpretes (los Padres, Bengel) se han atenido a este sentido, que se encuentra en otro pasaje de nuestra epístola donde el autor emplea la misma palabra. (1:3). Había sido adoptado en las precedentes ediciones (francesas; nota del traductor) de este Comentario. Se pueden invocar en su favor las consideraciones siguientes: la fe pone al creyente en contacto vivo e íntimo con su objeto;

3 vieron buen testimonio los antiguos [3]. Por fe entendemos haber

le da su experiencia, su posesión anticipada; hace que ya disfrute, le asegura la plenitud de su goce; su fe es pues realmente desde ahora la substancia, la realidad de lo que espera. Crisóstomo ha podido decir: "La fe es una visión de lo que está oculto, y nos da sobre lo invisible la misma certidumbre que tenemos para las cosas que están ante nuestros ojos. La fe nos da la substancia de aquello cuya realidad no parece aún, o más bien la fe misma es tal substancia. Así la resurrección no está aún presente, mas la fe hace que ella exista en nuestra alma". En el mismo sentido se dice del creyente que "gusta las virtudes del siglo venidero" (6:5); que el que cree "*tiene* la vida eterna", que "pasó de muerte a vida". (Juan 5:24; 3:18,19; 8:51; 1ª Juan 3:14). Bien que las reflexiones precedentes sean justas en sí mismas, y den a la definición de la fe un significado profundo, es sin embargo más probable que el autor haya tomado el término que emplea en un sentido subjetivo, con la intención de caracterizar los sentimientos del creyente y no la naturaleza del objeto tomado por la fe. Por esto, desde Lutero, se lo traduce con mayor frecuencia por *firme confianza, persuasión* (Rilliet), *firme espera* (Segond). Este sentido, que la palabra tiene también en autores profanos, es el único admisible en 3:14; y se encuentra confirmado, en nuestro pasaje, por el segundo término empleado; éste, agregado al primero sin partícula ilativa, es destinado a precisar su significado indicando de qué naturaleza es esa certeza, y cómo ha nacido y se mantiene. Debe traducirse por *demostración;* la mayor parte de nuestras versiones lo vierten por "convicción", mas el término griego no tiene ese sentido; designa propiamente *lo que produce la convicción,* una prueba, una *demostración.* El verbo de la misma raíz significa en el Nuevo Testamento: crear una evidencia moral. Sirve para expresar la acción ejercida por Juan el Bautista sobre Herodes (Luc. 3:19), o el efecto producido por una asamblea cristiana en el incrédulo que entra en ella. (1ª Cor. 14:24, nota). Se lee en las palabras de Jesús: "Quién de vosotros me *convencerá de pecado?*". (Juan 8:46); el Espíritu Santo "*convencerá* al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Juan 16:8). Se puede inferir de este empleo del verbo, que el substantivo *demostración,* en el pensamiento del autor, designa la fe como el medio de procurarnos una convicción moral, y no la certidumbre que descansa en el testimonio de los sentidos, o en la evidencia lógica o matemática. En cuanto a las expresiones que designan los objetos de la fe: *cosas* (gr.) *que son esperadas, cosas* (gr.) *que no son vistas,* se puede decir que la segunda precisa también la naturaleza de *las cosas que se esperan;* no son cosas visibles, bienes terrestres, sino las realidades celestiales y eternas. O bien, —y esta explicación nos parece preferible,— ambos términos designan objetos diferentes, el primero: *cosas que son esperadas,* se refiere exclusivamente a los bienes venideros hacia los cuales se lanza nuestra esperanza; el segundo: *cosas que no son vistas,* puede designar *hechos* ya actuales, pero invisibles, que abarca nuestra convicción moral.

3. Gr. *En ésta recibieron los antiguos testimonio,* el *testimonio* de ser agradables a Dios (v. 5; comp. Act. 10:22). *En ella,* es decir en razón de esta fe, *porque la poseían.* Los *antiguos* son los fieles del antiguo pacto. Ese *testimonio* les fué dado, ora en su propia conciencia, ora por palabras divinas que aprobaban su fe.

sido ordenados los mundos por palabra de Dios, para que lo que
4 se ve no haya sido hecho de cosas que aparecen [4]. Por fe más excelente sacrificio ofreció a Dios Abel que Caín, por medio de la cual obtuvo testimonio de ser justo; dando testimonio "Dios por sus presentes"; y por medio de ella, habiendo muerto, aún
5 habla [5]. Por fe Enoc fué trasladado para no ver muerte, y "no se

4. Aun en su manifestación primera y más general, la fe, en cuanto nos persuade que de el mundo ha sido creado por la palabra de Dios, es una vista de lo invisible. Observando el mundo sensible, el hombre no discierne más que una cadena no interrumpida de causas y de efectos, y nada le prueba que esa cadena haya tenido jamás un comienzo. *Por fe,* basándose en una revelación positiva de Dios, *considera, entiende, reconoce* que todas las cosas visibles han tenido, en su tiempo, una causa invisible, *que el universo* (gr. *los siglos, las edades* que el universo debe recorrer y todo lo que las llena) *ha sido hecho, formado, construído por una* o por *la palabra* creadora *de Dios.* El autor alude a Gén. 1:1-4. (Sal. 33:6. Comp. Juan 1:1-3). Y no pequeño esfuerzo hace falta a la fe para admitir ese milagro de los milagros, ese acto de la omnipotencia, por el cual el universo fué sacado de la nada, *ordenado por la palabra de Dios, a fin de que,* como el autor añade, señalando la intención divina, *lo que se ve no haya sido hecho de cosas que aparecen,* es decir tuviera una causa invisible, inmaterial, el Dios eterno mismo, y fuera llamado a la existencia por su única *palabra* creadora.

5. Estas palabras son un precioso comentario de la historia de Caín y de Abel. (Gén. 4:3 y sig.). El Génesis no dice por qué no aceptó Jehová el sacrificio de Caín, mientras que el de Abel le fué agradable. Nuestro autor da la razón; está por completo en la *fe* de Abel, en la humilde confianza de su corazón en la gracia de Dios. El *sacrificio* era el símbolo de una entera consagración a Dios de parte del que lo ofrecía; si con el símbolo había la realidad, si el creyente daba su corazón con la víctima, el sacrificio era agradable al Señor. (Rom. 12:1; Juan 4:24). Si, al contrario, el que lo ofrecía no se elevaba por sobre el acto material, si pensaba con ello hacer un servicio al Eterno, cumplir una obra meritoria, y esperaba su recompensa como si tuviera derecho a ella, Dios debía apartarse de un sacrificio semejante. (Mat. 6:5,16.) Hé ahí por qué ofreció Abel *mejor* (gr. *superior,* por la calidad, no por la cantidad) *sacrificio que Caín* (Comp. 1ª Juan 3: 12). *Por ella,* por la fe que inspiraba su ofrenda, Abel *recibió el testimonio de ser justo,* de ser aprobado de Dios, de andar en sus caminos. (Comp. 10:38; Mat. 23:35). Otros refieren el pronombre relativo al *sacrificio* que precede inmediatamente, y traducen: *sacrificio por el cual* obtuvo el testimonio de ser justo. La declaración del v. 2 (comp. v. 7, nota, y v. 39) hace poco probable esa relación. ¿Cómo le dió Dios ese testimonio? Unos suponen que su sacrificio fué consumido por el fuego del cielo, como aconteció en otros casos (Gén. 15:17; 1ª Reyes 18:38, etc.); otros admiten simplemente que Abel recibió ese testimonio en su conciencia y en su corazón, donde sintió la aprobación y la paz de Dios. Este último testimonio fué en todo caso el más precioso de su fe. *Y por ella,* por su fe, *aunque muerto, habla aún.* ¿Cómo? Por la voz de su sangre, dicen la mayor parte de los intérpretes, que clama a Dios y le pide jus-

le encontraba porque Dios le había trasladado"; antes del traslado, en efecto, ha obtenido testimonio de "haber agradado a 6 Dios"; mas sin fe es imposible "agradar"; es necesario en efecto, que el que se allega a Dios, crea que es y que se hace remune- 7 rador de los que le buscan [6]. Por fe, habiendo sido Noé divinamente advertido sobre las cosas que aún no se veían, lleno de piadoso temor construyó un arca para salvación de su casa; por medio de la cual condenó al mundo, y se hizo heredero de la justicia que es según la fe [7].

ticia. (Gén. 4:10; Hebr. 12:24). El fué el primero de esa larga serie de mártires, cuya sangre inocente debía recaer sobre la generación contemporánea de la ruina de Jerusalén (Mat. 23:35,36), el primero de esos elegidos que clamaron a Dios y a los cuales Dios hará justicia en el gran día de las retribuciones. (Luc. 18:7,8). Sin embargo, por fundada que pueda ser, esa explicación no tiene debidamente en cuenta las palabras: *por ella*, por la fe, habla aún. Las sangre de Abel, que pide *venganza, no es el lenguaje de la fe.* Por esto hay que admitir que más bien por su ejemplo habla desde el principio y a través de los siglos, puesto que Dios quiso que ese ejemplo fuera consignado en las primeras páginas de las santas escrituras y mostrara a todas las generaciones cuál es el culto que Dios acepta.

6. Después de haber citado el ejemplo de *Enoc, toda cuya* historia se resume en estas palabras profundas: "anduvo con Dios" (Gén. 5:22), el autor agrega (v. 6), para probar que esta comunión íntima con Dios fué en ese patriarca el fruto de la *fe*, la declaración de que, *sin la fe, es imposible agradar* al Señor. En efecto, la comunión con Dios supone dos cosas que son la esencia misma de la fe: *creer que Dios existe*, no solamente admitir su existencia sino haber hallado por la fe al Dios vivo y verdadero que la razón obscurecida no conoce; luego, creer que *se hace remunerador*, y es él mismo la mayor *remuneración* (10:35) de los que le buscan, y a los cuales se complace en manifestarse. La fe, la confianza del corazón es de todos nuestros sentimientos el que más honra a nuestro Padre celestial; hé ahí por qué le es tan *agradable*. Al mismo tiempo, es el único que nos pone verdaderamente en comunión con él, y esta comunión es el bien supremo del hombre, la única recompensa que pueda desear. En cuanto al hecho de que *Enoc fué traspuesto* al cielo, *para no ver la muerte*, el autor entiende literalmente el relato del Génesis. Por esto cita las palabras mismas de ese relato: (gr.) *no era encontrado, porque Dios le había traspuesto.* (Gén. 5:24). Todas nuestras versiones dicen: *arrebatado, arrebatamiento.* Este término hace pensar en un solo lugar, aquel de donde la persona arrebatada desaparece. La voz griega significa cambiar de lugar, *trasladar, trasponer;* dirige la atención, no solamente al punto de partida, sino hacia el de llegada; y es lo que importaba al autor. Se ha propuesto traducir el final del v. 5: *pues antes del* pasaje donde se cuenta *el traslado, se le da testimonio.* (Véase una construcción análoga, Mar. 12:26.)

7. "Este ha sido un ejemplo admirable de virtud: a saber que estando todo el mundo hundido en delicias, y haciéndose a creer que no sería castigado, como si no hubiera juicio de Dios, Noé solo se propuso ante sus

B. 8-22. La fe y las promesas de Dios. Ejemplos de los patriarcas. — 1º *Abrahán.* Por la fe, obedeció a la vocación divina, partiendo hacia un lugar que debía poseer mas que no conocía; habitó, lo mismo que sus herederos, como extranjero, en la tierra prometida, pues esperaba la ciudad edificada por Dios (8-10). — 2º *Sara.* Por la fe en la promesa de Dios, pudo tener una posteridad innumerable como las estrellas y como la arena que está a las orillas de la mar (11, 12). — 3º *La muerte de los patriarcas.* Todos murieron en la fe, saludando de lejos las cosas prometidas, extranjeros sobre la tierra, buscando una patria mejor. Por esto Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, pues les ha preparado una ciudad (13-16). — 4º *El sacrificio de Isaac.* Por la fe, Abrahán ofreció su hijo único, que debía asegurarle una posteridad. Pensaba que Dios le resucitaría de entre los muertos (17-19). — 5º *Isaac, Jacob, José.* Por la fe pronuncian al morir palabras proféticas (20-22).

8 Por fe, siendo llamado Abrahán, obedeció para "salir" hacia un lugar que debía recibir en herencia, y "salió" no sabiendo 9 adonde iba [8]. Por fe "residió" en la tierra de la promesa como en

ojos la venganza divina, aunque debiera ser aún diferida por largo tiempo; tanto más cuanto que trabajó por espacio de ciento veinte años admirablemente en la construcción del arca; y que luego permaneció firme y constante en medio de tantas burlas de los malos y que en la destrucción de todo el mundo no dudó de que sería salvado, sino que, lo que es más, se aseguró de su vida en el sepulcro, es decir en el arca." *Calvino.* Algunos intérpretes recientes hacen depender el complemento: *sobre cosas que aún no se veían*, no del participio: *divinamente advertido*, sino del participio: *sobrecogido de religioso temor* (5:7); se basan principalmente en el empleo, en el texto griego, de la negación subjetiva que se aplica a los conocimientos de Noé: *sobre cosas aún no vistas* por él. *Condenó* por *ella* (este pronombre puede referirse a la *fe* o al *arca* o a la *salvación;* la primera relación es la más natural) *al mundo*: mostró, en efecto, que, puesto que creyendo y construyendo su arca, pudo salvarse con su familia, el mundo pereció por su incredulidad. (Comp. Mat. 12:41-42; Rom. 2:27.) O, según otra interpretación, trabajando con fe en la construcción del arca, Noé proclamaba que el mundo, la tierra y los que la habitaban (2ª Pedro 2:5), estaban maduros para la destrucción. Por la fe también Noé *llegó a ser heredero de la justicia que es según la fe.* Entra en posesión (1:14; 6:12) de esta justicia cuando, en razón de su fe, es declarado agradable a Dios; él fué el primero que obtuvo este testimonio (Gén. 6:8, 9.) Los intérpretes modernos no admiten, a pesar de la semejanza de los términos empleados, que esta *justicia según la fe* sea la justicia *por* la fe, como la entiende Pablo (Rom. 1:17; 3:22-24), el perdón de los pecados en virtud de la redención realizada por Cristo Jesús. El ejemplo de Noé es citado por Jesucristo para hacer resaltar el contraste de su fe con la incredulidad y la seguridad carnal del mundo. (Mat. 24:27 y sig.)

8. Gén. 12:1 y sig. Aquí también, el autor tiene cuidado en hacer observar que el objeto de la fe de Abrahán no se veía, no habiendo querido Dios, en la vocación del patriar-

tierra extraña, habiendo morado en tiendas, con Isaac y Jacob, 10 los coherederos de la misma promesa; porque aguardaba la ciudad que tiene los fundamentos, cuyo artífice y constructor es 11 Dios [9]. Por fe también la misma Sara recibió fuerza para fundar una descendencia aun más allá de la edad oportuna, puesto que 12 consideró ser fiel el que había prometido [10]; por lo cual también de uno fueron engendrados, —y esto amortiguado,— "como las estrellas del cielo" en muchedumbre "y como la arena innumera-

ca, ni siquiera nombrarle el país adonde debía ir; y que la *fe* produjo la *obediencia* o más bien es ella misma la obediencia, la sumisión del corazón y de la voluntad a la Palabra de Dios. (Comp. Juan 3:36, nota.) *Obedeció partiendo* o, como se puede traducir el infinitivo griego que sirve de complemento al verbo: *obedeció, partió por obediencia. A, D,* tienen el artículo delante del participio *llamado;* habría que traducir esa lección por: *el llamado* Abrahán.

9. Para comprender bien las reflexiones que el autor hace, en los v. 8-16, sobre la posición de Abrahán y de los patriarcas en el país de Canaán, es necesario recordar los pensamientos que ha expresado (4:1-11) sobre esa *tierra de la promesa* y del reposo. La vida de extranjeros *habitando en tiendas,* no fué adoptada por los patriarcas, porque les agradara, porque estuviera en las costumbres del Oriente, o porque no hubieran podido adquirir posesiones en Canaán (Abrahán era muy rico y la notable historia referida en el capítulo 23 del Génesis muestra muy bien lo que habría podido hacer con sus bienes); se sometieron a ella únicamente en la confianza inconmovible de que Dios, según su palabra, daría ese país entero a su posteridad, y que luego, en esa posteridad, "todas las familias de la tierra recibirían bendición". No podían concebir entonces todo el alcance de esta promesa. Mas gracias a ella, la posesión futura de Canaán no era para ellos objeto de una esperanza puramente terrestre; ella elevaba su fe hasta objetos espirituales y eternos: primero, porque anunciaba la salvación del mundo, y luego porque, dándoles a entender que ellos mismos no poseerían el país de Canaán (véase Gén. 15:13 y sig.), los colocaba en presencia de una contradicción que sólo su fe podía resolver, y que resolvió en efecto mostrándoles en Canaán la figura y la prenda de una patria mejor, permanente, celestial, que ellos *esperaban.* Tal es la interpretación de su fe y de su vida, que el autor da de la manera más clara en los v. 13-16. Aquí, muestra que Abrahán resolvió la contradicción implicada en su posición de *extranjero* en *la tierra de la promesa, pues esperaba la ciudad que tiene fundamentos* inconmovibles (esta figura forma contraste con las *tiendas* ligeras en que vivían él y sus descendientes) y que tiene a *Dios* mismo por *arquitecto* y por *constructor,* creador, obrero. (v. 16, 3ª nota.) Por esta *ciudad* el autor tiene en vista Jerusalén, que, después de haber sido la capital del reino teocrático establecido en la Canaán terrestre y haber poseído el templo, señal visible de la presencia de Dios, se ha tornado, en los cielos, en la mansión de los que son reunidos en la comunión de Dios. (Comp. v. 16; 12:22; Apoc. 21.)

10. "Es maravilla que se alabe la fe de Sara, en vista de que es manifiestamente argüída de infidelidad, en cuanto se rió de la palabra del ángel como de una fábula. (Gén. 18:10-15.) Hay que confesar que su fe

13 ble que está a la orilla de la mar [11]". Según la fe murieron todos éstos, no habiendo recibido las cosas prometidas, sino habiéndolas visto y saludado desde lejos [12], y profesado que eran "extranjeros 14 y peregrinos sobre la tierra [13]". Porque los que tales cosas dicen 15 manifiestan que buscan una patria; y cierto si se acordaran de 16 aquella de que salieron, oportunidad tendrían de volver; mas ahora desean una mejor, esto es celestial [14]; por lo cual no se avergüenza Dios de ellos, de ser llamado su Dios [15], porque les ha preparado

ha sido mezclada de desconfianza; mas por cuanto, después de haber sido amonestada, corrigió su desconfianza, no deja por eso de ser confesada de Dios y alabada su fe. Y de esto recogemos una doctrina muy útil: aunque nuestra fe vacile o cojee, en cierto modo, no deja sin embargo de ser aprobada de Dios, con tal que no dejemos la brida a nuestra desconfianza." *Calvino.* Ese contraste de la duda y de la fe deja entrever el autor en estas palabras: *la misma Sara también.* Nosotros traducimos: *aun más allá de la edad oportuna;* los términos del original significan literalmente *más allá* o *contra el tiempo de la edad.* El texto recibido (*Mayúsc., vers.*) agrega: parió. *D* da a *Sara* el epíteto de *estéril. Fundar una posteridad:* otros traducen *concebir.*

11. Comp. Gén. 15:5; 22:17; 32:12; comp. Rom. 4:18-22.

12. *Según la fe,* como lo comporta la fe y de conformidad a la posición del creyente en este mundo, murieron *sin haber recibido las cosas prometidas, solamente habiéndola visto y saludado de lejos,* así como los peregrinos saludan anticipadamente el término de su viaje. Jesucristo ha dado a la fe de Abrahán un testimonio semejante. (Juan 8:56.) "Dios ejercita la fe de los suyos hasta la muerte, para coronarla con una inmortalidad más gloriosa. Los más grandes de los santos sienten bien que no han recibido aún los bienes que Dios les ha prometido. Ciudadanos del cielo, pero extranjeros y viajeros sobre la tierra, ven de lejos su patria por la fe, la saludan en la esperanza de llegar a ella pronto, tienden hacia ella y corren con los deseos, los movimientos y las obras de su caridad." *Quesnel.*

13. Véase sobre el sentido de esta *profesión* v. 10, nota, y comp. Gén. 23:4; 47:9; 1ª Crón. 29:15; 1ª Pedro 2:11.

14. Comp. v. 10, nota. Su profesión de ser extranjeros sobre la tierra de la promesa *muestra claramente que buscan su* verdadera *patria* (v. 14); pues, si se tratara para ellos de una patria terrestre, *si se acordaran* de aquella de la que habían salido, si quisieran hablar del país de su origen, *tendrían tiempo* u ocasión *de volver; mas* (gr. *mas ahora,* partícula que opone el hecho real al supuesto: *si se acordaran*), es evidente que sus *deseos* y su fe tendían más arriba. (v. 15, 16.) "Todo es profético en los patriarcas, y sobre todo el olvido de su país y de los bienes de la tierra". *Quesnel.* El verbo: *si se acordaran* está en imperfecto, porque el autor sobrentiende: al hablar así (v. 15.) Una variante de *Sin., D,* admitida por Tischendorf, tiene ese verbo en presente: *se acuerdan.* Esta lección es desechada por la mayor parte de los editores.

15. Gr. *No tiene vergüenza de ellos, de ser llamado su Dios;* el infinitivo explica en qué no tiene vergüenza de ellos. Dios se dignó, llamarse *su Dios,* aun mucho tiempo después de que hubieran desaparecido de la escena de este mundo (Gén.

17 una ciudad [16]. Por fe "ha ofrecido Abrahán, siendo probado, a Isaac; y al unigénito" ofrecía el que había acogido las promesas, 18 cuanto al cual se había dicho: "En Isaac te será llamada una des- 19 cendencia [17]"; habiendo pensado que poderoso es Dios aun para resucitar de entre los muertos; por lo cual también le recobró en 20 figura [18]. Por fe aun sobre cosas venideras bendijo Isaac a Jacob

26:24; 28:13; Ex. 3:6.) Se sabe qué conclusión sacaba Jesucristo de estas palabras en relación con la resurrección y la felicidad eterna de los patriarcas (Mat. 22:32, nota.) Este pensamiento ocupa también el espíritu de nuestro autor.

16. La prueba (*porque*) de que Dios no tiene vergüenza de ellos, está en que *les ha preparado una ciudad*, la *ciudad* que ellos esperaban, "cuyo artífice y constructor es Dios." (v. 10; Comp. 12:22; 13:14; Gál. 4:26.) El autor no dice que hayan entrado inmediatamente en posesión de esa ciudad; según los v. 39 y 40 (véase la nota), no debían llegar a ella sino por medio de Cristo y de su obra redentora. Una vez que hubieron entrado, Dios fué "su Dios", en toda la plenitud del término. (Véase la nota preced. Comp. Apoc. 21:2-4; 22, 23; 22:3-5.)

17. Es decir: "te será concedida una descendencia que llevará tu nombre." Cita textual de Gén. 21:12.

18. La *prueba* terrible de Abrahán (Gén. 22:1) no fué principalmente la de su ternura de padre, ni puso a luz solamente su amor a Dios y su obediencia; lo que fué más vivamente *puesto a prueba* en él es *su fe*. Las promesas que eran el fundamento de su vida religiosa, el objeto de toda su esperanza, sabía él, con perfecta certidumbre, que sólo se cumplirían en Isaac (v. 18); ¡y recibe la orden de sacrificar ese hijo! ¡Qué contradicción en Dios! ¿Qué va a ser de la *fe* de Abrahán? Esta fe le da la certeza de que Dios sabrá conciliar todas las contradicciones, salvar el honor de su fidelidad y de su verdad, aunque debiera para ello *resucitar* a Isaac *de entre los muertos. Por lo cual*, en virtud de su fe (otros toman la voz griega en su sentido local: *de donde*, es decir de entre los muertos), *le alcanzó* (como se alcanza el premio de una victoria) *también figuradamente* o *en figura* (gr. *en parábola*), es decir como un símbolo de la potencia de Dios para resucitar los muertos. (Véase la misma palabra en 9:9.) Para Abrahán en el momento en que tomó el cuchillo, el sacrificio de su hijo estaba hecho, su hijo estaba muerto. ¡Qué importa! se decía; mejor que faltar a sus promesas, Dios devolverá la vida a mi hijo. Así la liberación que Dios le otorgó, deteniéndole en el momento en que iba a herir al mozo, fué realmente para él, y es para todos los que le siguen en su fe, una *parábola* de la resurrección, pues las promesas divinas se extienden hasta la vida eterna. Por tanto, todo el que da a Dios sus amados por la fe, los *recobrará* por la resurrección. Algunos intérpretes han pensado que el autor veía en este hecho una figura de la resurrección del Hijo de Dios, según una alusión a Abrahán que Pablo hace en Rom. 8:32. Es poco probable que este pensamiento esté en nuestro pasaje. Mas por otra parte la traducción: *por una especie de resurrección*, es decir por una liberación que se asemejaba a una resurrección (Calvino, Osterwald, Segond), no tiene bastante en cuenta el término *en parábola*. Algunos en lugar de traducir el término griego por *en parábola*, lo vierten, según el sentido del verbo de que deriva, por: en la ofren-

21 y a Esaú [19]. Por fe Jacob, muriendo, bendijo a cada uno de los 22 hijos de José, y "adoró sobre el extremo de su bastón [20]". Por fe José, llegando a su fin, hizo mención de la partida de los hijos de Israel, y sobre sus huesos dió mandamiento [21].

C. 23-40. LA FE Y LA LUCHA CONTRA EL MUNDO. MOISÉS Y LOS TIEMPOS POSTERIORES. — 1º *Moisés*. Por la fe fué ocultado al nacer. Por ella escogió compartir los sufrimientos de su pueblo y el oprobio de Cristo; dejó Egipto sin miedo, permaneciendo firme como viendo al invisible; hizo la pascua y la aspersión de sangre. Por la fe, los israelitas pasaron en seco el mar Rojo (23-29). — 2º *La entrada en Canaán*. La fe hace caer los muros de Jericó y salva a Rahab (30-31). — 3º *Enumeración de creyentes y cuadro de los triunfos de la fe*. El autor, no teniendo tiempo de citar en particular todos los ejemplos de fe que presenta la historia de Israel, nombra aún algunos héroes de la fe; luego muestra cómo por ella los fieles fueron hechos vencedores de toda la potencia del mundo (32-38). — 4º *Conclusión*. Todos esos creyentes, aprobados por causa de su fe, no obtuvieron lo que les estaba

da, "en el sacrificio" (Weizsäcker), "en el momento mismo en que lo exponía." (Oltramare.) Esta traducción es contraria al sentido constante de la palabra (Comp. 9:9.)

19. Isaac todavía no poseía nada en Canaán cuando, en la *bendición* que pronunció sobre sus hijos, anunció a uno y otro el cumplimiento futuro de las promesas de Dios. (Gén. 27:29, 39, 40.) Siempre el carácter distintivo de la fe, que ve lo invisible y que el autor hace notar al decir: los bendijo *aun* respecto de *cosas venideras*. La voz *aun* falta, es verdad, en *Sin.*, *mayúsc.*, versiones.

20. Gén. 48:13-19. La versión griega de los Setenta que sigue el autor, tiene: *sobre el extremo de su bastón*, en lugar de "sobre la cabecera de su lecho", como dice el hebreo. (Gén. 47:31.) Este cambio obedece únicamente a una pronunciación diferente de la misma voz hebrea (*matteh*, bastón, por *mittah*, lecho.) Mas esto carece de importancia en cuanto al sentido del relato. Lo que el autor quiere mostrarnos es la *fe* de Jacob que pide a su hijo José transporte sus restos mortales a la tierra prometida (Gén. 47:29, 30), y *adora* a Dios por esta gracia, como si ya su pueblo viera el cumplimiento de la promesa. Hay literalmente: *adoró* o se prosternó *sobre su bastón*. La Vulgata, la versión de Port-Royal, Reuss y Stapfer refieren las palabras *su bastón* a José, entendiendo por ellas el cetro del señorío que Dios le había dado en Egipto, y piensan que Jacob se inclinó ante el extremo del bastón de José para reconocer solemnemente a éste como jefe de la familia. Esta interpretación no parece fundada. Es rechazada por la mayoría de los comentadores.

21. Gén. 50:24 y sig. Misma fe cierta de lo invisible, es decir del cumplimiento futuro de la promesa de Dios; *los hijos de Israel* tomarán posesión de Canaán; José, así como su padre, quiere que *sus huesos* reposen en la patria. "Es fácil considerarse como extraño sobre la tierra, cuando es uno miserable; mas hacerlo, como José, hasta la muerte, en medio de los honores, de las riquezas y de un poder casi ilimitado, es uno de los más heroicos efectos de la fe. *Quesnel*.

prometido, habiendo Dios reservado el cumplimiento de la promesa para nosotros, a fin de que no llegasen sin nosotros a la perfección (39-40).

23 Por fe Moisés, habiendo nacido, "fué ocultado un trimestre" por sus padres, porque "vieron hermoso" al niñito, y no temieron 24 la orden del rey [22]. Por fe "Moisés, llegado a grande" rehusó ser 25 llamado hijo de la hija de Faraón, habiendo escogido más bien ser maltratado con el pueblo de Dios que tener temporal deleite de 26 pecado, habiendo considerado mayor riqueza "el vituperio del Cristo" que los tesoros de Egipto; porque fijaba sus ojos en la 27 remuneración [23]. Por fe dejó a Egipto, no habiendo temido el fu- 28 ror del rey; porque como viendo al invisible fué constante [24]. Por fe ha instituído "la pascua" y la aspersión "de la sangre", para

22. Su *fe* los puso por encima del *temor*. Esta fe les hizo ver también, en la *hermosura* del niño, un presagio de la obra que Dios realizaría por su medio para la liberación del pueblo. "Era hermoso a los ojos de Dios", dice Esteban en su discurso (Act. 7:20.) El griego tiene sus *padres*, expresión que designa el padre y la madre. El Exodo (2:2) no habla más que de la madre.

23. Moisés debía *rehusar* (gr. *renegar*) el título y los honores de *hijo de una hija de Faraón* (Ex. 2:10), *escoger* entre los *malos tratamientos* que sufría su *pueblo* y el (gr.) *temporario goce del pecado*, entre *el oprobio del Cristo* y *los tesoros del Egipto*. Su *fe* no le permitió vacilar, *porque* sostenido por ella, *tenía sus miradas fijas en la remuneración* (gr. *miraba lejos* del mundo *hacia la remuneración*). (Comp. Filip. 3:7-11.) Y sin embargo todo lo que él podía esperar era aún invisible; mas lo invisible es precisamente el objeto de la fe (v. 27; comp v. 1, nota.) Los sufrimientos y los desprecios a que estaba expuesto el *pueblo de Dios* en Egipto eran ya el *oprobio del Cristo*, porque Cristo era aquel en quien debía converger todo el desarrollo del antiguo pacto y porque, por consiguiente, los fieles de ese pacto sufrían ya por él, en consideración a su reinado. De igual modo los sufrimientos de los cristianos son los de Cristo (2ª Cor. 1:5; Col. 1:24), de este Cristo eterno y siempre vivo que lucha y sufre en su cuerpo, en sus miembros aún sobre la tierra. El es así quien realiza la unidad de los dos pactos, quien llena ambos de su Espíritu, de su vida. La *remuneración* o recompensa que Moisés tenía en vista no era la Canaán terrestre que jamás debía poseer; sino, como los patriarcas, esperaba la celestial. (v. 16; 10:35.)

24. Las palabras: *abandonó a Egipto*, ¿se refieren a la *fuga* de Moisés después de haber matado al egipcio (Ex. 2:14, 15), o a su *salida* de Egipto con el pueblo? Se pueden hallar razones para uno y otro sentido. Para el primero, se puede alegar principalmente el orden cronológico que sigue aquí el autor (v. 28, 29), y que se encontraría invertido si se tratara de la salida de Egipto con el pueblo. Mas entonces ¿por qué haría esta reflexión: *sin temer la ira del rey*, puesto que precisamente por el temor del rey huyó Moisés? ¿Por qué escogería luego en la vida de Moisés, vida tan rica en actos heroicos de *fe*, esa fuga, como una prueba especial de su fe? Por último, ¿cómo pasaría en silencio la vocación de Moisés en Horeb? ¿Por qué no nos

29 que "el que destruía" los primogénitos no los tocara [25]. Por fe atravesaron el mar Rojo como por medio de tierra seca, lo que 30 habiendo intentado los egipcios fueron absorbidos [26]. Por fe los muros de Jericó cayeron, habiendo sido rodeados por siete días [27]. 31 Por fe Rahab la ramera no pereció con los que no habían creído, habiendo ella recibido a los espías con paz [28].

le mostraría volviendo a Egipto, solo con la fuerza de Dios, para ir a libertar su pueblo? No, el gran acto de fe de Moisés, único que debe ser mencionado en este breve sumario de su carrera, es su salida de Egipto con el pueblo. El realizó esta salida sin dejarse detener por las dificultades todas que se oponían a ella, *sin temer el furor del rey*, y porque *permaneció firme como viendo a Aquel que es invisible.* (v. 1 nota) De esta salida habla el autor, designándola primero de modo general con una sola palabra: *abandonó* a Egipto, luego retomando en detalle diversos rasgos de la fe que Moisés demostró en esa gran empresa. De estas palabras: *viendo al Invisible*, y del ejemplo de Moisés, "inferimos que la verdadera naturaleza de la fe es el tener siempre a Dios ante los ojos; en segundo lugar, que la fe mira cosas más elevadas y ocultas en Dios que las que nuestros sentidos pueden comprender: en tercer lugar, que la mirada sola de Dios basta para vencer nuestra molicie y hacer que seamos más endurecidos que piedras contra todos los asaltos de Satanás." *Calvino.*

25. Gr. *para que el que destruía los primogénitos no tocara a ellos*, es decir los de los israelitas (Ex. 12:13.) *El destructor*: los Setenta han traducido así en Ex. 12:23, una palabra hebrea que significa *la destrucción*. Se figuraban ésta como obrada por un ángel (1ª Crón. 21:12, 15; com. 1ª Cor. 10:10.)

26. Ex. 14:26 y sig. Gr. *del cual* (mar Rojo) *habiendo los egipcios hecho ensayo fueron absorbidos*. Según las apariencias, el acto de los israelitas y el de los egipcios fué el mismo, unos y otros corrían el riesgo de perecer. Mas uno de los dos pueblos tenía una orden de Dios y una promesa a la cual se aplicaba su *fe*, mientras que el otro no tenía ni promesa ni fe. De ahí, la diferencia en el resultado de una *tentativa* que muestra, por una parte, la confianza en Dios y en su palabra; por la otra, una audacia enteramente humana.

27. Jos. 6. Es la *fe* de Josué, mucho más que la del pueblo, la que el autor alaba aquí, y una fe todo cuyo valor está en su objeto, la palabra de Dios, a la cual Josué obedeció, por ridículo que pudiera parecer a los ojos de la razón ese medio de tomar una ciudad fortificada.

28. Gr. *con paz.* Jos. 2:1 y sig. Varios intérpretes, seguidos por nuestras antiguas versiones (francesas) no han tenido el valor de aplicar al nombre de una mujer cuya *fe* y conducta alaba la escritura, el epíteto que el autor le aplica conforme a la historia sagrada, y que Jacobo emplea igualmente con intención (Jac. 2:25.) Dan a la palabra *ramera* en sentido de *hostelera*, que no tiene el original. Fueron precedidos en esa senda por los rabinos. Mas no han visto que esa triste condición de Rahab hace brillar la gracia de Dios en esa mujer. A pesar de su vida precedente, ella fué salvada por su fe: ésta aparece así tanto más sorprendente (Comp. Mat. 21:31, 32.) Al acercarse el pueblo de Dios, se declara por él. Compenetrada del temor de Jehová, cuyas maravillosas dispensaciones para con su pueblo declara

32 ¿Y qué más diré [29]? porque el tiempo me faltará refiriendo sobre Gedeón, Barac, Sansón, Jefté; y David y Samuel y los pro-33 fetas [30]; quienes por medio de la fe vencieron reinos [31], ejercieron justicia [32], obtuvieron cosas prometidas [33], taparon bocas de leo-34 nes [34], apagaron la potencia del fuego [35], escaparon del filo de la espada [36], fueron fortalecidos de la enfermedad [37], se hicieron fuertes en batalla, pusieron en fuga ejércitos de extranjeros [38]. 35 Mujeres recibieron por resurrección sus muertos [39]; y otros fueron batidos en la rueda, no habiendo aceptado la liberación, para 36 obtener una resurrección mejor [40]; y otros adquirieron experiencia de escarnios y de azotes, y aun de prisiones y de cárcel [41]; 37 fueron apedreados, aserrados, tentados, con muerte de espada

ella conocer (Jos. 2:9-13), muestra ella por su fe que sus conciudadanos habrían podido ser salvados como ella. El autor confirma esta suposición cuando dice que a causa de su fe ella *no pereció con los incrédulos*, a los cuales no quedaba excusa alguna. Y no solamente no pereció, sino que salvó consigo toda su familia, se agregó al pueblo de Dios (Jos. 6:23-25), casó más tarde con un israelita, Salomón, hijo de Nahassón, de la tribu de Judá, y tomó un lugar, por Booz y David, en la línea de los antepasados de Jesucristo. (Ruth 4:20-22; Mat. 1:5.)

29. Con esta transición, el autor pasa a una revista más sumaria de los héroes de la fe en la historia subsiguiente del pueblo de Dios. Recuerda primero los que probaron su fe con grandes acciones (v. 32-35); luego los que la mostraron por su constancia en grandes pruebas (v. 35-38.)

30. Estos primeros ejemplos son sacados del libro de los Jueces: Gedeón, (cap. 6 y sig.); Barac, (cap. 4: 6 y sig.); Sansón, (cap. 13 y sig.); Jefté, (cap. 11.)

31. Josué, David, etc., por ejemplo 2ª Sam. 8:1, etc. Este *por la fe* debe extenderse a todos los hechos del período que sigue, hasta el v. 38.

32. Samuel (1ª Sam. 7:15), David (2ª Sam. 8:15), Salomón (1ª Reyes 3:16), etc.

33. *Promesas* especiales y personales, y no la gran promesa del Mesías y de la salvación, que era sin duda el objeto principal de su fe, pero cuyo cumplimiento no vieron (v. 39.)

34. Dan. 6:22.

35. Dan. 3.

36. Quizás Elías (1ª Reyes 19:10), Eliseo (2ª Reyes 6:14 y sig.), y sobre todo, antes de ellos, David. (1ª Sam. 18:11; 19:10; 21:10.)

37. Gr. *recobraron fuerzas fuera de la enfermedad.* Ezequías (Isaías 38.)

38. Gr. *hicieron inclinar ejércitos ordenados en batalla* (propiamente: *campamentos*) *de extranjeros.* Abrahán, Josué, los Jueces, David, etc.

39. 1ª Reyes 17:17 y sig.; 2ª Reyes 4:32 y sig.

40. El autor piensa sin duda en los sufrimientos de Eleazar referidos en 2ª Mac. 6:18-31, y en los siete hermanos muertos con su madre. (Ib, 7.) Todos, *no aceptaron la liberación* que se les ofrecía a condición de que renegasen su fe, porque creían en una *resurrección mejor* que esa liberación misma. Son sus propias palabras: (2ª Mac. 6:26; comp. con 7:9, 11, 14, 20, 23, 29, 36).

41. Gén. 39:20; Jer. 20.2; 2ª Mac. 7:7.

murieron, ambularon metidos en pieles de oveja, en pellejos ca-38 brunos, sufriendo necesidades, atribulados, maltratados [42], —de quienes no era digno el mundo, —errando por desiertos y montes 39 y cuevas y los agujeros de la tierra [43]. Y todos éstos, habiendo obtenido buen testimonio por medio de la fe, no recibieron lo pro-40 metido; habiendo provisto Dios por nosotros alguna cosa mejor, para que no fueran hechos perfectos aparte de nosotros [44].

42. La *lapidación* era la pena de muerte usada entre los judíos: Zacarías hijo de Jehoyada murió de ese suplicio (2ª Crón. 24:21; comp. Mat. 23:35), lo mismo que el profeta Jeremías, según la tradición. Una tradición también, generalmente recibida en los primeros siglos de la iglesia, cuenta que el profeta Isaías fué *aserrado* en dos en tiempos de Manasés. (Comp. 2ª Reyes 21:16.) Varios profetas (gr.) *murieron por muerte de espada* en tiempos de Elías. (1ª Reyes 19:10.) A menudo los profetas, para evitar las persecuciones, o para hacer sentir mejor al pueblo sus pecados, se retiraban a *los desiertos, vestidos de pieles* de animales, expuestos a todas las privaciones (2ª Reyes 1:8; Zac. 13:4.) El verbo: *fueron tentados*, sorprende en medio de esta enumeración de suplicios. Si es auténtico, expresa sin duda la *tentación* especial que hay para el hombre más fuerte en esos horribles sufrimientos. Mas como, según los manuscritos, está ora antes, ora después de: *fueron aserrados*, y como esta última palabra se asemeja a la primera con diferencia de dos letras, se ha supuesto que un lector que no sabía a qué mártires se aplicaba esa mención puso, como conjetura, al margen: *fueron tentados*, y que más tarde ese vocablo pasó al texto. Se ha propuesto también cambiarle dos letras para hacer un verbo que designaría el suplicio por el fuego.

43. 1ª Reyes 18:4, 13; 19:4, 9, 13; 1ª Mac. 2:28 y sig.; 2ª Mac. 5:27; 6:11; 10:6.

44. *Todos* esos hombres de Dios *obtuvieron*, cada uno en su tiempo, el *testimonio* de que ha hablado ya el autor (v. 2, nota), y esto *por medio de la fe* que los hizo agradables a Dios y capaces de tan grandes acciones y sufrimientos. Su fe es tanto más admirable, cuanto que debieron vivir de esa fe sola, no andando jamás por vista, porque *no recibieron* el objeto de la *promesa*, no vieron al Mesías, al Salvador que esperaban, ni el cumplimiento de su obra redentora (cap. 8-10); y por cuanto no llegaron a la posesión de la salvación y de la felicidad eterna. (Comp. v. 13, nota). Eso *algo mejor* que *Dios tenía en vista*, que había, no solamente *previsto*, sino *resuelto para nosotros*, es decir para los creyentes del nuevo pacto, era la plena manifestación de su gracia en la vida y la muerte de su Hijo. Su condición es, por ello, infinitamente preferible a la de los fieles del antiguo. (Comp. Luc. 16:16; Mat. 11:11, nota); Juan 8:56). Una conclusión muy práctica se impone a la conciencia de los lectores: "Si ésos, para quienes no había brillado aún una tan grande luz de gracia, se distinguieron sin embargo por una constancia tan admirable en sus pruebas, ¿cuánto debiera producir en nosotros todo el esplendor del evangelio? Algunas chispas de luz les condujeron al cielo: ¿cómo nos excusaremos nosotros si quedáremos pegados a la tierra, nosotros a quienes ilumina el Sol de justicia?". *Calvino.* ¿Qué quiere decir el autor añadiendo las palabras: *a fin de que no llegasen a la perfección sin nosotros?* (Véase, sobre el

2. *La vida de la fe en el nuevo Pacto*
(Cap. 12 y 13)

A. 1-11. LA CARRERA PERSEVERANTE DEL CREYENTE QUE, LAS MIRADAS EN JESÚS, SOPORTA LAS PRUEBAS. — 1º *La carrera del cristiano dirigida por Jesús.* Rodeados de esta grande nube de testigos, corramos con perseverancia la carrera puesta delante de nosotros, tras de habernos desembarazado de las trabas del pecado, las miradas sobre Jesús, el jefe y el consumador de la fe; quien, considerando el gozo que le esperaba, sufrió la cruz y se sentó a la diestra de Dios. El ejemplo de la contradicción que soportó nos impedirá perder el ánimo (1-3). — 2º *La disciplina saludable del padecimiento.* Los lectores de la epístola no han resistido aún hasta la sangre en su lucha contra el pecado. Han olvidado las palabras que presentan la prueba como una corrección paternal. La prueba es una señal de que Dios los trata como a sus legítimos hijos. Puesto que hemos aceptado los castigos que nos infligían nuestros padres, con mayor razón debemos aceptar los que nos dispensa el Padre de los espíritus, pues nuestros padres nos castigaban según su juicio, mas él nos castiga para hacernos participar de su santidad. Motivo de tristeza primero, la corrección produce luego un fruto pacífico de justicia (4-11).

XII Por tanto pues también nosotros, teniendo tan grande nube de testigos que está en derredor nuestro [1], habiendo depuesto toda carga y el pecado que diestramente nos rodea, corramos con per-

sentido de esta palabra: 5:9, nota). Explica por qué los fieles del antiguo pacto no han podido compartir la felicidad del cielo y de la comunión con Dios, antes de la venida del Salvador; habrían llegado entonces a *la perfección sin nosotros,* de otro modo que nosotros; ahora bien: Dios quería que no hubiera sino un solo medio de salvación para todos los hombres. Algunos intérpretes atribuyen al autor este razonamiento: si los creyentes de pasados siglos hubieran llegado a la perfección, habrían llegado *sin nosotros,* porque la venida de Cristo habría ocurrido en su tiempo, porque el fin del mundo habría intervenido poco después y nosotros, por consiguiente, no habríamos nacido. Esto es introducir en el texto una idea que le es extraña. En cuanto a la cuestión de saber cómo se representa el autor la condición de los fieles del antiguo pacto entre el momento en que murieron y aquel en que Cristo cumplió la redención, nuestro pasaje no permite resolverla.

1. Gr. *Teniendo, colocada a nuestro derredor, tan grande nube de testigos.* Se trata aquí de los *testigos de la fe* que el autor ha recordado en el capítulo precedente, y de tantos otros más que glorificaron a Dios con su constancia en las pruebas. Son *una grande nube,* una multitud, aunque, en cada época, el pueblo de Dios parezca poco numeroso. Este pensamiento es muy alentador (comp. Apoc. 7:9); y en efecto, para confirmar a sus hermanos en su fe les recuerda el autor ese hecho. ¿Quiere decir que esos testigos *nos circundan* realmente con su presencia invisible y son espectadores de nuestra carrera? La comparación de la vida cristiana con la carrera en el estadio permite pensarlo así.

2 severancia la lucha que nos es presentada [2], fijando nuestros ojos en Jesús, el adalid y perfeccionador de la fe [3], quien por el gozo que le era presentado soportó una cruz habiendo despreciado la 3 ignominia, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios [4]. Consi-

2. Gr. *Corramos con perseverancia la carrera (la lucha a la carrera) colocada delante de nosotros* (Comp. 10:36). Hallamos otra vez aquí la figura favorita del apóstol Pablo, la vida cristiana representada como una de esas carreras en el estadio, a que los griegos se entregaban con pasión en sus juegos públicos. (Comp. 1ª Cor. 9:24,25 nota; Fil. 3:14, nota; 1ª Tim. 6:12; 2ª Tim. 4:7). Una "nube de testigos" rodeaba entonces los concurrentes y los alentaba por sus aplausos. Para el cristiano, éstos son todos los que ya han luchado y vencido. Los que corrían en la pista tenían mucho cuidado en desembarazarse de *toda carga* que hubiera podido trabar la velocidad de su carrera. ¡Cuántas cosas, aun lícitas; cuántos afectos e inquietudes, aun legítimos, pueden tornarse en traba para el creyente! Mas hay una cosa que detendría absolutamente su carrera y que el autor llama por su nombre: es el *pecado.* El epíteto aplicado al pecado y que se puede traducir por estas palabras: *que cómodamente rodea* sólo se encuentra aquí. La figura que encierra ha sido entendida, ora de gentes que rodean al corredor y le detienen en su carrera, ora de un vestido flotante que estorba su marcha. Esta última comparación es la más natural y la más generalmente admitida hoy. Tal es la acción del *pecado* si no es absolutamente *depuesto!* (Rom. 7:21).

3. Prosiguiendo nuestra carrera, debemos (gr.) *apartar las miradas* del mundo para tenerlas fijas *en Jesús,* nuestro Salvador, vencedor antes de nosotros en la misma carrera, en el buen combate *de la fe,* y quien nos conduce a la victoria. Por esto es llamado aquí *el adalid y consumador de la fe.* Los antiguos intérpretes entendían esta palabra de la fe del cristiano, de que Jesús sería "el autor" que la crea en el corazón, y el *consumador* que la lleva a su plena *perfección.* Crisóstomo decía: "El es quien ha depositado en nosotros el primer gérmen de la fe, como dice a sus discípulos: "No me elegisteis vosotros, sino que yo os elegí" (Juan 15:16); o, como Pablo se expresa: "Conoceré como he sido conocido" (1ª Cor. 13:12). Ahora bien: si él ha obrado el principio, él concederá también el fin" (Fil. 1:6). Se puede objetar a esta explicación que la voz griega no significa autor, en el sentido de creador, sino *jefe, adalid,* y que Jesús no es llamado *jefe* de nuestra fe sino de *la* fe. Por esto los intérpretes recientes entienden por la *fe,* aquella de que Jesús mismo vivía, y el sentido entonces sería: "El es el adalid que nos ha precedido dándonos el ejemplo de la fe, de esta fe que él ha llevado *hasta la perfección".* Se puede sin embargo preguntar si es esto todo lo que el autor quiere expresar. El título que él da a Jesús, si no significa propiamente "autor", toma el sentido de promotor, instigador. Cuando caracteriza el papel de Jesús en la obra de la salvación, no lo presenta solamente como el modelo del creyente; al dar él ejemplo de la vida divina, Jesús hase hecho "Príncipe de la vida", él la comunica a los que le siguen. (Comp. 2:10; 5:8,9; Act. 3:15; 5:31).

4. Las palabras: *en lugar* (gr.) *del gozo que le era propuesto* (gr. *el gozo colocado delante de él*) han sido explicadas de tres maneras di-

derad en efecto al que ha soportado de los pecadores contra sí mismo tal oposición, para que no quedéis rendidos desalentándoos
4 en vuestras almas[5]. Aún no habéis resistido hasta la sangre com-
5 batiendo contra el pecado[6]; y os habéis olvidado de la exhortación la cual con vosotros como con hijos discurre: "Hijo mío, no tengas en poco la corrección del Señor, ni te desalientes al ser
6 reprendido por él; porque a quien ama el Señor corrige, y azota

ferentes: 1º *en lugar del* gozo que tenía desde la eternidad, "de que gozaba" (Peschito, Beza, Schlatter), y que sacrificó por amor, vino a este mundo a *sufrir la cruz;* 2º *en lugar del* gozo que habría podido tener aun sobre la tierra, "que *le era propuesto,* que estaba al alcance de su mano, de que podía gozar, si hubiera querido" (Calvino, von Soden): renunció voluntariamente; 3º *en vista del* gozo, *por el gozo* que tendría en la gloria del Padre después de haber sufrido todo y vencido todo, y que debía ser el premio de sus humillaciones y de sus dolores. Así las entienden la mayor parte de los intérpretes modernos, y es el sentido que parece más en armonía con los términos del texto. Jesús, hombre, nuestro hermano, ha luchado como todos nosotros hasta la victoria, cuyo premio le era propuesto, y para obtenerlo, (gr.) *sostuvo* (10:32), o *soportó una cruz, despreciando la vergüenza* consiguiente. Esa *ignominia* solo existía a los ojos de los hombres: la cruz, delante de Dios, era una gloria, seguida de la gloria eterna. Para Jesús la cruz era, en efecto, el camino del *trono de Dios a la diestra* del cual *se sentó.* (Comp. 1:3). No resulta de este pensamiento que Jesús haya sufrido así en su propio interés y para su *gozo.* Pues ese gozo no es tan grande para él, el Salvador, sino porque glorifica a Dios (véase el mismo pensamiento en Fil. 2:5-11), y porque llega a ser compartido por seres que estaban destinados a una eterna miseria. (Mat. 25:21; Juan 4:36; 15:11; 17:13). Mas no hay que perder de vista el fin del autor, que es el mostrar a los cristianos la fuente inagotable de su ánimo y de su fuerza. Ellos la hallan en el ejemplo y la comunión de su Salvador, siguiéndole por la senda que le ha conducido adonde está (v. 3). El mismo pensamiento es expresado así por Pablo: "Si sufrimos con él, seremos también glorificados con él" (Rom. 8:17).

5. La *contradicción,* de que Jesús fué objeto durante toda su vida, no consistió solamente en palabras: fué sobre todo la *oposición,* la rebelión y enemistad con que el mundo le persiguió hasta sobre la cruz. Así fué cumplida al pie de la letra la profecía de Simeón: "Este será... una señal a la que se *contradirá*" (Luc. 2:34). Si tal fué el Maestro, ¿qué deben esperar los discípulos? ¡Qué motivo (*en efecto*) de mirar a Jesús! Una variante de *Sin., D,* vers, Padres, tiene: "Una tan grande contradicción de parte de los pecadores *contra sí mismos*". Esta lección es adoptada por Westcott y Hort. Daría al pasaje este sentido: "Rechazando a Jesús, los pecadores se contradicen a sí mismos, su conciencia como su interés superior". (Mat. 23:37). Este pensamiento parece extraño al contexto y la variante debe ser rechazada.

6. Los lectores de la epístola no habían sufrido aún persecución *hasta* la *sangre* en su *combate* contra el mundo (comp. sin embargo 10:33 e Introd., pág. 28): ¿por qué pues serían desalentados (v. 3 y 5) ellos que podían mirar a la cruz sangrienta de Cristo, o aun los sufrimientos de los testigos del antiguo pacto? (v. 1).

7 a todo hijo a quien reconoce[7]". Para "corrección" soportáis; como con "hijos" trata Dios con vosotros; ¿quién es un "hijo" al
8 que no "corrige" el padre[8]? Mas si estáis aparte de "corrección", de que todos han sido hechos partícipes, luego bastardos sois y
9 no "hijos"[9]. Además, teníamos cierto por correctores a los padres de nuestra carne y los respetábamos; ¿no nos sujetaremos
10 mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos[10]? Porque aquéllos, sí, por pocos días según a ellos parecía corregían; mas

7. Prov. 3:11,12, según los Setenta. Hay en el hebreo: "Pues a quien el Eterno ama, le hiere, y esto como un Padre al hijo al que quiere". Comp. Apoc. 3:19. Estas palabras presentan las aflicciones en su punto de vista más consolador. (Comp. Rom. 5:3; 8:28). Sin duda, el dolor es en nuestra humanidad efecto del pecado, un castigo que Dios inflige en su justicia; mas para los que, en Cristo, han llegado a ser *hijos de Dios,* se transforma en una señal del *amor del Padre* (v. 7-10). El sentimiento de este amor quita al sufrimiento su aguijón, la amargura y la maldición del pecado. La cruz que llevamos con Cristo, y que nos hace semejantes a él (Fil. 3:10), es una prueba especial de la gracia. Por ella, Dios consuma sus hijos de la manera como Jesús fué consumado. (Comp. 2:10; 5:9). Tal es el sentido de esta figura de un *padre* que *corrige* a su hijo, aunque amándolo, y *porque le ama.* Traducimos por *corregir* y *corrección,* los términos que otros vierten por *castigar* y *castigo,* porque implican la idea de una acción pedagógica ejercida por Dios.

8. El griego tiene literalmente: *Para corrección sufrís.* Otros traducen por el imperativo: "Sufrid la corrección". El texto recibido (*minúsc.*) tiene: "*Si* soportáis la corrección". Las últimas palabras del versículo son traducidas por varios intérpretes: *¿quién es un hijo,* un verdadero hijo, *al que el padre no corrige?*

9. *De que todos se han hecho partícipes.* ¿Piensa el autor en los creyentes enumerados en el cap. 11? ¿O la palabra *todos,* reanuda simplemente la afirmación del v. 6: "Hiere a *todo* hijo que reconoce por suyo?"

10. No es este solamente un razonamiento *a fortiori,* significando: *puesto que nuestros padres según la carne nos han corregido y los hemos respetado,* ¿no estaremos sujetos, con mayor razón, a las correcciones de Dios, que es infinitamente más sabio y más santo que nuestros padres? La comparación tiene, en el pensamiento del autor, un alcance más profundo. *Los padres de nuestra carne, que habíamos tenido por correctores* o educadores (así tiene el griego), esos autores de nuestra vida natural, después de habérnosla dado, no podían hacer nada más; por mucho cuidado con que se aplicasen a nuestra educación, no podían comunicarnos la vida del alma. Mas el *Padre de los espíritus* (Núm. 16:22), aquel de quien procede toda vida espiritual, alcanza un fin muy distinto por el medio educador de la prueba: hace *vivir,* vivir de la vida verdadera, eterna, a los que *se sujetan,* como hijos suyos, a la disciplina de su amor y de su Espíritu Santo (v. 10; comp. Rom. 8:13). El autor considera ese precioso fruto de la educación divina por la prueba como un hecho incontestable: *¡y viviremos!* (Comp. 10:38).

éste para provecho, a fin de que se participe de su santidad [11].
11 Toda corrección, cierto, por lo presente, sí, no parece ser de gozo sino de tristeza; mas después fruto pacífico rinde de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados [12].

B. 12-17. EXHORTACIÓN A LA FIRMEZA Y A LA VIGILANCIA EJERCIDA SOBRE LOS MIEMBROS DÉBILES DE LA IGLESIA. — 1º *Cobrar ánimo.* Fortalecéos, seguid la senda recta, a fin de que el mal no se agrave, sino que sea sanado (12-13). — 2º *La tarea del cristiano en la iglesia.* Buscar la paz y la santificación necesaria para ver a Dios; velar para que ninguno abandone la fe y, de este modo, turbe la iglesia y se pierda, como Esaú, irremisiblemente (14-17).

12 Por tanto "enderezad las manos caídas y las rodillas parali-
13 zadas [13]", y "haced senderos derechos para vuestros pies", para

11. El autor confirma (*porque*) la certidumbre de la esperanza que acaba de expresar (v. 9), realzando un nuevo contraste entre la *corrección* de los padres según la carne, y la de nuestro Padre celestial. La primera, si se supone que esos padres no siguieran más que sus sentimientos naturales, no tenía lugar sino según sus ideas falibles, a menudo erróneas (*como les parecía bueno*); además, sus correcciones se ejercían *por pocos días*, por el tiempo que dura la infancia, la primera juventud. Mas Dios, en su sabiduría y su amor, nos corrige durante todo el curso de la vida, y *para nuestro provecho*, para un provecho eterno, puesto que se trata de nada menos que de *hacernos partícipes de su santidad* (Lev. 11:44). El autor ha dicho ya cómo es alcanzado ese fin. (Véase v. 6, nota; v. 9, nota). Se ha propuesto ver en esos *pocos días* la duración de nuestra existencia terrestre (Gén. 47:9), que es todo el *objeto* de la educación natural, mientras que la educación que Dios hace de nosotros nos hace partícipes de su santidad y por ende de la vida eterna. No es seguro de que esa antítesis estuviera en el pensamiento del autor.

12. El autor nada quiere exagerar; conviene en que la prueba produce *en el primer momento* (gr. *por lo presente*) *no gozo*, sino *tristeza* (¡el evangelio es tan humano!); sin embargo, sin detenerse demasiado en las primeras dolorosas impresiones, hay que considerar el resultado final. Y ese resultado es *un fruto pacífico de justicia*. El *fruto de justicia* es la santidad (v. 10) de que Dios quiere hacernos participantes por la prueba; y es también la única fuente de la verdadera *paz*. (Isa. 32:17; véase también, sobre el fruto de la prueba, Rom. 8:28; 2ª Cor. 4:17; 1ª Pedro 4:13; Jac. 1:2 y sig.; 3:18).

13. Isaías 35:3. Los comentadores recientes piensan que estos términos son más bien tomados del libro apócrifo de Jesús, hijo de Sirach (25:23), con el cual nuestro texto concuerda exactamente, mientras que difiere del de los Setenta en Isaías. *Enderezad*, otros traducen: "fortaleced". Estas palabras de aliento (v. 12-17) son la consecuencia natural (*por tanto*) que el autor saca de las grandes verdades que acaba de exponer sobre el fin de la prueba. Varios intérpretes piensan que la exhortación es dirigida a la iglesia en su conjunto; el autor se la representaría bajo la figura de un cuerpo

14 que lo cojo no sea dislocado sino más bien sea sanado [14]". "Perseguid la paz" con todos, y la santificación, sin la cual nadie verá
15 al Señor [15]; mirando cuidadosamente que nadie falle en alcanzar la gracia de Dios, "que ninguna raíz de amargura brotando hacia arriba cause disturbio" y por medio de ésta los muchos sean con-
16 taminados, que nadie sea fornicario o profano como Esaú, quien
17 por un solo plato "vendió su propia primogenitura [16]". Porque

(comp. 1ª Cor. 12:12,22,26); las *manos caídas*, las *rodillas paralizadas* figurarían miembros débiles de la iglesia, que hay que fortalecer con sabia y paternal disciplina. Esta explicación nos parece poco natural. Las palabras de los v. 12 y 13, en todo caso, se aplican a cada cristiano tomado individualmente. Aun el objeto indicado: "A fin de que lo que es cojo no se desvíe...", puede entenderse de la vida personal del creyente (comp. la nota siguiente); mas se puede admitir también que la expresión: "lo que es cojo", designa miembros vacilantes de la iglesia; es lo que hacen la mayor parte de los comentadores a causa de la invitación del v. 15. Esto no impide de ningún modo aplicar a los individuos los v. 12 y 13ª; el autor invocaría solamente, en apoyo de su exhortación, la solidaridad que une a los cristianos en la obra de la santificación y en la lucha que tienen que sostener: fortalecéos, a fin de fortalecer a los débiles!

14. Comp. Prov. 4:25, 26. Lo que son, para la vida del cuerpo, *manos debilitadas, rodillas flojas* (v. 12) que hacen a todo el hombre *cojo*, impotente (v. 13), eso mismo es, para la vida del alma, un relajamiento general de la piedad; dudas, que obscurecen y paralizan la fe; infidelidades en la conducta, que alejan de la comunión de Dios; en dos palabras, un estado de alma que amenaza convertirse en una recaída total. Para los hombres sinceros en quienes la conciencia habla aún, hay un remedio a ese mal temible. Mas debe ser aplicado sin demora; es el que aconseja el autor aquí: *haced a vuestros pies senderos rectos*, es decir, quitad de vuestro camino las piedras y todo lo que sería para vosotros ocasión de caída. (Comp. Isa. 40:3.) Someted vuestra alma a una disciplina vigilante. Sin esto, hay peligro de que, siendo ya *cojos*, avanzando con dificultad (según otros, divididos entre Dios y el mundo, 1ª Reyes 18:21), graves tropiezos os dejen *dislocados;* entonces el mal sería sin remedio (v. 17.) La traducción: "Seguid con vuestros pies senderos rectos", es condenada por los más autorizados intérpretes.

15. Las disensiones entre cristianos son uno de los peligros más grandes para la vida espiritual; la *paz*, la comunión fraternal, al contrario, es lo más apropiado que existe para refirmar las almas debilitadas. De ahí la relación que el autor deja entrever aquí entre la *paz* y la *santificación*. Es necesario (gr.) *perseguir* una y otra, la una por la otra. ¡Qué motivo, para los cristianos, de avanzar en la santificación! Siendo Dios la santidad misma, *ninguno le verá* (Mat. 5:8; 1ª Juan 3:2), es decir ninguno podrá allegarse a él para estar en comunión con él, *sin la santificación*. (1ª Pedro 1:15, 16; comp. Mat. 5:48.) No somos salvados por la santificación; lo somos "por la gracia, por la fe" (Efes. 2:8); pero la gracia y la fe, si son vivas en nosotros, tienen por resultado necesario la santificación.

16. Seria advertencia: *que ningu-*

sabéis que aun más tarde, queriendo heredar la bendición fué desechado; pues no obtuvo lugar de un cambio de idea, aunque habiéndolo buscado con lágrimas [17].

no quede desprovisto de la gracia de Dios (el verbo griego significa *quedar detrás de, carecer de;* comp. 4:1; Ecles. 6:2); el autor hace resaltar su importancia mostrando primero el mal que puede hacer el que abandona la fe. Lo establece con una alusión a Deut. 29:18, donde la infidelidad del corazón y la idolatría son comparadas a una "raíz que produce hiel y ajenjo." Un manuscrito de los Setenta tiene: "una raíz de amargura que *cause disturbio.*" El autor tenía probablemente esta lección ante sus ojos. Agrega que es necesario velar para que, por esa raíz, *en gran número* (gr. *los muchos*) *no sean contaminados.* El ejemplo de *Esaú* (Gén. 25:29 y sig.), quien, por un goce carnal, entregó *sus derechos de primogénito, su primogenitura,* por la cual era heredero de la bendición prometida a Abrahán y a su posteridad, muestra la terrible gravedad de la caída contra la cual pone el autor en guardia a sus lectores. Todo el que permanece en una condición moral en que está "privado de la gracia de Dios" (v. 15) es, como Esaú, *fornicario,* en el sentido religioso de la palabra, y *profano,* es decir carnal, terrestre, animado de un espíritu opuesto a la santificación (v. 14.) El pecado de Esaú al despreciar la promesa y excluirse así del pacto de Dios es caracterizado como una *fornicación* un adulterio según la figura frecuentemente empleada por los profetas, que asimilan a las relaciones conyugales las que el pueblo elegido o el alma creyente tienen con Dios. (Jer. 2:2; 3:6-9, 19, 20; comp. Apoc. 2:22; 14:8.) Otros entienden *fornicario* en sentido propio; sería una advertencia especial (comp. 13:4; 1ª Cor. 5:9 y sig.); después de ese precepto, el autor daría un segundo relativo al espíritu *profano* de que Esaú dió pruebas. Esta interpretación desconoce la unidad del pensamiento en este trozo.

17. Este versículo plantea diversas cuestiones relativas a la construcción y al sentido. 1º Esaú fué *rechazado* (gr. *reprobado*) ¿por quién? ¿por su padre? ¿por Dios? Lo uno y lo otro. Su padre, es verdad, suavizó, en cuanto en él estaba, el dolor de Esaú dándole una *bendición temporal,* pero que no era la que habría *obtenido* (gr. *heredado*) en virtud de su primogenitura. (Gén. 27:30-40.) 2º Las palabras: *no halló* (gr.) *lugar* u *ocasión de arrepentimiento* o de *cambio de idea,* ¿significan que Esaú no consiguió modificar la decisión de Isaac, quien ni quiso ni pudo cambiar nada del hecho realizado? ¿O deben entenderse de las disposiciones morales de Esaú mismo, que no tuvo ya la posibilidad de *arrepentirse,* de convertirse a Dios? Unos entienden esas palabras del sentimiento de Isaac, como Ostervald, que parafrasea: "No pudo hallar el medio de hacerle cambiar de resolución." Los que sostienen esta interpretación se basan en el relato del Génesis, que no habla más que de los esfuerzos vanos de Esaú para hacer ceder a su padre. Los otros prueban por el ejemplo de Melquisedec (cap. 7), que nuestro autor no teme amplificar las simples narraciones del Antiguo Testamento; que no se habla de Isaac en lo que precede, sino únicamente de Esaú; que la palabra *arrepentimiento* sería impropia, para expresar un cambio de resolución en Isaac; que el propósito del autor es

C. 18-29. Privilegios y responsabilidad de los creyentes del nuevo pacto. — 1º *Sus privilegios.* — *a) El antiguo pacto, terrestre y visible, establecido con terrorífico aparato.* No os habéis acercado a un monte tangible, rodeado de señales espantosas, donde resonaban palabras que no podían soportar los que las oían, y que presentaba un espectáculo tal que el mismo Moisés estaba espantado (18-21). — *b) El nuevo pacto, celeste y universal, pacto de gracia cuyo mediador es Jesús.* Os habéis allegado a la Jerusalén celestial, a las miriadas de ángeles, a la Iglesia de los primogénitos, al Dios de todos, al Mediador cuya sangre proclama cosas mejores que la de Abel (22-24). — 2º *Su responsabilidad.* — *a) Resulta ésta de la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo.* No desechemos a Dios que nos llama en Cristo. Si el rehusar oirle cuando hablaba sobre el Sinaí causó la pérdida de los israelitas, cuánto

mostrar que cuando el pecador se ha "privado de la gracia de Dios" (v. 15), viene un momento en que ya ni siquiera la desea, porque su corazón endurecido no es ya capaz de recibirla; es lo que resultaba del ejemplo tremendo de Esaú *que no pudo hallar lugar de arrepentimiento,* que no llegó a modificar sus disposiciones morales. (Comp. 6:4 y sig.; 10:26 y sig.) Esta interpretación atribuye a Esaú un endurecimiento de que el relato del Génesis (27:33-40) no habla y cuya idea no está explícitamente enunciada en nuestro texto. Este no caracteriza los sentimientos íntimos de Esaú. La palabra que se traduce por *arrepentimiento* puede indicar un simple *cambio de idea.* Esaú lamenta lo que ha hecho; preferiría, a posteriori, la bendición de Isaac al plato de lentejas; mas la ocasión estaba perdida: *no halló ya lugar para su cambio de idea,* es decir, para una elección diferente, *aunque lo buscara con lágrimas.* Lo que *buscó con lágrimas,* no es *la bendición* (en la frase griega, esta palabra está demasiado lejos para que esa relación sea natural), sino *el cambio de idea.* La expresión es aquí ligeramente impropia: Esaú buscó más bien los *efectos de su cambio de idea.* Decimos igualmente de un niño que reconsidera su elección: querría, sí, cambiar de idea, pero es demasiado tarde. En realidad, el niño ha cambiado de idea; es demasiado tarde solamente para ejecutar su nueva idea. Una vuelta semejante, y no el arrepentimiento en sentido religioso, es lo que el Génesis, y nuestro autor en consecuencia, nos muestran en Esaú. Lamentó su decisión amargamente, *con lágrimas,* mas derramó esas *lágrimas* por las consecuencias amargas de su pecado, y no por su pecado mismo, como lo prueba claramente su odio contra su hermano (Gén. 27:41.) Era ese un falso arrepentimiento, sin humillación, sin cambio de corazón, sin vuelta a Dios: "tristeza del mundo" y "no según Dios". (2ª Cor. 7:10.) Tales fueron los sentimientos de Caín (Gén. 4:13), de Judas (Mat. 27:3 y sig.), de todos los reprobados, cuyos estériles tormentos describe Jesucristo tan a menudo, causados por la vista de los juicios de Dios, y no por el dolor de haberle ofendido. (Mat. 7:22, 23; 8:12; Luc. 13:24-29; 16:24; 23:29-31.) Si ejemplos semejantes son propios para atemorizar saludablemente a los corazones profanos, ligeros o endurecidos, "que no alcanzan la gracia de Dios" (v. 15), no deja de ser verdad que jamás alma alguna que siente un sincero y humilde arrepentimiento recurre en vano a la misericordia de Dios. La palabra del Salvador permanece: "No echaré fuera a ninguno de los que a mí vienen."

más culpables seríamos nosotros al rechazarle cuando se dirige a nosotros desde lo alto de los cielos; él, cuya voz conmovió entonces la tierra y conmoverá pronto el cielo mismo (25, 26). — *b*) *Resulta de la inminencia de la crisis final.* Con esta declaración, Dios anuncia que las cosas conmovidas serán cambiadas para que sólo las inconmovibles subsistan. Herederos del reino inconmovible, mostremos nuestra gratitud a Dios por un culto que le sea agradable, pero que no excluya el respeto, pues nuestro Dios es también fuego devorador (27-29).

18 Porque no os habéis allegado a algo palpable y "encendido 19 en fuego", y a "tinieblas", y a "obscuridad", y a "tempestad", y a "sonido de trompeta", y a "voz de palabras", los que oyeron la 20 cual rogaron que no les fuera añadida una palabra; no soportaban en efecto lo que se mandaba: "Si aun una bestia tocare el 21 monte, será apedreada"; y, —tan terrible era lo que aparecía, 22 —Moisés dijo: "Estoy espantado y temblando[18]"; sino que os habéis allegado al monte de Sión, y a la ciudad del Dios viviente, 23 la Jerusalén celestial, y a miriadas de ángeles, pública asamblea de fiesta, y a la iglesia de los primogénitos empadronados en los

18. En este paralelo lleno de grandeza y de elocuencia entre la fundación del antiguo pacto sobre el Sinaí y el fin glorioso y dichoso que el nuevo pacto propone a los creyentes (v. 22 y sig.), el autor hace sentir vivamente a sus lectores cuán insensatos y culpables serían al abandonar esas dulces y preciosas esperanzas del evangelio para colocarse de nuevo bajo los terrores de la ley. Es éste, en el fondo, el resumen de toda su epístola, y estos dos cuadros, puestos en contraste el uno con el otro, son un poderoso argumento (*porque* v. 18) en favor de la exhortación que precede. La descripción del aparato terrible en medio del cual fué dada la ley (v. 18-21; comp. Ex. 19:12-19; 20:18, 19), debía recordar a los lectores que esos símbolos de la santidad y de la justicia de Dios quitaban al pecador la esperanza de ser salvado por las obras de esa ley que le condena; ¡en otra parte su socorro está! (v. 22-24.) Al hablar de *algo tangible* (v. 18) el autor indica desde luego que se trataba allí de una economía terrestre, visible, y por tanto simbólica; tal es el carácter de todas las señales externas que siguen. (v.18-20; comp. Deut. 4:11; Ex. 19:16). El texto recibido tiene: "a un *monte* tangible"; esa palabra falta en *Sin., A, C, vers.;* ha sido introducido de acuerdo al v. 22. La "voz de las palabras" era, según Deut. 4:12, la voz del Eterno hablando del medio del fuego y publicando los diez mandamientos. En cuanto al *ruego* de los que oyeron, véase Deut. 5:22 y sig. El v. 20 tiene una cita muy abreviada y libre de Ex. 19:12, 13. Moisés mismo recibió una impresión terrible de las escenas del Sinaí, sobre todo en el momento en que la ira de Dios se encendió contra el pueblo, que acababa de violar el segundo mandamiento haciendo el becerro de oro. El autor pone en boca de Moisés palabras (v. 21) tomadas del relato que este último hizo de la turbación que sintió a la vista del crimen de Israel (Deut. 9:19.) Esta expresión de su temor no se encuentra, en efecto, en el relato de la promulgación de la ley.

cielos, y a un juez Dios de todos, y a espíritus de justos hechos 24 perfectos, y a Jesús mediador de un nuevo pacto, y a la sangre de la aspersión que dice algo mejor que Abel[19].

19. *El monte de Sión* es opuesto al Sinaí. Sobre él *Jerusalén* estaba edificada; y esta ciudad misma, centro de la vida religiosa del pueblo de Israel, se torna, en el Nuevo Testamento, en el símbolo de la verdadera Iglesia universal; ella es *la ciudad del Dios viviente,* el lugar de su morada. la teocracia del cielo. (Isaías 2:1-5; Sal. 48:3; 50:2; 110:2; Joel 3:17 Miq. 4:1, 2; Gál. 4:26; Apoc. 3:12; 21:2.) Al entrar en este mundo en la Iglesia visible, los Hebreos han llegado a ser habitantes de esta ciudad celestial, cuyo acceso les alcanza y fía la fe. Por ella son unidos a las *miriadas de ángeles* que forman una *asamblea solemne,* un coro, *y a la Iglesia de los primogénitos.* ¿Mas quiénes son, en el pensamiento del autor, estos *primogénitos?* Entre las numerosas respuestas dadas a esta pregunta, sólo hay dos probables: son, o bien los *primeros* cristianos muertos en Cristo, y quizá principalmente los primeros mártires. *nacidos,* antes de todos los demás, a la vida *del cielo;* o bien los que creyeron en Cristo y que, nacidos a la vida espiritual, estaban aún en este mundo en la Iglesia militante cuando el autor escribía. Quizás aplica este hermoso título a unos y otros, sin distinción de tiempo, pues *primogénito* es el título reservado por Pablo a Cristo (Rom. 8:29; Col. 1:15), y es probable que nuestro autor lo atribuya a los que, por la fe, son unidos a Cristo, para indicar que están seguros de la herencia celestial (Rom. 8:17.) En el derecho israelita la herencia paterna era conferida al primogénito con exclusión de los otros hijos. La expresión de que el autor se sirve le habrá sido sugerida por el término de "primogenitura" que ha empleado en el v. 16, al recordar el ejemplo de Esaú. *La Iglesia de los primogénitos* es pues la asamblea de todos los que creen en Cristo, en el cielo y en la tierra, de todos los que tienen ciudadanía (Fil. 3:20) en la Jerusalén celestial. Este último pensamiento es expresado por las palabras: *que están empadronados en los cielos,* cuyos nombres están inscriptos en el libro de la vida, lo que es una garantía de su salvación. (Sal. 69:29; Sal. 139:16; Dan. 12:1; Luc. 10:20; Fil. 4:3; Apoc. 13:8; 20:12; 21:27). Esta seguridad les es tanto más preciosa cuanto que se han allegado a *un juez que es Dios de todos,* de los hombres y de los ángeles. ¿Mas por qué designar a Dios con este título temible de *juez* en un pasaje donde todo debe describir los atractivos del pacto de gracia? Quizá para recordar, por una parte, a los creyentes, que el evangelio nos pone en presencia del que es el justo juez, pero que, al mismo tiempo, es *el Dios de todos* (8:10; 11:16), su Padre misericordioso; y, por la otra, a los que estaban tentados a abandonar este evangelio para volver al judaísmo, que no hallarían ya en Dios más que el justo juez. La traducción: *a Dios, el juez de todos,* es menos exacta y más difícil de explicar. Al acercarse a Dios, el padre de todos los espíritus, los creyentes del nuevo pacto se han unido a los *espíritus de los justos llegados a la perfección* (gr. *consumados*). Estos no son solamente los fieles del antiguo pacto, puesto que el autor ha declarado (11:40, nota) que Dios no había querido "que llegaran a la perfección sin nosotros". Por otra parte, esta expresión: los *espíritus* de los justos, muestra que se trata de creyentes difuntos; son pues los *justos* de ambos pactos, que han sido *llevados a la perfección, consu-*

25 Mirad que no rehuséis oír al que habla; porque si aquellos no escaparon, habiendo rehusado oír al que sobre la tierra divinamente advertía, mucho menos nosotros que nos apartamos del
26 que advierte desde los cielos [20]; cuya voz conmovió la tierra entonces, mas ahora ha prometido diciendo: "Aún una vez yo haré
27 temblar no sólo la tierra sino también el cielo". Ahora bien: esto: "aún una vez", significa el cambio de las cosas que se conmueven como cosas hechas, para que las cosas que no se conmue-
28 ven permanezcan [21]. Por tanto, recibiendo un reino inconmovi-

mados por la obra redentora de Jesús (v. 24.) Son *hechos perfectos* en cuanto han vencido por su fe, porque están en comunión con su Salvador. (Comp. Fil. 1:23, 24, nota; 2ª Cor. 5:6-9, nota; Luc. 23:43, nota.) Por último el autor hace mención del *mediador del nuevo pacto;* sus lectores se han *allegado* a él ante todo, pues es él solo quien, por su sacrificio, les ha abierto el acceso ante Dios y los que circundan su trono y constituyen su pueblo. Han venido a este *Jesús,* cuyo nombre es tan dulce de pronunciar y quien, por su *sangre,* inspira a toda conciencia angustiada la confianza y el gozo de la salvación. Esa sangre, con que se hace *aspersión* sobre los pecadores, *pronuncia* (según el texto recibido) *mejores cosas* o (según la lección de las *mayúsc.*) *una cosa mejor* (otros, tomando el comparativo neutro como un adverbio, traducen: *habla mejor*) *que la sangre de Abel* (gr. *que Abel*), denotando que él mismo habla en su sangre. Porque la sangre de Abel reclama la justicia divina; la sangre de Cristo proclama la eterna misericordia de Dios. Mas esa sangre debe *hablar* también a nuestros corazones de agradecimiento y de fidelidad, en cambio de tanto amor.

20. El autor agrega al paralelo que acaba de trazar entre los dos pactos (v. 18-24), una advertencia instante, como ya ha pronunciado en otras partes. (2:2 y sig.; 10:27 y sig.) Esta exhortación está fundada en el pensamiento de que la responsabilidad de los cristianos es aún más temible que la de los israelitas, como lo muestra el contraste de *Aquel que se revelaba* (gr. *advertía divinamente,* 8:5) *sobre la tierra,* y *Aquel que se revela de lo alto de los cielos.* La presencia terrible de Jehová sobre el Sinaí habría podido, hasta cierto punto, excusar al pueblo que *rehusó oirle* (v. 19.) Mas ¿qué excusa tendrán aquellos a quienes Dios se hace oir desde la celestial ciudad, y esto por Jesús el Mediador, que nos ha abierto el acceso a ella, después de haber realizado todo para nuestra salvación? No se debe traducir, como nuestras antiguas versiones: "Tened cuidado de *menospreciar* Aquel que habla; pues si los que *menospreciaron...*" No por menosprecio, en efecto, *rehusó* Israel *oir* a Dios (v. 19); fué al contrario por temor, pero por un temor servil, que provenía de su incredulidad. Bien: el autor emplea el mismo verbo que en el v. 19: *rogar, suplicar,* pero suplicar con una intención *negativa,* para que una cosa no sea, lo que vertimos en el texto por *rehusar oir.* La mayor parte de los que cierran su corazón al evangelio de Jesucristo lo hacen, no porque lo desprecian, sino al contrario porque el evangelio les parece demasiado elevado, demasiado santo, y exige de ellos el sacrificio del corazón y de la vida.

21. El autor da, en estos vers. 26 y 27, el motivo principal de su exhortación: la crisis final se acerca; la condición de los que rechazan la salvación va a hacerse definitiva.

ble [22], tengamos gratitud [23], por medio de la cual rindamos culto
29 de modo agradable a Dios, con reverencia y temor; porque también "el Dios nuestro es fuego consumidor [24]".

D. 1-16. Fidelidad en la conducta y en la profesión de fe. — 1º *Preceptos generales.* El autor recomienda a sus lectores el amor fraternal, el ejercicio de la hospitalidad, el interés por los prisioneros, la pureza en el matrimonio, el contentamiento de espíritu (1-6). — 2º *Permanecer firmes en la fe en el Cristo inmutable. — a) Los conductores pasan; Jesucristo permanece.*

Aquel cuya voz conmovió entonces la tierra, es decir el monte Sinaí, en ocasión de la promulgación de la ley (Ex. 19:18), *ha prometido* conmoverla *aún una vez,* y el autor insiste en este último término. El pasaje citado es Hageo 2:6; el profeta anuncia una *conmoción* de los cielos y la tierra antes de la conversión de los pueblos al evangelio del Mesías. Bajo esta figura, las escrituras anuncian frecuentemente los trastornos políticos y religiosos que acompañan el establecimiento del reinado de Cristo sobre la tierra. Sin embargo, la figura misma se tornará un día en una realidad; los cielos y la tierra actuales, todas las cosas *hechas,* creadas, pasarán para dar lugar a la plena manifestación del reinado de la gracia divina (2ª Pedro 3:7, 13; Rom. 8:22, nota); es lo que el autor declara positivamente basándose en el pasaje de Hageo. Lo cita conforme a la versión inexacta de los Setenta. El hebreo tiene: "Aun un tiempo, y será corto, y conmoveré los cielos y la tierra." Además, nuestro autor intercala en el texto de los Setenta las palabras: *no solamente, sino también,* y pone *la tierra* antes de *el cielo.* El pasaje así transformado anuncia el trastorno final del universo y el reemplazo de todas las cosas *conmovidas* de este mundo por las que *no pueden ser conmovidas* y que *subsistirán* para siempre.

22. Conclusión práctica de las afirmaciones que preceden: *Por tanto,* porque tenemos un *reino inconmovible,* como resulta, indirectamente, de lo que se acaba de decir (v. 27); porque ese reino existe y nosotros podemos ya *recibirlo,* poseerlo. Ese reino no estaba aún sino en sus comienzos en la tierra cuando el autor hablaba así; mas la fe hace presente el porvenir y ve lo invisible.

23. *Sin.* tiene: "*tenemos* gratitud;" y "*rendimos* un culto". El subjuntivo que se lee en la mayor parte de los documentos es más conforme a la exhortación. La palabra *gratitud* es en griego la misma que se traduce habitualmente por *gracia.* Por esto varios antiguos intérpretes han admitido la versión hoy desechada por todos: "retengamos la gracia." Lo que condena esa traducción es que el verbo *tener* no significa *retener,* y que el artículo falta delante de la palabra *gracia* o *gratitud.*

24. La *gratitud* que nos permite *rendir a Dios un culto* (la palabra griega significa el servicio del santuario, comp. 9:9, 14; toda la vida del cristiano debe ser un culto, Luc. 1:74, nota) *que le sea agradable,* no excluye la *reverencia* ni el *temor; porque* el Dios que es amor no deja de ser el Dios santo. El autor expresa este pensamiento con los términos enérgicos de Deut. 4:24, que cita libremente. El texto del Antiguo Testamento dice: "El Eterno tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso", es decir un Dios que no sufre en los que quieren pertenecerle ni ídolo ni contaminación; porque quiere poseerlos él solo, y completamente.

nece. El autor introduce esta suprema exhortación evocando el recuerdo de los conductores de la Iglesia, que han muerto. Pero Jesucristo permanece el mismo (7, 8). — *b) Contra la atracción de las comidas sagradas.* No os dejéis, pues, arrastrar por enseñanzas animadas de un espíritu que no es el de Jesucristo. Su gracia afirma el corazón, y no la participación en las comidas sagradas. El altar del nuevo pacto no permite a sus sacerdotes comer las víctimas, pues el sacrificio de Cristo es asimilado al del día de las expiaciones; ahora bien: los cuerpos de los animales cuya sangre era llevada al lugar santísimo debían ser quemados fuera del campo (9-11). — *c) Seguir a Jesús que sufrió fuera del campo.* De conformidad con esta disposición de la ley, Jesús murió a las puertas de Jerusalén para santificar al pueblo. Nosotros igualmente, separémonos de ese pueblo, llevando el oprobio del Cristo. Porque nuestra patria no es de este mundo (12-14). — *d) Los sacrificios aceptos de Dios.* Por Cristo, tenemos que ofrecer sin cesar a Dios un sacrificio de alabanza, confesando su nombre. No olvidéis tampoco la beneficencia y la liberalidad; son los sacrificios que agradan a Dios (15, 16).

XIII Permanezca el amor fraternal [1]. De la hospitalidad no os olvidéis; porque por medio de ésta algunos sin saberlo hospedaron 3 ángeles [2]. Acordaos de los prisioneros como aprisionados con ellos, de los maltratados como estando también vosotros mismos 4 en un cuerpo [3]. Honrado sea el matrimonio en todo y el lecho conyugal sea sin mancilla; porque a fornicarios y adúlteros juz-

1. *Permanezca,* sobrentendido: entre vosotros. (Comp. 10:24; Rom. 12:10; 1ª Tes. 4:9; 1ª Pedro 1:22 2ª Pedro 1:7.) Desde el principio, las iglesias de Palestina se habían distinguido por su *amor fraternal* (Act. 2:45-47; 4:32-37); quizás ese amor se había enfriado, y era ésa una señal de la recaída que el autor querría prevenir. (Mat. 24:12, nota.) Los versículos 2 y 3 señalan especialmente dos ocasiones en que debía ejercerse ese amor de los hermanos.

2. Lot, Abrahán. (Gén. cap. 18 y 19.) Ciertos hijos de Dios, para con quienes se ejerce la *hospitalidad,* pueden ser, para la familia que los recibe, esos *ángeles* (*enviados* de Dios) que dejan preciosas bendiciones. *¡Sin saberlo!* lo que nosotros hacemos por Dios tiene a menudo un alcance mayor del que sabemos (Mat. 25:40, 45; 26:12.) Véase sobre este deber de la hospitalidad, que los cristianos de la primitiva iglesia, y los de la iglesia de Jerusalén en particular, tenían tantas ocasiones de practicar, Rom. 12:13; 1ª Pedro 4:9; 1ª Tim. 3.2; Tito 1:8.

3. Comp. 10:33, 34; Mat. 25:36. Todos los cristianos, teniendo la misma fe, el mismo espíritu, el mismo amor fraternal (v. 1), son solidarios unos de los otros (1ª Cor. 12:26); cuando uno es *preso, maltratado,* todos lo son en él. Las últimas palabras, que expresan la razón de esa solidaridad: *como estando también vosotros mismos en un cuerpo,* han sido diversamente interpretadas. Calvino entiende por el *cuerpo* donde están los cristianos el cuerpo de Cristo, la iglesia; de ahí nuestras antiguas versiones: "como siendo del mismo cuerpo". sentido muy hermoso, pero que no está en el texto. Beza traduce: "como si, *en persona,* vosotros fuerais maltratados". Por último la mayor parte de los intérpretes, tomando los términos tal cual son, hallan en ellos este pensamiento: Estando *en un cuerpo,* y viviendo en este mundo, estáis expuestos a los mismos peligros, a los mismos sufrimientos que tarde o temprano os alcanzarán: compartid pues las pruebas de vuestros hermanos.

5 gará Dios [4]. No amante del dinero sea vuestro modo de ser [5], estando contentos con lo que tenéis [6]; porque él mismo ha dicho: 6 "De cierto no te dejaré, y de cierto no te abandonaré [7]"; de modo que teniendo confianza decimos: "El Señor es mi socorredor, no temeré; ¿qué me hará un hombre [8]?

7 Acordaos de vuestros conductores, los cuales os hablaron la palabra de Dios; de quienes considerando el éxito de su conduc-8 ta, imitad la fe [9]. Ayer y hoy es Jesucristo el mismo, y por las 9 edades [10]. No seáis desviados por doctrinas diversas y extrañas; porque bueno es que por gracia sea confirmado el corazón, no.

4. Es necesario traducir así el principio de este versículo, y no: el matrimonio es honroso en todo respecto. Lo que el autor quiere es condenar el adulterio y todos los géneros de impureza de la carne, como lo muestran las palabras que añade: *y el lecho conyugal sin mancilla, porque Dios juzgará a los fornicarios y a los adúlteros.* Este contexto muestra que su intención no es combatir el error de los que menospreciaban la institución del matrimonio (1ª Tim. 4:3.) En lugar de: *en todo respecto,* (gr.) *en todo,* muchos intérpretes traducen: *entre todos.* El autor querría decir: el matrimonio debe ser igualmente respetado por todos: por los casados, que deben tener su unión conyugal como cosa santa, y por los que, no siendo ellos mismos casados, deben honrar el matrimonio ajeno.

5. O "vuestra disposición de espíritu". (Comp. 1ª Tim. 3:3.)

6. Véase el ejemplo que daba el apóstol Pablo. (Fil. 4:11,12; comp. 1ª Tim. 6:6.)

7. Preciosa promesa a menudo repetida por Dios a sus hijos (Gén. 28:15; Deut. 31:6, 8), en las situaciones más diversas (Jos. 1:5; 1ª Crón. 28:20.) Hay, en el texto original, una doble negación cuya fuerza podría verterse así: "*Ciertamente* no te dejaré, *ciertamente* no te abandonaré."

8. Sal. 118:6; comp. Sal. 56:5, 12.

9. Estos *conductores* (v. 17, 24) son todos los que habían desempeñado algún ministerio en la iglesia: ancianos, diáconos y evangelistas, como Esteban; aun apóstoles, algunos de los cuales habían muerto. Se ha inferido de este término de *conductores* que la epístola era dirigida a Roma, donde parece haber estado en uso. (Zahn, *Einleitung,* I, p. 484.) Mas era empleado también en Jerusalén (Act. 15:22.) El *éxito de su vida* (gr. *conducta*), el *fin* de una vida de fidelidad y de abnegación realizada en los trabajos y los sufrimientos por Cristo, de una vida que había terminado en el martirio, era un poderoso testimonio en favor de la verdad del evangelio. Esto en todos los tiempos se debe *considerar* seriamente, para *imitar la fe* (1ª Cor. 4:16) de los que han dejado tales ejemplos.

10. Por oposición a los "conductores" humanos, que pasan (v. 7), y a las doctrinas de los hombres, que cambian (v. 9.) "Es éste el único medio que nos hace perseverar en la verdadera fe, a saber si retenemos el fundamento, sin apartarnos ni un poco. Pues el saber del que no conoce

por viandas, los que andan en las cuales no sacaron provecho [11].
10 Tenemos un altar del cual no tienen derecho de comer los que
11 oficían en el tabernáculo. Porque de aquellos animales cuya "sangre es introducida por el pecado en el lugar santísimo" por medio del sumo sacerdote, los cuerpos "son quemados fuera del cam-
12 po". Por lo cual también Jesús, para que santificara por medio
13 de su propia sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta [12]. Sal-

a Cristo, aunque abarcara el cielo y la tierra, no es más que pura vanidad; pues en Cristo están encerrados todos los tesoros de la sabiduría celestial". (Col. 2:3.) *Calvino. Ayer, hoy, eternamente,* estas palabras abarcan el pasado, el presente, el porvenir, todos los tiempos, de eternidad a eternidad. (Comp. 1:8-12; Apoc. 1: 8, 17.) Así siempre *Cristo es el mismo* en su amor, en su fidelidad, en su acción, para derramar la verdad y la vida. ¡Fuente inagotable de confianza para los suyos!

11. Gr. *No seáis llevados* de modo que paséis *de lado* a Jesucristo quien, en su inmutabilidad, debe hacerse la roca de vuestras almas (Efes. 4:14, 15.) Ni las *doctrinas diversas* (concerniendo gran variedad de puntos) *y extrañas* (inspiradas por un espíritu opuesto al del evangelio), que provenían de la especulación o de la curiosidad, ni el formalismo judío, que colocaba la piedad en el uso de ciertas *viandas* o en la participación en las comidas sagradas (1ª Cor. 10: 18), podían *confirmar el corazón,* darle la certidumbre, el aliento, la paz. No hay para esto sino un medio: la *gracia* recibida por una fe viva. La última proposición es susceptible de dos construcciones: 1º siguiendo el orden de las palabras griegas: *en las cuales no hallaron provecho los que andan,* que marchan en esta vida como viajeros. 2º *Los que andan en ellas* (en esas comidas), los que *se atienen* a ellas, las practican, no *hallaron provecho.*

12. Estos tres versículos (10-12) son destinados a refutar el error de los que, en su falsa adhesión al judaísmo, esperaban poder "afirmar su corazón" con el uso de las viandas consagradas en los sacrificios (v. 9), o hallar la justicia en esos sacrificios mismos. El autor quiere probarles que ese error, no solamente no les aprovecha de nada (v. 9), sino que los excluye de todas las ventajas del sacrificio de Cristo. Para esto, afirma tres cosas: 1º Nosotros, cristianos, *tenemos un altar,* el verdadero altar de expiación, del cual el del tabernáculo sólo era la figura, y este altar es la cruz de Cristo (v. 12), donde "ofreció nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1ª Pedro 2:24); pero, ni aun vuestros sacerdotes *que sirven en el tabernáculo tienen derecho de comer de él* (v. 10.) 2º En efecto, *los cuerpos de los animales* que son ofrecidos, en el gran día de las expiaciones, no pueden ser vuestro alimento, puesto que es prohibido comer de ellos y deben ser enteramente *quemados fuera del campo* (mientras el pueblo estaba en el desierto), o fuera de la ciudad donde ahora se ofrecen los sacrificios. (Lev. 16:27.) Así vosotros no tenéis nada del símbolo y os priváis de la realidad del verdadero altar (v. 11.) 3º Pero *Jesús, a fin de santificar el pueblo por su propia sangre,* se conformó hasta con esa prescripción externa de la ley: *sufrió fuera de la puerta* (de Jerusalén), fué expulsado como una víctima maldita. (v. 12.) Vosotros mismos os excluís de ese sacrificio, de que nosotros nutrimos nuestras almas, si os volvéis a los sacrificios simbólicos instituídos por la

gamos pues hacia él "fuera del campo" llevando su vituperio [13];
14 porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la
15 venidera [14]. Por medio de él, pues, "ofrezcamos sacrificio de alabanza a Dios" continuamente, esto es "fruto de labios" celebran-
16 do su nombre [15]. Mas de la beneficencia y contribución no os olvidéis; porque en tales sacrificios se agrada Dios [16].

ley. Estos son en adelante inútiles; y, conforme a las prescripciones mismas de esa ley, no nos ofrecen comidas de que podamos participar para confirmar nuestras almas. (v. 9.) Según otra interpretación (Weiss), el autor querría decir simplemente: No puede haber para los cristianos comidas conectadas con sacrificios, pues el único sacrificio que ellos conocen y que constituye su *altar* (v. 10), el sacrificio de Cristo, no podría, en su calidad de sacrificio *por el pecado* (v. 11), ser acompañado de una comida, puesto que, según las prescripciones de la ley, era prohibido, aun a los sacerdotes, comer de la carne de las víctimas ofrecidas por el pecado.

13. Fué para Jesús la última profundidad de la humillación y del *oprobio,* el ser así rechazado por su pueblo como una víctima cargada de execración, condenado como un blasfemo a morir fuera del campamento. (Lev. 24:14.) Ahora bien: sus redimidos que, por la fe en su sacrificio, obtienen el perdón de sus pecados y la reconciliación con Dios, tienen el deber sagrado *de llevar su vituperio* (11:26), de seguirle hasta en sus humillaciones y en su muerte, para ofrecerse como él enteros a Dios. En un sentido, Cristo murió para que nosotros no muriéramos; en otro sentido, murió para hacernos capaces de morir con él. (Comp. 2ª Cor. 5:14, nota.) *Fuera del campo* significa pues, primero: fuera del judaísmo que ha crucificado a su Mesías, pero también fuera del mundo que crucifica siempre al Salvador; y, si es necesario, fuera de esta vida (v. 14.)

14. Poderoso motivo de "salir hacia Jesús fuera del campo" (v. 14.) Los bienes terrenales, que perderemos si obramos así, son pasajeros y no podrían contrabalancear las ventajas eternas que encontramos en seguir a Cristo (11:10 y v. 13-16.)

15. Teniendo el sacrificio perfecto para la expiación y el perdón de nuestros pecados, no apliquemos más nuestros corazones a los sacrificios simbólicos, sino ofrezcamos sacrificios verdaderamente espirituales (1ª Pedro 2:5), *sacrificios de alabanza* y de fiel *confesión del nombre* de Dios, que suponen el sacrificio del corazón y de la vida (Rom. 12:1, nota.) Estos sacrificios no son aceptables ni son recibidos de Dios más que *por él,* por este Salvador y Mediador, en virtud del amor con que él, el primero, nos amó. El autor llama ese *sacrificio de alabanza* (expresión tomada de Lev. 7:11) *el fruto de los labios,* conforme a Oseas 14:2, en la versión griega de los Setenta. Por último las palabras: *que confiesan su nombre,* son consideradas por varios intérpretes como una reminiscencia del salmo 54:8.

16. Si la acción de gracias y la confesión del nombre de Dios son ese sacrificio de alabanza que Dios reclama, no hay que olvidar que hay otros *sacrificios* de gratitud y de amor que debemos ofrecerle en la persona de nuestros hermanos pobres y pacientes. *No olvidéis la beneficencia*

E. 17-25. RECOMENDACIONES. VOTOS. SALUDOS. — 1º *Obediencia a los conductores e intercesión.* El autor invita a sus lectores a ser atentos con sus conductores, para que éstos puedan desempeñar con gozo sus tareas. Les pide que oren por él, a fin de que pronto les sea devuelto (17-19). — 2º *Votos.* El autor desea a sus lectores que el Dios de paz, que ha resucitado a Jesucristo, los haga perfectos. Les suplica que acojan la exhortación que les dirige (20-22). — 3º *Comunicaciones.* Timoteo ha sido puesto en libertad; si viniere pronto, el autor irá con él. Saluda a los conductores y a todos los miembros de la iglesia, y les trasmite los saludos de los de Italia. ¡La gracia sea con todos ellos! (23-25).

17 Obedeced a vuestros conductores y someteos; porque ellos velan en favor de vuestras almas como habiendo de dar cuenta; para que con gozo hagan esto y no gimiendo; porque esto os sería 18 perjudicial [17]. Orad por nosotros [18]; porque nos persuadimos de que tenemos buena conciencia, deseando en todo conducirnos ho- 19 nestamente [19]. Y más abundantemente exhorto a hacer esto, para que más presto os sea restituído [20].

y la comunicación (gr.), la virtud que os llevará a "hacer parte" de vuestros bienes (Rom. 15:26; 2ª Cor. 8:4.) Si nuestros corazones son de Dios, nuestros bienes serán de nuestros hermanos. Se podría entender también esta palabra de la *comunión* mútua del amor fraternal, como en Act. 2:42; Gál. 2:9; 1ª Juan 1:7. Añadiría entonces una idea nueva a la que expresa el término precedente. El amor fraternal, y las relaciones íntimas que crea, pueden ser llamados, lo mismo que la confesión de su nombre, *sacrificios* agradables a Dios.

17. v. 7; 1ª Tes. 5:12, 13; 1ª Pedro 5:2. Velan *por* vuestras almas, es decir para la salud de vuestras almas. ¡Gran responsabilidad de los pastores (Ezeq. 33), quienes deben *dar cuenta de las almas!* ¡Responsabilidad no menor de los rebaños que, no estando *sometidos* (gr. no *cediendo*), pueden trabar la obra de sus conductores, para su propia *desventaja* espiritual!

18. Comp. Rom. 15:30; 2ª Cor. 1:11; Efes. 6:19; Col. 4:3; 1ª Tes. 5:25; 2ª Tes. 3:1. Se puede uno preguntar si el autor comprende en el plural *nosotros* todos sus colaboradores; en todo caso, no piensa en los "conductores" mencionados en el versículo precedente, pues él no se cuenta entre ellos.

19. Estas palabras motivan el pedido de oraciones que el autor dirige a sus hermanos y deben alejar los prejuicios que podían existir contra él en el corazón de ellos: afirma que se *persuade* frecuentemente, todos los días (verbo en presente; el texto recibido tiene el verbo en perfecto: *nos hemos persuadido*) de que tiene *buena conciencia.* El testimonio de *su conciencia* no basta al siervo de Dios, le es necesaria además la confianza de sus hermanos para que pueda hacerles bien.

20. Estas palabras se refieren al pedido de orar por él (v. 18); y tal es su confianza en las oraciones de sus hermanos, que hace depender de ellas su regreso a ellos.

20 Y el Dios de la paz, "el que hizo subir" de entre los muertos "al pastor de las ovejas", el grande, "por la sangre de un pacto 21 eterno", al Señor nuestro Jesús, os perfeccione en toda cosa buena para hacer su voluntad, haciendo para sí mismo en nosotros lo que es agradable en su presencia por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria por las edades de las edades [21]! Amén.

22 Mas os exhorto, hermanos, tolerad la palabra de esta exhorta- 23 ción [22]; porque con brevedad os he escrito [23]. Sabed que nuestro

21. El autor, que ha pedido las oraciones de sus hermanos, ora a su vez por ellos; y en este voto, tan rico en pensamientos cristianos, echa una última mirada sobre su epístola entera, pidiendo a Dios que aplique a sus lectores sus santas verdades. Se dirige al *Dios de la paz,* que es la fuente de la paz, que la da de buena gana; por este nombre se complace Pablo en designar a Dios. (Rom. 15:33; 16:20; Fil. 4:9; 1ª Tes. 5:23.) Nuestro autor agrega que este Dios *ha hecho subir de entre los muertos a nuestro Señor Jesús,* coronando así la obra del Salvador. Es la primera vez que se menciona la resurrección de Jesucristo en nuestra epístola, pero está supuesta en la descripción de la entrada de Cristo, sumo sacerdote del nuevo pacto, en los lugares santos, ante Dios. El autor designa el Salvador con estos términos notables: *el gran Pastor de las ovejas,* para colocarle bien por encima de todos los "conductores" (v. 17) que dependen de él y no son más que sus siervos. Recuerda que Jesús solo merece ese título, porque derramó su *sangre* por sus ovejas (Juan 10:11), y esa sangre ha sellado un *pacto* (9:15, 24) que es *eterno,* por oposición al pacto mosaico que había envejecido e iba a ser abolido (8:13.) Basado en estas verdades, o más bien en estos hechos divinos, expresa su voto por sus hermanos: que este Dios de la paz (gr.) *los forme completamente en toda cosa buena, para hacer su voluntad.* (1ª Pedro 5:10). Mas ¿cómo llegarán a esta perfección que es según la voluntad divina? El autor sabe que Dios *mismo* los conducirá: *haciendo para sí mismo en nosotros lo que le es agradable,* pues es Dios quien realiza en nosotros todo lo que nos ordena. (Efes. 2:10; Fil. 2:13.) La expresión: *para sí mismo* se lee en *Sin., A. C.* y debe ser mantenida; ha sido omitida en algunos documentos, porque no se comprendía su sentido. *A, C,* vers., tienen: en *vosotros;* es probablemente una corrección introducida por el *os* de la frase precedente. Por último, esta perfecta santificación no puede obrarse sino *por Jesucristo* viviendo y obrando en nosotros; no tiene por objeto nuestra glorificación, sino *su gloria* eterna que subsistirá *por los siglos de los siglos.* Todo el evangelio y toda la vida cristiana se encuentran resumidos en este voto.

22. Gr. "*la palabra* de la exhortación", que os dirijo en esta carta. Demanda modesta, adecuada para ganar los corazones (Rom. 15:14-16.)

23. Aunque su carta sea una de las más largas del Nuevo Testamento, el autor tiene el sentimiento de que se ha expresado tan brevemente como le ha sido posible, dada la importancia

hermano Timoteo está suelto[24], con quien si más presto viniere 24 os veré. Saludad a todos vuestros conductores y a todos los san- 25 tos. Os saludan los de Italia[25]. ¡La gracia sea con todos vosotros! Amén.

de los asuntos tratados y la abundancia de sus pensamientos.

24. Se puede traducir también por el indicativo: *sabéis*. Los datos históricos nos faltan en absoluto sobre este hecho. (Véase la Introd., pág. 27.) Comunicando esta noticia a sus lectores, el autor expresa una vez más (comp. v. 19) el deseo de verlos pronto.

25. Este saludo no indica con certeza el país de donde la carta ha sido escrita. Podría ser de una región donde se encontraban hermanos *venidos de Italia*, pero más probablemente es de Roma; las palabras *los de Italia* designan, en este caso, los que le rodean. (Véase la Introd., pág. 20, 24).

EPISTOLA DE JACOBO

INTRODUCCION

I

DESTINATARIOS DE LA EPISTOLA, SEGUN SU CONTENIDO Y SUS CARACTERES GENERALES

La epístola es dirigida a afligidos, que son invitados a "considerar como motivo de todo gozo las pruebas diversas a que pueden estar expuestos" (1:2), a buscar junto a Dios la sabiduría que les permitirá conducirse bien en las diversas condiciones en que se encuentren (1:5-11.) Pobres en su mayor parte, tienen que soportar la opresión y las persecuciones de los ricos (2:5-7; 5:1-6.) Pero tengan paciencia, el advenimiento del Señor se acerca! (5:7-11.) El autor no tiene solamente por objeto consolar a sus lectores, los reprende y los censura enérgicamente: su piedad es superficial; se limitan a escuchar la palabra de Dios y descuidan ponerla en práctica (1:22 y sig.); se jactan sin razón de poseer la fe en el verdadero Dios, imaginándose ser salvados por ella, y olvidando que ella debe, para ser eficaz, producir las obras de la caridad (1:27; 2:14-26.) Inclinados hacia los pecados de la lengua, se erigen de buena gana en doctores, obedecen a un espíritu de disputa y hablan mal los unos de los otros (1:26; 3:1-18; 4:11, 12.) Su fe en Cristo Jesús, el Señor de gloria, no los ha libertado de la acepción de personas; se muestran obsequiosos con los ricos (2:1-7.) El amor del mundo y las pasiones carnales dominan en sus corazones, crean divisiones entre ellos y los hacen infieles a Dios (4:1-10.) En su deseo de enriquecerse, olvidan que su vida es frágil (4:13-17); amontonan tesoros perecederos, cuando el Señor va a venir; y, para ello, defraudan a sus obreros del salario que les deben (5:1-6.)

Aquellos a quienes se dirigen estos reproches son sin embargo cristianos. El autor se presenta a ellos como un "siervo de Jesucristo" (1:1); los llama, en muchas ocasiones, sus "hermanos", y les habla de su "fe en nuestro Señor Jesucristo glorificado" (2:1.) Les exhorta a "recibir con mansedumbre la palabra que ha sido

plantada en ellos" (1:21), y les dice que Dios, "porque lo quiso, nos engendró por la palabra de verdad" (1:18), expresiones que no pueden entenderse sino de la predicación del evangelio. Por último cuando, desde el principio, los lectores son invitados a "considerar como motivo de todo gozo las diversas pruebas a que pueden ser expuestos", la fe cristiana únicamente es capaz de producir en ellos esa "obra de la paciencia", por la cual serán "perfectos y cumplidos" (1:2, 4.)

Estas palabras son dirigidas a todos los que recibirán la carta. Se ha supuesto erróneamente dos categorías de lectores: cristianos decididos, a los cuales el autor recordaría sus privilegios y traería consuelos, e inconversos a quienes reprendería en el lenguaje severo de un profeta del antiguo pacto (5:3, 5.) Si se ha hallado que algunas de sus censuras no podían aplicarse a discípulos de Cristo Jesús (1:13, 22; 2:1-4, 19; 3:9; 4:3, 13; 5:1-6), es que se olvidaba que escribía, muy probablemente, a hombres convertidos hacía poco, en los cuales el evangelio no había producido todos sus frutos, y que no se habían despojado aún del viejo hombre, el judío formado en la escuela del fariseísmo (1). El tenor general de la epístola parece probar, en efecto, que sus destinatarios eran judeo-cristianos. No estaban aún sino muy imperfectamente separados de sus compatriotas en medio de los cuales vivían. Los ricos que los oprimen son judíos no convertidos, puesto que "blasfeman el nombre" de Jesucristo, y los "tribunales delante de los cuales los arrastran" son los tribunales de las sinagogas (2:6, 7.) Por último, el rico que recibe una acogida tan obsecuente en la "sinagoga" de los cristianos, parece ser, según 2:5 y sig., un personaje extraño a la iglesia, venido por curiosidad. Mezclados así con sus compatriotas, los recién convertidos sufrían aún su influencia. La educación que habían recibido dejaba sus almas señaladas con una marca difícil de borrar. ¿Es de extrañar que merecieran los reproches que Jesús hacía a los fariseos y a sus discípulos? Se encontraban aún a mitad de camino entre el judaísmo y el cristianismo. Eran "dobles de alma", según la enérgica expresión del autor, ora en su fe vacilante e incapaz de comprender la sabiduría de Dios (1:5-8), ora en sus afectos divididos entre Dios y el mundo (4:8.) Jacobo les escribe

(1) Los que atribuyen a los destinatarios de la carta un cristianismo degenerado, señal de una época de decadencia (véase más adelante, pág. 161), cometen un error semejante.

para llevarles a mayor decisión, a una vida cristiana más consecuente. Los induce a ello con breves exhortaciones, que formula imperativamente (1), sin agruparlas según un plan riguroso.

Ninguna epístola del Nuevo Testamento está tan desprovista de exposiciones de doctrina. Hasta cuando el autor habla de la relación de la fe y de las obras (2:14-26), no formula una teoría de la justificación; constriñe a obrar, a cristianos llevados a descuidar la obediencia moral, la caridad, y a sacar de sus creencias una falsa seguridad. La persona y la obra de Jesucristo no ocupan lugar ninguno en sus exhortaciones. Ningún detalle de su vida es recordado; hombres del antiguo pacto son propuestos como ejemplo (5:10, 11, 17, 18.) El Espíritu Santo no es nombrado.

II

AUTOR Y DESTINATARIOS DESIGNADOS EN LA SUBSCRIPCION DE LA EPISTOLA

En el encabezamiento de la epístola se leen estas palabras: "Jacobo, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión". Esta subscripción plantea dos problemas: 1º ¿Quién es el personaje designado con el nombre de Jacobo? 2º ¿Qué hay que entender por "las doce tribus que están en la dispersión?"

1º El autor. Dos apóstoles de Jesucristo llevaban el nombre de Jacobo (Mat. 10:3; Mar. 3:17, 18; Luc. 6:14, 15; Act. 1:13): Jacobo, hijo de Zebedeo, hermano de Juan, que fué muerto por Herodes en el año 44 (Act. 12:2); y Jacobo, hijo de Alfeo, apellidado el Menor (Mar. 15:40.) El Nuevo Testamento menciona un tercer Jacobo, hermano de Jesús (Mat. 13:55; Mar. 6:3; Gál. 1:19; 2:9, 12; Act. 12:17; 15:13; 21:18; 1ª Cor. 15:7.) Se ha pretendido, es verdad, que estos dos últimos eran un solo y mismo personaje. El principal argumento invocado en favor de su identificación es que Lucas nombra, en el primer capítulo del libro de los Actos (1:13), los dos apóstoles que llevaban el nombre de Jacobo; que cuenta (12:2) la muerte del hijo de Zebedeo; y hace intervenir en la continuación de su libro (12:17; 15:13; 21:18) un Jacobo al que no designa de otro modo, que debía pues ser,

(1) Jülicher (*Einleitung*, p. 170) comprueba que hay 54 imperativos en los 108 versículos de la epístola.

en su pensamiento, el hijo de Alfeo, mencionado al principio de la obra. Se puede sin embargo apartar esta objeción, sin acusar siquiera a Lucas de negligencia. Al comienzo de su relato, el nombre del hijo de Alfeo figura solamente en la lista de los apóstoles. Si no se trata más de él en lo que sigue, es porque, como la mayor parte de los doce, no ha desempeñado un papel notable en la fundación de la iglesia. Y si Lucas, después de haber contado la muerte del hijo de Zebedeo (12:2), pone en escena otro Jacobo (12:17), sin presentarlo a sus lectores como "hermano del Señor", es porque juzgaba inútil esta indicación; su pensamiento debía referirse sin vacilación alguna al hombre bien conocido que había ocupado por mucho tiempo el primer lugar en la iglesia de Jerusalén.

Por otra parte, la identificación del apóstol Jacobo, hijo de Alfeo, con el "hermano del Señor" tropieza con la afirmación del cuarto evangelio (Juan 7:5) de que "los hermanos de Jesús no creían en él", y esto seis meses antes de su muerte, mientras que Jesús había escogido a sus doce apóstoles en el primer período de su ministerio. Resulta también de diversas observaciones de los sinópticos (Mar. 3:21, 31-35) que los hermanos de Jesús no eran del número de sus discípulos. Por último, en Actos 1:14, son claramente distinguidos de los apóstoles. Por esto la gran mayoría de los historiadores se pronuncian hoy contra la identificación del hijo de Alfeo y del hermano del Señor [1].

Si es necesario distinguir a Jacobo, hijo de Alfeo, de Jacobo, hermano del Señor, es este último el nombrado en el encabezamiento de nuestra epístola. El hijo de Alfeo no ha desempeñado ningún papel en la historia. Al contrario, el hermano del Señor, por su carácter y su vida, por el lugar que ha ocupado, por la autoridad de que gozaba entre los judeo-cristianos y aun entre los judíos, responde a la idea que la epístola misma nos da de su autor. Aun si él no la escribió, el que la compuso quiso colocar su carta bajo el patronato de ese hombre célebre [2].

Jacobo era hermano propio de Jesús, hijo de José y de María, y no solamente su medio-hermano, nacido de un primer matrimonio de José, o su primo hermano, hijo de una hermana de

(1) Comp. Sieffert, en el artículo Jakobus im N. T., *Realencyclopädie* Herzog-Hauck, VIII, pág. 573.

(2) Fargues (*Introducción al N. T.*, p. 149) atribuye la epístola al hijo de Alfeo, estimando que esta hipótesis explica el silencio de los Padres, difícil de comprender si el autor hubiera sido la "columna" de la iglesia de Jerusalén.

María, como temprano se ha pretendido en la iglesia por razones dogmáticas [1]. Ignoramos en qué momento reconoció a su hermano mayor por el Cristo. Fué probablemente poco antes de verle expirar en la cruz. Jesús resucitado le honró con una aparición particular (1ª Cor. 15:7.) Jacobo tuvo luego una influencia preponderante en el seno de la iglesia de Jerusalén (Act. 12:17.) Pablo le nombra, al lado de Pedro y de Juan, como una de las "columnas" de la iglesia (Gál. 2:9.) Ejerció una acción decisiva en la conferencia de Jerusalén (Act. 15:13 y sig.) Su autoridad y el temor que inspiraba, se muestran en la actitud equívoca observada por Pedro y los otros cristianos de origen judío en Antioquía (Gál. 2:11, 12.) Cuando Pablo llegó por última vez a Jerusalén, fué a saludarle como a jefe de la iglesia judeo-cristiana (Act. 21:18.) Aun entre los judíos, Jacobo tenía gran renombre de santidad y era circundado de respeto. Llevaba el sobrenombre de Justo. Según Josefo (*Antig.* XX, 9, 1), el sumo sacerdote Ananus aprovechó de la muerte del procurador Festo, en el año 62, para hacer condenar a Jacobo y algunos otros a la lapidación. Eusebio (*Hist. eccles.* II, 23) nos ha conservado un relato de Hegesipo, historiador cristiano de mediados del siglo segundo; según ese relato, Jacobo habría sido precipitado de la almena del templo por haber declarado que Jesús era el Mesías, y, mientras oraba por sus verdugos, habría sido apedreado, luego, finalmente, aplastado por un batanero. Hegesipo agrega que inmediatamente después del asesinato del Justo, Vespasiano atacó a los judíos, lo que fué considerado como el castigo de ese crimen. Si esta indicación es exacta, colocaría la muerte de Jacobo algunos años más tarde que la fecha suministrada por Josefo [2].

2º Los destinatarios. ¿A quiénes se dirigía el autor al escribir "a las doce tribus que están en la dispersión?" (1:1.) No era al pueblo de Israel en conjunto, ni a los miembros de las doce tribus que vivían aún "dispersos" entre las naciones, pues no podía pretender ser acogido por ellos como "siervo del Señor Jesucristo". Unos piensan que entendía con esa expresión el pueblo de Dios en el nuevo pacto, todos los cristianos sin distinción de origen [3] (Comp. Apoc. 7:4; 14:1; 1ª Pedro 1:1.) Otros, considerando el carácter particular de la epístola, restringen la apli-

(1) Comp. Th. Zahn, *Forschungen zur Geschichte des neutestamentlichen Kanons*, VI, p. 328 y sig.

(2) Comp. Schürer, *Geschichte des Jüdischen Volkes*, 3ª y 4ª edic. I, p. 581 y 582.

(3) Von Soden, *Hand-Commentar*, 3ª edic. p. 178.

cación del término a los cristianos de origen judío. Si se encuentra que la denominación "las doce tribus" es demasiado amplia para ser limitada a esta clase de cristianos, se puede suponer que la epístola data de un tiempo en que los judeo-cristianos formaban aún la mayoría en la iglesia (1). Sea lo que fuere, un examen atento de la epístola muestra que sus destinatarios se encontraban en circunstancias bastante especiales. Estas no han podido hallarse sino en regiones vecinas de Palestina, donde la población judía era particularmente densa, se entregaba a la agricultura y estaba sujeta a la jurisdicción de las sinagogas. Hemos visto (pág. 155) que los israelitas ricos arrastraban ante esos tribunales a sus conciudadanos pobres hechos cristianos, que les eran doblemente sospechosos, en su calidad de herejes y de cismáticos. Ahora bien: sabemos que los judíos tenían el derecho de ejercer justicia sobre sus compatriotas donde estaban organizados en sinagogas (2) (Act. 9:2; 22:19; 26:11; 2ª Cor. 11:24.) Mas, para que pudieran por este medio perseguir a los cristianos, era necesario que los cristianos estuvieran aún más o menos confundidos con ellos. Aquellos a quienes es dirigida la epístola no se entregan solamente a negocios (4:13), sino también a la agricultura (5:4, 7.) Hay entre ellos, o entre los israelitas ricos que viven en su comarca, propietarios rurales que hacen cultivar sus campos por obreros. No se hace mención de esclavos. Por último, lo que sobre todo hay que observar es que el autor no hace alusión alguna a relaciones con gentiles y cristianos de origen pagano. Se ha inferido de su silencio que se dirigía a comunidades compuestas solamente de antiguos judíos. Estos diversos indicios han inducido a varios críticos a colocar en Siria meridional las iglesias a que Jacobo escribe. Se encontrará quizá que con un destino tan preciso y limitado, la dirección de la epístola: "A las doce tribus que están en la dispersión", parece muy enfática. La intención del autor, al llamar así esas pequeñas comunidades, que no formaban en el mundo judío más que una ínfima minoría, ¿no habría sido quizás la de levantar el ánimo de sus miembros, despreciados y perseguidos por sus orgullosos compatriotas, haciendo brillar de entrada ante sus ojos el glorioso privilegio que tenían de ser el verdadero Israel, el pueblo elegido de Dios?

(1) Th. Zahn *Einleitung*, 2ª edic., I, p. 52-55, 65.
(2) Schürer, *Geschichte*, III, p. 71 y sig.

III

OPINIONES ANTIGUAS Y MODERNAS SOBRE EL ORIGEN DE LA EPISTOLA

Ningún libro del Nuevo Testamento ha sido y es aún juzgado de maneras tan diferentes, y colocado en épocas tan distantes. Los Padres de la Iglesia hablan poco de él, y expresan, a su respecto, su incertidumbre. Orígenes es el primero en mencionar formalmente "la carta que circula bajo el nombre de Jacobo" (Comentario sobre San Juan.) Eusebio la coloca a la cabeza de los escritos "disputados, aunque reconocidos por la mayoría" (*Hist. ecles.*, III, 25.) Precedentemente (II, 23), el mismo historiador, después de haber referido la muerte de Jacobo, el hermano del Señor, agregaba: "Se dice que la primera de las epístolas llamadas católicas es de él; pero en verdad que es tenida por apócrifa; pocos de los antiguos, por lo menos, la han mencionado... Sin embargo sabemos que esta epístola, como las otras, es leída públicamente en la mayor parte de las iglesias. Las iglesias de Siria, en cambio, la recibieron muy pronto. La Peschito la contiene, pero la atribuye al hijo de Zebedeo. Sólo fué reconocida tardíamente en Occidente. Jerónimo aun, al hablar de Jacobo, obispo de Jerusalén, cita la epístola que se le atribuía, pero mencionando esta duda, que él no contradice: "Se pretende que ha sido escrita por algún otro bajo su nombre" (*De viris illustr.*, II.)

En la época de la Reforma, Erasmo y Cayetano recordaron el testimonio poco favorable de la antigüedad. Lutero desechó el escrito de Jacobo, llamándolo "una verdadera epístola de paja". Su antipatía por ella provenía de que le atribuía la intención de combatir la doctrina pauliniana de la justificación por la fe; le reprochaba también el guardar silencio sobre los grandes hechos de la salvación: la muerte y la resurrección de Jesucristo, y la acción de su Espíritu; el no hacer otra cosa que impeler la gente a las obras de la ley, y "arrojar todo sin orden y confusamente". Más circunspecto y más equitativo, Calvino responde, en el prefacio de su comentario, con reflexiones en las cuales el carácter propio de nuestra epístola y su papel en la colección sagrada son muy justamente definidos: "Aun hoy hay algunos que no estiman que se la deba tener por escritura auténtica. Sin embargo... yo

la recibo de buena gana... En cuanto a lo que se podría pensar de que (Jacobo) no magnifica la gracia de Cristo de tal modo como debe hacerlo un apóstol, ciertamente la respuesta es fácil, a saber que nosotros no debemos requerir precisamente que todos traten un mismo punto de doctrina... Salomón se detiene más en formar el hombre externo, en tratar las reglas y preceptos relativos a la vida política... David está siempre en el servicio espiritual de Dios, el reposo de la conciencia, la misericordia de Dios y la promesa gratuita de la salud. Sin embargo, esta diversidad no hace que al aprobar al uno, condenemos al otro. Lo que es más, entre los evangelistas mismos hay tan gran diferencia en la declaración de la virtud en Cristo, que si se hace comparación de los otros tres con Juan, apenas tendrán chispas de ese gran resplandor que aparece tan evidentemente en San Juan. Y sin embargo, recibimos los cuatro igualmente."

Los sabios contemporáneos están más que nunca divididos sobre las cuestiones del origen, de la fecha, del autor y de los destinatarios, y aun del carácter general de nuestra epístola. Cuatro opiniones, muy divergentes, son defendidas con convicción:

1. La epístola de Jacobo es un producto del segundo siglo. Ha sido compuesta después de la carta de Clemente de Roma y del Pastor de Hermas, pues presenta con estos escritos semejanzas notables de doctrina y de expresión. El silencio guardado por el autor sobre la circuncisión y la observancia de los preceptos mosacios, sobre la persona y la obra de Jesucristo, no se explica bien sino en esa fecha tardía, cuando la gran lucha provocada por Pablo había terminado y el cristianismo era comprendido sobre todo como obediencia a una nueva ley. La polémica de 2:14-26 se dirige contra gentes que no han conservado del paulinismo más que sus fórmulas antinomianas, pero que han perdido la verdadera inteligencia de la doctrina del apóstol. El desaliento, el aplastamiento de la fe, el desarrollo de la mundanalidad que el autor reprocha a sus lectores, descubren una época de decadencia. La epístola es dirigida a todos los cristianos, sin distinción de origen ni de lugar de residencia. Ha sido compuesta por un judío helenista que escribe en un griego relativamente puro, que se ha nutrido de la literatura judeo-alejandrina, de Filón principalmente, y no parece ignorar los escritores clásicos. Se presenta como Jacobo, el hermano del Señor. Tal es el juicio que producen sobre

el origen de nuestra epístola varios de los críticos más distinguidos actualmente (1).

2. La epístola de Jacobo data del tiempo de los apóstoles. Ha sido compuesta probablemente por el hermano del Señor, que estuvo a la cabeza de la iglesia de Jerusalén. La escribió en los últimos años de su vida, pues su enseñanza lleva rastros, principalmente en 2:14-26, de la influencia, por lo menos indirecta, de la doctrina de Pablo (2).

3. La gran mayoría de los sabios que atribuyen la epístola a Jacobo, el hermano del Señor, estiman que la escribió antes de que la misión entre los gentiles hubiera puesto en el primer plano de las preocupaciones de la iglesia la cuestión de las relaciones entre cristianos de origen pagano y cristianos de origen judío. Se basan en el silencio que la epístola guarda a este respecto; en el hecho de que, en 2:14-26, el autor no combate la argumentación presentada por Pablo en las epístolas a los Gálatas y a los Romanos; en las relaciones de sus sentencias con las de Jesús en los sinópticos; y, de un modo general, en el carácter puramente judeo-cristiano, que parece ser el de los destinatarios de la carta (3).

4. Recientemente por último, dos sabios, en trabajos independientes uno de otro (4), han llegado a la conclusión de que la epístola de Jacobo era una carta dirigida por un judío a sus compatriotas, anteriormente al cristianismo. Este escrito habría tenido gran crédito en el primer siglo de nuestra era y habría sido conocido de varios escritores evangélicos, especialmente de Pablo y del autor de 1ª Pedro. El favor de que gozaba le habría valido

---

(1) Holtzmann, *Einleitung in das N. T.*, 1892, p. 331 y sig.; Jülicher, *Einleitung in das N. T.*, 1901, p. 171 y sig.; von Soden, *Hand-Commentar*, 3ª edic., 1899, III, 2, p. 175; Harnack, *Chronologie*, I, p. 485-491. Según este último sabio, nuestra epístola habría sido primitivamente un fragmento de homilía; la dirección, añadida más tarde, la habría transformado en una carta de Jacobo, hermano del Señor.

(2) Comp. entre otros: A. Sabatier, *Enciclopedia* de Lichtenberger, VII, p. 131-133; J. Bovon, *Teología del N. T.*, II, p. 443 y sig.; Sieffert, *Realencyclopädie*, Herzog-Hauck, 1900, VIII, p. 585-587.

(3) Thiersch, Erdmann, Ritschl, Nösgen, J. C. K. von Hofmann, *Die Heilige Schrift des N. T.*, 9. Teil, 1881, p. 230 y sig.; J. B. Mayor, *The epistle of James*, 1892; Beyschlag, *Comentarios de Meyer*, 6ª edic., 1898; Wandel, *Der Brief des Jakobus*, 1896; Burger, en el *Kurzgefasster Kommentar* de Strack y Zöckler, 2ª edic., 1895; Weiss, *Einleitung in das N. T.*, 1897, p. 383; Th. Zahn, *Einleitung in das N. T.*, 1900, I, p. 52 y sig.

(4) L. Massebieau, *La epístola de Jacobo ¿es la obra de un cristiano?* Revista de la historia de las religiones, 1895, tomo XXXII, p. 249-283; F. Spitta, *Zur Geschichte und Litteratur des Urchristenthums*, tomo II, p. 1-239.

más tarde ser transformado en un escrito cristiano, por la simple añadidura de las palabras: *y del Señor Jesucristo,* en la dirección de la epístola (1:1), y del nombre de *Jesucristo* en 2:1, donde el texto primitivo tenía: *la fe en el Señor de gloria,* siendo este último término una designación corriente de Dios (Henoc 40: 3; 63:2; comp. Act. 7:2; Efes. 1:17.) Todo el resto del escrito sería obra del escritor judío.

CONCLUSIONES

Es difícil escoger entre estas diversas hipótesis, y no se podría llegar a conclusiones absolutamente ciertas sobre el origen de una carta que no menciona ningún personaje ni ningún acontecimiento contemporáneo, y que sólo tardíamente es mencionada, y con muchas vacilaciones, por los escritores eclesiásticos.

Esta última circunstancia no nos parece sin embargo suministrar un argumento decisivo contra la composición de la epístola en tiempo de los apóstoles. Es posible, en efecto, que no haya llegado, a pesar de su dirección tan general, sino a un círculo restringido de judeo-cristianos, y allí haya quedado como propiedad exclusiva (1). Cuando, más tarde, se extendió por la iglesia, su pobreza doctrinal y, más aun, su aparente polémica contra el paulinismo le valieron ser sospechosa.

¿Nos suministrará indicios sobre su origen la comparación de nuestra epístola con otros escritos de los dos primeros siglos? Los críticos que la relegan al segundo siglo insisten en las analogías de fondo y de forma que presenta con los escritos de los Padres apostólicos, en particular con la carta de Clemente de Roma y el Pastor de Hermas. Pero hay una diferencia profunda entre la enseñanza que nos presentan estos escritos y el punto de vista de Jacobo. Conciben ellos el cristianismo como una nueva ley, una moral revelada; mas esta ley es opuesta por ellos a la ley de Moisés y a sus ceremonias (ep. de Bernabé 2:6); designan a Jesús como su autor (Hermas, Simil. 5:5 y 6); mientras que, para Jacobo, la "ley real", la "ley perfecta", es siempre la ley de Moisés, abstracción hecha de las ceremonias, es la ley del antiguo pacto, aclarada a la luz del evangelio, es el Decálogo resumido en el mandamiento del amor (2:10, 11.) Los Padres apostólicos

(1) Si se admite que habitaban la Siria (v. pág. 159), esta suposición sería confirmada por el hecho de que la epístola aparece primero en la versión siriaca.

predican un nuevo legalismo, que tiende al ascetismo y que difiere mucho del cumplimiento de esta ley perfecta que Jacobo llama la ley de la libertad. Lejos de enseñar que el hombre es regenerado por la palabra de verdad, implantada en él, ellos creen en la regeneración bautismal (1). Hablan a menudo de Jesucristo y de su sangre, mientras que Jacobo guarda respecto de la redención un silencio que extraña. Por último, nos sorprende el contraste que presentan sus composiciones prolijas con la concisión, la sencillez, la originalidad del estilo de Jacobo.

Se debe uno pronunciar también por la prioridad de nuestra epístola, nos parece, cuando se la compara con la primera de Pedro. La mayor parte de los críticos admiten que uno de los autores ha conocido y utilizado el escrito del otro. Las relaciones de pensamiento y de expresión son indiscutibles: Jac. 1:1, comp. 1ª Pedro 1:1. — Jac. 1:2, comp. 1ª Pedro 1:6; 4:12, 13. — Jac. 1:3, comp. 1ª Pedro 1:7. — Jac. 1:10, comp. 1ª Pedro 1:24. — Jac. 1:12, comp. 1ª Pedro 5:4. — Jac. 1:18, comp. 1ª Pedro 1:22, 23. — Jac. 1:21, comp. 1ª Pedro 2:1. — Jac. 2:1 y 2:9, comp. 1ª Pedro 1:17. — Jac. 4:1, comp. 1ª Pedro 2:11. — Jac. 4:6, comp. 1ª Pedro 5:5. — Jac. 4:10, comp. 1ª Pedro 5:6, etc. (2). El texto griego, mejor aun que la traducción, hace resaltar esas semejanzas. Cuando se comparan esos pasajes comunes, se tiene más bien la impresión de que la epístola de Jacobo es la composición original. El carácter secundario y dependiente de la primera epístola de Pedro resulta también de la comparación de ese escrito con las epístolas de Pablo a los Romanos y a los Efesios.

Un indicio más concluyente, en cuanto al origen de nuestra epístola, nos es suministrado por sus relaciones con la enseñanza de Jesús. Contiene muchos pensamientos tomados de los discursos de Jesús en los tres primeros evangelios. Con mucha justicia se la ha llamado: "el sermón del monte de las epístolas". Mas esos pensamientos del Maestro no son jamás formulados en los términos en que nos los han conservado los sinópticos. Ellos provienen de una fuente original o de recuerdos personales del escritor (Jac. 1:2, comp. Mat. 5:4, 11, 12. — Jac. 1:4, comp. Mat. 10:22; 24:13. — Jac. 1:5, comp. Luc. 11:9-12. — Jac. 1:21, comp. Mat. 13:4-23; Luc. 8:15, etc.) Ahora bien ¿no se puede afirmar con verosimilitud que si nuestra epístola hubiera sido compuesta en el

(1) Beyschlag, comentario 1898, p. 32.
(2) Se encontrará una lista completa en Spitta, *o. c.*, p. 184 y sig.

segundo siglo, en un momento en que el tipo de las palabras del Señor estaba hacía tiempo fijado por los evangelistas sinópticos, su autor se habría limitado a citarlas en la forma tradicional, no osando modificarlas al gusto de su fantasía?

Otras razones, que resultan de la enseñanza y del carácter general del escrito, se oponen igualmente a esa fecha tardía y nos obligan a remontarnos a una época más cercana del origen. Es, primero, el carácter de judeo-cristianos que, sin prejuicio, no se podría negar a los destinatarios [1]. (Véase p. 155, 159.) Ahora bien: no existían ya, en el segundo siglo, comunidades cristianas compuestas exclusivamente de antiguos judíos, a las cuales pudiera ser dirigida una carta escrita en griego. Es, luego, lo que el autor dice y no dice de Jesucristo. Declara que el advenimiento del Señor está cerca y exhorta a sus lectores a esperarle con paciencia (5:7, 8.) Ahora bien, esta esperanza, que ocupaba tan gran lugar en la fe de los primeros cristianos, estaba ya muy debilitada en el segundo siglo. Por otra parte, el autor no habla de la persona y de la obra del Salvador. (Véase p. 155.) No basta, para explicar su silencio, realzar el hecho de que no escribe sino una carta breve, en la cual no tiene otro fin que el de hacer oir algunas exhortaciones relativas a la vida moral. La primera epístola de Pedro no es más larga, y su fin práctico es también señalado. Sin embargo, está llena de la persona y de la obra de Cristo. ¿No se debe ver en esa extraña laguna de nuestra epístola la indicación de que ha sido compuesta en un tiempo en que la predicación cristiana se limitaba a afirmar que Jesús era el Mesías, el Señor que había de volver; en que los convertidos de entre los judíos sacaban de esta esperanza sólo un motivo de redoblar su celo en obedecer a la ley de Dios; en que no habían aprendido aún de Pablo a considerar a Jesucristo glorificado y viviente como la fuente de una vida enteramente nueva [2]? Las relaciones de la epístola con la primera de Pedro y con los discursos de Jesús en los sinópticos; su silencio sobre la persona del Salvador; todas estas razones, que hacen difícil colocar el origen de la epístola en

(1) Ha sido puesto a viva luz por Spitta, quien ha hecho resaltar hasta qué punto está impregnado de judaísmo el escrito de Jacobo.

(2) Pretender que "el problema cristológico fué para el cristianismo primitivo la cuestión ardiente" (Holtzmann, *Einleitung*, p. 333), es, me parece, hacerse una falsa idea de la fe de los primeros cristianos. La persona de Jesucristo no ocupó, en su vida y en su pensamiento, el lugar central sino poco a poco, a consecuencia de todo un desarrollo interno que fué el fruto principal de la enseñanza de Pablo.

el siglo II, no son favorables tampoco a su composición en los últimos años de la vida de Jacobo, es decir en una época en que la primera epístola de Pedro iba a aparecer en Roma, en que la forma de las palabras del Señor estaba fijada en la tradición sinóptica, y en que la persona y la obra de Cristo habían tomado, bajo la influencia de Pablo, una importancia tal, que un tratado, aun enteramente práctico, debía hacer alguna alusión a ellas.

Consideraciones de otro orden nos harían inclinar también hacia la opinión de los que ven en el escrito de Jacobo una obra independiente del paulinismo y anterior a las grandes epístolas del apóstol de los gentiles. Cuando se examina atentamente el pasaje de Jacobo sobre la fe y las obras (2:14-26), se reconoce que no contiene una polémica dirigida contra la enseñanza pauliniana de la justificación por la fe [1] (Gál. 3; Rom. 4.) Si Jacobo invoca el ejemplo de Abrahán, al cual Pablo apela igualmente; si cita como él, pero para interpretarlo en un sentido opuesto, el pasaje de Gén. 15:6, lo hace con entera ingenuidad; no parece sospechar que se pudiera sacar del ejemplo alegado otra conclusión. Otros escritos judíos o cristianos (comp. 2:21, 23, notas; Hebr. 11:17) hablan de la fe de Abrahán en el mismo sentido que Jacobo. Es Pablo quien presenta una interpretación nueva del pasaje del Génesis. La pretensión de tener la fe sin las obras (2:14, 18), que Jacobo combate en sus adversarios, no ha sido jamás la de Pablo y sus discípulos [2]. (Comp. 2ª Cor. 5:10; 1ª Cor. 13:2; Rom. 6:12-20.) La fe que justifica al pecador tiene por objeto, en la enseñanza de Pablo, a Jesús y su obra redentora (Rom. 3:22, 25), o a Dios que ha realizado nuestra salvación en Cristo (Rom. 4:24, 25); ella no se separa jamás de la vida nueva; ella "obra por la caridad" (Gál. 5:6.) Si Pablo niega que "las obras de la ley" sean necesarias para justificar el pecador (Rom. 3:28), entiende por ese término la circuncisión y el cumplimiento de los ritos del antiguo pacto. Jacobo, al contrario, llama "obras" los frutos de la vida moral, las manifestaciones del amor del prójimo (2:8, 15, 16); y la fe a la que niega el poder de salvar el hombre, es la simple creencia en Dios, es una fe que los demonios mismos poseen (2:19.) Por último, el verbo "justificar" no tiene el mismo sentido en Jacobo y en Pablo (2:21, nota.) Es pues inadmisible que Jacobo haya atribuído a Pablo las ideas que com-

(1) Comp. Spitta, *o. c.*, p. 202 y sig.
(2) Sieffert, art. cit., p. 584.

bate. No podía equivocarse hasta ese extremo sobre la doctrina de un hombre con quien había conferenciado en Jerusalén (Act. 15) y al que había visto más tarde (Act. 21:18), en una época en que esta doctrina había sido formulada por él con la mayor nitidez en las epístolas a los Gálatas y a los Romanos. Aun sin Jacobo no tuvo jamás ocasión de leer esas cartas, las ideas generales de la enseñanza de Pablo debían serle bastante conocidas para que pudiera cometer el error que se le atribuye al suponer que tenía la intención de combatirlo. Ni siquiera se puede pretender que se levanta contra el abuso que se podía hacer de las afirmaciones del apóstol de los gentiles, abuso que habría temido o comprobado ya; y que emplea las fórmulas paulinianas para hacer ver a qué errores conducía su uso imprudente. Porque, si conocía el valor de esos términos en la argumentación de Pablo, no debía simular haber comprendido mal o cambiar intencionalmente el pensamiento del apóstol. Con la mayor parte de los críticos que colocan nuestra epístola en el tiempo de los apóstoles, estimamos pues que ha sido escrita antes de las grandes epístolas de Pablo. La argumentación de Jacobo es, en cuanto a los términos empleados como en cuanto a las ideas, independiente de la de Pablo. Su coincidencia notable no se opone a nuestra conclusión, pues esas fórmulas estaban en uso en la teología judía [1], de donde se puede suponer que los dos autores las tomaron [2]. Las pretensiones ilusorias que Jacobo combate en 2:14-26 podían encontrarse en cristianos antes de que Pablo hubiera predicado la doctrina de la justificación por la fe. Ya los judíos ponían una confianza orgullosa en su conocimiento del verdadero Dios, que no les impedía cometer diversas transgresiones de la ley (Rom. 2:17); basaban la certidumbre de su salvación en su calidad de hijos de Abrahán y no se inquietaban por producir frutos de arrepentimiento (Mat. 3:8, 9.) Los cristianos salidos del judaísmo habían conservado ese espíritu de presunción, y Jacobo se ve obligado a declararles que la fe en Dios, sin las obras, es "muerta", inútil para salvar. La cuestión de la relación de la fe y las obras debió plantearse antes de la predicación de Pablo entre los gentiles; pues, desde los primeros tiempos, la fe en Jesucristo fué anunciada por los apóstoles como el medio de salvación (Act.

(1) Spitta, *o. c.*, p. 71 y sig.; 207.

(2) Spitta, (*o. c.*, p. 202 y sig) y Zāhn (*Einleitung*, I, p. 91) piensan que Pablo conocía la epístola de Jacobo.

2:38, 4:12), y se debió preguntar pronto en qué relación esta fe, por la cual el pecador recibía el perdón, se encontraba con la obligación de observar los mandamientos de la ley. Antes de que el pensamiento cristiano abordara ese arduo problema, las relaciones de la fe y las obras eran objeto de las experiencias de la iglesia naciente. Muy luego de Pentecostés, el pecado se manifestó en su seno, y ella contó, entre sus miembros, con hombres que, si compartían el fervor religioso de los primeros creyentes, violaban los principios más esenciales de la ley de Dios (Act. 5:1 y sig.) A sus sucesores, y a los sofismas con que excusaban las fallas de su conducta moral, ataca el autor de nuestra epístola.

Si nada en el carácter general de la epístola ni en sus enseñanzas hos parece oponerse a que se lleve su composición a una época poco alejada del origen, no podríamos sin embargo considerarla como un escrito judío que habría sufrido interpolaciones de manos de un cristiano. Lo que hemos dicho del contenido y de los destinatarios de nuestra carta (véase p. 153), basta para poner en evidencia su inspiración cristiana. Esta resulta además: 1º de la idea de Dios expresada en 1:13 y 17 (que es conforme a Mat. 5:45-48) y en 1:27 ("nuestro Padre" es empleada en un sentido propio del evangelio); 2º de 2:5, que supone las bienaventuranzas; 3º de 2:7, donde el "nombre invocado" sobre sus lectores y "blasfemado" por los opresores no puede ser otro que el nombre de Cristo; 4º de la espera de la parousia (5:7, 8) y del carácter supraterrestre de las esperanzas y de los consuelos ofrecidos a los afligidos (1:3, 4, 12, 17.)

Si la epístola ha sido escrita por el año 50 por un cristiano de origen judío a judeo-cristianos de alguna región vecina de Palestina, no hay objeción perentoria para admitir que el "siervo de Dios y del Señor Jesucristo", cuya firma lleva, sea Jacobo, el hermano de Jesús. El hecho de que no se da este título es favorable a esta suposición, pues un escritor del segundo siglo, que hubiera querido hacerse pasar por el célebre jefe de los judeocristianos, se habría designado con mayor claridad. Se dice, es verdad, que el tenor de la epístola no responde mucho a lo que se estaría en derecho de esperar de Jacobo, ese estricto observador de la ley mosaica, que vigilaba con celoso empeño la conducta de sus colegas respecto de los paganos [1] (Gál. 2:12). Esta

(1) Jülicher, *Einleitung*, p. 173.

objeción cae, si se admite que la epístola fué dirigida a comunidades enteramente compuestas de judeo-cristianos. El autor conoce el ardor de sus hermanos en practicar los preceptos levíticos: "Si alguno piensa ser devoto", les dice; y les impulsa a agregar a su devoción, que está lejos de desaprobar, la disciplina moral que pondrá un freno a su lengua y el amor que los dispondrá a acudir en socorro de la viuda y del huérfano (1:26, 27.) Una dificultad más seria resulta del estilo de la epístola. Está escrita en un griego relativamente puro, y el Antiguo Testamento no es citado sino conforme a la versión de los Setenta. Ahora bien: el hermano de Jesús no debía casi haber recibido cultura helénica, y el texto hebreo del Antiguo Testamento debía serle familiar. Se puede responder que la versión de los Setenta estaba muy extendida, aun en Palestina, y que no es casi posible determinar en qué medida un galileo de ese tiempo, de modesta condición, pero de inteligencia superior, podía adquirir el conocimiento de la lengua griega [1]. Si se juzga sin embargo inadmisible que nuestra carta, tal cual la tenemos, haya sálido de la pluma de Jacobo, se puede suponer que tuvo por secretario un judío helenista que moraba en Jerusalén.

Las opiniones que acabamos de enunciar sobre el autor y la fecha de la epístola de Jacobo no son sino hipótesis. Están lejos de poseer a nuestros ojos una certidumbre que no deje lugar a ninguna duda; nos parecen presentar, en suma, bastante verosimilitud, y no son contradichas por ningún hecho establecido.

V

ANALISIS

La epístola de Jacobo no se presta mucho al análisis. Contiene una serie de exhortaciones que no son presentadas con riguroso encadenamiento. Se las puede agrupar bajo los títulos siguientes:

1. Las pruebas y las tentaciones (1:1-18.)

2. Exhortación a una piedad activa (1:19-27.)

(1) Comp. Th. Zahn, *Einleitung*, I, p. 25 y sig.; Schürer, *Geschichte*, II, p. 63 y sig.

3. La acepción de personas y la ley del amor fraternal (2:1-13.)

4. La fe sin obras (2:14-26.)

5. La tendencia a erigirse en doctor, el poder temible de la lengua, la verdadera sabiduría (3.)

6. Relaciones con el prójimo, con el mundo, con Dios (4:1 a 5:6.)

7. Exhortaciones y preceptos diversos (5:7-20.)

EPISTOLA DE JACOBO

I. Las pruebas y las tentaciones
(Cap. 1:1-18)

A. 1-11. Cómo debe el cristiano encarar las pruebas. — 1º *Firma.* Jacobo escribe a las doce tribus en la dispersión (1). — 2º *Las pruebas, motivo de gozo.* Jacobo invita a sus lectores a ver en sus diversos males un medio de poner a prueba su fe, de ejercitarlos en la paciencia, de llevarlos a la perfección (2-4). — 3º *Pedir a Dios la sabiduría.* Busquen ante Dios la sabiduría que les falta; él se la dará sin poner condiciones. Pero pídanla con firme designio; no con las vacilaciones de un corazón dividido (5-8). — 4º *La verdadera manera de apreciar la pobreza y la riqueza.* La primera es motivo de jactarse porque eleva; la segunda un motivo de humillación a causa de su fragilidad (9-11).

1 Jacobo, siervo de Dios y del Señor Jesucristo [1], a las doce tribus que están en la dispersión [2], salud [3]!

1. *Jacobo* (véase la Introd. p. 155) toma el hermoso título de *siervo de Dios y de Jesucristo* (Rom. 1:1; Fil. 1:1): su vida entera y especialmente la función que desempeña escribiendo a sus hermanos son un "servicio", en el cuál no cumple su voluntad ni la voluntad de otros hombres, sino sólo la voluntad de Dios y de Cristo. Coloca a *Jesucristo,* al que llama *Señor,* al lado de *Dios,* el Padre.

2. *Las doce tribus en la dispersión.* Comp. Introd., p. 157. En la dirección de nuestra epístola, esta expresión no podría tener un sentido simbólico y designar el pueblo de Dios en el nuevo pacto, sin distinción de origen. Ella debe ser tomada en sentido propio, aplicándose a israelitas establecidos fuera de tierra santa, entre los paganos (Juan 7:35). Esos israelitas en su mayor parte habían reconocido en Jesús el Mesías, puesto que Jacobo les escribe como siervo del Señor Jesucristo y llamándolos hermanos suyos. Mas no estaban aún completamente separados de sus compatriotas judíos. Judíos de la clase rica asistían a las asambleas de los cristianos, y los cristianos estaban bajo la jurisdicción de los tribunales judíos (2:1-7).

3. Gr. *¡Gozáos!* Era el saludo ordinario entre los griegos (Act. 23:26); mas la sinceridad del lenguaje cristiano hacía de él mucho más que una fórmula de cortesía y le daba un significado nuevo y profundo. (Comp. Rom. 1:7, 2ª nota). En las epístolas escritas por cristianos, que el Nuevo Testamento nos ha conservado, esta fórmula no reaparece más que una vez, Act. 15:23 (comp. la nota), encabezando la carta que los apóstoles y los an-

2 Considerad como gozo de toda clase, hermanos míos, cuando 3 cayereis entre tentaciones diversas [4], sabiendo que el poner a 4 prueba vuestra fe produce perseverancia [5]. Mas la perseverancia

cianos reunidos en Jerusalén enviaron a las iglesias fundadas por Pablo en Asia Menor, carta que fué escrita a propuesta de Jacobo. El voto, con el cual desea Jacobo a sus lectores que *se gocen,* le lleva, en el v. 2, a presentarles como un motivo de *alegría* las pruebas mismas en que los sabe empeñados. Hay probablemente una relación intencional entre el voto y la exhortación.

4. Gr. *Estimad* que es *todo gozo cuando cayereis en tentaciones diversas,* o como traducen la mayor parte: en *pruebas* diversas. La voz griega tiene ambos sentidos. La *tentación* puede llevar al hombre a conocerse mejor a sí mismo, y afirmar su fe (1ª Pedro 1:6,7), cuando, en lugar de sucumbir, sale victorioso del peligro y del sufrimiento; o bien la tentación puede hacerle pecar arrastrándolo a alguna caída. Es la obra de Dios (Hebr. 11:17), de Cristo (Juan 6:6), del cristiano que la ejerce sobre sí mismo (2ª Cor. 13:5). Viene también del demonio (Mat. 4:3-11; Luc. 4: 13) o de nuestras propias concupiscencias (v. 14). A menudo hay juntas *prueba* y *tentación*: el creyente se encuentra entonces en una situación peligrosa, que Dios le asigna sin embargo para su bien. Según los indicios que nos suministra nuestra epístola misma, las *tentaciones diversas,* a que estaban expuestos los lectores, provenían ora de su dispersión (v. 1), ora de las persecuciones y vejámenes que tenían que soportar de parte de judíos influyentes hostiles al evangelio, ora de su pobreza (v. 9), ora de la opresión que algunos malos ricos hacían pesar sobre ellos (2:6,7; 5:4-8), ora de cualquier otra causa, pues es arbitrario limitar el alcance de este término. En todo tiempo la vida de los cristianos está más o menos llena de esas pruebas y de esas tentaciones: por esto la exhortación del apóstol es de aplicación universal. Pero, a los ojos de la razón humana, ¡qué paradoja es esta exhortación: considerar esos sufrimientos como puro *gozo* (procurando sólo gozo, y no: el gozo perfecto supremo)! Sólo una comunión íntima y viviente con el Salvador puede explicárnoslo; siguiendo a Jesús, sus discípulos aprenden a regocijarse en todo lo que los desprende del mundo y de sí mismos, para darles cada vez más semejanza con su Maestro. Se afligirían si tuvieran en este mundo una posición diferente de la de él, pues saben bien que para llegar adonde está su Señor, deben tomar el camino que él mismo siguió (Mat. 5:11,12; Act. 4:23, sig.; 5:41).

5. Comp. Rom. 5:3,4. *Sabiendo,* este participio no expresa simplemente un motivo en apoyo de la exhortación precedente: "Pues sabéis". No tiene el sentido de un imperativo: "Y sabed que". Designa un conocimiento que el autor atribuye a sus lectores, pero que se desarrollará por la experiencia de las diversas pruebas. Se lo podría traducir: "Comprendiendo, dándoos cuenta de que...". La voz que suele traducirse *prueba* es de otra raíz que la traducida por *tentaciones* o pruebas en el v. 2. La mayor parte de los intérpretes le dan el sentido de: *"acción de probar"*; significa propiamente: *medio por el cual se prueba.* En nuestro pasaje, por una extensión del sentido primitivo, designa *el empleo de ese medio.* Establece una relación estrecha entre el v. 3 y el v. 2: "Sabiendo que este *medio de probar vuestra fe* (que son las "diversas pruebas"), cuando es *puesto en acción,* produce

tenga perfecta obra [6], para que seáis perfectos e íntegros, no 5 teniendo falta en nada [7]. Mas si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría [8], pida de Dios que da a todos sencillamente y no 6 reprocha [9], y le será dado [10]. Mas pida en fe, no vacilando en absoluto [11]; porque el que vacila es semejante a una onda del

la paciencia". Comp. 1ª Pedro 1:7, nota. Algunos manuscritos tienen solamente: *vuestra prueba produce;* suprimen las palabras: *de la fe,* que se leen en *Sin., B, A.* La *paciencia* es también la *perseverancia,* la firmeza en la fe, la persecución constante del objeto de la vida cristiana. Comp. Hebr. 10:36; 12:1; Rom. 5:3, 2ª nota.

6. Estas palabras pueden significar que la *paciencia* misma debe hacerse cada vez más perfecta por la prueba; o bien que la paciencia no debe contentarse con soportar la prueba sin murmuración y sin desaliento, sino también hacernos aptos para realizar perfectamente la obra de nuestra vida, la tarea que nos es impuesta por el Señor. Esta es su *obra,* que "sea activa y perfecta", como dice la versión revisada de Oltramare. El final del versículo es favorable a este último sentido.

7. *Cabales* o *íntegros* (1ª Tes. 5: 23). Los Setenta emplean este término para traducir la voz hebrea que nuestras versiones vierten por "íntegro" (Gén. 6:9). *No teniendo falta en nada,* "no dejando nada que desear, como traducen otros; nosotros hemos conservado el sentido literal, porque el mismo verbo aparece en el v. 5: "Si alguno de vosotros *carece de* sabiduría...". La escritura no pone jamás la meta a alcanzar de este lado de la *perfección* (Mat. 5:48). Si esto parece imposible al hombre (Mat. 19:25,26), podemos dirigirnos a Aquel que viene en socorro de nuestra debilidad (v. 5).

8. Jacobo toma aquí la voz de *sabiduría* en su sentido más amplio y más práctico: la sabiduría de la vida cristiana, que encierra al mismo tiempo el conocimiento de la verdad y la santidad de la conducta (3:13, 15,17). Esta sabiduría no es solamente una parte cualquiera de la perfección cristiana; es su condición, su fundamento.

9. El primero de estos términos indica que Dios da sin condición, sin acepción de personas (Rom. 12: 8); el segundo significa que Dios no censura al que le pide, que no lo avergüenza de su pobreza, de su importunidad, como los malos dadores de limosnas.

10. Mat. 7:7,11; Luc. 11:13; 1ª Reyes 3:9-12. En lugar de estas palabras: Píd*ala* de Dios y le será dada, el griego tiene: Pida y le será dado; pero es evidente que el apóstol piensa ante todo en esa *sabiduría* que acaba de nombrar.

11. El que pide no debe dejarse distraer a diestra o a siniestra por consideraciones diversas, sino tener el espíritu directa y simplemente fijo en Dios. "Es necesario que no haya en el alma del que se dirige a Dios una especie de división, ...una vacilación entre dos direcciones a tomar, entre dos amos a servir". *Reuss.* El hombre de corazón dividido, indeciso, inconstante (v. 8), no está *en la fe,* y no podría esperar ser escuchado. Estas palabras nos muestran que, para Jacobo tanto como para Pablo, la fe es el alma de la vida cristiana, de la oración, de la comunión con Dios. Otros traducen: "Con fe, sin dudar en nada"; mas el autor no puede querer decir solamente que el que ora debe estar seguro de ob-

7 mar agitada del viento y echada de acá para allá [12]. No se imagine en efecto el hombre aquél que recibirá del Señor alguna
8 cosa [13], hombre de doblado ánimo, inconstante en todos sus caminos [14].
9, 10 Jáctese empero el hermano humilde en su elevación, mas el rico en su humillación [15], porque "como flor de hierba" pasará [16].
11 Salió en efecto el sol con su ardiente calor y "secó la hierba, y su flor cayó" y la hermosura de su aspecto pereció; así también el rico se marchitará en todas sus empresas [17].

tener lo que pide, pues el v. 7 muestra que el hombre en cuestión "se imagina que recibirá algo". No podría tampoco tener en vista dudas teóricas, relativas a las verdades de la enseñanza evangélica; esta idea es extraña a nuestro contexto.

12. Esta figura da la idea más justa de las incertidumbres de aquel cuyo corazón está dividido. La fe sola afirma el corazón en Dios.

13. Los v. 7 y 8 expresan, en sentido propio, la razón por la cual el que pide "vacilando" no puede ser escuchado. Esta razón había sido indicada por la figura empleada en el v. 6. Las dos conjunciones: *porque*, *en efecto* (v. 6,7), están coordinadas una a la otra.

14. Gr. "Un hombre doble de alma", que tiene dos disposiciones contrarias, una de las cuales mira a Dios en la oración, la otra a la criatura, al mundo, a sí mismo. (Comp. 4:8). Tal hombre es *inconstante*, es decir sin reposo, sin firmeza, no solamente en la oración, sino en *todos sus caminos*, es decir en toda su conducta. Las antiguas traducciones hacen de este versículo, erradamente, una proposición independiente sobrentendiendo el verbo *es* que no se encuentra en el original.

15. Las exhortaciones de Jacobo son un eco de las enseñanzas del Salvador. (Comp. Mat. 5:3; Luc. 6:20-24; 14:12,13). *El rico y el pobre* no tienen más que una cosa de que puedan *jactarse*, la gracia de Dios, la esperanza de su reino. Si el pobre, el afligido, el oprimido encuentra en su posición un medio que le desprende del mundo y le acerca a Dios, ella le procura una *elevación* divina que hace su gozo y su gloria (v. 2); *jactándose* de esa *elevación*, resistirá a la acción deprimente de la miseria y del sufrimiento. Si el rico, al contrario, el dichoso del siglo, llega a sentir que sus ventajas le han hecho orgulloso y carnal, más pobre a los ojos de Dios que el último de los pobres, si llega a darse cuenta de que está destinado a "pasar como la flor de la hierba", esta doble comprobación le infligirá una *humillación* que es la única cosa de que pueda jactarse, pues es la única que hace posible para él lo imposible. (Mat. 19:23-26). Otros comentadores, basándose en el hecho de que *al hermano humilde* es opuesto *el rico* (sin que la palabra *hermano* sea repetida), piensan que el autor tiene en vista ricos que no son cristianos, y que por ironía los invita a *jactarse* de esa *humillación* que será su suerte, cuando, en el día próximo del juicio la nada de sus riquezas sea manifestada. La primera explicación nos parece más natural. Las dos categorías de personas a quienes la exhortación es dirigida forman parte de la iglesia.

16. Sal. 90:5,6; Isa. 40:6,7; 1ª Pedro 1:24.

17. En lugar de: *el sol con su ardiente calor*, se puede traducir: "El sol con el viento abrasador". La voz que se lee en nuestro texto es empleada por los Setenta (Ezeq. 17:10; 19:12; Job 27:21; Jon. 4:8) para designar el viento de oriente que, después de haber atravesado el desierto, quema toda vegetación y hasta hace morir animales y hombres. Mas como ese término se encuentra en nuestro pasaje en relación estrecha con el *sol*, conviene darle el sentido de *calor*, que tiene también en Mat. 20:12; Luc. 12:55. Esta figura hace sentir la rapidez con que perecen las glorias de este mundo.

B. 12-16. Tentación y gracia. — 1º *El hombre victorioso de la prueba.* Dichoso el que soporta la prueba, pues le valdrá la vida eterna, prometida a los que aman al Señor (12). — 2º *La tentación no viene de Dios, sino del hombre.* Ninguno atribuya sus tentaciones a Dios; inaccesible él mismo a la tentación, Dios a nadie incita al mal. El hombre es tentado por la atracción de su propia concupiscencia; ésta, fecundada, pare el pecado; que, una vez consumado, produce la muerte (13-15). — 3º *Dios, fuente de todo bien y autor de la regeneración.* Cuidémonos de errar en este punto: de Dios no proviene más que bien; el Padre de las luces dispensa una gracia siempre igualmente perfecta. El, de su libre voluntad, nos ha engendrado por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas (16-18).

12 "Dichoso un hombre que soporta "tentación, porque habiendo llegado a ser aprobado recibirá la corona de la vida, que prome-
13 tió a los que le aman [18]. Nadie, siendo tentado, diga: De Dios soy tentado; porque Dios no puede ser tentado de cosas malas,
14 y él mismo a nadie tienta [19]. Mas cada uno es tentado, por su

18. Estas palabras explican las del v. 2 y del v. 9. La *prueba* o la *tentación* (v. 2, nota) no tiene otro objeto que hacer del cristiano *un hombre aprobado* (2ª Tim. 2:15), y por ende capaz de recibir y de llevar *la corona de la vida*, llamada en otras partes "corona de la justicia" 2ª Tim. 4:8), en otras partes también "corona de gloria" (1ª Pedro 5:4), es decir la recompensa que consiste en tener parte en la vida eterna, en la justicia de que está revestido en Cristo, en la gloria del cielo. Siempre esta corona es considerada como el premio del combate, el fruto de la victoria. (1ª Cor. 9:24,25; Fil. 3:14; 2ª Tim. 4:7,8; Apoc. 2:10). En *Sin.*, *B*, *A*, el sujeto de la proposición: *el Señor* está sobrentendido. Algunas minúsculas y versiones tienen: Dios. Las últimas palabras: *a los que le aman*, hacen ver que alcanzamos la victoria en la prueba mostrando nuestro invariable amor a Dios. Este amor es la virtud cardinal de la vida cristiana (2:5; comp. Sal. 97:10; Mat. 26:39; Rom. 8:28).

19. Toda prueba es una tentación. Estimulante salutífero, encierra un veneno peligroso; en lugar de conducirnos a la victoria y de hacer de nosotros hombres aprobados (v. 12), puede hacerse para nosotros una ocasión de caída; puede excitar nuestra desconfianza hacia Dios, llevarnos a rebelarnos contra él; puede despertar directamente en nuestros corazones concupiscencias culpables. Si queremos evitar que la prueba tenga para nosotros tan deplorable resultado, cuidémonos de este pensamiento de duda: Dios es quien me tienta, me incita al mal. Y si los sentimientos malos han dominado ya en nuestro corazón, no invoquemos, como excusa, la posición en que estábamos

15 propia concupiscencia atraído y cebado; luego la concupiscencia, habiendo concebido, pare pecado; y el pecado, habiendo llegado 16 a su madurez, da a luz muerte [20]. No erréis, hermanos míos ama-17 dos [21]; todo don bueno y todo presente perfecto de arriba viene, bajando del Padre de las luces, en quien no puede haber mudanza 18 o sombra proyectada por rotación [22]. De su propia voluntad nos

colocados, la magnitud de nuestros sufrimientos, sin proporción con nuestra debilidad (Gén. 3:12; Job 2:9). En dos palabras cuidémonos, por un camino o por el otro, de hacer remontar la falta hasta Dios. Dios expone al hombre a las pruebas para su bien (v. 2, 3, 9, 12; comp. Mat 6:13; 1ª Cor. 10:13); la intención y la acción divinas son absolutamente exentas de la *tentación* que se encuentra en esas pruebas. Dios las envía como un remedio: solo el hombre las transforma en un veneno (v. 14). Es contradictorio suponer que Dios, el sumo bien, él, a quien ningún mal puede ni *tentar* ni acercarse, él, que es la fuente de todo don perfecto (v. 17), pueda, en ningún sentido, ser el autor del mal.

20. El que *es tentado* y peca, debe buscar la causa de su pecado en su propio corazón, en lugar de hacerla remontar hasta Dios (v. 13). El pecado es producido por un desarrollo cuyas fases sucesivas es útil conocer. La tentación nace de la *concupiscencia*, del deseo de lo que es prohibido (Rom. 7:7), de la inclinación al mal. Esa concupiscencia es aquí personificada: ella *atrae, ceba* la voluntad. Esta puede resistir, y todo estará dicho. Mas si cede, si se une a la concupiscencia, ésta *concibe* una resolución que no tarda en convertirse en acción; es lo representado por esta figura: *habiendo concebido, pare el pecado*. Por último, el pecado cumplido *da a luz* su consecuencia inevitable, *la muerte*, muerte espiritual, que será eterna, a menos que un remedio intervenga. Se puede preguntar dónde comienza la responsabilidad del pecador si la concupiscencia es ya culpable. Ciertamente, en el estado de corrupción en que se encuentra el hombre lo que le *ceba* y le *atrae* hacia el mal no podría ser inocente. Sin embargo la responsabilidad y la culpabilidad no llegan a ser completas más que si la voluntad, atraída, consiente. Desde ese momento, a los ojos de Dios, el pecado existe, es *consumado* sea interiormente por la resolución, sea exteriormente por el acto. El término del original no precisa el modo de la consumación. Otros traducen ese término por: *"Habiendo llegado a su madurez*, a su plenitud, a su mayor potencia". En ese grado, el pecado *pare muerte*. Esta no es sino la consecuencia inevitable del pecado consumado, pero hace aparecer todo lo que éste tenía de culpable y de funesto. En este desarrollo del pecado, el momento importante, aquel en que el hombre tiene mayor necesidad de vigilancia y de socorro de Dios, es cuando su voluntad, solicitada por la concupiscencia, pero libre aún, es obligada a pronunciarse.

21. Sería *engañarse* el suponer que el mal pueda venir de Dios (v. 13, puesto que Dios es al contrario, por su naturaleza, la fuente suprema de todo bien (v. 17).

22. El *Padre de las luces*, es el Autor, el Creador de los astros resplandecientes (Sal. 136:7-9), símbolos de la luz eterna del Dios que los hizo. Esos astros no derraman una luz siempre igual; hay en ellos "mudanza u obscurecimiento de rotación" (sentido literal); por el movimiento que les es propio y por sus cambios

ha engendrado [23] por la palabra de verdad [24], para que seamos una especie de primicias de sus criaturas [25].

II. Exhortación a una piedad activa
(Cap. 1:19-27)

19-27. Recibir y practicar la palabra. — 1º *Disposiciones en que debemos recibir la palabra*. Escuchad con celo, en silencio, guardándoos del espíritu de disputa que no hace reinar la justicia de Dios. Rechazad todos los sentimientos impuros y malos, y recibid con mansedumbre la palabra que ya está implantada en nosotros y que puede obrar como una potencia de salud (19-21). — 2º *Poner en práctica la palabra*. No os engañéis, como el que se mira en un espejo y olvida luego lo que le ha revelado ese examen de su rostro. Tened al contrario vuestras miradas fijas en la ley perfecta, la ley

de posición, una *sombra se extiende* sobre ellos y su claridad no nos llega más. En Dios, y en los *dones de su* gracia, no hay nada parecido: todo es *don excelente, presente perfecto*. Beyschlag, Oltramare y otros traducen: "No desciende *más que* don excelente y presente perfecto de lo alto, del Padre de las luces...". Así enunciado, el pensamiento respondería exactamente al del v. 13. Mas Jacobo ha escrito: "*Todo* don excelente y *todo* presente perfecto *es* de lo alto, descendiendo del *Padre de las luces*"; y, aunque su proposición forma un verso exámetro (muchos ven en ella una cita), no se podría sin embargo, invocando la inversión permitida en el estilo poético, traducir como si hubiera: "Todo don que viene de lo alto es excelente...". El autor designa las gracias que Dios nos dispensa, con dos expresiones sinónimas: *don excelente* (gr. *bueno*) y *presente perfecto*. El segundo de estos términos precisa el primero, designándolo como un don gratuito (Rom. 5:16). Según otros intérpretes, la relación de ambos términos sería ésta: "Lo que es dado como un don excelente y que, una vez recibido, se manifiesta como un presente perfecto". En todo caso, es arbitrario hacer intervenir aquí la distinción de los dones de la naturaleza y de los dones de la gracia. Esta perfección de todos los dones de Dios, el Padre de las luces, es proclamada en este pasaje: "Dios es luz, y no hay en él tinieblas" (1ª Juan 1:5).

23. Gr. *Habiendo querido* (únicamente porque lo quiso) *nos engendró* a la vida espiritual, regenerada. Esta regeneración, que es precisamente la inversa del parto descripto en el v. 15, es un fruto de la gracia libre y gratuita de Dios (comp. Efes. 1:5, 11). Ella es la prueba, recordada aquí en forma brillante, de que todo don excelente viene de él, mientras que la tentación y el pecado vienen de nosotros (v. 14 y 17; comp. un razonamiento análogo en Rom. 8:12). Cada uno de los fieles siente en sí este inmenso beneficio; y la experiencia de la bondad de Dios disipa la duda que la tentación había hecho nacer en él, y que le llevaba a creer que Dios le incitaba al mal.

24. La *palabra de verdad* (Juan 8:32; 17:17) o la Palabra de Dios, el evangelio, es siempre la semilla divina por la cual Dios regenera las almas (v. 21; 1ª Pedro 1:23,25).

25. Las *primicias*, los primeros frutos de la estación eran consagrados al Eterno. Por esta comparación (*en cierto modo*), el autor da a en-

de la libertad, y obrad según lo que ella os ordenare. Hallaréis la dicha en esta obediencia (22-25). — 3º *La verdadera devoción.* Creer que podría aliarse con una deficiencia moral, tal como la intemperancia de la lengua, es engañarse. Ella debe mostrarse por obras de amor y por la santificación (26, 27).

19 Lo sabéis[26], hermanos míos amados. Sea empero todo hom-
20 bre pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira[27]; por-
21 que la ira de un varón no produce justicia de Dios[28]. Por lo cual, deponiendo toda inmundicia y exceso de malicia[29], recibid con

tender que los cristianos llegados a la fe en el momento en que escribe son los santos y gloriosos precursores de una siega abundante. Esta comienza a levantarse en medio de la humanidad natural, que el autor llama *las criaturas de Dios* (Mar. 16:15). Otros piensan que designa a los cristianos a quienes escribe como las "primicias de entre las nuevas criaturas" de Dios, es decir los primeros de los regenerados; pero para ello sería necesario que ese calificativo de "nuevas" estuviera unido a la palabra *criaturas* (2ª Cor. 5:17).

26. *Sabéis* o *sabed* (*B, C*); el griego permite ambas traducciones. El texto recibido (*mayúsculas,* Peschito) tiene: *de modo que.* Aun la lección: sabéis, conecta con el v. 18 la exhortación de los v. 19 y sig., y presenta ésta como la conclusión práctica de la verdad que Jacobo acaba de enunciar: puesto que por la palabra de verdad Dios nos ha regenerado, ¡considerad cómo la recibís! Ante todo, importa recibirla con atención, en silencio, con espíritu de mansedumbre (v. 19-21); luego, ser cuidadoso en ponerla en práctica (v. 22-25); y esto, no con vanas devociones, sino con obras de amor y por la santificación (v. 26,27).

27. Estas condiciones indispensables para recibir bien la palabra eran muy opuestas al espíritu que reinaba entonces entre los judíos (Rom 2:17-23; Tito 1:10,11, etc.), y que daba nacimiento a las discusiones apasionadas, a la orgullosa pretensión de tener razón, y a todas las violencias del fanatismo (Act. 13:45; 14:19; 17:5-9,13; 22:22). Esas disposiciones, resumidas en el término de *ira* (3:14; 4:1,2), destruyen en todo tiempo el efecto de la palabra: ésta no puede germinar y llevar fruto sino cuando es recibida con recogimiento y humildad (v. 21).

28. La irritación de un hombre, la pasión que le arrebata es una fuerte presunción de que se engaña, de que no tiene razón. Aunque tuviera en su favor la verdad y el derecho, los falsea por la pasión. Creyendo ejecutar la voluntad de Dios, defender su causa, *cumplir su justicia,* hace todo lo opuesto. (Act. 9:1; 1ª Cor. 15:9; 1ª Tim. 1:13). Y aun en todas las circunstancias de la vida, nada es más inconciliable que esas dos cosas puestas aquí en notable contraste: *la ira del varón,* y *la justicia de Dios.*

29. Gr. "toda suciedad y sobreabundancia de malicia". El primero de estos términos es entendido en sentido figurado y designa la impureza moral. El adjetivo de la misma raíz, en sentido propio, se lee en 2:2. Unos toman este término como una noción independiente; otros, con menos razón, le conectan con *malicia*: toda inmundicia cuya causa es la malicia. El segundo término: *exceso* o *sobreabundancia* es interpre-

mansedumbre la palabra implantada que puede salvar vuestras
22 almas[30]. Mas haceos hacedores de la palabra, y no oidores sólo
23 engañándoos por falsos razonamientos[31]. Porque si alguien es oidor de la palabra y no hacedor, éste es semejante a un hombre
24 que considera su rostro nativo en un espejo; se considera a sí
25 mismo en efecto y se va, y luego se olvida cuál era[32]. Mas el que hubiera mirado atentamente en la ley perfecta, la de la libertad, y hubiere continuado en ello, no haciéndose oidor olvidadizo sino

tado muy diversamente. Unos lo traducen por "resto": todo residuo de vuestra antigua malicia; otros por "excrecencias": las manifestaciones de la malicia serían comparadas a las ramas inútiles del árbol (Juan 15:2). Es más conforme al sentido recto de la palabra y a la idea de la ira (v. 19,20), hallar en ella expresado el desborde de malos sentimientos que salen del corazón irritado, como el líquido hirviente del vaso que lo contiene. La *malicia* o *malignidad* no es sinónima de vicio, sino que designa las malas disposiciones respecto de Dios (v. 13) y del prójimo (v. 19,20).

30. Bien que la *palabra* esté ya *plantada dentro* de los cristianos a quienes Jacobo escribe, como una simiente de vida nueva (v. 18; comp. Mat. 13:25), ellos deben sin embargo *recibirla* siempre de nuevo, a fin de desarrollarse y crecer por el mismo medio que los ha hecho nacer a la vida verdadera (1ª Tes. 1:6). Pero, para ello, es necesario que la reciban con esa *mansedumbre,* esa disposición humilde y pacífica que es precisamente lo contrario de los defectos que Jacobo acaba de reprender (3:13; Mat. 5:5). Entonces la palabra obrará en sus *almas* con toda la fuerza creadora que le es propia, y los *salvará,* haciéndolos pasar enteramente de la muerte a la vida.

31. "Sed *hacedores* de la palabra, *y no solamente oidores*". Esta expresión refleja bien el carácter de toda la epístola, que impulsa a la acción. Juan igualmente dice: "hacer la ley" (Juan 7:19), o también: "hacer la justicia" (1ª Juan 2:29; 3:7,10). Los *falsos razonamientos* con los cuales *se engañan a sí mismos* los que son *oidores* y no *observadores* de la palabra, les hacen creer que poseen la vida cristiana, mientras que no tienen más que frías opiniones y creencias muertas. El error de esos *falsos razonamientos* (gr. "paralogismos") es de naturaleza moral más que intelectual, como lo muestra claramente la figura que va a seguir (v. 23,24).

32. Con esta comparación es representada de manera viva la ligereza del que es (gr. *oidor y no hacedor de la palabra;* hace resaltar la inconsecuencia de su conducta. *Considerarse en un espejo* es, para un hombre sensato, asegurarse si no hay nada en su traje o en su rostro que le desfigure, ninguna mancha que deba apresurarse a quitar. La palabra suministra al que la escucha el medio de hacer este examen de sí mismo, pues el evangelio es la "ley perfecta" (v. 25), la ley cumplida en Jesucristo, nuestro divino modelo. Cuando un hombre oye los preceptos del evangelio y se encuentra puesto en presencia del ejemplo de Jesucristo, todas las deformidades y todas las impurezas posibles de su alma le aparecen claramente. Mas el hombre que supone Jacobo se *considera,* y apenas *se ha considerado* ya *se ha ido,* y *ha olvidado* qué tal era. La mirada que ha echado al espejo de la palabra en vano le ha

26 hacedor de la obra, éste será dichoso en su hacer [33]. Si alguien piensa ser religioso [34], no refrenando su lengua sino engañando
27 su propio corazón, de éste la religión es vana [35]. Religión pura y

mostrado claramente *su rostro natural* (gr. "el rostro de su nacimiento" o "de su origen"), es decir el estado natural de su alma. Esta revelación no ha hecho sobre él ninguna impresión seria, no le ha enseñado a corregir los defectos comprobados. Llevado por su ligereza natural, distraído por diversas inquietudes (Mat. 13:20-22), pronto ha *olvidado* esa comprobación humillante. Recae en sus precedentes ilusiones; continúa satisfecho de sí mismo: he ahí el sofisma moral de que Jacobo acaba de hablar (v. 22).

33. Los rasgos de este cuadro son exactamente opuestos a los del precedente. En lugar de una simple mirada echada al espejo, se ve aquí un hombre *encorvado sobre la ley perfecta* (traducción literal), a fin de considerarla largo tiempo y hasta el fondo (comp. 1ª Pedro 1:12, donde se encuentra la misma voz en el texto griego); en lugar de irse, *persevera* en ese estudio; en lugar de conducirse como *oidor olvidadizo*, se torna en *observador activo* del mandamiento (gr.) *hacedor de obras* (v. 22, nota). Lo que él ve se transforma inmediatamente en acción en su vida diaria. Jacobo declara que tal hombre *será dichoso en su obediencia*. (El original tiene este juego de palabras: *actor* de la obra, será dichoso en su *acción*). Todo cristiano lo comprende! Lo que Jacobo había llamado antes "la palabra de verdad" (v. 18), "la palabra plantada dentro del hombre, y que puede salvar las almas", (v 21), lo llama aquí *la ley perfecta, la de la libertad*. Entiende por ello el evangelio en su conjunto, el cual es al mismo tiempo una potencia divina que nos hace libres de toda servidumbre, de toda condenación, de todo temor, y una *ley* que nos liga a la obediencia por el amor; en otros términos, una ley que, en lugar de dominar el hombre externo, se torna para el que en ella *continúa*, que identifica su voluntad con lo que ella manda, en un medio de liberación, el principio íntimo al mismo tiempo que la norma de su actividad (Jer. 31:31-34). Entonces es una ley *perfecta*, pues en sí misma nada deja que desear (Mat. 5:17), y comunica al hombre la fuerza de cumplirla. La expresión de *ley de la libertad* muestra cuán lejos estaba Jacobo de volver a ponerse en el punto de vista del antiguo pacto y de estar en contradicción con Pablo. Pablo, es verdad, acusa la diferencia de los dos pactos, oponiendo la fe a las obras de la ley, como medio de justificación, mientras que Jacobo, concibiendo el evangelio como la *ley perfecta*, pero como una ley íntima, la ley *de la libertad*, la ley que liberta al hombre y le hace capaz de una gozosa y triunfal obediencia, presenta las dos dispensaciones en una unidad profunda. Pablo, por lo demás, habla también de una "*ley* de la fe" (Rom. 3:27), de una "*ley* del Espíritu de vida" (Rom. 8: 2; comp. v. 4), de una "*ley* de Cristo" (Gál. 6:2).

34. *Ser devoto* o *religioso*. Esta palabra no reaparece en ninguna parte del Nuevo Testamento. El substantivo formado de la misma raíz, y empleado en los v. 26 y 27, no reaparece más que dos veces en otra parte, aplicado a la religión judía (Act. 26:5), y a un culto rendido a los ángeles (Col. 2:18). Ese término designa la piedad que se expresa en las prácticas religiosas. No implica que esas prácticas sean formalistas y desprovistas de sinceridad.

35. El contraste que Jacobo esta-

sin mancilla ante el Dios y Padre ésta es: visitar huérfanos y viudas en su tribulación, sin mancha guardarse del mundo [36].

III. La acepción de personas y la ley del amor fraternal (Cap. 2:1-13)

1-13. Hacer acepción de personas, es hacerse transgresor de la ley. — 1º *La acepción de personas condenada.* No debe haberla en los que creen en Cristo Jesús glorificado (1). — 2º *Un ejemplo de ese defecto en los destinatarios de la epístola.* En su asamblea, hacen una solícita acogida al rico, mientras que tratan al pobre con menosprecio, poniéndose así en contradicción consigo mismos y obedeciendo a malos pensamientos (2-4). — 3º *Los pobres y los ricos delante de Dios y en sus relaciones con la iglesia.* Dios ha escogido los pobres para hacerles heredar su reino, y ¡vosotros los afrentáis! Los ricos os oprimen y blasfeman el nombre de Cristo (5-7). — 4º *Respuesta a una objeción. Unidad de la ley.* No se podría invocar la ley real del amor fraternal para justificar la aduladora acogida hecha al rico, pues la acepción de personas es una transgresión de esa ley. El que viola la ley en un solo punto es culpable como si hubiera violado todos, pues emanan todos de un mismo legislador (8-11). — 5º *La ley de la libertad. La misericordia y el juicio.* Palabras y hechos del cristiano deben ser regulados

blece, en los v. 26 y 27, entre la falsa y la verdadera *religión*, recuerda el que ha descripto en los v. 22-25. Tal de sus lectores podía decirse: "Yo no soy un oidor olvidadizo, yo observo muy rigurosamente la ley; yo cumplo escrupulosamente mis deberes religiosos, dando mi culto a Dios según sus prescripciones". Hay que recordar, en efecto, con qué piadoso celo los primeros cristianos salidos del judaísmo se aplicaban a las ceremonias del culto israelita (Act. 2:46; 3:1; 21:17-26). Jacobo muestra a ese lector que está en la ilusión, si, con toda su devoción, conserva un defecto como la intemperancia de lengua (v. 19; 3:2 y sig); por ese error de juicio moral, o esa falta de disciplina ejercida sobre sí mismo, *engaña su corazón*, se confirma en error, como el oyente olvidadizo se engañaba por falsos razonamientos (v. 22).

36. Gr. *Guardarse inmaculado lejos del mundo.* Estos dos rasgos de la vida cristiana: la beneficencia para con los que sufren, y la *preservación de las impurezas del mundo*, no son dados como encerrando todos los frutos de la piedad, mucho menos aun como constituyendo la vida cristiana misma; no son sino ejemplos de las virtudes sin las cuales no existe conversión real. La abnegación de la caridad y la pureza de la conducta son por otra parte los frutos esenciales de una fe verdadera. Las palabras: *delante de Dios* recuerdan que Aquel que sonda los corazones aprecia lo que hay de verdadero o de falso en nuestra piedad de un modo distinto a nosotros. Jacobo designa a Dios como *nuestro Padre* para hacer sentir a sus lectores que el Dios al cual rinden ahora su culto es el Dios del nuevo pacto, el que se ha tornado en Padre de ellos por su adopción en Cristo Jesús, el que reclama de ellos una adoración en espíritu y en verdad (Juan 4:23), una consagración de todo su ser (Rom. 12:1).

por el pensamiento de que será juzgado según la ley de la libertad: juicio implacable para quien no tiene caridad, pero que puede afrontar sin temor el que la posee (12, 13).

II Hermanos míos, no tengáis con acepción alguna de personas 2 la fe del Señor nuestro Jesucristo glorificado [1]. Si entrare en efecto en una congregación vuestra [2] un hombre con anillo de oro en vestidura espléndida, y entrare también un pobre en vesti- 3 dura sucia, y mirareis hacia el que lleva la vestidura espléndida

1. Gr. "No tengáis en acepciones de personas la fe de nuestro Señor Jesucristo de la gloria". No se puede hacer de esta frase una interrogación como se ha propuesto: "¿Tenéis en acepción de personas vuestra fe?" pues, según el original, esta pregunta expresaría una suposición poco verosímil, mientras que la continuación muestra que se trata de un hecho que, desgraciadamente, se producía en las asambleas. La expresión: "*No tengáis* vuestra fe *en* acepción de personas", significa que vuestra fe no esté mezclada con acepción de personas; que no se alíe a la tendencia de hacer distinciones entre los hombres y tener consideración a su apariencia. Esta disposición es incompatible con la *fe en nuestro Señor Jesucristo glorificado*. El genitivo (gr.) *de la gloria* se refiere a *toda* la locución *nuestro Señor Jesucristo* (Beyschlag), más bien que sólo al término de Señor (1ª Cor. 2: 8): "nuestro glorioso Señor (Rilliet); o a la palabra *Cristo*: "Jesús, el Cristo de gloria". (Stapfer). Jacobo recuerda que el objeto de nuestra fe es Jesucristo elevado a la gloria eterna de los cielos, para hacer comprender cuánta es, en su presencia, la nada de las distinciones humanas. Algunos intérpretes consideran, en este pasaje, a Jesucristo no como el objeto, sino como el autor de la fe. El griego, que tiene *la fe de nuestro Señor Jesucristo*, permitiría esa traducción, pero sería contraria al uso constante del Nuevo Testamento. Para combatir el espíritu farisaico y mundano que reinaba entre los judíos y amenazaba invadir la iglesia, Jacobo empieza por atacarlo en una de sus manifestaciones: la diferencia señalada que se hacía entre el pobre y el rico (v. 2 y sig.) Los cristianos estaban aún en relaciones constantes y estrechas con los judíos (véase la Introd.); por ese contacto, su amor mutuo podía fácilmente enfriarse y dar lugar al sentido carnal que dominaba en la nación judía. Por esto, Jacobo, después de haber combatido éste en la acepción de personas, recuerda el gran mandamiento del amor al prójimo, que no conoce ninguna diferencia (v. 8); y hace resaltar la idea esencial de la ley, de la que no se puede violar un solo punto sin ser culpable de todos (v. 10, 11). El Salvador, igualmente, combatía el farisaísmo, realzando al pobre para humillar al rico orgulloso (Luc. 6:24; Mat. 19: 23; Luc. 14:8 y sig.; comp. la Introd.) y declarando culpable la transgresión del más pequeño mandamiento de la ley (Mat. 5:17-20).

2. Gr. *En una congregación de vosotros*. No se debe traducir: "en vuestra asamblea", como si la epístola fuera dirigida a una sola comunidad. (1:1, 2ª nota). Es necesario observar que la voz griega traducida por *asamblea* es aquí *sinagoga;* de donde se puede inferir, lo que por otra parte resulta de toda la epístola (véase la nota precedente y la Introd.), que Jacobo dirige

y dijereis: Tú siéntate aquí con honor [3]; y al pobre dijereis: Tú 4 estate allí en pie o siéntate bajo mi escabel; ¿no discordáis en vosotros mismos y os hacéis jueces con malos pensamientos [4]? 5 Escuchad, hermanos míos amados: ¿No ha elegido Dios a los pobres cuanto al mundo para ser ricos en fe y herederos del reino 6 que ha prometido a los que le aman? ¡Mas vosotros habéis des-

su carta a comunidades judeo-cristianas, que habían conservado a sus lugares de reunión la designación usada entre los judíos. Se ha ido demasiado lejos al afirmar que esos cristianos no se habían separado aún de la sinagoga y continuaban reuniéndose los días de sábado con sus conciudadanos no convertidos (Act. 19:8,9); pues si se tratara aquí de sinagogas judías, los cristianos no habrían tenido autoridad para asignar lugares a los que llegaban. Las asambleas cristianas son igualmente llamadas *sinagogas* en la epístola a los Hebreos (10:25).

3. Unos traducen: *honorablemente, en este lugar de honor*; otros: *cómodamente, a tu comodidad*. El término del original reune ambas ideas: designa un lugar ventajoso, un lugar distinguido y cómodo. La continuación (v. 5-7) parece mostrar que los ricos acogidos con tanta solicitud no eran en general cristianos. Se ve según 1ª Cor. 14:22,23, que las asambleas de la iglesia primitiva recibían la visita de oyentes extraños a la fe. El caso debía presentarse frecuentemente en los ambientes judeo-cristianos.

4. Las primeras palabras de este versículo han sido traducidas y explicadas de maneras diversas. Se puede hacer de esta proposición una pregunta o una afirmación. El manuscrito *B* suprime la negación, que se lee en los otros documentos. Varios de éstos, seguidos por el texto recibido, empiezan la frase por *y*; esta conjunción, que habría que traducir por *y bien!* es cercenada como no auténtica en las ediciones críticas. En fin, el verbo de la proposición presenta diversos significados. Se encuentra en el capítulo precedente (1:6), en el sentido de *vacilar, dudar*. La mayor parte de los exégetas modernos conserva aquí este sentido, que es el más usado en el Nuevo Testamento (Mat. 21:21; Act. 10:20; Rom. 4:20; 14:23, etc.) y piensan que Jacobo ve en la conducta de los que hacen así acepción de personas, una falta de fe cristiana, según el pensamiento del v. 1. Se puede preferir una interpretación análoga en cuanto al fondo, pero más clara a primera vista, y conforme por otra parte con el sentido primordial del verbo, *dividir, separar*: "¿No os separáis en vosotros mismos?" es decir: "¿No hay inconsecuencia en vosotros?" como traduce Oltramare; o como nosotros creemos poder verter ese término: *No os ponéis en contradicción con vosotros mismos*, y con la fe que profesáis? La mayor parte de nuestras versiones (francesas) tienen: "¿No hacéis en vosotros mismos una distinción, una *diferencia*", entre el rico y el pobre?". Mas esta traducción es más difícil de justificar por el uso del Nuevo Testamento; y además atribuye a Jacobo una apreciación demasiado apagada e ingenua de la conducta de sus lectores, que tan vivamente ha descripto en los versículos precedentes. ¿No iba de suyo que los que obraban de tal suerte hacían una distinción entre las personas? Las dos interpretaciones que acabamos de indicar se dividen los principales comentadores. Hay por último algunos que se han atenido a una tercera significación

honrado al pobre[5]! ¿No os oprimen los ricos, y ellos mismos os
7 arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos mismos el her-
8 moso nombre con que sois llamados[6]? Ciertamente[7], si cumplís

del verbo griego, *juzgar, discernir,* y lo traducen ora por la activa: ¿No tenéis juicio, discernimiento? ora por la pasiva: ¿No sois juzgados en vosotros mismos? En el segundo miembro de este versículo, construído así en griego: "No habéis llegado a ser jueces de malos pensamientos?". Jacobo quiere decir que se constituyen jueces de sus hermanos, y jueces mal inspirados, cuando observan la conducta descripta en los v. 2 y 3. (Comp. v. 5 y 6).

5. Los v. 5-7, introducidos por este apóstrofe: *hermanos míos amados,* destinado a realzar la importancia de las consideraciones que siguen, muestran a qué punto su conducta está en contradicción con su fe: Dios honra *al pobre,* ¡y vosotros le *deshonráis,* con procedimientos como el descripto en los v. 2-4! El honor que Dios hace a los pobres consiste en esto: Dios v. 5) *los ha elegido* (1ª Cor. 1:27), no porque son pobres, no porque son *ricos en fe,* mucho menos aun porque fueran, en cuanto pobres, *herederos del reino,* sino por su pura gracia (1:18, 1ª nota), *para hacerlos* ricos en fe y herederos de su reino. Su pobreza no es pues un título para esta elección; pero es un medio de que Dios se sirve para cumplir los designios de su gracia. El sentimiento de su miseria terrestre, de la opresión y de las privaciones en que viven, excita en ellos, mucho más fácilmente que en los ricos, la necesidad de la gracia que los enriquecerá. Les hace buscar el reino de los cielos, que será para ellos una amplia compensación de sus sufrimientos (Mat. 6:33; 2ª Cor. 4:17,18). Dios, por otra parte, se complace en elevar lo bajo, a fin de confundir toda elevación que se oponga a su reinado. (Comp. Luc. 1:52,53; y principalmente 1ª Cor. 1:26-28). Esta explicación es la más conforme al pensamiento general del Nuevo Testamento, como a los términos de nuestro pasaje. Este tiene literalmente: "¿No ha elegido Dios a los pobres según el mundo, ricos en fe y herederos del reino?..." Algunos intérpretes hacen de las palabras *ricos en fe y herederos...* la aposición de las palabras: *los pobres;* pero, con esa construcción, el verbo *ha elegido* es privado del complemento que reclama. El texto más autorizado (*mayúsc.*) tiene, no *los pobres del mundo,* sino *los pobres según el mundo* (dativo), lo que unos interpretan: "a los ojos del mundo", los otros: "en bienes de este mundo". Este último sentido es preferible como formando antítesis a los *ricos en fe.*

6. El apóstol dice en otro lugar (5:4) en qué consistía esta *opresión de los ricos* sobre los pobres. *Los arrastran ante los tribunales,* para ejercer contra ellos persecuciones religiosas (Mat. 10:17; Act. 9:2; 26:10,11), quizá también por negocios ordinarios. *Blasfeman el hermoso nombre* de Cristo *que ha sido invocado sobre* los cristianos, no por su conducta solamente (comp. 1ª Pedro 4:14; 2ª Pedro 2:2), sino directamente, en cuanto desechaban y maldecían al Señor. (Comp. Act. 18:6; 26:11; 1ª Cor. 12:3). Cuando el verbo *blasfemar* está acompañado de un régimen, y principalmente del complemento: *el nombre de,...* es más natural entenderlo del ultraje en palabras (Mat. 27:39; Apoc. 13:6; 16:9). Por esto no podríamos ver en esos ricos a cristianos; son judíos incrédulos y mundanos, cuando más hombres que, después de haber sido atraídos por un tiempo, habían recaído en un judaísmo carnal, y no tenían ya nada ni

la ley real[8] según la escritura: "Amarás a tu prójimo como a ti
9 mismo[9]", bien hacéis; mas si hacéis acepción de personas, peca-
do cometéis, siendo convictos por la ley como transgresores[10].
10 Porque cualquiera que la ley entera hubiere guardado, mas hu-
biere tropezado en un solo punto, se ha hecho culpable de todos.
11 El que dijo, en efecto: "No cometas adulterio", dijo también:
"No mates[11]". Ahora bien: si no cometes adulterio, pero matas,
12 te has hecho transgresor de la ley[12]. Así hablad y así obrad como
13 debiendo ser juzgado por medio de la ley de la libertad[13]. Por-

de hijos de Abrahán ni de discípulos de Cristo. (Véase 1:9 y sig., nota, y la Introd.). Lo prueba también esta distinción tan rotunda: "*Ellos mismos,* los ricos, *os* oprimen", etc.

7. Los lectores podían intentar justificar la acogida hecha a los ricos por, el mandamiento del amor al prójimo. Jacobo les concede (*ciertamente*) que esa acogida es en sí una acción loable; pero les recuerda que ese mismo precepto es violado por ellos al recibir mal al pobre.

8. *Ley* soberana, que domina todas las demás, de la que éstas dependen (Mat. 22:39,40; Rom. 13:9,10). Ella es *según la escritura,* porque está contenida en la escritura y es conforme a su espíritu.

9. Lev. 19:18.

10. Así, Jacobo considera la conducta que aquí censura como una *transgresión de la ley,* de la ley suprema, la del amor al prójimo, quizá también, simplemente, de la ley de Moisés, pues el precepto citado es precedido, en Lev. 19:15, de este mandamiento: "....No tendrás en consideración la persona del pobre, ni favorecerás la persona del grande". (Spitta).

11. Jacobo cita estos dos mandamientos, porque son los dos primeros de la segunda tabla, que contiene los deberes para con el prójimo. Invierte su orden, poniendo la prohibición del adulterio antes de la del asesinato, de conformidad con una antigua tradición, seguida igualmente en Marcos 10:19; Luc. 18:20, nota; Rom. 13:9.

12. *Fallar,* o *tropezar,* o caer, *en un solo* mandamiento hace *culpable respecto de todos.* Jacobo justifica este juicio con el pensamiento de que, como todos los mandamientos de la ley emanan del mismo Legislador supremo, por esa violación es hollada su voluntad santa entera, cualquiera que sea por otra parte el objeto de aquella. Habría podido agregar que este principio absoluto es aprobado por la conciencia; pues todo el que puede violar voluntariamente un solo punto de la ley, puede violar otro, y todos sucesivamente, según la ocasión. Esta unidad de la ley se muestra con evidencia en el caso supuesto, en que se trata del mandamiento que prescribe el amor al prójimo: este mandamiento ya transgredido, toda la ley es violada en su esencia, aun cuando se observaran exteriormente todos los preceptos, pues "Dios mira el corazón". Es siempre una señal de que la iglesia recae en las aberraciones del fariseísmo, cuando se ve aparecer en ella la árida casuística que coloca la observancia de la ley, no en el corazón, sino en las minuciosas prescripciones de una moral sin amor como sin libertad (v. 12).

13. Esta *ley de la libertad* (comp. 1:25, nota), nos ha libertado al mismo tiempo del pecado y de esa legalidad servil que escoge entre los mandamientos, calcula su obediencia y nu-

que el juicio es sin misericordia para el que no ha ejercido misericordia[14]; la misericordia se jacta contra el juicio[15].

IV. La fe sin obras
(Cap. 2:14-26)

14-26. La seguridad ilusoria de una fe muerta. — 1º *La fe que no produce obras de amor no puede salvar.* Si un hombre se vanagloría de tener fe, sin hacer obras, esa fe no puede salvarle, porque está muerta, como la caridad que se reduce a hermosas palabras (14-17). — 2º *La fe sin obras no puede probarse.* Tú no puedes mostrarme tu fe sin obras, mientras que yo te mostraré mi fe en mis obras. Tú crees en un Dios único; los demonios también (18, 19). — 3º *Inutilidad de la fe sin obras demostrada por el ejemplo de Abrahán.* Resulta del hecho de que Abrahán fué justificado por el sacrificio de Isaac. En esta prueba, que él soportó victoriosamente, su fe fué hecha perfecta por las obras y fué cumplida la palabra por la cual su fe le había sido imputada a justicia. Es, pues, por las obras, no por la sola fe, como el hombre es justificado (20-24). — 4º *Ejemplo de Rahab. La fe muerta.* Rahab fué también justificada por haber recibido a los espías. La fe sin obras es semejante a un cadáver (25, 26).

14 ¿Qué provecho hay, hermanos míos, si alguien dijere tener 15 fe, mas no tuviere obras? ¿puede acaso la fe salvarle[16]? Si[17]

tre la justicia propia. Tanto mayor será nuestra responsabilidad, si no andamos de una manera digna de esta vocación, como hijos de Dios, y no como esclavos sin amor (v. 13).

14. Comp. Mat. 18:23-35.

15. Mat. 5:7. Gr. "La misericordia *se jacta contra* el juicio". El juicio amenaza al pecador; pero la caridad que anima al cristiano le comunica la gozosa certidumbre de que escapará a la condenación. Es la victoria que el amor de Dios, derramado en el corazón de sus hijos, obtiene sobre los castigos de su justicia. Calvino entiende aquí por *misericordia* la de Dios, por la cual Dios perdona al pecador, y triunfa así de su propio juicio. El contexto no hace pensar en Dios, pero esta interpretación encierra una parte de verdad, en cuanto la misericordia humana no es más que un reflejo de la divina misericordia.

16. Hasta aquí Jacobo ha combatido las tendencias farisaicas que sabe existen en una parte de sus lectores; se manifestaban por un cristianismo superficial que no se preocupaba de poner en práctica la palabra de Dios (cap. 1), por una fe que se aliaba a una falta de caridad y de consideración para con los humildes, porque desconocía la unidad de la ley (2:1-13). Ahora penetra hasta el defecto que está a la base de todos los demás: la seguridad engañosa que inspira una fe sin obras. Según su costumbre, enuncia de entrada el pensamiento principal. La fe *sirve para salvar*, para procurar la absolución en el día del juicio (v. 13; 4:12; comp. Rom. 5:9; 8:24). Este fin no podría ser alcanzado si el que *dice tener fe* (que se la atribuye sin

un hermano o hermana estuvieren desnudos y teniendo falta del 16 diario alimento, y alguien les dijere de entre vosotros: Idos en paz, calentaos y hartaos; mas no les diereis las cosas necesarias 17 al cuerpo, ¿qué provecho hay[18]? Así también la fe, si no tuviere 18 obras, muerta es en sí misma. Pero alguien dirá[19]: Tú tienes fe, y yo obras tengo; muéstrame tu fe aparte de las obras, y yo te 19 mostraré por mis obras la fe[20]. Tú crees que uno es Dios; bien

razón por un error inconsciente, y no buscando hacerse pasar por lo que no es) *no tiene obras,* si no cumple los mandamientos de la ley (1:25). *La fe* sola, sin obras, no puede *salvarle* (Mat. 7:21).

17. *A, D* y la mayor parte de los documentos tienen: *mas si...* Algunos intérpretes conservan esa partícula, que falta en *Sin., B,* estimando que introduce la argumentación dirigida contra los adversarios.

18. ¿Tendrían el menor valor esas vanas palabras, esos votos estériles, serían caridad? Jacobo saca la misma conclusión relativamente a la fe (v. 17).

19. La fe, si no tiene obras, es sin potencia de vida, *está muerta en sí misma,* en su principio, y no solamente en cuanto a sus efectos (v. 17). Por esto *alguien* dirá con razón... (v. 18). Este *alguien* no es el adversario que Jacobo refuta, puesto que representa las mismas ideas. La mayor parte de los exégetas ven en él un tercero que el autor hace intervenir para dramatizar la discusión. Este nuevo interlocutor viene en auxilio de Jacobo. Muestra que la fe sin obras no es solamente inútil (v. 14), sino indemostrable. Lo que hace dudar de la legitimidad de esta interpretación, es, por una parte, que la intervención de este tercer personaje no está claramente indicada en el texto; y por la otra que la fórmula: *mas alguno dirá,* es siempre destinada a introducir una objeción a la tesis del autor (1ª Cor. 15:35). Por estas razones, se propone considerar las palabras: *tú tienes fe,* como una pregunta irónica del adversario que diría a Jacobo: ¿Tienes tú verdaderamente fe, tú que no le atribuyes ningún valor en sí misma? A lo que Jacobo respondería: Yo tengo las obras. Muéstrame tu fe... (von Soden). Esta explicación hace violencia a la frase griega. Los dos miembros de ésta no pueden ser separados, como lo muestra la conjunción "*y yo* tengo obras". Ante la imposibilidad de dar un sentido satisfactorio al texto, se ha supuesto que un copista habría invertido por inadvertencia los términos. El autor habría escrito: "Mas alguno dirá: Tú tienes *obras* y yo tengo fe". A lo que Jacobo habría replicado: "Muéstrame", etc. (Pfleiderer). Se ha recurrido también a la hipótesis de una laguna. Después de las palabras: *Mas dirá alguno,* el texto primitivamente habría tenido la objeción del adversario, a la que Jacobo respondería: "Tú tienes fe y yo obras, etc." (Spitta). Por último, se podría admitir que la fórmula "Mas alguno dirá" no formaba parte del texto. Habría sido introducida por un lector que no habría comprendido el curso de los pensamientos en este trozo. Mas estas conjeturas, que no encuentran ningún apoyo en los antiguos documentos, son muy aventuradas.

20. El texto recibido tiene aquí: "Muéstrame tu fe *por tus* obras" La variante adoptada conforme a *Sin., B, A, C,* es la única que puede dar el pensamiento de Jacobo. He aquí el sentido completo de este versículo: Tú pretendes *tener fe; ¡muéstrame*

20 haces; también los demonios creen, y se horrorizan [21]. Mas ¿quieres saber, oh hombre vano, que la fe aparte de las obras es inefi-
21 caz? Abrahán nuestro padre, ¿no fué justificado por obras, al
22 haber ofrecido a Isaac su hijo sobre el altar [22]? Ves que la fe cooperaba con sus obras, y por las obras la fe fué hecha perfec-
23 ta [23]; y fué cumplida la escritura que dice: "Y creyó Abrahán a

pues *tu* pretendida *fe sin las obras!* Si estás en apuros para responder a este pedido, *yo te mostraré* al contrario *la fe* (*Sin., B, C*), la verdadera *fe* (y no: *mi* fe, según *A, mayúsc,* vers.), por los frutos que ella necesariamente produce, y que son sus únicas señales ciertas, es decir, *por mis obras.*

21. Estas palabras indican lo que Jacobo entiende por la falsa fe que combate: *Tú crees que hay un solo Dios: bien haces;* aprobación sin ironía, pero he aquí el valor de esta fe: *los demonios también* creen que hay un Dios, *y tiemblan;* su fe no es más que el conocimiento puramente intelectual de un hecho que son constreñidos a admitir, por mucho interés que tuvieran en negarlo. Mas como ese conocimiento no produce en ellos más que *espanto* y odio, no puede salvarlos. Así ocurre con la certidumbre de que Dios existe, cuando queda sin efecto en la vida moral y no se torna en la confianza de un corazón que se entrega por completo al Autor de toda gracia (1:3-5; 16-18).

22. *Oh hombre vano!* tú que no solamente eres ininteligente e ignorante, sino desprovisto de una vida cristiana verdadera. *La fe sin las obras es ineficaz* (*Sin., A, mayúsc.* tienen *muerta;* lección tomada de los v. 17 y 26); el autor no quiere decir que no produce frutos útiles, lo que sería una tautología, sino que no puede salvar. Jacobo escoge a Abrahán como ejemplo, porque era renombrado por su fe; si, aunque poseyendo tal fe, debió hacer obras para ser justificado, ¡cuán insensata es la pretensión de los que quieren pasarse sin las obras! *Ser justificado* no significa ser aprobado (como en Mat. 11:19; Rom. 3:4). El contexto muestra que se trata de la salvación y de sus condiciones (v. 14). *Por obras* es un plural de categoría, pues el sacrificio de Isaac es especialmente considerada como la obra que valió a Abrahán ser justificado. El Génesis (cap. 22) no dice que el patriarca fué justificado por ese sacrificio; antes ya, su confianza en el Eterno, que le prometía una posteridad, le había sido "imputada a justicia" (Gén. 15:6). Mas la idea expresada por Jacobo era conforme a la opinión reinante entre los judíos: "Abrahán ¿no fué hallado fiel en la prueba, y no le fué esto imputado a justicia?" (1ª Macab. 2:52). Sin embargo, en el pensamiento de Jacobo, esta prueba no tuvo por efecto hacerle justo; le valió solamente ser declarado justo. Jacobo toma la palabra: *justificar,* en su acepción jurídica: proclamar justo; mas, como el Antiguo Testamento, le da el sentido de *reconocer* al hombre por lo que *es;* no tiene aún la idea, sostenida por Pablo, de una declaración de gracia que "justifica al impío" (Rom. 4:5).

23. En el v. 22, Jacobo anuncia la conclusión que saca del ejemplo de Abrahán; su fe no permanecía ociosa; *obraba* (*Sin., A,* tienen el verbo en presente) *con sus obras.* Esta cooperación de la fe y las obras tiene por resultado la justicia del patriarca. Su fe le impelía a cumplir obras y por estas obras *la fe fué hecha perfecta;* se desarrolló en la prueba y floreció en un acto de ad-

Dios, y le fué imputado a justicia", y fué llamado "amigo de
24 Dios [24]". Veis que por obras es justificado un hombre y no por
25 fe sólo [25]. E igualmente también Rahab la ramera, ¿no fué justificada por obras, al haber recibido a los mensajeros y haberlos

mirable obediencia. "La fe, por la potencia de vida que posee, produce las obras; y al producirlas, ella gana en contenido y en fuerza, como el trabajo manual acrecienta el calor natural en el que a él se entrega. Abrahán volvió del sacrificio de su hijo más perfecto que cuando iba". *Bengel*

24. El pasaje, Gén. 15:6, parecía contradecir la tesis de Jacobo y confirmar la opinión de los que se basaban, para ser salvados, en la fe sin las obras. Jacobo se hace de este pasaje que se le opone un último argumento para acabar de convencer a sus adversarios. Considera la declaración por la cual la fe de Abrahán le fué imputada a justicia (Gén. 15:6), como una especie de profecía que no tuvo su *cumplimiento* sino en el sacrificio de Isaac: en la fe principiante del patriarca, Dios había visto ya su fe perfecta; se la había imputado a justicia en la previsión de que se desarrollaría hasta la perfección. O, como lo explican otros, Jacobo distinguiría entre *imputar a justicia* y *justificar;* el primer término se aplicaría sólo a un juicio provisional, que concierne a un acto especial y que sería un antecedente, en cierto modo, para el juicio definitivo; sólo éste se extendería a toda la vida; el segundo término, *justificar,* se referiría a este juicio supremo. Sea lo que fuere, el pasaje Génesis 15:6 es, a los ojos del autor, una profecía, que *fué cumplida* por la prueba referida en Gén. 22. El título de *amigo de Dios* no es dado a Abrahán en el Génesis; pero se encuentran en la oración de Josafat (2ª Crón. 20:7) y en Isaías 41:8 expresiones de donde ha provenido esta calificación del patriarca, corriente entre los judíos y los árabes. El ejemplo de Abrahán (Gén. 15:6) es invocado por Pablo (Rom. 4:5; Gál. 3:6) para demostrar la tesis en apariencia opuesta de la justificación por la fe sin las obras de la ley. No se podría dar sin embargo este hecho como una prueba de que Jacobo hubiera conocido las epístolas a los Gálatas y a los Romanos y haya tenido la intención de contradecir al apóstol de los gentiles. (Véase la Introd. y la nota siguiente).

25. Esta conclusión, tomada en sentido absoluto y separada del contexto, estaría en plena contradicción con la enseñanza de Pablo, especialmente con Rom. 3:20,28; Gál. 2:16. Mas es necesario observar ante todo que Jacobo, según su punto de vista, niega que el hombre sea justificado por la fe *solamente,* es decir por una fe sin obras. Luego, es evidente que Jacobo y Pablo entienden, ora por la *fe,* ora por las *obras,* cosas enteramente diferentes. Las *obras* a las cuales Pablo niega el poder de justificar el pecador con los esfuerzos por los cuales el hombre procura salvarse sin la ayuda de Dios; Jacobo, al contrario, habla de obras que son la manifestación, el fruto de la fe y del amor. Por otra parte, la *fe,* a la cual Pablo atribuye la justificación del pecador delante de Dios, es un principio vivo de confianza, de obediencia, que tiene siempre por último fin la santificación de la vida entera. Jacobo, al contrario, combate bajo el nombre de fe un conocimiento estéril, la simple creencia en la existencia de Dios (v. 14, nota; 19, nota; v. 26). Ahora bien: es evidente que atribuyendo la justificación a las

26 hecho salir por otro camino [26]? Porque así como el cuerpo aparte del espíritu está muerto, así también la fe aparte de obras, muerta está [27].

V. ADVERTENCIA A LOS QUE SE ERIGEN EN DOCTORES, LA TEMIBLE POTENCIA DE LA LENGUA, LA VERDADERA SABIDURÍA

(Cap. 3)

A. 1-12. NO PRETENDER ENSEÑAR, SINO TENER BAJO FRENO SU LENGUA. — 1º *Responsabilidad de los que hacen uso de la palabra.* No haya muchos cristianos que aspiren a hablar en las asambleas; el temor de un juicio más severo nos retenga. Cometemos todos muchas faltas. El que no las comete con la palabra es un hombre cabal, enteramente dueño de sí, como el caballero lo es de su corcel por medio del freno (1-3). — 2º *El poder de la lengua.* Ella es como el gobernalle que, aunque pequeño, dirige grandes navíos a voluntad del piloto; como un pequeño fuego que enciende un gran bosque. Ella excita en todo el cuerpo pasiones impuras y devoradoras, siendo ella misma inspirada del diablo (4-6). — 3º *Su carácter indomable.* Todas las bestias son domadas por el hombre; ninguno puede domar la lengua; ella contiene un veneno mortal (7, 8). — 4º *Los pecados de la lengua y la fe en Dios.* La lengua nos sirve para bendecir a Dios y para maldecir al hombre creado a su imagen. Esto es inadmisible. Una fuente no puede producir agua dulce y agua amarga; un árbol frutos de diferentes especies (9-12).

III No muchos os hagáis maestros, hermanos míos, sabiendo que 2 más grave juicio recibiremos [1]. Porque de muchos modos tropezamos todos; si alguien no tropieza en palabra, éste es hombre 3 perfecto, capaz de refrenar también el cuerpo entero [2]. Ahora bien: si echamos los frenos en las bocas de los caballos para que 4 nos obedezcan, también dirigimos su cuerpo entero [3]. He aquí, también las naves, siendo tan grandes e impelidas por violentos vientos, son dirigidas por un muy pequeño gobernalle adonde 5 quiere el impulso del piloto. Así también la lengua pequeño miembro es y se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡tan pequeño fuego 6 cuán grande bosque enciende! También la lengua es fuego, el mundo de la iniquidad [4]; la lengua se muestra entre nuestros

obras, Jacobo la hace remontar a la misma fuente que Pablo, puesto que, según él, esas obras son la manifestación de la fe que "obra con ellas" (v. 22).

26. El autor de la epístola a los Hebreos (11:31) cita la acción de Rahab como una prueba de *su fe.* Jacobo ve en ella, como en el ejemplo de Abrahán (v. 21 y sig.), una prueba de que esa fe se manifestó, se justificó por una *obra* que Rahab realizó valientemente, con peligro de su vida. Estas dos apreciaciones, muy diferentes a primera vista, son verdaderas una y otra, cada una en su punto de vista (Comp. v. 24, nota).

27. Gr. El cuerpo sin *espíritu* o *aliento* (Gén. 2:7; Mat. 27:50). La comparación atañe a la *ausencia* del *aliento* y la ausencia de las *obras,* una y otra señales de muerte. No se podría pues atribuir al autor la idea de que las *obras* son el alma de la *fe.* Ha querido establecer solamente que las obras prueban que la fe es viva, como el aliento muestra que el cuerpo no es un cadáver. Esto es conforme a todas las enseñanzas de la escritura: "No está uno vivo delante de Dios sino en cuanto la fe es viva; y ésta no está viva sino por la caridad y por las obras". *Quesnel.*

1. Gr. *No os hagáis numerosos doctores..., recibiremos un juicio*

mayor, una condenación mayor que si hubiéramos guardado un modesto silencio. Por esta diligencia en enseñar a otros, asumimos una responsabilidad temible. Jacobo vuelve a uno de los defectos que ya había señalado (1:19,26) en los judeo-cristianos de su tiempo formados en la escuela de los fariseos: una religión de labios, la necesidad de parecer, de ponerse adelante en las asambleas. Esta tendencia debía producir los pecados de la lengua, que Jacobo describe en los versículos que siguen por figuras en que la exactitud se une a la hermosura. El defecto que Jacobo censura no consiste en maledicencias o juicios que los miembros de la iglesia hubieran formulado unos contra otros (Calvino), ni en la ambición que los habría llevado a aspirar al cargo de doctor, sino en la necesidad que sentían en toda ocasión de enseñar a sus hermanos. El apóstol Pablo combatía en los judíos de su tiempo esa misma orgullosa comezón de ser los "conductores de los ciegos", los "doctores de los ignorantes" (Rom. 2:17 y sig.). La facultad concedida a cada uno de tomar la palabra en las asambleas ofrecía a esas disposiciones ocasiones numerosas de manifestarse.

2. Motivo (*porque*) en apoyo de la exhortación: "No seáis numerosos los que os erijais en doctores". Al decir: *tropezamos todos mucho,* Jacobo tiene en vista las faltas numerosas de nuestra conducta entera: cometemos bastantes pecados de toda especie, de que tendremos que responder ante Dios; no nos enpeñemos con ligereza en ese terreno de la enseñanza a dar a los demás, donde nos haremos culpables de nuevas faltas. Estas son tan frecuentes, tan fácilmente cometidas, tan inevitables sin una santa vigilancia, que Jacobo no vacila en afirmar que, si alguno fuera exento de reproche a este respecto, sería *un varón perfecto,* capaz de dominarse en todo. Por las palabras: *refrenar su cuerpo,* el apóstol, considerando el cuerpo como el instrumento del alma, entra ya en la figura que va a seguir (v. 3).

3. Se puede admitir también una frase interrumpida: "Si ponemos freno... *y si* dirigimos su cuerpo entero..., (*sobrentendido*) debiéramos refrenar también nuestra lengua".

4. Dos figuras notables que pintan con tanta exactitud como fuerza la acción potente de la *lengua,* para el bien o para el mal: *un gran navío* al que un *pequeño timón* dirige en medio de las tempestades; un *pequeño fuego* que abrasa *un grande bosque* (gr. *un cuán pequeño fuego enciende un cuán grande bosque*): tal es la lengua. Ella *puede jactarse de grandes cosas.* ¡Qué motivo de vigilancia, para que no se torne en *el mundo de la iniquidad!* Esta enérgica expresión dice muy bien todo el mal

miembros, la que mancha el cuerpo entero e inflama la rueda de 7 la vida y es inflamada por la gehena [5]. Porque toda especie tanto de bestias como de aves, tanto de reptiles como de animales ma- 8 rinos, se doma y domada está por la especie humana; mas la lengua, ninguno de los hombres domar puede; desordenado mal [6], 9 llena de veneno mortífero [7]. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres que han sido hechos 10 según la semejanza de Dios [8]; de la misma boca sale bendición y maldición. Necesario es, hermanos míos, que estas cosas no se 11 hagan así. ¿Acaso la fuente, de la misma abertura, hace manar 12 lo dulce y lo amargo? ¿Puede acaso, hermanos míos, una higuera producir olivas o una vid higos? Ni lo salado producir agua dulce [9].

que puede hacer la lengua. "Cuando agrega que ella es un mundo de iniquidad, es como si la llamara un mar o un abismo". *Calvino.*

5. Los editores adoptan diversas puntuaciones, y los comentadores construyen de diversas maneras las primeras palabras de este versículo Se puede traducir también: "Como el mundo de la iniquidad, la lengua se muestra entre nuestros miembros...". *Contamina el cuerpo entero,* porque despierta las pasiones más diversas. Las palabras vertidas por: *el curso de la vida,* significan literalmente, *la rueda del nacimiento* (1:23,24, nota); es decir: toda la esfera, todo el conjunto de nuestra vida. *La lengua se manifiesta* (gr. *se coloca, toma posición;* en 4:4, el mismo verbo significa: *constituirse*) como un fuego en el centro de esta esfera de donde el incendio se extiende por toda la circunferencia; y ella misma es *inflamada* por el fuego de *la gehena* (Mat. 5:22, nota) es decir por la malignidad y por las pasiones del demonio. No hay pues pecado de que la lengua no pueda ser la causa y el instrumento.

6. La característica espantosa del v. 6 es justificada, *porque* ningún hombre puede *domar,* con su propia fuerza, su *lengua* o la de los demás. No hay cosa capaz de ello sino la potencia de Dios, regenerando por su gracia el corazón del hombre, de donde procede el mal. *C, mayúsc.* tienen: *un mal irreprimible; Sin., B, A*: un mal *desordenado* (1:8), lo que se encontraría explicado en el v. 9.

7. Alusión a la serpiente, cuya lengua pasaba entre los antiguos como portadora del veneno a la llaga.

8. Estas palabras suponen una creencia en Dios sin vida, una piedad de labios que está en plena contradicción con la conducta. *Bendecir al Señor* (*Sin., B, A, C,;* las otras *mayúsc.*: *Dios*), es pronunciar su alabanza: Sal. 103:1; 145:21). *Maldecir a los hombres* no significa sólo pronunciar sobre ellos una maldición, sino que implica todo el mal que podemos hacerles, de tantas maneras, con los pecados de la lengua. Este mal es tanto más horrible cuanto que hace sus estragos en un ser inmortal *creado a la semejanza de Dios* (Gén. 1:26), hijo de Dios, o destinado a serlo por su gracia. Por alterada por el pecado que esté la imagen de Dios, "nos queda, de ese origen, una nobleza indeleble, que debemos respetar en nosotros y en los demás". *Bengel.*

9. Puesto que es contradictorio en sí que *de una misma boca salga bendición y maldición;* que de la misma *fuente* brote (gr.) *lo dulce y lo amargo;* que una *higuera* produzca *olivas* y una *vid higos,* y que *una fuente salada* (o *un suelo salado,* gr. *lo salado,* adjetivo neutro) produzca *agua dulce* (*Sin., B, A, D,;* texto recibido, *mayúsc.*: *ninguna fuente* puede producir *salado y dulce*), es evidente que *bendecir a Dios* (v. 9) no es un acto de reconocimiento y de piedad sinceras, procedente de un corazón regenerado, sino el acto de una fe muerta e hipócrita. (Comp. 1ª Juan 4:20,21 y Mat. 7:16 y sig).

B. 13-18. LAS DOS SABIDURIAS. — 1º *La sabiduría se revela por la acción.* Si alguien pretende ser inteligente, muéstrelo con una conducta inspirada por un espíritu de mansedumbre (13). — 2º *La sabiduría terrestre.* El que es animado de un amargo celo no podría gloriarse sin mentir contra la verdad. Su sabiduría no es del cielo; procede del mundo, del corazón natural, del demonio; produce desórdenes y toda especie de malas acciones (14-16). — 3º *La sabiduría de arriba.* Sus caracteres son la pureza, el espíritu pacífico, la moderación, la mansedumbre; es misericordiosa, fecunda en buenos frutos, exenta de doblez y de hipocresía. Ella siembra en la paz el fruto de la justicia, que aprovechará a los que procuran la paz (17, 18).

13 ¿Quién es sabio e inteligente entre vosotros [10]? Muestre por su buena conducta sus obras en mansedumbre de sabiduría [11]. 14 Mas si tenéis celos amargos y espíritu de partido en vuestro co- 15 razón, no os jactéis y mintáis contra la verdad [12]. No es ésta la sabiduría que de arriba desciende, sino terrenal, animal, demo- 16 níaca [13]; porque donde hay celos y espíritu de partido, allí hay

10. Todos esos que se erigían en doctores pretendían serlo (v. 1). Mas Jacobo les ha mostrado, por todos los pecados de la lengua que les ha reprochado, cuánto carecen de *sabiduría.* Por esta palabra él entiende (como en 1:5) el conocimiento de la verdad cristiana, no en teoría solamente, sino penetrando y dominando la vida práctica entera. Citar los principales rasgos de esta sabiduría será un segundo medio de probar a sus lectores cuán extraños eran a ella. Es lo que va a hacer (v. 13-18).

11. Llevando otra vez todo a la vida práctica, Jacobo muestra que *en una buena conducta* debe manifestarse la verdadera sabiduría; ésta produce *obras,* hechas con la *mansedumbre* que ella inspira y que contrasta con el celo amargo de que va a hablar (v. 14-16).

12. *Jactarse contra la verdad,* es profesarla con los labios y renegarla en la conducta, y agregar a esa *mentira* orgullosas vanidades.

13. La verdadera *sabiduría viene de lo alto* (comp. v. 17), es un don por el cual Dios responde a la oración (1:5); la falsa sabiduría, de que se jacta el hombre natural, es de este mundo, donde reinan las tinieblas y el pecado; ella es *terrestre,* Jacobo la llama también *animal* (liter. *psíquica*), proveniente de las fuerzas naturales del *alma,* desprovista del espíritu de Dios (1ª Cor. 2:14; Jud. 19), creciendo en el terreno del yo humano, en su apartamiento de Dios. (Comp. 1ª Tes. 5:23, nota.) Por último, a los ojos del apóstol, es diabólica, es decir inspirada al hombre por las influencias del príncipe de las tinieblas. (Comp. v. 6.)

17 desorden y toda mala acción [14]. Mas la sabiduría de arriba primero es, sí, pura; luego pacífica, moderada, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin vacilación, sin hipo-
18 cresía [15]. Y el fruto de justicia se siembra en paz para los que procuran paz [16].

VI. Relaciones con el prójimo, con el mundo, con Dios
(Cap. 4:1 a 5:6)

A. 1-12. Concupiscencias funestas. Amor del mundo y amor de Dios. La maledicencia. — 1º *Las pasiones que crean disensiones y hacen impotente la oración.* Vuestras querellas vienen de malas pasiones que os agitan. Vuestras oraciones no son oídas porque son inspiradas por la sed de gozar (1-3). — 2º *El amor del mundo y la humilde sumisión a Dios.* Los lectores debieran saber que tal modo de ser hace de ellos adúlteros que, amando al mundo, se constituyen en enemigos de Dios. ¿No enseña la escritura que

14. El griego dice solamente: *celos;* se entiende celos *amargos,* según el v. 14.

15. La *sabiduría* que el Espíritu de Dios inspira al hombre, y que el apóstol opone aquí a la del v. 15, es *primeramente pura* de toda impureza sensual, y sobre todo de toda reserva mental y de todo motivo egoísta (2ª Cor. 7:11; 1ª Juan 3:3.) Luego, es *pacífica,* porque es dominada por el amor, que tiende sin cesar a la paz; es *moderada,* sabiendo ceder a los demás, desistir de su derecho (Fil. 2:4; Tito 3:2); es *condescendiente* (1ª Tim. 3:3; 1ª Pedro 2:18), *fácil de persuadir,* dejándose siempre convencer de un agravio o de un error, cuando la verdad se muestra a ella; es *llena de misericordia* (2:13) *y de buenos frutos,* es decir de buenas obras (Mat. 3:8; Gál. 5:22); es *sin doblez* (literalmente *no crítica*), palabra traducida de diversas maneras y que puede significar: exenta de espíritu de *juicio,* o también: *sin vacilación* (1:6), o también: siendo *imparcial,* sin distinción de personas (2:4); por último, no es disimulada, o propiamente *sin hipocresía;* en otros términos, sincera en sí misma y en todas sus manifestaciones. Todos estos rasgos reunidos forman una imagen perfecta de la verdadera sabiduría.

16. El *fruto de la justicia* es la acción que la sabiduría de arriba ejerce en la vida práctica. Jacobo acaba de describirla (v. 17). Es lo opuesto del fruto que producen los celos amargos y el espíritu de disputa (v. 16.) La última frase del versículo puede traducirse de dos maneras: *para* los o *por* los *que hacen la paz.* (Mat. 5:9.) En el primer caso, Jacobo querría decir que *los que procuran la paz* recogen la siega del fruto de la justicia sembrado en su provecho por ellos mismos o por otros, lo que es una verdad confirmada por la experiencia, y al mismo tiempo una alentadora promesa. En el segundo caso, el pensamiento de Jacobo sería que el fruto de justicia se siembre sólo por los que buscan la paz. En otros términos, afirmaría que la sabiduría cristiana no puede ni extenderse ni producir sus frutos en medio de discusiones y disturbios (v. 16.) Seria advertencia para los cristianos de todos los tiempos. El primer sentido es el más natural;

Dios nos ama con celoso amor? Mas nos concede una gracia tanto más excelente. Por eso otro pasaje dice: "Resiste a los soberbios, mas da gracia a los humildes". Es necesario, pues, que os sujetéis a Dios, medio de vencer al diablo; os alleguéis a Dios, para que él se allegue a vosotros; os purifiquéis, si vuestro corazón ha sido dividido; sintáis vuestra miseria y os arrepintáis profundamente; os humilléis delante de Aquel que os elevará (4-10). — 3º *La maledicencia.* Hablar mal de su hermano o juzgarle, es ponerse por encima de la ley. Sólo es legislador y juez Aquel que tiene poder de salvar y de perder (11, 12).

IV ¿De dónde guerras y de dónde luchas entre vosotros [1]? ¿No de esto, de vuestras voluptuosidades que combaten en vuestros
2 miembros [2]? Codiciáis, y no tenéis [3]; matáis y ardéis de envidia,
3 y no podéis obtener; lucháis y guerreáis [4]. No tenéis porque no pedís [5]; pedís y no recibís, porque con mala intención pedís, pa-
4 ra gastar en vuestros placeres [6]. Adúlteras ¿no sabéis que la

puesto que Jacobo ya había dicho que el fruto de la justicia se siembra *en la paz,* no tenía necesidad de agregar: *por los que procuran la paz;* mientras que no era supérfluo afirmar que ellos recogerían también el fruto de esa siembra.

1. La "sabiduría terrestre, carnal y diabólica" que ha descripto el apóstol (3:15), tiene por frutos naturales esas *guerras* y esas *luchas,* palabras escogidas intencionalmente para expresar fuertemente la idea de las divisiones y las querellas. La primera indica el estado permanente, la segunda los estallidos por los cuales se manifiesta. No se trata de discusiones entre doctores, sino de disputas sobre lo tuyo y lo mío. Jacobo apela a la conciencia de sus lectores. Ella les mostrará la causa de esas luchas en sus pasiones carnales (v. 1-3), en su corazón dividido entre el amor de Dios y el amor del mundo (v. 4 y sig.).

2. Jacobo considera esas *voluptuosidades* (gr. *placeres*) establecidas *en* nuestros *miembros,* en la carne en general (Rom. 6:13; 7:23), como sobre un terreno donde *luchan* (gr. *batallan*) contra las mejores disposiciones del alma (1ª Pedro 2:11) y traen a ella la turbación. Toda concupiscencia a la cual se deja libre curso destruye tarde o temprano la unión entre los cristianos.

3. Luego, vuestras esperanzas frustradas os llenan de envidia unos contra otros.

4. El autor no habla del *homicidio* propiamente dicho, sino de ese odio mortal que es homicidio a los ojos de Dios (Mat. 5:21, 22; 1ª Juan 3:15.) El encadenamiento de las ideas, en este versículo, no aparece claramente y ha sido explicado de diversas maneras. Lo más simple es admitir que el autor ha querido señalar tres grados en el desarrollo por el cual las *voluptuosidades* producen, las *guerras* y las *luchas* (v. 1.) *Codiciáis y* (gr.) *no tenéis;* entonces (gr.) *matáis y celáis; y* sin embargo *no podéis obtener:* entonces *lucháis y hacéis la guerra.*

5. Con la última proposición del v. 2, Jacobo introduce un nuevo orden de ideas: "*No poseéis,* porque olvidáis o descuidáis el único medio de adquirir los verdaderos bienes, la oración" (Mat. 7:7, 8).

6. Aquí el autor se dirige a otros, que en verdad *piden,* oran, pero que obtienen tan poco como los preceden-

amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera pues que 5 quisiere ser amigo del mundo, se muestra enemigo de Dios [7]. ¿O pensáis que en vano dice la escritura: "Ansias tiene con envidia 6 el espíritu que hizo morar en nosotros"? Mas él da mayor gracia; por lo cual dice: "Dios a los soberbios resiste, mas da gracia 7 a los humildes [8]". Sujetaos pues a Dios; mas resistid al diablo,

tes. O bien, vuelve atrás: se ha adelantado demasiado declarando a sus lectores que no piden. Sin duda, piden, pero piden *en mala intención* (gr. *mal*). En sus concupiscencias egoístas, no piensan más que en sí mismos, más que en sus *voluptuosidades* (gr. *placeres*). Piden a Dios los bienes de este mundo a *fin de* tener qué *gastar en* sus *placeres*, cuando a ellos se entregan, y obedecen a la sed de gozar. ¿Cómo escucharía Dios tales oraciones?

7. La palabra *adúlteras* debe tomarse en sentido espiritual, conforme a la figura conocida en la cual Dios es representado como el Esposo de su pueblo (Isa. 54:5; Jer. 3:6 y sig.; Sal. 73:27; Ezeq. 23:27; Oseas 2:4), o Jesucristo como el Esposo de su Iglesia (Mat. 9:15; Efes. 5:22 y sig.) El adulterio (Mat. 12:39 de ésta consiste en la infidelidad de que se hace culpable por su amor al mundo, incompatible con el amor a Dios (Mat. 6:24; comp. Rom. 8:7.) Mientras que el texto recibido (*Mayúsc.*, Peschito) tiene: *adúlteros* y *adúlteras*, se lee solamente el femenino: "Adúlteras", en *Sin.*, *B*, *A*. Es la esposa, en efecto, es decir el pueblo de Dios, la iglesia, o, si se prefiere individualizar, puesto que la palabra está en plural, son las almas las que se hacen infieles, adúlteras, por el *amor del mundo.*

8. Las palabras del v. 5 introducidas por la fórmula: *Pensáis que la escritura dice en vano*, son presentadas como una cita de la biblia. Es verdad que no se encuentran textualmente en el Antiguo Testamento. Pero no podríamos eludir la dificultad traduciendo, con la mayor parte de nuestras versiones: "Pensáis que la escritura *habla* en vano?" Esta traducción permite considerar el pensamiento siguiente como una reflexión del autor. Pero las palabras: *la escritura dice* son la fórmula de cita ordinaria: se encuentran nuevamente en el v. 6. No es admisible que su significado cambie de un versículo a otro. Es más probable que Jacobo haya creído que esas palabras se encontraban en las escrituras. Pablo comete un error semejante de memoria en 1ª Cor. 2:9 y Efes. 5:14. (Véase las notas.) La idea expresada por esta cita se encuentra en más de un pasaje: Ex. 20:5; Zac. 8:2. Es la de un amor de Dios por su pueblo, que llega hasta los celos, idea que tiene su punto de partida en la comparación del amor conyugal aplicada a las relaciones de Dios con los suyos (v. 4). Lo que hay de particular, en nuestro pasaje, es que indica, como objeto de ese amor celoso, *el espíritu que ha hecho habitar en nosotros*, no el Espíritu Santo comunicado al cristiano (Rom. 8:9), sino más bien el espíritu de que todo hombre está dotado (2:26; Gén. 2:7.) Esta versión nos parece la más exacta y la más apropiada al contexto. Se podría traducir también: *El Espíritu que* (Dios) *ha hecho habitar en nosotros quiere con celos* nuestro corazón, y por consiguiente este corazón no debe estar dividido (v. 8) entre él y el mundo. El sentido es en el fondo el mismo; mas el Espíritu Santo, como representante de Dios en nosotros, no es nombrado en otra parte en nuestra epístola; además, no es natural

8 y huirá de vosotros [9]. Acercaos a Dios, y se acercará a vosotros. Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros cora- 9 zones, los de doblado ánimo [10]. Sentid vuestra miseria, y estad de duelo, y llorad; vuestra risa se cambie en duelo y vuestro

suponer sujetos diferentes a los verbos: *ha hecho habitar* y *quiere*, y dejar a éste sin régimen. Esta construcción se hace más aceptable si, en lugar de la lección de *Sin.*, *B*, *A*: *que hizo morar*, se adopta la de algunas *mayúsc., de las minúsculas*, del texto recibido: *que hizo su morada*, eligió domicilio. Las dos lecciones no difieren en griego más que por una vocal, a menudo confundida en los manuscritos. Hay que rechazar, en todo caso, la traducción: "¿Es llevado a celos el Espíritu que Dios ha hecho habitar en nosotros?" No se trata ya aquí del sentimiento humano de la envidia (v. 2.) Las primeras palabras del v. 6 son una reflexión que el autor agrega a su cita: *Mas* Dios *da una gracia mayor* de lo que podría hacerlo si no amara con ese celoso amor. Una antítesis semejante se encuentra en las palabras: "Castigo la iniquidad hasta la tercera y la cuarta generación; otorgo gracia hasta la milésima (Ex. 20:5, 6). Otros interpretan, de manera más natural: "Más excelente que los bienes de este mundo, a los cuales nos pide renunciar." *Por tanto*, porque Dios reclama de los que le pertenecen una entera dependencia, una consagración absoluta, *la escritura* (esta palabra está sobrentendida en el original) *dice*: *Dios resiste a los soberbios, mas da gracia a los humildes* (Prov. 3:34.) Esta cita es conforme al texto de los Setenta. El autor reemplaza: *el Señor* por *Dios*. Igual variante en 1ª Pedro 5:5.

NOTA DEL TRADUCTOR.— Disentimos con el autor, a causa de que la voz griega *fzonos* significa *envidia* y no "celos". Nuestra versión Valera traduce muy bien: "El espíritu... codicia *para envidia*". No sería posible imputar a Dios (o al Espíritu de Dios) semejantes sentimientos. El pensamiento de Jacobo sería el siguiente: La posición de los creyentes encarados en los versículos 1-3, significa verdadera amistad con el mundo, y por tanto, *enemistad con Dios* (v. 4). Esto es cosa seria, en verdad. No en vano enseña la escritura que el espíritu del hombre, no obstante haber sido puesto en él por Dios mismo, codicia, arde en ansias, lleno de envidia frente a su prójimo. Esta enseñanza bíblica, no obstante no encontrarse textualmente en el viejo pacto, se halla en cuanto al fondo. Pero si tal es la desagradable verdad, Dios otorga *mayor gracia*, gracia más que suficiente para vencer semejante disposición. Cuadra muy bien aquí la alusión de Bonnet a las palabras de Ex. 20:5,6: "Castigo la iniquidad hasta la tercera generación, pero hago gracia hasta la milésima". De mayor gracia, mayor en poder y grandeza que la magnitud y gravedad de aquella enemistad práctica con Dios. Mantenemos pues nuestra versión: "La escritura dice: Ansias tiene con envidia el espíritu que hizo morar en nosotros".

9. Damos presa al *diablo*, que nos induce a amar al mundo (v. 4), por nuestro orgullo, nuestro deseo de una independencia ilusoria; al contrario, triunfamos de él por una humilde *sujeción* del corazón a *Dios* y a su santa voluntad (1ª Pedro 5:6, 8, 9.)

10. Las *manos*, instrumentos de los actos, son el símbolo de toda la conducta. Para que ellas sean *limpiadas*, es necesario primero que el *corazón*, fuente de toda la vida, sea *purificado* (Sal. 24:4; 1ª Pedro 1: 22), hecho casto, desprendido de ese adulterio espiritual (v. 4) que resulta de un *alma dividida* entre Dios y el mundo, condiciones de los que son *dobles de alma*. Nuestro autor ha empleado ya esta expresión (1:8) en una aplicación un poco diferente.

10 gozo en abatimiento [11]. Humillaos en presencia del Señor, y os 11 exaltará [12]. No habléis uno contra otro, hermanos. El que habla contra un hermano o juzga a su hermano, habla contra la ley y juzga a la ley; mas si juzgas a la ley, no eres observador de la 12 ley sino juez [13]. Uno solo es el legislador y juez, el que puede salvar y perder; ¿mas tú quién eres, que juzgas al prójimo [14]?

B. 13-17. LOS PROYECTOS SIN DIOS. — Jacobo se dirige a los que disponen del porvenir en sus proyectos, olvidando que no son sino un vapor pasajero. Deberían subordinar sus designios a la voluntad de Dios. Su presunción orgullosa es culpable, tanto más cuanto que conocen lo que está bien.

13 Ea ahora, los que decís: Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, y pasaremos allí un año, y traficaremos y ganaremos [15]; 14 ¡siendo tales que no conocéis lo que traerá el mañana! ¿Cuál es vuestra vida? Sois en efecto un vapor que por poco tiempo

11. Estas exhortaciones, que encierran todo el secreto de la conversión (Luc. 18:13) y de la vida cristiana se inspiran en los discursos de Jesús. (Comp. Mat. 5:3, 4; Luc. 6: 21 y sig.)

12. Job 5:11; Eclesiástico 2:17; Mat. 23:12; Luc. 14:11; 1ª Pedro 5: 6: "Como un árbol, a fin de elevarse bien alto, debe primero hundir sus raíces profundamente en la tierra, igualmente todo el que no tiene su corazón confirmado por las profundas raíces de la humildad no se eleva sino para una ruina cierta." *Agustín.*

13. Exhortación a no *hablar mal* ni *juzgar* (v. 11, 12.) Otra faz del déficit señalado en los v. 4-10: la falta de amor a Dios conduce a la falta de caridad para con los hermanos. La *ley* toma al prójimo bajo su santa protección al ordenarnos amarle como a nosotros mismos. El que ataca a su hermano con *maledicencias,* se levanta pues por sobre la ley. No guarda la posición humilde de un *observador de la ley,* toma la de un *juez;* no obedece sino a su propio juicio.

14. Dios, *el único Legislador y Juez,* es celoso de su autoridad, como lo es de su gloria: todo el que se erige en *juez de su prójimo* usurpa los derechos de Dios. *"¿Quién eres tú,* que no temes cometer ese crimen de lesa majestad divina?" (Rom. 14: 4.) En este versículo, tres variantes deben notarse: las palabras: *y juez* (*Sin., B, A*), y la partícula adversativa *mas* (*mayúsc.*) faltan en el texto recibido, que, además, reemplaza *el prójimo* (*Sin., B, A*) por *el otro.*

15. En lugar de: "Hoy *o* mañana" (*Sin., B*) varios críticos admiten, como más difícil, la lección: "hoy *y* mañana." (*A, mayúsc.*) Se ha preguntado si aquellos a quienes Jacobo se dirige en los v. 13-16 eran judíos aún inconversos. No se podría inferirlo del hecho de que no los llame "hermanos". El ejemplo de Aquilas y de Priscilla muestra que los cristianos, desde los primeros tiempos, eran impelidos por sus negocios o por otras circunstancias, a frecuentes traslados. La frase está interrumpida al final de este versículo, para ser reanudada en el v. 15. El autor intercala una reflexión muy propia para hacer resaltar la necedad de las palabras que censura, an-

aparece, y después se desvanece [16]. En lugar de decir vosotros: 16 Si el Señor quisiere, viviremos y haremos esto o aquello. Mas ahora os jactáis en vuestras vanaglorias; toda jactancia tal es 17 mala [17]. Para quien sabe pues hacer bien y no lo hace, pecado es para él [18].

C. 1-6. A LOS MALOS RICOS. — 1º *Su ruina inminente.* Jacobo les invita a lamentarse por las desgracias que van a alcanzarlos. Sus riquezas, que han atesorado en vísperas del juicio, han perdido todo valor; su destrucción presagiará el fin de los que las poseen (1-3). — 2º *Sus crímenes.* Han privado de su salario a los jornaleros que segaban para ellos, y cuyas quejas son escuchadas de Dios. Han vivido en placeres en el día del castigo. Han matado al justo (4-6).

V Ea ahora, los ricos [1]! llorad aullando por vuestras miserias

tes de indicar la manera como conviene a un cristiano expresarse (Comp. Prov. 27:1.)

16. *Sois* un vapor, lección de la mayor parte de las *mayúsc.* El texto recibido tiene: *es* un vapor. La figura es empleada en Sal. 102:4; Sap. 2:4.

17. Estas últimas palabras muestran claramente lo que el autor condena. Hay, en los planes para el porvenir a que los hombres se entregan con tanta confianza, no solamente desconocimiento de la inestabilidad de su existencia, sino también olvido de Dios, de su bendición necesaria para todo éxito, como para conservación misma de nuestra vida. Esos *pensamientos orgullosos,* esa actitud *presuntuosa* (la misma voz es traducida por *"vanagloria"* de la vida en 1ª Juan 2:16, nota), son una verdadera impiedad. Numerosos pasajes de las escrituras nos ponen en guardia contra esa falsa confianza. (Luc. 12:16 y sig.; Job 14:1 y sig.; Sal. 102:11, 12; 144:4.)

18. Se diría que el autor quiere prevenir con estas últimas palabras otra objeción del orgullo: "¡Sabemos bien todo eso!" Y, en efecto, son éstas verdades que la experiencia de la vida basta para enseñar a todo hombre. Sí, responde Jacobo, el *saber* no es difícil, mas ese mismo saber os hace tanto más culpables, constituye para vosotros un *pecado* más, si no ponéis esas verdades en práctica. (Comp. Luc. 12: 47, 48.)

1. Interpelación enérgica semejante a la de 4:13. El autor ataca ahora a los ricos, para los cuales ha tenido ya palabras de advertencia y de desaprobación (1:10; 2:2-7); aquí les denuncia los juicios de Dios por las enormes injusticias de que se hacen culpables y por su vida de goces. Los términos que emplea muestran claramente que tiene en vista hombres que no pertenecían a la iglesia de Jesucristo. (Véase la Introd. y comp. 2:6, 7, nota). En vano se objeta que no tendría utilidad el dirigirse a personas que no leerían su epístola. Está completamente en el estilo de los profetas (Isa. 33:1; comp. Mat. 23: 13) apostrofar a los ausentes. Por otra parte, al anunciar, en este lenguaje lleno de energía, los castigos de Dios que iban a caer sobre los ricos mundanos, opresores de los pobres, quería no solamente ofrecer a éstos últimos la consoladora esperanza de una próxima liberación (v. 7 y sig.), sino presentar a los miembros de la iglesia que no estaban des-

2 que sobrevienen [2]. Vuestra riqueza está podrida, y vuestros ves-
3 tidos están comidos de polilla; vuestro oro y vuestra plata están
tomados de orín, y su orín será en testimonio contra vosotros y
devorará vuestras carnes como fuego. Habéis atesorado en los
4 últimos días [3]! He aquí, el salario de los obreros que han segado
vuestros campos, que de vosotros ha sido frustrado, clama, y los
gritos de los que segaron han entrado en los oídos del Señor de
5 los ejércitos [4]. Habéis vivido en lujurias y en placeres sobre la

provistos de bienes y podrían ser por lo mismo tentados a imitar a los ricos de este siglo, una seria advertencia, propia para preservarlos del orgullo, de la injusticia y del amor del mundo. Estas advertencias son, por lo demás, tan necesarias hoy como para el tiempo en que fueron escritas. Para el corazón del hombre, hay en el oro y la plata trampas del demonio, de las que una sincera piedad no consigue siempre preservar a los mismos que saben muy bien que no deben aplicar a ellos su corazón.

2. Gr. *Sobre vuestras miserias que vienen*... en el día cercano del juicio eterno, y más pronto aún, en la ruina de Jerusalén y del pueblo judío. La "parusía" (v 7), estaba conectada con la ruina de Jerusalén en la espera de los primeros cristianos.

3. En su lenguaje profético, el hombre de Dios considera como cumplidos ya los juicios que denuncia. Ya las *riquezas están podridas*, en vías de ser aniquiladas; ya *los vestidos*, parte notable del haber de los antiguos, (gr.) *se han tornado carcomidos de gusanos* (Mat. 6:19); ya *el oro y la plata están tomados de orín*, figura de su pérdida, pues el orín no ataca esos metales; y pronto ese *orín testificará* contra los ricos, ora acusando su avaricia y su dureza de corazón, ora presagiando con su obra de destrucción su propia ruina: *devorará* a los que tenían su corazón en el dinero. *Devorará vuestras carnes*: vuestros cuerpos serán consumidos por el *fuego* del juicio. (Sal. 21:10.) Espantosa figura, que encierra una profunda verdad. (Comp. 1ª Juan 2:17, nota.) Esos hombres son tan insensatos que se han *acumulado un tesoro*, aun *en los últimos días* en que los castigos divinos van a caer sobre ellos. Gr. *Habéis atesorado*, en sentido recto; no se debe sobrentender: "ira", como hace Calvino, según Rom. 2:5. El verbo *atesorar* es empleado a menudo sin régimen. (Luc. 12:21; 2ª Cor. 12:14.) No hay en el texto griego: *para* los últimos días, sino *en* los últimos días; esos días que preceden la venida del Señor han empezado ya. (Comp. Hebr. 1:1, nota).

4. La avaricia tiene siempre por compañeras la dureza y la injusticia. (Comp. Deut. 24:14, 15; Lev. 19:13; Jer. 22:13; Mal. 3:5; Luc. 10:7.) Esas iniquidades *claman* hacia el cielo, piden justicia (Gén. 4:10; Ex. 2:23), y *el Señor de los ejércitos* las oye. Gr. el Señor *Sabaoth* (Isa. 5:9), el autor transcribe la voz hebrea, que, en su pensamiento, se aplica a los ejércitos celestiales y debe indicar la potencia infinita de aquel al que llega el clamor de los oprimidos (Sal. 18:7.) Estos son descriptos como *segadores*, no porque la epístola fuera dirigida a agricultores solamente, sino porque el duro trabajo que esos mercenarios realizaban con el sudor de su rostro hacía resaltar mejor la injusticia de los que les frustraban su salario. Calvino da otro motivo de esta selección, muy plausible también: "¿Qué mayor vi-

tierra, habéis cebado vuestros corazones en día de matanza [5].
6 Habéis condenado, habéis matado al justo; no os resiste [6].

VII. Exhortaciones y preceptos

(Cap. 5:7-20)

A. 7-11. Paciente espera del advenimiento del Señor. — Jacobo invita a sus hermanos oprimidos a tener paciencia, pues el Señor va a volver. No se quejen unos de otros, pues el Juez está a la puerta. Tomen ejemplo de los bienaventurados profetas, y de Job a quien el Señor, en su misericordia, libró de la prueba.

7 Tened paciencia pues, hermanos, hasta la venida del Señor.
He aquí, el labrador aguarda el precioso fruto de la tierra, teniendo paciencia con él hasta que reciba lluvia temprana y tardía.
8 Tened paciencia también vosotros, afirmad vuestros corazones,
9 porque la venida del Señor está cerca [7]. No os quejéis, hermanos,

llanía podría hallarse, que la de hacer morir de hambre y de pobreza a los que nos suministran pan con su labor?"

5. *Sobre la tierra*, como si esto fuera el todo del hombre. Comp. Luc. 16:19. *Habéis hartado vuestros corazones*, y con ello mismo los habéis hecho pesados e incapaces de vigilancia. (Comp. Luc. 21:34.) El día del juicio es llamado un *día de matanza* como en Jer. 12:3. Otros intérpretes, siguiendo al texto recibido, han traducido: "*Como* en día de *sacrificio*". (Calvino, Beza y antiguas versiones.) Piensan en los festines que tenían lugar después de los sacrificios. Mas la palabra griega no significa simplemente *sacrificio*, sino *matanza*, la acción de degollar animales. Se ha pensado que por el empleo de este término el autor quería decir que los ricos eran semejantes a bestias que comen ávidamente el día mismo en que van a ser inmolados. Sin embargo no es probable que esta comparación brutal estuviera en la intención del autor, pues el término *día de la matanza* es tomado del lenguaje de los profetas. El *como* debe ser omitido según *Sin., B, A.*

6. Se ha comprendido la expresión *matar al justo* de la acción lenta de la opresión que hunde al pobre en la miseria, la enfermedad y la muerte. Mas el término: *habéis condenado* indica un procedimiento jurídico. Los dos verbos deben ser tomados en su sentido recto. Se trata de otro crimen que el descripto en los versículos precedentes. El autor tiene en vista actos de persecución ejercidos contra los siervos de Dios (Sapiencia 2:12-20; 1ª Juan 3:12), y contra los discípulos de Cristo en particular (Mat. 5:10.)

7. Después de haber denunciado los juicios de Dios a los opresores, Jacobo dirige palabras de consuelo a los oprimidos. Los exhorta a una *espera paciente, pues el advenimiento del Señor está cerca.* Su regreso será para ellos la plena liberación, como será para los injustos una ruina cierta. Ciertamente, no deben los cristianos regocijarse de esa ruina, sino de la cesación del desorden y de la iniquidad, del triunfo del reinado

uno contra otro, para que no seáis juzgados; he aquí, el juez
10 ante las puertas está [8]. Tomad, hermanos, por ejemplo del sufrimiento y de la paciencia a los profetas que hablaron en el nom-
11 bre del Señor [9]. He aquí, declaramos dichosos a los que perseveraron [10]; la perseverancia de Job habéis oído [11], y el final del Señor habéis visto [12], que piadosísimo es el Señor y compasivo.

de Dios, y de la redención final de sus hijos. Este momento solemne, en que el Señor vendrá en su reino, es el verdadero consuelo que los apóstoles ofrecen sin cesar en sus escritos a los cristianos probados. (Rom. 13: 11; 1ª Pedro 1:4, 5; 4:7; 2ª Pedro 3:11 y sig.) Podían, sin temor de equivocarse, repetir: *El advenimiento del Señor está cerca* (1ª Tes. 4: 15, 2ª nota.) Jacobo les da como modelo la *espera* llena de confianza del *labrador*, quien, después de haber puesto su simiente en tierra, *tiene paciencia hasta que haya recibido la lluvia del otoño y la de la primavera.* Así se deben traducir las palabras griegas: *la* (lluvia) *precoz* o *temprana y la tardía.* Hay en Oriente, en efecto, dos estaciones de lluvias: una en los meses de octubre a diciembre, inmediatamente después de la siembra; la otra en marzo y abril, precediendo y preparando la siega (Deut. 11:14; 28:12; Jer. 3:3; 5:24). La mayor parte de nuestras versiones (salvo la de Stapfer) invierten el orden en que nuestro texto indica esas dos estaciones de lluvias poniendo la de la "primavera" antes de la del "otoño". Mientras una u otra de esas lluvias, las únicas del año, no han regado la tierra, el labrador no puede recoger el fruto. Cuánto mejor puede el cristiano, con plena certidumbre de fe, *tener paciencia* hasta el día de la siega, de una siega mucho más segura para él que la de la naturaleza para el labrador. La mayor parte de los editores, basándose en *Sin., B,* omiten la palabra *lluvia* que se lee en *A, mayúsc.* Algunos intérpretes refieren los adjetivos a la palabra *fruto* (que es repetida en este lugar en el *Sin.*), y traducen: "el (fruto) precoz y el tardío". Es más probable que se deba sobrentender la palabra *lluvia.*

8. Gr. *No suspiréis los unos contra los otros.* La amargura de los oprimidos se cambiaba fácilmente en irritación en sus relaciones mutuas. Así atraen sobre sí mismos el *juicio* de Dios. Armense más bien de paciencia y de caridad; pues he aquí, *el Juez está a la puerta* (Mar. 13: 29), a punto de aparecer; él dará a cada uno según sus obras.

9. *Que hablaron en el nombre del Señor* con fidelidad, en medio de un pueblo rebelde, a costa de su reposo, a menudo con peligro de su vida. (Comp. Mat. 5:11, 12.)

10. *A los que soportaron con paciencia* (gr. *perseveraron, aguantaron* hasta el fin), los *declaramos dichosos,* y esto por la autoridad del Señor mismo (Mat. 24:13; Luc. 8:15.) El texto recibido tiene este verbo en presente: "los que *perseveran*". La lección de *Sin., B, A,* que hemos admitido está más en armonía con el pensamiento del apóstol, que habla de los hombres de Dios del Antiguo Testamento.

11. Job 1:21, etc.; Ezeq. 14:14, 20.

12. Gr. *el fin del Señor.* Se trata del venturoso fin que el Eterno hizo hallar a Job en sus pruebas (Job 42.) Algunos intérpretes han admitido que Jacobo hablaba de *el fin del Señor* Jesús mismo, de sus sufrimientos y de su muerte, seguidos de su gloria. Habría querido recordar este gran ejemplo de paciencia en la prueba, después de los de los santos varones de Dios que ha citado. (Véase

B. 12-20. NO JURAR. LA ORACIÓN Y SU EFICACIA. HACER VOLVER AL PECADOR. — 1º *El juramento.* Jacobo lo prohibe explícitamente. El sí y el no son suficientes (12). — 2º *La oración.* Dolor y gozo deben tener expresión en la oración y el canto. El enfermo debe hacer venir a los ancianos, quienes orarán y le ungirán con aceite. Obtendrá así la curación y el perdón de sus pecados. La curación será también un fruto de la confesión mutua de los pecados y de la oración común. La oración tiene gran eficacia, como lo muestra el ejemplo de Elías quien, por ella, retuvo y procuró la lluvia (13-18). — 3º *La conversión del que se extravía.* El hermano que haga volver al extraviado salvará un alma y cubrirá sus numerosos pecados (19, 20).

12 Mas sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo ni por la tierra ni por algún otro juramento; sino vuestro sí sea sí, y vuestro no, no, para que no caigáis bajo juicio [13].
13 ¿Sufre males alguien entre vosotros? ore; ¿está alguien ale-
14 gre? cante himnos [14]. ¿Está enfermo alguien entre vosotros? llame a sí a los ancianos de la iglesia, y oren por él habiéndole
15 ungido con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al que está enfermo, y el Señor le levantará [15]; y si hu-

1ª Pedro 2:21 y sig.) Este sentido no concuerda ni con el carácter general de la epístola, que no hace ninguna alusión a los hechos de la vida de Jesús, ni con el último pensamiento del versículo: *pues el Señor es lleno de compasión.* Si el autor hubiera querido citar la paciencia de Jesús en sufrir, no habría podido darle como motivo la *compasión* de éste; este motivo se comprende mejor de Dios libertando a Job.

13. Comp. Mat. 5:33-37, notas. No se ve fácilmente en qué relación estas palabras están con lo que precede. Los oprimidos a quienes Jacobo acababa de hablar estaban quizá tentados a acusar a sus opresores ante los tribunales, lo que los ponía es la necesidad de prestar juramento. (Comp. 1ª Cor. 6:1-8.) Pero es más probable que el autor ponga al final de su carta una serie de preceptos sin conexión lógica entre sí. No se trata solamente de las fórmulas de juramento empleadas en el lenguaje corriente y en las relaciones privadas. En el precepto: *que vuestro sí sea sí,...* el autor no recomienda el deber de la veracidad. Quiere decir: responded con un simple *sí.* Si este precepto tiene tanta importancia a sus ojos (*ante todo*), es porque recuerda el motivo invocado por Jesús: "Lo que se agrega viene del maligno" (Mat. 5:37.)

14. Todo *sufrimiento* y todo *gozo* en la vida del cristiano deben transformarse en *oración* y en *cántico.* Todas las emociones profundas de su corazón son para él un peligro, pueden tornarse en las manos del enemigo en un medio de hacerle caer: la *oración* y los *salmos* de alabanza son sus armas contra él. (Comp. Efes. 5:19.)

15. La curación de las enfermedades era uno de los dones conferidos por el Espíritu de Dios a la iglesia (Mar. 16:18; 1ª Cor. 12:9), como señal de la liberación futura de todos nuestros males, que será otorgada al hombre en el reino de Dios. Un medio exterior de sanar, al que se recurría a menudo en Oriente, era el *aceite* con que se *ungían* las partes

16 biere cometido pecados, le será perdonado [16]. Confesad pues los pecados unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados [17]; mucho puede la súplica de un justo, estando en ac-
17 ción [18]. Elías era un hombre de afectos semejantes a nosotros,

del cuerpo que estaban enfermas (Mar. 6:13; Luc. 10:34.) Quizá también los primeros cristianos veían en el aceite así empleado un símbolo del Espíritu Santo, cuya potencia debía obrar la curación. A ese medio debía agregarse *la oración*, ofrecida a Dios por la curación del enfermo. Era natural por último que, para cumplir este deber solemne, se llamase a los *ancianos de la iglesia*, sus pastores, quienes, por su carácter, poseían toda la confianza del enfermo. Estos, *después de haberle ungido con aceite en el nombre del Señor*, oraban por su curación. Gr. oren *sobre* él, a su respecto, quizá poniendo sobre él las manos. Sin duda, en la ignorancia en que estaban de la voluntad de Dios, no podían pedir tal favor sino con humilde sumisión a esa voluntad. Sin embargo, Jacobo quiere expresar sobre todo la firme confianza de que *la oración de la fe salvará* (es decir: sanará, Mat. 9:22, nota) *al enfermo* y que *el Señor le levantará* de su lecho. Por esto, en la continuación (v. 16-18), insiste sobre el poder inmenso de la oración del justo. Sin razón se ha explicado *salvar*, de la salvación eterna, y *levantar*, de la resurrección en el postrer día. La oración de intercesión no puede salvar un alma, si ésta no se arrepiente.

16. Jacobo tiene aquí en vista *pecados* que fueran la causa inmediata o remota de la enfermedad. De ahí el tono dubitativo de sus palabras: *si hubiere cometido pecados*. Ahora bien: es necesario que esos pecados sean *perdonados* para que Dios cure al enfermo, que la causa sea quitada con el efecto, que la gracia suprima el castigo. El pretendido sacramento de la extremaunción, que los católicos basan en este pasaje, no tiene la menor relación con las palabras del apóstol: éstas no tienen en vista sino la curación; aquél se pretende que prepara para la muerte, por el mágico *opus operatum* de una ceremonia sacramental.

17. El contexto exige que se tome esta última palabra en su sentido recto. El mal físico tiene por su causa primera el pecado. Así lo consideraba Jesús (Mat. 9:2, 2ª nota.) Por esto *confesar nuestros pecados* (Gr. "*falsos pasos, caídas*"), no a un sacerdote que desempeñe el oficio de confesor, y se arrogue el derecho exclusivo de absolver, sino *unos a otros; orar los unos por los otros*, en santa y fraternal comunión, será un medio de atacar el mal en su origen, de obtener la curación. Por esto el v. 16 no es, en el pensamiento del autor, sino la consecuencia de los v. 14 y 15, como lo indica la partícula conclusiva *pues* (*Sin., B, A*), que el texto recibido omite sin razón.

18. Las palabras: *hecha con fervor*, son la traducción de un participio pasivo, que se puede traducir como sigue: "La súplica de un justo *que es operada, puede mucho*," es decir obrada dentro de él por el Espíritu de Dios, el único que nos enseña a orar, el único que forma en nosotros la verdadera súplica (Rom. 8: 26, 27.) Si tal es el pensamiento de Jacobo, ningún cristiano desconocerá su verdad y su hermosura. Y con tal idea de la oración, se comprende que Jacobo espere cosas tan grandes de la súplica ofrecida a Dios para la curación moral y física de un hermano que sufre. El que ora por el Espíritu de Dios puede ir en sus pedidos tan lejos como va su fe; ahora

y fervorosamente oró que no lloviera [19], y no llovió sobre la tierra
18 tres años y seis meses; y otra vez oró, y el cielo dió lluvia y la tierra produjo su fruto [20].

19 Hermanos míos, si alguien entre vosotros se extraviare de la
20 verdad y alguien le convirtiere, sepa que el que hubiere convertido un pecador del extravío de su camino salvará su alma de muerte y cubrirá multitud de pecados [21].

bien: "todas las cosas son posibles al que cree." (Mar. 9:23.)

NOTA DEL TRADUCTOR.— Como bien ha dicho el autor en su nota al cap. 4:6, Jacobo no habla del Espíritu Santo en nosotros; por tanto la nota presente de este Comentario no está muy de acuerdo con la anterior. Hemos traducido: Mucho puede la súplica de un justo, *estando en acción;* a nuestro juicio, el participio está en voz media. "Da la razón por qué la súplica de un hombre justo tiene éxito externo, a saber: debido al hecho de que exhibe su actividad (obra, por dentro), es solemne e intensa". (Thayer).

19. Gr. *oró con oración*, o con súplica, giro usado en griego como en hebreo, y que indica la energía, la intensidad de su demanda. El profeta pide a Dios que ejerza ese severo juicio, con la convicción de que sólo ello podría convertir a su pueblo de la idolatría de Baal. Ninguno osaría hacer una oración semejante, si ésta no fuera "operada" por el Espíritu de Dios. Pero lo que el autor quiere hacer notar aquí, es que este doble prodigio (v. 18) fué obtenido por *un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros;* se podría traducir: "a los mismos *sufrimientos*, a las mismas enfermedades", y encontrar así en este ejemplo notable de la potencia de la oración, una confirmación más inmediata aún de lo que acaba de ser enseñado (v. 13-16.)

20. No se habla en el libro de los Reyes ni de la doble oración por la cual Elías pidió que no lloviese, luego de nuevo que volviese la lluvia (comp. 1ª Reyes 17:1; 18:41 y sig.), ni del tiempo preciso que duró la sequía ("el tercer año" 1ª Reyes 18:1); pero el autor lo mismo que Jesús (Luc. 4:25), tomaba este dato de la tradición (Eclesiástico 48:3.)

21. *B.* tiene: *sabed*, en lugar de: *sepa;* se ha corregido el texto para hacerlo conforme al apóstrofe: *hermanos míos. Su alma* (*Sin., A vers.*) es la lección más autorizada. El texto recibido dice: *un alma, B*: un alma de *su* muerte. *Extraviarse de la verdad*, no es cometer una falta aislada, sino ponerse con toda su conducta en oposición con "la palabra de la verdad." (1:18.) *Convertir* un alma así *extraviada*, es *salvarla de la muerte* eterna y *cubrir sus pecados*, que entonces le serán perdonados, por numerosos que puedan ser. (Comp. Prov. 10:12; 1ª Pedro 4:8.) Es éste el motivo más potente para animar el celo de un discípulo del Salvador. "Debemos pues tener cuidado de que las almas redimidas por Cristo Jesús y cuya salud pone Dios en cierto modo entre nuestras manos, no perezcan por nuestra negligencia. No que nosotros les confiramos la salvación, sino por cuanto por nuestro ministerio Dios liberta y salva lo que de otro modo parecía estar próximo a perdición." *Calvino*. Varios intérpretes protestantes modernos piensan que es el que hubiere convertido al pecador quien salvará su propia alma y cubrirá la multitud de los pecados que él mismo ha cometido anteriormente. La idea así expresada no carecería de analogía con 2:13. Evitaría cierta tautología: el que convirtiere a un hombre de su ex-

travío salvará el alma de ese hombre. Se sorprende uno al ver tal afirmación introducida por las palabras: *sepa*... ¡El lo sabe bien, y por esto se ha esforzado en convertirlo! Sin embargo este pensamiento, de que el cristiano puede considerar una conversión de que ha sido instrumento como la prenda y el medio de su propia salvación, es tan poco conforme con la enseñanza le todo el Nuevo Testamento, que uno vacila en atribuirlo al autor. Prov. 10:12, que está probablemente en su pensamiento, muestra que se trata de pecados de los demás.

PRIMERA EPISTOLA DE PEDRO

INTRODUCCION

I

EL APOSTOL PEDRO

El apóstol Pedro se llamaba primitivamente Simón o Simeón (Act. 15:14; 2ª Pedro 1:1.) Era hijo de Jonás o Juan (Juan 21:15, 1ª nota), y tenía un hermano llamado Andrés. Ambos hermanos ejercían el oficio de pescadores. Oriundos de Betsaida (Juan 1:45), poseían una casa en Capernaúm. (Mar. 1:29). Jesús los encontró en la sociedad de Juan el Bautista. Desde la primera entrevista, distinguió a Simón y le dió el nombre de Pedro. Le invitaba con ello a proponerse un ideal moral que era lo contrario de su carácter impulsivo y ardiente, pero variable y débil (Juan 1:35-43, notas.) Cuando Jesús empezó su ministerio público, llamó a Simón Pedro a seguirle abandonando su oficio; le prometió hacerle "pescador de hombres vivos" (Luc. 5:1-11.) Pedro ocupó un lugar eminente en el círculo de los apóstoles. Figura encabezando las listas de los doce (Mat. 10:2; Mar. 3:16; Luc. 6:14; Act. 1:13.) Hombre de iniciativa, es siempre el primero en tomar la palabra, en interrogar al Maestro, en provocar sus explicaciones, y a él dirige Jesús las preguntas destinadas a todos (Mat. 15:15; 17:25; 18:21; 19:27; Luc. 8:45; 12:41; 22:31.) En Cesárea de Filipos, Pedro confesó a Jesús como el Mesías, el Hijo del Dios viviente, y Jesús designó su confesión como la piedra sobre la cual su Iglesia sería edificada, caracterizando con esta metáfora la parte que debería tomar en el establecimiento del cristianismo entre los judíos, los samaritanos y los gentiles (Mat. 16:16, notas.) Pedro fué uno de los tres discípulos admitidos en la intimidad del Maestro. En esta calidad, fué testigo de la transfiguración (Mat. 17:1-9), y de milagros realizados en circunstancias especiales (Mar. 5:37); Jesús le pidió que le asistiera en su agonía de Getsemaní, pero respondió mal

a su esperanza (Mar. 14:33, 37.) Antes ya, había resistido al Maestro que quería lavarle los pies (Juan 13:6-10), y había permanecido sordo a sus advertencias, oponiéndoles la solemne promesa de ser fiel hasta la muerte (Juan 13:36-38.) Después de haber hecho, en el momento del arresto de Jesús, una tentativa de defenderle por la fuerza (Mar. 14:47-49; Juan 18:10, 11), fué el único que con Juan le siguió al atrio del sumo sacerdote (Mar. 14:54; Juan 18:15); mas allí le negó por tres veces (Mar. 14:66-72; Juan 18:17-27.) En la mañana de la resurrección Pedro y Juan, advertidos por María Magdalena, comprobaron que el sepulcro estaba vacío (Juan 20:1-10.) El mismo día, Pedro fué honrado con una aparición del resucitado (Luc. 24:34.) Por último, en la entrevista que tuvo con algunos de sus discípulos al borde del lago, Jesús se dirigió particularmente a Simón, hijo de Jonás; le recordó su triple negación y le preguntó por tres veces si le amaba; luego le restableció en su cargo de pastor de las ovejas y le predijo que acabaría su carrera con el martirio (Juan 21.)

En la Iglesia naciente, Pedro tuvo de entrada el primer puesto. La elección de un apóstol, para reemplazar a Judas, es hecha a su iniciativa (Act. 1:15-26.) El día de Pentecostés, él habla a la multitud en el nombre de los doce (Act. 2:14 y sig.) Después de haber sanado al impotente, habla aún al pueblo, luego al sanedrín. (Act. 3 y 4:) Es el instrumento de Dios para ejercer en el seno de la Iglesia una temible disciplina (Act. 5:1-11.) Delegado, con Juan, ante los samaritanos evangelizados por Felipe, les procura el don del Espíritu Santo poniendo sobre ellos las manos. (Act. 8:14 y sig.) Durante una visita a las iglesias de Judea (Act. 9:31 y sig.), es llamado a Cesárea al lado del centurión Cornelio, e introduce, en su persona, el primer pagano en la Iglesia (Act. 10 a 11:18.) Pablo se traslada a Jerusalén, por primera vez después de su conversión, "a fin de hacer el conocimiento de Cefas", y permanece quince días con él (Gál. 1:18.) Cuando Herodes empieza a perseguir la Iglesia, ataca a Jacobo, hijo de Zebedeo, que es muerto, y a Pedro, que es encarcelado. Libertado milagrosamente. Pedro "se fué a otro lugar" (Act. 12:1-17.) Le volvemos a encontrar en Jerusalén, en ocasión de la conferencia relatada en Actos 15; toma parte en la discusión, pero la influencia preponderante y decisiva parece haber sido ejercida por Jacobo, el hermano del Señor (Act. 15 y sig.; comp. Gál. 2:9.) En su última visita a Jerusalén (en el año 59), Pablo se

traslada a casa de Jacobo, donde se reunen todos los ancianos. (Act. 21:18.) Pedro no es mencionado; esto hace pensar que no estaba en Jerusalén. Es probable que ejerciera entonces su actividad fuera de Judea. De temperamento impetuoso y llevado a iniciativas atrevidas, no debió confinarse mucho tiempo a un campo de trabajo tan restringido como la Iglesia de Jerusalén. Hizo también él viajes misioneros. No podemos decir a qué regiones le llevaron esos viajes, mas dos o tres pasajes de las epístolas de Pablo ofrecen indicios de esta actividad de Pedro fuera de Palestina. En Gál. 2:11 y sig., Pablo cuenta cómo Pedro, en ocasión de una visita que hizo a Antioquía, fraternizó primero en los ágapes con los cristianos de origen pagano; luego, intimidado por la llegada de personas venidas de parte de Jacobo, se retiró aparte; y cómo él debió reprenderle vivamente por esa conducta inconsecuente que ejerció luego enojosa influencia en los demás cristianos judíos y aun en Bernabé. La actitud de Pedro, en esta circunstancia, no puede sér explicada sino como un desfallecimiento, extraño en un hombre que había sido iluminado por una revelación especial cuando admitió a Cornelio en la Iglesia, bien conforme sin embargo con su carácter natural: osado y generoso, pero inconstante y dominado por el temor de los hombres. Este encuentro con Pablo debió producirse durante la permanencia del apóstol de los gentiles en Antioquía entre su segundo y su tercer viaje misionero (Act. 18:22, 23). La presencia de Pedro en esta ciudad puede ser considerada como el indicio de un trabajo de evangelización que realizaba en Siria, entre los judíos, muy numerosos en esa región. Es probable que su actividad se extendiera más lejos, hasta Asia Menor. La división convenida con Pablo, en virtud de la cual este último era reconocido apóstol de las naciones, mientras que Pedro tenía como dominio suyo la evangelización de los judíos (Gál. 2:7, 8), no se opone a esta hipótesis; pues, por una parte, colonias judías estaban establecidas en todas las provincias de Asia Menor, y, por la otra, esa delimitación de sus dominios respectivos, que había tenido por fin inmediato legitimar el apostolado de Pablo y asegurar su independencia, no fué observada estrictamente después; Pablo se dirigía a los judíos que encontraba en las ciudades gentiles, y muchos judíos formaban parte de las iglesias que él fundó (Act. 16:3, 13; 17:1-4; 10-12; 18-4; 19:8); Pedro, igualmente, debió sentirse libre de comprender a los gentiles en su trabajo de evangelización. Este trabajo le acercó a Grecia, si

es que no le condujo a ese país. En 1ª Cor. 9:5, Pablo menciona incidentalmente, como una circunstancia bien conocida de los Corintios, el hecho de que Cefas lleva por todas partes consigo a su esposa. La existencia de un partido de Cefas en la iglesia de Corinto (1ª Cor. 1:12) no prueba que Pedro haya estado en esa ciudad, pues ese partido puede haber sido formado por gentes venidas de Palestina, que invocaban al jefe de los apóstoles; pero, ¿habría gozado Pedro de tal autoridad en Corinto, si no hubiera franqueado jamás los límites de Judea? Por último, la primera epístola que le es atribuída puede ser invocada como indicio de su apostolado en Asia Menor. Sin duda, no encierra, como la mayor parte de las cartas de Pablo, salutaciones para amigos personales del autor. Pero su carácter de encíclica, dirigida a iglesias esparcidas en varias provincias, no permitía a Pedro incluir mensajes individuales. La epístola llamada "a los Efesios" no las contiene tampoco. Si Pedro no hubiera tenido jamás relaciones con las iglesias de Asia Menor, ¿qué razones habría tenido para dirigir su carta a ellas más bien que a otras?

La hipótesis de una actividad de Pedro fuera de Judea no descansa, es verdad, más que sobre esos indicios, escasos e inciertos. De hecho, la historia es muda sobre los veinte últimos años de la vida del apóstol. La tradición católica, sobre la cual descansa todo el edificio del papado, suple esa laguna, refiriendo que Pedro fué temprano a Roma, fundó la iglesia de esa ciudad, la gobernó veinticinco años, y fué así el primero de los sumos pontífices. Los textos más incontestables desmienten esa tradición. Pedro no había fundado la iglesia de Roma ni había ido aún a Roma, cuando Pablo escribió la epístola a los Romanos, en el invierno del 58 al 59 (Rom. 1:13-15, comp. 15:20.) Pedro no se encontraba en Roma cuando Pablo escribía desde esa ciudad, en el año 63, su carta a los Filipenses y describía la posición en que se encontraba en los términos que leemos en Fil. 1:15-18 y 2:20, 21. Algunos sabios han puesto en duda que Pedro haya estado jamás en Roma (1). Sin embargo su muerte en la capital del imperio parece establecida por testimonios dignos de fe. El hecho de que Pedro haya terminado su carrera por el martirio parece atestado en Juan 21:19, donde el autor lo menciona como un cumplimiento de la predicción de Jesús. Ahora bien: ninguna iglesia,

(1) Lipsius; Kühl en la Introducción al *Comentario* sobre 1ª Pedro en la colección Meyer.

fuera de la de Roma, ha reivindicado jamás el honor de contar a Pedro en el número de sus mártires. Aproximadamente treinta años después de la época presunta de la muerte de Pedro, Clemente de Roma, en su epístola a los Corintios (cap. 5 y 6), cita ejemplos de siervos de Dios que fueron víctimas del celo inicuo de los paganos; y, después de haber nombrado fieles del antiguo pacto, agrega: "Vengamos a los combatientes que han estado más cerca de nosotros. Tomemos los generosos ejemplos de nuestra generación. Por odio y envidia las mayores y más fieles columnas han sido perseguidas y atormentadas hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos los excelentes apóstoles (1): Pedro, por efecto de un odio inicuo, ha soportado no una o dos, sino muchas pruebas; y, habiendo sufrido así la muerte del mártir, ha ido al lugar de la gloria que le correspondía." Continúa refiriendo la muerte de Pablo, luego dice: "A estos hombres que se han conducido santamente, ha sido agregada una grande multitud de elegidos que, habiendo sufrido, a causa del odio de que eran objeto, muchos malos tratamientos y suplicios, han sido, entre nosotros, el más hermoso ejemplo." Hace alusión a los cristianos de Roma, que fueron víctimas de Nerón. En Roma también murió Pablo. Es pues muy probable que el martirio de Pedro tuviera el mismo teatro. Un pasaje de Ignacio (epístola a los Romanos, cap. 4) parece aludir a un ministerio de Pedro en Roma. Papías contaba que el evangelio de Marcos había salido de las predicaciones de Pedro, al cual Marcos servía de intérprete (Eusebio, *Hist. ecles.*, III, 39); ahora bien: este evangelio apareció en Roma. (Véase nuestro tomo I, pág. 312, 313.) Por último, nuestra epístola, que muy probablemente está fechada en Roma, designada bajo el nombre de Babilonia (5:13, 1ª nota), constituye, aun si no es auténtica, una prueba de la presencia de Pedro en Roma (2).

En cuanto a la fecha de la llegada de Pedro a Roma, los unos la fijan después de la masacre de los cristianos ordenada por Nerón a fines del verano del 64. Weizsäcker (3) piensa que al saber la terrible prueba que acababa de herir a sus hermanos de Roma, Pedro, no escuchando más que su coraje, fué a afirmar

(1) Se propone también traducir: "Tomemos ante *los* ojos *nuestros* excelentes apóstoles." (Zahn, *Einleitung*, I, p. 446.)

(2) Por otras pruebas sacadas de diversos Padres, del canon de Muratori, de Marción, de diversas obras apócrifas, véase Zahn, *Einleitung*, II, 22-28, comp. I. 446-450.

(3) *Das apostolische Zeitalter*, 1886, p. 487.

la iglesia conmovida. Esta conducta estaría conforme con la naturaleza generosa del discípulo que decía a Jesús: "Estoy listo para ir contigo a la cárcel y a la muerte." (Luc. 22:33.) Y esta vez supo mantener su resolución. Después de un corto ministerio en la capital, sufrió allí a su vez el martirio, en las circunstancias particularmente crueles a que Clemente alude. Otros historiadores son inducidos, por diversos indicios, a admitir que Pedro pereció en la tormenta misma desencadenada por Nerón sobre la iglesia de Roma. Cayo, presbítero romano del final del segundo siglo, refiere que en su tiempo se veía aún el "trofeo" de Pedro, es decir su tumba, o el monumento levantado en el lugar de su suplicio, cerca del Vaticano. Ahora bien: en ese mismo lugar, en los jardines de Agripina, entregó Nerón los cristianos a torturas variadas, entre las cuales Tácito (*Annales*, XV, 44) menciona el suplicio de la cruz. Este suplicio fué precisamente, según antiguas tradiciones, el infligido a Pedro (1). Habría que suponer pues que Pedro fué a Roma a fines del 63 o a principios del 64, en la época aproximada en que Pablo, libertado de su primera cautividad, dejaba esa ciudad. El viaje de Marcos al Asia Menor, mencionado en Colosenses 4:10, no careció quizá de influencia en la resolución de Pedro. Tuvo en todo caso por efecto hacer pasar a Marcos del círculo de Pablo a la sociedad de Pedro (1ª Pedro 5:13.) Si la epístola a los Colosenses fué escrita de Roma, y si de allí emprendió Marcos su viaje, pudo informar a Pedro sobre la situación de la iglesia de Roma y sobre las dificultades que los judaizantes suscitaban a Pablo (Fil. 1:15 y sig.); sobre las esperanzas de Pablo de ser vuelto a la libertad (Fil. 1:25), y sobre sus proyectos ulteriores; pudo, con esas noticias, determinar a Pedro a trasladarse a su vez a la capital del imperio (2). Y si la epístola a los Colosenses había sido enviada anteriormente ya, de Cesárea (3), Marcos no por eso dejó de hacerse un vínculo vivo de unión entre Pedro y Pablo, y su influencia no fué extraña a la partida de Pedro para Roma, adonde le acompañó (1ª Pedro 5:13.)

El ministerio de Pedro en Roma, por corto que haya sido, y gracias al martirio que le coronó, aseguró a este apóstol la posición sin par que ocupa en la tradición, desde el segundo siglo.

(1) Zahn, *Einleitung*, II, p. 26. Harnack, *Chronologie*, I, p. 240-243.
(2) Zahn, *Einleitung*, II, p. 19.
(3) Véase nuestro tomo II, pág. 551.

La debió por otra parte tanto a lo que le faltaba, como a sus cualidades generosas. No estando dotado del espíritu profundo y original de un Pablo o de un Juan, era más accesible a la inteligencia de la mayoría, y su carácter influenciable, que le disponía a mostrar cierto oportunismo, no perjudicó su popularidad (1).

Mas, para que el juicio producido sobre Pedro sea equitativo, y la característica de su papel completa, es necesario tener en cuenta también la obra que el Espíritu Santo realizó en él. Esta acción del Espíritu le dió en las horas decisivas de la fundación de la iglesia un coraje admirable y una firmeza inquebrantable. Iluminó su inteligencia y le hizo capaz de acoger al primer gentil en la iglesia y defender ese acto contra las críticas de los judaizantes (Act. cap. 10 y 11.) Le hizo humilde y le hizo reconocer el alto precio de esta virtud que no le era innata (Mar. 14:29; 1ª Pedro 5:5, 6.) Obró sobre todo en él esa regeneración que él celebra en términos magníficos en la cabecera de su epístola, y por la cual comprendió en su profundidad y su riqueza la redención que nos es ofrecida en Cristo Jesús. La carta que nos ha sido conservada bajo su nombre es la prueba de ello.

II

AUTENTICIDAD DE LA PRIMERA EPISTOLA DE PEDRO

El testimonio de la antigüedad le es favorable, sin excepción. Renán la llama "uno de los escritos más antiguamente y más unánimemente citados como auténticos." (2). Eusebio, que la coloca entre los escritos que jamás han sido disputados (*homologoúmenoi*), refiere que Papías (*Hist. eccles.*, III, 39) y Policarpo (*Hist. eccles.*, IV, 15) citaban la primera de Pedro como un escrito del apóstol. Ahora bien: estos dos Padres representan la opinión de iglesias a las cuales la epístola es dirigida. Si sólo hubiera aparecido hacia el año 100, ¿la habrían recibido esas iglesias, en una época en que contaban aún con hombres que podían atestar que, en vida del apóstol, no habían tenido conocimiento alguno de una carta emanada de él (3)? Clemente romano

(1) Comp. Weizsäcker, *ob. cit.*, p. 487.
(2) *El Anticristo*, p. VII.
(3) Zahn, *Einleitung*, II, p. 28 y 36. Policarpo (*Filip.* I) reune citas de Act. 2:24 y de 1ª Pedro 1:8, de modo que da a pensar que atribuye ambas sentencias al apóstol. (Zahn, *Einleitung*, II, p. 36.)

no tiene citas formales de nuestra epístola, pero emplea expresiones que ella igualmente contiene (1). Se encuentra en las más antiguas versiones, empezando por la Peschito. Falta en el canon de Muratori; quizás haya figurado en una parte perdida de ese documento (2) o que haya sido omitida por un error de copista (3). Por último, la segunda epístola canónica de Pedro, aun si no es auténtica, prueba que nuestra epístola era atribuída al apóstol desde el segundo siglo. (2ª Pedro 3:1.)

Sin embargo un número considerable de críticos disputan que nuestra epístola sea obra del apóstol Pedro. Se basan principalmente en dos razones. Es primero la relación de dependencia en que se encuentra este escrito respecto de las epístolas de Pablo: se presenta a nosotros como obra de un discípulo de Pablo. Si Pedro fuera su autor, habría sido desprovisto de toda originalidad. Ahora bien: no podríamos hacernos tal idea del hombre a quien Jesús caracterizó como una roca, quien fundó la Iglesia de Jerusalén y tuvo en Corinto un partido que se llamaba con su nombre (4). La otra razón de rehusar nuestra epístola al apóstol Pedro, es que los cristianos a quienes es dirigida están sujetos desde hace poco tiempo a la persecución de parte de las autoridades (4:12); tienen que responder de su fe ante los tribunales (3:15-17); y esta persecución se ha extendido a "sus hermanos en el mundo entero". (5:9.) Ahora bien: la historia no ha conservado el recuerdo de una persecución general ejercida contra los cristianos antes de la época de Domiciano o aun de Trajano. La célebre correspondencia que Plinio el joven, gobernador de Bitinia, tuvo con éste último emperador, indica una situación idéntica a aquella en que están los destinatarios de la epístola. Plinio consulta a Trajano respecto del procedimiento a seguir para con los cristianos: ¿debe perseguirlos por actos delictuosos solamente, o es el simple hecho de que invocan el nombre de Cristo un motivo suficiente para matarlos? Trajano ordena castigarlos como cristianos. Es así como los lectores de la epístola tienen que "sufrir por el nombre de Cristo" (4:14-16.) Data pues ella del reinado de Trajano (5). Otros críticos la colocan en la época de Domiciano, pues persecuciones crueles fueron ejercidas ya entonces sobre los cristianos, especialmente en Asia Menor, donde el culto tributado al emperador era celebrado con fanático fervor (1).

(1) Holtzmann, *Einleitung*, p. 320.
(2) B. Weiss, *Einleitung*, 3ª edic., p. 79.
(3) Jülicher, *Einleitung*, 1901, p. 398.
(4) Jülicher, *ob. cit.*, p. 164, 165.
(5) Escuela de Tubinga, Lipsius, Weizsäcker, Holtzmann, Jülicher.

Por último, el hecho de que Clemente y Policarpo toman ideas de nuestra epístola, pero sin nombrar a Pedro como su autor, ha dado nacimiento a la hipótesis de que era en el origen un fragmento de una homilía compuesta entre los años 83 y 93, quizás hasta diez o veinte años antes, y que circuló anónima hasta mediados del siglo segundo. Entre 150 y 175, se habría añadido 1:1-2 y 5:12-14, para dar a este antiguo escrito una autoridad apostólica. Esto habría sido hecho por el autor de la segunda de Pedro (2).

Los argumentos en que se basan para rehusar al apóstol Pedro nuestra epístola no son decisivos. Si se examinan atentamente, se reducen a poca cosa. Las semejanzas que presenta con las epístolas de Pablo se limitan a las de Efesios y Romanos. Recuerda la primera por la acción de gracias que la inicia: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo..." (1:3, comp. Efes. 1:3.) La exhortación a una vida opuesta a la de los paganos (1ª Pedro 1:14 y sig.) contiene expresiones que se encuentran en Efesios 4:17, 18. En cambio, la figura del edificio que se levanta sobre Cristo, la piedra del ángulo (2:4-8), es empleada de una manera diferente. (Comp. Efes. 2:19-22.) Las dos cartas terminan con una exhortación a velar y a combatir al enemigo de las almas (1ª Pedro 5:8 y sig.; Efes. 6:10 y sig.) Los pasajes paralelos de la epístola a los Romanos no se encuentran más que en los cap. 12 y 13. Comp. 1ª Pedro 1:14 y Rom. 12:2; 1ª Pedro 2:2, 5 y Rom. 12:1; 1ª Pedro 3:8-12 y Rom. 12:16-19; 1ª Pedro 2:13-17 y Rom. 13:1-7; 1ª Pedro 4:10, 11 y Rom. 12:6 y sig. Se puede notar aun en 1ª Pedro 2:24 un pensamiento que recuerda a Romanos 6:11, en 1ª Pedro 4:1 una idea análoga a la de Romanos 6:7, y en 1ª Pedro 4:13 la idea de Romanos 8:17. Por último en la cita de Isaías 28:16, hecha en el capítulo 2, versículo 6, el autor de nuestra epístola da una traducción que difiere sensiblemente de la dada por Pablo en Romanos 9:33, y que no es idéntica tampoco a la versión de los Setenta. Lo que resulta de estas comparaciones es que nuestro autor, tratando los mismos asuntos que Pablo en algunos pasajes de sus epístolas a los Romanos y a los Efesios, expresa pensamientos semejantes

(1) Von Soden, Ramsay.
(2) Harnack, *Chronologie*, I, p. 450 y sig.

en términos que recuerdan los del apóstol de los gentiles. Mas no reproduce textualmente ninguna frase de este último. Da a su pensamiento un giro que le es propio; emplea expresiones que no se encuentran en otra parte: *hacer renacer* (1:3, 23), *la fraternidad* (2:17; 5:9), *entrometiéndose en negocios ajenos* (4:15), *inmarcesible* (1:4), etc. Acusarle de imitación servil es una injusticia manifiesta. En cuanto a las ideas, igualmente, no tiene la noción pauliniana de la justificación por la fe. A sus ojos, la fe se confunde con la esperanza; ella es la firme certeza de la salvación venidera, más bien que la unión con el Salvador (1:3-9, 21.) Da enseñanzas enteramente originales sobre la actividad de los profetas (1:10-12), la imitación de Jesucristo (2:21 y sig.), la predicación de Cristo a los espíritus en prisión (3:18 y sig.) (1)

La dependencia respecto de los escritos de Pablo queda reducida a esas proporciones; ¿es entonces inadmisible que Simón Pedro, tal cual le conocemos según los relatos de los evangelios y de los Actos, haya sufrido la influencia del potente genio de Pablo; que su concepción de la salvación se haya desarrollado bajo la acción de las enseñanzas de su colega, y haya sido señalada en cierto modo con su marca? Ningún incidente de su historia nos le presenta dotado de una fuerte individualidad. Cuando Jesús le llamó "roca", le mostró lo que debía llegar a ser por la gracia de Dios, no lo que era por naturaleza. En la iglesia de Jerusalén es eclipsado por Jacobo, el hermano del Señor. En Antioquía, su actitud vacilante le hace reprender por Pablo. ¿No debían su pensamiento y su estilo necesariamente, sufrir las influencias ajenas? Su epístola no recuerda solamente las epístolas a los Efesios y a los Romanos. Ofrece también semejanzas notables con la epístola de Jacobo. (Comp. la Introducción a esta epístola, p. 163). Nada de extraño hay en que Pedro haya conocido este escrito de un hombre con el cual estuvo en relaciones estrechas. En cuanto a las reminiscencias de las cartas de Pablo, el hecho de que provienen todas de las dos epístolas a los Romanos y a los Efesios es notable. Si Pedro ha escrito nuestra epístola desde Roma en 64, había leído ciertamente la importante carta que Pablo había dirigido a esa iglesia cinco años antes; y en cuanto a la epístola llamada "a los Efesios", es una encíclica dirigida a diversas iglesias de Asia Menor. ¿No era natural que

(1) Sabatier, *Enciclopedia* de Lichtenberger, X, 621.

Pedro, escribiendo a esas mismas iglesias, inquiriera qué les había escrito Pablo poco antes? Pudo ser informado de ello por Marcos, que se encontraba al lado de Pablo cuando la composición de la epístola a los Efesios (Col. 4:10.) Marcos fué quizás uno de los portadores de esa encíclica, que se reprodujo en varios ejemplares desde el principio y que llegó así a Pedro. Al contrario, si la primera epístola de Pedro ha sido redactada por el año 100, ¿por qué su autor ha limitado sus imitaciones a esas dos epístolas de Pablo (1)?

Se ha emitido aun otra suposición, que explicaría desde otro punto de vista el tinte pauliniano del estilo de nuestra epístola. Pedro, que era un simple pescador galileo, no poseía bastante el griego para escribir él mismo en esta lengua. Tenía necesidad de Marcos como intérprete en sus predicaciones, según dice Papías. Con mayor razón debió tener un colaborador en la redacción de su epístola. Ahora bien: leemos al final de ésta (5:12): "Por Silvano, que es, como estimo, un hermano *fiel*, os he escrito en pocas palabras." Este testimonio dado a Silvano sólo se explica bien si Pedro le ha encargado formular en griego las enseñanzas y las exhortaciones que deseaba hacer llegar a sus hermanos (2). Silvano o Silas había sido colaborador de Pablo; había fundado con él algunas de las iglesias del Asia Menor, a las cuales nuestra epístola es dirigida (Act. 15:40; 16:5.) Ha firmado con Pablo las epístolas a los Tesalonicenses. Se había compenetrado del pensamiento y del estilo de este apóstol; y, bien que reproduciendo *fielmente* las ideas de Pedro, pudo imprimirles en algunos puntos una forma que recuerda la de su primer maestro.

En cuanto al argumento sacado de la situación de los destinatarios de la epístola, no resiste tampoco a un examen imparcial. El texto, si no se interpreta arbitrariamente, no habla absolutamente de una persecución sistemática y sangrienta, ejercida por las autoridades contra los cristianos. Habla "de ultrajes por el

(1) Zahn, *Einleitung*, II, p. 31. Holtzmann (*Einleitung*, p. 314) pretende que hay en 1ª Pedro reminiscencias de todas las epístolas de Pablo. Los pocos acercamientos que indica no son completamente concluyentes. No son significativos sino para dos o tres pasajes de los Gálatas (3:13; 4:7; 5:13, 21.) Mas si Pedro ha estado en Asia Menor, puede haber conocido también esa epístola de Pablo.

(2) Zahn, *Einleitung*, II, p. 10. Von Soden (*Handcommentar*, 3ª edic., III. 2, p. 125) supone que Silvano escribió la carta de su propia inspiración, largo tiempo después de la muerte de Pedro, y la atribuyó al apóstol para darle más autoridad. Ese fraude piadoso es poco verosímil de parte de un hombre que fué uno de los misioneros más activos del período creador.

nombre de Cristo" (4:14), lo que supone malos procedimientos individuales más bien que condenaciones judiciales. (Comp. 2:18-23.) Los "sufrimientos" que los lectores debían soportar "como cristianos", y no "como homicidas, ladrones, o como metiéndose en negocios ajenos" (4:15, 16), no eran necesariamente penas (ni sobre todo la pena de muerte) infligidas por los tribunales; consistían ante todo en calumnias que representaban a los cristianos como malhechores y los alcanzaban en su calidad de cristianos (2:13; 3:16; 4:4, 5:) Por último, cuando el apóstol exhorta a sus hermanos a "estar listos siempre a defenderse" (gr. para la apología), este último término no implica una comparición ante un tribunal; su empleo en 1ª Corintios 9:3 y 2ª Corintios 7:11 prueba que puede entenderse de la defensa presentada en conversaciones particulares; y las palabras agregadas en nuestro texto: "Delante de *cualquiera* que os pidiere razón de vuestra esperanza", muestran que deben ser tomadas en este sentido. No pretendemos negar que los destinatarios de la epístola hayan sido a veces inquietados por las autoridades; que hayan sufrido condenaciones y soportado violencias de parte de sus enemigos; que más de uno entre ellos haya derramado su sangre por el evangelio. Pero fué así en todas partes desde el principio (1ª Tes. 2:14; 3:3, 4; 2ª Tes. 1:5; 2ª Cor. 1:8; 11:23-26; y los relatos de los Actos.) También concedemos que había habido recientemente una agravación en la posición de los cristianos; Pedro exhorta a sus lectores a "no encontrar extraño el horno que está en medio de ellos;" les anuncia que es "el momento en que el juicio va a empezar por la casa de Dios" (4:12-19); que "los mismos sufrimientos son impuestos a sus hermanos en el mundo." Esta situación responde a lo que sabemos de los tiempos que precedieron la masacre de los cristianos de Roma. Tácito introduce el relato de ella con estas palabras: "Nerón, queriendo poner término al rumor (que le acusaba de haber provocado el incendio de Roma), inventó culpables e infligió los suplicios más refinados a gentes aborrecidas por sus infamias, que el vulgo llamaba cristianos." (*Annales*, XV, 44.) Si los cristianos eran aborrecidos en Roma por las infamias que se les imputaba, lo eran igualmente en otras partes. Ese aborrecimiento había aumentado con su número. Desde el reinado de Nerón, costó la vida, en Asia en particular, a más de un testigo del Cristo. El Apocalipsis nos suministra la prueba de ello. (Apoc. 2:9, 10, 13; 3:8; 6:9, 10.)

Nada nos parece pues oponerse a que nuestra epístola haya

sido escrita por Pedro. La escribió en los últimos tiempos de su vida (1), a fines del 63 o a principios del 64 (2), si ha terminado su carrera en el otoño de ese año; un poco más tarde, si no sufrió el martirio hasta fines del reinado de Nerón (3). (Véase pág. 217.) De Roma, designada por el nombre simbólico de Babilonia, es enviada esta carta (5:13, 1ª nota.) La antigua ciudad del valle del Eufrates no existía ya; y si había en la provincia de Babilonia colonias judías florecientes, la tradición no ha conservado ningún recuerdo de una misión de Pedro por esas regiones (4).

III

ANALISIS

Nuestra epístola es destinada a cristianos sujetos a pruebas; los exhorta a andar de conformidad con su santa vocación y a sufrir pacientemente, mirando al Cristo quien sufrió por ellos. Este contraste entre la esperanza gloriosa, el gozo inefable que una salvación, adquirida a gran precio, asegura al redimido de Cristo, y el oprobio, las persecuciones, los sufrimientos a que está expuesto como cristiano, domina toda la epístola (5).

La epístola empieza con un resumen presentado como un acto de adoración y de alabanzas de toda la obra de la salvación (1:3-12.)

Contiene luego exhortaciones, que se pueden agrupar en tres series: 1:13 a 2:10; 2:11 a 4:19; 5:1-11.

Distinguimos los párrafos siguientes:

1. Dirección de la epístola; acción de gracias a Dios que nos ha salvado para una esperanza viva (1:1-12.)
2. Exhortación general a la santidad y al amor (1:13 a 2:10.)
3. El cristiano, en sus diversas relaciones con los hombres, debe obrar y sufrir como Cristo (2:11 a 4:19.)
4. Ultimas instrucciones. Saludos (cap. 5.)

---

(1) B. Weiss (*Einleitung*, p. 416) estima que fué escrita por el 55, desde Babilonia, y dirigida a comunidades judeo-cristianas que se habrían formado en Asia Menor antes de la actividad misionera de Pablo. Jacobo, en su epístola, y Pablo, en las epístolas a los Romanos y a los Efesios, habrían imitado a Pedro. Esta opinión sólo ha sido admitida por Kühl en su comentario de la colección Meyer.

(2) Hofmann, Salmon, Renan, Zahn, Burger, Monnier, Fargues.

(3) Neander, Meyer, de Wette, Huther que la hacen escribir desde Babilonia; Wiesinger, Ewald, Sieffert, desde Roma.

(4) Zahn, *Einleitung*, II, p. 17, 20.

(5) Comp. Schlatter, *Einleitung in die Bibel*, p. 480.

PRIMERA EPISTOLA DE PEDRO

I. DIRECCIÓN DE LA EPÍSTOLA. ACCIÓN DE GRACIAS A DIOS QUE NOS HA SALVADO PARA UNA ESPERANZA VIVA

(Cap. 1:1-12)

1-12. SALUTACIÓN. LA HERENCIA CELESTIAL ASEGURADA AL CRISTIANO POR UNA SALVACIÓN QUE LOS PROFETAS ESPERABAN Y QUE AHORA ES ANUNCIADA. — 1º *Los destinatarios. Su situación. Voto.* Pedro, apóstol, escribe a extranjeros dispersos en varias provincias del Asia Menor, a quienes saluda como a elegidos de Dios. Su elección se manifiesta en su santificación obrada por el Espíritu, para que se hagan obedientes y sean purificados por la sangre de Jesucristo. El apóstol les desea gracia y paz en abundancia (1, 2). — 2º *La dicha de los que, regenerados por Cristo Jesús, para una esperanza viva, conocen la salvación que fué objeto de las investigaciones de los profetas.* — a) *Regenerados y poseedores de una herencia incorruptible.* El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo sea bendito por habernos hecho nacer a una nueva vida; nos da, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, una esperanza viva, la de la herencia reservada en los cielos a vosotros que sois guardados por la potencia de Dios, por la fe, para participar de la salud que va a ser plenamente revelada (3-5). b) *Puestos a prueba, mas gozosos en la fe en Cristo.* Esta gracia os llena de alegría, aunque seáis, por un tiempo, entristecidos por diversas pruebas, a fin de que esa prueba de vuestra fe, más importante que la prueba del fuego a que se somete el oro perecedero, redunde en honra vuestra cuando Cristo aparezca. Vosotros le amáis sin haberle visto; pero, por la fe en él, sois transportados de gozo, como los que alcanzan lo que es el fin de la salud de sus almas (6-9). c) *La salvación esperada es anunciada.* Los profetas hicieron de esa salud el objeto de sus investigaciones. Guiados por el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos y atestaba anticipadamente los sufrimientos y la gloria del Redentor, ellos buscaban cuándo y cómo se realizarían; aprendieron que no sería en su tiempo, sino que estaban reservadas para vosotros, a quienes los mensajeros del evangelio anuncian esta salvación, cuyo misterio anhelan sondar los ángeles (10-12).

1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los elegidos extranjeros de la **2** dispersión de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia [1], según

1. Gr. a *los elegidos extranjeros de la dispersión de Ponto,* etc., *según presciencia. Elegidos* y *extranjeros* son yuxtapuestos en el original. Es probable que el primero sea adjetivo, el segundo sustantivo. La palabra que traducimos, por falta de una mejor, por *extranjero,* significa pro-

presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obediencia y aspersión de la sangre de Jesucristo [2]: gracia a vosotros y paz sea multiplicada [3]!

piamente el extranjero *residente*, el *habitante*, que sólo tiene domicilio momentáneo en un país, por oposición al ciudadano que tiene derecho de ciudadanía. Los nombres enumerados son los de las provincias romanas de Asia Menor. Asia era también llamada Asia proconsular, y comprendía una parte de Frigia, Misia, Lidia, Caria y muchas islas. Las iglesias de esas regiones habían sido fundadas por Pablo. Esos *extranjeros*, que vivían en la *dispersión* (diasporá, comp. Jac. 1:1; Juan 7:35), no eran solamente judíos, como podría hacerlo creer este término de *diasporá*, sino también paganos convertidos al evangelio (2:10; 4:3), y a los cuales el apóstol aplica la palabra que de ordinario designaba a los judíos que vivían fuera de Palestina. Considera todos esos cristianos, sea cual fuere su origen, como el Israel espiritual, el verdadero pueblo de Dios. Se sentían *extranjeros* entre los paganos tanto más cuanto que estaban *dispersos*, formando sólo pequeños grupos sin muchas relaciones entre sí. En todo tiempo, por otra parte, ¿no son los cristianos en este mundo *extranjeros, habitantes* de paso? (2:11; Fil. 3:20; Hebr. 11:13; 13:14; Sal. 39:13).

2. Gr. *para obediencia y aspersión de la sangre de Jesucristo.* Extranjeros y dispersos, son fortalecidos en su aislamiento por el pensamiento de que Dios los ha *elegido.* Esta palabra está a la cabeza de la dirección, pues en su calidad de *elegidos* les escribe el apóstol. La elección, en el antiguo pacto, se aplicaba al pueblo entero (Isa. 41:8; 43:20; Deut. 7:6; 9:4-6). El apóstol llama también a los cristianos una "raza elegida"; sin embargo, para ellos, la elección de Dios se ha hecho individual. Ella se manifiesta por el llamado que Dios, en su gracia, *según su presciencia,* dirige a cada alma. La *presciencia de Dios* no es solamente su conocimiento anticipado y pasivo de lo que acontecerá, sino su voluntad determinada y su amor. Se ha traducido el término empleado por el apóstol: "Según determinación tomada de antemano". (Stapfer). Este carácter activo de la presciencia divina resulta de numerosas declaraciones de la escritura (v. 20; Rom. 8:28,29; Efes. 1:5). El cristiano basa en su calidad de elegido de Dios la seguridad de su salvación. Esta no es obra suya, sino la de Dios, quien acabará lo que ha empezado (Fil. 1:6). "Elegidos, no de nosotros mismos, sino según la orden de Dios; pues nosotros mismos no nos introduciremos en el cielo del mismo modo que no creamos nosotros mismos la fe en nuestros corazones. Dios no dejará entrar indistintamente todos los hombres en el cielo, contará exactamente los suyos. Aquí la doctrina del libre albedrío y de nuestras propias fuerzas no significa nada; no se trata de nuestra propia voluntad sino de la voluntad de Dios y de su elección". *Lutero.* Mas Dios no elige sus hijos para que luego hagan lo que bien les parece, queden en sus pecados. Los elige *en santificación del Espíritu* (1ª Tes. 4:7; 2ª Tes. 2:13,14), es decir que, para cumplir su designio de misericordia en ellos, los renueva y los santifica por su Espíritu Santo. Esto es para ellos el único testimonio cierto de su elección. El *Espíritu* (de Dios) es el autor de la santificación. Otros, con menos razón, entienden la expresión del espíritu del hombre sobre el cual se ejerce la acción santificadora: "elegidos según la presciencia de Dios y santificados en su espíritu".

3 Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, quien según su grande misericordia nos ha engendrado de nuevo para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo 4 de entre los muertos [4], para una herencia incorruptible e inma-

(Oltramare). El fin para el cual Dios los ha elegido y los santifica por el Espíritu es la *obediencia,* no la obediencia a *Jesucristo,* como traducen algunos, pues el complemento *de Jesucristo* no se refiere más que a *la aspersión de la sangre;* sino a *la obediencia,* en sentido absoluto, a la obediencia que es la actitud normal del hijo de Dios (1:14; 2:8; Hebr. 5:9), y que Pablo llama "la obediencia de la fe". (Rom. 1:5; 2ª Cor. 10:5). A esta disposición del creyente responde, de parte de Dios, *la aspersión de la sangre de Jesucristo.* Este último término es tomado de las costumbres de los sacrificios, en que el sacerdote hacía aspersión de la sangre de la víctima sobre los que la ofrecían, a fin de hacerles partícipes de la eficacia figurativa de ese sacrificio (Ex. 24:7, sig.; Lev. 4:6,17; 16:14; Hebr. 9:19; 12:24). La mención de *la aspersión* después de la santificación del Espíritu, muestra que se trata menos de la justificación del pecador delante de Dios que de una apropiación perpetua de los méritos de Jesucristo y de su muerte, necesaria a aquellos mismos que son regenerados, por tanto tiempo cuanto viven en este mundo de pecado. (Comp. 1ª Juan 1:7). Weiss (*Lehrbuch der biblischen Theologie,* 4ª edic., p. 147), tomando el término de *santificación* en su sentido primitivo de colocación aparte, consagración, ve aquí una alusión al bautismo, por el cual el elegido de Dios era separado del mundo. Recibía ese bautismo "para el perdón de los pecados" (Act. 2:38), y era por él consagrado a Dios. Por esto el don del Espíritu Santo sigue al bautismo. (Act. 2:38; 10:44).

3. La *gracia* y la *paz* (Rom. 1:7, nota) emanan de la obra de Dios, que acaba de ser descripta; mas pueden *ser multiplicadas* en el corazón del fiel: ¡por qué no seremos más llenos de ardor en pedirlas a Dios como el apóstol, para nosotros mismos, y los unos para los otros!

4. Comp. 2ª Cor. 1:3; Efes. 1:3. Pedro inicia su epístola con una ardiente acción de gracias por la salvación que abarca aquí de una mirada, desde su origen, que es la *misericordia* eterna de Dios, nuestro *Padre,* hasta su perfecto cumplimiento (v. 7). Sobre esta gloriosa salvación basa el apóstol todas las consolaciones que ofrece a sus lectores (v. 6), lo mismo que las exhortaciones que les dirige a llevar una vida santa. Esta salvación, cuya razón soberana sólo pudo hallarla Dios en su amor, se realiza en nosotros por la obra divina y humana al mismo tiempo de la *regeneración* (comp. Juan 3:3-5, notas), origen de una vida nueva. Esta tiene por primero y principal fruto, una *esperanza viva.* La esperanza del cristiano es *viva,* primero en cuanto a su objeto, puesto que es una posesión anticipada de la vida eterna (v. 4); es viva sobre todo en sí misma, porque forma parte integrante de esa vida nueva y divina que empieza con la regeneración, y cuya fuente inagotable es la *resurrección de Jesucristo de entre los muertos.* La resurrección del Hijo de Dios, su victoria sobre la muerte física y moral, ha abierto para él y para sus redimidos las fuentes de la vida eterna. Cristo ha entrado en la gloria con nuestra humanidad: donde está el Jefe, la Cabeza, allí están ya todos los miembros (Efes. 2:6), no solamente por la certidum-

5 culable e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros [5] que por la potencia de Dios sois guardados por medio de la fe para 6 salvación pronta para ser revelada en el último tiempo [6]. En lo

bre de su *esperanza viva,* sino porque en realidad Cristo es la vida de ellos. El epíteto de *viviente* es aplicado a todos los atributos de Cristo considerado en sus relaciones con sus redimidos: él es para ellos "la piedra viva" (2:4), "el agua viva" (Juan 4:10; 7:38), "el pan vivo" (Juan 6:51), "el camino vivo". (Hebr. 10:20). Algunos traducen: "Quien por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha *hecho renacer a* una viva esperanza". Piensan que Pedro alude a su experiencia personal. Todas sus esperanzas mesiánicas habían sido destruidas por la muerte de Jesús; la vergüenza de su triple negación, de que se había hecho culpable, concluía de abrumarle. La vista de Jesucristo resucitado, el perdón que le otorgó el Maestro al que había hecho traición, le hicieron *renacer* a una esperanza, que puede calificar de *viva* porque siente que no podría ser destruida, como las esperanzas más o menos carnales y quiméricas que antes alimentaba. Esta explicación encierra una parte de verdad. Es posible que Pedro haya pensado en su propia historia al escribir estas líneas, es aun probable. Así se explica el cambio de persona: *nos* en el v. 3, *vosotros* en el v. 4. Pero al traducir: "nos ha *hecho renacer a* la esperanza", se debilita el sentido de la voz griega y no se abarca el pensamiento del apóstol en su profundidad. El mismo término se encuentra en el v. 23, donde, empleado sin régimen, expresa la idea, completa en sí misma, de la *regeneración.* En nuestro pasaje ya, Pedro tiene en vista esta regeneración. La resurrección de Jesucristo no ha tenido solamente por efecto reanimar su esperanza; ha *regenerado,* creado nuevamente todo su ser espiritual, y ha llegado a ser así el fundamento de una esperanza que es al mismo tiempo imperecedera y vivificante.

5. El texto recibido tiene: *para nosotros;* esta lección, poco autorizada, es una corrección provocada por el *nos* del v. 3. El objeto de la esperanza, la vida eterna, es aquí representado bajo la figura de una *herencia,* designación tomada del Antiguo Testamento, donde se aplica al país de Canaán prometido a Abrahán y a su posteridad (Gén. 13:15; 28:4; Deut. 4:21; 12:9; comp. Gál. 3:18, 29; Efes. 5:5; Hebr. 9:15). En la imposibilidad en que estamos de concebir la felicidad de los cielos, la escritura nos hace descripciones de ella casi siempre negativas, poniéndola en oposición con las miserias de nuestra vida actual. (Comp. Apoc. 7:16; 21:4). Tal es el objeto de los tres epítetos que caracterizan la *herencia;* 1º *incorruptible* (v. 23; Rom. 1:23), pues la verdadera herencia es Dios mismo, la fuente de la vida eterna, opuesta a la vida humana que espera la corrupción del sepulcro; 2º *que no puede contaminarse* (Gr. *inmaculable,* sin tacha, sin contaminación", comp. Hebr. 7:26), por oposición a este mundo de pecado donde las cosas más santas no están al abrigo del contagio; 3º *que no puede marchitarse* (Gr. "inmarcesible"), todo lo contrario de esas flores cuya gracia, frescura y perfume un solo día arrebata (v. 24; 5:4). La existencia celeste es pues vida eterna, santidad perfecta, juventud perpetua. (Comp. 1ª Cor. 15:42 y sig., 53 y sig).

6. Doble fundamento de certidumbre para la esperanza viva: la herencia es *conservada para nosotros en*

cual exultáis, habiendo sido entristecidos ahora en diversas ten-7 taciones, por poco tiempo, si es necesario [7]; para que el poner a prueba vuestra fe, de mucho mayor precio que el poner a prueba el oro que perece, —probado empero por medio de fuego,— sea hallado para alabanza y gloria y honor en la revelación de Jesu-

los cielos (v. 4) y *nosotros somos guardados* para esa herencia que no nos sería casi asegurada si nosotros mismos no fuéramos *guardados* en medio de las pruebas (v. 6-9). *La potencia de Dios* es la *guardia* que nos protege contra las potencias hostiles (5:8-10; Fil. 4:7; Rom. 8:31-39). Mas como el asentimiento y la confianza del hombre son siempre la condición de su salvación, el apóstol agrega: *por la fe.* En la medida en que confía en la potencia de Dios, es el hombre salvado por ella (v. 9).

7. *En lo cual os estremecéis de alegría. En lo cual* se refiere a todo lo que precede v. 3-5, es decir a esa esperanza viva, a esa herencia celestial segura para los cristianos; esto es para ellos un motivo de *exultación.* Algunos intérpretes piensan que el pronombre relativo se refiere a la palabra que precede inmediatamente: *el último tiempo* (v. 5). Sería solamente en el *último tiempo* cuando tendría lugar esta alegría, "en la revelación de Jesucristo" (v. 7); el verbo en presente: *os estremecéis* de gozo, sería tomado en el sentido del futuro (comp. Mat. 26:2); así traducen Lutero y otros. Pero después de haber descripto la salvación asegurada a los creyentes, después de haber bendecido a Dios por ella con efusión (v. 3-5), el apóstol no duda de que esta inmensa gracia sea ya actualmente para los cristianos a quienes escribe el motivo de un gozo santo y grande, de un gozo que puede, por su naturaleza misma, subsistir en el seno de las *diversas tentaciones* o pruebas a que están expuestos (4:13; Jac. 1:2,3). "Los exhorta más bien que los alaba. Pues su intención es de mostrar qué provecho nos viene de está esperanza de salvación: a saber gozo espiritual, por el cual no solamente es suavizada la acidez y aspereza de todos los males, sino también toda tristeza es vencida... Mas los fieles no son troncos de madera, ni se han despojado de tal modo del sentimiento humano que no sean movidos de dolor, que no teman los peligros, que la pobreza no les sea enojosa y las persecuciones ásperas y difíciles de sobrellevar... Mas la tristeza de todos esos males de tal modo es suavizada por la fe, que no dejan sin embargo de regocijarse. Por otra parte, aunque el gozo vence la tristeza, no la quita enteramente, en cuanto no nos despoja de toda fragilidad humana". *Calvino.* "Bien que seáis entristecidos *ahora, por corto tiempo*". Estos dos términos, que forman en griego un pleonasmo, son destinados a señalar la corta duración de los sufrimientos del cristiano en atención a la eterna felicidad que le espera (5:10). El autor añade: *si es necesario;* pues el cristiano no está necesariamente expuesto siempre a la aflicción; pero si le es enviada, considérela como una prueba que *debe* producirse, que es según la voluntad de Dios (3:17). Llamando los sufrimientos de sus lectores *pruebas* o *tentaciones* (Jac. 1:2), Pedro muestra lo que son, ora en la intención de los perseguidores, que esperan por ellos conmover a los creyentes, ora en la intención de Dios, que se los inflige para fortalecerlos en la fe (v. 7).

8 cristo [8]; a quien no habiendo visto amáis [9]; cuanto a quien no viéndole ahora, mas creyendo, exultáis con gozo inefable y glo-
9 rioso [10], obteniendo el fin de la fe, la salvación de las almas [11].

8. La palabra traducida *la prueba* no reaparece, en el Nuevo Testamento, más que en Jac. 1:3). Véase la nota). Es empleada por los Setenta, en Prov. 27:21. Significa propiamente "el *medio por el que se prueba*". Los más recientes intérpretes le dan, en nuestro pasaje, ese sentido, el único que se justifica según el griego profano. Otros se atienen al sentido bastante aproximado: la *acción de probar*. La traducción: resultado de la prueba, solidez probada, es inadmisible. Pedro quiere decir: "Es necesario que seáis entristecidos por diversas pruebas (v. 6), a fin de que ese *medio por el cual vuestra fe es probada*, y que es mucho más precioso que aquel por el cual se prueba el oro perecedero (que es sin embargo probado por fuego), torne en alabanza vuestra". El fuego es para el fundidor un agente precioso, indispensable para purificar el oro. Mucho más preciosos son para Dios, y para el creyente que se coloca en el punto de vista de Dios, los sufrimientos y las tentaciones que prueban la fe, con tal que ese *medio* de probar (o esa *acción* de probar) *torne* (gr. *sea hallado*) *en alabanza y gloria y honra* para el fiel. Y sin duda, cuanto mayor haya sido la prueba, cuanto más dolorosa, tanto mayor será también la gloria. Mas todo esto se mostrará *en la revelación de Jesucristo*, cuando Jesucristo aparezca, el único que manifestará los secretos de los corazones (1ª Cor. 4:5; Jac. 1:12). Entonces esas persecuciones, por las cuales los lectores de la epístola eran probados y que, por el presente, los cubrían de vergüenza, los cubrirán de gloria. Y para nosotros también, las cruces que tenemos que llevar, si son primero causa de humillación, de renunciamiento, de muerte, se tornarán en nuestra suprema honra en el advenimiento de Jesucristo (2ª Cor. 4:17; Col. 3:3,4; 2ª Tim. 1:12; 2: 8-13). ¡Qué motivo, para el cristiano, de soportar pacientemente la prueba, pero también de sondar con cuidado la realidad de su fe!

9. Tal es la lección de *Sin., B, C. A, mayúsc.*, texto recibido, tienen: "sin haberle conocido", es decir conocido personalmente, según la carne, pues espiritualmente le conocían bien. El sentido de ambas lecciones en el fondo es el mismo.

10. El apóstol vuelve *al gozo* que produce la esperanza de la salvación (v. 6), para conectarlo directamente con la persona de Cristo que es su fuente. Muestra cómo ese ***gozo*** *inefable y glorioso* (que no se puede expresar en palabras, y que participa ya por su naturaleza de la gloria del cielo, pues el griego tiene: gozo inefable y *glorificado*), puede existir desde ahora, aun cuando su plena manifestación sólo tendrá lugar en el regreso del Señor: es producido por dos sentimientos que unen indisolublemente el alma fiel al Salvador, el *amor* y la *fe*. Indica por una doble antítesis que estos dos afectos del corazón tienen el poder de aplicarse a un objeto invisible: *No le habéis visto y le amáis; no le véis aún*, pero *creéis* y esto basta para *estremecerse de gozo inefable y glorioso*. "Creer misterios tan increíbles como los de la encarnación, de la muerte, de la resurrección de un Dios-hombre; amar un desconocido que no predica más que humillación, cruz y renunciamiento; en medio de todo eso, gustar anticipadamente los goces del cielo y las delicias de la gloria: es lo que la filosofía humana no puede comprender, y es lo que hace la fe en el corazón de un hombre mortal". *Quesnel.*

10 Salvación sobre la cual investigaron y diligentemente escudriñaron profetas que sobre la gracia que era para vosotros profeti-
11 zaron, escudriñando qué tiempo o qué clase de tiempo señalaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, testificando de antemano los padecimientos que eran para Cristo y las siguientes
12 glorias [12]; a quienes fué revelado que no para sí mismos sino pa-

11. Estas palabras indican por qué pueden los cristianos desde ahora regocijarse. "En cuanto obtienen..." El *fin* de la fe es también su resultado definitivo, glorioso, su último triunfo. Aunque la palabra *obtener* evoca la idea de premio, de corona alcanzada por un vencedor (5:4; 2ª Tim. 4:8; 2ª Cor. 5:10; Efes. 6:8, etc.), se puede conservarle su sentido ordinario: *fin*, objeto. Ese fin, al cual tiende la fe, es la *salvación del alma*. Y esta salvación, en el pensamiento del apóstol, es presente, actual, poseída por anticipación. Si el gusto anticipado de esta salvación es ya un gozo inefable, ¿qué será cuando la poseamos plenamente?

12. La intención del apóstol en este pasaje (10-12), es celebrar la grandeza de la *salvación* que hace el gozo de los cristianos (v. 8, 9), mostrando que en todo tiempo ha sido el objeto de los deseos, de las investigaciones, de las esperanzas de todos los hombres de Dios y aun de los ángeles del cielo (v. 12). Cada palabra es digna de retener la atención. 1º El apóstol habla de *profetas* y de *ángeles* (v. 12), sin artículo, para realzar la alta dignidad de que esos seres estaban revestidos: "aun profetas, aun ángeles". 2º Acumula los términos más fuertes para expresar el ardor, la perseverancia, el cuidado que los profetas ponían en *sus búsquedas y en sus investigaciones* (v. 10, gr.); *buscaban, escudriñaban a fondo* lo que deseaban conocer. Comp. Mat. 13:17. 3º Lo que los profetas procuraban descubrir, no era tanto la salvación en sí misma, su certidumbre, como *el tiempo y las circunstancias* en medio de las cuales sería cumplida; deseaban saber si no tendrían ellos la dicha de ser testigos de ella. (Gr. "para *qué tiempo* y *qué especie de tiempo* manifestaba el Espíritu", etc.). Comp. Dan. 12: 8. 4º El Espíritu de Cristo estaba en los profetas: *mostraba* o *manifestaba*: este verbo está sin régimen: expresa simplemente la acción del Espíritu; el objeto de ésta es introducido por un participio que se refiere a la palabra Espíritu y debe ser conectado al verbo: *manifestaba, atestando anticipadamente, los sufrimientos de Cristo*. Los profetas distinguían esta acción reveladora, de las operaciones de su propio espíritu; lo que ellos anunciaban era una palabra divina, una revelación dada de Dios. 5º Ese Espíritu era el *Espíritu de Cristo*. Según Juan, la Palabra eterna fué el agente de las revelaciones divinas antes de ser hecha carne. A los ojos de Pablo, Cristo acompañaba al antiguo pueblo de Dios, al cual se manifestaba en el desierto. (Comp. Juan 1:1,5, notas; 1ª Cor. 10:4). Pedro enseña igualmente que Cristo, por su Espíritu, descubría a los profetas el término de la economía del Antiguo Testamento y la salvación que él debía un día realizar. Hay así una perfecta armonía, acción única y progresiva en la obra de la redención. Bajo los dos pactos, tenemos: objetivamente, el mismo Dios, el mismo Salvador, el mismo Espíritu; subjetivamente, la misma fe, que

ra vosotros las ministraban [13], las que ahora os han sido anunciadas por medio de los que os han anunciado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo [14], en las cuales ángeles desean mirar atentamente [15].

es para los unos la fe en un Salvador que debe venir, para los otros en un Salvador venido. 6º Lo que, según esas revelaciones divinas, era el centro de toda la obra de la salvación, aquello de que el Espíritu de Cristo *daba testimonio anticipado*, eran los *sufrimientos de Cristo y las glorias que debían seguirlos* (gr. *las glorias después de ellos*), es decir su resurrección, su ascensión a la *gloria*. Hay en el griego: *los sufrimientos para Cristo*, es decir *que le estaban destinados*, que debían alcanzarle. No se trata de sufrimientos soportados por los cristianos para él, como lo han pensado algunos intérpretes. Quizás es también pasar el pensamiento del apóstol el decir: "No separa a Cristo de su cuerpo. Por lo cual éste no debe ser restringido a la persona de Cristo... No habla de lo que es propio a Cristo, sino que trata de todo el estado de la Iglesia en general". *Calvino.* Las "búsquedas" de los profetas atañían en efecto a los sufrimientos personales del Mesías, y es notable que sus predicciones más precisas, por ejemplo, el Salmo 22 e Isaías 53, que nuestro apóstol tenía principalmente en el pensamiento (2:23-25), encierran ante todo una patética descripción de sus sufrimientos, luego una vista triunfante de su glorificación. Recordando esos datos de la profecía, Pedro tenía también, sin duda, la intención de consolar a sus hermanos en sus propios sufrimientos, lo que es el principal fin de su epístola (4:1, 12-19). El mismo no conoce título más hermoso para sí que éste: "testigo de los sufrimientos de Cristo" (5:1).

13. Fué revelado a los profetas (el apóstol no dice cómo, pero se puede ver un ejemplo en Dan. 12:4, 9, 13) que no se cumplirían en su tiempo *esas cosas* (los sufrimientos y las glorias de Cristo, v. 11), que *ellos ministraban* (gr. *servían*) como humildes instrumentos, que anunciaban como fieles mensajeros; sino que eran *para vosotros*, dice el apóstol, para los cristianos de los tiempos evangélicos, a los cuales esta *gracia era destinada* (v. 10). Lo que no quiere decir que el ministerio de los profetas relativo a la salvación venidera fuera sin utilidad para ellos mismos y para sus contemporáneos; al contrario, basaban en esa salvación toda su esperanza y sacaban de ella toda su consolación. Mas ¡cómo no admirar el humilde renunciamiento de esos hombres de Dios, quienes, sabiendo que empleaban sus fuerzas y soportaban tantas pruebas para generaciones futuras, no por eso dejaban de ser infatigables en sus trabajos, inconmovibles en su fe y su fidelidad!

14. Los profetas predecían los grandes hechos de la salvación por el Espíritu Santo; los apóstoles los *han anunciado*, después de su cumplimiento, por el mismo *Espíritu Santo;* las dos economías de la salvación están llenas de este Espíritu. Allí está la grandeza divina de esta salvación. El Espíritu Santo es indicado especialmente como *enviado del cielo.* Unos piensan que agregando estas palabras, el autor tiene la intención de evocar el recuerdo de Pentecostés (Act. 2:1-4); otros estiman que alude a la acción del Espíritu que se ejercía dondequiera que el evangelio era anunciado (Act. 8:15-17; 10:44; 19:1-7; 1ª Tes. 1:6; 1ª Cor. 2:4). Queda aún un rasgo

II. Exhortación general a la santidad y al amor
(Cap. 1:13 a 2:10)

A. 13-21. SANTIFICARSE ES EL DEBER DE LOS REDIMIDOS DE CRISTO. — 1º *Para tener una esperanza perfecta, renunciad las concupiscencias antiguas y sed santos.* La consecuencia de la salvación que acaba de ser descripta es que debéis poseer vuestra alma y vuestro cuerpo para conservar entera vuestra esperanza hasta el regreso de Jesucristo. Hijos obedientes, no os dejéis más ir hacia las pasiones que dominaban en vosotros cuando no conocíais la verdad; antes sed santos como el que os ha llamado (13-16). — 2º *Una conducta vigilante se impone al que ha sido rescatado a gran precio.* El nombre de Padre que dais al que juzga a cada uno según su obra, os compromete a andar en temor, a acordaros de que habéis sido libertados del modo de vivir que habíais heredado de vuestros padres, al precio, no de bienes perecederos, sino de la sangre de Cristo, cordero sin mácula, predestinado desde antes de la creación, manifestado al fin de los tiempos en favor vuestro. Por él, vuestra fe y vuestra esperanza reposan en Dios que le resucitó y le glorificó (17-21).

13 Por lo cual [16], habiendo ceñido los lomos de vuestra mente,

para acabar el cuadro, el deseo de los ángeles.

15. Gr. *desean inclinarse* para contemplar más de cerca. (Véase la misma palabra en Jac. 1:25). Quizás una alusión a los querubines que se inclinaban sobre el propiciatorio, en la actitud de la contemplación y de la adoración (Ex. 25:20). La grandeza divina de la redención es revelada a nuestros ojos por la parte que en ella toman los espíritus puros que no tienen necesidad de ella para sí mismos, pero que en ella aprenden a conocer la sabiduría de Dios (Efes. 3:10, nota). Los *ángeles,* que contemplan el rostro de Dios (Mat. 18:10), y están a su servicio (Hebr. 1:14), están presentes en los más grandes acontecimientos de la vida del Salvador sobre la tierra (Luc. 2:13, 14; Juan 1:52; Mat. 4:11; Luc. 22:43; 24:4 y sig.; Act. 1:10, 11); se regocijan de la conversión de un pecador (Luc. 15:10), unen sus cánticos de alabanza a los de los redimidos (Apoc. 5:11; 7:11, 12), se interesan en la redención por amor de un mundo perdido y porque esta redención glorifica al Dios que ellos sirven. "Así contemplan todos los días con gran embelesamiento las obras magníficas de Dios en el gobierno de su Iglesia. ¿Cuánto más asombrados serán cuando vean este último y excelente acto de la justicia, bondad y sapiencia divina, cuando el reino de Cristo se cumpla?". *Calvino.* Esta explicación justifica la mención de los ángeles en nuestro pasaje. El autor no ha querido decir que los ángeles *desean* en vano escudriñar el misterio de la salvación, que el conocimiento de la redención les es rehusado, mientras que es otorgado a sus lectores, cuyo privilegio único haría así resaltar.

16. Conclusión de todo lo que precede: porque habéis sido regenerados por una esperanza viva, tan cierta que no puede ser conmovida por ninguna prueba, y tan gloriosa que

siendo sobrios, esperad perfectamente en la gracia que os es ofre-
14 cida en la revelación de Jesucristo [17]; como hijos de obediencia [18], no amoldándoos a las anteriores concupiscencias durante vuestra
15 ignorancia [19]; sino según el Santo que os ha llamado, también
16 vosotros volveos santos en toda conducta porque escrito está:
17 "Santos seréis, porque yo soy santo [20]". Y si llamáis Padre al que

preocupa a profetas y ángeles. Cuanto más considera el pecador la grandeza de la salvación de que ha sido objeto; cuanto más seguro está de ella, tanto más también halla obligación y fuerza en esa seguridad para llevar una vida santa (v. 13-16).

17. Como los antiguos *ceñían* su larga vestidura (gr. *habiendo ceñido en alto*, habiendo levantado vuestra vestidura ciñéndoos) alrededor de sus lomos para el viaje o para el combate (Efes. 6:14, 1ª nota; Luc. 12:35), así debe el cristiano estar preparado a toda orden del Maestro, y además quedar *sobrio* de cuerpo y de alma (5:8; 1ª Tes. 5:6), teniéndose en un estado de espera que no es la aprensión del temor, sino que consiste en *esperar perfectamente*. (Gr. *hasta el fin;* comp. v. 9). ¿Y cuál es el fundamento sobre el cual se apoya esta esperanza? La *gracia que les será traída en la revelación de Jesucristo,* es decir la plena liberación que acompañará el regreso de Cristo (v. 7; 1ª Cor. 1:7; 2ª Tes. 1: 7-10). Otros entienden por *la revelación de Jesucristo* su manifestación por el evangelio (v. 10-12, 20). Se basan en el hecho de que el griego tiene: "La gracia que os *es* traída" (en presente). Mas, según el uso constante del Nuevo Testamento, la *revelación* de Jesucristo es su regreso glorioso al final de los tiempos.

18. Gr. *Hijos de obediencia,* que obedecen a la verdad (v. 2, 22), y por oposición a los "hijos de rebelión" o de "desobediencia", designando este último término el estado natural del hombre inconverso (Efes. 2:2, 2ª nota). En tales locuciones (comp. también las expresiones: hijos "de luz" Efes. 5:8; "de ira", Efes. 2:3; "de maldición", 2ª Pedro 2:14), el énfasis no cae sobre la palabra *hijos,* sino en el complemento adjunto. Algunos intérpretes piensan que el autor emplea aquí la palabra *hijo,* porque tiene ya en vista el pensamiento que expresará en el v. 17: "Si invocáis como Padre...". Es menos probable.

19. *Cuando estábais en la ignorancia,* gr. *en vuestra ignorancia.* Los hombres a quienes habla así el apóstol eran más bien antiguos paganos que antiguos judíos, pues su *ignorancia* es la descripta en Efes. 4:18 y sig., no la mencionada en Act. 3:17.

20. Lev. 11:44; 19:2. La *santidad* de Dios es para todo hombre el motivo más imperioso de llegar a ser santo. Rehusarse a ello, sería excluirse de la comunión con Dios, quien, por su naturaleza misma, no puede tener contacto alguno con lo impuro. Estas palabras, y la aplicación que de ellas hace el apóstol, prueban cuán falso es admitir que en el Antiguo Testamento la palabra *santo* significa solamente "apartado", consagrado para el servicio de Dios, sin implicar la idea de la pureza moral. Si todos los objetos que servían al culto eran llamados santos, si era prohibido emplearlos en ningún uso profano, era ello un símbolo que debía predicar a los adoradores del verdadero Dios la santidad real del corazón y de la vida que él exige de sus hijos (1:22 y sig.).

sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno [21], con
18 temor conducíos por el tiempo de vuestra residencia [22]; sabiendo que no con cosas corruptibles, con oro o plata, habéis sido redimi-
19 dos de vuestra vana conducta trasmitida de vuestros padres, sino con sangre preciosa, como de un cordero sin mancha y sin defec-
20 to, con sangre de Cristo [23]; que fué preconocido, cierto, antes de

21. Comp. Rom. 2:6, nota; 1ª Cor. 3:13; 2ª Cor. 5:10.

22. El dulce nombre de *Padre* que damos a Dios, como tampoco el privilegio de esperar perfectamente en la gracia (v. 13), no excluye el *temor,* es decir el sentimiento de nuestro pecado y de la justicia de Dios. Las dos disposiciones concuerdan muy bien en la experiencia de las conciencias verdaderamente delicadas. Para otros, al contrario, la confianza en la gracia de Dios puede llevarlos a creer que este Padre considera sus faltas con la indulgencia de la debilidad. Por esto el apóstol nos recuerda que este Padre queda siendo nuestro *Juez,* que no hace *acepción de personas,* que no hay delante de él privilegiados, sino que, para todos, la fe que no produce el amor, la obediencia, la santidad, no podría salvarlos de la condenación. (Comp. 1ª Juan 2:6; 3:3; Hebr. 12: 28; Fil. 2:12). El pensamiento de que nuestra vida en este mundo no es más que una *residencia* muy corta, una *peregrinación,* da más fuerza aun a la exhortación del apóstol.

23. Pedro indica a sus lectores un nuevo motivo de conducirse con este temor santificador de que acaba de hablar (v. 15-17): el precio inmenso a que *han sido redimidos.* Según otros, las palabras que siguen son destinadas a mostrar la posibilidad de la santificación: podéis ser santos, porque habéis sido rescatados. La primera conexión nos parece la más natural. La cruz de Jesucristo, demostración del pecado del hombre y de la justicia de Dios, será siempre el más poderoso móvil de la santificación, al mismo tiempo que es la fuente de la paz. Pero todos los detalles de esta declaración del apóstol tienen su importancia. *Habéis sido rescatados,* ¿de qué? *de vuestra vana manera de vivir.* Esta expresión parece indicar que el apóstol tiene principalmente en vista la servidumbre de la voluntad, la esclavitud creada por el pecado de hábito, y que el *rescate* es para él lo que Pablo, en Rom. 6, llama la liberación del pecado, en otros términos la santificación. (Comp. Tito 2:14). Pero quizá considera la maldición que el pecado hace pesar sobre el que lo ha cometido, y encara el *rescate* como su reconciliación con Dios, según Rom. 3:24 y sig.; Hebr. 9:15; Comp. Hebr. 2:14 y sig. Nuestro apóstol asocia las dos ideas en 2:24. La manera de ser del pecador es *vana* (comp. Efes. 4:17), porque carece de realidad, como los falsos dioses que los hombres oponen al Dios viviente (Act. 14:15), y porque está destinada a la ruina y a la nada (Rom. 8:20). "Una manera de vivir *vana* es la que no deja ningún fruto cuando el tiempo de la vida ha transcurrido". *Bengel.* Tal era la manera de vivir de los lectores antes de que conocieran el evangelio; ella les había sido *trasmitida por sus padres,* y esto podía ser para ellos una razón de perseverar en ella. "En las cosas de la religión, los hombres, y los judíos en particular, se aferran demasiado a lo que les ha sido trasmitido por sus padres". *Bengel.* El rescate, la *liberación* de esta vida de pecado no podía hacerse *con plata u oro,* como para prisioneros de guerra

la fundación del mundo, mas fué manifestado al fin de los tiem-
21 pos por causa de vosotros [24], que por medio de él sois creyentes en Dios que le ha resucitado de entre los muertos y le ha dado gloria, de modo que vuestra fe y esperanza sean en Dios [25].

B. 1:22 a 2:3. AMOR FRATERNAL Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL. — 1º *El amor de los hermanos, fruto de la vida regenerada e imperecedera.* Si habéis, pues, purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para tener un sincero amor fraternal, practicad ese amor sin cejar, puesto que habéis sido

o esclavos. Esta antítesis hace resaltar la magnitud de la obra realizada por Cristo, y muestra al mismo tiempo la significación de su sacrificio. *Una sangre preciosa,* he ahí el precio de nuestra redención. En la antigua economía, el rescate de un pecador era realizado simbólicamente por la sangre de un *cordero,* que debía ser siempre *sin defecto y sin mácula* (Lev. 4:32; Ex. 12:5). La comparación de Cristo con un cordero es tomada de la segunda parte del libro de Isaías, especialmente del cap. 53, donde la figura del cordero simboliza la paciencia y la inocencia del siervo del Eterno (53:7,9). La idea de la liberación por vía de rescate es frecuente en esta profecía (44:22,24; 51:11; 52:3, donde hasta se dice: "No por dinero seréis rescatados"). Pedro se ha inspirado de esta profecía, que cita textualmente en 2:22-25. La perfecta santidad del Cristo es lo que hace *preciosa* la sangre de su sacrificio (2ª Cor. 5:21; Hebr. 7:26; 9:12; 1ª Juan 3:5). Tal es el pensamiento del apóstol, su pensamiento al que vuelve en varias ocasiones (1:2; 2:22; 3:18), como Jesucristo mismo (Mat. 20:28; 26:28).

24. *Preconocido* significa también predestinado según el consejo de Dios, sea que la presciencia divina se refiera a Cristo como aquí, sea que se aplique a los elegidos (v. 2). Dios había determinado *desde antes de la fundación del mundo* la redención (1ª Cor. 2:7) y los que de ella participarían (Efes. 1:4): esto supone evidentemente que el Redentor estaba desde entonces también preconocido y predestinado para esa obra (Juan 17:24; Act. 17:31). En Cristo, su Hijo amado, amó Dios al mundo (Juan 3:16), la humanidad cuyo pecado preveía, y que, sin ese amor, hubiera sido perdida. Esta enseñanza nos deja entrever cómo bajo el reinado de un Dios que es santidad y amor, ha podido producirse el misterio insondable de la caída. Y cómo el Salvador ha sido *manifestado* (gr.) *en lo último de los tiempos* (Hebr. 1:1; 9:26), aquel en el cual el apóstol escribía, él ve en este hecho de la misericordia eterna de Dios un nuevo motivo de obediencia y de amor, que indica a sus lectores: *a causa de vosotros.*

25. El cristiano no ha llegado a *creer en Dios,* como en su Padre, sino por Jesucristo. La *resurrección* y la *glorificación* de Cristo son, según los v. 3-5, la condición de esta fe: porque tenemos un Salvador viviente ante Dios, podemos allegarnos a él con la confianza de la fe (Efes. 3:12; Hebr. 4:14-16; 6:20). Algunos traducen: "De suerte que vuestra fe es también vuestra esperanza en Dios". La traducción admitida es más natural; da cuenta mejor de la posición de las palabras: *en Dios.* Sobre ellas, y no en *la esperanza* cae el énfasis. La frase así traducida no es una repetición inútil de la que abre el versículo: (gr.) *que sois por él creyentes en Dios.* Hay gradación:

regenerados por la palabra de Dios, que permanece, mientras que toda carne pasa como la hierba (22-25). — 2º *Progreso en la vida cristiana.* Despojándoos, pues, de toda disposición contraria a la caridad, desead como niños recién nacidos la pura leche de la palabra, a fin de crecer en la salvación, si habéis experimentado la bondad del Señor (2:1-3).

22 Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia de la verdad para un amor fraternal sin hipocresía, de corazón amaos
23 unos a otros intensamente [26], habiendo sido engendrados de nuevo no de simiente corruptible sino incorruptible, por medio de
24 la palabra de Dios viva y permanente [27]. Porque "toda carne es como hierba, y toda gloria de ella como flor de hierba; secóse la
25 hierba, y la flor cayó; mas la palabra del Señor permanece por la eternidad". Ahora bien: ésta es la palabra que por buena nueva os ha sido anunciada [28].

porque se han hecho tales, su fe y su esperanza reposan en Dios. El objeto de la fe es lo presente, el de la esperanza lo porvenir. Una y otra son vivas (1:3) *en Dios.*

26. En los versículos precedentes, el apóstol ha expresado el pensamiento de que somos hijos del Padre celestial. Infiere de ello que debemos amarnos como hermanos. La *purificación* del *alma,* sede de los afectos, la destrucción de todas sus inclinaciones egoístas e impuras, sólo tiene lugar por la *obediencia* práctica *a la verdad* divina, recibida en el corazón. (El texto de algunas *mayúsc.* agrega: *por el Espíritu*). Y esto es lo único que hace posible un verdadero *amor fraternal.* Para amar según Dios, es necesario amar en Dios. El solo nos hace capaces de *amarnos unos a otros ardientemente,* con un amor que persevera en su intensidad (Mat. 24:12; Juan 13:1), que proviene *de un corazón* desprendido de sí mismo y que sea absolutamente *sin hipocresía.* (Comp. 1ª Juan 4:10 y sig., nota). El texto recibido (*Sin., C*) tiene: de un corazón *puro.* No siendo auténtico ese epíteto, hay simplemente en el griego: "Amáos unos a otros, *de corazón,* ardientemente".

27. La *regeneración* es aquí considerada como motivo de un verdadero amor fraternal: ella lo hace un deber sagrado, haciéndolo posible. El medio de esa renovación no es terrestre (*simiente corruptible*); la vida nueva no viene de este mundo, sino de Dios: es *su palabra, simiente incorruptible,* la que obra por el Espíritu Santo y crea la vida en las almas. Esta palabra es *viva y permanente* (las palabras *por la eternidad* del texto recibido, aunque se leen en varias mayúsculas, no son auténticas), y por esto la *vida* que de ella proviene es imperecedera, como todo lo divino. (Comp. Jac. 1:18.) Se podría traducir también, con Calvino y de Beza: *la palabra del Dios vivo y permanente.* Dan. 6:26 presenta esta fórmula; pero en Hebr. 4:12, se lee: *la palabra viva.* En nuestro pasaje también, el gran número de los intérpretes conectan el epíteto a *la palabra.*

28. Gr. *evangelizada.* Pedro quiere probar aún con una solemne declaración de la escritura que la *palabra de Dios* y la vida que ella crea *permanecen para siempre,* mientras que

II Habiendo pues [1] depuesto toda maldad y todo engaño e hipo-
2 cresías y envidias y todas las maledicencias [2], como criaturas recién nacidas ansiad [3] la leche pura de la palabra, para que por
3 ella crezcáis para salvación [4], si "habéis gustado que el Señor es benigno [5]."

todo lo que es *carne*, humano, perece como *la flor de la hierba*. Para esto, cita Isa. 40:6. (El texto recibido, con algunas *mayúsc.*, tiene: la gloria *del hombre* en lugar de *su* gloria). Mas agrega inmediatamente que esta *palabra* divina ha llegado a su plenitud de verdad y de vida por el *evangelio* que ha sido *anunciado*. Este evangelio contenido en germen y bajo el velo de la profecía en el antiguo pacto, es ahora el medio potente de regeneración y de vida, desde que ha sido manifestado al mundo.

1. Esta partícula conclusiva muestra que el apóstol quiere fundar la exhortación que va a seguir en lo que ha dicho precedentemente. En efecto, ha insistido (1:22, 23) en el amor fraternal, fruto de la regeneración por la Palabra. Reanuda aquí esta doble idea para pedir a los cristianos: 1º renunciar a todo lo que sea contrario a ese amor (v. 1); 2º nutrirse del alimento que ha operado su regeneración, a fin de crecer en la vida nueva (v. 2, 3).

2. *Disimulación*: gr. *hipocresía* (B), *hipocresías* (*mayúsc.*); *la envidia*: gr. *las envidias*. Otros tantos vicios incompatibles con el amor fraternal (1:22), y que todos los "regenerados" han *desechado*, (gr.) *depuesto*, como un vestido sucio (Zac. 3:3-5; Rom. 13:12; Efes. 4:22; Col. 3:8; Jac. 1:21) por el hecho mismo de que han nacido de nuevo. La *maldad*, o *malignidad*, que consiste en *toda* especie de sentimientos contrarios a la caridad (1ª Cor. 13:5-7), impele al *fraude* o al *engaño* en los procedimientos que usamos para con nuestros hermanos; cubrimos a éstos con el disfraz de la benevolencia, es la *hipocresía* o *las hipocresías*, señalando el plural las diversas ocasiones de disimular. La *envidia*, excitada por la superioridad o las ventajas que posee el prójimo, nos lleva a proferir sobre él *toda* especie de *maledicencia*.

3. *Nacidas* por la regeneración (1:23.) Esta expresión no implica que todos los lectores fueran recién convertidos; en efecto, ¿cuál es el cristiano que no deba, en ciertos respectos, considerarse toda su vida como un débil niño? El estado más adelantado que podamos alcanzar en este mundo está mucho menos alejado de la primera infancia espiritual que de la perfección y de la gloria. Por otra parte, la figura del niñito evoca un conjunto de disposiciones que son lo opuesto de los vicios indicados en el v. 1 (Mat. 18:3). Esta figura convenía admirablemente a la exhortación de buscar el alimento espiritual necesario al alma, puesto que el recién nacido no tiene más que un *ansia*, un instinto, que es tomar la leche materna, de la que la vida misma le hace sentir una necesidad siempre renaciente. (Véase la nota siguiente.)

4. *Pura* significa no falsificada (2ª Cor. 2:17; 4:2), como la *leche* que el niñito toma del seno de su madre. En cuanto a la frase: *que se encuentra en la palabra*, corresponde en el original a un adjetivo derivado de *logos*, la palabra. Con este epíteto, el apóstol quiere probablemente indicar la fuente de donde se saca la *leche* que sus lectores deben desear. Este sentido se hace evidente si se presta atención a que Pedro acaba de atribuir a la Palabra la regeneración de esos recién nacidos (1:23, 25.) Ahora bien: lo que ha producido en ellos la vida es lo único que puede mantenerla, hacerla crecer. Además, el apóstol continúa (v. 3: "Si habéis *gustado* que el *Señor* es benigno." Jesús, el Salvador, al que sus almas han hallado en la palabra del evangelio, él mismo es la leche que los nutre. La mayor parte traducen este adjetivo por *espiritual* ("la leche espiritual es la que se bebe con el alma" *Lutero*) o por "razonable" (*Calvino*), según el sentido de la palabra en Rom. 12:1. Mas esta interpretación conviene mucho menos al conjunto de nuestro pasaje. *La leche* no significa, como en Pablo (1ª Cor. 3: 1, 2), los primeros elementos de la doctrina, destinados a los que no pueden aún soportar un alimento sólido. La Palabra es el alimento de los fuertes como de los débiles. Por esto de ella espera el apóstol para todos el *crecimiento*, y esto hasta el último término, pensamiento que expresa por estas palabras, omitidas sin razón por el texto recibido: *para salvación* (la mayor parte de las *mayúsc.*)

5. Sal. 34:9. El *si* no expresa precisamente una duda, sino más bien la condición del *ansia*. Es una primera experiencia de la salvación, la única que nos la hace desear siempre de nuevo, como el amamantamiento despierta, en el niño, el deseo del alimento que es su vida.

C. 2:4-10. CRISTO, PIEDRA DEL ÁNGULO; LA CASA ESPIRITUAL, EL PUEBLO DE DIOS. — 1º *El verdadero templo y el verdadero sacerdocio en Cristo.* Acercándoos a Cristo, piedra viva, desechada de los hombres, escogida de Dios, formad un edificio en el que entréis como piedras vivas; sed un sacerdocio que ofrece sacrificios espirituales aceptados de Dios, conforme a la palabra de la escritura (4-6). — 2º *Los incrédulos y la raza escogida.* A vosotros, creyentes, la honra; para los incrédulos, la piedra angular desechada se torna en piedra de tropiezo. Mas vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real, un pueblo que Dios ha adquirido para sí, a fin de anunciar las virtudes de Aquel que os ha llamado a su luz; vosotros que no érais un pueblo, sois ahora el pueblo de Dios y habéis obtenido misericordia (7-10).

4 Allegándoos a quien, piedra viva, por hombres cierto desecha-
5 da, mas ante Dios elegida, preciosa [6], también vosotros como pie-

6. La metáfora de la nutrición y del crecimiento se aplicaba a la santificación individual; una nueva comparación va a caracterizar el desarrollo colectivo de los cristianos que forman una sociedad. Cristo es designado como la *piedra* del ángulo, que soporta el edificio (v. 6.) Esta calificación era conocida de los lectores del Antiguo Testamento (Isa. 28:16; 8:14; Sal. 118:22. Comp. Mat. 21:42; Act. 4:11.) Mas el apóstol le agrega una idea nueva por el epíteto de piedra *viva*: Cristo no es solamente la piedra angular de la Iglesia; es la vida de ella, como la raíz de un árbol que, al mismo tiempo, lo fija en el suelo y lo nutre (Juan 15:1 y sig.) Por esto también los que son edificados sobre él son "piedras *vivas*." (v. 5; comp. sobre esta palabra 1:3, nota). Esta piedra es, en todos los tiempos, *reprobada de los hombres*, pero *delante de Dios, escogida y preciosa*. Para entrar en el edificio que Cristo soporta, cuya vida él es, hay que *allegarse* a él, entrar con él en una comunión viva (v. 5.) Nuestro apóstol mismo había sido designado como "la piedra" sobre la cual Jesús "edificaría su Iglesia" (Mat. 16:18, 1ª nota); mas no podía él ser su fundamento *vivo*, capaz de dar la vida a las otras piedras del

dras vivas sed edificados en casa espiritual [7] para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por 6 medio de Jesucristo [8]. Porque se encuentra en la escritura: "He

edificio. El término griego empleado en Mat. 16:18 no es el mismo que en nuestra epístola. Tiene más bien el sentido de "roca"; mientras que aquí, y en los pasajes del Antiguo Testamento a los cuales el autor alude, es la palabra que significa propiamente *piedra*.

7. *Sed edificados*; o dando al verbo el sentido reflexivo: *edificáos*. Otros traducen: *sois edificados*. Pero es más conforme con el tono de exhortación, que domina en este trozo, ver en este verbo un imperativo y no un indicativo. La orden: *edificáos* no carece de sentido, puesto que es dirigida a piedras *vivas*, capaces por consiguiente de acercarse de por sí al edificio. "Aun cuando cada uno de nosotros en su lugar sea templo de Dios, y sea así llamado; sin embargo, es necesario que todos sean reunidos en uno, a fin de que se haga un templo de todos. Esto se hace cuando cada uno, contentándose con su medida, se contiene dentro de los límites de su oficio; y no obstante todos no dejan de llevar al provecho público todas las gracias que han recibido." *Calvino*. Apoyadas sobre la piedra angular, las piedras del edificio se sostienen así una a otra. La casa *espiritual* así llamada por oposición al santuario temporario del antiguo pacto (Mar. 13:1, 2), es la Iglesia que *el Espíritu* de Dios edifica, penetra y santifica, y cuyos miembros todos son necesarios los unos a los otros. Esta designación de la Iglesia, frecuente en las epístolas de Pablo (1ª Cor. 3:10 y sig.; Efes. 2:22; 1ª Tim. 3:15), estaba ya en el pensamiento de Jesús (Mat. 16: 18, 19.)

8. *Para un sacerdocio santo*. El templo de Jerusalén simbolizaba el edificio espiritual de la Iglesia. Entrando con el pensamiento en ese templo, el apóstol encuentra un *sacerdocio* ejercido sólo por aquellos que eran aptos para desempeñar ese cargo. Ese sacerdocio debe tener fin. Aquel que él profetizaba ha cumplido el único verdadero sacrificio por los pecados. Y con esto mismo, ha hecho de todos sus redimidos otros tantos sacerdotes que tienen derecho de acercarse a Dios para ofrecer *sacrificios espirituales*. Estos sacrificios son *espirituales*, como el edificio de que acaba de hablar el apóstol; son de naturaleza moral, y ofrecidos por aquellos a quienes anima el Espíritu de Dios. El primer sacrificio que esos nuevos sacerdotes presentan al Señor, es ellos mismos. (Comp. sobre todo este pensamiento, Rom. 12:1, 3ª nota.) Si hacen realmente este sacrificio y lo renuevan cada día, llenan todas las funciones del sacerdote del antiguo pacto en su verdadero significado. "Todo equivale a predicar el evangelio. Quien predica, sangra el becerro y degüella al viejo Adán. Todo lo que tenemos de él debe ser depuesto; es el único sacrificio agradable a Dios." *Lutero*. Más aun, estando consagrado a Dios su ser entero, el cumplimiento de sus deberes temporales, aun de los menores, se hace una parte viva y real de ese servicio de Dios, de ese culto en espíritu, que no podría ser más separado de la vida ordinaria, puesto que se extiende a todo, según este profundo principio: "Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios." (Comp. v. 9.) Con mayor razón, no podría haber en la Iglesia funciones cualesquiera de que ese sacerdocio estuviera excluído. El es la Iglesia misma, todo depende de él, como la Iglesia de Jesucristo. Si, para el buen

aquí, pongo en Sión una piedra angular maestra, elegida, pre- 7 ciosa; y el que cree en ella de cierto no será avergonzado [9]". Para vosotros pues es el honor, los que creéis [10]; mas para quienes no creen "la piedra que desecharon los que edificaban, ésa fué 8 hecha cabeza de esquina", y "piedra de tropiezo y roca de escándalo [11]"; los que tropiezan en la palabra, siendo desobedientes [12], 9 para lo cual también fueron designados [13]. Mas vosotros sois raza elegida, sacerdocio real, nación santa, pueblo en posesión adqui-

orden y el bien de todos, delega ella alguna de sus funciones a tales de sus miembros que tienen su confianza, en quienes ella ha reconocido los dones de la gracia para ello, no renuncia ella misma: no podría renunciar sin abdicar el carácter que le ha dado su Jefe, sin cesar de ser lo que es. No hay otro sacerdocio sobre la tierra. Cuando el catolicismo restableció uno, fué porque había vuelto al Antiguo Testamento; fué porque ya había acusado el sacrificio de Cristo de insuficiencia, y esto para elevar una casta por encima del verdadero sacerdocio. Mas el apóstol no quiere que se lo pueda olvidar: esos sacrificios espirituales no podrían ser ofrecidos a Dios sino *por Jesucristo* (Hebr. 13: 15), o, como otros traducen, no pueden ser *agradables a Dios* (aceptados de él) más que *por Jesucristo*. Los intérpretes difieren sobre estas dos construcciones posibles de la frase, pero el sentido es el mismo en el fondo. No somos hechos agradables a Dios "más que en su Amado", y nada de lo que de nosotros viene podría ser bastante puro para ser aceptado de él sino en Aquel que justifica y santifica nuestra vida entera con cada una de nuestras obras (4:11; Rom. 1:8; 7:25; 15:30; 2ª Cor. 1: 5; 3:4; Col. 3:17, etc.)

9. Habría que traducir, para dar la fuerza de la preposición griega: *que cree apoyándose sobre ella* (Isa. 28:16.) El texto hebreo tiene: "no tendrá apuro en huír." La cita en Rom. 9:33 presenta la misma divergencia de traducción, que proviene de los Setenta.

10. El honor de ser edificados sobre esta piedra *preciosa* y de poseer los privilegios enumerados en el v. 9.

11. Sal. 118:22 e Isa. 8:14 para las últimas palabras: "y una piedra..." Comp. Mat. 21:42; Act. 4: 8-11. *La piedra cabeza del ángulo* es destinada a soportar y proteger el edificio; mas los que la *desechan*, la reprueban, *tropiezan* contra ella, y caen. De modo que la piedra que debía soportarlos se torna para ellos en piedra de *tropiezo* y de *escándalo*, es decir una ocasión de caída y de ruina. (Comp. Luc. 2:34; 20: 17, 18.)

12. Se puede traducir también: *tropiezan, siendo rebeldes a la palabra*. Tropiezan contra la palabra porque son rebeldes o incrédulos (Isa. 28:13; Mat. 13:21; 15;12.)

13. Son *designados* para tropezar en la piedra angular, porque desobedecen a la palabra. Es el justo juicio de Dios sobre ellos. Pero este juicio ha sido precedido de la oferta de la salvación por la palabra del evangelio. Han despreciado esta salvación. Entonces el juicio de Dios sobre su incredulidad se manifiesta en que se hacen cada vez más incrédulos, más endurecidos, para terminar por la condenación. Este juicio es pues al mismo tiempo obra de ellos y de Dios, como la conversión y la salvación lo son en los que creen. (Comp. Rom. 9:22.) La escritura enseña por todas partes de la manera más clara la elección de gracia; este pasaje es

rida [14], para que proclaméis las perfecciones del que os ha lla-
10 mado de las tinieblas a su admirable luz [15]; los que en otro tiempo no érais pueblo, mas ahora sois pueblo de Dios; los que no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habéis alcanzado misericordia [16].

el único quizá que parece enseñar una elección de reprobación. Mas es evidente, según el conjunto del pensamiento apostólico, que este *destino* a "tropezar contra la piedra del ángulo", no se basa en el designio eterno de Dios, puesto que ha hecho anunciar el evangelio a los mismos que lo rechazan, data al contrario sólo del momento en que han empezado a "no obedecer a la palabra". El objeto del apóstol es hacerles oír la más seria advertencia al comprobar este hecho, que la rebelión contra Dios atrae el juicio espantoso de una rebelión nueva, cuyo fin es la condenación.

14. Gr. *Un pueblo en adquisición.* (Mal. 3:17.) Se puede traducir también: "destinado a ser adquirido" completamente por Dios. La expresión presentaría la entera toma de posesión como siendo aún futura. Otros piensan que es el *pueblo* el llamado a *adquirir*: "un pueblo llamado a la herencia." (Oltramare revisado.) Todos estos epítetos que no encuentran su entera realización sino en el nuevo pacto, o más bien que elevan nuestras esperanzas hacia la gloria y la perfección, eran ya aplicados al pueblo de Dios en el antiguo (Isa. 43:20, 21; Ex. 19: 6; Deut. 7:6.) Ya entonces Dios había mostrado que su pueblo era *una raza elegida,* escogida libremente por él de entre las naciones, un pueblo *santificado,* puesto aparte, *adquirido* por su voluntad expresa, y cuyo destino es indicado en las palabras que siguen. Pero la mayor gracia de Dios para con su pueblo fué el hacer de él un *sacerdocio real,* o, según la expresión del Antiguo Testamento, "un reino de sacerdotes." (Ex. 19:6; comp. v. 5, nota.) Y este término de *real* se ha revestido, por la redención, de todo su glorioso significado. Cristo es, en toda la plenitud de la palabra, Sacerdote y Rey; y al hacerse uno con sus redimidos, les comunica todo lo que él es. Les confiere la potencia espiritual de su dignidad real y los privilegios de su sacerdocio ante Dios (Apoc. 1:6; 2:26, 27; 20:6; comp. Rom. 8:17; 1ª Cor. 3:21; 6:2; 2ª Tim. 2:12). Tal es, según la intención de Dios, la Iglesia de Jesucristo. En la práctica ¡ay! apenas, diríase, sospecha ella sus privilegios y su alto destino!

15. El hecho de que Dios, con una gracia inmensa, ha *llamado* a sus hijos *de las tinieblas* (Efes. 5:8-14; Col. 1:12) de la ignorancia, del pecado, de la condenación, a una *luz* que el apóstol llama *maravillosa,* asombrosa, debe inspirarles el ardiente deseo de publicar lo que ha hecho para ellos, a fin de que otros también participen como ellos. Esta luz maravillosa es Dios mismo (1ª Juan 1:5), y para llevar a él los que están aún en las tinieblas deben los hijos de Dios *anunciar sus virtudes,* es decir *sus perfecciones,* su justicia, su santidad, su amor. Por sus obras (Mat. 5:16), por toda su vida, lo mismo que por el testimonio de su palabra, son llamados a hacerlo.

16. A fin de inducir a los cristianos, por el reconocimiento, a tender hacia ese alto destino, Pedro, citando libremente unas palabras del profeta Oseas (2:25; comp. Rom. 9:25), les recuerda nuevamente que lo que son, lo deben a la pura *misericordia* de Dios, sin ningún mérito de su parte. La palabra misma del profeta, a la que Pedro alude, es lo más apropiado para producir esta impresión: "Haré misericordia con Lo-Ruhama (*que no obtuvo misericordia*); y diré a Lo-Ami (*que no es mi pueblo*): "Tú eres mi pueblo. Y él me dirá: Dios mío!"

III. EL CRISTIANO, EN SUS DIVERSAS RELACIONES CON LOS HOMBRES, DEBE OBRAR Y SUFRIR COMO CRISTO
(Cap. 2:11 a 4:19)

A. 11-17. BUENA CONDUCTA DEL CRISTIANO ENTRE LOS GENTILES. SUMISIÓN A LAS AUTORIDADES. — 1º *La santidad opuesta a las calumnias.* Extranjeros sobre la tierra, no os entreguéis a las pasiones de la carne, sino observad, entre los paganos que os calumnian, una conducta tal que, impresionados de vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios (11, 12). — 2º *La sumisión a las autoridades, que reduce a silencio a los detractores, es la manifestación de la verdadera libertad de los siervos de Dios.* A causa del Señor, sed sujetos a todos los que están en autoridad para castigar y recompensar. Dios quiere que hagáis callar así a los ignorantes y que os conduzcáis, no como hombres que hacen de su libertad un pretexto para obrar mal, sino como siervos de Dios. Mostrad respeto a todos, amor a los hermanos, temor a Dios, honor al rey (13-17).

11 Amados, exhorto como a extranjeros y peregrinos [17] que os abstengáis de las concupiscencias carnales, las cuales combaten
12 contra el alma [18]; teniendo buena vuestra conducta entre los gentiles, para que en lo que hablan contra vosotros como malhechores, por vuestras buenas obras observándolas glorifiquen a Dios
13 en el día de la visitación [19]. Sujetaos a toda institución humana

17. Sois *extranjeros y peregrinos* (comp. 1:1) en este mundo, sobre la tierra; puesto que vuestra patria está en los cielos, vuestros afectos y vuestros deseos deben estar allí también (Sal. 119:19; Fil. 3:20; Hebr. 11:14 y sig.; 13:14.)

18. Las *concupiscencias carnales* son todos los deseos terrenales que experimenta el viejo hombre y que se manifiestan aún en el regenerado (Efes. 2:3; Gál. 5:19.) Un poderoso motivo para *abstenerse* de ellas es que, como todos pueden experimentarlo, esas concupiscencias carnales *luchan contra el alma.* Lo que no quiere decir solamente que en tanto que *carnales,* son opuestas a la razón o al entendimiento; pues, en este caso, el apóstol habría escogido este término (como Pablo, Rom. 7:23, 25), sino que atacan *al alma,* asiento de la vida; ellas son las enemigas de su reposo, de su paz, de su salvación, y trabajan para su ruina (Mat. 16:26; Rom. 8:5-8.)

19. El testimonio de una vida cristiana excita ante todo los prejuicios y los falsos juicios de los ignorantes; pero para el que persiste en ese testimonio, el día viene cuando esos mismos hombres reconozcan en su vida santificada la potencia y la acción de Dios. Ese día es el de su *visitación* (Luc. 19:44), es decir el tiempo cuando Dios los visita con pruebas y con su gracia. Entonces se producirá su conversión; alabarán a los que

14 por causa del Señor: ora al rey como siendo superior, ora a gobernadores como enviados por él para castigo de malhechores
15 mas para alabanza de los que hacen bien [20]; porque así es la voluntad de Dios, que haciendo bien tapéis la boca a la ignorancia
16 de los hombres mentecatos [21]; como libres, y no como teniendo la libertad por cobertura de la maldad, sino como siervos de Dios [22].
17 Honrad a todos; amad a la hermandad; temed a Dios; honrad al rey [23].

antes habían *calumniado*, y la gloria será, no para los cristianos mismos, sino para *Dios*. Esta exhortación es la misma del Salvador (Mat. 5:16.) Se puede traducir, forzando el pronombre relativo (gr.) *en lo que*: "en las cosas en que calumnian,... glorifiquen." *Observándoos*: participio sin régimen en griego. Igual palabra en 3:2.

20. Las calumnias de que los cristianos eran objeto los representaban como enemigos del estado; por esto el apóstol les recomienda, en primer lugar, la sumisión a las autoridades. Comp. Rom. 13:1 y sig., notas. Pedro designa con una sola palabra, *orden humano* (gr. "*creación* humana", *institución*, establecimiento), las autoridades a las cuales el cristiano debe obediencia y sumisión. La expresión: orden *humano* no está en contradicción con la idea de Pablo, de que toda autoridad es instituída de Dios mismo. Pero, bien que reconociendo en las autoridades el orden establecido de Dios, Pedro señala una diferencia entre esas instituciones *humanas* y la voluntad directa de Dios expresada por su Palabra. (Act. 4:19; 5:29.) Y por esto precisamente requiere la obediencia de los cristianos; porque, bajo autoridades paganas, podían estar tentados a desconocer la sumisión que les era debida. Por esto el apóstol los exhorta *a causa del Señor,* porque Dios lo pide y su gloria lo exige (v. 12); algunos comentadores modernos piensan que, por *el Señor,* Pedro designa a Jesucristo. Querría decir, ora: para no perjudicar la causa de Cristo y de su evangelio; ora: para seguir el precepto (Mat. 22: 21) y el ejemplo (Juan 18:23; 19: 11) de Jesús.

21. Comp. v. 12, nota.

22. Gr. *como libres y no como teniendo la libertad por cobertura de maldad.* "A nosotros es dicho esto, a nosotros que conocemos la *libertad* cristiana, a fin de que no corramos por una senda donde abusáríamos de nuestra libertad para hacer todo lo que nos place bajo ese nombre. Si por la gracia de Dios conocemos la verdad, si nuestra conciencia ha sido libertada de las ordenanzas humanas, tengamos cuidado de hacer nuestra libertad el pretexto de lo que sería nuestra vergüenza." *Lutero.* El cristiano es *esclavo de Dios;* pero "servir a Dios es la suprema libertad." *Agustín.* (Rom. 6:17, 18, 22.)

23. No se distingue, a primera vista, el orden y la conexión de estos cuatro preceptos. El apóstol ha querido resumir brevemente las disposiciones por las cuales el cristiano se mostrará sujeto a "todo orden humano" (v. 13.) Debe respeto *a todos los hombres,* amor especial *a los hermanos* (gr. *amad la fraternidad*), temor *a Dios,* y honor *al soberano* que es su representante sobre la tierra para administrar justicia.

B. 18-25. CONDUCTA DE LOS CRIADOS DICTADA POR EL EJEMPLO DE CRISTO. 1º *Sumisión de los esclavos a sus amos.* Obedezcan aun a los malos. Si no hay gloria alguna en ser castigado por una falta, sufrir injustamente, cuando se hace el bien, nos hace agradables a Dios (18-20.) — 2º *El ejemplo del Cristo.* Tal es vuestra vocación, pues Cristo, sufriendo por vosotros, os ha dejado un ejemplo a seguir: él quien, siendo sin pecado, no respondió a los ultrajes, sino que entregó su causa al justo juez; él quien sufrió la pena de vuestros pecados, a fin de haceros morir al pecado y vivir según la justicia; él cuyas llagas os han curado; pues, después de haber sido ovejas errantes, habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas (21-25).

18 Domésticos, sujetaos con todo temor a los amos, no sólo a los
19 buenos y moderados sino también a los violentos [24]. Porque esto es gracia, si por causa de conciencia ante Dios soporta alguien pe-
20 sares padeciendo injustamente. Porque ¿qué gloria hay si habiendo pecado y siendo heridos a puñadas, soportáreis? pero si haciendo bien y padeciendo soportáreis, esto es gracia ante Dios [25].
21 Para esto, en efecto, habéis sido llamados [26], porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus
22 huellas [27]; "quien no cometió pecado ni fué hallado engaño en su

24. *Criados, domésticos,* los que pertenecen a la casa, a la familia; designación más moderada y honorable que el término de "esclavo", que se lee en exhortaciones análogas (Efes. 6:5; Col. 3:22). *En todo temor* de Dios, como en v. 19 lo muestra. *Malos,* gr. *curvados, oblicuos,* que no son rectos; en sentido moral: *perversos, malos.* La misma palabra se encuentra en Act. 2:40, Fil. 2:15. La traducción corriente: *de carácter difícil,* no se justifica según el uso de los escritores griegos. En sus relaciones con los hombres, el cristiano no mide el cumplimiento de sus deberes al modo como los demás cumplen los suyos para con él. El obra por motivos infinitamente superiores a esa reciprocidad, por motivos invariables por naturaleza (v. 13, 16, 19; véase sobre todo Col. 3:23.)

25. Sufrir *injustamente,* y sin embargo *soportarlo* con paciencia, *por motivo de conciencia para con Dios* (Gr. *a causa de conciencia de Dios,* lo que algunos traducen así: porque Dios tiene conciencia de ello, lo *sabe* y os aprueba; pero *Dios* es más bien el objeto que el sujeto de ese *saber;* el que sufre mira a Dios y obra por obediencia a él), es *una gracia delante de Dios.* En los v. 19 y 20, la paciencia que soporta la injusticia no es designada por la palabra *gracia* como don de Dios, como obra de su gracia en nosotros. Este término corresponde al de *gloria,* en el v. 20. Una *gracia delante de Dios,* significa pues: un medio de hacernos agradables a Dios. Como tal, la injusticia pacientemente soportada lleva consigo su recompensa. Comp. Luc: 6:32.

26. *Llamados* a sufrir injustamente, a sufrir haciendo el bien: es la condición natural del cristiano en este mundo, sin lo cual no sería semejante al gran Modelo que el apóstol nos pone aquí ante los ojos (v. 21-24.)

27. Pedro habla a pobres esclavos (v. 18); a ellos principalmente se complace en presentar el cuadro de las humillaciones y sufrimientos del

23 boca"; quien siendo injuriado no devolvía injurias, padeciendo
24 no amenazaba, sino se remitía al que juzga justamente [28]; quien nuestros pecados él mismo llevó en su cuerpo sobre el madero [29], para que, habiendo muerto a los pecados, vivamos para la justi-

Salvador; de esos sufrimientos que Jesús soportó injustamente, con paciencia, y haciendo el bien, puesto que los soportó no por sí mismo, sino por aquellos a quienes quería rescatar. Cuando el apóstol propone este modelo a los esclavos, su pensamiento se extiende a todos los creyentes. Y no les presenta solamente el ejemplo de Jesús sufriendo; les recuerda lo que hace que ese ejemplo sea tan consolador y alentador: Cristo sufrió *por vosotros* (*Sin B, A, C;* otros manuscritos tienen *nosotros*), les dice: en vuestro lugar, y para vuestra reconciliación con Dios. Por ello sólo el ejemplo de Cristo cobra toda su eficacia, porque su obra nos pone en comunión con él, nos hace capaces de *seguir* sus huellas, nos transforma a su semejanza. Por esto, después de haber descripto más completamente este Modelo perfecto de mansedumbre y caridad, enumerando los ultrajes que Jesús soportó (v. 22, 23), vuelve el apóstol al valor expiatorio de los sufrimientos del Cristo (v. 24.)

28. Isa. 53:9. El Cristo debía ser perfectamente santo para servir de modelo a los hombres y al mismo tiempo realizar por su muerte la salvación de ellos (1:19; 2ª Cor. 5:21; Hebr. 4:15; 7:26; 9:14.) Jesús remitió su causa *a Dios*, a su juicio. No devolvió *ultraje* por ultraje ni respondió por *amenazas* a los espantosos tormentos que le infligían. (Comp. Rom. 12:17-21; 2ª Tes. 3:5; Hebr. 12:2.)

29. Comp. 1:19, nota; Hebr. 9:28, nota. Tomó *él mismo*, espontáneamente, *nuestros pecados*, y *los llevó en su cuerpo sobre el madero*, sobre la cruz, instrumento de suplicio de los esclavos. Los (gr.) *llevó en alto* como sobre un altar (Jac. 2:21.) Lutero traduce: "Los ofreció en sacrificio." En los sacrificios del antiguo pacto, los pecados eran puestos sobre la víctima; aquí la víctima es *él mismo;* y para hacer más personal la idea aún, el apóstol añade: *en su cuerpo*. En todo este pasaje, Pedro se inspira de Isa. 53, principalmente de los v. 4-6 y 8-11. En la indicación del valor expiatorio de los sufrimientos del Cristo (v. 24ª), completa las palabras del profeta añadiendo: *en su cuerpo sobre el madero*, dos rasgos tomados de la práctica de los sacrificios. (Comp. Hebr. 10:10.) Otros realzan más bien, en la *elevación* de Cristo *sobre el madero*, la idea del oprobio (Act. 5:30), del suplicio infamante (Act. 10:39), de las maldición (Gál. 3:13.) Estas dos nociones no se excluyen, puesto que la víctima cargada de los pecados del pueblo era reputada impura (Lev. 16). El autor de la epístola a los Hebreos también, bien que presentando la muerte de Cristo como un sacrificio, hace resaltar su carácter ignominioso (Hebr. 11:26; 13:10-13, notas.) Pedro igualmente recordará (4:14) este carácter para alentar a sus lectores a soportar las injurias.

30. La muerte de Jesucristo alcanza en los creyentes un doble fin. Por una parte, la expiación de sus pecados y su reconciliación con Dios; por la otra, y como efecto natural y necesario de esa gracia, su liberación personal de la esclavitud de la carne, la *muerte al pecado*, la libertad de *vivir para la justicia*. Esta última obra es cumplida por la primera: vueltos a la comunión con Dios, fuente de toda vida, de toda santidad, de

24 cia [30]; "por cuyas magulladuras habéis sido sanados [31]". Porque érais "errantes como ovejas", pero os habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas [32].

C. 1-7. CONDUCTA DE LAS MUJERES CRISTIANAS PARA CON SUS MARIDOS. DEBERES DE LOS MARIDOS. — 1º *La sumisión y un porte modesto son recomendados a la esposa como un medio de ganar a su esposo al evangelio.* Mujeres, sed sujetas cada una a su marido, para ganar por vuestra conducta a los que no obedecen aún a la palabra de Dios. Buscad, no el lujo del tocador, sino el encanto oculto de un espíritu manso y tranquilo, vuestra verdadera riqueza delante de Dios. Tal era la actitud de las santas mujeres de otro tiempo, de Sara por ejemplo, de la que habéis llegado a ser hijas; mostrándoos tales, haciendo el bien sin dejaros retener por ningún temor (1-6). — 2º *Los maridos.* Comportaos sabiamente con vuestras mujeres: ellas son de un sexo más débil. Tened consideraciones con ellas como con coherederas de la vida eterna. Y así vuestras oraciones no serán turbadas (7).

III Igualmente [1], mujeres, sujetaos a los propios maridos, para que, aun si algunos no creen a la palabra, por medio de la con-
2 ducta de las mujeres, sin palabra, sean ganados, habiendo obser-
3 vado vuestra pura conducta que es con respeto [2]. Cuyo adorno

toda justicia, los cristianos toman de él esta vida nueva que les liberta de la servidumbre interna, y hace morir gradualmente en ellos el viejo hombre, el hombre del pecado. Esta concepción profunda de la muerte y la resurrección de Jesucristo, en su relación viva con la muerte y la resurrección espirituales de sus discípulos, desarrolla el apóstol Pablo en Rom. 6:1-11.

31. Con una última expresión, tomada de Isaías 53:5, expone el apóstol todo lo que los creyentes reciben de la muerte de Cristo: *Habéis sido sanados*. La *curación* implica la cesación de la enfermedad y el restablecimiento de la salud; o, sin figura, la "muerte al pecado" y la "vida para la justicia".

32. Isa. 53:6. Lección de *Sin., B, A;* las otras *mayúsc.*, tienen: *érais como ovejas errantes*. *Ovejas* abandonadas a sí mismas son las más débiles, las más miserables criaturas, expuestas a todos los peligros. Tal es el hombre (Mat. 9:36; Luc. 15:4; Juan 10:10-16), mientras no ha sido reconducido a Aquel al que Pedro llama aquí el *pastor* y *guardián* (emplea la palabra que ha designado más tarde al *obispo*) *de las almas*, al que las apacienta y guarda como sus ovejas. Son éstos, títulos bien escogidos para expresar los tiernos cuidados que el Salvador tiene de sus redimidos. *Os habéis vuelto, convertido* (1ª Tes. 1:9.) Esta conversión es la razón subjetiva (*porque*) de la curación que los creyentes han obtenido por la muerte del Redentor (v. 24.)

1. Pedro muestra con esta palabra que prosigue la exhortación empezada en 2:18, y que quiere dirigirse a los diversos estados de la vida social, como lo hace el apóstol Pablo en Efes. 5:22 y sig.; 6:1 y sig.

2. *Ganar* al evangelio *sus maridos* que le son aún extraños, he ahí el santo motivo que el apóstol da *a las mujeres* cristianas para inducirlas a

sea, no el exterior, —de trenzado de cabellos, y de rodearse de
4 joyas de oro, o de cubrirse de vestiduras,— sino el hombre oculto del corazón en el incorruptible ornato del espíritu manso y tran-
5 quilo, que es de mucho precio delante de Dios [3]. Porque así en otro tiempo, también las santas mujeres que esperaban en Dios
6 se ataviaban, estando sujetas a los propios maridos, como Sara obedecía a Abrahán llamándole señor [4]; de la que os habéis he-
7 cho hijas, haciendo bien y no temiendo ningún terror [5]. Maridos,

la sumisión (2:13) y a una conducta pura. En efecto, una vida santificada por el evangelio será siempre el más poderoso testimonio para la conversión de los incrédulos, aun *sin palabra* (v. 1.) Juego de palabras traído por la mención precedente de *la palabra* de Dios. El apóstol quiere decir que la palabra de la mujer no podría tener la eficacia de la palabra de Dios; que la mujer debe predicar con su conducta más que con palabras. Si su marido es aún opuesto al evangelio, es esa en efecto la única predicación capaz de convertirle. Exhortaciones directas a la conversión, sobre todo si la conducta de la mujer no está en plena armonía con sus palabras, serán el más seguro medio de alejarle cada vez más. Por lo demás, se comprendería mal este consejo, de profunda sabiduría cristiana, si se infiriera que un serio testimonio dado a la verdad, de palabra, sea prohibido a la mujer, cuando Dios le da la ocasión. Pedro quiere decir simplemente que la conducta obrará aun más seguramente sin el concurso de la palabra. Gr. *Habiendo observado vuestra pura conducta en temor.* El *temor* de que Pedro habla aquí es el *respeto* de la mujer para con su marido. Otros ven en él, como en 1:17 y 2:18, el temor de Dios, principio superior de la pureza de su conducta.

3. Así, el *atavío* no debe ser (gr.) *el de afuera* (v. 3), descripto por el apóstol, sino el del (gr.) *hombre oculto del corazón* (el corazón, asiento de los afectos, de las disposiciones morales). Este término es casi sinónimo de "el hombre interior" (Rom. 7:22; 2ª Cor. 4:16); mas Pedro escoge intencionalmente una palabra que expresa lo contrario del deseo de parecer, la modestia que se *oculta* y desaparece de buena gana. ¿En qué consistirá el atavío de este *ser oculto del corazón?* En *un espíritu manso y pacífico.* Mas como esta mansedumbre, esta paz son frutos del Espíritu de Dios, son por consiguiente permanentes, imperecederos, y forman el contraste más absoluto con el atavío exterior, que es la vanidad y la nada misma, el apóstol las caracteriza con esta palabra notable: El ornato *incorruptible* (o, como otros traducen: *la incorruptibilidad*) de un espíritu manso y pacífico. Este atavío, *que es de gran precio delante de Dios,* no puede jamás corromperse ni perecer Entre estas dos especies de atavíos ¿cuál es la mujer cristiana que pueda vacilar?

4. Ejemplos de ese "espíritu manso y pacífico" (v. 4) que es el adorno de la mujer. En Gén. 18:12, Sara llama a Abrahán: *Mi señor.*

5. Aun las mujeres paganas *habían llegado a ser,* por su conversión al evangelio, *hijas* de Sara, la verdadera posteridad de Abrahán (Rom. 4:11; Gál. 4:22 y sig.). Ellas muestran, *haciendo el bien,* que pertenecen a esta filiación espiritual; y entonces, por mucho que puedan tener que sufrir por su fe, aun de parte de maridos infieles (v. 1), pueden

igualmente [6], cohabitad con sabiduría [7] como con un vaso más débil, con el femenino [8], asignándoles honor como a coherederas también de la gracia de la vida [9], para que no sean impedidas vuestras oraciones [10].

D. 8-16. BENEVOLENCIA PARA CON TODOS. UNA BUENA CONCIENCIA ES NUESTRA MEJOR DEFENSA. — 1º *Caridad en las relaciones con todos los hombres.* Simpatía, misericordia, perdón de las injurias, tales son los sentimientos que el cristiano debe manifestar para responder a su vocación y obtener la bendición prometida, en el salmo 34, al que procura la paz (8-12). — 2º *Oponer a los perseguidores y a los calumniadores una conducta irreprochable.* Ninguno puede perjudicaros verdaderamente, si os aplicáis al bien. No temáis a los que os hacen sufrir por la justicia; sino temed al Señor, al Cristo. Estad listos a dar cuenta de vuestra esperanza; tened siempre buena conciencia, para avergonzar a vuestros difamadores (13-16).

8 Finalmente, sed todos concordes, compasivos, amando como
9 hermanos, tiernos, humildes de ánimo, no retribuyendo mal por mal o injuria por injuria, sino al contrario bendiciendo, porque
10 a esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición [11]. Por-

no temer ningún motivo de espanto (sentido literal), expresión que el apóstol toma del libro de los Proverbios (3:25).

6. Tened *igual* espíritu de mansedumbre, de amor hacia vuestras mujeres (Efes. 5:25 y sig. nota).

7. Gr. *cohabitad* o *morad juntos,* es decir comportáos, conducíos en la vida doméstica (gr.) *según conocimiento,* sea el conocimiento del evangelio, sea, más bien, según la *sabiduría,* el espíritu de tacto y discernimiento que exigen tales relaciones, como lo muestra el motivo indicado en las palabras que siguen.

8. Gr. *como para con un vaso,* o *instrumento más débil, el femenino.* Los unos entienden esta expresión del cuerpo, del ser físico, como continente e instrumento del alma. (Comp. 1ª Tes. 4:4). Mas, puesto que la mujer es distinta del hombre por sus aptitudes intelectuales y morales también, vale más ver en ese término una designación del ser entero (2ª Cor. 4:7; Rom. 9:21; 2ª Tim. 2:20,21).

9. El fuerte debe, en razón ya de su superioridad, ser moderado para con el *débil;* pero a ese motivo el apóstol agrega otro mucho más elevado, más santo: es el pensamiento de que la mujer, como el marido, es *heredera de la gracia de la vida.* Esta consideración es aplicable a todas nuestras relaciones con nuestros hermanos, y es propia para santificar esas relaciones (v. 8).

10. Tanto las oraciones particulares como las en común, en el seno de la familia, son infaliblemente (gr.) *impedidas* donde reinan pasiones imperiosas, donde falta la moderación recomendada al esposo cristiano. Estas pasiones *hacen obstáculo* a la oración misma, y no solamente a sus efectos (Comp. Mat. 5:23,24; 1ª Tim. 2:8; Jac. 4:3).

11. Pedro extiende a todos los creyentes las recomendaciones que dirige a los esposos. Los deberes diversos

que "el que quiere amar la vida[12] y ver días buenos, refrene la
11 lengua de mal y los labios que no hablen engaño; mas apártese
12 de mal y haga bien, busque paz y persígala; porque los ojos del Señor están sobre los justos y sus oídos hacia su súplica, mas el rostro del Señor contra quienes hacen mal[13]".

13 ¿Y quién es el que os dañará si os hiciéreis ansiosos del
14 bien[14]? Pero aunque padeciérais por causa de la justicia, dichosos seríais[15]. Y "el temor de ellos no temáis ni seáis turbados,
15 sino santificad al Señor", al Cristo, en vuestros corazones[16],

de la vida cristiana, en nuestras relaciones con nuestros hermanos, se reducen a una humilde y activa caridad. Amar como Jesucristo ha amado, he ahí todo el secreto para hacer que esas relaciones íntimas sean grandes, santas. Se diría que el apóstol ha tomado, rasgo por rasgo, del carácter de Jesús, las virtudes que aquí prescribe al cristiano, desde la *compasión* por los débiles hasta el amor a los enemigos (2:21-23; Rom. 12:17; Mat. 5:44; Luc. 6:27, 28).

12. Quien quiere poder *amarla*, gozar de ella en el verdadero sentido, no hacérsela amarga, hallar en ella *buenos días*, a pesar de las miserias que son inseparables, renuncie al pecado que derrama en ella su veneno. La cita de los v. 10-12 es tomada del Sal. 34:12-17, ya citado en 2:3.

13. En el salmo se agrega: "para exterminar su memoria de la tierra". El apóstol no transcribe esas temibles palabras, pero bastante ha dicho para mostrar que están en su pensamiento, como en el del salmista.

14. El apóstol sabe muy bien que el mundo puede, en un sentido, *hacer daño*, y mucho daño, al cristiano; él mismo va a decirlo (v. 14); pero no ve *el mal*, en el verdadero sentido de la palabra, sino en el pecado (v. 10-12). Para el que es *celoso por el bien* (el texto recibido tiene: *imitadores* del bien), el mal que puede venirle de afuera, a causa del nombre de Cristo. no podría menos de tornar en su bien (v. 14). "Quien está bien con Dios, nada tiene que temer de los hombres". *Quesnel.*

15. 4:14; Mat. 5:10.

16. Isa. 8:12,13, citado conforme a los Setenta, que tienen: "No temáis su temor (del pueblo) ni seáis turbados; al Señor de los ejércitos (Sabaoth) santificad, y él será vuestro temor". En lugar de las palabras: el Señor Sabaoth, el apóstol escribe, según el texto recibido: "al Señor *Dios*", y según una variante (*Sin.*, *B*, *A*, *C*, vers.): "al Señor, al *Cristo*". Luego a la palabra: *santificadle*, agrega: *en vuestros corazones*. ¡Admirable contraste! ¡Para no temerlos, temed al Señor!

Temo a Dios caro Abner; no tengo otro temor

Mas en lugar de decir solamente: temed al Señor, el apóstol, como el profeta al que cita, expresa el mismo pensamiento con esta palabra más enérgica aun: *santificadle* en vuestros corazones, es decir temedle, adoradle como *santo*, y no le asociéis en vuestro corazón a ningún pensamiento, a ningún sentimiento malo. La cita (v. 14) tiene en el original: *no temáis su temor. Su temor* puede entenderse del temor que ellos sienten o del que ellos inspiran. La primera significación es la del pasaje en Isaías; pero la segunda es evidentemente la que Pedro quiere expresar:

prontos siempre para defensa ante todo el que os pida razón sobre la esperanza que hay en vosotros, pero con mansedumbre y
16 temor[17], conciencia teniendo buena, para que en aquello en que se habla contra vosotros sean avergonzados los que insultan vuestra buena conducta en Cristo[18].

E. 17-22. UTILIDAD DE LOS PADECIMIENTOS, PROBADA POR EL EJEMPLO DE CRISTO. — 1º *Cristo, por sus sufrimientos, quitó nuestros pecados.* Es preferible sufrir, si Dios a ello nos llama, haciendo el bien, que haciendo el mal; así Cristo sufrió por los pecados, una vez por todas, un justo por injustos, para conducirnos a Dios (17-18ª). — 2º *Cristo, después de haber padecido, predicó a los que fueron incrédulos en los días de Noé.* Después de haber

"No temáis sus amenazas" (Oltramare); "no tengáis de ellos ninguna especie de temor." (Stapfer.)

17. Gr. *listos para la apología* (del evangelio de vuestra fe, Fil. 1:7, 17; Act. 26:2.) El cristiano más simple puede y debe *estar siempre listo*, no sin duda a establecer la verdad histórica de los hechos evangélicos, o a refutar todas las objeciones que la incredulidad puede oponer a su fe; sino (gr.) *listo para la apología*, o la *defensa, para con cualquiera que le pida razón de su esperanza;* listo a decir sobre qué y sobre quién ella se funda, y a mostrar los frutos de paz y de gozo de que es ella para él la fuente. Basta para ello conocer al Salvador por su palabra, y haber experimentado en su corazón la potencia regeneradora de su gracia. Y con la mayor frecuencia tal testimonio, sencillo, serio, basado únicamente en una viva experiencia, dado, como lo quiere el apóstol, *con mansedumbre y modestia*, resultará ser la apología más verdadera, la más potente, la más persuasiva del evangelio. Gr. *con mansedumbre y temor.* Esta última palabra no designa, como lo piensan Calvino y varios intérpretes recientes, el temor de Dios. La mayor parte de nuestras versiones la traducen por *respeto;* sería la deferencia para con los que piden cuenta de la fe, sean hombres sinceros deseosos de instruirse, o jueces en su tribunal, delante de los cuales los primeros cristianos eran a menudo citados (Comp. v. 16.) Mas el término griego no significa propiamente *respeto.* Hay que entenderlo de ese temor que es humildad, *modestia*, la ausencia de toda presunción, de toda falsa confianza (Fil. 2:12; 2ª Cor. 7:15; Efes. 6:5.) "Cuando la esperanza de los bienes eternos y la fe, que es el fundamento de ellos, están realmente vivas en el corazón, se está siempre listo para hablar, instruir, responder de ellas, cada uno según su don y su estado." *Quesnel.* (Comp. 2:9.)

18. Comp. 2:12, 20; Act. 23:1; 24:16; 2ª Cor. 1:12; 4:2. Sin esta *buena conciencia*, y una *buena conducta* que tape la boca a los adversarios, es imposible estar "listo para la apología"; pues entonces no se tiene coraje, y si se tuviera sería la osadía del hipócrita, cuya vida sus palabras desmiente y su fe acusa, en lugar de justificarla. Mas el testimonio de una vida santamente cristiana *avergonzará* siempre a los *difamadores*, precisamente *en aquello mismo* en que sus víctimas son *calumniadas*, pues se encuentra al fin, y están forzados a reconocerlo, que lo que ellos condenaban era conforme a la voluntad de Dios. La mayor parte de los críticos admiten la lección de B: *Sois calumniados.* Las otras *mayúsc.* tienen: *os calumnian como malhechores.*

sufrido la muerte de la carne, y haber sido revivificado cuanto al espíritu, fué en este espíritu a predicar a los espíritus en prisión, a los que fueron rebeldes en otro tiempo, cuando Dios prolongaba su paciencia y Noé construía el arca, en la que ocho personas fueron salvas a través del agua (18b-20). — 3º *El diluvio prefiguraba el bautismo, por el cual Cristo resucitado y elevado a la diestra de Dios nos salva.* El bautismo es la realidad correspondiente al hecho típico de esa liberación; no la ceremonia externa que lava las manchas del cuerpo, sino el pedido que hacemos a Dios de una buena conciencia; este bautismo nos regenera por la virtud de la resurrección de Jesucristo, que subió a la diestra de Dios y reina sobre los seres celestiales (21, 22).

17 Mejor es en efecto haciendo bien, si quisiera la voluntad de 18 Dios, padecer que haciendo mal. Porque también Cristo una vez por todas padeció por los pecados, un justo por injustos, para llevaros a Dios [19]; habiendo sido muerto, cierto, en carne, mas 19 habiendo sido vivificado en espíritu [20]; en el que también, ha- 20 biendo ido, predicó a los espíritus en prisión, habiendo sido en otro tiempo desobedientes cuando la paciencia de Dios aguardaba en los días de Noé, mientras se construía el arca; en la que pocos,

19. Cristo *sufrió* es la lección de *B, mayúsc.*, adoptada por Weiss. La lección de *Sinc. C, A*, vers. tiene: *murió.* Parece ser una corrección inducida por las palabras: *una vez por los pecados.* Aquí, como en el cap. 2:21, los *sufrimientos de Jesucristo* son presentados en ejemplo a *los que sufren.* Sufren injustamente: miren a *él*, el *Justo que sufrió por injustos.* Lo que hace callar toda murmuración, lo que inspira la paciencia humillando, lo único que hace capaz de sufrir como Cristo, es el pensamiento de que sus sufrimientos fueron expiatorios: *Cristo sufrió una vez* (en la suprema prueba de la muerte, Hebr. 7:27) *por los pecados*, es decir por todos nosotros. Solamente el que ha hallado en esos sufrimientos de Cristo el perdón, la reconciliación con Dios, la paz, la vida, o, como se expresa el apóstol, el que ha sido *conducido a Dios* por el sacrificio de la cruz, ese puede sufrir, morir con Cristo, pues el Salvador no es ya solamente para él un modelo externo, sino que morando dentro de él, le transforma a su semejanza (comp. 2:21, 2ª nota. Véase también Juan 12:32.) A fin de que *os* condujera, es la lección de *B.* Las otras *mayúsc.* tienen: *nos* condujera.

20. Estas palabras acaban el cuadro de los sufrimientos de Cristo. Su obra es completa en *su muerte* y *su resurrección.* Se han producido en los dos dominios opuestos de la *carne* y del *espíritu* (Rom. 1:3; 1ª Tim. 3:16.) El primero de esos términos designa el ser material, corpóreo, psíquico, que constituía la humanidad real del Hijo de Dios, y en virtud del cual pudo morir. El *espíritu*, que es aquí opuesto a la carne, no es, como lo han entendido los antiguos intérpretes, el Espíritu de Dios, la potencia divina que había sido el principio generador de Jesús (Luc. 1:35), que, luego, le resucitó de entre los muertos y le glorificó en el cielo. No se trata tampoco de la naturaleza divina de Jesús, por oposición a su naturaleza humana; sino del espíritu

21 esto es ocho almas, fueron salvadas a través de agua [21]; lo prefi-

que se encuentra en todo hombre y le hace capaz de desarrollarse en la santidad, de estar en comunión con Dios y de echar mano de la vida eterna (3:4; 4:6.) Cristo fué *vivificado en el espíritu;* en cuanto su espíritu, despojado de su cuerpo carnal por la muerte, recibió un nuevo órgano, un cuerpo espiritual. Y desde entonces puede manifestar en sus redimidos la misma potencia de resurrección y de vida que ha sido ejercida en sí mismo (1ª Cor. 15:42-45; 2ª Cor. 3:17, 18; 4:10.) Este gran pensamiento era apropiado para alentar y fortalecer a cristianos llamados a sufrir y a morir con su Salvador.

21. Gr. *En el cual* (espíritu, v. 18) *habiendo ido, predicó...* ¿Dónde y cuándo? De estas dos preguntas depende el sentido de este pasaje, que es seguramente uno de los más difíciles del Nuevo Testamento. Lutero pensaba que la predicación de Cristo de que aquí se trata tuvo lugar por los apóstoles, sobre la tierra, a los hombres considerados como estando *en prisión*, es decir en las ligaduras de la carne y del pecado; que consistió, según las palabras de Isaías (61:1), en "anunciar a los cautivos la libertad, a los prisioneros la apertura de su prisión." Calvino toma la palabra que traducimos por *prisión* en la acepción que también puede tener de "lugar de vela", o "acción de velar"; el apóstol querría decir simplemente que las almas de los santos del antiguo pacto estaban *en espera* de la salvación prometida y que Cristo fué, después de su muerte, *en espíritu*, a anunciarles la terminación de su obra redentora. En estas dos interpretaciones no se consigue establecer una relación aceptable entre los v. 19 y 20. De su relación, resulta con evidencia que *los espíritus en prisión* (v. 19) son los *que fueron en otro tiempo rebeldes, cuando, en los días de Noé, la paciencia de Dios esperaba;* en otros términos, son los hombres contemporáneos del diluvio. Algunos intérpretes (Baur, Immer, Spitta) ven en ellos los ángeles, los "hijos de Dios", cuya caída es referida en Gén. 6:1 y sig.; comp. 2ª Pedro 2:4; Jud. 6. Mas su caída se produjo anteriormente a la resolución tomada por Dios de destruir la humanidad y no *cuando la paciencia de Dios esperaba.* Por lo demás, no se dice en ninguna parte que el diluvio haya alcanzado a esos "hijos de Dios." Si la predicación, pues, de que se trata ha sido dirigida a los hombres de la generación de Noé, dos suposiciones solas son posibles: ha sido hecha a esos hombres cuando vivían en la tierra, por el Espíritu del Cristo preexistente; o bien, la han oído después que el castigo del diluvio los redujo al estado de *espíritus en prisión;* y Cristo, después de su muerte, fué a predicarles en la prisión en que estaban detenidos. 1º La primera interpretación, presentada ya por Agustín, y establecida con fuerza por Th. de Beza y, entre los teólogos modernos, por Hofman, Schweizer, J. Bovon (*Teología bíblica del N. T.*, II, p. 464 y sig.), era dada en las precedentes ediciones de este comentario como la solución más verosímil. La actividad que atribuye al Espíritu de Cristo, antes de su encarnación, es conforme a la idea expresada en 1:11, de que el Espíritu de Cristo estaba en los profetas. Estaba igualmente en Noé, que es llamado (2ª Pedro 2:5) "predicador de la justicia." El apóstol recuerda aquí esa predicación de Noé, que fué en realidad la obra de Cristo hablando por boca del patriarca. Si designa a los que la oyeron como "espíritus en prisión," es porque han llegado a serlo a consecuencia de su desobe-

diencia; eran aún hombres vivientes sobre la tierra, cuando Cristo "había ido", del cielo, su morada, y les "había predicado." ¿Pero por qué el apóstol, después de haber mencionado la muerte y la resurrección de Jesucristo, se remonta a ese hecho lejano de su predicación a los contemporáneos de Noé? He aquí cómo los defensores de esta explicación establecen el encadenamiento de las ideas: Pedro teme que los cristianos a quienes se dirige se dejen conmover por las persecuciones; los exhorta a permanecer firmes (v. 14 y 15.) En apoyo de su exhortación, les recuerda primero el ejemplo de Cristo que sufrió por nosotros (v. 18); luego evoca el recuerdo de la actividad del Redentor en tiempos de Noé a fin de mostrar que, si Cristo no es para los oyentes de su evangelio la piedra angular de su fe, es para ellos una roca de escándalo (2:7, 8.) Procura despertar el sentimiento de su responsabilidad e inspirarles un temor salutífero mencionando el terrible castigo que alcanzó a los rebeldes en días de Noé. Su posición es la misma, pues el fin de todas las cosas está cerca (4:7, 17.) El bautismo es para la generación contemporánea lo que el agua del diluvio era para los hombres del tiempo de Noé: instrumento de salvación para los que creen, de juicio para los incrédulos. Las ideas se siguen así de una manera clara. Por seductora que sea esta interpretación, tropieza con una dificultad capital, que determina a la mayor parte de los exégetas a rechazarla: en el v. 19 Pedro dice: "En el espíritu en que fué vivificado (v. 18) fué Cristo a predicar"; de tomar las palabras en su orden natural, la predicación es atribuída al Cristo resucitado, no al Cristo preexistente. Además, esta predicación es dirigida a los *espíritus en prisión; y no*, como se supone, a espíritus ahora en prisión y que no lo estaban cuando oyeron la predicación. Pedro lo habría dicho, si hubiera sido así, pues "le gusta precisar lo accesorio." (J. Monnier.) Habría debido, en todo caso, con la idea que se le atribuye, escribir: "en este espíritu había ido *en otro tiempo* a predicar", y no: *habiendo ido, predicó* a los espíritus en prisión, *que fueron en otro tiempo rebeldes.* 2º La predicación de Cristo ha tenido lugar después de su muerte; y, según la interpretación más probable, después de su resurrección; era dirigida *a los espíritus* de los rebeldes contemporáneos de Noé, detenidos *en la prisión* (Apoc. 20:7); allí *fué* Cristo *en espíritu* y les *predicó*, no para anunciarles la condenación definitiva (*predicar* no tiene jamás ese sentido en el Nuevo Testamento), sino para ofrecerles la salvación. Su posición excepcional justificaba tal oferta, pues no habían podido, como los descendientes de Noé y de Abrahán, abarcar por fe la promesa de Dios (comp. Hebr. 11:13 y sig.), puesto que, en su tiempo, Dios no había establecido aún su pacto de gracia con los hombres (Gén. 9:8 y sig.) Esta idea de una actividad del Resucitado, que se habría extendido al imperio de los muertos, no carece de analogía en el Nuevo Testamento. El sentido de Efes. 4:9 es incierto (véase la nota); mas Fil. 2:10 muestra incontestablemente que el reinado de Cristo debe establecerse en la mansión de los muertos. Algunos apócrifos muy antiguos hablan de la predicación a los muertos. (Evangelio de Pedro, 41; evangelio de Nicodemo 18-26.) Por último el pensamiento que esta interpretación atribuye al apóstol no carece de conexión con el contexto. He aquí cómo se puede, admitiéndola, concebir el curso de las ideas. Para estimular a los cristianos a sufrir pacientemente, Pedro les dice que los sufrimientos soportados en la inocencia no son inútiles (v. 16

gurado en lo cual, también a vosotros salva ahora, el bautismo [22]; no remoción de suciedad de la carne sino demanda de una buena conciencia para con Dios, por medio de la resurrección de Jesu-

y 17), y se lo prueba por el ejemplo de Cristo quien, sufriendo, ha hecho mucho bien, puesto que ha realizado así la redención de los pecadores (v. 18); ésta, considerada en toda su amplitud, comprende la oferta de la salvación a la generación que pereció por el diluvio (19, 20a.) Aquí, necesario es reconocerlo, el apóstol abandona la idea principal y se empeña en rodeos, como es su costumbre. Aplicándose a los recuerdos que evoca, muestra en la liberación de Noé el tipo de la salvación ofrecida a los que creen en Jesús. Ellos tampoco son más que un corto número; y como los habitantes del arca fueron salvados a través de las aguas del diluvio, ellos lo son pasando por el agua del bautismo. Esta alegoría era apropiada para confirmar su certidumbre de la salvación, a pesar del poco éxito que encontraba la predicación del evangelio, y para hacerlos inconmovibles en medio de la oposición del mundo.

22. Hay que recurrir a una perífrasis para verter de modo exacto y completo el pensamiento del texto griego, que es extraordinariamente conciso. La proposición empieza con un pronombre relativo neutro, que unos refieren al *agua* del diluvio (v. 20), otros, con más razón, a *la idea* de "haber sido salvado en el arca a través del agua." *Esto* encuentra su *antitipo* en el *bautismo* que os *salva a vosotros también ahora.* Las palabras en bastardilla son las únicas que se leen en el original. Los hechos históricos referidos por el Antiguo Testamento estaban revestidos, a los ojos de los judíos del siglo apostólico, de un carácter profético; constituían *tipos* o modelos de lo que debía aparecer en los tiempos del Mesías. Se llamaba *antitipo* el acontecimiento o la institución que realizaba el tipo precursor. El apóstol ve en la salvación, de la cual el *bautismo* es signo y medio, el *antitipo*, el cumplimiento perfecto de *lo que era prefigurado* en la liberación de Noé y de su familia. No fué solamente su vida corporal lo que Dios preservó de la destrucción. Noé había creído la palabra divina que le anunciaba el juicio. "Por la fe (Hebr. 11:7) construyó el arca" y "halló gracia delante de Dios", mientras el mundo incrédulo pereció. Este acontecimiento fué así para Noé una profunda experiencia espiritual, una especie de regeneración. Salió de esa prueba con una vida nueva que consagró a Dios, como nos lo muestra su sacrificio (Gén. 8:20, 21.) Ahora bien: del mismo modo hay, en el bautismo, un juicio ejercido sobre el hombre pecador que, uniéndose por la fe con Jesucristo, muere con él, es sepultado con él (bautismo por inmersión), se levanta con él, para vivir con una vida nueva y consagrada a Dios (Rom. 6:1-11.) En el redimido de Cristo se repite y se realiza todo lo que ocurrió en la persona del Maestro, "muerto en cuanto a la carne, pero vivificado en cuanto al espíritu" (v. 18.) Con ello, es separado del mundo incrédulo que perece bajo el juicio divino. Pablo acerca igualmente el bautismo a otro hecho de la historia santa cuando dice (1ª Cor. 10:1, 2): "Nuestros padres todos fueron bajo la nube, todos pasaron a través del mar; todos fueron *bautizados* en Moisés en la nube y en el mar." Y así, escaparon a la muerte, mientras que los egipcios perecieron por su ciego endurecimiento.

22 cristo [23]; quien está a la diestra de Dios, habiendo ido al cielo, habiendo sido sujetados a él ángeles y potestades y virtudes [24].

23. A fin de que ninguno se jacte de haber recibido el bautismo y se crea salvado por una ceremonia externa, el apóstol indica en dos palabras lo que el bautismo es y no es. No es la acción de *remover la impureza de la carne*, es decir un simple lavado con agua, como lo eran las abluciones rituales de los paganos y de los judíos, y como lo sería el bautismo, si se limitara uno al acto material, que no es más que un signo. Pero es *la demanda dirigida a Dios de una buena conciencia*. La palabra que traducimos aquí por *demanda*, no se encuentra en otra parte del Nuevo Testamento. Significa, según la etimología, *interrogación* (versión de Lausana), o *examen* (Calvino); pero no se podría ver en ella la mención de las preguntas hechas al catecúmeno, pues, en nuestro contexto, es quien recibe el bautismo el que hace la demanda. La mayor parte de nuestras versiones tienen: el *compromiso de una buena conciencia;* se trataría de las resoluciones tomadas por el que recibe el bautismo, de las promesas que hace a Dios con corazón sincero, del *pacto que una buena conciencia hace con Dios* (Stapfer, siguiendo a Lutero). Mas el sentido de *compromiso, contrato, pacto*, es difícil de probar. La palabra del original no se encuentra con ese significado, sino en la lengua jurídica del tiempo de Justiniano. El uso que el Nuevo Testamento (Mat. 16:1) y los Setenta (Sal. 137:3) hacen del verbo de igual raíz conduce más bien al sentido de *demanda, ruego. Una buena conciencia* puede ser el sujeto que hace la demanda a Dios; hay que sobrentender entonces como régimen: la salvación, o traducir por un término más vago: *la aspiración de una buena conciencia hacia Dios* (Oltramare.) Pero nos parece más indicado, en nuestro contexto tomar *una buena conciencia* como el objeto de la demanda dirigida a Dios por el que es bautizado. En la proposición correspondiente, "la suciedad de la carne" es el objeto del "despojamiento"; igualmente, la "buena conciencia" es el objeto de la "demanda". Pedir a Dios una buena conciencia, es para el cristiano implorar el perdón de sus pecados en el nombre del sacrificio ofrecido por Cristo (Hebr. 9:14; 10:22) y el socorro del Espíritu Santo, que le permita conservar una conciencia sin reproche en todo el curso de su vida y especialmente en vista del testimonio que debe dar delante de los que "le pidan razón de su esperanza." (Comp. v. 16, nota.) Así el apóstol reconduce el pensamiento de sus lectores a lo que constituye el significado profundo y vivo del bautismo: la regeneración *por la resurrección de Jesucristo* (1:3.) Morir con Cristo al mundo, al pecado, a sí mismo, resucitar con él a una vida nueva, por la misma potencia divina que le trajo de entre los muertos, he ahí el verdadero sentido del bautismo (Rom. 6:3 y sig., nota; Efes. 2:5, 6; Col. 2:12.)

24. He ahí el término glorioso de este camino que Cristo recorrió a través del sufrimiento y de la muerte. Nada más alentador para los que le siguen en esa misma senda. En él, ellos están "ya resucitados, ya sentados en los lugares celestiales" (Efes. 2:6; comp. Efes. 1:19-23); pues su omnipotencia por sobre toda criatura les es una garantía de que nada podría perjudicarles ni arrancarlos de su mano.

F. 1-6. UTILIDAD DE LOS SUFRIMIENTOS, PROBADA POR LA EXPERIENCIA DE LOS CRISTIANOS. — 1º *Ellos los libran de las pasiones y los separan de los paganos.* Puesto que Cristo sufrió en la carne, haceos un arma del pensamiento de que quien ha sufrido así ha concluído con el pecado; y no obedezcáis más a las concupiscencias de los hombres, sino a Dios, por el resto del tiempo que aún tenéis que pasar en este mundo. Basta con que en lo pasado hayáis participado de todos los vicios de los gentiles (1-3). — 2º *Los paganos, que blasfeman, están reservados al juicio universal, preparado por la predicación del evangelio a los muertos.* Encuentran extraño que no les sigáis en sus desórdenes, y blasfeman. Darán cuenta a Aquel que va a juzgar a vivos y a muertos. Porque el evangelio ha sido anunciado a los muertos también, para que, después de haber sufrido la muerte del cuerpo, puedan participar de la vida del espíritu, que es la vida de Dios (4-6).

IV Habiendo pues Cristo padecido en carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento: que quien ha padecido en carne 2 ha sido liberado del pecado; para no más vivir el restante tiempo en carne a las concupiscencias de los hombres sino a la voluntad 3 de Dios [1]. Porque bastante es el tiempo pasado para haber hecho

1. Estas palabras son íntimamente ligadas a todo lo que precede (3:18-22.) *Cristo ha sufrido* (*B, C*, omiten las palabras *por nosotros*, que se leen en *mayúsc.*, versiones) *según la carne*, ha muerto, ha resucitado, ha sido glorificado; ahora bien: lo que tiene lugar en el Jefe tiene lugar también en los miembros por su unión viva con él. Conclusión (*pues*): *Armaos*, pues se trata de una lucha para todo el que quiere seguir a Cristo, *del mismo pensamiento* que sostuvo a Cristo en sus sufrimientos, el pensamiento de que esos sufrimientos no eran inútiles, sino que obraban la salvación de los hombres. Pedro formula este pensamiento, para Cristo como para el creyente, en estos términos: *que el que ha sufrido según la carne ha sido liberado del pecado.* Para Cristo, la muerte que sufrió le libró del pecado de los hombres, de la condenación que él había aceptado (Rom. 6: 7, 10); para el creyente también, *sufrir* es el medio de morir *al pecado*, en la comunión de su Salvador, y por ende ser librado del pecado (Rom. 6:5-7, 11.) El verbo que traducimos por: *ha sido liberado* del pecado, significa en activa: *hacer cesar*, de donde *liberar* a alguien de un empleo, de una obligación. En media, se encuentra a menudo en el sentido de *reposar* o *cesar*, y muchos lo traducen en nuestro pasaje por: *ha cesado de pecar*. Pero nosotros pensamos más bien que está empleado en pasiva: el que, con Cristo, *ha sufrido en cuanto a la carne*, ha experimentado que el pecado no domina más sobre él. Y entonces *vive*, no ya, como antes, *según las concupiscencias de los hombres sino según la voluntad de Dios.* El apóstol Pablo se expresa en términos semejantes tratando el mismo asunto (Rom. 6:5-14; comp. aquí arriba, 3: 20, 21, nota.) La traducción literal del v. 2 es: *para no más vivir el resto del tiempo en carne según las concupiscencias de los hombres.* La mayor parte de nuestras versiones conectan esta proposición a la segunda parte del v. 1 y la consideran como formando parte del "pensamiento" de que los lectores deben "armar-

la voluntad de los gentiles, habiendo andado en lascivias, concupiscencias, borracheras, orgías, convites y abominables idola-
4 trías [2]; en lo cual se extrañan de que no os arrojéis con ellos al
5 mismo desbordamiento de la disolución, blasfemando [3]; los que darán cuenta al que está pronto para juzgar a vivos y a muer-
6 tos [4]. Porque para esto también a muertos fué anunciado el evangelio, para que fueran juzgados, cierto, según los hombres en carne, mas vivan según Dios en espíritu [5].

se"; sobrentienden entonces el pronombre *le*: "El tiempo que *le* queda por vivir en la carne." ¿Mas cómo tal pensamiento hubiera podido ser el de Cristo? Es más natural ver en las palabras: *para no vivir más,...* la indicación del fin en vista del cual el apóstol dice a los cristianos: *¡Armáos!* y traducir: "El tiempo que *os* resta a pasar en la carne." Se ha propuesto también traducir: "Habiendo sufrido Cristo en la carne, armáos *de ese pensamiento* (Stapfer), o *de la misma disposición* (Weizsäcker); *porque* el que ha sufrido..." Esta manera de construir es menos natural.

2. El texto recibido (*mayúsc.*) tiene: Es bastante *para nosotros*. *B*, *A* omiten *para nosotros*. En efecto, el apóstol no puede contarse en el número de los *paganos*, cuyos *vicios* e *idolatrías* describe. Este pasaje prueba que la epístola no ha sido dirigida a cristianos salidos del judaísmo. El recuerdo doloroso de los años pasados en el pecado y perdidos para Dios es, para el cristiano, un motivo muy poderoso de no perder un día más: *¡Es bastante!*

3. Gr. *En lo que*, porque en el tiempo pasado habéis vivido como paganos (v. 3), *encuentran extraño que no corráis con* ellos para arrojaros *en el mismo desbordamiento de disolución*. La sola conducta de los cristianos, su abandono del mundo y de las relaciones formadas en el pecado, son ya, sin el testimonio de sus palabras, una acusación y una condenación para los que perseveran en los caminos del mal. Por esto, estos últimos manifiestan su disgusto con palabras de blasfemia. El griego tiene un simple participio, sin partícula de conexión ni régimen: *blasfemando*. Este verbo, empleado sin complemento, designa al mismo tiempo calumnias contra los cristianos y blasfemias contra Dios. Traducir: "*os* calumnian" es restringir su significado.

4. Dios, según 1:17. Remitirse al soberano Juez, es obrar según el ejemplo de Jesús, 2:23. *Los vivos y los muertos* son todos los hombres sin excepción, en cualquier época en que hayan vivido. No se debe tomar esta locución corriente (Act. 10:42; 2ª Tim. 4:1) en sentido figurado, como designando a los cristianos y a sus adversarios. "El que tiene ante sus ojos el juicio de Dios no se preocupa casi del de los hombres. Cuanto más contrario nos es el mundo, tanto más aumenta él su juicio, y disminuye el nuestro. Abandonémoslo a Dios, quien va a juzgarlo; y preparémonos nosotros mismos para su juicio, aprovechando de las persecuciones por medio de la paciencia. Temamos ese tribunal terrible que nadie evitará..." *Quesnel.*

5. Los intérpretes establecen de dos maneras la relación del v. 6 con el 5. Para los unos, confirma la inminencia del juicio: "El juez está listo, pues habiendo sido anunciado el evangelio, no falta más que el fin." *Bengel.* Otros ven en él una confirmación de la idea de que el juicio se extenderá a los muertos: los muertos mis-

mos serán juzgados, pues el evangelio les ha sido anunciado: han sido puestos en estado de aceptar o rechazar la salvación. Esta última relación nos parece la más natural; pues, después del pensamiento enunciado en el v. 5, importaba al apóstol justificar la universalidad del juicio, más bien que su inminencia. Otra cuestión que divide los intérpretes es la de saber si *los muertos*, a los cuales *el evangelio ha sido anunciado*, vivían aún sobre la tierra cuando esta predicación les fué hecha, o si la oyeron en la mansión de los difuntos. La mayor parte de los que estiman que en 3:19, 20 se trata de una actividad de Cristo ejercida en el imperio de los muertos, hallan nuevamente aquí el mismo pensamiento, precisado y desarrollado: el *evangelio* es nombrado expresamente como el tema de la predicación de Cristo, y esta predicación no se dirige ya solamente a los muertos del tiempo de Noé, sino a todos los muertos, pues el término tiene probablemente el mismo valor que en el v. 5. (Comp. la nota precedente.) Varios intérpretes, aun entre los que ven en 3:19, 20, una predicación hecha a los muertos (Bengel, Usteri, von Soden), rehusan admitir una relación entre ese pasaje y el que nos ocupa. Según ellos, este giro impersonal: (gr.) *ha sido evangelizado*, no podría aplicarse a la predicación hecha por Cristo (3: 19), sino designa la proclamación del mensaje evangélico en el mundo por los cristianos, y, por consiguiente, aquellos a quienes este mensaje fué anunciado estaban aún en el número de los vivos. Se podría verter el pensamiento del apóstol así: "El evangelio ha sido anunciado aun a personas que, después que lo oyeron, murieron." Su intención sería responder a esta objeción: ¿de qué les sirve haber abrazado el evangelio, haberlo profesado fielmente a pesar de las persecuciones, puesto que han muerto antes del regreso de Cristo? (Comp. 1ª Tes. 4:13 y sig.; 1ª Cor. 15:12, 29 y sig.) Ellos también pueden aguardar con esperanza el juicio supremo, en que se les hará justicia (v. 5); pues, desde el momento en que el evangelio les ha sido anunciado, la muerte física no ha sido para ellos más que un juicio que alcanza su carne, y son asegurados de la vida divina para su espíritu. Esta explicación (von Soden) es ingeniosa; pero ¿no introduce en el texto una idea que le es extraña? ¿y no hay inconsecuencia en no ver en los *muertos* del v. 6 más que cristianos, mientras que los del v. 5 son todos los difuntos? El evangelio ha sido anunciado a los muertos no solamente para que el juicio universal pudiese tener lugar (6ª) sino también a fin de traer por ese mismo juicio el triunfo de la vida divina (6b). Los términos en los cuales este objeto de la predicación evangélica es indicado presentan cierta obscuridad: *a fin de que fueran juzgados como hombres* (gr. *según* los hombres, como acontece a todos los hombres) *en cuanto a la carne, y de que vivan como Dios* (gr. *según* Dios, como pertenece a Dios) *en cuánto al espíritu*. A primera vista, parece que los dos verbos de la proposición son coordinados y expresan el doble propósito en vista del cual el *evangelio ha sido anunciado también a los muertos*. Pero esto es inadmisible, pues ese propósito no puede ser expresado por las palabras: *a fin de que fueran juzgados en cuanto a la carne*. No podrían entenderse, como lo admitían nuestras precedentes ediciones, del juicio interior y espiritual que el evangelio ejerce en la conciencia del hombre, mientras está en la carne, y que tiene por efecto salvarle del juicio final (Juan 3:18; 16: 8-11; 1ª Cor. 11:32.) Todos los intérpretes concuerdan en ver en el *juicio en cuanto a la carne según los hombres* una designación de la muerte física. Ahora bien: ¿cómo sería la muerte el objeto de la predicación

G. 7-11. LA PROXIMIDAD DEL FIN, MOTIVO DE VIGILANCIA, DE CARIDAD, DE FIDELIDAD. — 1º *Vigilancia y caridad.* En vista del fin inminente, sed sobrios para orar, amaos unos a otros con amor que cubre los pecados, practicad la hospitalidad (7-9). — 2º *Fidelidad en el empleo del don de Dios.* Que cada uno ponga al servicio de los demás la gracia que de Dios ha recibido, en la enseñanza, en la administración, a fin de que en todo sea Dios glorificado por Cristo Jesús (10, 11).

7 Mas el fin de todas las cosas está cerca: sed pues templados, 8 y sed sobrios cuanto a las oraciones [6]; sobre todo teniendo intenso el amor entre vosotros, porque el amor cubre multitud de pe- 9 cados [7]; siendo hospitalarios uno para con otro sin murmura- 10 ción [8]; cada uno según ha recibido un don de gracia, ministrándolo entre vosotros como buenos dispensadores de la varia gracia 11 de Dios [9]: si alguien habla, como hablando oráculos de Dios; si alguien ministra, como por la fuerza que Dios provee [10]; para

del evangelio? Esta no puede tener más que un objeto: *a fin de que vivan en cuanto al espíritu.* Las palabras: *a fin de que fueran juzgados en cuanto a la carne* no expresan más que la condición previa a que el hombre debe someterse para alcanzar ese objeto. Se podría parafrasear con la mayor parte de nuestras versiones: "a fin de que, después de haber sido juzgados como hombres en cuanto a la carne, vivan como Dios en cuanto al espíritu." Si el apóstol no se ha expresado así, si ha preferido una construcción que se presta al equívoco, es probablemente porque deseaba dar énfasis a la antítesis: *que fueran juzgados* en cuanto a la carne, *que vivan* en cuanto al espíritu.

6. *Ser templado,* término que se aplica igualmente al cuerpo, al espíritu y al corazón; *ser sobrio* (1:13), *para las oraciones*: he ahí las santas precauciones que los cristianos deben observar para no ser sorprendidos por el día cercano del juicio (1ª Tes. 5:4-6; comp. Efes. 6:18.) *El fin de todas las cosas está cerca.* Véase a este respecto las notas sobre 1ª Tes. 4:15; 2ª Tes. 2:1-3; Mat. 24:36 y sig.; 2ª Pedro 3:8-11.

7. Los *pecados* de los demás, como resulta de Prov. 10:12, de donde son tomadas estas palabras: *"Cubrir los pecados* debe entenderse respecto del prójimo, no respecto de Dios. Nadie puede cubrir los pecados delante de Dios, sino la fe. Pero mi caridad debe cubrir los pecados de mi prójimo, como la caridad de Dios cubre mis propios pecados, si tengo fe." *Lutero.* Cubrir las faltas de un hermano, es, en este sentido, ocultarlas a otros; perdonarlas, olvidarlas, si han sido cometidas contra nosotros. El futuro del texto recibido (*Sin.*); *cubrirá,* que hace pensar en el juicio final, ha sido corregido conforme a *B, A.* (Comp. Jac. 5:20, donde se encuentran las mismas palabras.)

8. Rom. 12:13. Todo el que *murmura* en el cumplimiento de este deber, no está animado del amor que debe inspirarlo (v. 8.)

9. Gr. *de la gracia variada de Dios.* Rom. 12:6 y sig.; 1ª Cor. 12:4 y sig., nota.

10. Aplicación del precepto dado en el v. 10. Gr. *Si alguno habla, como oráculos de Dios. Hablar* debe entenderse de la palabra pronunciada en público, en las asambleas de la

que en todas cosas sea Dios glorificado por medio de Jesucristo, cuya es la gloria y el poder por las edades de las edades. Amén [11]!

H. 12-19. SED DICHOSOS DE SUFRIR CON CRISTO, PUES EL JUICIO EMPIEZA POR LA CASA DE DIOS. — 1º *Con Cristo en la aflicción y en la gloria.* No seáis conturbados por la persecución encendida entre vosotros. Regocijaos de participar de los padecimientos del Cristo, para compartir también el gozo de su triunfo (12, 13). — 2º *Sufrir como cristianos y no como malhechores.* Si por el nombre de Cristo sois ultrajados, dichosos sois, pues el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros; ninguno sea castigado por mala obra; pero si lo es como cristiano dé por ello gloria a Dios (14-16). — 3º *El juicio.* Va a empezar por nosotros, por la casa de Dios. Si nosotros tenemos que sufrir así, ¿qué será de los que no obedecen al evangelio? Los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien (17-19).

12 Amados, no os extrañéis del fuego ardiente entre vosotros, que para prueba llega a vosotros, como sucediéndoos algo extra- 13 ño [12]; sino que en cuanto participáis de los padecimientos del Cristo, gozaos, para que también en la revelación de su gloria 14 exultando os gocéis [13]. Si sois vituperados por el nombre de Cris-

iglesia. Las palabras que se pronuncien allí no deben ser sino verdades divinas reveladas, *oráculos de Dios* (Rom. 3:2.) Todo discurso que no reproduce fielmente éstos carece de utilidad para la edificación; todo discurso que proclama la verdad divina sin la seriedad y la unción que le convienen, la profana. *Ejercer un ministerio* (gr. *servicio,* desempeñar las funciones de diácono), no puede hacerse con bendición más que si se lo ejerce (gr.) *como por una fuerza que Dios provee;* de cualquier naturaleza que sea por otra parte el *servicio,* por humilde que pueda ser.

11. Esta doxología, en el original, puede referirse *a Dios* o *a Jesucristo.* Todo lo que dice o hace el cristiano debe tener por fin la *gloria de Dios por Jesucristo,* quien hace su obra aceptable delante de Dios. Este principio, bien aplicado, santificaría la vida entera.

12. Comp. Jac. 1:2, nota. Uno de los principales objetos del apóstol era ofrecer a sus hermanos consuelos eficaces en los días de pruebas y de persecuciones. Lo ha hecho desde el principio (1:6; 2:19), luego ha mostrado la utilidad de las aflicciones en la conformidad entre el cristiano y su Salvador (3:18; 4:1.) Ahora vuelve (v. 12-16) a ese pensamiento, tan apropiado para quitar al sufrimiento todo lo que nos lo hace parecer *extraño,* puesto que al contrario lo que habría de verdaderamente extraño sería que los discípulos de un Maestro crucificado no sufrieran. Al mismo tiempo, Pedro prepara así sus lectores a lo que tiene que decirles sobre el juicio de Dios, que debe empezar por su propia casa (v. 17-19.)

13. 1:7. Los *padecimientos del Cristo* no son las pruebas soportadas por amor a él, sino los sufrimientos que él mismo soportó y con los cua-

to, dichosos sois, porque el Espíritu de la gloria y el de Dios so-
15 bre vosotros descansa [14]. No padezca en efecto alguno de vosotros como homicida, o ladrón, o malhechor, o como entrometido en ne-
16 gocios ajenos [15]; mas si como cristiano, no se avergüence sino glo-
17 rifique a Dios en este nombre [16]. Porque el tiempo ha llegado de empezar el juicio por la casa de Dios; y si primero por nosotros, ¿qué será el fin de los que desobedecen al evangelio de Dios [17]?
18 Y si "el justo apenas es salvado, el impío y pecador ¿dónde apa-
19 recerá [18]?" De modo que, también los que padecen según la vo-

les sostiene al que sufre por él. (Comp. 2ª Cor. 1:5, 7; 4:10 y sig.; Fil. 3:10; sobre todo Col. 1:24.)

14. A las palabras: *el Espíritu de la gloria, Sin.* agrega: *y de su potencia.* ¡Qué contraste entre los *ultrajes* del mundo y el glorioso Espíritu que anima y fortalece a los cristianos! He ahí por qué son proclamados *dichosos.* Este consuelo es tan potente, que ha sostenido y regocijado a muchos mártires. El texto recibido añade: *es blasfemado por ellos, pero glorificado por vosotros.* Se trata de Cristo al que el mundo *blasfema,* mientras que los cristianos le *glorifican* sufriendo por él. Estas palabras faltan en *Sin., B, A.*

15. *Entrometerse en negocios ajenos* (gr. *sobrevigilar a otro*) puede aplicarse a toda falsa actividad desplegada por alguno sin ser llamado a ella. (Comp. 1ª Tes. 4:11; 2ª Tes. 3:11, 12.) Puede entenderse de un proselitismo indiscreto (2ª Tim. 3:6.) El reproche de meter turbación y división en las familias fué, desde el principio, dirigido a los cristianos (Act. 17:4-6; comp. Luc. 12:51-53.) Ninguno desconocerá la profunda sabiduría enteramente práctica de esta advertencia.

16. El *nombre* de *cristiano* (Act. 11:26; 26:28), de que todo el mundo se jacta hoy, era entonces una injuria. Pero como era dado a los creyentes por odio del hermoso nombre de *Cristo,* el apóstol induce a sus hermanos a *glorificarse* de ello y dar gracias a Dios de que compartían el oprobio de su Salvador (Act. 5:41.) El texto recibido tiene: "glorifique a Dios *en este respecto* o *en esta parte*" del sufrimiento. El verdadero texto (*Sin., B, A*) tiene (gr.) *en ese nombre,* el nombre de *cristiano,* que es el de *Cristo,* el Ungido del Eterno.

17. Gr. *Y si primeramente por nosotros.* El *juicio de Dios* sobre la humanidad, anunciado por el Salvador, debía en efecto *empezar* por la persecución de sus hijos (Mat. 24:9 y sig.), no queriendo Dios castigar las naciones sino cuando hubieran colmado su endurecimiento con el rechazo de su gracia. Mas si los cristianos mismos debían tener tanto que sufrir en esos tiempos terribles, ¿qué será de los que quedarán *rebeldes* a todos los llamamientos de Dios? Además, *juicio* significa separación, apartamiento, y uno de los resultados de esos tiempos de prueba debía ser el separar enteramente los cristianos de la nación judía y del mundo. En este sentido también el *juicio* debía empezar *por la casa de Dios.*

18. Gr. *dónde parecerá,* que será, del impío y del pecador. Comp. Prov. 11:31. *"El justo,* es el que cree. Sin embargo tiene mucha pena y trabajo en su fe, pues es necesario que atraviese el horno: ¿qué hará pues el que no cree?" *Lutero.* "Es gran motivo de temer el no temer, cuando se ve a los santos temblar a la vista de los juicios de Dios, y experimen-

luntad de Dios, encomienden sus almas a un Creador fiel, haciendo bien [19].

IV. Ultimas instrucciones. Saludos
(Cap. 5)

A. 1-11. Exhortaciones a los ancianos, a los jovenes, a todos. — 1º *A los ancianos.* En su carácter de anciano y testigo de los sufrimientos de Cristo, Pedro indica a los ancianos cómo deben apacentar el rebaño para obtener la corona cuando el sumo Pastor aparezca (1-4). — 2º *A los jóvenes y a todos: humildad, vigilancia, perseverancia.* Sean los jóvenes sujetos a los ancianos. Todos, en sus relaciones recíprocas, sean humildes, pues entonces Dios los exaltará. Echen sobre él todas sus inquietudes. Sean vigilantes y resistan al diablo que procura devorarlos. Sus hermanos en el mundo soportan los mismos males. Pero Dios, que los ha llamado, los hará perfectos e inconmovibles (5-11).

V A los ancianos pues entre vosotros exhorto, anciano yo con ellos y testigo de los padecimientos del Cristo, partícipe también
2 de la gloria que debe ser revelada [1]: Apacentad el rebaño de

tar hasta la severidad de ellos." *Quesnel.*

19. Encomienden sus almas *a un fiel Creador.* Conclusión de los v. 12-16, bien consoladora para los que sufren *según la voluntad de Dios* (v. 15, 16.) El apóstol exhorta a los cristianos que padecen a *encomendar* a Dios *sus almas,* porque estaban expuestas a muchos peligros en esos tiempos malos y porque Dios, el *fiel Creador* de las almas, sabría desplegar su omnipotencia para preservarlas de todo daño. "Sea éste tu gran consuelo: Dios ha creado tu alma cuando aún no existías; y sin tus inquietudes y tu actividad, él sabrá muy bien conservártela." *Lutero.*

1. *Pues* se lee en *Sin., B, A.* Véase sobre el cargo de *anciano* Act. 11:30; Fil. 1:1; 1ª Tim. 3:1 y sig.; Tito 1:5, 7, notas. Pedro toma este título por humildad, bien que su apostolado le diera más autoridad que la que poseían los ancianos. "El mismo hace lo que va a recomendar a los otros, tratando de colegas a sus mismos inferiores. Trata con ellos, no empleando de órdenes como un amo, sino rogando y exhortando como un hermano." *Quesnel.* Se ha preguntado con qué derecho toma Pedro el título de *testigo de los sufrimientos de Cristo;* él, que había negado a su Maestro mientras era condenado, y no le había seguido al Calvario. Pero había sido testigo de los sufrimientos de Jesús durante su ministerio (Luc. 22:28, 29) y en el comienzo de su pasión (Mat. 26:36-67), y su caída no impidió que Jesús mismo le invistiera de este oficio de *testigo* (Act. 1:8) que es inseparable del de apóstol (Act. 1:21-22); y en adelante lo desempeñó fielmente (Act. 3:15.) Todo su ministerio está en este título, así como toda su esperanza descansa en los sufrimientos de Cristo, gracias a los cuales también es *partícipe de la gloria que debe ser revelada.* En la medida en que se tiene parte en los sufrimientos de Cristo, se pue-

Dios que está entre vosotros [2], no por compulsión, sino voluntariamente, según Dios; ni por ganancia vergonzosa, sino de ánimo 3 pronto [3]; ni como ejerciendo señorío sobre las porciones asigna- 4 das en suerte, sino haciéndoos ejemplos para el rebaño [4]. Y cuando haya sido manifestado el sumo Pastor [5] obtendréis la inmarcesible corona de la gloria [6].

5 Igualmente, jóvenes, sujetaos a los ancianos; sí, todos unos para con otros ceñíos de humildad, porque "Dios a los soberbios 6 resiste, mas da gracia a los humildes [7]". Humillaos pues bajo la

de esperar tener parte en su gloria. (Comp. 4:13, nota.)

2. El texto recibido añade: *sobrevigilantes*, participio de un verbo que recuerda el oficio del obispo. Esa palabra, que falta en *Sin.*, *B*, es suprimida por la mayor parte de los editores modernos. El rebaño que está *entre vosotros*, es decir en cada país, cada ciudad donde estáis, es el rebaño *de Dios;* a él pertenece, no a los ancianos o pastores. La traducción: *que está en vuestras manos, que os es confiado*, es, de todas maneras, difícil de justificar.

3. Después de *de buena voluntad*, *Sin.*, *A*, vers. agregan *según Dios*. Lección admitida por Lachmann, Tischendorf, Nestle. *Con abnegación*, literalmente, con *prontitud de ánimo*, es decir con amor. Ninguno es *forzado* a ejercer el ministerio de anciano, pero los que lo ejercen sin amor desempeñan sus deberes como por una *compulsión* a menudo bien dura (Hebr. 13:17.) Toda afición al dinero hace de él una *sórdida ganancia*, aun cuando no es adquirido por medios deshonestos (Act. 20:33 y sig.)

4. En lugar de *dominar*, *hacerse ejemplos;* ¡esto es más difícil! (Comp. Mat. 20:25 y sig.; 1ª Tim. 4:12; Tito 2:7; Hebr. 13:7.) *Los que os han caído por lote*, Gr. *los lotes*, por lo que algunos entienden *la porción* de la iglesia *confiada* en cada lugar a los ancianos, *su lote;* otros, según Deut. 9:29, ven en ello la designación de la iglesia como *el lote* de Dios, su pueblo (2:10; comp. Efes. 1:11; Col. 1:13.) Estando empleada la palabra en plural, vale más entenderla en el primer sentido, más cercano a su significado etimológico, que es "suerte". (Act. 1:26.) El término de *rebaño* ha sido aplicado a la Iglesia por Jesús (Luc. 12:32; Juan 10:16.) Israel era llamado ya "el rebaño del Eterno". (Jer. 13:17.)

5. *Cuando aparezca* el *Pastor*, único a quien pertenecen las ovejas y los pastores; en su espíritu deben estos últimos desempeñar sus funciones (Hebr. 13:20).

6. La *corona* de los vencedores, descripta con el mismo término que la herencia eterna (1:4): que *no puede marchitarse*, o *inmarcesible*. Es lo opuesto a una corona de hojas, como el laurel, que se marchita.

7. El texto recibido tiene: Y todos *sujetándoos* unos a otros, El participio *sujetándoos* falta en *Sin*, *B*, *A*, vers. Algunos puntúan la frase como sigue: "sed sujetos a los ancianos, y todos los unos a los otros. Revestíos de humildad." El verbo traducido por *vestirse* significa según unos: "poner un delantal de esclavos" (comp. el acto de Jesús, Juan 13:4; Luc. 22:27); según otros: "atar con una cinta." Prov. 3:34; Jac. 4:6. Pedro, al que la presunción hizo caer, insiste en la *humildad*. Sabe cuán difícil de adquirir y practicar es esta virtud, sobre todo en la *juventud*.

7 poderosa mano de Dios, para que os exalte en su tiempo [8], habiendo arrojado toda vuestra ansiedad sobre él, porque él cuida 8 de vosotros [9]. Sed sobrios, velad [10]: el adversario vuestro, el diablo, como un león rugiente anda en derredor buscando a quién 9 devorar [11]; al cual resistid, firmes por la fe, sabiendo que la misma clase de padecimientos es impuesta a vuestra hermandad que 10 está en el mundo [12]. Mas el Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, cuando hayáis padecido por poco tiempo, él mismo os perfeccionará, afirmará, fortalecerá, 11 hará estables [13]! A él el poder por las edades de las edades! Amén [14].

8. Gr. *En* el *tiempo* conveniente, y no antes. *A*, vers. tienen: en el tiempo *de la visitación* (comp. 2:12). "Humillarnos bajo la mano de Dios, es someter nuestro espíritu a su luz, nuestra voluntad a la suya, nuestros designios y nuestra vida a la disposición adorable de su providencia; reconocer que todo el mal que está en nosotros viene de nosotros mismos, y todo el bien de su operación divina, que sin su misericordia nada se nos debe sino el infierno, y que todo lo que sufrimos en esta vida es siempre menos de lo que debemos a su justicia." *Quesnel*. (Comp. Mat. 23:12; Luc. 14:11; 18:14.)

9. No se conoce esta plena y filial confianza en Dios más que en cuanto uno se humilla bajo su mano poderosa (v. 6.) Estas palabras son una aplicación de las siguientes: "Echa tu carga sobre el Eterno, y él te aliviará; no permitirá jamás que el justo caiga." (Sal. 55:23.)

10. 1:13; 4:7. Aquí, el apóstol tiene especialmente en vista los peligros espirituales que va a describir, y a los cuales es imposible escapar sin vigilancia.

11. El antiguo y temible *adversario* (Gén. 3) nos acecha como a su presa. La figura del *león rugiente* es tomada de Sal. 22:14; comp. 2ª Tim. 4:17. Sobre la lucha que tenemos que sostener contra él, comp. Efes. 6:11-20, notas. El texto recibido tiene: *a quién podrá devorar*. Algunos creen hallar este sentido también, por medio de un cambio de acento, en la lección de *Sin.*, *mayúsc.*, que nosotros adoptamos. *B* tiene: *buscando devorar*.

12. *La fe*, tal es nuestra fuerza contra todas las tentaciones, porque ella nos reviste de la potencia de Dios mismo. *A vuestros hermanos*, gr. *a la hermandad de vosotros*, comp. 2:17. Parece a primera vista que el pensamiento de los *sufrimientos* de *nuestros hermanos* dispersos *en el mundo* y expuestos a las mismas tentaciones que nosotros, no podría ser un consuelo. Es uno, sin embargo. Estamos dispuestos a creer que nuestras pruebas son excepcionales, y nuestra imaginación las aumenta tanto más. Saber que nada nos acontece de extraordinario (4:12), que *los mismos sufrimientos* son la suerte de todos los hijos de Dios, y que sin embargo no sucumben, porque Dios los guarda y los libra por su fidelidad, es ciertamente un poderoso aliento.

13. *Os hará estables*, gr. "os *fundará*." Esta palabra falta en *B*, *A*. El texto recibido tiene: gloria eterna en Cristo *Jesús*. (*A*, *mayúsc.*) El aliento hallado en los sufrimientos de nuestros hermanos (v. 9) no basta. Pedro mira a Aquel que es poderoso para libertar, y hace en su nombre una promesa apropiada a animar a

B. INDICACIONES RELATIVAS A ESTA CARTA. SALUDOS. — 1º *La carta.* Pedro la ha escrito brevemente por medio de Silvano, hermano fiel, para confirmar a sus lectores de que han recibido en efecto la verdadera gracia de Dios (12). — 2º *Salutaciones.* Pedro trasmite los saludos de la iglesia de Babilònia y de Marcos. Invita a sus hermanos a saludarse recíprocamente con un beso y les desea paz, a ellos todos que están en Cristo (13, 14).

12 Por medio de Silvano[15] el hermano fiel, como pienso, os he escrito en pocas palabras, exhortando y atestando que ésta es la 13 verdadera gracia de Dios, en la cual persistid[16]. Os saluda la 14 coelegida que está en Babilonia[17], y Marcos mi hijo[18]. Saludaos

los más tímidos: *el Dios de toda gracia los ha llamado,* con vocación eficaz, *a su gloria eterna en Cristo.* Ahora bien: Dios no empieza una obra semejante de gracia para abandonarla. *El mismo* se encarga de proseguirla hasta la perfección (Fil. 1:6.) Prometiendo a sus hermanos que Dios los *afirmará,* Pedro cumple la orden que había recibido de su Maestro (Luc. 22:32.) El texto recibido tiene todos estos verbos en la forma del *optativo* y así les hace expresar un voto, una oración, en lugar de una promesa. El *futuro* (*Sin., B, A*) conviene mejor a la energía y a la certeza del pensamiento.

14. El texto recibido (*Sin., mayúsc.*) tiene: *la gloria y el poder*: lección tomada de 4:11.

15. El colaborador del apóstol Pablo, llamado también Silas (Áct. 15:32; 18:5; 2ª Cor. 1:19; 1ª Tes. 1:1; 2ª Tes. 1:1.) Fué probablemente el secretario del apóstol, y su colaborador en la composición de esta epístola. Si hubiera sido solamente el portador de ella, no se comprendería que Pedro hubiera juzgado útil darle un testimonio formal de *fidelidad.* (Comp. la Introducción, pág. 217.)

16. Los cristianos a los cuales escribe el apóstol no habían sido instruídos por él mismo; y debía por tanto ser precioso para su fe recibir de él esta confirmación relativa a la *gracia de Dios,* fundamento de todas sus esperanzas. Ella les mostraba la unidad de la fe y la comunión viva que existen entre los diversos siervos de Dios.

17. Gr. *la coelegida que* está *en Babilonia,* por lo que hay que entender la iglesia de esa ciudad, como lo hacen algunas de las versiones más célebres de la antigüedad, en cuyo texto la palabra *iglesia* es inserta. Otros han pensado que podía ser la esposa de Pedro, o alguna otra cristiana eminente. Esta idea no tiene ninguna probabilidad. *Babilonia* es una designación alegórica de Roma. Los cristianos daban a la capital del imperio el nombre de la ciudad del Eufrates, que había sido el asiento de la potencia hostil al antiguo pueblo de Dios, y a la que los profetas de Israel habían estigmatizado en sus discursos (Apoc. 17-19; Isa. 13; Jer. 50.) Algunos intérpretes toman el nombre de Babilonia en sentido recto, y lo entienden ora de una ciudad de ese nombre en Egipto, ora de la antigua ciudad del Eufrates. Mas la tradición no ha conservado el recuerdo de una misión de Pedro a Egipto ni a Babilonia, mientras que afirma su ida a Roma. (Véase la Introducción, pág. 219.) Además, es probable que Babilonia al borde del Eufrates no existiera, sino en estado de ruina. El geógrafo Estrabón, a principios de la era cristiana, la lla-

uno a otro con un beso de amor[19]. Paz a vosotros todos que estáis en Cristo[20].

ma un "vasto desierto". Había colonias judías en la región de Babilonia; mas no sabemos cuándo recibieron el evangelio; probablemente jamás hubo "iglesia de Babilonia."

18. Se trata muy probablemente de Marcos el evangelista, quien, según dicen los Padres, se allegó a Pedro después de haber sido el colaborador de Pablo. Pedro le da el nombre de *hijo* por afecto, y quizá porque le había conducido a la fe.

19. La palabra *amor* es la misma que se traduce por *caridad.* Comp., sobre este *beso,* Rom. 15:16, nota.

20. Véase, sobre esta expresión íntima y profunda de *estar en Cristo,* Rom. 8:1; 1ª Cor. 1:30, 1ª nota; Efes. 2:13. Solamente los que están *en él* poseen verdaderamente *la paz,* voto precioso del apóstol por sus hermanos. El texto recibido (*Sin., mayúsc.*) tiene: Cristo *Jesús,* y añade: *Amén.* Las dos palabras faltan en *B, A.*

SEGUNDA EPISTOLA DE PEDRO

INTRODUCCION

I

CONTENIDO Y OBJETO DE LA EPISTOLA

Simeón Pedro, apóstol, escribe a los que poseen la fe de los cristianos (1:1.) Los dones de la gracia son destinados a hacerles partícipes de la naturaleza divina. Afirmen pues su vocación agregando unas a otras las virtudes que los harán progresar en el conocimiento de Jesucristo. La entrada en su reino eterno les será así asegurada (1:3-11.) El apóstol tendrá cuidado de recordarles esos deberes mientras esté en esta vida. Deberá abandonarla de manera repentina, como el Señor se lo anunció. Mas hará de modo que después de su partida, sus hermanos puedan conservar el recuerdo de sus enseñanzas, que no estaban fundadas en fábulas humanas. Les ha hecho conocer la potencia y el advenimiento de Jesucristo como testigo ocular de su gloria, y por haber oído sobre la santa montaña la voz celestial que designaba a Jesús como el Hijo amado de Dios (1:12-18.) Esta manifestación ha confirmado a sus ojos la palabra de los profetas, a la cual sus hermanos tienen razón en aplicarse, pues ella les servirá de lámpara, esperando el día. Ellos saben que toda profecía de la escritura es obra del Espíritu Santo (1:19-21.)

El apóstol anuncia luego a sus lectores que algunos falsos doctores se introducirán entre ellos y procurarán seducirlos (2:1-3.) Con ejemplos de la historia sagrada, predice el castigo de esos seductores (2:4-12.) Luego describe su conducta disoluta y la triste condición de los que recaen en el error (2:13-22.)

Esta carta es ya la segunda que Pedro dirige a sus lectores para recordarles las predicciones de los profetas y el mandamiento del Salvador que sus apóstoles les han trasmitido (3:1, 2.) Ellos deben saber, ante todo, que en los últimos días algunos escarnecedores negarán el advenimiento del Señor. Ignorarán ellos voluntariamente que la tierra, sacada del agua por la pala-

bra de Dios, fué sumergida cuando el diluvio destruyó al mundo antiguo; que, igualmente, los cielos y la tierra actuales son reservados al fuego. Su fin sólo es retardado por la paciencia del Señor. Mas el día del Señor vendrá como un ladrón (3:3-10.) En vista de esta catástrofe cierta y repentina, el apóstol invita a sus hermanos a vivir en santidad y piedad, apresurando así la venida del día de Dios, y esperando los nuevos cielos y la nueva tierra donde la justicia habitará. Esfuércense en ser hallados en paz con Dios y sin reproche. La paciencia del Señor es su salvación, como Pablo se lo ha escrito, y como él lo dice en todas sus cartas. Estas contienen pasajes difíciles de comprender. Los ignorantes tuercen su sentido, así como el de las otras escrituras, para su perdición. Sean ellos pues vigilantes y crezcan en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él la gloria hasta la eternidad! (3:11-18.)

Esta exhortación a la vigilancia, y la refutación de los escarnecedores, que siembran dudas sobre el cumplimiento de las promesas de Jesucristo relativas a su advenimiento, es el objeto principal de la epístola. Para establecer la certeza de ese regreso glorioso ha recordado el autor la escena de la transfiguración (1:16-18); ella fué el preludio de aquél, en cierto modo, y su prenda. Existe así un vínculo estrecho entre los capítulos 1 y 3 (1). La descripción de los falsos doctores (cap. 2) parece una digresión, a menos que se quiera identificarlos con los escarnecedores del capítulo 3, lo que de ningún modo resulta del texto.

II

RELACIONES DE LA SEGUNDA EPISTOLA DE PEDRO CON LA EPISTOLA DE JUDAS

El capítulo 2 de nuestra epístola presenta con la epístola de Judas semejanzas tales, que uno de los autores ha debido conocer y utilizar el escrito del otro (2).

La mayor parte de los críticos atribuyen la prioridad a Judas, cuya carta habría imitado y copiado el autor de 2ª Pedro. En Judas, en efecto, el pensamiento es más simple, más claro,

(1) Comp. Jülicher, *Einleitung*, p. 183 y 184.

(2) La comparación más detallada y más profunda de ambos escritos se encuentra en F. Spitta, *Der zweite Brief des Petrus und der Brief des Judas*, 1885, p. 381-470.

más conciso y mejor ligado (1). En 2ª Pedro 2:4, la alusión a Gén. 6:2 es más vaga que en Judas v. 6. Si no tuviéramos el texto de Judas, no sabríamos cuál es ese "pecado" de los ángeles, que Pedro tiene en vista. En 2:5, Pedro agrega el ejemplo de Noé, que no se encuentra en Judas; y cuando recuerda el castigo de Sodoma y Gomorra, en el v. 6, habla de la liberación de Lot (v. 7 y 8), de que no se trata en Judas (v. 7), y que forma una digresión sin relación directa con el objeto de ese desarrollo. Judas (v. 9) habla de la disputa del arcángel Miguel con el diablo respecto del cuerpo de Moisés, incidente referido por un apócrifo, la *Asunción de Moisés*. El autor de 2ª Pedro suprime los nombres propios y la mención de la disputa, tanto que su alusión a ese relato, en 2:11, se hace completamente ininteligible para el que no conoce el texto de Judas. En 2ª Pedro, los ejemplos tomados de la historia sagrada son colocados en el orden en que los hechos son presentados por el Génesis. ¿Por qué Judas, si hubiera tenido 2ª Pedro ante sus ojos, habría omitido el ejemplo del diluvio? Los adversarios son claramente determinados en Judas; ejercen su devastación en las iglesias a las cuales la epístola es dirigida. En 2ª Pedro, son primero presentados como aún por venir (2:1-3); luego, descriptos como presentes (2). (v. 10 y sig.) No se sabe, por último, si los adversarios señalados, y descriptos como libertinos en el capítulo 2, son los mismos presentados en el capítulo 3 como negadores del regreso de Cristo. De todas esas razones, y de otras aún que no podemos exponer en detalle, la mayor parte de los críticos infieren la prioridad del escrito de Judas, del cual el autor de 2ª Pedro habría tomado sus argumentos (3). Los que consideran 2ª Pedro como el escrito original, del que la epístola de Judas sería una imitación (4), se apoyan en las siguientes observaciones: 1º los falsos doctores son aún futuros en el primero de los dos escritos; 2º las obscuridades que presenta el texto de 2ª Pedro prueban su anterioridad; Judas, viniendo más tarde, habría introducido más precisión y claridad (5). 3º Judas 18 encerraría una cita de 2ª Pedro 3:3. Este último argumento no carece de valor. No basta, para apartarlo, decir que Judas resume

(1) Comp. J. Bovon, *Teología del Nuevo Testamento*, II, p. 479, nota.

(2) Holtzmann, *Einleitung*, p. 323.

(3) De Wette, Reuss, Bleek, Holtzman, B. Weiss, Huther, Kühl, etc.

(4) Thiersch, Dietlein, Stier, Hofmann, Burger, Spitta, Grosch.

(5) Comp. Burger, *Die Briefe Jakobus, Petrus und Judas*, en el comentario de Strack y Zöckler, 2ª edic., p. 209.

en una fórmula general las predicciones de los apóstoles; emplea las expresiones que hallamos en 2ª Pedro: "burladores andando según sus propias concupiscencias;" y se puede preguntar si, para dar a su advertencia mayor fuerza, no ha reproducido los términos mismos con los cuales esos adversarios habían sido descriptos anticipadamente en la epístola que sus lectores habían recibido del apóstol Pedro (1).

III

AUTENTICIDAD DE LA EPISTOLA

La segunda epístola de Pedro sólo tarde es mencionada por los escritores eclesiásticos. Orígenes es el primero que la nombra. Vacila en reconocerla, "pues es disputada", dice (Eusebio, *Hist. eccles.*, VI, 23.) No se encuentra en la versión siriaca, la Peschito, ni en el canon de Muratori. Tertuliano y Cipriano no la citan. Este silencio de los Padres de la Iglesia es tanto más significativo cuanto que la epístola les hubiera suministrado armas en sus luchas contra los herejes. Los defensores de la autenticidad pretenden, es verdad, hallar en los Padres apostólicos y los escritos del segundo siglo expresiones y pensamientos que serían tomados de nuestra epístola (2). Mas es difícil sacar una conclusión cierta de esas semejanzas.

No sólo el testimonio poco favorable de la antigua Iglesia hace dudosa la autenticidad de 2ª Pedro. El examen de la epístola confirma esas dudas. 1º Su dependencia respecto de la epístola de Judas. El apóstol Pedro, es verdad, no nos aparece como un espíritu dotado de poderosa originalidad. (Comp. pág. 215.) Su primera epístola contiene muchas tomas hechas en la epístola de Jacobo y en las epístolas de Pablo. Pero el autor de 2ª Pedro no se contenta con inspirarse en la epístola de Judas, con reproducir algunos de sus pensamientos; la copia textualmente. ¿Sería tal proceder digno del apóstol Pedro? 2º La comparación de 2ª Pedro con 1ª Pedro. Las dos epístolas presentan diferencias muy marcadas de forma y de fondo. Las primeras, señaladas por Jerónimo como el motivo por el cual "la mayor parte la rechazaban", hacían decir a Calvino: "Aunque se pueda mostrar alguna afinidad y semejanza de la una a la otra, sin embargo yo confieso que hay una diferencia muy evidente, por la cual se puede mostrar que son diversos autores (1). La primera epístola de Pedro está llena de citas del Antiguo Testamento; la segunda casi no tiene. Esta no descubre, ni en el estilo, ni en las ideas expresadas, la influencia de Pablo, mientras que la primera está saturada. 1ª Pedro insiste en "la esperanza" (1:3, etc.); 2ª Pedro en "el conocimiento." (1:2, 3, 8; 3:18.) Los sufrimientos expiatorios y la resurrección de Jesucristo, que ocupan un lugar tan grande en 1ª Pedro, no son mencionados en 2ª Pedro. Pedro, en su primera epístola, supone que sus lectores consideran inminente el regreso de Cristo, que él llama su "revelación" (gr. *apocálypsis;* 1:7, 13; 4:13); 2ª Pedro combate a los que niegan ese regreso y se burlan de las profecías que lo conciernen; ese regreso es designado por la palabra "parousía" (2) (1:16; 3:4, 12.) 3º El hecho de que la fe en el próximo regreso del Señor estaba conmovida, que muchos lo negaban y se burlaban de las profecías que lo concernían, es indicio de una época posterior al siglo apostólico. Otros detalles denotan igualmente un tiempo más alejado del origen y parecen extraños bajo la pluma del antiguo pescador galileo: el autor dice que las promesas son hechas a los creyentes a fin de que, por su medio, se hagan "partícipes de la naturaleza divina" (1:4), expresión que parece inspirada por la filosofía griega; califica de "santo" el monte de la transfiguración (1:18); la verdad salutífera es contenida entera en "las palabras dichas anticipadamente por los santos profetas" y en "el mandamiento del Señor y Salvador trasmitido por vuestros apóstoles," y parece olvidar que él es uno de ellos (3:2); todas las cartas de Pablo le son conocidas; las trata de "escrituras", como los libros santos del Antiguo Testamento (3:15, 16); persuadido de que sólo los escritos canónicos tienen autoridad, ha suprimido, en el capítulo que ha tomado de Judas, la cita del libro de Henoc (Judas, v. 14, 15); y, en su alusión a la disputa del arcángel Miguel con Satanás, incidente referido por el apócrifo *Asunción de Moisés,* se expresa en términos tan vagos, que es difícil comprender que tie-

(1) Spitta, *o. c.*, p. 386.

(2) Zahn, *Einleitung*, II, p. 91. Spitta, *Der zweite Brief des Petrus u. der Brief des Judas*, p. 533 y sig. *Zur Geschichte und Litteratur des Urchristenthums*, II, p. 399 y sig. En esta última obra, Spitta realza los puntos de contacto entre 2ª Pedro y el *Pastor* de Hermas. Infiere que este autor ha conocido 2ª Pedro.

(1) *Comentario sobre la II epístola de S. Pedro.* Argumento.

(2) Holtzmann, *Einleitung*, p. 321; von Soden, *Hand-Commentar*, III, II, p. 211. Comp. B. Weiss, *Einleitung*, p. 427, la lista de las expresiones comunes a ambos escritos.

ne en vista ese relato tomado de una fuente dudosa (2ª Pedro 2:11; comp. Judas 9.)

Tales son las principales razones por las cuales la gran mayoría de los críticos rehusan creer que Pedro sea el autor de la segunda epístola que lleva su nombre. La colocan entre los pseudoepígrafos que nos han llegado bajo el nombre de Pedro: el *Evangelio de Pedro*, el *Apocalipsis de Pedro*, la *Predicación de Pedro*, escritos todos que datan del segundo siglo. Los unos la hacen aparecer entre 150 y 180 (1). Otros la colocan en la primera mitad del segundo siglo (2), o aun al fin del primero.

Sin embargo la autenticidad de nuestra epístola no ha cesado de encontrar defensores convencidos (3). Procuran probar que esta epístola es anterior a la de Judas. Explican las diferencias de estilo y de pensamiento que la distinguen de la primera epístola de Pedro, alegando la diversidad de los asuntos tratados y suponiendo que Pedro ha recurrido, para escribir ambas cartas, a secretarios diferentes; o bien que hizo redactar la primera por Silvano y él mismo escribió la segunda. Insisten en los términos comunes a ambas cartas. ¿No declara un teólogo cuyo juicio tiene autoridad, que, en cuanto al pensamiento general, ningún escrito se aproxima más a 1ª Pedro que 2ª Pedro (4)? La 2ª epístola se dirigiría a otros lectores que la 1ª, a saber a cristianos de origen judío, habitantes de la Palestina o de las regiones vecinas (5). La carta que Pedro les había escrito precedentemente (3:1) y que trataba de los últimos tiempos, así como la carta dirigida por Pablo a esos judeo-cristianos (3:15), no han llegado hasta nosotros. Si Pedro habla de "todas las cartas de Pablo" (3:16), se puede solamente inferir que había tenido conocimiento de una parte considerable de la vasta correspondencia de su colega; y si agrega que "los ignorantes y los mal afirmados las tuercen *como las otras escrituras*, o escritos", no se debe entender esta expresión de los libros canónicos del Antiguo Testamento, sino de escritos contemporáneos, de cartas que emanaban de colaboradores

---

(1) Hilgenfeld, Sabatier. Mangold, Holtzmann, Jülicher. Harnack (*Chronologie*, p. 470 y sig.) supone que fué escrita en Egipto entre 160 y 175. En el cap. 3, el autor toma del *Apocalipsis de Pedro*.

(2) Huther. Von Soden, etc.

(3) F. Spitta, *Der zweite Brief des Petrus und der Brief des Judas*, 1885. Zahn, *Einleitung*, II. p. 43 y sig. Burger, *Die Briefe des Jakobus, Petrus und Judas*, en el Comentario de Strack y Zöckler, 2ª edic., p. 209.

(4) B. Weiss, *Stud. u. Krit.*, 1866. *Einleitung*, 1897, p. 427.

(5) Por esto Pedro escribe su nombre en la forma hebraica de *Simeón*. Zahn, *Einleitung*, II, p. 51.

de Pablo, o de tratados de las cosas finales de pequeños apocalipsis, como circulaban en cierto número entre los cristianos de las primeras generaciones (1).

Los defensores de la autenticidad insisten también (2) en la dificultad moral que presenta la suposición de un fraude piadoso, cometido por un autor cuyo escrito está, por otra parte, inspirado en el más puro espíritu del evangelio. Calvino no puede, por esta razón, admitir la inautenticidad completa de la epístola, "pues sería, dice, una simulación indigna de un siervo de Jesucristo." Como sin embargo no encuentra en la epístola "la verdadera y natural frase de san Pedro", el reformador supone que el apóstol, de edad avanzada y sintiendo venir la muerte, ordenó a uno de sus discípulos poner por escrito su pensamiento (3). ¿No debe detenernos hoy el escrúpulo expresado por Calvino? Nosotros conocemos, es verdad, toda una literatura, judía y cristiana, de inspiración a menudo muy elevada, cuyos autores no han vacilado en tomar los nombres de personajes conocidos y venerados, para dar mayor autoridad a sus escritos. Sin embargo, el autor de nuestra epístola se afirma como el apóstol Pedro, recuerda la predicción que Jesús le hizo (1:14), se da por testigo ocular de la transfiguración (1:16-18), con una insistencia que no deja de producir una impresión penosa, si todo eso es pura ficción.

Ha sido uno, pues, inducido a preguntarse si por lo menos las partes de la epístola donde se encuentran esas declaraciones no se remontarían al apóstol Pedro. Cuando se considera el orden de los pensamientos (comp. pág. 266), se comprueba que el capítulo 2 carece de conexión marcada con lo que precede y lo que sigue, mientras que el capítulo 1º introduce naturalmente el capítulo 3. De esta comprobación ha nacido la suposición de que la epístola no comprendía primitivamente más que los capítulos 1 y 3; que el capítulo 2, o más exactamente el fragmento 1:20 a 3:2, habría sido intercalado en el texto primitivo (4). En 3:3 reapa-

---

(1) Spitta, *o. c.*, p. 292 y sig. Zahn, *Einleitung*, p. 99. Kühl, *Die Briefe Petri un Judae* (Comentarios Meyer), 6ª edic., Introducción, p. 374.

(2) Burger, *o. c.*, p. 182.

(3) *Comentario sobre la II Epístola de S. Pedro*. Argumento.

(4) Esta hipótesis, ya indicada por Berthold, J. P. Lange, Gess, ha sido reanudada y es defendida con convicción por Kühl, en la última edición (1897) de su comentario (colección Meyer). Kühl hace empezar la interpolación con el cap. 2. Nos parece preferible remontarse a las palabras: *sabiendo ante todo esto*, 1:20, que reaparecen en 3:3. Se tendría así en el texto mismo un indicio de la introducción del fragmento no auténtico. El pensamiento primitivo aparece ligado más claramen-

recen las palabras: *sabiendo ante todo esto,* que estaban ya en el principio del versículo 20 del capítulo 1. Si se suprime ese fragmento, el pensamiento presenta un encadenamiento perfecto: el autor acaba de recordar la transfiguración, que es prenda del "advenimiento del Señor"; y que ha confirmado para los que fueron testigos de ella "la palabra de los profetas;" ha exhortado a sus lectores a "aplicarse a esa palabra que les servirá de lámpara hasta que amanezca el día y se levante en sus corazones la estrella de la mañana" (1:19); deben aplicarse a ella tanto más cuanto que "saben que en los últimos días vendrán escarnecedores que negarán ese advenimiento glorioso del Cristo" (3:3.)

Con el capítulo 2, que se elimina así, cae el principal argumento contra la autenticidad de nuestra epístola: las tomas de la epístola de Judas. Suprimiendo 3:1 y 2, se hace desaparecer la alusión a una primera carta, que presenta dificultades, porque los destinatarios de nuestra epístola no son los mismos que los de la primera epístola canónica y nada confirma la hipótesis de una carta perdida; se hace desaparecer también esta frase: "Que recordéis las palabras dichas anticipadamente por los santos profetas y *el mandamiento* del Señor y Salvador *trasmitido por vuestros apóstoles,*" que parece extraño bajo la pluma de Pedro.

La hipótesis de una interpolación puede volverse bastante plausible, si se representa uno como sigue las circunstancias en que esta ha sido hecha. Pedro había dirigido una epístola, compuesta de 1:1-19 y 3:3-18, a cristianos que empezaban a relajarse en su espera vigilante del advenimiento del Señor, y a quienes juzgaba necesario prevenir contra la invasión de los que negarían ese regreso. Más tarde, Judas, escribiendo al mismo grupo de cristianos para ponerlos en guardia contra los libertinos que estaban desde hacía poco en acción entre ellos, citó la predicción que Pedro les había hecho en su carta (Judas 18.) Esta predicción, podía aplicarla a los libertinos que combatía, tanto mejor cuanto que Pedro había caracterizado incidentalmente a los burladores que anunciaba, como personas "que andan según sus propias concupiscencias" (1).

Por último, en el segundo siglo, un desconocido combina la

te. La frase de 1:20b, 21, es obscura y de sentido discutido; podría ser la obra del interpolador. Es la opinión de Gess. (*Christi Person und Werk,* 2ª edic., II. p. 414.)

(1) Así se explicaría el hecho de que Judas 18 parece contener una cita de 2ª Pedro 3:3, mientras que en los puntos comunes entre Judas y 2ª Pedro 2, es Judas quien parece ser el escrito original.

carta primitiva de Pedro con la de Judas, para hacerla aplicable a las circunstancias en que estaban colocadas las iglesias por la invasión de herejes gnósticos que preconizaban una libertad carnal (1).

La posibilidad de una interpolación es establecida por los ejemplos que presentan el evangelio de Juan (8:1-11) y la primera epístola de Juan (5:7, 8); pero hay alguna temeridad en conjeturar una interpolación cuando ningún documento del texto ha conservado huellas de ella.

Y aun reducida a los capítulos 1 y 3, la segunda de Pedro no se impone a nuestro asentimiento como una obra del apóstol. Algunas de las objeciones levantadas contra su autenticidad subsisten en toda su fuerza: así el silencio que guardan a su respecto los Padres del segundo siglo; la diferencia de los pensamientos y del estilo, atenuada, pero no suprimida, por la eliminación del capítulo 2; la manera como se habla (3:15, 16) de Pablo y de sus epístolas.

Por esto, aunque reconociendo el valor de los argumentos alegados en apoyo de esta hipótesis, no podríamos mirar como demostrada la existencia de una epístola del apóstol Pedro compuesta de los capítulos 1:1-19 y 3:3-18 de la segunda epístola canónica; y estimamos que el problema planteado por este escrito espera aún su solución.

IV

ANALISIS

Se pueden distinguir tres partes en la epístola:

1. La práctica de las virtudes cristianas, recomendada por un apóstol que predica el advenimiento del Señor, después de haber sido testigo de su transfiguración (Cap. 1.)

2. Los falsos doctores; su aparición predicha, su castigo probado por ejemplos, su conducta caracterizada. (Cap. 2.)

3. El advenimiento del Señor y el fin del mundo, demostrados a los que los niegan. Exhortación a la vigilancia. (Cap. 3.)

(1) Kühl (*o. c.*, p. 375) supone que la interpolación fué hecha en la primera mitad del segundo siglo. Podría haber sido hecha por el autor del *Apocalipsis de Pedro*, un fragmento del cual recientemente encontrado presenta curiosas analogías con 2ª Pedro 2. Los dos escritos datarían de la misma época.

SEGUNDA EPISTOLA DE PEDRO

I. La práctica de las virtudes cristianas recomendada por un apóstol que predica el advenimiento del Señor, tras haber sido testigo de su transfiguración

(Cap. 1)

A. 1-11. Dirección de la epístola. El don que los cristianos han recibido y los esfuerzos que deben hacer para poseer los diversos frutos de la vida cristiana y estar seguros de entrar en el reino eterno de Jesucristo. — 1º *Firma y voto.* Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, escribe a los que tienen en suerte la fe cristiana, y les desea gracia y paz por el conocimiento de Dios y de Jesús (1, 2). — 2º *Privilegio y obligaciones. a) La gracia recibida.* La divina potencia nos ha dotado de todo lo necesario para llevar una vida piadosa, cuando nos ha hecho conocer al Salvador, quien cumple las promesas haciéndonos partícipes de la naturaleza divina, tras habernos arrancado a la corrupción del mundo (3, 4). — *b) Cualidades a adquirir para afirmar nuestra vocación.* Haced pues todos los esfuerzos que podáis para agregar unas a otras las diversas cualidades morales que os han de hacer progresar en el conocimiento de Jesucristo. Quien no las posee es un ciego: ha olvidado que ha recibido la purificación de sus pecados pasados. Dedicaos pues a hacer firme vuestra elección, y os será ampliamente concedida la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (5-11).

I Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo [1], a los que han obtenido en suerte fe igualmente preciosa que la nuestra [2] en la

1. Véase sobre estos títulos 1ª Pedro 1:1; Rom. 1:1; Jac. 1:1 y comp. la introd. a nuestra epístola. *Simeón* (*Sin., A, mayúsc.*), el nombre del apóstol sólo se encuentra en Act. 15:14 bajo esta forma que se acerca más a la consonancia hebraica. *Simón* (*B*) es la forma ordinaria, que reproduce la pronunciación griega. Los nombres de *Simón Pedro* son asociados en Luc. 5:8; Mat. 16:16, y en el evangelio de Juan.

2. Gr. *A aquellos a quienes ha tocado* (por la *suerte,* Luc. 1:9; Juan 19:24) *una fe de igual precio que a nosotros.* Este verbo expresa fuertemente la soberanía de la gracia, la única que produce una *fe* viva. Esta es un don de Dios, de un *precio* infinito, puesto que tiene por fruto la vida eterna. Es del *mismo precio,* porque ella tiene los mismos efectos, para los lectores de la epístola y para los que el autor designa por *nos-*

2 justicia del Dios nuestro y Salvador Jesucristo [3]: ¡Gracia a vosotros y paz sea multiplicada por el conocimiento de Dios y de Jesús el Señor nuestro [4]!

3 Como su divina potencia nos ha donado todas las cosas que

otros. Se ha aplicado este *nosotros* a los apóstoles, que serían distinguidos de los simples fieles como formando una clase aparte; se lo ha entendido de los cristianos de origen judío, a los cuales pertenecía el autor, mientras los destinatarios de la epístola serían cristianos de origen pagano. (Comp. Act. 11:17). Pero es más natural pensar que en este *nosotros* el autor comprende a todos los que poseen la fe común a todos los cristianos, o que comparten ya sus convicciones respecto de los hechos y de las verdades que va a recordar a sus lectores (Reuss).

3. El complemento: *en la justicia de nuestro Dios,...* es referido por algunos al calificativo *de igual precio*: lo que da a su fe un precio igual es la justicia de nuestro Dios. Mas los términos que así se reúnen están separados en la frase griega. Otros lo conectan con el verbo: "Los que, *en* o *por la justicia de nuestro Dios,...* han recibido en suerte una fe..." Mas no es la justicia lo que da la fe, sino más bien la fe lo que echa mano de la justicia, a menos que se entienda por la justicia de Dios el atributo en virtud del cual él da a todos, a los paganos como a los judíos, una fe de igual precio. Vale más construir *una fe en la justicia,* o *fundada en la justicia de Dios.* La palabra *justicia* puede entonces tomarse en el sentido que tiene en las epístolas de Pablo (comp. Rom. 1:17; 3:21-31); es la *justicia* perfecta, con que el Salvador viste a sus redimidos delante de Dios; y que por una parte, es imputada a su fe, los hace justos a los ojos de Dios y, por la otra, los renueva y santifica interiormente; doble efecto proveniente de la misma causa. La mayor parte de los intérpretes traducen: *de nuestro Dios y del Salvador Jesucristo.* Es más conforme a la gramática griega traducir: *de nuestro Dios y Salvador Jesucristo,* pues el artículo no es repetido delante de *Salvador.* Una fórmula semejante se encuentra en 1:11; 2:20; 3:18, donde el autor dice: "Nuestro Señor y Salvador Jesucristo". Según la analogía de esos pasajes se ha producido, en nuestro versículo, la variante de *Sin.* que reemplaza *Dios* por *Señor.* Mas lo que parece indicar que la voz *Dios* no es un simple atributo de *Jesucristo* (comp. Tito 2:13, nota), y que el autor tiene realmente en el pensamiento al Padre y al Hijo, es que en el versículo siguiente nombra primero a *Dios,* luego a *Jesús nuestro Señor.*

4. Este voto es expresado aquí en los mismos términos que 1ª Pedro 1:2; comp. Judas 2; sólo que el autor agrega el medio por el cual la gracia y la paz pueden *sernos multiplicadas*: *en* o *por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor.* (Algunos documentos tienen el texto abreviado: *conocimiento de nuestro Señor*). Este *conocimiento* no es puramente intelectual; es un conocimiento del corazón, que se basa en una comunión íntima con el Salvador y en la experiencia de su gracia. (Comp. v. 3; Juan 17:3, nota; Efes. 1:17; Col. 3:10). Varios editores e intérpretes (Lachmann, Westcott y Hort, Rilliet, Spitta, von Soden) estiman que el voto del v. 2 se prolonga hasta el v. 4. Sería necesario, en este caso, separar los v. 2 y 3 por una simple coma y poner un punto al fin del v. 4.

conciernen a la vida y a la piedad [5], por medio del conocimiento

4 del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud [6], por medio de las cuales las preciosas y grandísimas promesas nos han sido donadas [7], para que por medio de éstas [8] os hagáis partícipes de

5. La *vida* es la vida interna del alma, que tiene su origen en Dios mismo (v. 4, 3ª nota; 1ª Juan 4:9), que empieza por la regeneración, y que debe crecer hasta la perfección. La *piedad* (esta palabra no aparece, salvo en Act. 3:12, más que en las epístolas pastorales) es la manifestación de esta vida en sus relaciones con Dios. Todo lo necesario para crear y mantener la vida y la piedad es un *don gratuito* de Dios; mas eso es para los cristianos un motivo urgente de poner ellos mismos todos sus cuidados, todos sus esfuerzos, en hacer continuos progresos en esa vida interna (v. 5). Los v. 3-7 forman una sola frase, cuyo primer miembro son los vers. 3 y 4, que indican los motivos que el cristiano tiene de obrar; luego los v. 5-7 le exhortan a una actividad personal cuyo programa trazan. Hay, en efecto, en la experiencia de cada fiel, un tiempo en que es más bien pasivo y no hace casi más que recibir los ricos dones de la gracia de que el apóstol habla en el v. 3; luego viene un tiempo en que Dios llama toda la energía de su voluntad, y le pide que aplique todas sus facultades en poner por obra, en medio de dificultades y de luchas, lo que él le ha dado. Este tiempo había venido para los primeros lectores de esta carta. El autor les recuerda que sería peligroso contentarse con un *conocimiento* estéril, alimento del orgullo, mientras por fuera se preparaban tentaciones y luchas donde ninguno podría vencer sino por la potencia de una fe llena de vida y de energía. Todas las epístolas escritas hacia fines del período apostólico, las cartas pastorales de Pablo, las epístolas de Pedro, de Juan, de Judas, están llenas de este grave y santo pensamiento.

6. Todo nos es *dado* objetivamente por *la divina potencia* de Jesucristo y subjetivamente por *el conocimiento de Aquel que nos ha llamado,* a saber Dios el Padre (1ª Pedro 1:15). *Conocimiento* es tomado en el sentido indicado en el v. 2, nota. Nuestra vocación, que es una parte de la obra de la gracia, es atribuída a la *gloria* de Dios, es decir a la acción de sus perfecciones, y especialmente a su *virtud,* lo que quiere decir su fuerza divina. (Comp. 1ª Pedro 2:9). Algunos intérpretes (Spitta, von Soden) entienden por *Aquel que nos llamó,* Jesús (v. 2). *Su gloria* sería la que los apóstoles contemplaron sobre el monte (v. 16 y sig.), su *virtud,* la de su vida santa, que los llevó a la convicción de su dignidad de Mesías (Mat. 16:16).

7. Las *preciosas y muy grandes promesas* que el autor atribuye a la gloria y la virtud de Dios, a todas sus perfecciones que en ellas se manifiestan, no son solamente las promesas hechas por los profetas, sino su cumplimiento en Cristo Jesús. Se encuentra a menudo la voz *promesa,* por la *cosa prometida* (Act. 13:32, 33; 26:6; Rom. 15:8; 2ª Cor. 7:1; Gál. 3:22; Efes. 3:6). Según otros, se trataría de las *promesas* o profecías relativas al advenimiento del Señor (v. 11,12 y sig.; 3:4,9,13).

8. Por estas *promesas* cumplidas, que encierran toda la obra de la gracia; o, según otros, por todas las cosas que contribuyen a la vida y a la piedad (v. 3); la idea sería la misma en el fondo.

9. Tal es la profundidad y la magnitud de la obra de Dios en el hom-

la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en 5 el mundo por la concupiscencia [9]; sí, y por esta misma causa, habiendo puesto de vuestra parte toda diligencia [10], mostrad en 6 vuestra fe la virtud, y en la virtud el conocimiento, y en el conocimiento la templanza, y en la templanza la paciencia, y en la 7 paciencia la piedad, y en la piedad el amor fraternal, y en el amor 8 fraternal la caridad [11]. Porque teniendo vosotros estas cosas y

bre pecador, que por ella él llega a ser realmente *partícipe de la naturaleza divina.* El Nuevo Testamento nos enseña en todas partes que hay entre Dios y el hombre la misma relación que entre un padre y su hijo, y esta relación es establecida por el nuevo nacimiento cuyo principio y origen es Dios (Gál. 3: 26; Rom. 8:14-16; Hebr. 12:7; Juan 1:12,13; 3:6; 1ª Juan 3:9); mas nuestro autor presenta este gran pensamiento en el contraste más sorprendente: de un lado, *la corrupción que está en el mundo,* a la cual los cristianos han escapado *huyendo;* y por el otro, *la naturaleza divina,* ¡de la que participan! "Es esta una palabra tal cual no hay semejante ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. Pero ¿qué es la naturaleza de Dios? Es la eterna verdad, la eterna justicia, la eterna sabiduría; es la vida, la paz, el gozo, la felicidad eternas; es todo lo que se puede nombrar de bueno y de hermoso. Ahora bien: llegar a ser participantes de la naturaleza divina, es compartir todo eso; es vivir eternamente, tener eternamente la paz y el gozo; es ser puro, justo, santo, omnipotente contra el diablo, el pecado y la muerte. Por esto la palabra de Pedro significa: así como no es posible quitar a Dios lo que constituye su naturaleza, de modo que no sea más la eterna vida y la eterna verdad, así tampoco es posible quitároslo; si se os hace mal, es hacérselo a él mismo; para oprimir a un cristiano es necesario oprimir a Dios". *Lutero.*

10. *Y a causa de esto mismo* (var. de *A*: *y vosotros también*), en razón de las gracias que habéis recibido, *poniendo,* en el cumplimiento de vuestra tarea moral, *toda solicitud,* todo el celo que podáis. (Comp. v. 3, 1ª nota).

11. Estos diversos rasgos de la vida cristiana, que debemos *añadir* unos a otros, no son nombrados en un orden fortuito, ni simplemente yuxtapuestos; forman más bien un todo orgánico; cada rasgo supone el precedente y a su vez lo completa; o, para hablar con *Bengel*: "Estos frutos de la vida cristiana son presentados en gradación: el precedente produce el siguiente y lo hace fácil, y el subsiguiente modera el precedente y lo hace perfecto". La *fe* es la raíz sobre la cual crece la *virtud.* Por esto hay en griego: *"producid* (proveed, como un pago) *con* vuestra fe la virtud, y *con* la virtud la ciencia", y así con todos los términos de esta enumeración. La *fe* es el don inicial que los destinatarios de la epístola han recibido de Dios (v. 1), el talento que tienen que hacer valer para hacerle producir todos los frutos de la vida cristiana. La fe debe producir la *virtud*: así como precedentemente (v. 3 y 1ª Pedro 2:9) esta palabra aplicada a Dios significa la *fuerza* divina; igualmente, como fruto de la fe en el hombre, indica la *fuerza* y la *energía* del alma, el coraje del cristiano que sabe en quién ha creído y lo que debe hacer. (Comp. Fil. 4:8, nota). Una fe así puesta en práctica en una conducta firme y segura en-

abundando, no ociosos ni sin fruto os constituyen cuanto al co- 9 nocimiento del Señor nuestro Jesucristo [12]; porque el que no tiene estas cosas ciego es, corto de vista [13], habiendo olvidado la 10 purificación de sus antiguos pecados [14]. Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas de cierto no sucumbiréis ja- 11 más; porque así os será ricamente provista la entrada al reino eterno del Señor nuestro y Salvador Jesucristo [15].

gendra y aumenta de día en día la *ciencia,* no solamente en el sentido intelectual de esta palabra (v. 2, nota), sino sobre todo esa ciencia (conocimiento) práctica de la vida que la experiencia sola puede dar, el discernimiento de lo que es nuestro deber y de la manera cómo debemos cumplirlo. La fe, la fuerza de alma, la ciencia práctica inspiran siempre a aquel en quien están reunidas la *templanza;* ésta no se limita a la comida y la bebida o a tales otros goces sensuales (1ª Cor. 7:9; Act. 24:25); implica esa moderación del espíritu y del corazón, ese dominio de sí mismo y de sus pasiones, por el cual el cristiano, viendo claramente el deber, se encuentra libre para cumplirlo (Eclesiástico 18:30). Vienen las pruebas, la persecución por el nombre de Jesús; ese cristiano, dueño de sí, está también listo para soportar todo con la *paciencia* que dan y mantienen las disposiciones que preceden. En una vida compuesta y regulada de tal suerte, todo se refiere a Dios, a su voluntad, a su temor; el alma mira sin cesar a él y vive en su comunión. Tal es la verdadera *piedad* (v. 3). Por último, puesto que Dios es amor, ninguno puede vivir así en él sin amar (1ª Juan 4:20); ama a sus hermanos primero con *amor fraternal* (1ª Pedro 1:22), y a todos los hombres con sincera *caridad* (1ª Tes. 3:12; Gál. 6:10).

12. Motivo en apoyo (*porque*) de la exhortación precedente: cuando éstos rasgos del carácter *están* en un hombre y *abundan* en él, o se multiplican, su vida está en continuo progreso; ella no queda *ociosa ni estéril para el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.* Estas gracias de Dios son otros tantos escalones que conducen a un conocimiento cada vez más completo de Jesucristo, conocimiento que es el fruto de la experiencia, el coronamiento así como el principio de la vida cristiana. (Comp. v. 2, nota; v. 3; 2:20; Col. 1:10; Efes. 4: 13; Fil. 3:10).

13. Precisamente lo opuesto de lo que precede: el conocimiento de Jesucristo, luz divina, hace penetrante la vista. La palabra griega traducida por: *corto de vista,* es el participio del verbo *ser miope.* Colocado después de las palabras: *es ciego,* ese participio atenúa su sentido: o por lo menos es miope. Los hombres más clarividentes en las cosas de este mundo son a menudo *cortos de vista,* son hasta *ciegos,* en cuanto se trata de la vida de su alma y de su porvenir eterno.

14. Gr. *Habiendo olvidado la purificación de sus pecados de otro tiempo.* En ésto consiste su miopía, su ceguedad. Cristiano abortivo, cuyo desarrollo no se ha producido, ha olvidado la purificación de sus pecados pasados, que había obtenido en el momento de su bautismo, cuando Dios le hizo gracia y le llamó (v. 3, 10); y por una consecuencia natural, ha recaído en el pecado (Hebr. 6:4-6).

15. ¿Cómo es posible para el cristiano *afirmar* su vocación y su *elec-*

B. 12-21. SOLICITUD DEL APÓSTOL POR SUS HERMANOS. SUS INSTRUCCIONES RELATIVAS AL ADVENIMIENTO DEL SEÑOR ESTÁN BASADAS EN LA TRANSFIGURACIÓN DE JESÚS, DE QUE FUÉ TESTIGO, Y POR LA CUAL FUÉ CONFIRMADA LA PALABRA DE LOS PROFETAS. — 1º *El apóstol preocupado por advertir a sus hermanos.* No cesará de recordarles sus enseñanzas, mientras more en esta tienda, pues sabe que la abandonará súbitamente, según la predicción del Señor. Pero hará de modo que después de su partida sus hermanos puedan conservar el recuerdo de sus instrucciones (12-15). — 2º *Las enseñanzas de Pedro sobre el regreso del Cristo garantizadas por lo que vió y oyó sobre el santo monte.* No anuncia el advenimiento del Señor según invenciones humanas, sino como testigo ocular de su gloria y por haber oído la voz de Dios que le proclamaba su amado hijo (16-18). — 3º *La palabra profética confirmada, nuestra lámpara mientras viene el día.* Esta experiencia ha hecho más cierta, a los ojos del apóstol, la palabra de los profetas. Por esto recomienda a sus lectores prestarle plena atención. Ella les servirá de lámpara hasta que se levante en sus corazones la estrella de la mañana. Sepan ante todo que la profecía no nace de la voluntad del hombre, sino que los profetas hablaron bajo el impulso del Espíritu Santo (19-21).

ción, puesto que son esos dos actos de la gracia soberana de Dios? Nada más comprensible sin embargo. No siendo la vocación otra cosa que el llamamiento de Dios dirigido a un alma por su palabra, y hecho eficaz por su Espíritu, de manera que haya en esa alma, convicción, arrepentimiento, fe, obediencia, es bien evidente que la presencia de esas gracias comprueba la realidad de su causa. No es menos conforme a la experiencia cristiana que el ejercicio de un don de Dios, concienzudamente puesto en práctica, aumenta ese don; así el hombre puede y debe *hacer firme su vocación.* Esta es la manifestación de su *elección;* pues los que Dios llama son autorizados a creer en su elección; afirmar su vocación, es pues por eso mismo afirmar su elección. Por esta razón nombra el autor estos dos actos divinos en un orden inverso del que se esperaba: la vocación primero, la elección luego, aunque ésta preceda y determine aquélla. Dios elige a sus hijos para la santificación, para la obediencia (1ª Pedro 1:2), para que sean "para alabanza de su gloria" (Efes. 1:6,12); ellos tienen pues en la santidad de su vida una demostración evidente de su elección que, así, es *afirmada* para ellos. La mayor parte de los intérpretes infieren del orden en que el autor coloca los términos *vocación* y *elección,* que entiende por *elección,* no la selección que Dios hace en su consejo eterno, sino la separación de los cristianos de con el mundo, que se produce cuando salen del mundo para seguir el llamamiento de Dios (2ª Cor. 6:14-17; 1ª Pedro 2:9,10; Jac. 2:5). Sea lo que fuere, todo cristiano sabe que su fe se fortifica en proporción de su fidelidad, y se obscurece y desfallece bajo la influencia del pecado (Hebr. 3:14). La exhortación del v. 10ª es pues completamente fundada. La declaración del v. 9 hace resaltar su gravedad. Y para alentarnos a seguirla, tenemos esta preciosa promesa (10ᵇ, 11) *haciendo esto, no tropezaréis jamás, pues así os será ricamente* (lo opuesto de 1ª Pedro 4:18; comp. Luc. 6:38) *provista la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (Hebr. 12:28; 2ª Tim. 4:18).

12 Por lo cual habré siempre de haceros recordar estas cosas, aunque las conocéis y estáis afirmados en la verdad presente [16].
13 Justo considero, digo, mientras estoy en este tabernáculo, inci-
14 taros por la recordación [17], sabiendo que pronta es la remoción de mi tabernáculo, según también el Señor nuestro Jesucristo me
15 ha significado [18]; mas seré también diligente porque en todo tiempo [19] podáis después de mi partida hacer memoria de estas
16 cosas [20]. Porque no tras haber seguido fábulas hábilmente imaginadas os hicimos conocer la potencia y venida del Señor nues-

16. *Os haré recordar,* es la lección de *Sin., B, A, C;* el texto recibido, con algunas *mayús.,* tiene: *no descuidaré* el haceros recordar. La *verdad* les ha sido trasmitida, por el evangelio, y así les es *presente,* conocida (Col. 1:6). El autor no teme esta aparente contradicción, pues sabe a qué peligros están expuestos aun los más *firmes* y los que *conocen* mejor la verdad. Por eso no se cansa (comp. Fil. 3:1) de presentar *siempre,* todas las veces que tiene ocasión, a sus hermanos, los fundamentos de su fe (Rom. 15:14,15), que son el testimonio apostólico relativo a Jesucristo (v. 16,17), y la palabra profética en general, inspirada por el Espíritu de Dios (v. 19-21).

17. Esta *tienda,* comp. 2ª Cor. 5:1, 2ª nota. *Haciéndoos recordar,* gr. *por el recuerdo,* substantivo derivado del verbo empleado en el versículo precedente. Se borra esta relación traduciendo: *con mis advertencias.* (Comp. 3:1; 2ª Tim. 1:5).

18. Gr. *Que pronto es el depósito de mi tabernáculo.* Otros traducen: "que pronto deberé dejar esta tienda". El *depósito* es el acto de *remover,* para plegarla, la cobertura que forma la tienda. El Señor había *hecho conocer* esta dispensación a Pedro, ora por la profecía que mucho tiempo antes le había hecho (Juan 21:18 y sig.); ora, más bien, por alguna otra advertencia o por una visión. "¿Tiénese necesidad de una revelación particular para estar seguro de que pronto será necesario partir? ¿No sabemos que la vida no es más que un vapor, que no hay momento que no pueda ser para nosotros el último? Dios lo dice: el que pide más procura engañarse, no convertirse". *Quesnel.*

19. Gr. *En cada tiempo,* en toda ocasión, tan a menudo como tuviereis necesidad.

20. *Estas cosas* son todas las que conciernen la vida cristiana, la confirmación en la fe y en la esperanza del cielo (v. 10, 11, 12). Ahora bien, el autor, en su ardiente amor de las almas, *será diligente* (gr. *se apresurará*), ora en esta carta, ora en otros escritos, para que sus hermanos puedan, aun *después de su partida,* recordar siempre estas cosas. Algunos intérpretes que admiten la autenticidad de nuestra epístola ven aquí una alusión al evangelio de Marcos, que los antiguos Padres aseguran haber sido escrito bajo la dirección de Pedro. Esta alusión no es inadmisible, pues el autor tiene en vista el testimonio apostólico sobre la vida del Salvador, de la que va a citar un incidente sobresaliente (v. 16,17). Otros, para quienes la epístola no es auténtica, encuentran en estas palabras la indicación de los escritos que circularon bajo el nombre de Pedro en los primeros siglos.

tro Jesucristo [21] sino habiéndonos hecho testigos oculares de su
17 majestad; porque habiendo recibido de parte de Dios Padre honor y gloria, una tal voz habiéndole sido traída por la magnífica gloria: "El Hijo mío, el amado mío, éste es, en quien yo me
18 agrado", y esta voz nosotros oímos, del cielo traída, estando con
19 él en el santo monte [22]. Y tenemos por más firme la palabra profética [23], a la cual bien hacéis estando atentos como a lámpara

21. *Fábulas hábilmente compuestas,* es decir mitos, como aquellos en que los paganos contaban el origen o las apariciones de sus dioses (1ª Tim. 1:4; Tito 3:9). Por cuanto *fueron testigos oculares de su majestad* (v. 17) los apóstoles *hicieron conocer la potencia y el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo.* Su *potencia* es la que él ejerció con su palabra y con su vida, y que ejerce aún en el mundo para fundar su reino por el Espíritu Santo. Mas ¿qué debe entenderse por su *venida* o su presencia? Los unos refieren esta palabra a su vida sobre la tierra, los otros a su advenimiento futuro para el juicio. Todos los intérpretes actuales se pronuncian por este último sentido. El regreso de Cristo es el tema principal de la epístola (3:3 y sig.). El autor ve en la transfiguración un presagio y una prenda de la aparición del Señor en la gloria (v. 17-19).

22. *Honor* y *gloria* son dos términos sinónimos que designan la distinción de que Jesús fué objeto cuando la voz le fué dirigida. Este es el único detalle de la historia de la transfiguración sobre el cual el autor insiste. Varios intérpretes, es verdad, toman el término de *gloria* en su sentido de "brillo", de "irradiación" (2ª Cor. 3:7), y piensan que expresa el hecho mismo de la transfiguración de Jesús (Mar. 9:2, 3). Es su significado en la proposición que sigue: "de la magnífica *gloria*". El autor ha querido mencionar este hecho, puesto que afirma que fué *testigo ocular* de la majestad de Jesucristo. Otros afirman que el participio aoristo: esta voz *habiéndole sido traída,* expresa un hecho anterior al que expresan las palabras: (gr. *habiendo recibido gloria.* Según nuestro autor, la voz celestial resonó antes que Jesús hubiera sido transfigurado; los relatos de los sinópticos refieren los acontecimientos en el orden inverso. Tenemos pues aquí una relación original, que se remonta sin duda al apóstol Pedro. Estas observaciones son ingeniosas, pero hacen decir al texto más de lo que encierra. La *gloria* de que Jesús había sido revestido, la *voz* que le había designado como el *Hijo amado de Dios,* habían afirmado la fe de los apóstoles en su Maestro, en el momento en que iba a sufrir y a morir. Esta revelación era también apropiada para convencer a los cristianos del *advenimiento* glorioso de su Señor. Según la lección de *B,* admitida por Westcott y Hort, Weiss, Nestle (3ª edic.), el orden de las palabras, en la declaración: *Este es mi Hijo amado,* no es el mismo que en los pasajes paralelos de los sinópticos (Mat. 17:5, etc.). Nuestro texto sería pues independiente del suyo. [En esta versión española reproducimos exactamente esas palabras].

23. Gr. *Y tenemos más firme la palabra profética.* La palabra de los profetas del Antiguo Testamento aparece *más firme* a los que han sido testigos de su entero cumplimiento en la vida y la obra de Jesucristo, y especialmente a los que vieron su gloria y oyeron la voz celestial proclamarle el Hijo amado de Dios (v. 16-18). Para ellos el cumplimiento, en Jesús, de las profecías relativas al Mesías, no podía ya ser objeto de duda. Por ello, esas profecías habían sido demostradas como obra del Espíritu Santo (v. 21). La revelación de Dios en Cristo, certificada por los apóstoles que fueron testigos de ella, y comparada con la palabra profética que ella cumplió y sancionó, continúa siendo la luz divina para la Iglesia de todos los tiempos.

que brilla en lugar obscuro, hasta que amanezca el día y la estre-
20 lla de la mañana salga en vuestros corazones [24]; esto primero sabiendo, que ninguna profecía de la escritura viene de particu-
21 lar interpretación; porque no por voluntad de hombre fué alguna vez traída una profecía, sino que por el Espíritu Santo impulsados hablaron hombres de parte de Dios [25].

24. El *lugar obscuro* (literalmente: *seco, sucio*) donde *brilla la lámpara* de la palabra profética, es, según la mayor parte de los intérpretes, el mundo donde transcurre nuestra vida actual (Fil. 2:15), o más especialmente el porvenir tenebroso de los últimos tiempos; y el momento en que *el día amanecerá* y en que *se levantará la estrella de la mañana,* es el regreso de Cristo y la plena manifestación de la verdad en el cielo, o, forzando más la comparación, el momento en que aparecerán la señal del Hijo del hombre y los presagios de su venida (Mat. 24:30), y en que los creyentes podrán alzar la cabeza, porque su liberación estará cerca (Luc. 21:28). Para otros (de Wette), el lugar obscuro representa los tiempos antes de la venida del Salvador (Mat. 4:16; Lucas 1:79). El es la *estrella de la mañana* (gr. *el porta-luz*). El apareció en el mundo como el Sol de la justicia, y brilla *en los corazones* que en él creen. Mas los que no tienen aún esa luz *bien hacen de estar atentos* a la lámpara profética, hasta que Cristo los haya iluminado (Efes. 5:14). Entonces la palabra de los profetas no les será inútil; al contrario, la tendrán por *más firme,* les servirá de testimonio, con la revelación apostólica, para fortalecer su fe. (Véase la nota precedente). Se objeta a esta interpretación que la epístola es dirigida a hombres que poseen ya la fe en Cristo (v. 1,12).

25. *Ninguna profecía de la escritura viene de una interpretación particular* (v. 20), es decir que el profeta mismo, cuando la recibía, por una visión, un sueño (Gén. 40:8), o una inspiración del Espíritu, con frecuencia no comprendía al principio su sentido ni alcance; pero no se permitía interpretarla empleando su razón, sus reflexiones en escudriñar el porvenir que le era indicado, mezclando previsiones humanas a la revelación divina (1ª Pedro 1:10-12, nota; comp. Gén. 41:15,16; Dan. 2). Le era necesario, antes de *hablar,* un nuevo auxilio, que el autor nombra en el v. 21, donde expone, para confirmar (*porque*) su aserto precedente, primero negativa, luego positivamente, el principio de toda profecía: *jamás profecía fué traída,* inspirada, producida *por* la propia *voluntad de un hombre,* por su espíritu o su genio; *sino que* (gr. *llevados* ellos mismos, *impulsados por el Espíritu Santo, hombres hablaron de parte de Dios.* La mayor parte de los comentadores piensan que la *interpretación* se aplica a la profecía ya formulada; traducen: Ninguna profecía es objeto de interpretación individual", sólo el Espíritu Santo puede llevar a los que la leen a entender bien su sentido. Se puede ob-

II. Los falsos doctores
(Cap. 2)

A. 1-13a. Los estragos que harán los falsos doctores. Su castigo probado por ejemplos. — 1º *Su acción funesta.* Así como hubo falsos profetas, habrá entre vosotros falsos doctores. Negando a su Salvador, atraerán sobre sí repentina ruina. Muchas personas participarán de sus orgías; el evangelio será calumniado por causa de ellos. La avaricia los llevará a explotaros con palabras engañosas. Mas su culpabilidad crece, y su ruina se hace cada vez más cierta (1-3). — 2º *Ejemplos de impíos castigados por Dios.* No perdonó a los ángeles que habían pecado, ni al mundo contemporáneo de Noé, ni a Sodoma ni a Gomorra. Salvó a Lot, harto de los crímenes de que era testigo (4-8). — 3º *Aplicación de esos ejemplos a los falsos doctores.* El Señor libra pues a los hombres piadosos y castiga a los injustos, sobre todo a los que, inflamados de carnales concupiscencias, llenos de arrogancia, desprecian la autoridad e injurian las dignidades que sin embargo son respetadas por ángeles más poderosos que ellos. Ellos, que blasfeman lo que no conocen, perecerán con la muerte de las bestias, frustrados del provecho que esperaban sacar de su conducta inicua (9-13a).

II Mas fueron también falsos profetas en el pueblo, como también entre vosotros habrá falsos maestros [1], los cuales introducirán secretamente herejías destructivas [2], aun al Dueño que los

jetar a esta explicación que: 1º el autor habría sobrentendido el pensamiento principal; 2º la idea que expresaría cuadra mal con el contexto: el autor acaba de exhortar a sus lectores a "atender a la palabra profética, que es para ellos como una lámpara en lugar obscuro" (v. 19); ¿y ahora haría la reserva de que esa palabra les quedará ininteligible sin el auxilio del Espíritu Santo? 3º Traduciendo: "Es objeto de interpretación individual", se vierte inexactamente el verbo *llegar a ser* acompañado del genitivo, que indica más bien la proveniencia. El texto recibido (*Sin., A*), tiene: *los santos hombres de Dios hablaron.* La lección que hemos seguido, y que es admitida por la mayor parte de los editores, es la de *B*.

1. Al lado de los hombres de Dios, que hablaban impulsados por su Espíritu (1:21), hubo siempre en el pueblo de Israel *falsos profetas;* los cristianos no debían pues extrañarse, sino estar en guardia, si, en medio de ellos, se levantaban *falsos doctores.* Nuestro autor, como Pablo en sus epístolas pastorales (véase sobre todo 1ª Tim. 4:1 y sig.), y Juan, en su primera carta, señala a sus lectores el peligro de que estaban amenazados por esos hombres, y denuncia severos juicios de Dios sobre los que arrastraban las almas a perniciosos errores.

2. Gr. *Herejías de perdición,* que conducen las iglesias y las almas a la ruina. La palabra *herejía* es empleada en 1ª Cor. 11:19; Gál. 5:20, y a menudo en los Actos, en el sentido de división, separación, secta. Pero el verbo *introducir furtivamente,* y la característica que el autor da de esas manifestaciones muestran

compró negando, trayendo sobre sí mismos pronta perdición [3].
2 Y muchos seguirán sus lascivias [4], por causa de quienes el ca-
3 mino de la verdad será blasfemado [5]; y por avaricia, con artificiosas palabras, harán mercadería de vosotros [6]; para quienes el juicio desde hace mucho no está ocioso, y su perdición no dor-
4 mita [7]. Porque si Dios no fué indulgente con ángeles cuando hubieron pecado, sino que habiéndolos arrojado al infierno los en-
5 tregó a fosas de obscuridad, siendo reservados para juicio [8]; y con el antiguo mundo no fué indulgente, sino que preservó a Noé, heraldo de justicia, con otros siete, habiendo traído un diluvio
6 sobre un mundo de impíos [9]; y las ciudades de Sodoma y de Gomorra habiéndolas reducido a cenizas las condenó por destrucción, habiendo establecido un ejemplo para los que habrán de

que tiene en vista *herejías,* y no simples divisiones.

3. *Negar al Dueño* (Judas 4) es sobre todo criminal de parte de los que saben que *los compró* al precio de su sangre (1ª Cor. 6:20; 7:23; Apoc. 5:9). Esta negación, ora en la doctrina, ora por las obras, es el rasgo característico de *la herejía de perdición,* que *atrae* sobre los que la siguen *una repentina perdición;* pues donde el Salvador es rechazado, no hay ya para el hombre pecador ninguna esperanza de salvación, tanto menos cuanto que añade a sus pecados el más grave de todos, que es esa repulsa misma. (Comp. 1ª Juan 2:23; 4:2; 5:12; 2ª Juan, v. 7,9).

4. El texto recibido (*minúsc.*) tiene: *perdiciones,* en lugar de *lascivias* (*mayúsc.*). Esta palabra designa todos los pecados de la carne. (Comp. 1ª Tim. 1:10, nota).

5. *El camino de la verdad* es el evangelio de Jesucristo (Act. 18:25, nota); es siempre *blasfemado* en el mundo a causa de la mala conducta de los que lo profesan.

6. Comp. Judas 16; 1ª Tim. 6:5; Tito 1:11.

7. El *juicio* de Dios puede tardar en cumplirse, pero su cumplimiento es cierto. *No está ocioso,* sin resultado (misma palabra para caracterizar la fe sin obras, Jac. 2:20); "los intereses de la deuda se acumulan" (Von Soden).

8. Primer ejemplo destinado a probar que el juicio de Dios se cumple: la condenación *de los ángeles que habían pecado.* Comp. Judas v. 6, donde el pecado de los ángeles es caracterizado. Los dos autores aluden a Gén. 6:1 y sig. Esos ángeles caídos son descriptos como *precipitados* (gr.) *en el Tártaro,* donde *Dios los entregó* para que sean *guardados para el juicio.* Tal es la idea principal a la que es añadida la espantosa figura de *fosas* (*Sin., A, B, C*) o de *cadenas* (texto recibido, *mayúsc.*) *de obscuridad,* a las cuales Dios los *entregó.* En cuanto al objeto del autor, que es el de establecer la certeza del juicio de Dios, el ejemplo citado impone esta conclusión: con mayor razón alcanzará el juicio al hombre pecador, puesto que no perdonó Dios a esos ángeles.

9. Este ejemplo de la justicia divina, el *diluvio* (gr. *cataclismo*) no tiene necesidad de comentario alguno. Es citado a menudo en la escritura (Véase 1ª Pedro 3:20, nota; Mat. 24:38,39). Noé fué *heraldo de justicia,* ya por su obediencia, y por las advertencias que su conducta daba al mundo (Hebr. 11:7). La expre-

7 vivir impíamente [10]; y libró al justo Lot, estando abrumado por 8 la lasciva conducta de los malvados, porque por vista y por oído el justo morando entre ellos, de día en día atormentaba su alma 9 justa con inicuas obras [11]: sabe el Señor librar de la tentación a los piadosos, y a los injustos reservar siendo castigados para 10 el día del juicio [12], y sobre todo a los que andan tras la carne en concupiscencia de contaminación y desprecian el señorío. Osados, agradables a sí mismos, no tiemblan injuriando dignida- 11 des [13], donde ángeles siendo mayores en fuerza y en potencia no 12 pronuncian contra ellas ante el Señor juicio injurioso [14]. Mas éstos, como bestias irracionales, nacidas según naturaleza para caza y destrucción [15], injuriando en cosas que ignoran, en la destrucción de ellas serán también destruídos, sufriendo agravio en el salario de iniquidad [16];

sión aplicada a Noé: (gr.) *octavo*, significa que *otras siete* personas solamente fueron salvadas con él (Véase 1ª Pedro 3:20).

10. Judas 7. Otros traducen: "Poniéndolas en ejemplo..."; o también: "haciendo de ellas un ejemplo, un tipo de los impíos venideros", y de la suerte que les está reservada. En cuanto al hecho, véase Gén. 19:24; comp. Ezeq. 16:48,49; Mat. 10:15, etc.

11. Gén. 19:1 y sig. El Génesis nos presenta los sentimientos de Lot bajo un enfoque menos favorable (Gén. 13:10,11; 19:15,16).

12. Conclusión sacada de los ejemplos que preceden. *Para ser castigados*, gr. *siendo castigados;* otros entienden este participio presente del castigo que les es infligido mientras llega el juicio: "castigándolos, reserva los injustos para el juicio".

13. La *contaminación de la carne* y un orgulloso *desprecio* de toda *autoridad* divina o humana, son dos rasgos ordinariamente reunidos en tiempos de corrupción. Aquí, como en el pasaje paralelo de Judas v. 8, se encuentran los dos términos de *autoridad* (gr. *señorío*) *y dignidades.* Los exégetas concuerdan en ver en ellos la designación de potencias supraterrestres. La explicación más natural es ver, en el *señorío*, la soberanía de Dios (v. 4) o de Cristo (v. 1) y en las (gr.) *glorias* órdenes de ángeles, en el sentido de Efes. 1:21; Col. 1:16; ora buenos ángeles, ora ángeles caídos y perversos (v. 4; Efes. 6:12). La marcha de los pensamientos en Judas (v. 9, nota) conduce más bien a este último sentido, que, en nuestra epístola, es el único que permite explicar el v. 11.

14. *Angeles, mayores en fuerza* que esos hombres orgullosos y rebeldes, *no llevan ante el Señor contra las glorias juicio injurioso.* Según Judas v. 9, los buenos ángeles no pronuncian juicio injurioso aun contra los ángeles caídos que les son superiores en rango, así Miguel contra Satanás.

15. Gr. *Nacidas para caza y destrucción,* pues tal es su destino, que se muestra en su constitución misma de *seres* puramente *materiales* (gr. *físicos*); o: que han "nacido a una vida puramente física para ser cogidos y destruídos" (Stapfer); o también: "cuya *naturaleza* es nacer para ser cogidos y destruídos". (Rilliet). Comp. Judas v. 10, donde el pensamiento de este versículo está en una forma algo diferente.

B. 13b-22. CARACTERÍSTICA DE LOS FALSOS DOCTORES. EL MAL QUE HACEN A SUS DISCÍPULOS. — 1º *Su conducta disoluta y su avaricia.* Buscando su felicidad en voluptuosidades pasajeras, se muestran, en los festines, insaciables de adulterio, atrayendo las almas mal afirmadas, ambiciosos y malhechores. Se han extraviado como Balaam quien, ganado por un salario inicuo, fué reprendido por la palabra de una bestia (13b-16). — 2º *Las decepciones que ellos causan.* Fuentes secas, nubes que no dan lluvia, están destinados a las tinieblas. Charlatanes, engañan a los que poco hacía habían sido apartados de los extraviados; les prometen la libertad y los hacen esclavos de la corrupción (17-19). — 3º *Triste condición de los que recaen.* Si después de haber sido retirados por Jesucristo de las impurezas del mundo, vuelven a ellas, su postrer estado es peor que el primero. Más hubiera valido ignorar la senda de la justicia. Les acontece lo que dicen dos proverbios tomados de las costumbres del perro y de la puerca (20-22).

13 considerando placer la lujuria de un día [17], manchas y deshonras, viviendo en lujurias en sus engaños cuando hacen festines 14 con vosotros [18]; teniendo ojos ansiosos de una adúltera y que no pueden ser calmados con el pecado [19], cebando almas no afirmadas, teniendo un corazón ejercitado en avaricia, hijos de maldi-

16. Gr. *Blasfemando en cosas que ignoran, serán destruídos en su destrucción,* es decir perecerán al modo de las bestias. Se ha tomado la voz *destrucción,* que significa también *corrupción,* en sentido figurado. "Por su propia corrupción" moral. Mas el empleo de esa voz en la frase que precede no permite traducirla así. *Su* se refiere a las *bestias,* y no a los falsos doctores que éstas representan. *Frustrados* (*Sin., B;* Westcott y Hort, Weiss) *del salario de iniquidad,* es decir del provecho que esperaban sacar de su conducta impía; comp. v. 15. *A, C, mayúsc.* (Tischendorf, Nestle) tienen: *debiendo recibir el salario de iniquidad,* es decir el castigo que Dios les infligirá por sus crímenes.

17. Otros traducen: *las voluptuosidades* a que se entregan *durante el día,* en lugar de trabajar; o: *en pleno día,* sin traba ni pudor. (Comp. 1ª Tes. 5:7). Nos parece más sencillo ver en la expresión: *en un día,* la indicación del carácter temporal de sus placeres. El *día,* es la duración de la vida en este mundo, opuesta a la eternidad (Juan 9:4). La traducción: *cada día,* no es casi justificable.

18. Gr. *Tomando sus delicias, viviendo lujuriosamente en sus engaños* (o según una variante de *B*, conforme a Judas v. 12: en sus *ágapes*), *haciendo festines con vosotros.* El autor censura probablemente los abusos que Pablo ya había tenido que reprender en Corinto (1ª Cor. 11:17 y sig.); los ágapes degeneraban en orgías gracias *a los engaños,* a las disposiciones perversas (v. 14) de los libertinos. Hay naturalmente en estas palabras una reprensión severa para los cristianos sinceros que toleraban tales abusos. (Comp. Judas v. 12).

19. La pasión *adúltera* se expresa en su mirada; cometen el *pecado* señalado en Mat. 5:28, y esto con un ardor *insaciable.* Este rasgo falta en Judas.

15 ción; dejando el camino recto se extraviaron, habiendo seguido el camino de Balaam hijo de Bosor, quien amó el salario de ini-
16 quidad, mas tuvo reprensión de su propia transgresión: una muda bestia de carga, habiendo hablado con voz de hombre, refrenó
17 la locura del profeta [20]. Estos son fuentes sin agua y nieblas impelidas por el torbellino, a quienes está reservada la obscuri-
18 dad de las tinieblas [21]. Porque profiriendo hinchadísimas palabras de vanidad ceban en concupiscencias de la carne, por lascivias, a los que apenas huyen de los que se conducen en error [22];
19 prometiéndoles libertad, siendo ellos mismos siervos de la corrupción [23]. De quien ha sido alguien, en efecto, vencido, de éste es
20 hecho siervo [24]. Porque si habiendo huído de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo,

20. Núm. 22. El *salario de iniquidad* que Balaam *amó*, codició, fué la paga que esperaba recibir por haber maldecido a Israel (Núm. 22:17,18, permite suponer que Balaam "fué tentado por esta perspectiva, pero el relato no lo dice). *Recibió una lección* (Rilliet) por su transgresión; otros traducen: "fué convencido de su perfidia" (Stapfer); "vió su prevaricación desenmascarada". (Oltramare). Los falsos doctores habían tenido, como Balaam y más que él, el conocimiento de la verdad; pero, como él también, arrastrados por la *lujuria* y por la *avaricia, abandonaban el camino recto* para anunciar doctrinas que agradan a la carne. El autor, recordando la historia de ese falso profeta, hace resaltar la advertencia que encerraba: Balaan fué cubierto de vergüenza, pues su *demencia* debió ser *refrenada* por *una bestia de carga*. Y así también confunde Dios el orgullo de los enemigos de la verdad, cuando "diciéndose sabios, se hacen necios" (Rom. 1:22).

21. El texto recibido (*A, C, mayúsc.*) agrega: reservada *por la eternidad*. La doble figura (comp. Judas 12) de una *fuente* que prometía agua refrescante, pero que se secó, y de *nubes* cuyo aspecto anuncia lluvia, pero que, *impelidas por el torbellino*, frustran todas las esperanzas, da admirablemente la impresión producida por la jactancia de los falsos doctores: se presentan con capciosas promesas, pero no producen sino cruel decepción. El autor mismo va a explicar (v. 18.19) el sentido de estas figuras; antes denuncia contra esos seductores los más terribles juicios de Dios. Como amaron la mentira, *la obscuridad de las tinieblas les está reservada*, precisamente lo inverso de la recompensa otorgada a los que hayan amado y fielmente enseñado la verdad (Dan. 12:3; comp. también Miq. 3:5,6).

22. *Apenas*, gr. *un poco;* adverbio muy raro cuyo sentido exacto casi no se puede determinar. Otros lo traducen por *desde hace poco*. Deben admitir entonces la lección del texto recibido (*mayúsc.*): *habiendo huído Sin., B, A, C*, vers. tienen: *huyendo*.

23. Este contraste describe muy bien a engañadores como existen en todos los tiempos: *prometen la libertad*, la liberación de la ley, en una falsa espiritualidad, y ellos mismos son *esclavos de la corrupción*, en la servidumbre de sus propias pasiones, y luego se tornan en tiranos de los que se entregan a ellos.

24. Juan 8:34; Rom. 6:16.

mas habiendo sido otra vez enredados en ellas, son vencidos, se ha hecho para ellos la última condición peor que la primera [25].
21 Mejor, en efecto, les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que habiéndolo conocido volverse atrás del santo man-
22 damiento que les había sido entregado. Les ha sucedido lo del verdadero proverbio: "Perro que volvió a su propio vómito", y "Puerca, que se bañara, a revolcarse en el cieno [26]".

III. El advenimiento del Señor

(Cap. 3)

A. 1-10. La venida del Señor y el fin del mundo son ciertos. — 1º *Objeto de las cartas del apóstol.* Es ésta ya la segunda carta que Pedro escribe a sus hermanos para recordarles las predicciones de los profetas y el mandamiento del Salvador trasmitido por los apóstoles (1, 2). — 2º *Los que se burlan del regreso de Cristo.* Vendrán en los últimos tiempos, preguntando en qué queda la promesa del advenimiento del Señor, ya que han muerto los padres y las cosas quedan como están desde la creación (3, 4). — 3º *El fin del mundo demostrado.* Esos ignoran que, por orden de Dios, el mundo pereció, anegado por el agua de que había sido sacado; igualmente, los cielos y la tierra actuales están reservados para el fuego (5-7). — 4º *El fin demorado por la misericordia del Señor.* Para el Señor, mil años son como un día. Tiene paciencia, para que todos lleguen al arrepentimiento (8, 9). — 5º *Carácter repentino del fin.* El día del Señor vendrá como ladrón. Los cielos desaparecerán con estrépito; la tierra y sus obras serán consumidas (10).

III Esta carta, amados, segunda ya, os escribo, en las cuales in-
2 cito por la recordación vuestra mente sincera; para que os acordéis de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador por vuestros
3 apóstoles [1]; esto primero sabiendo, que al fin de los días vendrán

25. La infidelidad respecto de la gracia recibida *por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo*, acarrea tras de sí juicios tanto más severos (Luc. 11:24-26; Hebr. 6:4-6; 10:26,27); ese estado de alma puede llegar hasta el pecado contra el Espíritu Santo (Mat. 12:31,32, 43-45).

26. El primero de estos dichos se encuentra en Prov. 26:11: "Como el perro vuelve a lo que ha vomitado, así el necio reitera su necedad". El segundo no es sacado de la biblia. Están destinados a señalar la abyección de los que recaen en el pecado.

1. Pedro recuerda otra vez aquí (comp. 1:13) cuál es el objeto de sus dos cartas: *despertar, excitar* en sus lectores la *mente sana, pura* (Fil. 1:10; 2ª Cor. 1:12, notas) *por el re-*

con escarnio escarnecedores, andando según sus propias concu-
4 piscencias y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? porque desde que los padres se durmieron, todas las cosas conti-
5 núan así desde el principio de la creación [2]. Porque ellos ignoran esto voluntariamente, que cielos había de antiguo, y una tierra de agua sacada y por medio de agua compuesta, por la palabra
6 de Dios; por medio de las cuales el mundo de entonces, habiendo
7 sido sumergido en agua, pereció [3]; mas los cielos de ahora y la

cuerdo, apelando a la memoria de ellos, *a fin de que recuerden las palabras dichas anteriormente por los santos profetas, y el mandamiento del Señor y Salvador* trasmitido por *vuestros apóstoles* (o: *el mandamiento de vuestros apóstoles* recibido *del Señor y Salvador*); doble testimonio ya invocado precedentemente (1:16 y sig.; y v. 19, nota). Tal es, en efecto, el contenido de las dos cartas atribuídas a Pedro; en una y otra, las palabras de los profetas son recordadas (1ª Pedro 1:10-12,16,24; 2: 6, 22-25, etc.). En cuanto al *mandamiento del Señor* de que se habla aquí, puede ser todo el conjunto de su enseñanza trasmitida por sus *apóstoles*, o especialmente su orden, a menudo repetida, de velar esperando su venida, respecto a cuyo tiempo los dejaba en la incertidumbre (Mat. 25:13): grande y serio asunto que el autor va a tratar en este capítulo (v. 4-10). El texto recibido (*minúsc.*) tiene: "de *nuestros* apóstoles", o: "*de nosotros*, los apóstoles". Comp. Introducción p. 268. El texto griego presenta una serie de genitivos cuyas relaciones son difíciles de establecer. Se podría interpretar así: "El mandamiento que vuestros apóstoles os dieron y que ellos habían recibido del Señor.

2. *Los padres* no son las primeras generaciones humanas; pues, en este caso, la proposición sería repetición inútil del complemento: *desde el principio* de la creación; y no se ve con qué título los *escarnecedores* podrían invocar la muerte de esos primeros hombres como un motivo en apoyo (*porque*) de sus dudas relativas al regreso del Señor. Son los primeros cristianos; los *burladores* quieren decir que murieron sin que el fin del mundo haya venido, a pesar de las predicciones (Mar. 13:30); las cosas *continúan en el mismo estado*, tal cual están desde la creación.

3. La primera respuesta del autor a las dudas de los burladores es establecer, con el hecho del diluvio, que el mundo actual puede perecer tanto como el antiguo, aunque por un medio diferente (v. 7), cuando acontezca el trastorno que debe renovar los cielos y la tierra. Lo que los burladores *ignoran queriéndolo*, es que el elemento mismo del que la *tierra fué sacada* y *por el cual está formada* (Gén. 1:2; v. 6-8; Sal. 24:2; Sal. 104:5-8; Job. 38:8-11), *el agua* fué también el medio de su destrucción; y que, por consiguiente, todo otro elemento puede servir al Dueño del universo para cumplir un juicio semejante. *Por esos medios*, gr. *por las cuales* cosas el mundo pereció. Hay en el griego un pronombre en plural. Se lo puede referir a las "aguas de los cielos y a las aguas del abismo", que, según Gén. 7:11, concurrieron a producir el diluvio. Se lo puede referir también, y

tierra, por la misma palabra están conservados para el fuego [4], siendo reservados para el día del juicio y de la perdición de los
8 hombres impíos [5]. Mas una cosa no ignoréis, amados, ésta: que "un día es ante el Señor como mil años, y mil años como un
9 día [6]". No demora el Señor en la promesa, como algunos demora consideran; sino que es paciente para con vosotros, no queriendo que algunos perezcan sino que todos se den al arrepentimiento [7].
10 Mas el día del Señor vendrá como ladrón [8]; en el cual los cielos pasarán con sibilante estrépito, y los elementos siendo abrasados serán disueltos, y la tierra con las obras que hay en ella será por completo consumida [9].

B. 11-18. **Esperar el día del Señor en santidad.** — 1º *Santificarse en atención a la tierra donde morará la justicia.* Puesto que el fin de todo viene, apresuren los cristianos la llegada del día de Dios con una conducta santa y piadosa, según su espera de un mundo nuevo donde reinará la justicia (11-13). 2º *Vigilancia, recomendada también por Pablo.* Esfuércense, pues, en ser hallados sin reproche. La paciencia del Señor es su salud, así como Pablo se lo ha escrito y lo dice en todas sus cartas. Estas contienen pasajes difíciles, cuyo sentido tuercen los ignorantes (14-16). — 3º *Mantenerse en guardia y crecer en la gracia.* Una vez advertidos, no se dejen arrastrar por esos engañadores, antes progresen en el conocimiento de Cristo Jesús. ¡A él la gloria, por la eternidad! (17, 18).

esto sería más conforme a nuestro texto, al agua y a la palabra de Dios, doble agente de la formación del mundo y de su destrucción.

4. Gr. *atesorados* (participio perfecto) *conservados* como un *tesoro para el fuego*, y esto *por la misma palabra* (*B, A*), o, según una variante, por *su* palabra (*Sin., C.*) Luego, la misma palabra que conserva el mundo puede dejarlo perecer o renovarlo.

5. Isa. 66:15; Mat. 3:12; 2ª Tes. 1:7,8. Las aguas del diluvio no hicieron más que renovar la superficie de la tierra por la destrucción de lo que en ella había; *en el día del juicio*, el *fuego* operará una renovación total, que, por la *destrucción de los hombres impíos*, hará gloriosa la tierra y digna de su destino primitivo.

6. Sal. 90:4. Explicación de la demora que da lugar a las dudas de los burladores (v. 4), y principal instrucción dada a los creyentes (comp. v. 3): Dios es paciente, porque es eterno (v. 9,15).

7. El verbo *demorar*, tiene el sentido de diferir, descuidar, omitir. Ezeq. 33:11; 1, Tim. 2:4. ¡Adorable misericordia de Dios! Quiere la salvación de todos; el mundo subsiste para permitir a los que deben ser salvados llegar a la salvación por la senda del *arrepentimiento* y de la *conversión*. La palabra griega tiene ambos sentidos, o más bien significa un cambio total de entendimiento y de disposiciones.

8. Mat. 24:43 y sig.; 1ª Tes. 5:2, 3. El texto recibido (*C, mayúsc.*) agrega *en la noche*, que es tomado de los evangelios.

11 Siendo todas estas cosas así disueltas, ¿de qué clase es nece-
12 sario que seáis en actos de santa conducta y de piedad[10], aguardando y apresurando la venida del día de Dios, por causa del cual los cielos ardiendo serán disueltos y los elementos siendo
13 abrasados se fundirán[11]? Mas nuevos cielos y tierra nueva, según su promesa, aguardamos, en los cuales mora la justicia[12].
14 Por tanto, amados, aguardando estas cosas, poned diligencia en ser hallados en paz, sin mancha e irreprensibles para él[13]; y
15 considerad como salvación la paciencia del Señor nuestro[14]; co-

9. Estas palabras no son sino el desarrollo de éstas del Salvador: "Los cielos y la tierra pasarán" (Mat. 24:35). Los *elementos* son, según la teología judía, espíritus que emanan de Dios y habitan la creación a la que animan (Spitta). La tierra *será enteramente consumida, quemada,* es la lección de *A.* Se lee: *desaparecerán* en *C. Sin., B* tienen: *será hallada;* esta lección no es inteligible más que si se le añade una negación, que no se encuentra en ningún documento griego.

10. *Así* (*B, C*); *pues* (*Sin., A*). Puesto que nada queda de *esas cosas* visibles a las que se aplican nuestras concupiscencias; puesto que sólo la justicia que viene de Cristo y la vida nueva que él nos comunica pueden subsistir, ¡cuánto debemos procurar tener una *santa conducta* y una verdadera *piedad!* Estas dos palabras están en plural en el griego: *santas conductas, piedades,* sin duda a fin de señalar tanto mejor las *aplicaciones diversas* a todos los detalles de la vida. Varios comentadores (Spitta, von Soden, Kühl) las conectan con las primeras palabras del versículo siguiente. Construyen la frase como sigue: "¡Cuáles debéis vosotros ser! esperando en santa conducta y en piedad, y apresurando el advenimiento del día de Dios".

11. *Aguardar* es la situación natural y habitual del cristiano; pero, además, puede *apresurar* la *venida del día de Dios* con su propia santificación y con la de los demás, puesto que Dios no demora más que por eso la llegada de ese gran día (v. 9.15). *A causa del cual* advenimiento o día. La preposición griega no puede tener el sentido temporal: *en el cual,* ni indicar el medio: *por el cual.* El advenimiento del Señor será el motivo de la destrucción del mundo y de la renovación de todas las cosas.

12. Apoc. 21:1 y sig. Como un cuerpo glorificado, órgano de un espíritu perfecto, constituirá la nueva existencia del hombre, así el mundo nuevo, purificado de toda impureza, habitación de seres enteramente consagrados a Dios, constituirá el templo santo del que está escrito: "Dios morará con ellos." Otra vez aquí y en el v. 14, el apóstol reitera la idea de la *espera,* pero de una espera gloriosa y fundada en la *promesa* infalible de Dios (Isa. 65:17; 66:22.)

13. Para subsistir delante de Dios, es necesario *ser hallado en paz* con él, que es nuestra única, pero gloriosa esperanza (Rom. 5:1 y sig.), *sin mácula y sin reproche a su juicio* (gr.) *para él,* a sus ojos. Otros traducen: *ser hallados por él.*

14. Gr. *Y estimad salvación la paciencia de nuestro Señor.* Comp. v. 9. Cada uno debe decirse que, si el Señor no hubiera tenido *paciencia* con él en el tiempo de su ignorancia, habría sido *perdido.* Cada uno debe también considerar esos días que Dios le deja todavía en este mundo como días de paciencia, que tienen el mismo objeto. ¿Podríamos dejar de alegrarnos del tiempo de prórroga que deja también a los que no le conocen?

mo también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría
16 que le ha sido dada, os ha escrito, como también en todas las cartas, hablando en ellas sobre estas cosas[15]; en las cuales hay algunas cosas difíciles de entender, que los indoctos y no afirmados tuercen, como también las demás escrituras, para su pro-
17 pia perdición[16]. Vosotros pues, amados, conociendo antes estas cosas, guardaos; no sea que, habiendo sido llevados también por el error de los malvados, caigáis de vuestra propia firmeza[17];
18 mas creced en la gracia y el conocimiento del Señor nuestro y

15. Es decir de la venida de Cristo y del establecimiento final de su reinado; luego también, como lo admiten la mayor parte de los intérpretes, del deber de la santificación en vista del juicio (v. 14.) Pablo, en efecto, trae sin cesar el pensamiento de sus lectores a estos asuntos (Rom. 8:18-25; 1ª Cor. 15:20-58; Efes. 1:17 y sig.; 1ª Tes. 4:13 y sig.; 1ª Tes. 5:1 y sig.; 2ª Tes. 2:1 y sig.) *Os ha escrito* no puede aplicarse más que a la epístola a los Efesios, si los destinatarios de 2ª Pedro deben ser buscados en Asia Menor, como los de 1ª Pedro. Las palabras: *todas las cartas* (*Sin., mayúsc.*); o, suprimiendo el artículo (*B, A, C*), *todas cartas,* suponen que el autor en todo caso, quizá también los lectores, conocían la mayor parte de las epístolas de Pablo.

16. *En las cuales* cartas (*Sin., B, A*). *C, mayúsc.* texto recibido tienen: *en los cuales* (asuntos). El autor tiene principalmente en vista los pasajes de las cartas de Pablo que tratan del regreso de Cristo y que son a menudo, por la naturaleza misma del asunto, muy *difíciles de entender;* por ejemplo, los pasajes 2ª Tes. 2:1 y sig.; 1ª Cor. 15:29-34; comp. 2ª Tim. 2:17, 18. A pasajes semejantes se aferraban a menudo los herejes para fundar sus errores, *torciéndolos a su propia perdición.* Entonces, como hoy, las *escrituras* pueden ser de ese modo forzadas por hombres *ignorantes y mal afirmados.* Por esta palabra de *escrituras,* el autor no entiende exclusivamente las del Antiguo Testamento. Considera las epístolas de Pablo como formando parte de las escrituras, puesto que reprocha a los ignorantes torcerlas *como las otras* escrituras. Se trata pues de libros cristianos leídos en las asambleas y dotados de autoridad, cuyo sentido los herejes tenían interés en *torcer.* Por esto es menos natural traducir: como los otros *escritos* que tratan del advenimiento del Señor. Comp. sin embargo la Introducción, pág. 270.

17. *Puesto que estáis advertidos,* gr. *sabiendo anticipadamente* estas cosas, es decir las maniobras de los falsos doctores. *No sea que siendo arrastrados también,* gr. *arrastrados con* los otros. La palabra que vertimos aquí (v. 2:7, no se encuentra en otra parte del Nuevo Testamento) por *malvado,* significa propiamente hombres *sin ley,* sin regla, *perverti-*

Salvador Jesucristo [18]. A él la gloria, tanto ahora como por el día de la eternidad. ¡Amén [19]!

dos al punto de no tener ya ningún freno moral.

18. Después de haber puesto en guardia a sus hermanos contra las empresas de los seductores, concluye Pedro por donde había empezado, es decir por recomendarles *crecer*. Crecer *en la gracia,* es decir en la posesión de la salvación (1:2), y en el *conocimiento* experimental *de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (1:8): he ahí el verdadero secreto para escapar de todos los peligros de falsas especulaciones.

19. *Amén* falta en *B*. Hebr. 13:21; 1ª Pedro 4:11. "Dice *ahora* a fin de que no defraudemos a Cristo de su gloria, mientras estemos en este mundo. Agrega incontinenti luego: *hasta el día de eternidad,* a fin de que desde ahora concibamos en nuestros espíritus el reino eterno de aquél, el cual nos manifestará plenamente su gloria." *Calvino.*

PRIMERA EPISTOLA DE JUAN

INTRODUCCION

I

LA EPISTOLA Y EL CUARTO EVANGELIO

La primera epístola de Juan no está firmada, pero se presenta, desde las primeras palabras, como un escrito de un testigo ocular de la vida del Salvador (1:1-3.) Se abre con un preámbulo solemne (1:1-4), que recuerda el prólogo del evangelio; las ideas expresadas, como los términos empleados, son semejantes. Semejanzas con el evangelio se presentan a cada línea de la epístola: igual lenguaje inimitable en su límpida sencillez y en su sublime grandeza; igual marcha del pensamiento que vuelve sobre sí mismo y se eleva gradualmente como en una espiral (Juan 1:1, 1ª nota); igual profundidad del sentimiento religioso e igual contemplación intuitiva de la verdad que penetra hasta lo que hay de más íntimo en la comunión del alma con Dios. "Dios, el Hijo de Dios, los hijos de Dios, la fe, el amor de Dios y de los hermanos, se confunden a los ojos del autor en un todo que él considera con un corazón profundamente compenetrado de las necesidades espirituales de su Iglesia... Juan se mueve en un círculo alrededor del único objeto de su contemplación, y las mismas cosas se presentan más de una vez a sus miradas bajo el mismo aspecto. Estas repeticiones que parecen, a primera vista, una gran imperfección, no son pues quizá sino una perfección de orden superior (1)."

Embebido de las enseñanzas de su Maestro, el discípulo es transportado por ellas a una altura de donde la vida en Dios le aparece en contraste absoluto con la vida del mundo. El hombre está en la *luz* o en las *tinieblas;* en la *verdad* o en la *mentira; ama o aborrece;* está completamente dominado por el *amor del*

---

(1) F. Theremin, *Veladas de un pastor*, trad. del alemán. Neuchâtel, 1844, p. 320.

mundo o por *el amor del Padre;* es *hijo de Dios* o *hijo del diablo,* en *la vida* o en *la muerte.* Las mismas antítesis absolutas se encuentran en el evangelio (1:5, 9-11; 3:19-21; 8:12 y sig., etc.) En ambos escritos, se expresan en términos que no se encuentran en otra parte: *vida, vida eterna; luz, verdad,* sinónimos de santidad; *hacer* el pecado, la iniquidad, la justicia; *ser de Dios, del mundo;* ser *nacido de Dios, permanecer en él, guardar su palabra, sus mandamientos; ver a Dios.* Lo que les es igualmente común, son ciertos hábitos de estilo, por ejemplo, el que consiste en expresar un pensamiento sucesivamente por la afirmativa y por la negativa: "Declaró y no negó" (Juan 1:20); "mentimos y no practicamos la verdad" (1ª Juan 1:6.)

Por último, las enseñanzas de los dos escritos concuerdan generalmente. Jesucristo es *la Palabra, la vida* de Dios manifestada a los hombres (1ª Juan 1:1,2; comp. Juan 1:1-4, 14); él es el Hijo *unigénito* de Dios (1ª Juan 4:9; Juan 1:18); para amar verdaderamente a Dios, debemos *guardar sus mandamientos* (1ª Juan 2:4-6; comp. Juan 14:21-24), y sobre todo el mandamiento *nuevo* del amor fraternal (1ª Juan 2:7-11; 3:14 y sig.; comp. Juan 13:34); reconocer o negar al Hijo, es reconocer o negar al Padre (1ª Juan 2:23; 4:14, 15; comp. Juan 5:23; 8:19; 12:44 y sig.; 14:6, 7); el Espíritu procura el conocimiento (1ª Juan 2:20, 27; comp. Juan 14:26; 16:13); el mundo no conoce ni a Dios ni a sus hijos (1ª Juan 3:1; Juan 16:3; 17:25); pecar, es obedecer al diablo, autor del pecado (1ª Juan 3:8; Juan 8:44); Dios ha manifestado su amor por el don de su Hijo (1ª Juan 4:9; Juan 3:16); el Hijo ha mostrado su amor por el don de su vida (1ª Juan 3:16; Juan 15:12-14); en él tenemos la victoria sobre el mundo (1ª Juan 5:4,5; Juan 16:33); el que tiene el Hijo tiene la vida (1ª Juan 5:12; Juan 3:36); se nos asegura la atención de nuestras oraciones (1ª Juan 3:22; 5:14; Juan 14:13; 16:23); el propósito del autor es el mismo en ambos escritos (1ª Juan 5:13; Juan 20:31.)

Se observan sin embargo algunas pequeñas divergencias sobre las cuales algunos se han fundado para disputar la identidad de autor (1). Así el empleo de ciertos términos que son propios de la epístola: *mensaje* (1ª Juan 1:5; 3:11), *promesa* (2:25), *comunión* (1:3, 7), *iniquidad* (3:4), *justicia* (3:7); el término

(1) Holtzmann, *Handcommentar,* IV, p. 233. *Einleitung,* p. 477.

de *propiciación* aplicado a Cristo para caracterizar su papel de redentor (2:2; 4:10); las palabras *unción* (2:20, 27) y *simiente* (3:9) de Dios, designando la presencia del Espíritu en el creyente. En la epístola, Cristo es llamado nuestro abogado, en griego *paracleto* (2:1); en el evangelio (14:16) ese título es dado al Espíritu Santo. La epístola reproduciría más bien la idea de Pablo (Rom. 8:34). Inversamente, la epístola tiene: el *Espíritu es la verdad* (5:6); en el evangelio, Jesús dice de sí mismo: "Yo soy la verdad" (14:6.) Si se compara el preámbulo de la epístola y el prólogo del evangelio, se ve que en este último la doctrina de "la Palabra hecha carne" ha alcanzado su pleno desarrollo, mientras que es solamente esbozada en el primero. La epístola habla del fin cercano del mundo, de la venida de un anticristo, precedida de hombres animados de su espíritu (2:18 y sig.), del *advenimiento* del Señor (2:28). Estas ideas sobre las cosas finales no están completamente ausentes del evangelio (5:28, 29; 6:39, etc.), pero no son puestas en él en evidencia.

Estas diferencias incontestables se explican por la diversidad de los asuntos tratados. Se puede suponer también que el evangelio ha sido escrito más tarde; presenta un pensamiento más completamente desarrollado. Con la gran mayoría de los intérpretes, admitimos que ambos escritos son del mismo autor (1).

II

EL AUTOR

Si nuestra epístola es del mismo autor que el cuarto evangelio, resulta, a nuestros ojos, que es obra del apóstol Juan (Comp. nuestra Introducción a ese evangelio, tomo II.) La insistencia con que el autor de la epístola, sin nombrarse, afirma su calidad de testigo ocular de la vida del Hijo de Dios (1:1-3) es un indicio en apoyo de esta opinión. (Comp. tomo II, pág. 30 y sig.)

(1) Reuss *La Biblia,* XIII, *La teología johánica,* p. 357. B. Weiss, *Die drei Briefe des Apostel Johannes* (comentarios Meyer), 6ª edic. 1899. *Einleitung,* párr. 42, 4 y 5. Jülicher, *Einleitung,* p. 193-196. Según este último crítico, la epístola habría sido escrita después del evangelio, para defender las enseñanzas de éste contra los abusos que de ellas hacían los gnósticos. Luthardt (*Die Briefe des Johannes,* 2ª edic. p. 217) se inclina también a admitir la prioridad del evangelio.

Se encuentra ésta confirmada por el testimonio unánime de la antigua Iglesia, que siempre ha atribuído nuestra epístola al apóstol Juan. *Policarpo*, discípulo de Juan, toma de nuestra epístola (4:2, 3) las palabras: "Todo el que no confiesa a Jesucristo venido en carne es un anticristo", que se leen en el capítulo 7 de su epístola a los Filipenses. Según Eusebio (*Hist. eccles.*, III, 39), *Papías* se servía de la primera epístola de Juan. El pasaje de *Justino* (Diál. 123): "Somos llamados verdaderos hijos de Dios, y lo somos", recuerda a 1ª Juan 3:1. (Comp. del mismo autor Apol. 2:6 con 1ª Juan 3:8.) A fines del segundo siglo, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría citan nuestra epístola como la obra de Juan. Se encuentra en la Peschito y en el canon de Muratori. Orígenes (Eusebio 6, 25) y Eusebio (3, 25) la colocan en el número de los escritos reconocidos de todos, y Jerónimo afirma que es recibida "por todos los sabios varones de la Iglesia" (*De viris illustr.*, 9.)

III

DESTINATARIOS Y FECHA DE LA EPISTOLA. SU OBJETO

Se ha discutido que este escrito fuera una carta. Esta pretendida epístola no tiene ni dirección ni salutaciones, y no contiene ninguna alusión a las circunstancias especiales del autor y de los destinatarios. No es más que una composición de meditaciones sobre temas generales, que convienen a los cristianos de todos los tiempos y de todos los países (1). Este juicio no se confirma en un examen atento. Sin duda el apóstol no nombra a sus lectores ni a sí mismo; pero se da a conocer como un hombre que ha ejercido el ministerio de testigo de Jesucristo (1:3), que goza de la autoridad de un padre ante los que llama sus "hijitos". Les repite que les "escribe" (2:1, 12, 13), designando así su composición como una carta. Por último, por el modo como caracteriza a los falsos doctores a quienes llama anticristos, deja ver que piensa en hechos precisos que han ocurrido en una iglesia o en un grupo de iglesias a las cuales se dirige (2). Por esto la suposición más verosímil es que la epístola fué escrita por el apóstol Juan, mientras ejercía su ministerio en Efeso, a iglesias del Asia Menor. Si la epístola es anterior al evangelio, no ha sido escrita mucho tiempo antes que él. Data de los últimos tiempos de la vida de Juan.

(1) Jülicher, *Einleitung*, p. 191.
(2) B. Weiss, Introd. al Comentario, p. 12. Zahn, *Einleitung*, II, p. 567 y sig.

El objeto del apóstol parece complejo. No quiere solamente combatir a los falsos doctores pues si pone en guardia contra su influencia (2:18-29; 4:1-6), los caracteriza como ya separados de las iglesias (2:19), y da a sus lectores el testimonio de haberlos vencido (4:4.) Se ha preguntado a qué tendencia pertenecían esos adversarios. La mayor parte de los historiadores los designan de manera general como docetas que no atribuían a Jesucristo sino una apariencia humana y negaban la realidad de su encarnación (4:2.) Desde Schleiermacher y Neander (1), eminentes críticos han reconocido en los errores combatidos la doctrina de Cerinto. Según Ireneo (Adv. haeres., I, 26, 1), Cerinto enseñaba que Jesús no era más que un simple hombre; en su bautismo el Cristo divino se unió a él por el Espíritu que entonces recibió en su plenitud; le abandonó nuevamente al acercarse la muerte. Así los falsos doctores combatidos por Juan negaban que Jesús fuera el Cristo (2:22); admitían que el Cristo había "venido con el agua solamente", es decir en el acto del bautismo, pero no "con la sangre", es decir que no estaba ya presente en el hombre Jesús en el momento en que éste moría (2) (5:6, nota.)

Pero esta intención de hacer polémica contra la herejía de Cerinto y de defender la verdadera doctrina sobre la persona de Jesucristo es secundaria en la epístola. Lo mismo ocurre con las advertencias que el autor dirige a sus lectores, para prevenirlos contra el amor del mundo (2:15-17.) Su objeto es realmente un objeto práctico. Tiene en vista el desarrollo de la vida cristiana. Mas no quiere solamente reaccionar contra las tendencias antinomianas que impelían a un libertinaje ajeno a toda ley, o contra discípulos de Pablo que, basándose en la justificación por la fe, desconocían la necesidad de la santificación. Esta última opinión es la de B. Weiss, quien encuentra en 3:7 el tema central de toda la epístola (3). Que esta idea tenga una gran importancia; que Juan insista en la obediencia a los mandamientos de Dios, y en

(1) A. Neander, *Primera epístola de san Juan.* Explicación práctica, traducida por Juan Monod, París, 1854, p. 4 y sig.
(2) Düsterdieck, Huther, Haupt, Westcott, B. Weiss. Comp. en particular Zahn, *Einleitung*, p. 573, 574.
(3) Introd. al Comentario, p. 17 y sig.

particular, en la práctica del amor fraternal, como en la condición que el cristiano debe llenar para tener la seguridad de su salvación (3:19), lo concedemos. Pero esta intención negativa de refutar un error no es el pensamiento dominante de una epístola donde reina el tono de la afirmación. Su objeto principal lo enuncia el apóstol desde las primeras palabras: "La vida ha sido manifestada,... nosotros la hemos visto,... y os la anunciamos *a fin de que vosotros también estéis en comunión con nosotros.* Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (1:2, 3.) La comunión con Dios por Jesucristo, su Hijo, fuente de la vida verdadera y eterna, tal es el gran tema de la epístola, tal es el concepto de la salvación que Juan expone; o más bien la experiencia viva que incita a que sus lectores hagan cada vez más completamente, de modo que estén en comunión con él y vuelvan así perfecto su gozo (1:4.) Y en el curso de su escrito, les señala todo lo que sería un obstáculo a esta comunión (pecado, amor del mundo, falsas ideas de la persona del Cristo, odio de los hermanos) y las condiciones que ellos deben llenar para poseerla plenamente: la santificación que nos permite permanecer en Dios que es luz, el amor por el cual permanecemos en Dios que es amor.

IV

ANALISIS

Este escrito es más difícil de analizar que cualquiera otro del Nuevo Testamento. Las divisiones más diversas han sido propuestas (1). Muchos críticos renuncian a descubrir en él un plan continuado (2); algunos estiman que es un error buscar uno (3). Otros se limitan a dividir la epístola en una serie de cortos párrafos (4).

Sin embargo la mayor parte de los intérpretes distinguen tres partes principales. Varían en la manera precisa de delimitarlas y en la indicación de los asuntos que se tratan. He aquí, a título de ejemplos, algunas de las divisiones propuestas:

(1) Luthardt, *Die Briefe des Johannes*, p. 220-225, hace de ellas una exposición muy completa.

(2) Rothe, *Der erste Brief Johannis*, 1878.

(3) Reuss, *La Biblia, La teología johánica*, p. 356. Jülicher, *o. c.*, pág. 189.

(4) Así Lücke, en su Comentario; igualmente Neander, Schlatter (*Der Jakobusbrief und die Johannisbriefe*, 2ª edic., 1900), E. Dryander (*Der erste Brief Johanne's in Predigten ausgelegt*, 1898) y en general los autores que han explicado la epístola en meditaciones prácticas.

Bengel (1), que defendía la autenticidad de 5:7ᵇ y 8ᵃ (véase la nota) estimaba que las tres personas de la Trinidad eran sucesivamente consideradas por el apóstol: 1º Dios que es luz (1:5-10); 2º Jesucristo en quien debemos permanecer (2:1 a 3:24); 3º el Espíritu (4:1 a 5:12.)

De Wette (2) reconoce en la epístola tres exhortaciones: 1º, 1:5 a 2:28. — 2º, 2:29 a 4:6. — 3º, 4:7 a 5:21.

Citemos aún algunos intérpretes contemporáneos:

B. F. Westcott (3): 1º El problema de la vida y aquellos a quienes es propuesto (1:5 a 2:17). — 2º El conflicto de la verdad y del error en lo exterior y en lo interior (2:18 a 4:6.) — 3º La vida cristiana, la victoria de la fe (4:7 a 5:21.)

H. Holtzmann (4): 1º La marcha en las tinieblas y la marcha en la luz (1:5 a 2:17). — 2º Error y verdad (2:18-28). — 3º Justicia y amor fraternal, signos distintivos de los hijos de Dios (2:29 a 3:18). — 4º Relación del amor fraternal con la verdadera fe (3:19 a 5:12.)

W. A. Karl (5): 1º Contenido y verdad de la enseñanza dada por el autor. Característica de los destinatarios y de los adversarios (1:1 a 2:11). — 2º Los adversarios están poseídos del Anticristo; los destinatarios están, por el Espíritu, en comunión con el Padre y el Hijo, y seguros así de la vida eterna (2:12-27). — 3º La morada de Dios en el cristiano probada por la presencia en él de la perfecta justicia (2:28 a 3:24ᵃ). — 4º Destinatarios y adversarios muestran por su actitud respecto de Jesucristo que tienen, los primeros el espíritu de Dios, los segundos el del demonio (3:24ᵇ a 4:16). — 5º En comunión con Dios y con Cristo, los lectores están ciertos de la vida eterna y tienen confianza para el juicio final, a pesar de la idolatría a la que se entregan algunos hermanos (4:17 a 5:13).

Luthardt (6): 1º El autor parte del *presente;* el cristiano

(1) *Gnomon N. T.*, 3ª edic., II, 569.

(2) *Kurze Erklärung des Evangelium und der Briefe Johannis*, 2ª edic., 1839, p. 233.

(3) *The Epistles of St. John*, 2ª edic., 1886.

(4) *Hand-Commentar*, IV. 2ª edic., 1893.

(5) *Johanneische Studien. Der erste Johannesbrief*, 1898. Explicación que sale de los caminos trillados, pero que llega a resultados muy problemáticos.

(6) *Die Briefe des Johannes*, p. 225.

está en comunión con Dios que es luz. Su conducta es determinada positivamente: anda en la luz (1:5 a 2:2) y practica el mandamiento del amor (2:3-11); es determinada negativamente: en virtud de lo que es y de lo que posee (2:12-14), huye del amor del mundo (2:15-17) y de la mentira de los anticristos (2:18-27.) — 2º El autor encara el *porvenir* reservado al cristiano y la influencia que este porvenir ejerce sobre su conducta: es llamado a la santificación y practica la justicia, no estimando el pecado como poca cosa (2:28 a 3:10); es llamado al amor fraternal sin el cual no hay ni vida verdadera ni verdadera comunión con Dios (3:11-24). — 3º El autor vuelve al fundamento divino de la vida cristiana: *el Espíritu* de Dios, Espíritu de verdad opuesto a la mentira (4:1-6); *el amor* de Dios, manifestado en Cristo, que hace nacer el amor en nosotros (4:7-21). Por último, del amor, pasa a lo que es su origen, al mismo tiempo que el principio de nuestra comunión con Dios, *la fe*, que nos hace capaces de amar (5:1-4), triunfa del mundo (5:5-10), nos pone en posesión de la vida eterna (5:11-13), nos asegura la atención de la oración (5:14-17), nos liberta del pecado y del maligno y nos une por Cristo al verdadero Dios (5:18-21).

Esta división tiene el gran mérito de evitar cierta arbitrariedad que presentan otros ensayos de sistematizar el pensamiento del apóstol. Reproduce su marcha con exactitud y sin hacerle violencia. A una división general casi semejante llega F. H. Krüger, en un análisis profundo de nuestra epístola [1]. Distingue las tres partes siguientes: 1º, 1:5 a 2:27. — 2º, 2:28 a 4:6. — 3º, 4:7 a 5:12. — 1:1-4 forma el preámbulo, y 5:13-21 una especie de post-scriptum de la carta. No podemos reproducir aquí ese análisis, y resumirlo no es casi posible. He aquí las ideas esenciales que, según Krüger, forman los centros en cuyo derredor gravita el pensamiento del apóstol. El tema de la primera parte, es: conocer a Dios; la nota dominante de la segunda parte: ser nacido de Dios; estos dos temas principales de la primera y de la segunda parte se reúnen, en la tercera parte, en este último tema: amar (4:7.) El amor, que es la esencia de Dios, es también el principio de la vida nueva que constituye el cristianismo. "Esta vida nueva es inseparable de la persona de Jesucristo; en él, ha entrado ella primero en la humanidad; como él y con él, ella es el don del Padre, cuyo Hijo él es. Luego, negar que Jesucristo es el Ungido, es decir el enviado del Padre, es cortar el hilo que une la vida nueva a Dios; el principio nuevo y divino no puede existir, obrar y manifestarse más que en la vida del que se aferra a Jesús el Cristo; pero en tal hombre producirá el florecimiento del amor divino."

[1] *El movimiento del pensamiento en la primera epístola de Juan. Revista cristiana*, Julio y Agosto 1895.

Los principales desarrollos del pensamiento en la epístola nos parecen agruparse como sigue:

INTRODUCCION

El testimonio del apóstol, relativo a la manifestación de la vida de Dios, destinado a hacer a sus lectores partícipes de la comunión con el Padre y el Hijo (1:1-4.)

PRIMERA PARTE. Cap. 1:5 a 2:27. DIOS ES LUZ. LA VIDA EN SU COMUNION

A. Condiciones de la comunión con Dios: andar en la luz, confesar nuestros pecados, no pecar, mirar a Jesucristo, nuestro abogado y nuestra propiciación (1:5 a 2:2.)

B. No conocemos verdaderamente a Dios más que si practicamos sus mandamientos, en particular el del amor fraternal (2:3-11.)

C. Guardarse del amor del mundo (2:12-17.)

D. La aparición de los anticristos, su mentira, el Espíritu de que el cristiano es ungido y que le instruye, le preserva contra su influencia (2:18-27.)

SEGUNDA PARTE. Cap. 2:28 a 4:6. EN VISTA DEL ADVENIMIENTO DEL SEÑOR, LOS HIJOS DE DIOS DEBEN PRACTICAR LA JUSTICIA Y EL AMOR FRATERNAL

Como hijos de Dios debemos tener una vida exenta de pecado (2:28 a 3:10), y debemos amarnos unos a otros. Tenemos así confianza delante de Dios, quien nos ordena creer en su Hijo y

amarnos mutuamente; y nuestra comunión con Dios nos és atestada por el don de su Espíritu (3:11-24.) Este Espíritu nos guarda del error de los que no reconocen en Jesús el Hijo de Dios (4:1-6.)

TERCERA PARTE. Cap. 4:7 a 5:21. DIOS ES AMOR. EL AMOR Y LA FE

El *amor* con que Dios nos ha amado en su Hijo, y que es la esencia misma de su ser, nos impele a amarle y a amar a nuestros hermanos, y nos da así la seguridad de nuestra salvación (4:7-21.) La *fe* en Jesucristo, por la cual somos vencedores del mundo, está basada en el testimonio de Dios que nos da, en su Hijo, la vida eterna (5:1-13); ella hace eficaz la oración y permite al cristiano apoyarse en el Dios verdadero (5:14-21.)

PRIMERA EPISTOLA DE JUAN

INTRODUCCIÓN

(Cap. 1:1-4)

1-4. EL TESTIMONIO APOSTÓLICO RELATIVO A LA PALABRA DE LA VIDA. — 1º *La Palabra de la vida, objeto de la experiencia de los apóstoles y de los primeros testigos de Jesucristo.* Lo que existía desde el principio, el autor y los que como él vivieron con Jesús, lo han oído, visto y palpado en el que era la palabra de la vida; pues la vida eterna, que era con el Padre, les apareció; ellos lo atestan y anuncian lo que han visto (1, 2). — 2º *Su testimonio, destinado a poner a sus lectores también en comunión con el Padre y el Hijo.* El propósito del autor al escribir esta epístola es poner a sus lectores en la misma comunión que él personalmente tiene con el Padre y con el Hijo, y completar así su gozo (3, 4).

I Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y nuestras manos 2 palparon, sobre la Palabra de la vida; —y la vida fué manifestada, y hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida, la eterna, la cual era con el Padre y a nosotros fué manifestada;— 3 lo que hemos visto y hemos oído, anunciamos también a vosotros [1], para que también vosotros tengáis comunión con nos-

1. Los cuatro primeros versículos no forman más que una sola frase, en la cual el apóstol da expresión a los sentimientos de su corazón desbordante de reconocimiento. Designa con un pronombre neutro, cuatro veces repetido, el gran tema de que va a hablar: la manifestación de la vida en Aquel al que llama *la Palabra de la vida* (v. 1); luego, en un paréntesis donde los pensamientos se aprietan igualmente, afirma que la vida ha sido manifestada (v. 2); y por último declara cuál es el objeto de su escrito: asociar sus hermanos a la vida que él posee en la comunión del Padre y del Hijo (v. 3 y 4). *La Palabra de la vida* es la que Juan caracteriza en el prólogo de su evangelio: es Dios revelándose y uniéndose a nuestra humanidad en la persona de su Hijo. Juan prefiere no nombrar a este Hijo de Dios, bien que dejando sentir al lector el ardiente amor de que su corazón arde por él. En el curso de la epístola, pondrá a menudo, en lugar de su nombre, un simple pronombre. Aquí, ni siquiera dice: *El* que era desde el principio, sino *lo* que era; y con este pronombre neutro designa todo lo que implican estos términos de infinito alcance: *la Palabra de la vida, la vida, la vida eterna que estaba*

otros; ahora bien: la comunión, la nuestra, es con el Padre y 4 con su Hijo Jesucristo [2]; y estas cosas os escribimos para que nuestro gozo sea cumplido [3].

con el Padre desde el principio. (Comp., sobre el sentido de estas palabras, Juan 1:1 y sig., notas). Esta manifestación de la vida eterna, de la vida de Dios en Jesucristo, es para Juan de una certeza absoluta, pues la ha sentido en su ser entero: declara haberla percibido con todos sus sentidos. Lo que Dios ha revelado, el apóstol lo *ha oído*: las enseñanzas de Aquel que era la Palabra de la vida han resonado en sus oídos y penetrado en su espíritu. *Ha visto con sus ojos*: éstos, iluminados por la luz de arriba, han reconocido en Jesucristo la gracia y la verdad dadas a los hombres (Juan 1:16,17); se ha detenido largo tiempo *contemplando* aquel en quien Dios se comunicaba a los hombres, y por esta contemplación ha llegado a ser cada vez más uno con él. Por último, tal era la realidad de ese ser en quien Dios se manifestaba, que Juan le *ha palpado con sus manos.* Y no ha sido él el único que conoció así la revelación de Dios en su Hijo. Esta experiencia personal e íntima ha sido hecha por todos los que han seguido a Jesús en los días de su carne. En su nombre habla el apóstol cuando dice: *nosotros.* Llegado allí, Juan nota que aún no ha dicho cómo *la Palabra de la vida* ha llegado hasta él. Abre pues un paréntesis (v. 2), para declarar (como en el evangelio, donde sigue la misma marcha, Juan 1:1-3; comp. v. 14) que *la vida ha sido manifestada* en Cristo Jesús, que así ha sido *vista* y se ha comunicado a los que han creído, de modo que el *testimonio* que de ello dan es el de hombres completamente llenos de esta vida, que ellos anuncian como *la vida eterna que estaba con el Padre.* Por último, reanudando su pensamiento (v. 3), Juan proclama en alta voz que su objeto, toda su misión es *anunciar* esta vida, por la predicación o por sus escritos (v. 4), *dar testimonio, anunciarla a vosotros también* (*Sin., B, A, C*), a fin de que *vosotros también,* dice a sus lectores, *tengáis comunión con nosotros.* (Véase la nota sig).

2. Del mismo modo que la vida eterna, que estaba con el Padre, se ha comunicado, en Jesucristo, a los que siguieron sus pasos sobre la tierra y fueron testigos de su muerte y de su resurrección, así como se comunica todavía a toda alma que, muerta en sus faltas y en sus pecados, abraza por la fe al Salvador, así también todo el que ha sido una vez penetrado de esa vida puede y debe compartirla con otros. Los atrae así a una misma *comunión* de espíritu y de corazón, que esta vida nueva restablece entre los hombres naturalmente divididos por el egoísmo. Mas esta comunión no liga solamente a los cristianos entre sí; remontándose hasta la fuente de que ha descendido, los une a *Jesucristo,* y por él, a *Dios* su *Padre.* Esta doble comunión, resultado de la predicación apostólica, es el fruto que el evangelio debe producir en todos los tiempos. Lo que los apóstoles han oído, visto, contemplado, palpado, nosotros lo poseemos por ellos tan bien como ellos lo poseyeron; de modo que el último pecador que se convierta sobre la tierra antes del fin de los tiempos, tendrá comunión con los apóstoles y, por su testimonio, comunión con el Padre y su Hijo amado.

3. Todo lo que emana de Jesucristo, toda comunión con él, es una fuente de vida y de *gozo;* este gozo se hace más *cumplido* en la proporción en que nuestra comunión con él,

I. DIOS ES LUZ. LA VIDA EN SU COMUNIÓN
(Cap. 1:5 a 2:27)

A. 5 a 2:2. CONDICIONES DE LA COMUNIÓN CON DIOS. — 1º *La marcha en la luz.* El mensaje que el Maestro encargó a sus apóstoles, es que Dios es luz. Si decimos estar en comunión con Dios y andamos en las tinieblas, mentimos. Mas si andamos en la luz, gozamos del doble beneficio de la comunión fraternal y del perdón de nuestros pecados, gracias al sacrificio de Jesús (5-7). — 2º *Nuestros pecados.* — *a*) *Deber de confesarlos.* Nos engañamos a nosotros mismos negándolos. Si al contrario los confesamos, podemos esperar de la fidelidad y de la justicia de Dios que nos los perdonará y nos purificará de toda iniquidad; mientras que, si pretendemos no tener pecado, damos un desmentido a Dios y rechazamos su revelación en Cristo Jesús (8-10). — *b*) *No pecar; y si hemos pecado, mirar a Jesucristo, nuestro abogado y nuestra propiciación.* El objeto de estas líneas es inducir a los lectores a no pecar. Si uno de ellos peca, tenemos un intercesor ante el Padre, a Jesucristo el justo. El es propiciación por nuestros pecados y por los de todos los hombres (2:1, 2).

5 Y éste es el mensaje que hemos oído de él y os anunciamos [4]: 6 que Dios es luz y tinieblas en él no hay ninguna [5]. Si dijéremos

llega a ser la parte de un mayor número de hermanos nuestros. "Escribimos estas cosas, a fin de que *nuestro* gozo sea cumplido." Tal es el texto de *Sin., B;* mientras que, según el texto de *A, C, mayúsc.*: "a fin de que *vuestro* gozo sea cumplido", el apóstol querría decir que está animado del santo deseo de impartir a sus lectores el gozo que procura la salvación. Por lo demás, estas palabras son eco de las del Maestro (Juan 15:11; 16:24) y una prueba de que su promesa, hecha en horas de tristeza, no ha engañado a los discípulos.

4. Dos veces, Juan dice (v. 2 y 3): *anunciamos.* La palabra que traducimos por *mensaje* es un substantivo de igual raíz que ese verbo, y significa lo que es anunciado, predicado. El texto recibido tiene: *la promesa.* Esta lección es condenada por los principales documentos (*B, A, mayúsc.*) Por otra parte, no se puede llamar *promesa* la verdad anunciada: *Dios es luz.* La lección que seguimos y que es admitida en todas las ediciones modernas tiene el sentido de *noticia* (Rilliet, Oltramare, Segond), o más bien de *mensaje* (Pau-Vevey, Stapfer, Oltramare revisado, revisión sinodal). Los apóstoles oyeron ese mensaje *de él,* de Jesucristo, el Hijo del Padre (v. 3) y su perfecto revelador.

5. El apóstol acaba de enunciar (v. 3) que la predicación apostólica tiene por objeto y por efecto llevar al pecador a la comunión con Dios. Pero ¿bajo qué condición puede obtener y conservar esta comunión? En su respuesta, Juan se eleva a la mayor altura, y saca sus motivos de la naturaleza misma de Dios. *Dios es luz;* es verdad perfecta, pureza perfecta, santidad perfecta. El apóstol repite la misma cosa en un sentido negativo para hacerla más sensible: (gr.) *no hay en él ningunas tinie-*

que tenemos comunión con él y en las tinieblas anduviéremos,
7 mentimos y no hacemos la verdad [6]; mas si en la luz anduviéremos como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros [7],
8 y la sangre de Jesús su Hijo nos purifica de todo pecado [8]. Si

blas, ninguna sombra ni de error ni de mal. ¿Cuál será la consecuencia de este hecho, en cuanto a nuestra comunión con él? Es expresada en el versículo siguiente. Al declarar que esta gran verdad: *Dios es luz* la ha *oído* de Jesucristo, Juan no quiere decir que éste la haya enunciado en esos mismos términos. Pero toda la revelación de Dios en Cristo ha sido la manifestación de la luz de Dios en medio de las tinieblas de este mundo. Jesús se llamó a sí mismo "la luz del mundo". En su santidad y en su amor resplandecía la *luz* que es la esencia misma de Dios (Juan 14:10.) Dios es *luz* porque es "amor". (4:8, 16. Comp. sobre estas palabras *luz* y *tinieblas*, tomadas en sentido moral: Juan 1:4, 5; 3:19-21; 8:12; 11:9, 10; 12:35, 36; Rom. 13:12; 2ª Cor. 6:14; Efes. 5:8 y sig.; 1ª Tes. 5:4, 5.)

6. Gr. "No *hacemos* la verdad." El Dios que es *luz* ha creado al hombre a su imagen para reflejar como un espejo su luz, sus perfecciones, y le ha regenerado en Jesucristo para el mismo fin. Luego todo el que permanece en *comunión* viva con Dios, es, gradualmente, cada vez más completamente, penetrado de esta luz, hasta que las *tinieblas* sean vencidas y disipadas. Pretender esta comunión y *andar en las tinieblas*, es una contradicción y una *mentira*. Sólo que esta expresión: *andar en las tinieblas*, no significa caer involuntariamente en alguna falta, algún pecado; pues, en ese caso, ninguno estaría en comunión con Dios; pero significa substraer consciente y voluntariamente a la luz divina alguna parte de nuestro ser o de nuestra vida, por una secreta preferencia por el error y el pecado (Juan 3:19 y sig.) Así, profundo horror por todo pecado reconocido como tal, vigilancia y lucha para evitarlo; he ahí lo que emana necesariamente de la *comunión* con el Dios que es luz.

7. En la exacta medida en que *andan* en la luz como Dios mismo *está* en la luz, en la medida en que la verdad, la santidad, el amor que son la esencia de Dios, se reflejan en su vida, los cristianos tienen *comunión los unos con los otros*. Según el v. 6, se esperaba: "Tenemos comunión con él (Dios)", y en *A* y algunos Padres se lee en efecto: *con él*. Mas este pensamiento es tan evidente, que Juan lo sobrentiende para no mencionar sino este fruto de nuestra unión con Dios, la *comunión* de los creyentes *los unos con los otros*. No la realizarán más que si andan en la luz, pues el error y el pecado obran sobre las relaciones de los hombres entre sí como el disolvente más activo (Juan 17:21.)

8. Esta *purificación* por *la sangre de Jesús* (el texto recibido tiene *Jesucristo*, contra *Sin.*, *B*, *C*), que Juan enseña con toda la escritura (2:2; 4:10), no es el efecto de la primera apropiación que el pecador se hace del sacrificio de Cristo, y por el cual es justificado y reconciliado con Dios; pues se trata, en nuestro pasaje, de hombres que andan en la luz y están ya en comunión con Dios. Mas Juan les muestra, en la potente y perpetua eficacia del sacrificio de la cruz, un medio de conservar esta comunión, obteniendo siempre de nuevo el perdón de las faltas en las cuales caen diariamente. Por esto emplea el verbo en presente: su sangre nos *purifica*, indicando la acción

dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos engañamos
9 y la verdad no está en nosotros. Si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo para perdonarnos los pecados y purificarnos
10 de toda iniquidad. Si dijéremos que no hemos pecado, le hacemos
II mentiroso y su palabra no está en nosotros [9]. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguien hubiere pe-
2 cado, defensor tenemos con el Padre, Jesucristo el Justo [1]; y él

permanente del sacrificio de Cristo. Este inmenso privilegio les es asegurado, si por otra parte son sinceros en sus esfuerzos para volverse constantemente hacia la luz. Por lo demás, la *sangre de Jesús*, el sacrificio de la cruz, en tanto que es un medio de perdón y de reconciliación con Dios, es al mismo tiempo un medio de purificación interna del pecado, o de santificación, y de esta suerte contribuye también a afirmar el alma en la comunión con Dios.

9. Para que la sangre de Jesús nos purifique de todo pecado (v. 7), es necesario que cada uno de esos *pecados* sea reconocido y *confesado* en humilde arrepentimiento. No hay excepción a esta ley del reinado de Dios, que está basada tanto en la naturaleza de Dios como en la del hombre. El apóstol se dirige a cristianos que ya andan en la luz y están en comunión con Dios: si, cegados sobre sí mismos, sobre la naturaleza del pecado y las condiciones de la verdadera santidad, se imaginan haberla alcanzado, *se engañan a sí mismos* (v. 8); *hacen a Dios mentiroso*, pues él declara todo lo contrario (v. 10); no tienen ni *la verdad* ni *su palabra en sí mismos*. (v. 8, 10). En efecto, esta *verdad*, esta *palabra*, si estuvieran vivas en ellos, los convencerían de *pecado* haciendo resaltar por un contraste chillón la impureza natural de su corazón y de sus pensamientos (Mar. 7:21), haciendo más sensible su conciencia a las menores transgresiones de la ley divina (Sal. 19:13), reprochándoles todos los momentos que pasan ellos lejos de Aquel que les dijo: "Permaneced en mí, fuera de mí no podéis hacer nada" (Juan 15:4, 5.) Mas cuanto más humilla el apóstol el orgullo del cristiano que se cree exento de todo pecado, tanto más realza la humildad del que persigue y condena el pecado con sincero y profundo arrepentimiento: toma por testigo al Dios *fiel* y *justo*; Dios es incapaz de fallar en ninguna de sus promesas; sus perfecciones mismas son una garantía de que hará siempre esta doble obra de gracia en un alma verdaderamente humillada: le *perdonará los pecados* y la *purificará de toda injusticia*, es decir de todo lo que en ella no es conforme a la *justicia*, al orden querido de Dios y constituído por la ley moral que es la expresión de la voluntad divina. (Comp. Mat. 5:20).

1. *Hijitos míos*, expresión de ternura. El viejo apóstol considera como *hijos* aquellos a quienes escribe, porque son de otra generación. El objeto de Juan, cuando presenta la santidad de la conducta como un efecto necesario de la comunión con Dios (1:5-7), e insiste en el deber del cristiano de confesar sus pecados con humilde arrepentimiento (1:8-10) es inspirar a sus lectores un santo horror del pecado: *Os escribo estas cosas, a fin de que no pequéis*. Sabe, sin embargo, y ha declarado en alta voz, que los más avanzados tienen siempre necesidad de perdón (1:8-10); y como ya ha indicado el medio de obtener este perdón, la sangre de Jesús (1:7), vuelve sobre ese medio para exponerlo más completamente. Todo el que ha pecado es por el mis-

mismo es propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros sino también por el mundo entero [2].

mo hecho acusado delante de Dios, y sería infaliblemente condenado si su pecado quedara sobre él. Juan presenta al hombre convencido de pecado y de condenación, el Salvador y su obra bajo un doble aspecto. Primero, le muestra en Jesús un *defensor* ante Dios, litigando con su intercesión (Rom. 8:34, nota; Hebr. 2:17, 18, nota; comp. Hebr. 7:25; 9:24, notas); luego (v. 2) le hace considerar el sacrificio de Cristo. El término que traducimos por *defensor,* y otros por *abogado,* es el mismo que Jesús, en los discursos del aposento alto, aplica al Espíritu Santo, y que la mayor parte de las versiones traducen allí por *consolador.* Esa palabra es formada de un verbo que significa *llamar a su lado,* y también *dar ánimo, consolar.* El adjetivo-substantivo derivado de este verbo designa al *abogado* o al *intercesor* que es llamado en ayuda de uno ante un juez o un amo. Se ha creído, erróneamente, hallar el sentido de *consolador;* sería más bien *consolado.* (Véase Juan 14:16, nota.) En cuanto a la diferencia que hay entre la intercesión del Salvador y la del Espíritu Santo, del cual también se dice que "ruega por los santos según Dios", véase Rom. 8:26, 2ª nota. Juan nombra a este defensor *Jesucristo el justo,* epíteto que le caracteriza como el santo, sin mácula, el único miembro de nuestra humanidad que sea exento de pecado: es ése su título ante Dios para interceder en nuestro favor. Dios mira a él, a su justicia, y no a nosotros, a nuestras injusticias, y "le escucha siempre". (Juan 11:42. Comp. 2ª Cor. 5:21; 1ª Pedro 3:18.)

2. Con la conjunción *y,* que tiene, aquí como en otras partes (1:2) el valor de un *porque,* introduce Juan el segundo y principal aspecto de la obra de Cristo, su *propiciación,* que da a su intercesión una eficacia infinita y lleva calma y paz a las almas de los pecadores. La palabra *propiciación* designa la acción de hacer a Dios propicio cubriendo el pecado por medio de un sacrificio. (Comp. sobre esta palabra 4:10, y sobre la doctrina misma Rom. 3:25, nota; 5:10, nota; 2ª Cor. 5:19-21; Hebr. 9 y 10, notas). Una verdad importante resulta también de la expresión que el apóstol da a su pensamiento: no dice que Jesús ha hecho propiciación por un acto especial, sino que *es propiciación;* lo *es* por su persona santa, por toda su vida de humillación voluntaria y de obediencia, cuyo coronamiento fué su muerte sobre la cruz (Juan 17:19), por la posición de intercesor que ocupa ante Dios desde su glorificación. Y Juan da énfasis todavía a esta idea empleando el término abstracto de *propiciación* en lugar del término concreto *víctima propiciatoria* (que le atribuyen erróneamente nuestras versiones.) Quiere hacer sentir que el Salvador no ha realizado nuestra reconciliación con Dios por ningún medio externo, sino que él mismo es propiciación (1ª Cor. 1:30.) Por último, para expresar el valor infinito de ese sacrificio, y para que todos puedan recurrir a él en su angustia, el apóstol afirma que su eficacia se extiende, *no solamente* a los que ya han creído, o aun a los elegidos de Dios, como lo pretende cierta teología, sino expresamente al *mundo entero.* Puede y debe ser presentado a todos como el único medio de salvación. No solamente Dios "quiere que todos los hombres sean salvados" (1ª Tim. 2:4), sino que Jesús ha padecido y muerto como el segundo Adán, el representante de nuestra raza; ésta tiene, toda entera, el beneficio de la redención que él

B. 3-11. Para conocer a Dios, guardar sus mandamientos, en particular el del amor fraternal. — 1º *La observancia de los mandamientos de Dios, prueba de nuestro amor por él.* Por ella adquirimos la certeza de haber conocido a Dios. Pretender conocerle y no practicar su ley, es mentir. Pero guardar su palabra, es amarle perfectamente. Si decimos que permanecemos en él, debemos vivir como Jesús vivió (3-6). — 2º *El mandamiento antiguo y nuevo, del amor fraternal, condición para andar en la luz.* El apóstol no presenta a sus hermanos un mandamiento nuevo; ellos lo conocen desde el origen de su vida cristiana. Y sin embargo es nuevo, pues es el fruto de una vida nueva, manifestada en Cristo y en los creyentes, y cuya aparición ha sido como la luz que disipa las tinieblas. Por tanto, el que se dice en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. El que ama no corre el riesgo de tropezar, mientras que el que aborrece no sabe adónde va (7-11).

3 Y en esto sabemos que le conocemos, si sus mandamientos
4 guardáremos. El que dice: Le conozco, y sus mandamientos no
5 guarda, es mentiroso, y en éste no está la verdad; mas quienquiera que guardare su palabra, verdaderamente en éste el amor de Dios ha sido hecho perfecto; en esto sabemos que estamos
6 en él. El que dice que en él permanece debe, como aquél anduvo,
7 él mismo andar así también [3]. Amados [4], no os escribo manda-

realizó (1ª Cor. 15:22, 45; Rom. 5: 12-21.)

3. *Conocer* (v. 3, 4, 13, 14), en las escrituras y principalmente en el estilo de Juan, no significa jamás un conocimiento intelectual, teórico, sino un conocimiento experimental del corazón. *Conocer* es casi sinónimo de amar (v. 5), o de esos otros términos *estar en él* (v. 5), *permanecer en él* (v. 6.) Es decir que cada una de esas expresiones, entendida en su sentido completo, da, en uno de sus aspectos, la idea de "comunión con Dios" (1:3, 6) de que Juan trata en esta primera parte de su carta. Aquí, en efecto, quiere dar a sus hermanos las señales en las que reconocerán si están en esa comunión: negativamente, *no guardar sus mandamientos* (v. 4), así como "andar en las tinieblas" (1:6), y pretender vivir en esa comunión, es *mentir;* positivamente, *guardar sus mandamientos* (v. 3; comp. Juan 14:15, 21; 15:10), es decir toda *su palabra,* conformar a ella su conducta (v. 5); *andar como él anduvo,* es decir seguir a Jesús, imitarle, asemejarse a él en todo y particularmente en esta comunión permanente con Dios que ha sido el principio de su vida (Juan 5:19, 30; 10:38; 14:10; 17:21), es la única demostración evidente de que estamos en comunión con él, y que el *amor de Dios,* nuestro amor hacia Dios, *está verdaderamente perfecto en nosotros* (v. 5); pues este amor sólo se complace en la voluntad de Dios, y él solo puede cumplirla. (Comp. v. 7-11.) Es bien evidente, por lo demás, que Juan considera aquí la vida cristiana en su punto de vista ideal; pues no puede ponerse en contradicción con lo que acaba de decir (1:8-10.) Mas todo el que reconoce este ideal y tiende hacia él con todas sus fuerzas, con la gracia de Dios, ése *conoce* a Dios (v. 3, 4, 13.)

miento nuevo, sino un mandamiento antiguo que teníais desde el
8 principio; el mandamiento antiguo es la palabra que oísteis. Por otra parte, mandamiento nuevo os escribo, lo que es verdadero en él y en vosotros; porque las tinieblas pasan y la verdadera
9 luz ya brilla [5]. El que dice que está en la luz y aborrece a su
10 hermano, en las tinieblas está hasta ahora. El que ama a su her-
11 mano en la luz permanece, y no hay tropezadero en él; mas el que aborrece a su hermano en las tinieblas está y en las tinieblas anda, y no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos [6].

4. Expresión del tierno amor del apóstol, que debe hacer penetrar sus palabras al fondo del corazón de sus lectores. En lugar de: *Amados* (*Sin.*, *B*, *A*, *C*, vers.), el texto recibido tiene: *Hermanos*.

5. Este *mandamiento* que no es *nuevo*, que es *antiguo*, y que, *sin embargo*, bajo otro aspecto, *es nuevo*, es evidentemente el mandamiento del amor, así nombrado por Jesús. (Juan 13:34; comp. más abajo v. 9-11; 3:11; 4:7; Juan 15:12.) Es *antiguo*, pues los cristianos a quienes Juan escribe *lo tenían* desde el primer momento en que conocieron el evangelio, *desde el principio* (v. 7.) Esa era hasta la esencia de la *palabra* evangélica que ellos *oyeron*. (El texto recibido repite aquí las palabras: *desde el principio*, contra el testimonio de *Sin.*, *B*, *A*, *C*.) Y sin embargo ese mandamiento *es nuevo*, no solamente, según la interpretación de Calvino, porque es necesario practicarlo siempre de nuevo, sino *porque*, como lo expresa claramente nuestro apóstol, *las tinieblas pasan y la verdadera luz ya brilla*. Las *tinieblas*, es el estado de la humanidad antes de la aparición de Cristo (Juan 1:5), es la vida del hombre natural, en que domina el egoísmo (Mat. 6:22, 23); la *luz*, es la revelación de Dios que es luz (1:5); y especialmente el que es el portador de esta revelación, Jesucristo (Juan 1:8, 9; 8:12; Rom. 13:12-14; 2ª Cor. 4:6; Efes. 5:8-13; Col. 1:12, 13), quien nos hace capaces de amar. Se puede conocer el evangelio sin haber experimentado aún en su corazón todo el alcance, la hermosura, la dulzura del mandamiento del amor; pero que cambie el corazón, que la vida cristiana se desarrolle en la comunión del Salvador y del Dios que es amor, entonces ese mandamiento divino se torna *nuevo;* se torna cada día más, y se tornará nuevo principalmente cuando el amor haya alcanzado la perfección. Lo que prueba también que esta es la interpretación verdadera, son las palabras que el apóstol agrega: *lo que es verdadero en él y en vosotros; en él*, pues Cristo ha vivido de esta vida nueva del amor, la ha creado en el mundo; y *en vosotros*, pues los cristianos pueden y deben vivirla en la comunión con Cristo. Hay otras interpretaciones de este pasaje que nos parecen menos en armonía con el conjunto del texto. Así por el *mandamiento nuevo* unos entienden el deber de vivir como Cristo vivió (v. 6), otros el conjunto de la doctrina y de la vida cristianas. Admitiendo que se trata del mandamiento del amor, algunos exégetas piensan que es *antiguo* porque fué dado por Moisés (Lev. 19:18), y *nuevo* desde el evangelio. Más aún, se ha dicho que era *antiguo*, porque Dios lo implantó en el corazón del hombre, creando a éste a su imagen. (Comp. Juan 13:34, nota.)

C. 12-17. CUIDARSE DEL AMOR DEL MUNDO. — 1º *Juan se dirige a sus lectores según su edad.* — *a*) *Primera interpelación.* Escribe a todos, llamándolos hijitos, porque sus pecados les son perdonados en el nombre del Salvador; a los padres, porque han conocido al que es desde el principio; a los jóvenes, porque han vencido al maligno (12-13ª). — *b*) *Segunda interpelación.* Ha escrito a todos, porque han conocido al Padre; a los padres, porque han conocido Aquel que es desde el principio; a los jóvenes, porque son fuertes, la palabra de Dios mora en ellos y han vencido al maligno (14). — 2º *Juan amonesta a sus lectores contra el peligro de amar al mundo.* No amen al mundo ni las cosas que en él están. El amor del mundo y el amor del Padre se excluyen: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la falsa seguridad y el orgullo que inspiran los bienes terrenales no vienen del Padre. El mundo y su concupiscencia pasan; el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente (15-17).

12 Os escribo, hijitos, porque os han sido perdonados los pecados
13 por causa de su nombre. Os escribo, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo, mancebos, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito, hijitos, porque conocéis al Pa-
14 dre. Os he escrito, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os he escrito, mancebos, porque sois fuertes y la palabra de Dios en vosotros permanece y habéis vencido al malig-
15 no [7]. No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si

6. El contraste entre la *luz* y las *tinieblas* designaba precedentemente (1:5-7) la oposición absoluta que hay entre Dios y el pecado en todas sus manifestaciones. (Comp. Juan 3:19-21, notas.) *Amar a sus hermanos*, estar con los hijos de Dios en una comunión íntima, viva, abnegada, es, a los ojos de Juan, una prueba de que se está y se *permanece* en comunión con Dios que es *luz* y amor. La luz divina nos penetra, ilumina nuestro camino y nos quita toda (gr.) *ocasión de caída*, toda ocasión de pecar, en nuestras relaciones con nuestros hermanos. Tal es el sentido de esta palabra (Juan 11:9, 10.) Otros la entienden, con menos razón, del escándalo que damos al prójimo (Mat. 18:7.) Al lado del *amor*, Juan no conoce más que el *odio*, pues para él la indiferencia del egoísmo no es otra cosa que la comunión con las tinieblas. Una u otra de esas disposiciones deciden de la vida moral: ésta será toda entera *luz* o *tinieblas*, según una u otra domine. El que *anda* en las tinieblas, y corre riesgo así de tener una *caída* (v. 10), *no sabe*, de un modo general, *adónde va* (Juan 12:35); porque rehusa ver, es poco a poco privado de la facultad de percibir la luz: *las tinieblas han cegado sus ojos* (Juan 12:40; Isa. 6:10.)

7. El apelativo: *Hijitos*, repetido del v. 1, se aplica a todos los cristianos, sin distinción. Han obtenido el perdón de sus pecados *a causa de su nombre*, del nombre de Jesucristo, de ese nombre con el cual él se ha revelado a ellos como el Salvador. Luego, para hacer más incisiva su exhortación, el apóstol interpela a sus lectores según sus diversas edades: *padres*, *mancebos*. Estos términos están tomados en sentido propio, y no como distinguiendo diversos grados de la experiencia cristiana. Juan dice

16 alguien amare al mundo, no está el amor del Padre en él; porque todo lo que está en el mundo, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida, no viene 17 del Padre, sino del mundo viene [8]. Y el mundo pasa y su concu-

tres veces: os escribo, y tres veces: *os he escrito* (según *Sin., B, mayús.*). Algunos intérpretes piensan que el verbo en pretérito se refiere a lo que precede en la epístola, el verbo en presente a lo que va a seguir. Otros ven en ese cambio de tiempo, como en la repetición de las seguridades dadas a los *padres* y a los jóvenes, la intención del autor de confirmar lo que acaba de decir para afirmar la fe de ellos: "*Os la escribo* y nada tengo que quitar, *os lo he escrito*, subsiste." (Comp. una expresión semejante en Juan 19:22.) Algunos intérpretes piensan que la palabra *escribo* se refiere a esta carta, y las palabras *he escrito* a otra obra del apóstol, al evangelio o a una carta perdida. Mucho más natural es la explicación que admite que el presente se refiere a la carta en su conjunto o al acto mismo de escribir (1:4; 2:1), y el pretérito a lo que ya ha escrito en esta carta y especialmente a las últimas palabras (v. 3-11) que presentan la obediencia a los mandamientos de Dios, singularmente al del amor fraternal, como la condición esencial de la vida en Dios. Para poseer ésta, los cristianos deben llenar otra condición, negativa, que Juan va a indicar (v. 15-17.) En cuanto a las gracias especiales que el apóstol recuerda a sus hermanos para su confirmación, presenta primero a todos (*hijitos*, v. 12) la seguridad del *perdón de sus pecados a causa del nombre de Jesús;* pues sólo esta seguridad, con la paz y la libertad que ella procura, puede elevar al cristiano por encima de todas las dudas, preservarle de todos los peligros, dándole un filial acceso ante Dios que es su fuerza. A los *padres,* el apóstol recuerda dos veces (v. 13, 14) que ellos tienen la dicha de *conocer* (v. 5, 6, nota) desde largo tiempo al Salvador, *Aquel que es desde el principio* (1:1), y de hacer ya la experiencia de su fidelidad y de su amor. ¿Cómo pues no confiar en él hasta el fin? A los *jóvenes,* repite dos veces (v. 13, 14) que, a pesar de la potencia de las tentaciones que asaltan su edad, han *vencido al maligno* (3:12; 5:18, 19), son *fuertes* en Dios (Luc. 11:21; Efes. 6:10) y *su palabra permanece en ellos* (2ª Tim. 2:1.) ¿Cómo se tornarían ellos ahora cobardes para la lucha, perdiendo así todos los frutos de sus victorias? Por último, a los cristianos de todas edades, que abarca nuevamente con este término de ternura: *hijitos,* el apóstol se complace en recordar que han tenido, desde su entrada en la vida, el inmenso privilegio de *conocer* a Dios como un tierno *Padre* cuyo amor reclama justamente todo su corazón, toda su vida. ¡Cuán potentes debían ser estas palabras para todos, viniendo de un apóstol que había envejecido en las luchas para las que alienta a sus hermanos!

8. He aquí ahora la exhortación que deriva de lo que precede, y que, según el contexto y según la naturaleza de las cosas, se dirige principalmente a los *mozos* (v. 14). El *mundo,* el *amor del mundo;* el *Padre,* el *amor del Padre*: tal, es la gran antítesis que el apóstol establece aquí y cuyos dos términos, considerados como objetos de nuestro amor, se excluyen absolutamente. Mas para no abusar de este precepto, lo que acontece con tanta frecuencia, es necesario hacerse una idea justa de lo que Juan llama *el mundo.* No entiende

por él el universo creado, obra de Dios, donde se manifiestan su sabiduría, su potencia y su bondad (Rom. 1:20); pues podemos, debemos amarlo, como los hombres de Dios que lo cantan en sus cánticos (Sal. 19, 104.) No designa tampoco a los hombres que son aún del mundo (3:13; 5:19); pues, en este sentido, Dios mismo "amó al mundo" (Juan 3:16), y nosotros debemos amarlo como él lo ama, es decir esforzarnos en salvarlo, lo que no puede tener lugar sin amor. Con esa palabra, lo mismo que Pablo con la expresión "el presente siglo" (Rom. 12:2; Gál. 1.4; 2ª Tim. 4:10, etc.), Juan entiende el espíritu carnal, malo, corrompido, que, desde la caída, reina entre los hombres del mundo; con todas las cosas indiferentes en sí mismas que ese espíritu hace funestas al compenetrarlas y sujetarlas a su servicio. El mismo objeto, la misma acción, el mismo gozo pueden ser *del mundo* o no serlo según el espíritu que se pone. En una palabra, todo es *mundo,* aun las cosas más santas en apariencia, en donde no está el *amor de Dios,* ocupando el primer lugar; y donde ese *amor* está, nada es *mundo,* pues excluye naturalmente, necesariamente, todo lo que, por su naturaleza, es incompatible con él. Pero el apóstol mismo precisa su pensamiento (v. 16) reduciendo a tres capítulos principales *las cosas que están en el mundo,* que ha prescripto a sus lectores no amar; y esos tres capítulos no son tres objetos particulares de nuestros afectos, sino tres pasiones o *concupiscencias,* que dan a todo lo que ellas afectan ese carácter de mundanalidad. Primero, la *concupiscencia de la carne,* por lo que hay que entender toda acción, todo deseo, todo pensamiento que tiende al goce de los sentidos, y de que está llena el alma vacía del amor de Dios. (Comp. el desarrollo de esta antítesis en Gál. 5:16-25.) El que busca en la satisfacción de la carne su tesoro (su supremo bien), pone en ella todo su corazón (Mat. 6:21.) Luego, la *concupiscencia de los ojos,* que despierta, por medio de la vista, la concupiscencia de la carne. En efecto, por el solo hecho de que el mal reina en el mundo tanto como en el corazón, todo lo que el hombre ve es apropiado para excitar la concupiscencia, y así hay perpetuamente acción y reacción entre la doble potencia del mal en nosotros y fuera de nosotros. Aun cuando ella no termine en pecado de la carne, la concupiscencia de los ojos es culpable a juicio de Dios (Mat. 5:8.) Otros intérpretes entienden la *concupiscencia de los ojos* de todo deseo del bien ajeno (Ex. 20:17) y la identifican con el amor del dinero. Los bienes de este mundo no solamente excitan los deseos del hombre y le suministran el medio de satisfacer sus concupiscencias; sino que, cuando los posee, saca de ellos vanidad; se hace un pedestal de su fortuna, de sus talentos, de su hermosura. Esto es lo que el apóstol llama *la vanagloria de la vida.* La palabra que traducimos por *vanagloria* se encuentra, en plural, en Jac. 4:16, en el sentido de "pensamientos orgullosos"; un substantivo de la misma raíz significa: vano, jactancioso (Rom. 1:30; 2ª Tim. 3:2.) En cuanto al término vertido por *vida,* designa propiamente lo que sirve para mantener la vida (3:17; Mar. 12: 44.) La disposición contra la cual pone en guardia el apóstol a sus lectores es pues la falsa seguridad, la orgullosa certidumbre del hombre que posee bienes en abundancia (Luc. 12: 19.) Es al mismo tiempo peligrosa y culpable, porque nos induce a creer que podemos pasarnos sin Dios; a olvidar por consiguiente a Dios y la vida eterna; a hacer de los bienes terrestres ídolos, a adorarnos a nosotros mismos, a rendir homenaje, en una palabra, al príncipe de este

piscencia; mas el que hace la voluntad de Dios permanece por la eternidad [9].

D. 18-27. CUIDARSE DE LOS ANTICRISTOS. — 1º *Su aparición.* Juan advierte a sus lectores que la última hora viene, pues los anticristos están en actividad. Han salido de las filas de los discípulos, de que en realidad no eran. Dios ha permitido su defección para mostrar que no todos los que profesan la fe cristiana son discípulos (18, 19). — 2º *El preservativo contra su influencia.* Este preservativo es el Espíritu de que sus lectores han sido ungidos por el Santo, y que les revela toda la verdad. Juan les ha escrito, porque conocen esta verdad que excluye toda mentira (20, 21). — 3º *La mentira de los anticristos.* Consiste en negar que Jesús sea el Cristo, y por tanto negar al Padre y al Hijo (22, 23). — 4º *Exhortación a permanecer en la verdad.* Queden pues fieles a las instrucciones recibidas desde el principio, y estarán en comunión con el Hijo y el Padre. La promesa del Salvador es la vida eterna (24, 25). — 5º *El Espíritu es el único verdadero doctor de los fieles.* Juan les ha escrito para ponerles en guardia contra los que los extravían. Mas el Espíritu de que han sido ungidos le dispensa de instruirles más; este Espíritu les instruye de todo. ¡Permanezcan en Dios! (26, 27).

18 Hijitos, última hora es [10], y según oísteis que un anticristo

mundo. Que *todo lo que está en el mundo,* y que lleva esos caracteres, *no venga del Padre,* es una verdad evidente de por sí; por consiguiente, todo el que *ama al mundo, el amor del Padre no está en él.* Se encuentran, en cierta medida, estas tres concupiscencias en la tentación del Edén (Gén. 3:6), y en la tentación de Jesús en el desierto (Mat. 4:3-10.)

9. *El mundo pasa* (1ª Cor. 7:31); todo lo que contiene, todo aquello de que el hombre disfruta y se enorgullece, perece, *y su concupiscencia* también; esta palabra de *concupiscencia* es tomada aquí por el objeto de la concupiscencia, de los deseos terrenos y carnales. "Ahora si, cuando todo lo que el hombre ha amado sobre la tierra pasa y perece, se siente él sobrecogido ya por esa soledad, por ese abandono sin consuelo y sin esperanza que es tan terrible, ¡qué será cuando él mismo, entregado sin remedio a una miseria sin esperanza, llevando en sí su concupiscencia sin objeto, sea como devorado por una sed ardiente que nada podrá apagar!" La triste suerte que se preparan los que se atienen a un mundo perecedero es puesta en evidencia por el término opuesto del contraste: *el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente;* pues tiene su vida en Dios mismo, en quien nada pasa ni perece.

10. Los pensamientos que Juan acaba de expresar sobre el amor del mundo y el renunciamiento a un mundo que pasa (v. 15-17), llevan naturalmente su espíritu a los últimos tiempos, y a los adversarios de la verdad que, arrastrados precisamente por el amor del mundo, deben hacer entonces su obra de tinieblas. El apóstol se siente impelido a advertir seriamente a sus lectores de los peligros que los amenazan y a describir, en sus rasgos principales, los engañadores que ya están entre

viene, también ahora son muchos anticristos; por lo que sabemos

19 que es la última hora [11]. De entre nosotros salieron, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero es para que fueran puestos de mani-

20 fiesto que no son todos de nosotros [12]. Y vosotros tenéis una un-

ellos, a fin de que estando en guardia no se dejen engañar. Por *la última hora* o los últimos días (Hebr. 1:1; 1ª Pedro 1:20), expresión no menos frecuentemente usada en el Antiguo Testamento que en el Nuevo (Isa. 2:2; Act. 2:16 y sig.), los autores sagrados entienden siempre la economía del reinado de Dios que se abre con el establecimiento del evangelio, y cuya duración era desconocida de los apóstoles, habiéndose Jesucristo rehusado a revelársela (Mar. 13:32; Act. 1:7.) La mayor parte de los intérpretes actuales estiman que *la última hora,* como "el último día" (Juan 6:39), designa de modo preciso el fin de la dispensación presente y el juicio final. Juan, como Pedro (1ª Pedro 4:7), creía que esta última hora iba a llegar. Juzgaban así por "las señales de los tiempos", y en particular por la que Juan describe aquí, la venida de anticristos (comp. 2ª Tes. 2); e insistían en el deber de los cristianos de esperar, en santa vigilancia, la venida del Maestro, de esperarle cada día. ¿Se han engañado esperando, como inminente, el regreso del Señor? Si se quiere; mas su ignorancia de los designios de Dios sobre el porvenir los ha mantenido en una vigilante espera, y han sido en ello modelos de la Iglesia entera, cuya situación natural y necesaria es tal hasta la venida del justo Juez. (Véase sobre este asunto 1ª Tes. 4:15, nota.)

11. *Un anticristo* (*Sin., B, C;* texto recibido *mayúsc.: el anticristo*) *viene,* los cristianos a quienes Juan escribía lo sabían, lo habían *oído,* ora por la predicación de Pablo en Asia Menor, ora por la de Juan mismo. Estos dos apóstoles enseñaban que, antes del regreso del Señor, todas las potencias enemigas del Cristo y de su reino se personificarán en un solo hombre que no será solamente un adversario del Cristo, sino que pretenderá desempeñar el papel del Cristo, ser el Salvador y el rey de la humanidad; pero entretanto el espíritu de apostasía y de mentira se manifiesta bajo las formas más diversas; aparecía ya en los tiempos del apóstol en doctores herejes: (gr.) *muchos anticristos han llegado a ser,* se han producido. Juan los caracteriza en lo que sigue (v. 19, 22, 23.) De esas señales precursoras infiere que la última hora se acerca: *por esto conocemos que es la última hora.* El anticristo (4:3; 2ª Juan 7) es el que Pablo nombra "el hombre del pecado, el hijo de perdición." (Véase 2ª Tes. 2:1-12, notas.)

12. El apóstol enseña, como Pablo (2ª Tes. 2:1 y sig.), que el anticristo y los que son animados de su espíritu *saldrán de en medio* de la Iglesia misma. Jesús llama a los falsos doctores "lobos vestidos con pieles de oveja" (Mat. 7:15; comp. Act. 20:29, 30.) Esta circunstancia los hace más peligrosos. Las almas poco iluminadas, mal afirmadas en la gracia, se dejan tomar con apariencia de ciencia o de piedad, mientras que no experimentarían sino repulsión por una incredulidad o una impiedad declaradas. Juan expresa todavía una doble verdad muy importante. Por una parte, los verdaderos miembros de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, no la abandonan jamás, no sucumben en los tiempos de prueba en que el Señor cierne el trigo: ¡dul-

21 ción de parte del Santo, y conocéis todas las cosas [13]. No os he escrito porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y 22 que ninguna mentira viene de la verdad [14]. ¿Quién es el mentiroso [15] sino el que niega: "Jesús no es el Cristo" [16]? Este es el

ce y potente consuelo para ellos a la vista de las defecciones! Pero, por la otra, es necesario que esas defecciones se produzcan, a fin de que sea manifestado con evidencia que hay en la Iglesia miembros que son sus enemigos secretos, y que las almas sinceras sean incitadas a la vigilancia y a la oración (1ª Cor. 11:19.) Gr. "a fin de que *fueran manifestados,* que todos no son de los nuestros." Dios quiere que sean así conocidos, desenmascarados. Sus caídas son juicios anticipados, que anuncian la gran separación del último día, después de la cual no habrá más ni mezcla, ni confusión ni engaño posible.

13. He ahí el verdadero preservativo contra las seducciones de los falsos doctores: la *unción del Santo,* administrada por el *Santo* (v. 27), es decir por Dios (Juan 17:11), o por Cristo (Apoc. 3:7), quien, al dar el Espíritu, da la vida, la realidad divina, la experiencia personal de la verdad revelada por la palabra. El óleo santo (Ex. 29:7; 30:31), con el cual se ungía, en el antiguo pacto, a los profetas, a los sacerdotes, a los reyes, era la figura del Espíritu de Dios. *Cristo,* el *Ungido* por excelencia, recibió el Espíritu en su plenitud (Act. 10:38; Mat. 3:13, nota); y con este mismo Espíritu, que él posee sin medida, él *unge* también a los que le están unidos por una fe viva (Juan 1:16) de modo que, por esta unción, ellos *saben todas las cosas,* todo lo que pertenece a la salvación eterna del alma, y adquieren un discernimiento seguro de la verdad y del error. *Vosotros sabéis todas las cosas,* es la lección de la mayor parte de las *mayúsc.,* de las *vers.* y de los Padres. *Sin., B.* tienen: *Vosotros todos sabéis,* todos vosotros tenéis el conocimiento Los críticos modernos adoptan generalmente esta última lección. Pero, ¿no es ésta una corrección proveniente de que la otra expresión parecía demasiado hiperbólica? Por otra parte, podría ser también que se haya escrito: sabéis *todas las cosas,* para que el verbo no careciera de objeto, y porque *todos* parecía inútil.

14. Se encuentra en las primeras palabras de este versículo el mismo giro que en los v. 12 y sig. Os escribo estas cosas, no porque ignoréis la verdad, sino porque la conocéis, y porque así no tengo más que recordárosla para poner en vuestra conciencia el obrar en consecuencia, y haceros sentir vuestra responsabilidad. *Ninguna mentira* (gr.) *es de la verdad,* no puede venir de la misma fuente, ni ser inspirada por el mismo Espíritu (Juan 8:44) que la verdad. Reconoceréis pues las consecuencias falsas que se quisiera deducir de la verdad, que es el método más sutil, el más peligroso de los engañadores.

15. El *mentiroso* por excelencia, en el que pensaba el apóstol al decir: "Vosotros sabéis que ninguna mentira viene de la verdad", es el anticristo; pero los que son animados de su espíritu (v. 18) son mentirosos como él.

16. El *Cristo,* el *Ungido,* el *Mesías* divino, la Palabra eterna hecha carne en Jesús de Nazaret (Juan 20:31.) Más tarde (4:2), el apóstol precisará más esta negación de la verdad divina relativa a la persona de Cristo. Desde los tiempos del apóstol, y a través de todos los siglos de la

23 anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, ni al Padre tiene; el que confiesa al Hijo, también al Padre 24 tiene [17]. Vosotros, lo que oísteis desde el principio, en vosotros permanezca; si en vosotros permaneciere lo que desde el principio oísteis, también vosotros en el Hijo y en el Padre permane-25 ceréis [18]. Y ésta es la promesa que él mismo nos prometió, la 26 eterna vida [19]. Estas cosas os he escrito sobre los que os enga-27 ñan. Y vosotros, la unción que recibísteis de su parte permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe; sino que como su unción os enseña sobre todas las cosas, y verdadera es y no es mentira, y según os enseñó, permaneced en él [20].

Iglesia hasta nuestros días, ha habido dos maneras, que parecen opuestas, pero que provienen en el fondo del mismo error, de *negar que Jesús sea el Cristo,* o de "negar el Hijo" (v. 23.) La una consiste en admitir su divinidad, negando su humanidad real (así, desde los tiempos apostólicos, falsos doctores enseñaban que no había sentido nuestras necesidades, nuestros sufrimientos y la muerte más que en apariencia, pretendiendo que lo contrario hubiera sido indigno de Dios); la otra consiste en admitir su humanidad verdadera, pero negando, en grados diversos, su divinidad. Con uno u otro de estos errores, se suprime la persona del Hombre-Dios, y desde entonces no se tiene ya realmente en *Jesús, al Cristo.* al Salvador, al Mediador entre Dios y los hombres. El evangelio es minado por su base; Juan llama eso una *mentira.*

17. No hay pues ni conocimiento de Dios como *Padre* ni comunión con él para todo el que *niega al Hijo;* de hecho, *niega* también *al Padre;* pues el Hijo es el único camino que conduzca al Padre (Juan 14:6.) Las palabras: *el que confiesa al Hijo tiene también al Padre,* que no están en el texto recibido, se leen en la mayor parte de los documentos. Hay que observar bien esta expresión: *tener* al Padre, poseerle por una comunión viva, lo que es más que *conocerle* (Juan 14:23.)

18. Este versículo dice de manera positiva lo que el precedente expresaba negativamente, y además el apóstol aplica directamente a sus lectores esta profunda verdad. Si *lo que han oído desde el principio* (comp. v. 7), a saber que la Palabra eterna ha sido hecha carne en Jesucristo (1:1-4; Juan 1:18), *permaneciere en ellos* por una fe viva, esta verdad no será una creencia estéril. una especulación de su inteligencia, sino que se tornará en ellos en una comunión real e íntima con el *Hijo* y por él con el *Padre* (Juan 14:20-24; 17:21.) "Dios manifestado en carne" es el "gran misterio de piedad" (1ª Tim. 3:16).

19. Esta observación confirma y completa lo que precede: permanecer en el Hijo y en el Padre, es obtener el cumplimiento de la *promesa hecha* por el *Padre* o por el *Hijo,* es poseer *la vida, la vida eterna,* que comienza en este mundo por esta comunión divina. para desarrollarse plenamente en la perfección venidera. Se puede uno preguntar si hay que conectar el pronombre *él mismo* al Padre (Jac. 1:12) o al *Hijo* (Juan 3:15; 6:40; 10:28; 17:2); esta última atribución es más conforme al pensamiento de Juan.

20. A todos los artificios de los falsos doctores (v. 26), el apóstol se contenta con oponer una vez más (comp. v. 20), *la unción* que sus lec-

II. ANTE EL ADVENIMIENTO DEL SEÑOR, LOS HIJOS DE DIOS DEBEN PRACTICAR LA JUSTICIA Y EL AMOR FRATERNAL

(Cap. 2:28 a 4:6)

A. 2:28 a 3:10. HIJOS DE DIOS, DEBEMOS TENER UNA VIDA SIN PECADO. — 1º *Nuestra seguridad cuando venga el Señor.* Juan invita a sus hermanos a permanecer en el Señor, para estar llenos de confianza en ocasión de su glorioso regreso. Dios es justo, y se reconoce que un hombre es nacido de Dios cuando practica la justicia (28, 29). — 2º *Los hijos de Dios, su dicha presente, su gloria venidera.* Juan invita a sus lectores a considerar el amor que Dios les ha testificado llamándolos hijos suyos. Tienen verdaderamente esta calidad. Por esto el mundo, que no ha conocido a Dios, no los conoce. Desde ahora, somos hijos de Dios. Nuestra condición futura aún no ha sido revelada; pero seremos semejantes a Dios, porque le veremos tal cual es (1, 2). — 3º *Los hijos de Dios y el pecado.* — *a) Necesidad y posibilidad de la santificación.* Tal esperanza obliga al que la posee a purificarse. El pecado es la transgresión de la ley. El Salvador apareció para quitar el pecado. Permanecer en él es el medio de no pecar más. Quien peca no le ha conocido (3-6). — *b) El pecado nos hace hijos del diablo.* Juan pone a sus lectores en guardia contra los que les incitarían a descuidar la práctica de la justicia. El que peca es del diablo, autor primero del pecado. El Hijo de Dios ha venido a destruir las obras del diablo. El hijo de Dios, en quien mora la simiente de Dios, no puede pecar. Los hijos de Dios y los hijos del diablo se reconocen en esta señal: el que no practica la justicia no es de Dios, como tampoco el que no ama a su hermano (7-10).

28 Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que, si fuere manifestado, tengamos osadía y no nos apartemos avergonzados en 29 su venida [21]. Si supiéreis que es justo, sabed que también todo el que practica la justicia ha sido engendrado de él [22].

tores han recibido de Dios. Ella bastará plenamente para preservarlos, pues *permanece* en ellos. Esta unción, realidad divina, hecho de experiencia que ha transformado su corazón y su vida, es *verdadera.* No es una *mentira.* Tienen ellos el testimonio vivo de ello en sí mismos. *Su* unción (gr. la unción de *él, Sin., B, C;* el texto recibido, con *A* y algunas *mayúsc.*, tiene: *esta misma* unción) los *instruye* (Juan 14:26; 16:13; 1ª Cor. 2:12; 12:10); ellos no tienen necesidad de otra enseñanza. *Pero.* añade el apóstol, *como ella os instruye de todas las cosas y según ella os instruye, permaneced en él.* Tal es la lección de *Sin., B, A, C;* el texto recibido tiene: *Permaneceréis en él.* La lección de los principales manuscritos puede traducirse también por el indicativo: *Permanecéis en él.* Sería una afirmación respondiendo a la que precede: *La unción permanece en vosotros. Permanecer en él,* ahí está todo.

21. *Y ahora,* en la "última hora" (v. 18.) A fin de que no seamos "*avergonzados lejos de él* en su advenimiento", para que no seamos *desechados con vergüenza* lejos de él; o: "que no tengamos que alejarnos de él, cubiertos de vergüenza" (Sapfer, Weiss.) El apóstol piensa en el *advenimiento* de Cristo, en su regreso glorioso para el juicio (comp. Col. 3:4). y no en la *presencia* de Dios como varios intérpretes lo infieren del v. 29, donde Dios es el sujeto. Quiere que tengamos entonces plena *osadía, confianza* (4:17; Fil. 1:20; Efes. 3:12.) *Cuando fuere manifestado;* el texto griego (*Sin., B, A, C*) tiene: *Si fuere manifestado,* pero este giro no pone en duda que la manifestación tenga lugar; hace resaltar su inminencia.

III Ved qué clase de amor nos ha dado el Padre; ¡que seamos llamados hijos de Dios [1]! Y lo somos. Por esto el mundo no nos 2 conoce, porque no le ha conocido [2]. Amados, ahora somos hijos

22. La perspectiva del juicio, que acaba de entreabrir (v. 28) eleva el pensamiento del apóstol hacia Dios que *es* justo. La justicia, que es la esencia de Dios, confunde al pecador y no le permite tener confianza (v. 28.) Mas los cristianos deben *reconocer* que *todo* hombre *también* (*Sin., A, C.*) *que practica la justicia es engendrado de él.* Ellos *hacen la justicia;* son pues hijos de Dios, *nacidos de él,* asemejándose a su Padre que *es justo* (la misma verdad íntima y profunda es expresada respecto del amor 4:7); y, por consiguiente, no tienen que temer ser avergonzados en el advenimiento del justo Juez. Varios intérpretes entienden aquí por el que *es justo,* no *Dios* el Padre, sino *Cristo,* de quien el apóstol habla en el versículo precedente como del Juez. Mas la expresión *engendrados de él,* se refiere siempre a Dios (Juan 1: 13.) Esta consoladora confianza conduce ahora a Juan a hablar del "amor del Padre y de los gloriosos privilegios de los hijos de Dios".

1. *Sin.* tiene: "*Nos* ha mostrado, por esto el mundo no *os* conoce". *B.* tiene: *os* la primera vez, *nos* la segunda. *¡Ved!* Hay que considerar frecuentemente la hermosura, la dulzura, la gloria de un título semejante, la magnitud de tal privilegio. Y para concebir algo del amor que *el Padre nos ha mostrado* (gr. nos ha *dado*), llamándonos con este nombre, es necesario preguntarnos: ¿Quién siente este amor? el Dios santo y justo. ¿Quién es su objeto? pecadores, "hijos de ira" (Efes. 2:3; Rom. 5:8.) ¿Quién nos ha asegurado esta gracia? Jesús, amándonos hasta la muerte de la cruz, y regenerándonos por el Espíritu, de modo que nosotros somos "nacidos de Dios" (2:29; Juan 1: 12, 13), y que nuestro título de *hijos de Dios* expresa una realidad íntima y profunda. Esta realidad afirman las palabras: *y lo somos,* que se leen en *Sin., B, A, C,* después de éstas: *que seamos llamados hijos de Dios.* Esta lección es admitida por todos los críticos. No tenemos solamente el título, sino la calidad que él enuncia (Rom. 8:16.) Por lo demás, el mismo pensamiento reaparece en el v. 2. Juan ha sido inducido a hablar de este gran privilegio de los hijos de Dios por las palabras del versículo precedente (2:29): "es *nacido de Dios;*" y deduce más adelante la consecuencia práctica de este privilegio, a saber, la regeneración y la entera santificación de aquellos a quienes Dios amó así y que están destinados a hacerse semejantes a él y a verle tal cual él es (v. 2 y 3-10.) Por ello, el apóstol vuelve a su tema: la *comunión con Dios,* por medio de la santidad y del amor (1:3-10; 2:1-17.)

2. Que *el mundo* (2:15, 16, nota) *no nos conozca,* es natural puesto que *no ha conocido a Dios* (Juan 17:25), no podría pues *conocer* a los que, na-

de Dios, y aún no ha sido manifestado qué seremos[3]; sabemos que si fuere manifestado seremos semejantes a él, porque le veremos según es[4]. **3** Y todo el que tiene esta esperanza en él se purifica como aquél es puro[5]. **4** Todo el que practica el pecado practica también la transgresión de la ley, y el pecado es la transgresión de la ley[6]. **5** Y sabéis que aquél fué manifestado para quitar los pecados, y no hay pecado en él[7]. **6** Todo el que en él permanece no peca; todo el que peca no le ha visto ni le ha conocido[8].

cidos de él, llevan su imagen y son animados de su Espíritu. Y esta profunda oposición entre el *mundo* y Dios (2:15-17; Juan 14:17; 15:18-21) debe hacerles sentir más aun la grandeza del amor con que el Padre celestial los ha amado.

3. La íntima felicidad de ser *hijos de Dios* no es un bien que nos sea prometido para un porvenir lejano indeterminado: lo *somos ahora*, por la fe en Jesús y por la regeneración del corazón (Juan 1:12, 13; Rom. 8: 15, 16); y sin embargo somos, no sólo ignorados, desconocidos del mundo (v. 1), sino circundados de tinieblas, sujetos a muchas miserias; nuestro glorioso destino *no ha sido aún manifestado* (Rom. 8:24, 25; 1ª Cor. 2: 9); tenemos que esperar mayores cosas.

4. El texto recibido tiene: *Mas sabemos...* Esta partícula falta en *Sin., B, A, C.* Se puede traducir: *cuando él fuere manifestado* (2:28), y entonces se trata de Jesucristo, al que *veremos tal cual es;* o bien: "cuando *eso* fuere manifestado", es decir *lo que seremos,* y entonces, Aquel al que veremos tal cual es, es Dios, el Padre que nos ha amado como hijos suyos (v. 1.) Aun si, a causa de la proposición que precede, se traduce: cuando *eso* hubiere sido manifestado, las palabras: le veremos tal cual es y seremos semejantes a él, pueden referirse a Cristo. La mención del regreso de Cristo (2:28) hace probable esta explicación. Pablo (Rom. 8:17, 29; 1ª Cor. 15:49; Fil. 3:21) enseña igualmente que seremos transformados a semejanza de Cristo. Hay que observar por lo demás que en muchos pasajes (2:3-6, 8, 20, 28, 29), no se podría decir si Juan habla del Padre o del Hijo de tal modo los dos están unidos en su pensamiento. Será la gloria y la felicidad de los hijos de Dios ver tal cual es, cara a cara, en la más íntima y más perfecta comunión, a Aquel al que sólo ven en este mundo con los ojos de la fe, como en un espejo, obscuramente. (Juan 17:24; 1ª Cor. 13:12; 2ª Cor. 5:7; Apoc. 22:3, 4; comp. Mat. 5:8.) Mas a ello el apóstol añade un pensamiento admirable de verdad y de profundidad: que *la contemplación inmediata* de Dios nos hará *semejantes a él.* Semejantes a él, *porque* le veremos tal cual es;" es el principio mismo de nuestra transformación, no el hecho solamente del cual podemos inferir que esta transformación tendrá lugar. Por esta contemplación y esta comunión, nuestro ser entero se compenetrará tan bien de la naturaleza divina, que seremos gradualmente transformados a su semejanza (comp. 2ª Cor. 3:18), sin cesar jamás de ser distintos de él, en una viva comunión. "Dios es la vida, así nosotros viviremos; Dios es amor, luego nosotros amaremos; Dios es justo, seremos llenos de justicia; Dios es eternamente dichoso, nosotros gozaremos de una dicha semejante." *Lutero.*

5. El gozo de ser hijo de Dios y heredero de su gloria podría quedar estéril para la vida cristiana; el apóstol tiene cuidado en recordar que un cristiano, con esta *esperanza* de ver a Dios, no podría quedar esclavizado al pecado. Lo que espera, es llegar a la semejanza con Dios, que es incompatible con toda impureza del pecado (2ª Cor. 7:1; 2ª Pedro 3: 13, 14.) "Empecemos desde ahora a formar los rasgos de esta semejanza que nos es prometida, si queremos tenerla en el cielo." *Quesnel.* La expresión: *purificarse,* es tomada de las costumbres del culto israelita (Juan 11:55); el cristiano se acerca al verdadero santuario y participa del único sacrificio eficaz (Juan 17:17, 19.)

6. Gr. *Todo el que hace el pecado, hace también la transgresión, y el pecado es la transgresión.* El *que hace el pecado* en vano se une a la Iglesia y se pretende hijo de Dios: hay incompatibilidad absoluta entre la comunión de Dios y *el pecado* (Mat. 7: 23); pues Dios, lejos de dejar al hombre el juicio arbitrario de lo que le desagrada o le es agradable, ha manifestado su santa voluntad por *la ley.* ¿Cómo pues, *transgrediendo* voluntariamente esa ley, pisoteando esa voluntad, esperar estar en comunión con Dios, ser hijo de Dios? Es, al contrario, ponerse en rebelión plena contra él. El Nuevo Testamento entero supone o proclama el valor permanente de la ley, como expresión de la santa voluntad de Dios.

7. Nuevo motivo de no pecar: el objeto de toda la obra de la redención, tanto como la perfecta santidad de que el Redentor ha dado ejemplo (v. 3), nos impelen a avanzar en la santificación. El pensamiento del Salvador ocupa de tal modo el espíritu de Juan, que habla de él sin nombrarle. (*El, aquél,* 2:6; 3:3, 7, 16.) La expresión: *ha sido manifestado,* se aplica a la primera aparición de Jesús sobre la tierra a toda su vida en este mundo (v. 8.) Juan emplea el mismo término para designar su segunda venida (v. 2.) *Los pecados* es la lección de *B, A,* admitida por los editores modernos. *Sin., C, mayúsc.* tienen, con el texto recibido: *nuestros pecados.* Jesús ha *quitado* los pecados *llevándolos,* expiándolos sobre la cruz (Juan 1:29, 2ª nota.) Mas los *quita* también del corazón y de la vida de los que se apropian su sacrificio (v. 6; comp. 1ª Pedro 2: 24.)

8. Estas afirmaciones absolutas, lo mismo que las de los v. 8 y 9, parecen estar en contradicción directa con 1:8, 9, no menos que con el resto de las escrituras y toda la experiencia de los cristianos más adelantados. Pero es necesario observar que la palabra *pecar* significa propiamente "errar el blanco", y puede aplicarse, no a un acto, sino al estado habitual del alma: el que peca, es el que ha errado su destino, que no está en comunión con Dios, el que vive en el pecado. ¿Qué "reina" en el alma (Rom. 6:12, 14) y domina en la vida? Si es *el pecado,* es decir los actos contrarios a la voluntad de Dios, a su ley (v. 4), el hombre *no ha visto* al Salvador con los ojos de la fe; *no le ha conocido* (v. 2:2-6, nota); es "del diablo", cuyas obras ha destruído Jesucristo (v. 8.) *Pecar,* en este sentido, no es pues cometer involuntariamente, por debilidad, por sorpresa, algún acto contrario a la ley de Dios; pues entonces las palabras de Juan no dejarían a ningún cristiano la menor esperanza de salvación, sin contar que el apóstol se contradiría a sí mismo. *Pecar,* es vivir en una rebelión habitual contra la voluntad de Dios, o por lo menos transgredir su ley a sabiendas, voluntariamente, hallando en ello placer. Sin embargo, como el límite entre ambos sentidos de la palabra *pecar* no es trazado de manera bien precisa en la práctica de la vida; como hay siempre lugar a funestas ilusiones, es probable que Juan, inten-

7 Hijitos, nadie os engañe: el que practica la justicia es justo, se-
8 gún aquél es justo[9]; el que practica el pecado es del diablo[10], porque desde el principio peca el diablo[11]. Para esto fué manifestado el Hijo de Dios, para que destruyese las obras del dia-
9 blo[12]. Todo el que ha sido engendrado de Dios no comete pecado, porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque ha
10 sido engendrado de Dios[13]. En esto son manifiestos los hijos de

cionalmente, se haya expresado en términos absolutos, sin ninguna restricción, a fin de prevenir todos los errores posibles. (Véase la nota que sigue.) El carácter absoluto de esta afirmación: *no peca*, se encuentra por lo demás moderado por la designación del sujeto: *todo el que permanece en él*. En tanto que el pecador mora en su Salvador, no peca más; en cuanto sale de la comunión de Cristo, recae en el pecado (Comp. v. 9, nota).

9. Así, nada de ilusiones: sólo el que *hace la justicia* (gr. como v. 10 y 2:29, nota), es decir quien ejerce y practica en toda su plenitud, en pensamientos y en actos, la voluntad de Dios, tal cual él nos la ha revelado por su ley, aquél solo *es justo*, como el Salvador le ha dado ejemplo; y el cristiano no debe contentarse con nada menos que eso (v. 3.) Es el blanco, el ideal que está llamado a perseguir constantemente (2:6.) No se trata aquí de lo que hace al hombre *justo* o le *justifica* delante de Dios, sino de la justicia íntima, de la santidad.

10. Es guiado por él, animado de su espíritu (Juan 8:44, 1ª nota.)

11. Desde que el pecado está en el mundo (Gén. 3:1 y sig.; Juan 8:44, 2ª nota.)

12. El *Hijo de Dios* y el diablo están en lucha; a la acción del diablo Jesús mismo atribuyó la hostilidad de los judíos (Juan 8:41), la traición de Judas (Juan 6:70), los sufrimientos de su pasión (Juan 14:30), etc. ¿Cómo pues pertenecería uno a Cristo, si hace las obras del diablo? El uno *destruye* al otro; es necesario escoger, y no procurar unir a Cristo y a Belial.

13. Comp. v. 6, nota. Juan indica aquí por qué el cristiano regenerado *no puede pecar* más: *es nacido de Dios*, hay en él una vida que excluye el pecado, que procede de una fuente enteramente distinta, puesto que tiene a Dios por autor. Además, la misma causa que ha operado en él esta transformación, esta creación nueva, está aún obrando; Juan la nombra *la simiente de Dios;* entiende por ello su Palabra y su Espíritu, medios de la regeneración. (Comp. 1ª Pedro 1:23, nota.) Porque esta simiente mora en él, el cristiano *no puede pecar*. Es *engendrado de Dios*, es una nueva creación de su Espíritu; el pecado aparece entonces en su vida como una obra "del viejo hombre que ha sido crucificado con Cristo a fin de que el cuerpo del pecado fuera destruído" (Rom. 6:6), como un hecho contrario a su verdadera naturaleza, restaurada por el Salvador y que no tiene más que santos deseos, afectos celestiales. Sin duda esta afirmación: *no puede pecar, porque es nacido de Dios,* es una afirmación de la fe, más que un hecho de experiencia. Mas en la medida en que el cristiano persevera en esta fe, por la cual "se mira como muerto al pecado y como vivo para Dios en Cristo Jesús" (Rom. 6:11), y permanece humildemente bajo la acción del Espíritu que le santifica, experimenta que el dominio del pecado sobre su alma es ro-

Dios y los hijos del diablo: todo el que no hace justicia[14] no viene de Dios[15], ni el que no ama a su hermano[16].

℞. 11-24. HIJOS DE DIOS, DEBEMOS AMARNOS UNOS A OTROS. — 1º *El amor fraternal signo distintivo del hijo de Dios.* Juan recuerda a sus lectores que desde su conversión han sido exhortados a amarse mutuamente, a no imitar a Caín que mató a su hermano, impelido a ese crimen por sus malas disposiciones. ¡No se asombren, pues, del odio del mundo! (11-13). — 2º *El amor fraternal, indicio cierto de nuestra regeneración.* Reconocemos, en nuestro amor por los hermanos, que tenemos la vida. El que no tiene este amor queda en muerte. El odio hace de él un criminal. Ningún criminal posee la vida eterna (14, 15). — 3º *Jesucristo, modelo del amor que se da y obra.* Nos ha revelado el amor dando por nosotros su vida. Debemos pues sacrificar nuestra vida por nuestros hermanos; cuando tenemos lo necesario para nuestra subsistencia, no rehusemos ayudar a nuestro hermano en su necesidad; no amar de palabra, sino de obra (16-18). — 4º *El amor fraternal, medio de afirmarnos ante Dios y de hacer eficaces nuestras oraciones.* En este amor conoceremos que somos de la verdad. Nos persuadiremos que, si nuestro corazón nos condena, Dios es mayor; y tendremos la libertad de dirigirle nuestras súplicas, ciertos de ser oídos porque obedecemos a su voluntad (19-22). — 5º *La fe en Jesucristo y el amor fraternal, condiciones para permanecer en Dios.* El mandamiento de Dios es que creamos en el nombre de su Hijo, y que nos amemos unos a otros. Dios mora en quien observa este mandamiento. Reconocemos su presencia en nosotros por el Espíritu que nos ha dado (23-24).

11 Porque éste es el mensaje que oísteis desde el principio, que
12 nos amemos uno a otro[17]; no como Caín era del maligno y mató

to, que su constitución espiritual misma es modificada, que se le hace moralmente imposible cometer tal falta grosera, sucumbir a tal tentación que en otro tiempo le era habitual, volver a hacerse esclavo de tal vicio cuyo yugo ha sido roto definitivamente. Y si debe aún luchar contra manifestaciones más sutiles del pecado, contra una sensualidad refinada, contra el orgullo y el egoísmo, —esta lucha se prolonga por tanto tiempo cuanto mora en este "cuerpo de muerte",— sabe que *la simiente de Dios mora en él*, y que ella encierra una potencia infinita de vida que acabará por triunfar de todo *pecado*. La certeza que estas palabras dan al hijo de Dios es muy consoladora. Se puede inferir también que cuando un hombre recae en el pecado y persevera en él, el tal no era *nacido de Dios*.

14. "No hace la justicia", véase v. 7, nota.

15. Es decir: no es "engendrado de Dios", animado de su Espíritu (v. 9.)

16. Por encima de todos los demás mandamientos está el del *amor*, que es el alma de ellos; por esto Juan agrega aquí esta señal infalible para discernir si somos *de Dios*, sí o nó.

17. *Este mensaje* (1:5) *lo oyeron desde el principio* (2:7), es decir desde el momento en que tuvieron conocimiento del evangelio de Jesucristo. En efecto, este mandamiento de

a su hermano [18]; ¿y por causa de qué le mató? porque sus obras
13 eran malas, mas las de su hermano justas [19]. No os admiréis,
14 hermanos, si os aborrece el mundo [20]. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los herma-
15 nos; el que no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene
16 vida eterna permaneciente en sí [21]. En esto conocemos el amor,

amarse unos a otros ha sido dado por el Salvador, antes de que fuera repetido por sus discípulos (Juan 13: 15, 34; 15:12.) El apóstol, para confirmar (*porque*) la idea que acaba de enunciar (v. 10) que "el que no ama a su hermano no es de Dios", va a insistir, en los versículos que siguen, en este lado esencial de la vida cristiana, no menos enérgicamente que lo ha hecho (v. 3-10) en la santidad. Es que toda santidad, relativamente a nuestros hermanos, está contenida en el amor que les tenemos. (Rom. 13: 8-10.)

18. Gr. *No como Caín era* salido *del maligno y mató a su hermano.* Comp. v. 8. 1ª nota, y Juan 8:44.

19. La sola mención del crimen de Caín (Gén. 4:1-16) no basta al apóstol para hacer resaltar por contraste el amor que él recomienda; averigua aún las causas morales de ese crimen: *¿por qué le mató?* Lo atribuye no a celos, como lo haría esperar el relato del Génesis, ni al odio, como parecería exigir el contexto (13-15), sino al valor diferente de las *obras* de Caín y de Abel, que consistía en que el primero era del maligno y cumplía las obras de su padre. (Comp. Juan 8:38, 39, 41, 44.) Con esto, el apóstol se remonta a la causa primera de los malos sentimientos de Caín contra su hermano; refiere también su explicación a las palabras divinas que fueron dirigidas al criminal antes de su crimen (Gén. 4:7), y que indicaban claramente por qué Dios puso una diferencia tan grande entre el sacrificio de los dos hermanos. Una vez manifestada esta diferencia, todo el resto siguió naturalmente, y Caín no pudo acusar más que a sí mismo de todo lo que había acontecido, desde la primera causa de su pecado hasta el castigo que atrajo sobre él. En esos dos hermanos se distinguen ya las dos líneas paralelas de sentimientos opuestos que se encontrarán siempre en el mundo: fe e incredulidad; amor a Dios, obras que le son agradables, y amor al pecado, a menudo unido a obras de justicia propia; reino de Dios e imperio del mundo; hijos de Dios e hijos del diablo. Es así como Juan generaliza inmediatamente (v. 13 y sig.) el ejemplo que acaba de citar.

20. Este *aborrecimiento* de que son objeto de parte del *mundo* (véase sobre el sentido de esta palabra 2:15, 16, nota) no debe *asombrarles;* él les muestra que son de Dios, puesto que encuentran la misma hostilidad a que Abel fué expuesto de parte de Caín. Las palabras y sobre todo el ejemplo de su divino Maestro les advertían de esa oposición absoluta del mundo (Juan 15:18, 19.)

21. Juan no es tan absoluto en el enunciado de las verdades que expresa sino porque toma esas verdades en sus máximas profundidades. Así, *amar,* es la señal cierta de que se ha *pasado de la muerte a la vida* (Juan 5:24), o más bien es la vida misma, pues el que ama "es nacido de Dios" (4:7), del Dios que es amor (4:8.) *No amar,* o, lo que es lo mismo, *aborrecer* (v. 13, 15), es *permanecer en la muerte* espiritual y moral (v. 14.) Y como el aborrecimiento desea el mal del prójimo, como puede conducir a todo hombre, como condujo a Caín, hasta el crimen; como Dios mira al corazón, asiento de los sentimientos, y no solamente a la mano que es su instrumento, *el que aborrece a su hermano* es realmente, a los ojos de Dios, *un homicida.* Jesucristo expresó la misma verdad bajo otra forma: ve en el odio una violación del sexto mandamiento (Mat. 5: 21, 22.)

en que aquél por nosotros puso su vida; también nosotros debe-
17 mos poner las vidas por los hermanos [22]. Mas quienquiera tuviere los bienes del mundo y viere a su hermano teniendo necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo permanece el amor de Dios en él?
18 Hijitos, no amemos de palabra ni con la lengua, sino en obra y
19 verdad [23]. En esto sabremos que somos de la verdad, y delante
20 de él persuadiremos nuestro corazón que si el corazón nos condenare, que mayor es Dios que nuestro corazón y conoce todas
21 las cosas [24]. Amados, si el corazón no condenare, osadía tenemos
22 para con Dios, y cualquier cosa que pidiéremos recibimos de él,

22. El que aborrece puede llegar a sacrificar a su odio la vida del prójimo (v. 15); el que ama es hecho capaz de sacrificar su propia *vida* por *sus hermanos,* pues su *amor* no es otro que el de Jesús viviendo en el corazón de su discípulo. Ahora bien: Jesús (gr.) *puso su vida por nosotros.* Su abnegación nos ha revelado *el amor,* un amor desconocido en la tierra. Jesús mismo lo afirmó y presentó el amor de que él daba prueba como la norma del que prescribía a sus discípulos (Juan 15:12, 13.) Pero el ejemplo del Salvador no es solamente un modelo exteriormente propuesto a la imitación de sus redimidos; por el Espíritu, Cristo restablece la imagen divina en ellos, de modo que su obligación es, en todos respectos, asemejársele, aun en lo que parece lo más imposible a la naturaleza humana (2:6; 3:3.) Podemos ser llamados a *dar nuestras vidas por nuestros hermanos,* en el sentido más absoluto de la palabra; pero, en todo caso, debemos gastar nuestra vida en su servicio, "dársela al por menor." *Vinet.*

23. El que, por la potencia del amor, puede dar lo más, su propia vida (v. 16), no podría rehusar lo menos lo que *tiene* para *vivir en el mundo* (gr. la *subsistencia del mundo,* comp. sobre el sentido de esa palabra 2:16 nota) (v. 17); de otro modo tendría en eso mismo la prueba de que su pretendido amor no es más que *de palabra y con la lengua* (v. 18. Comp. Jac. 2:15, 16; Deut. 15:7-11; Isa. 58:10.)

24. La conjunción *y* al principio del v. 19, falta en *B, A;* varios editores la suprimen. El texto recibido tiene: *conocemos;* el futuro se lee en *Sin., C, B, A,* etc. Las palabras *en esto* del v. 19 indicando la señal por la cual *conoceremos que somos de la verdad* (véase sobre esta expresión Juan 18: 37, 3ª nota), no podrían referirse más que a lo que precede (v. 10-18); lo que prueba que somos "nacidos de Dios," es el amor. El amor solo nos permite *persuadir nuestro corazón* (nuestra conciencia) *delante de Dios* (examinándonos bajo su mirada y sometiéndonos a su juicio) *que si nuestro corazón nos condenare, Dios es mayor que nuestro corazón.* Otros intérpretes traducen: *Confortaremos* nuestro corazón delante de Dios. Aunque el verbo griego pueda tener el sentido del "calmar" (Mat. 28:14), es más natural dejarle aquí su significado habitual. El autor supone

porque sus mandamientos guardamos y hacemos las cosas que

una especie de diálogo que tenemos con *nuestro corazón* (*Sin., C* tienen *nuestros corazones*), y en el cual procuramos *persuadirlo.* Los que traducen, en el v. 19, "confortaremos nuestro corazón". toman la conjunción con que empieza el v. 20 en su sentido causal: *"porque, pues,* si nuestro corazón nos condenare, Dios es mayor que nuestro corazón." Mas, en el texto griego, esta conjunción es repetida delante de las palabras: *Dios es mayor;* ahora bien: es verosímil que el autor la ha empleado las dos veces en el mismo sentido, y una repetición del *que* se explica mejor que una repetición del *porque*: "Persuadiremos nuestro corazón *que,* —si nuestro corazón nos condenare,— *que* Dios es mayor que nuestro corazón." Para evitar esta repetición de la conjunción, muchos intérpretes, desde Bengel, han propuesto traducir, distribuyendo de otro modo las letras griegas del principio de la frase (en los manuscritos *mayúsc.* las palabras no están separadas por un intervalo): *"en cualquier cosa que* nuestro corazón nos condenare, lo persuadiremos *que* Dios es mayor", o "lo confortaremos, *porque* Dios es mayor." Esta traducción, que no se justifica enteramente bajo el punto de vista de la sintaxis griega, debe ser rechazada, porque la proposició n paralela del v. 21 tiene: *"Si* nuestro corazón no nos condenare," y no establece ninguna distinción entre los puntos de codenación. Con la traducción que hemos adoptado ¿cómo interpretaremos el pensamiento de Juan? ¿Cuál es su intención al invitarnos a *persuadirnos que Dios es mayor que nuestro corazón y conoce todas las cosas?* ¿Quiere agravar la condenación pronunciada por nuestro corazón, e inspirarnos un espanto saludable invocando la mayor severidad de este Dios que sonda nuestros corazones y nuestros riñones y conoce nuestras faltas secretas? (Sal. 19:13; 90:8.) ¿Quiere decir: *Si nuestro corazón nos condenare,* convenciéndonos de que no tenemos aún el verdadero amor (v. 18, 19), que no somos realmente nacidos de Dios; si nuestro corazón, a pesar de sus ilusiones y su ceguera natural, no puede confortarse *delante de Dios,* qué será del juicio de Dios, de ese Dios *mayor,* más santo, más justo que nuestro corazón, y cuyos ojos son demasiado puros para ver el mal? (Comp. 1ª Cor. 4:4.) Eminentes intérpretes, desde san Agustín y Calvino hasta Lücke, de Wette y Neander, han explicado así el pensamiento del apóstol. Pero con esta explicación, admitida en nuestras precedentes ediciones, es difícil comprender el encadenamiento de las ideas. Juan nos ha mostrado en el amor fraternal una señal por la cual *reconoceremos que somos de la verdad* (v. 19ª), que nos permitirá adquirir, consultando nuestro corazón, la seguridad de nuestra salvación; ¿y vendría luego después a destruir esta seguridad evocando el pensamiento de un Dios más severo que nuestro corazón? ¿Y cómo podría continuar en el v. 21, diciendo: *"Si nuestro corazón no nos condenare,* tenemos firme confianza delante de Dios?" La absolución que nos da nuestro corazón no significaría nada, si el juicio de Dios fuera más riguroso que el suyo. El contexto nos obliga así a reconocer, con Lutero, Bengel y la mayor parte de los intérpretes contemporáneos, que el apóstol apela a la misericordia de Dios, que es infinitamente mayor que la de los hombres (2ª Sam. 24:14), y que sobrepasa aun los pensamientos de nuestro corazón (Isa. 55:7-9.) O más exactamente aun, lo que Juan invoca es la omnisciencia de ese Dios delante del cual tenemos que examinarnos.

23 son agradables delante de él [25]. Y éste es su mandamiento: que creamos al nombre de su Hijo Jesucristo y amemos unos a otros
24 según nos dió mandamiento [26]. Y el que guarda sus mandamien-

La designa expresamente, cuando dice: "Dios es mayor que nuestro corazón *y conoce todas las cosas.*" Estas últimas palabras precisan el pensamiento del autor; muestran en qué consiste la grandeza de Dios, que acaba de recordar (Weiss.) Dios es mayor que nuestro corazón en cuanto conoce todas las cosas. Nuestra mirada es limitada: el momento presente sólo existe para nosotros. Cuando acabamos de cometer una falta, no vemos más que a ella; el remordimiento que ella nos causa nos hace dudar de nuestra restauración y de nuestra salvación final; olvidamos las liberaciones de que hemos sido objeto. las gracias recibidas. Dios conoce todas las cosas; nuestra vida entera está descubierta delante de él. Conoce los orígenes de nuestra fe, de nuestro amor, puesto que él los ha creado en nuestro corazón. El ve cómo saldremos de las dificultades, de las tentaciones en las cuales nos debatimos y que nos desesperan, puesto que "en él, que nos amó, somos más que vencedores" (Rom. 8:37.) En virtud de su omnisciencia, él nos ha atraído hacia sí (Juan 6:44), nos ha amado el primero (4:10), "nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo" (Rom. 8:29); nos ha elegido porque sabía que perseveraríamos hasta el fin. Este pensamiento de la omnisciencia de Dios es una seria advertencia para los que no son nacidos de Dios y no aman "en verdad" (v. 18); pueden, fingiendo la caridad, copiando sus manifestaciones externas (1ª Cor. 13:2, 3), engañar a los hombres y hacerse ilusión a sí mismos (Mat. 7: 22, 23); no podrían escapar al juicio de Aquel que conoce todas las cosas. Mas para los que poseen realmente en Dios la vida del amor, la certidumbre de que Dios conoce todas las cosas los conforta: cuando el recuerdo de sus faltas los abruma, cuando son asaltados de tentaciones o de pruebas y su fe vacila, pueden apelar con confianza a Aquel que sabe cuál es su amor (Juan 21: 17.) Así comprendido, el pensamiento de Juan concuerda con el de Pablo. Pablo basa la certeza de nuestra salvación en la fe en Cristo Jesús, por la cual somos justificados (Rom. 5:1 y sig.; 8:31-39); pero no olvida que esta fe debe ser "operante por la caridad." (Gál. 5:6.) Juan indica esta última como la señal incontestable de una fe auténtica, de una vida verdaderamente creada y mantenida por el Espíritu de Dios (v. 23, 24.)

25. Juan presenta a sus *amados,* con tierno afecto, el caso opuesto al que acaba de indicar (v. 20.) Supone que su corazón, examinado delante de Dios, no los acusa de carecer de caridad; les declara que tienen entonces una grande *osadía* (gr.) *hacia Dios,* y agrega este consolador pensamiento de que *la confianza* (gr.) *la libertad de decir todo*) con que se dirigen a Dios en la oración, como hijos a su Padre, no es una vana ilusión ni queda estéril, sino que les obtiene de su amor todas las gracias nuevas que le *pidan;* pues están con él en una relación filial de perfecta obediencia, que los hace agradables a sus ojos. (Comp. Juan 5:19, 20, 30; 11:42.) En qué sentido profundo y vivo entiende Juan estas palabras *guardar sus mandamientos,* es lo que nos hace saber en los v. 23, 24; y así vuelve al verdadero fundamento de nuestra confianza delante de Dios, de donde había partido. (Comp. fin de la nota precedente.)

26. El alma de toda la vida cristiana, es *creer* y *amar.* Tal es la voluntad suprema de Dios para con el

tos en El permanece, y El en él [27]; y en esto sabemos que permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado [28].

C. 1-6. EL ESPÍRITU DE DIOS NOS PREVIENE CONTRA EL ESPÍRITU DEL ANTICRISTO. — 1º *Probad los espíritus.* No os fiéis de todo espíritu; ponedlos a prueba, para ver si son de Dios. El que confiesa a Jesucristo como venido en carne tiene el Espíritu de Dios; el que no lo confiesa tiene el espíritu del anticristo, que aparece ya en el mundo (1-3). — 2º *Los hijos de Dios y los hijos del mundo.* Juan declara a sus lectores que, nacidos de Dios, han vencido a los adversarios por la potencia de Aquel que en ellos está. Los falsos profetas se hacen oír del mundo, cuyo lenguaje hablan. Los cristianos son escuchados de los que conocen a Dios, pero no de los que no le conocen. Estos son los signos distintivos del espíritu de verdad y del espíritu de error (4-6).

IV Amados, no creáis a todo espíritu [1]; sino probad los espíritus, si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido al 2 mundo [2]. En esto conoced al Espíritu de Dios: todo espíritu que 3 confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a este Jesús no es de Dios [3]; y éste es el del anticristo, del cual habéis oído que viene, y ahora está ya en

hombre (Juan 6:40), lo que Juan llama *el mandamiento que nos dió;* estas palabras se refieren probablemente al mandamiento del amor fraternal, que Jesús repitió con tanta insistencia a sus discípulos en las conversaciones del aposento alto. (Juan 13:34; 15:12, 13.) En un sentido, es necesario convenir que ni la fe ni el amor *se mandan;* pero cuando se considera que el objeto de la fe es *el nombre del Hijo de Dios, Cristo Jesús,* el Salvador de que nuestra alma tiene tan profunda necesidad y que Dios "señaló con su sello", para que todo hombre le reconozca y ponga en él su confianza; que la incredulidad respecto de él es una rebelión íntima contra el Santo del Eterno y un desconocimiento ciego de lo que hace falta a un pobre pecador (Juan 16:9), se concibe que la fe sea a los ojos de Dios un acto moral que él puede *ordenar;* y Juan no hace aquí casi más que repetir palabras profundas de su Maestro (Juan 6:29.) En cuanto al amor, fruto necesario de la fe, el amor cuyo objeto es "Aquel que nos amó el primero", y, en él nuestros hermanos, que son nacidos de él; tal amor puede tanto mejor ser ordenado al hombre, cuanto que la ausencia de ese amor no es en él sino una culpable ingratitud añadida a todos sus pecados. Estos dos mandamientos son colocados aquí en su orden natural: sólo *creyendo* verdaderamente en Jesucristo llegamos a *amarnos unos a otros.*

27. Gr. *Y el que guarda sus mandamientos mora en El, y El en él.* Juan no teme multiplicar estos pronombres para expresar la comunión más viva, la más íntima del hombre con Dios. Por primera vez en la epístola, afirma que Dios, a su vez, mora en el hombre cuando el hombre, guardando sus mandamientos, mora en Dios. El hombre está con Dios en la misma relación que Jesucristo con su Padre. (Juan 10:38; 14:10; 1ª Juan 4:16; 2:3-6, nota).

28. *En esto* se refiere, no a lo que precede, sino a lo que sigue: *Conocemos* que *moramos en él,* ¿en qué? *en el Espíritu que nos ha dado.* Y con esto, el apóstol declara que no hay comunión con Dios sino en ese mismo *Espíritu,* por el cual Dios hace nacer de nuevo a sus hijos, pone en ellos el sello de su adopción, y derrama su amor en su corazón (2:20, 27; Rom. 8:14-16; 5:5.)

1. Es decir a todo maestro o profeta que habla y enseña dándose por inspirado de Dios. (Comp. 1ª Cor. 14:32; 12:3, 10; 2ª Tes. 2:2; 1ª Tim. 4:1.) El apóstol acaba de invocar el testimonio del Espíritu Santo en nosotros, como prueba de que estamos en comunión con Dios (3:24); mas se acuerda de que muchos pretenden ese testimonio, aunque estando en mortales errores, y pone a sus hermanos en guardia contra esos falsos doctores. Repite aquí advertencias ya dadas (2:18 y sig.) Se observa por otra parte (Krüger), en el movimiento del pensamiento de Juan, un paralelismo notable entre las dos primeras partes de la epístola. (1:5 a 2:17 y 2:28 a 3:18.) Los dos desarrollos, después de las exhortaciones al amor fraternal, terminan en la cuestión cristológica (2:18-27 y 4:1-6.)

2. Hay falsos profetas en el nuevo pacto como los hubo en el antiguo. Han (gr.) *salido en el mundo* (2ª Juan 7); impelidos por el espíritu de mentira que los anima, van a extender sus errores. Es necesario pues *probar los espíritus* (comp. 1ª Tes. 5:21) *para saber si son de Dios,* es decir si Dios los envía, si *el Espíritu de Dios* (v. 2) habla en ellos. La doctrina que anuncian es la señal cierta de la presencia o de la ausencia del Espíritu de Dios.

3. Comp. 2:22, 23, notas. Aquí el apóstol dice más explícitamente que en el primer pasaje lo que entiende por *confesar a Jesucristo venido en carne:* es profesar la fe en el Cristo histórico como Hijo de Dios, como Palabra de Dios que se ha hecho *carne,* que se ha vestido de nuestra humanidad de una manera real y definitiva. Este último pensamiento es expresado por el participio perfecto, que indica un hecho cumplido cuyas consecuencias permanecen. (Véase sobre la encarnación Juan 1:14, 1ª nota, y sobre la palabra *carne* aplicada a Jesucristo, Rom. 1:3, 4, nota.) La confesión de Jesucristo, venido en carne, es la principal señal por la que los cristianos podrán discernir los espíritus y saber si vienen de Dios. Este gran hecho de la encarnación implica el de la redención. "La divinidad del Cristo, la encarnación, es el cristianismo mismo, y es bastante claro que no podría ser nada menos. Para quien admite "Emmanuel" o "la Palabra hecha carne", todo está allí, y esta doctrina es desde entonces a la de la redención lo que el continente al contenido." *Vinet.* Este hecho enteramente reconocido nos previene contra todo error esencial y muestra que poseemos la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el pecado, sobre la obra de la gracia en nosotros. Por esto Pablo, aunque bajo otro punto de vista, emplea el mismo lenguaje que Juan (2ª Cor. 5:19; Col. 1:13-20.) Según su costumbre, Juan expresa su pensamiento, primero positivamente en el v. 2, luego negativamente en el v. 3. En este último versículo, la lección de *B, A,* que hemos admitido con todos los críticos actuales, tiene solamente las palabras: "Y todo espíritu que no confiesa a *Jesús.*" En griego, este último nombre está precedido del artículo: *al* Jesús, que acaba de ser definido como "venido en carne." El texto recibido tiene: "que no confiesa a Jesucristo venido en carne." Se supone que esta fórmula pasó, por

4 el mundo [4]. Vosotros sois de Dios, hijitos, y los habéis vencido, porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el 5 mundo [5]. Ellos son del mundo; por esto según el mundo hablan [6] 6 y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. Por esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error [7].

inadvertencia, del v. 2 al v. 3. Mas hay que reconocer que estas palabras se leen en el v. 3 en la Peschito y que el *Sinaíticus* las contiene, con esta sola diferencia, que tiene: "Jesús el *Señor* venido en carne." Por último la lección completa se encuentra ya en Policarpo. (*Epíst. a los Filip.*, cap. 7.) Está también más en armonía con el estilo de Juan, que gusta de estas antítesis simétricas. Si a pesar de estas razones que se pueden alegar en su favor, los críticos concuerdan en admitir el texto más simple: *el Jesús*, es, entre otros, a causa del testimonio del historiador eclesiástico Sócrates (por el año 440), quien refiere que antiguos manuscritos decían: "Y todo espíritu que *disuelve* a Jesús, no es de Dios." Esta variante se encuentra en Ireneo, Orígenes, Agustín y en la Vulgata. No es probablemente auténtica, pero presenta muy bien el pensamiento contenido en la expresión vaga: *que no confiesa*. La intención de Juan es combatir el error, naciente entonces, que consistía en *disolver*, en destruir a Jesús, separando al hombre de con el Cristo divino, que no se habría unido a él más que por un tiempo, error llamado más tarde docetismo. He ahí por qué une Juan estrechamente estos dos términos: *Jesucristo, venido en carne.*

4. 2:18, 2ª nota. Otros traducen: no confesar a Jesús, *eso es el espíritu* o *lo propio* o *la acción del anticristo.* Es necesario discernimiento para reconocer el espíritu del *anticristo*, porque aparece bajo las apariencias de la verdad. "Satanás se disfraza de ángel de luz (2ª Cor. 11: 14.)

5. *El que está en vosotros*, es Dios quien habita, por su Espíritu Santo, en el alma de los que son "nacidos de él" (2:20, 27; comp. 3:9.) Por su presencia les atesta que *son de Dios* (v. 1 y 3) y les da la certeza de una plena victoria, puesto que él, que está en ellos, es *mayor*, más poderoso que el príncipe de este mundo. Ellos ya han alcanzado esta victoria sobre los profetas de mentira, y la obtendrán hasta el fin; es lo que implica el verbo en perfecto. (Comp. 2:12, 13; Juan 16:33.)

6. Gr. *Dicen* cosas *procedentes del mundo.*

7. Cuando tenemos que "probar los espíritus", he aquí la señal cierta por la cual discerniremos *el espíritu de la verdad y el espíritu del error*: los que tienen el segundo, son *del mundo* y se manifiestan por su lenguaje. *Hablan como siendo del mundo*, es decir que, aunque pretendiendo tener la verdad de Dios, la proponen en un espíritu y bajo formas que agradan al mundo, y por esto *el mundo los escucha.* Y esto mismo es un nuevo lazo para los hijos de Dios, demasiado frecuentemente tentados a ver en el éxito una señal de la verdad. Juan realza pues la oposición irreductible que hay entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios, entre el lenguaje de los falsos doctores que recoge la aprobación del mundo y el testimonio de los cristianos que no es recibido sino por el que obedece a Dios: *El que conoce a Dios nos escucha, el que no es de Dios no nos escucha.* Y esta oposición la ha expresado el Maestro tan vivamente como el discípulo. (Juan 3:31; 8:23, 47; 10:2-5; 18:37.) Así pues, todo el que quiere debilitarla, borrarla por una enseñanza que adule las inclinaciones del mundo, no tiene el *espíritu de la verdad*, sino el *espíritu del error* (gr. *del extravío.*)

8. Con estas palabras, vuelve el apóstol al tema de su predilección, al amor fraternal, en el cual ve la esencia de la vida cristiana. (Comp. 3: 11-23.) Lo considera aquí bajo nuevos aspectos. Dos comentadores recientes traducen por el indicativo, como en el v. 19: "*Nos amamos* unos a otros, porque el amor es de Dios." El imperativo es más natural en este contexto donde la exhortación domina (v. 11; 3:11 y sig.)

9. Este pensamiento es completado en 5:1; es de la más alta importancia para la inteligencia de lo que sigue. El amor de que el apóstol habla no es del hombre natural, *es de Dios, viene de él*, pues Dios es quien lo ha manifestado al mundo dando su Hijo unigénito (v. 9; Juan 3:16), y sólo lo experimenta el que es *nacido de*

III. Dios es amor. El amor y la fe
(Cap. 4:7 a 5:21)

A. 7-21. El amor con que Dios nos ha amado nos impele a amarle y a amar a nuestros hermanos, y nos da así la certidumbre de nuestra salvación. — 1º *Comunión con Dios por el amor de que Dios nos ha hecho capaces amándonos y dándonos su Hijo.* Juan invita a sus hermanos a amarse mutuamente; ése será el medio de conocer a Dios que es amor. Su amor se ha manifestado por el envío de su Hijo, en quien tenemos la vida. Nosotros no hemos amado a Dios los primeros, sino él nos dió su Hijo para cubrir nuestros pecados. Dios es invisible. Mora en nosotros cuando nos amamos mutuamente (7-12). — 2º *Comunión con Dios atestada por el Espíritu y manifestada en la confesión del Hijo de Dios. Conocimiento experimental del amor divino.* Reconocemos que moramos en Dios, en el hecho de que nos ha dado su Espíritu; testificamos que ha dado su Hijo al mundo como Salvador; el que confiesa a Jesús como el Hijo de Dios, mora en Dios. Así conocemos, por la experiencia de la fe, el amor de Dios, manifestado en nuestra vida, y permanecemos en ese amor (13-16). — 3º *El amor, fundamento de nuestra confianza.* El amor hecho así perfecto nos da osadía para el juicio, pues, aunque morando en este mundo hostil, tenemos con Dios las mismas relaciones que Jesús tiene con él en la gloria. El amor perfecto excluye ese temor que nace del sentimiento de culpabilidad y que es castigo del pecado. Quien experimenta ese temor no está perfecto en el amor. Amamos a Dios, porque él nos amó el primero; y este amor nos obliga a amar a nuestros hermanos, so pena de ser embusteros; pues el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar al Dios invisible. Además, tenemos de él el mandamiento explícito de amar a nuestros hermanos (17-21).

7 Amados, amémonos unos a otros [8], porque el amor es de Dios, y todo el que ama de Dios ha sido engendrado [9] y conoce a Dios [10].

9 El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor [11]. En esto fué manifestado el amor de Dios en nosotros, en que a su Hijo, al unigénito, ha enviado Dios al mundo para que vivamos por
10 medio de él. En esto está el amor, no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y envió a su Hijo como propicia-
11 ción por nuestros pecados [12]. Amados, si así nos amó Dios, tam-

Dios, y al que Dios comunica así su propia naturaleza, que es el amor. (Comp. 3:9; Juan 1:12, 13; 3:5.) Todo afecto que no es inspirado y santificado por el Espíritu de Dios, no es este amor que, a los ojos de Juan, como de todos los apóstoles (1ª Cor. 13:1 y sig.), es la esencia de la vida cristiana, porque es el fruto de la fe, o más bien es Dios mismo en sus hijos nacidos de él. (Comp. Rom 5:5.)

10. Véase sobre este *conocimiento de Dios* 2:3-6, nota, y más especialmente, sobre la relación íntima entre *conocer* y *amar*, el versículo siguiente. El amor es la señal del verdadero conocimiento de Dios y del nacimiento de lo alto (v. 8.)

11. *Dios es amor.* No hay lugar de comentar esta sentencia insondable, esta definición sublime de Dios, inspirada "por su Espíritu a un corazón que vivía en la más íntima comunión con él. Pero es necesario notar el objeto que Juan se propone cuando da esta definición de Dios. Había afirmado que "Dios es luz," a fin de hacer sentir que todo el que "anda en las tinieblas" no puede tener ninguna comunión con él (1:5-7); proclama ahora que *Dios es amor,* para demostrar sin réplica que el que *no ama no ha conócido* a Dios, ni es "nacido de él", puesto que no se le asemeja. De modo que esta sentencia, que respira todo lo que hay de más profundo y de más tierno en el amor divino, es al mismo tiempo de entre las más severas y las más exclusivas del Nuevo Testamento. El verbo *amar,* en los v. 7 y 8, carece de régimen. Sin duda, resulta de la exhortación con que empieza el v. 7, que el objeto del amor son nuestros hermanos. Mas lo importante, a los ojos del apóstol, es el amor mismo, independientemente de su objeto. Según un hombre posea o no el verdadero amor, conoce a Dios o no le conoce, es nacido de Dios o está aún en su estado natural. (Comp. v. 7, 2ª nota.)

12. Estos dos versículos (9 y 10) no parecen, a primera vista, más que repetición uno del otro; mas el mismo pensamiento, primero indicado, es vuelto a tomar por el apóstol para ser contemplado de nuevas profundidades. "Dios es amor"; ¿cómo testificó su amor? Si amar es darse, Dios amó de esta manera cuando nos dió este otro sí mismo, *su Hijo unigénito.* Con este don, su amor *ha sido manifestado;* lo ha sido *en nosotros* (Weiss), pues para conocerlo perfectamente no basta considerar la aparición histórica del Hijo; es necesario que el Espíritu le glorifique en nosotros (Juan 16:14; Gál. 1:16.) Es lo que indica también el verbo en perfecto que expresa una manifestación permanente. Otros traducen: *entre nosotros.* La traducción: *su amor para con nosotros* debe ser rechazada. ¿Por qué esta manifestación del amor de Dios por el envío del Hijo al mundo? *Para que vivamos por él,* que es la vida. (Comp. Juan 3:16.) Mas esto no es todo: ¿le habían prevenido con su amor los que Dios amó así? De ninguna manera; *nosotros no hemos amado a Dios.* ¿Eran ellos dignos al menos por su santidad? Mucho menos aún: Dios ha debido enviar su Hijo como propiciación por

12 bién nosotros debemos amarnos unos a otros [13]. A Dios nadie ha visto jamás; si nos amáremos unos a otros, Dios en nosotros
13 permanece y su amor es hecho perfecto en nosotros [14]. En esto sabemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que de su
14 Espíritu nos ha dado [15]. Y nosotros hemos contemplado y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mun-
15 do [16]. Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios,
16 Dios en él permanece, y él en Dios [17]. Y nosotros conocemos y hemos creído el amor que tiene Dios en nosotros. Dios es amor,

nuestros pecados; estos pecados hacían del hombre un ser opuesto a la naturaleza del Dios que es luz. De modo que no solamente el amor de Dios es completamente gratuito, no merecido; sino que, para hacernos capaces de comprenderlo y de responder a él, ha sido necesario el profundo misterio de *propiciación* (mismo término que 2:2), nueva e insondable manifestación del amor de Dios. Bajo una forma diferente, estos pensamientos están en perfecta armonía con los que Pablo expone en Rom. 5:6-10.

13. 3:11; Juan 13:34. El amor de los hijos de Dios *unos a otros* debe ser de la misma naturaleza que el amor de Dios para con ellos; es producido por el conocimiento de este amor (v. 9, 10.)

14. El Dios *invisible,* inaccesible, se ha manifestado a nosotros por su Hijo unigénito (v. 9, 10; Juan 1:18), y se manifiesta *en nosotros* por la comunión del amor fraternal que es una prueba sensible de su presencia, de su comunión íntima con nosotros. Su amor es entonces *perfecto* (o *cumplido, consumado,* Hebr. 5:9) en nosotros, porque ninguno puede amar verdaderamente a sus hermanos, sino aquel en quien Dios ha derramado *su* amor; ahora bien: donde él ya ha realizado esta obra de gracia por la regeneración de un corazón que se ha abierto para recibir el amor de Dios, la proseguirá hasta su *perfección.*

15. 3:24. Esta señal de nuestra comunión con Dios no es diferente de la que da el apóstol en el versículo precedente; pues, como Dios es amor, *su Espíritu* no puede producir más que el amor. Sólo que aquí indica Juan el medio por el cual el hombre llega a la comunión del amor con Dios, a saber, su Espíritu Santo, que regenera y purifica el corazón para verter en él luego el tesoro de sus gracias. (Comp. Rom. 5:5.) Otros traducen: *en esto* (en este desarrollo del amor fraternal por la comunicación del amor divino, v. 12) *conocemos que moramos en él y él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu,* que nos conduce a toda la verdad (Juan 16:13) y que, por consiguiente, nos enseña a conocer el amor, manifestado en el don de Cristo, como la esencia de Dios (v. 8, 9), la fuente de todo amor y nos hace ciertos de la presencia de Dios en nosotros (v. 12 y 13.)

16. Vers. 9 10, nota. Expresando otra vez el mismo pensamiento, Juan insiste en la certidumbre del *testimonio* que él da en su calidad de apóstol y de testigo ocular. (Comp. 1:1.)

17. La *confesión* del nombre de Jesús, como *Hijo de Dios, Salvador del mundo,* en el sentido expuesto en los v. 9 y 10, esta confesión, fruto de la fe y del amor, es también una señal muy importante de nuestra comunión con Dios. Donde esta señal falta, no hay ciertamente ni fe, ni amor, ni comunión con Dios.

y el que permanece en el amor en Dios permanece, y Dios per-
17 manece en él [18]. En esto es hecho perfecto el amor con nosotros, para que tengamos osadía en el día del juicio; porque según
18 aquél es, también nosotros somos en este mundo [19]. Temor no hay en el amor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor implica castigo, y el que teme no ha sido hecho
19 perfecto en el amor [20]. Nosotros amamos, porque él primero nos

18. El apóstol resume en estas profundas palabras todo lo que ha dicho desde el v. 8. El amor viene de *Dios* que *es amor; conocer* y *creer* este amor, creer para conocerlo por experiencia, para conocerlo tal cual Dios *lo manifiesta* (gr. *lo tiene*) *en nosotros* (v. 9, 10, nota), por último *permanecer* en él, hacer de él su vida habitual e íntima es *permanecer en Dios* y tener a *Dios en nosotros*, la expresión más completa de la comunión de un alma con Dios.

19. *En esto*, en el hecho de que permanecemos en Dios y Dios es nosotros (v. 16b), *el amor es hecho perfecto* (*es cumplido, consumado*) *en* (gr. *con*) *nosotros*, no sólo en nosotros personalmente, sino en nuestras relaciones con nuestros hermanos, en la comunidad de los creyentes. El propósito en atención del cual el amor es así cumplido en nosotros, es *que tengamos osadía en el día del juicio.* Otros traducen: "El amor es hecho perfecto en nosotros *en cuanto tendremos confianza.*" Otros también: "He aquí cómo es hecho perfecto el amor en nosotros (a fin de que tengamos confianza en el día del juicio), *que* cual él es, tales somos nosotros." Juan vuelve a la idea ya enunciada en 2:28 y 3:19-21. Esta *confianza* delante de Dios la tendremos *en el día del juicio*, en el gran día en que nuestro destino eterno será determinado. En 2:28, Juan exhortaba a sus hermanos a permanecer en Dios para tener esta osadía. En 3:18-21, la hacía depender de un verdadero amor fraternal. En nuestro pasaje, es el privilegio del que permanece en el amor y por ello mismo permanece en Dios y tiene a Dios morando en él (v. 16.) Por último, esta confianza es motivada por el hecho de que nuestra posición se hace así semejante a la de Jesús, nuestro Salvador: *cual él es, tales somos nosotros en este mundo.* Según él *es*, ahora en la gloria del cielo, y no cual era durante su residencia en la tierra. El verbo en presente muestra que Juan dirige las miradas de sus hermanos hacia el Cristo glorificado, perfectamente unido a su Padre, y los invita a realizar en el amor, una unión semejante entre sí, en medio de este *mundo*, que les es hostil, pero que tienen ellos por misión llevar a la fe dándole el espectáculo de su perfecta unidad (Juan 17:21.)

20. La plena osadía de que Juan acaba de hablar aun ante el pensamiento del juicio (v. 17), es incompatible con el *temor*. El *amor*, en efecto, lejos de temer su objeto, lo desea y no pide más que una comunión más íntima con él; cuanto más crece el amor y se aproxima a la *perfección*, tanto más *expulsa* al temor. La razón que da el apóstol es enteramente conforme a la naturaleza de las cosas: *el temor implica castigo*, es decir que aquél resulta de la separación del alma y de Dios, es el sentimiento de culpabilidad que sobrecoge al pecador, ese malestar, ese tormento de su conciencia que es el primer castigo del pecado (Gén. 3: 10), y que quedará por su castigo eterno, a menos que haya perdón y

20 amó [21]. Si alguien dijere: Amo a Dios, y a su hermano aborreciere, mentiroso es; porque el que no ama a su hermano a quien
21 ve, a Dios a quien no ve no puede amar [22]. Y este mandamiento tenemos de él: Que el que ama a Dios ame también a su hermano [23].

B. 1-13. La fe en Jesucristo, victoriosa del mundo, basada en el testimonio de Dios que nos da la vida eterna. — 1º *La fe en Jesucristo, signo del nuevo nacimiento que es origen del amor y de la obediencia, medio de la victoria sobre el mundo.* Quien cree que Jesús es el Cristo es un hijo de Dios; ama a su Padre y a sus hermanos. Nuestro amor por nuestros hermanos se reconoce en nuestro amor a Dios, y nuestro amor a Dios en la fidelidad con que guardamos sus mandamientos. Estos no son penosos, pues todo el que es nacido de Dios triunfa del mundo. La victoria sobre el mundo

reconciliación. Ahora bien: es evidente que en donde ese temor subsiste aún, la reconciliación no ha tenido lugar o no ha sido plenamente apropiada por la fe, la comunión no ha sido restablecida, el amor no reina, no es *perfecto*.

21. El texto recibido (*mayúsc.*) tiene: "Nosotros *le* amamos." *Sin.* tiene: Nosotros amamos *a Dios*. Mas el verbo sin régimen es probablemente la lección original (*B, A.*) Notemos por último las variantes de *A*: "Nosotros *pues*, amamos, porque *Dios* nos amó el primero". En cuanto al pensamiento de este versículo, resume admirablemente la doctrina cristiana. "Si el ser amado es toda la dogmática del evangelio, amar es toda su moral." *A. Monod.* Mas lo que Juan realza sobre todo, es que el amor de Dios nos ha prevenido, nos previene siempre. Seríamos incapaces de amar, si Dios no inspirara el amor a nuestro corazón *amándonos el primero*.

22. Comp. v. 12, nota. El amor a Dios y a nuestros hermanos es de tal modo el mismo amor, que es imposible amar al uno sin amar a los otros. Pretender amar a Dios cuando se aborrece al prójimo, es *mentir*, expresión enérgica, con la cual Juan quiere disipar las ilusiones que tan fácilmente se hacen a este respecto. Da como prueba el hecho de que nos es más fácil amar lo que *se ve* que lo que *no se ve. El hermano* en el cual Dios mora por su Espíritu, por su amor, es una manifestación visible de Dios (v. 12): ¿cómo pues pretender amar a Dios en su Ser invisible, si no le amamos en sus hijos? ¡Qué contradicción y qué mentira! "Tenemos todos los días ante nuestros ojos ocasiones de testificar a Dios nuestro amor de la manera como él quiere; y deseamos quizá otras que él no quiere. ¡Engaño e ilusión! *Quesnel.* (Comp. 5:1, 2.)

23. Otra razón por la cual el amor del prójimo es inseparable del amor de Dios: Dios mismo nos ha ordenado amar a nuestros hermanos. El *mandamiento* del amor fraternal está pues implicado en el mandamiento de *amar a Dios*, y es directamente expresado en el resumen de la ley (Mar. 12:31.) Está también escrito por el Espíritu de Dios en todo corazón cristiano. Varios intérpretes refieren a Jesucristo las palabras: *hemos recibido de él*, según 1:5 y 2: 25, donde se encuentra un giro semejante. Tendríamos aquí una sentencia de Jesús que no ha sido conservada en los evangelios. (Comp. sin embargo Lucas 10:25-37.)

es nuestra fe, es creer que Jesús es el Hijo de Dios (1-5). — 2º *El testimonio sobre que reposa la fe en Jesucristo. — a) El testimonio que Dios ha dado a Jesús durante su vida y por el Espíritu Santo.* Es Jesucristo quien vino a realizar su obra redentora por su bautismo y por su muerte; no por el primero solamente, sino también por la segunda. El Espíritu de Dios lo testifica, porque él es la verdad. El Espíritu, el agua y la sangre, estos tres testigos están de acuerdo. Este testimonio de Dios es más convincente que lo sería un triple testimonio humano; pues tal es el testimonio de Dios, dado a su Hijo (6-9). — *b) El testimonio que Dios da al Hijo en el corazón de los creyentes comunicándoles la vida eterna.* Este testimonio se torna en un hecho de experiencia íntima para el creyente, mientras el incrédulo hace a Dios embustero. Consiste en el don que Dios nos hace de la vida eterna en su hijo. Quien tiene al Hijo, tiene la vida. Juan escribe a sus hermanos para que sepan que creyendo en el nombre del Hijo de Dios, tienen la vida eterna (10-13).

V Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha sido engendrado de Dios; y todo el que ama al que engendró ama al que ha sido 2 engendrado de él [1]. En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios, cuando a Dios amamos y practicamos sus mandamientos [2]. 3 Porque éste es el amor de Dios, que guardemos sus mandamien-

1. *Creer que Jesús es el Cristo* no es simplemente, en el pensamiento del apóstol, creer en Jesucristo; con estas palabras, reanuda su polémica contra los que separaban el hombre *Jesús* del *Cristo* divino. (Comp. 2:22; 4:2, 3, nota, 15, nota.) Mas aquí, como en todas partes vuelve inmediatamente a las presuposiciones y a las consecuencias prácticas de esta fe. Así la fe en Jesús como el Cristo prueba la regeneración. El que la posee es *engendrado de Dios;* y como el que es nacido de Dios *ama,* va de suyo, a *Aquel que le engendró, ama también al que es nacido de él.* Su fe es la fuente de su amor por los que son hijos del mismo Padre (4:20, 21.) En toda esta exhortación al amor fraternal (3:11 y sig.; 4:7 y sig.), Juan supone constantemente que este amor es el fruto de la fe (4:7, 2ª nota.) Mas aquí afirma, de modo que aparta todo error, que entiende un amor especial y de naturaleza enteramente divina, que sienten los que son *nacidos de Dios,* por sus hermanos igualmente *nacidos de él,* por los que él llama, en el versículo siguiente: *los hijos de Dios.*

2. Hasta aquí el apóstol ha hecho del amor fraternal una señal del verdadero amor a Dios (4:20, 21); ahora enuncia la proposición inversa. El amor a Dios que consiste en *practicar sus mandamientos* es la piedra de toque del amor fraternal. El amor que no cumple toda la voluntad de Dios para con nuestros hermanos no es más que un vano y estéril sentimiento, que hace más mal que bien, porque no nos lleva a amar "en obra y en verdad" (3:18). No amamos verdaderamente a nuestros hermanos sino cuando amamos a Dios, y *en la proporción* en que *le amamos y le obedecemos.* Y todo esto no tiene lugar más que cuando somos "nacidos de él" (v. 1.)

4 tos [3]; y sus mandamientos no son penosos, porque todo lo que es engendrado de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha 5 vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo 6 sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios [4]? Este es el que vino por medio de agua y sangre, Jesucristo; no con el agua sólo, sino con el agua y con la sangre; y el Espíritu es el que da testimo- 7 nio, porque el Espíritu es la verdad [5]. Porque tres son los que

3. 2:3, 4; Juan 14:15,21. El amor produce siempre la obediencia.

4. Comp. Mat. 11:30. Los *mandamientos de Dios* son muy *penosos* para los que no le aman (v. 3); son incapaces de cumplirlos (Rom. 8:7.) En cuanto a los hijos de Dios, lo único que podría hacerlos para ellos *penosos* (Gr. "*pesados*") sería la oposición del mundo (2:15, 16, nota), ora por fuera, ora dentro de sí; pero todo *lo que es nacido de Dios* (v. 1), lo que es animado de su Espíritu, compenetrado de su amor, *vence al mundo,* vence sus seducciones o sus amenazas (4:4.) Y el medio con el cual obtenemos esta victoria *es nuestra fe* (v. 4), pero una fe que tiene por objeto *el Hijo de Dios* (v. 1; comp. Juan 20:31), el omnipotente Salvador al cual nos une íntimamente. Nuestro adalid ya venció al mundo y nos hace partícipes de su victoria (Juan 16:33.) Con estas palabras, Juan vuelve al gran principio expresado en el v. 1; y, después de haber atribuído así todas las cosas a la fe, va a mostrar el fundamento de ella.

5. *Este,* este Jesús presentado en el v. 5 como el objeto de la fe, *es el que vino con* (gr. *por medio de*) *agua y sangre; no con* (o *en*) *el agua solamente, sino con* (o *en*) *el agua y la sangre.* En estos términos, Juan caracteriza al Salvador al cual nuestra fe debe aferrarse para salir victoriosa del mundo. *El que vino,* este verbo en pretérito muestra que el apóstol piensa en el hecho histórico de la aparición de Jesús. Este hecho expresa siempre el verbo *venir* en la lengua de nuestro apóstol. Las palabras *con agua y sangre* deben pues entenderse de hechos notables en la carrera terrestre del Cristo; designan su bautismo y su muerte sobre la cruz. Se ha querido ver en ellas la mención del bautismo y de la cena instituídos por Cristo. Si tal hubiera sido el pensamiento de Juan, habría debido escribir: El que *viene* con agua y con sangre; y aun así, este último término sería bien insólito para designar la cena. Por último, no hay lugar de admitir, con Agustín y los antiguos intérpretes, una alusión al incidente de la Pasión del Salvador referido por Juan 19:34. Si el apóstol realza especialmente el bautismo de Jesús y su suplicio cruento, es porque el primero ha inaugurado su obra redentora, el segundo la ha consumado. Y en ambas circunstancias, Dios le proclamó su Hijo y le hizo conocer como tal. (Juan 1:31-34; 8:28; 19:32-36.) Juan añade: *no con el agua solamente, sino con la sangre;* el Cristo no solamente recibió el bautismo, sufrió la muerte de la cruz. Esta afirmación es opuesta a las enseñanzas de los falsos doctores que Juan combate (2:22; 4:1-3.) Estos pretendían que en el momento del bautismo, el Cristo, el Hijo de Dios se había unido al hombre Jesús, pero que le había abandonado antes de su muerte. El apóstol afirma, al contrario, que el Hijo de Dios murió; que su muerte, lo mismo que su bautismo, forma parte de la obra del Mesías; que la

dan testimonio, el Espíritu y el agua y la sangre, y los tres con-
9 cuerdan en uno [6]. Si el testimonio de los hombres recibimos, él testimonio de Dios es mayor; porque ése es el testimonio de Dios,

fe que salva es la fe en el Hijo de Dios, que se solidarizó, por el bautismo, con nuestra humanidad pecadora y que dió por ella su vida sobre la cruz. ¿Y qué es lo que certifica al creyente la eficacia de la obra realizada por el Hijo de Dios? El testimonio del Espíritu Santo. *El Espíritu es quien da testimonio,* dice Juan. Entiende por *el Espíritu,* no la vida espiritual del creyente, sino el Espíritu de Dios tal cual obró desde Pentecostés en el corazón de los discípulos de Cristo para regenerarlos, haciendo de la vida y la muerte de su Salvador los medios de producir en ellos una vida nueva. Creándola y manteniéndola en ellos, el Espíritu *da testimonio* de la eficacia de la obra de Cristo, la atesta a los ojos del mundo y edifica la fe de los discípulos sobre el fundamento inconmovible de una experiencia íntima. El Espíritu da este testimonio, lo da con potencia irresistible, *porque el Espíritu es la verdad.* Lo es, como Cristo mismo, lo es (Juan 14:6), en cuanto es "la vida", la vida de Dios manifestada y comunicada a los hombres, y, por consiguiente, la realidad suprema.

6. Confirmación del versículo precedente (*porque*). Nuestra fe reposa sobre el triple *testimonio del Espíritu, del agua y de la sangre* (véase la nota precedente). *Y estos tres son unánimes,* (gr.) *son para el único* y mismo objeto, tienden a un fin único; su testimonio se refiere al mismo hecho; funda la certidumbre de que Jesús es el Hijo de Dios y el Salvador que nos hace victoriosos del mundo (v. 5.) En el texto recibido el tenor de los v. 7 y 8 es acrecentado por una interpolación célebre en la historia del texto del Nuevo Testamento: "Porque tres son los que dan testimonio *en el cielo: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra*: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres concuerdan en uno." Las palabras en bastardilla no son auténticas. Tienen su origen en una falsa interpretación de los v. 6 y 7ª. Algunos escritores antiguos (Cipriano) vieron en los *tres que dan testimonio,* una alusión a la Trinidad. Esa interpretación, primero escrita al margen de un manuscrito, habrá sido admitida en el texto por un copista ignorante. Esas palabras no se encuentran en ningún manuscrito griego, excepto en uno que data del siglo XVI, y en uno grecolatino del siglo XV. Faltan igualmente en casi todas las versiones antiguas, en todos los Padres de la Iglesia griega, que habrían tenido tanto interés en presentarlas en las controversias arrianas, y en muchos escritores de la Iglesia latina, tales como Tertuliano, Hilario, Ambrosio, Agustín, Jerónimo. Aparecen por primera vez a fines del siglo V en versiones latinas en Africa; luego, desde el siglo X, en los manuscritos de la Vulgata. En el Nuevo Testamento griego impreso por Erasmo, no fueron admitidas para las ediciones de 1516 y 1519; no gozaron de ese favor sino en la edición de 1522, de donde pasaron a las ediciones de Roberto Etienne, de Beza y de los Elzevires, es decir al *texto recibido* desde entonces. Lutero jamás las aceptó en su versión alemana; y sólo largo tiempo después de su muerte, en 1581, fueron introducidas en ella. Calvino adopta esta lección aunque reconociendo cuán discutible es, pero el comentario que de ella da muestra bien claramente cuán poco en armonía está con el pensamiento del

10 que ha testificado sobre su Hijo [7]. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo [8]; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que ha testi-
11 ficado Dios sobre su Hijo [9]. Y éste es el testimonio: Que vida
12 eterna nos ha dado Dios, y esta vida en su Hijo está. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, la vida
13 no tiene [10]. Estas cosas os he escrito para que sepáis que vida tenéis eterna, a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios [11].

apóstol. Ella lo interrumpe, en efecto, y esto para agregar una idea dogmática que, aquí, no tiene sentido alguno. Por último, se sabe que jamás la doctrina de la Trinidad fué formulada de ese modo durante el siglo apostólico. Por estas razones históricas y exegéticas todos los críticos de nuestros días rechazan del texto la glosa que nos ocupa.

7. Según una disposición de la ley, en la que Juan sin duda pensaba al hablar de los *tres testigos* (v. 7), y que recuerda positivamente aquí, *el testimonio de los hombres,* solemnemente dado en justicia, era recibido cuando las declaraciones de dos o tres testigos concordaban. (Deut. 17: 6; 19:15; Mat. 18:16; Juan 8:17.) Ahora bien: si el testimonio *de los hombres* nos inspira una confianza que forma nuestra convicción, ¿qué será de *ese testimonio de Dios que ha dado de su Hijo,* y que descansa sobre el triple fundamento indicado por el apóstol? (v. 6.) Otros traducen: "pues *éste* es el testimonio de Dios: que ha testificado de su Hijo;" el testimonio de Dios consiste en el testimonio que ha dado a su Hijo.

8. *El que cree en el Hijo de Dios* no solamente tiene el *testimonio* que Dios dió al Salvador en su bautismo, en toda su vida sobre la tierra, y en su muerte (v. 6, 9), sino que tiene ese testimonio *dentro de sí mismo,* vivo, íntimo, personal. Experimenta el testimonio que el Espíritu Santo da a Jesucristo como Salvador (v. 6, nota.) Ninguna negación podría conmover, ninguna duda hacer desfallecer su fe. Todas las otras pruebas pueden tener su utilidad, pero no tiene ya necesidad de ellas para su salvación. (Comp. Rom. 8:16, nota.)

9. Es ponerse en contradicción directa con Dios, *hacerle mentiroso* (1:10) el *no creer* después de haber conocido *el testimonio que él ha dado de su Hijo.* Esta incredulidad voluntaria es un pecado que acarrea la condenación (Juan 3:18.)

10. Este *testimonio,* cuyo magnífico contenido Juan indica (v. 11), no es otro que aquel de que ha hablado hasta aquí (v. 6-9). Lo considera empero bajo otro punto de vista, es decir en la experiencia de los creyentes. Para ellos, el *testimonio* de Dios es irrecusable, evidente, porque se refiere a un hecho realmente cumplido en ellos: *Dios nos ha dado la vida eterna* (v. 11): *el que tiene al Hijo tiene la vida;* él lo sabe, no puede dudar de ello (v. 12.) Mas como esta vida eterna está entera y exclusivamente *en su Hijo* (v. 11), resulta de ello necesariamente que todo el que *no tiene al Hijo de Dios* no podría *tener la vida.*

11. El texto recibido (*mayúsc.*) coloca las palabras: *a vosotros que creéis en el Hijo de Dios,* después de: *os he escrito;* y al final del versículo tiene: *y a fin de que creáis en el nombre del Hijo de Dios.* Con estas palabras resume el apóstol todo lo que acaba de decir (v. 6-12) e indica

C. 14-21. Potencia de la oración y seguridad del cristiano estando en el Dios verdadero. — 1º *La oración oída.* Podemos dirigirnos a Dios con la certidumbre de que nos oye. Nuestra certidumbre de alcanzar lo que le pidamos se basa en las experiencias precedentes (14, 15). — 2º *La intercesión por el pecador.* Si alguien viere a su hermano pecar de pecado que no acarrea la muerte, ore y le dará la vida. Hay un pecado que lleva a la muerte; el apóstol no manda orar por el que lo haya cometido. Toda iniquidad es pecado, pero hay pecados que no llevan a la muerte (16, 17). — 3º *La certidumbre del cristiano.* Sabe que todo hombre nacido de Dios se guarda del mal y no da asidero alguno al demonio. Sabe que es de Dios y que el mundo entero está sujeto a la potencia de las tinieblas. Pero sabe que el Hijo de Dios ha venido y le ha abierto el espíritu para conocer al Verdadero. Está en él por Jesucristo. Es el Dios verdadero y la vida eterna. Juan exhorta a sus hermanos a cuidarse de los ídolos (18-21).

14 Y ésta es la osadía que tenemos para con él, que si alguna 15 cosa pidiéremos según su voluntad nos oye; y si sabemos que nos oye cualquiera cosa que pidiéremos, lo sabemos porque poseemos las cosas que de él hemos pedido[12]. 16 Si alguien viere a su hermano pecando con pecado no para muerte, pedirá, y le dará vida, a los que pecan no para muerte. Hay pecado para muer-17 te; no por aquél digo que pida. Toda iniquidad es pecado, y hay 18 pecado no para muerte[13]. Sabemos que todo el que ha sido en-

claramente el propósito de toda su epístola, como lo hace al final de su evangelio (Juan 20:31.) Escribe a fin de afirmar a *los que creen* en la certidumbre de la *vida eterna.* Ellos *saben* que la poseen actualmente: lo saben, por una parte, por el testimonio de Dios (v. 6-9); por otra, por la experiencia que ellos mismos tienen (v. 10.) Esta afirmación es repetida solemnemente tres veces más abajo: *sabemos* (v. 18, 19, 20.)

12. La posesión de la vida eterna (v. 6-12) nos da *la osadía* (gr.) *para con* Dios: que *nos escucha,* y que otorga a sus hijos todas las gracias que le pidan, con tal que sea *según su voluntad* (v. 14.) En efecto, ¿cómo El que dió lo más, no daría lo menos también? Pero, a pesar de la fuerza de esta razón, el apóstol presenta otra más inmediata aun, la de la experiencia, o de los hechos: *sabemos* que Dios *oye* o *atiende* la oración, porque, muy a menudo ya y de muchas maneras, nos ha otorgado *lo que le hemos pedido* (v. 15.) Tal nos parece ser el sentido de este v. 15. Otros lo traducen así: "Y si sabemos que nos escucha, sabemos (también) *que tenemos* (recibiremos, el presente puesto por el futuro) las cosas que le hemos pedido." ¡Razonamiento demasiado ingenuo!

13. La oración del cristiano por sí mismo (v. 14 y 15) se torna necesariamente en oración por sus hermanos, mediante la comunión íntima y viva que los une y que confunde sus intereses eternos en un mismo amor. Así todo fiel *que viere a su hermano pecar* y que le ama, se hará su intercesor delante de Dios; y tiene aquí la misericordiosa promesa de que dará a esa alma el perdón y *la vida. Rogará y le dará la vida.* ¿Cuál es el

gendrado de Dios no peca, sino que el que fué engendrado de 19 Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca[14]. Sabemos

sujeto de este último verbo? Unos responden: Dios, y la mayor parte de nuestras versiones introducen esta palabra en el texto. Mas es más natural dar a ambos verbos el mismo sujeto: el hermano *que ruega,* de que se trata al final del versículo. *Dará la vida* a aquel por quien interceda, procurándole por su oración el perdón y el auxilio de Dios. (Comp. Jac. 5:15.) Tal es, según el apóstol, la potencia de la oración, que pone al creyente, por así decirlo, en posesión de la omnipotencia de Dios. Con una condición sin embargo: que el pecador por el cual se ruega no peque con *pecado para muerte.* ¿Qué hay que entender por esto? No un acto aislado una transgresión por grave que sea de la ley de Dios, y en la cual un cristiano hubiera caído por debilidad, por falta de vigilancia o por el arrastre de una tentación; sino que este *pecado de muerte* revela un estado de muerte espiritual adonde ha llegado un alma que ha conocido la verdad y empezado a vivir la vida nueva. Una larga serie de pecados voluntarios, la negligencia de los medios de gracia, los engaños del mundo, pueden traer tal estado, que tiene mucha relación con el pecado contra el Espíritu Santo (Mat. 12:31, 32.) Entonces, habiendo cesado toda comunión con Dios por el abandono del Salvador, el alma se hace extraña también a la comunión fraternal y escapa a las influencias benditas de la intercesión. Juan no veda orar por ese pecado, pero no lo ordena: *No digo* (gr.). *que ruegue por ese pecado.* Y como acontece raramente que el hombre tenga un conocimiento suficiente y una convicción bien fundada de tal estado de alma en su hermano, conviene no hacer uso de esta advertencia del apóstol más que con extrema prudencia y según los consejos de una verdadera caridad. Para confortar a los cristianos sinceros, pero siempre falibles, el apóstol agrega (v. 17): Sin duda, *toda iniquidad,* todo lo que es contrario a la voluntad de Dios (2:29; 3:7) *es pecado,* y el cristiano que practica la justicia según su Dios Salvador es "justo" (3:7), no debe tolerarlo en su vida; pero puede, a pesar de todo, encontrarse en él tal *pecado,* que él reconoce, del que se arrepiente, que Dios perdona y que por tanto no destruye el principio de la vida, *no es para muerte* (1:9; 2:1.)

14. A la temible alternativa del pecado que lleva a la muerte (v. 16), el apóstol opone la certidumbre (*sabemos*) de la salvación asegurada a *todo el que es engendrado de Dios.* (Compárese Hebr. 6:4 y sig. con 6:9 y sig.) *No peca,* y por consiguiente, no está expuesto a cometer el pecado que conduce a la muerte. Esta afirmación absoluta: *No peca,* está en contradicción con lo que el apóstol acaba de conceder (v. 17), que en toda vida cristiana hay iniquidades que son pecados. No es necesario, para levantar la contradicción, sobrentender: *no peca* "de pecado de muerte;" y por una conclusión inversa: el que comete ese pecado no es nacido de Dios. Basta considerar que el *que es nacido de Dios* lo es por la fe, y no goza de la inmunidad que le confiere este nacimiento de Dios sino en cuanto mora por la fe en Dios. (Comp. 3:6 y 9, notas.) Mas si, por la fe, se mantiene en su posición de hijo de Dios, *se guarda a sí mismo* (texto recibido Weiss, según *Sin., mayúsc.*) o: *le guarda, se aferra a él,* es decir a Dios. (Tischendorf, Westcott y Hort, Nestle según *B, A*). *Y el maligno,* es decir el diablo, *no le toca;* o como otros traducen: *no tiene presa alguna sobre él.* Se pue-

20 que somos de Dios, y el mundo entero yace en el maligno [15]. Mas sabemos que el Hijo de Dios ha venido [16], y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero; y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo [17]. Este es el verdadero Dios y vi-
21 da eterna [18]. Hijitos, guardaos de los ídolos [19].

de decir de él lo que el Maestro decía de sí mismo. (Juan 14:30.)

15. Nueva expresión de la certeza que poseen los que *son de Dios* nacidos de él (v. 18); pero también, en el estado del mundo corrompido, serio motivo de vigilancia y de humildad. Gr. El mundo *yace en el mal.* Esta última palabra puede significar en griego el *mal* moral, o el *maligno,* el demonio. Muchos le dan este significado, que tiene en el v. 18, y en 2:13, 14; 3:12, traducen: *está en poder del maligno.* Otros estiman que el verbo: *yacer en* es más favorable al primer sentido.

16. El mundo yace en el mal *¡pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido!* Grande y consolador contraste que subsistiría aun si hubiera que admitir la variante de *A:Y* sabemos. *Ha venido* y *está*: tal es el significado preciso del verbo griego que reaparece en Juan 8:42.

17. Así como los sentidos son para nosotros el medio de percibir el mundo visible; así como la razón es el órgano por el cual nos posesionamos de las verdades que pertenecen a este mundo, del mismo modo el Hijo de Dios, venido a la tierra, *ha dado* a los que le abren su corazón un sentido nuevo, la *inteligencia* (espiritual) *para conocer al Verdadero* y todo lo que viene de él. Este sentido íntimo es la fe, operada por el Espíritu Santo, y que nos pone en comunión con Dios. Juan llama a esta comunión *estar en el Verdadero.* Mas no estamos en este Verdadero sino porque estamos *en Jesucristo,* único Mediador de nuestra comunión con Dios. Juan, que como Israelita había conocido desde su infancia al verdadero Dios, confiesa no haber recibido la inteligencia para conocerle como el Verdadero, sino desde que está en Cristo Jesús (Juan 14: 6,9,10). Estas palabras se ligan también a lo que precede (v. 18,19) relativo a la preciosa certeza que tenemos de la vida eterna (v. 13). El apóstol expresa esta certidumbre con una palabra tres veces repetida (v. 18,19,20): *¡Sabemos!*

18. En la nota que precede, hemos aplicado dos veces a *Dios,* el Padre, el epíteto: *el Verdadero,* y para mantener la armonía del pensamiento de Juan nos inclinamos a referir al mismo sujeto la tercera declaración: *Este,* Dios, *es el Dios verdadero,* etc. Los que la refieren a Jesucristo dan por razones: 1º Que el pronombre designa con más naturalidad el sujeto nombrado en último lugar. 2º Que esta declaración: *éste es el verdadero Dios,* aplicada al Padre, después que el epíteto de *Verdadero* le ha sido aplicado ya dos veces, no es más que una repetición pesada e inútil. 3º Que las palabras *la vida, la vida eterna* son habitualmente atribuidas, no a Dios, sino al Hijo de Dios (1:2; Juan 1:4; 11:25). De su parte, la opinión contraria se basa en las observaciones siguientes: 1º El tono solemne de todo el pensamiento exige que la tercera declaración se refiera al mismo sujeto que las dos primeras. Ahora bien: este sujeto, es Dios el Padre, no Jesucristo, que es nombrado aquí sólo incidentalmente y como Mediador de nuestra comunión con Dios. 2º Este calificativo: *el Dios verdadero,* no es jamás aplicado a Cristo, aunque como Palabra sea llamado *Dios* (Juan

1:1); pero es aplicado, por Jesús mismo, a *Dios,* y esto en términos que se lo reservan exclusivamente: *único Dios verdadero* (Juan 17;3). 3º Juan distingue siempre cuidadosamente al Padre y al Hijo por los atributos que les da; lo hace igualmente en nuestro pasaje, con estas palabras: *su Hijo, Jesucristo.* Bien: si la tercera declaración se aplicara al Hijo, el apóstol introduciría en su pensamiento una confusión de ideas que él siempre evita. 4º La exhortación que sigue, relativa a los *ídolos,* supone que el apóstol les opone el *Dios,* Dios verdadero.

19. Esta última advertencia, llena de tierno y paternal afecto, no es dirigida contra la vuelta a la idolatría externa, en el culto pagano. El peligro de tal recaída no debía casi existir para cristianos tan avanzados como lo eran los destinatarios de la epístola. Estos *ídolos* son opuestos al Dios *verdadero* (v. 20). Son pues las *falsas* ideas de Dios que los hombres se hacen en todo tiempo. El que no tiene al Hijo de Dios por Salvador no tiene a Dios (2:23); y el ser imaginario que cree adorar en el cielo no es más que un *ídolo.* Mas no habría que limitar al dominio del pensamiento el peligro contra el cual pone el apóstol a sus lectores en guardia. Los *ídolos* no eran solamente representaciones erróneas de Dios, sino las pasiones diversas que los impelían a transgredir los mandamientos divinos (2:4), a aborrecer a sus hermanos (2:9); a amar el mundo (2:16). "Casi no hay que defenderse de los ídolos de piedra; mas cuántos hay en nuestro corazón a los cuales somos demasiado adictos. Todo lo que amamos contra la ley de Dios es el ídolo que adoramos. Donde buscamos nuestra felicidad, allí está nuestro Dios". *Quesnel.*

SEGUNDA Y TERCERA EPISTOLAS DE JUAN

INTRODUCCION

I

SUS CARACTERES COMUNES. SUS DESTINATARIOS Y SUS OBJETOS DIFERENTES

Estas dos breves cartas presentan semejanzas tan grandes, que deben haber sido escritas por el mismo autor y en la misma época. Este autor se nombra en ambas "el anciano", y designa a los destinatarios con las palabras: los "que amo en verdad." (2ª Juan 1; 3ª Juan 1.) Se regocija de que sus "hijos andan en la verdad." (2ª Juan 4; 3ª Juan 4.) Expresa al final de ambas cartas, y en términos casi idénticos, la esperanza de ir pronto a ver aquellos a quienes escribe (2ª Juan 12; 3ª Juan 13, 14.)

La primera carta es dirigida a una iglesia que "el anciano" llama la "señora elegida". Los críticos están hoy generalmente de acuerdo para entender esta expresión de una comunidad, y no de una madre de familia. Juan no podría decir a una madre de familia que "sus hijos son amados de todos los que conocen la verdad" (v. 1); no podría dirigirle la exhortación contenida en el v. 5 y que está basada en la comprobación (v. 4) de que "algunos de sus hijos" andan en la verdad. Desde el v. 6 los destinatarios son apostrofados en plural y puestos en guardia contra los que no confiesan a Jesucristo venido en carne. En su tenor general, esta advertencia se aplica mejor a una iglesia que a una familia. Por último, el autor termina saludando a la señora elegida de parte de los "hijos de su hermana, la elegida." Si se tratara de personas concretas, se podría preguntar por qué las salutaciones no son expresadas en nombre de la hermana misma (1).

(1) Comp. B. Weiss, *Die drei Briefe des Apostel Johannes*, p. 169.

La segunda carta es escrita a un cristiano llamado Gayo. El "anciano" le expresa el voto de que todos sus negocios prosperen tanto como su alma. Tiene mucho gozo del buen testimonio que hermanos venidos de junto a Gayo le han dado, contando ante la iglesia la acogida llena de amor que él hace a los evangelistas viajeros. El "anciano" ha escrito a la comunidad de que Gayo es miembro. Pero su autoridad no es reconocida por Diotrefes, probablemente obispo de esa iglesia. Cuando él se traslade allá, le reprochará los malos rumores que hace circular sobre él, su negativa a recibir a los hermanos de afuera, la presión que ejerce, por la excomunión, sobre los miembros de la iglesia para impedirles que les den hospitalidad. Demetrio, por el contrario, otro miembro de la misma iglesia, recibe un buen testimonio, formulado en cálidos términos.

Algunos se han preguntado si la carta escrita a la iglesia de Gayo, y mencionada 3ª Juan 9, era la epístola a la señora elegida (2ª Juan.) Es la opinión de Holtzmann, Weiss, Zahn (1), combatida por Luthardt (2) y Harnack (3). Este último objeta a su identificación que la situación de la iglesia no es la misma en ambas cartas: 2ª Juan pone en guardia contra una grave herejía y contra misioneros que la propagan. No se trata de ellos en 3ª Juan, donde el anciano recomienda, sin restricción, acoger a los evangelistas viajeros, y dónde Diotrefes se opone a él, no por enseñanzas divergentes, sino porque desconoce su autoridad y rechaza su ingerencia en el gobierno de la iglesia.

II

EL AUTOR

El estilo, la selección de las palabras, la construcción de las frases, los pensamientos expresados, todo revela el autor de 1ª Juan y del cuarto evangelio. La tradición confirma esta suposición. Ya Clemente de Alejandría cita 1ª Juan como "la carta más grande" de Juan. La obra de Ireneo contiene pasajes de 2ª Juan. El canon de Muratori menciona *las cartas* de Juan. 3ª Juan sólo

(1) *Einleitung*, II, p. 519.
(2) *Die Briefe des Johannes*, comentario de Strack y Zöckler.
(3) *Ueber den dritten Johannesbrief*, 1897 (*Texte und Untersuchungen*. XV, 3), pág. 10. En este escrito, Harnack saca de la resistencia que Diotrefes opone a "el anciano" ingeniosas conclusiones relativas a la formación del episcopado.

es expresamente nombrada por Orígenes, quien alude a las dudas de que las dos epístolas son objeto (Eusebio, *Hist. eccles.*, VI, 25.) Eusebio las coloca entre los escritos disputados (*Hist. eccles.*, III, 24, 25.) Jerónimo explica el origen de esas dudas: el autor no se ha dado el título de apóstol, sino el de "anciano", en griego "presbítero"; por esto muchos veían en él al presbítero Juan, de que habla Papías.

Un corto número de críticos modernos (Erasmo, Credner, Wieseler, Ebrard) han seguido esta opinión de algunos antiguos; no hablamos de los que atribuyen el conjunto de la literatura johánica al presbítero Juan. A los primeros, se puede objetar que 2ª y 3ª Juan se asemejan demasiado por el estilo y los principales caracteres a 1ª Juan para que se las pueda atribuir a otro autor; y que el presbítero Juan, de que habla Papías, no era sin duda más que un presbítero entre muchos, que no tenía por tanto derecho de arrogarse ese título de una manera exclusiva y de presentarse como "el presbítero" por excelencia (1). ¿No es más natural suponer que es el apóstol quien se designa así por humildad (1ª Pedro 5:1), o que había recibido ese sobrenombre en el cual se expresaba el respeto que su avanzada edad inspiraba a las iglesias? (Comp. 2ª Juan 1, 1ª nota.)

Todo en estas dos cortas esquelas muestra la posición excepcional que ocupaba el que las ha escrito. Harnack (2) la caracteriza realzando los rasgos siguientes: "He aquí un hombre que no sólo goza de consideración fuera de su iglesia, sino que está acostumbrado a ejercer la autoridad y a juzgar en última instancia en gran número de iglesias. Se nombra simplemente "el anciano". Morando en Efeso, tiene "hijos" en otras localidades, y dirige a esos adultos como un padre. La prosperidad de las iglesias es su obra, y los advierte diciendo: "Tened cuidado, para que no perdáis el fruto de *nuestro* trabajo" (2ª Juan 8.) Habla con el acento de un hombre que conoce las sendas de "la verdad", y está calificado para decidir si alguien "anda en la verdad" y "tiene el testimonio de la verdad" (3ª Juan 2, 3; 2ª Juan 1-4; 3, 12.) Coloca su propio testimonio al lado del de la verdad, y lo pone por encima de toda discusión con esta declaración llena de convicción: "Tú sabes que nuestro testimonio es verdadero" (3ª Juan

(1) Comp. F. Godet, *Comentario del evangelio de Juan*, 4ª edic., I, p. 320.
(2) *Ueber den dritten Johannesbrief*, p. 16 y 17.

12.) En sus visitas a las iglesias, no aparece solamente como un pastor o un predicador que edifica y trae gozo (2ª Juan 12), sino como un juez que amenaza y castiga, y que pondrá seguramente fin a los desórdenes en la iglesia... (3ª Juan 10.) Este cuadro es idéntico al que algunas cartas de Pablo nos trazan de sus relaciones con las iglesias que él había fundado. Sólo resulta extraño que, en Asia, treinta años después de Pablo, un particular haya conseguido una vez más ocupar una posición semejante".

Esto es "extraño", en efecto, si ese "particular" es, como lo quiere Harnack, ese enigmático presbítero Juan, conocido solamente por un pasaje obscuro de Papías, y cuya existencia misma es puesta en duda, hoy aún, por críticos de tendencias muy diversas [1]. La situación única ocupada por el autor de nuestras cartas nos parece, al contrario, muy natural, si ellas emanan del apóstol Juan. Por otra parte ¿habrían sido conservadas estas cartas, que no encierran ninguna enseñanza importante, y finalmente recibidas en el canon, si una tradición muy segura [2] no las hubiera designado como obra de un apóstol? Su presencia en la colección sagrada viene así a confirmar la opinión de los que admiten el ministerio de Juan, el apóstol, en Asia Menor, y le consideran como el autor de las epístolas y del evangelio que la tradición le atribuye.

(1) Jülicher, *Einleitung*, p. 321 y sig.; p. 339, 340. Zahn, *Einleitung*, II, 205 y sig.; 216.
(2) Comp. Zahn, *Einleitung*, II, p. 453.

SEGUNDA EPISTOLA DE JUAN

A. 1-6. SALUDOS. GOZO DEL ANCIANO RESPECTO DE LOS QUE ANDAN EN LA VERDAD. EXHORTACIÓN AL AMOR FRATERNAL. — 1º *Firma y dirección.* El anciano escribe a una señora elegida y a sus hijos, a quienes ama y quienes son amados de todos los que conocen la verdad, porque permanecen en la eterna verdad. Gracia, misericordia y paz serán con ellos de parte de Dios y de Jesucristo en la verdad y la caridad (1-3). — 2º *El mandamiento del Padre.* El anciano tiene gozo porque los hijos de la señora elegida obedecen al mandamiento del Padre. Le escribe para recordarle ese mandamiento, recibido desde el principio, de que nos amemos mutuamente con ese amor que es la obediencia a los mandamientos de Dios (4-6).

1 El anciano [1] a la señora elegida [2] y a sus hijos, a quienes yo amo en verdad, —y no yo solo sino también todos los que cono-
2 cen la verdad,— por causa de la verdad que permanece en nos-
3 otros, y con nosotros estará por la eternidad [3]: Será con nosotros

1. El apóstol se nombra así, sea por modestia (comp. 1ª Pedro 5:1), sea a causa de su avanzada edad. Quizá las iglesias de Asia, donde vivía entonces, le daban ellas mismas este título por tierno respeto. (Véase la Introd.)

2. *Una señora elegida.* Gr. *Kyría eclecté.* Estas palabras han sido traducidas y explicadas de diversas maneras. 1º Antiguos intérpretes han tomado la segunda por un nombre propio: *la señora Eclecté.* Pero habría que hacer lo mismo en el v. 13, y se tendría entonces dos hermanas del mismo nombre. 2º Muchos traductores han considerado *Kyría* como el nombre de la persona a la cual la epístola es dirigida: *Kyría, la elegida.* El contenido de la carta no es favorable a esta interpretación. 3º La traducción más natural es pues: *señora elegida.* La cuestión que divide ahora a los intérpretes es saber si la *señora elegida* era alguna madre de familia a quien Juan dirige una carta particular, o si ese término se aplica a toda una comunidad. Los *hijos* de la señora serían, en este caso, los miembros de esa iglesia. El apóstol la llamaría *kyría.* porque esta palabra es el femenino de *kyrios,* señor, y porque la Iglesia es la esposa de Cristo. (Juan 3:29; Apoc. 22: 17.) Hemos visto, en la Introducción (pág. 347) las razones por las cuales la voz *señora* nos parece designar una colectividad. No se aplica a la Iglesia en general (comp. v. 13), sino a una iglesia, a la que esta breve carta es dirigida. El calificativo de *elegida* recuerda la obra entera de la gracia de Dios (1ª Pedro 1:2.)

3. El versículo 2 debe ser íntimamente unido a las palabras que preceden, pues las explica: Juan declara de manera tan elevada como delicada que, si tiene por la "señora elegida" y por *sus hijos* un verdadero afecto, es *a causa de la verdad* que

gracia, misericordia, paz de parte de Dios Padre, y de parte de Jesucristo el Hijo del Padre, en verdad y amor [4].

4 He gozado en gran manera de que he hallado de tus hijos andando en verdad, según recibimos mandamiento de parte del Pa-5 dre [5]. Y ahora te ruego, señora, —no como escribiéndote un mandamiento nuevo, sino el que teníamos desde el principio,— que 6 nos amemos unos a otros [6]. Y éste es el amor, que andemos según sus mandamientos; éste es el mandamiento, según oísteis desde el principio, para que andéis en él [7].

B. 7-13. ADVERTENCIA RESPECTO DE LOS FALSOS DOCTORES. CONCLUSIÓN. — 1º *Los errores de los falsos doctores; peligro a que exponen las iglesias.* Lo

los une, y que será entre ellos un vínculo *eterno* de comunión. El *amor* cristiano no podría separarse de la *verdad* cristiana; Juan acerca segunda vez estas dos palabras: *verdad, caridad,* en el v. 3, expresando sus votos por sus amigos.

4. El voto apostólico que abre generalmente las epístolas (comp. 1ª Tim. 1:2), es reemplazado aquí por una afirmación, pues el verbo en futuro (*será* con nosotros) expresa la firme convicción del apóstol. Nuestras versiones borran este matiz. El texto más autorizado tiene: con *nosotros* (*Sin., B, mayúsc.,* vers.) *B, A* no tienen la palabra *Señor,* que *Sin., mayúsc.* tienen delante de *Jesucristo.*

5. *Me he regocijado muchísimo,* en el momento en que lo comprobé; probablemente en alguna visita que el apóstol había hecho a la iglesia o en algún encuentro con aquellos de quienes va a hablar. *He encontrado de tus hijos que andan en la verdad* o *en verdad,* verdaderamente, *según,* etc. Estas palabras son uno de los indicios sobre que se fundan para establecer que el apóstol se dirige a una iglesia, y no a una madre de familia. Sería necesario, se dice, que ésta hubiera tenido numerosos hijos. Por otra parte, si los *hijos* son los miembros de la iglesia, ¿no es extraño que algunos solamente anden en la verdad? En lugar de *regocijarse mucho* de ese hecho, ¿no debiera el apóstol afligirse respecto de los que son infieles? Si se quiere ver en *el mandamiento que hemos recibido del Padre* una prescripción formulada en términos precisos, se puede pensar en el doble mandamiento mencionado en 1ª Juan 3:23; mas esta expresión puede entenderse de todo lo que Dios nos ha revelado en Cristo Jesús como su voluntad.

6. Véase 1ª Juan 2:7, 8, nota; 3:11. Otros ven en las palabras: *que nos amemos,* el contenido del mandamiento. Sería necesario traducir entonces: "Te dirijo una demanda; no te escribo un mandamiento nuevo, es el que hemos tenido desde el principio: que nos amemos unos a otros."

7. Gr. *Que andéis en él,* lo cumpláis. Muchos intérpretes refieren este pronombre no a *mandamiento,* sino a *amor.* Los falsos doctores (v. 7) venían a las iglesias con la pretensión de traer alguna doctrina nueva, lo que siempre tiene mucha atracción para una curiosidad carnal. Juan, al contrario, declara que se queda con el *mandamiento* del amor que resume todo el mensaje evangélico tal cual ha sido presentado a sus lectores *desde el principio* (1ª Juan 2:24; 3:11); pues el que ama, guarda los mandamientos de Dios, es decir anda en plena armonía con su voluntad (1ª Juan 5:3; Juan 14:21.)

que hace necesario obedecer el mandamiento del Padre, es la aparición de muchos engañadores que no confiesan a Jesucristo venido en carne. Que los destinatarios tengan cuidado de sí mismos, para que el anciano no pierda el fruto de su propio trabajo y para que tegan la recompensa de su fidelidad (7, 8). — 2º *No recibir a los que no traen la verdadera doctrina.* Todo el que no conserva la doctrina del Cristo es extraño a Dios. Al que viene a vosotros sin esta doctrina, no le recibáis en vuestra morada. Saludarle sería compartir el mal que hace (9-11). — 3º *El anciano expresa la esperanza de visitar pronto aquellos a quienes escribe.* Tendría mucho que decirles; no quiere escribírselo. Espera ir a verlos próximamente. Los hijos de su hermana, la elegida, les saludan (12, 13).

7 Porque muchos engañadores han salido al mundo, los que no confiesan a Jesucristo viniendo en carne; éste es el engañador 8 y el anticristo [8]. Cuidad de vosotros mismos, para que no perdáis 9 lo que hemos obrado, sino que plena recompensa recibáis [9]. Todo el que va más allá y que no permanece en la doctrina del Cristo, no tiene a Dios; el que permanece en la doctrina, éste tanto al 10 Padre como al Hijo tiene [10]. Si alguien viene a vosotros y esta doctrina no trae, no le recibáis en casa, y no le digáis: ¡Salud! 11 porque el que le dice ¡Salud! participa de sus malas obras [11].

8. Gr. *Han salido* al mundo, *salido* de su casa para derramarse, ir aquí y allá (Mat. 22:10.) Véase 1ª Juan 2:18, 22, 23; 4:1-3, notas. Esto es lo que hace tan necesaria (*porque*) la obediencia al mandamiento del amor.

9. El texto recibido (*mayúsc.*) tiene: para que no *perdamos* el fruto de *nuestro* trabajo, sino que *recibamos* plena recompensa, refiriéndose así todo a Juan, a los apóstoles. El *fruto* de su *trabajo,* su *recompensa,* son las almas llevadas al Salvador. *Sin., A,* tienen en todo la segunda persona: para que no *perdáis* el fruto de *vuestro* trabajo", etc., refiriendo todo el pensamiento a los lectores de la epístola. Por último, en el texto de *B,* que adoptamos con la mayor parte de los editores, el apóstol, aunque haciendo pesar la responsabilidad de una recaída sobre los lectores, expresa el temor de que pierdan el fruto de *su* trabajo (*de él*), las gracias que podrían recoger, la salvación eterna de su alma.

10. Expresión enérgica del principio ya profesado por el apóstol (1ª Juan 2:23.) La *doctrina del Cristo* no es pues la enseñanza de Jesucristo, sino la doctrina relativa a Jesucristo, su persona y su obra. El texto recibido tiene en el principio del versículo: "Todo el que *transgriede* y no permanece en la doctrina." Juan ha escrito (*Sin., B, A*): *todo el que va más lejos,* más allá, fuera de la *doctrina del Cristo,* del simple evangelio, imaginándose que lo ha *sobrepasado* por sus especulaciones, ése *no tiene a Dios;* mientras que el que *permanece* en la doctrina, *tiene al Padre,* porque *tiene al Hijo.*

11. Se trata, no de un cristiano sincero, que conserva aún errores, siso de un falso doctor que viaja para propagar sus ideas perniciosas, como resulta de las palabras: si *viene a vosotros y no trae.* El apóstol tiene en vista uno de esos seductores que "han salido al mundo" (v. 7), y lo recorren para distribuir de lugar en

12 Teniendo muchas cosas que escribiros, no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, sino que espero ir a vosotros y hablar 13 boca a boca, para que nuestro gozo sea cumplido [12]. Te saludan los hijos de tu hermana, la elegida [13].

lugar sus negaciones relativas a la doctrina fundamental de la persona de Cristo (v. 9.) *Recibir* tal hombre *en su casa*, dirigirle este hermoso saludo: (gr.) *¡Alégrate!* que, para cristianos, era el voto de todo lo más sublime en la gracia, hubiera sido un acto de hipocresía. Hubiera sido *participar de sus malas obras*, confirmarle en sus ilusiones, dar ánimos a los que le dan su confianza, favorecer la propagación de sus errores. Este precepto del apóstol está en plena armonía con otras enseñanzas de la escritura (1ª Cor. 5:11; 16:22; Gál. 1:8; Fil. 3:2), y debe hallar en todos los tiempos su aplicación, según las circunstancias, y sin herir jamás la caridad

12 *Nuestro* gozo (*Sin. mayúsc.*); *B, A* tienen: *vuestro* gozo. "Ejemplo de prudencia pastoral. Estos consejos generales pueden ser siempre confiados a una carta; los particulares se dan mejor de viva voz. Por la palabra viva estableció Dios el evangelio, por ella aplica ordinariamente sus verdades a las almas, y las llena de consuelo, de fervor y de gozo." *Quesnel.*

13. Si se admite que la carta es dirigida a una señora, hay que suponer que ésta tenía una *hermana* a quien Juan podía dar como a ella el título de *elegida* (v. 1); y además, que esta hermana estaba ausente o muerta, puesto que son *sus hijos*, y no ella misma, quienes *saludan*. Esta salutación se explica mejor si se ve en la expresión: *los hijos de tu hermana, la elegida*, una perífrasis para designar los miembros de la iglesia donde se encontraba Juan cuando escribía. Por esto, este v. 13 es el principal argumento de los que estiman que nuestra epístola es dirigida **a** una iglesia.

TERCERA EPISTOLA DE JUAN

A. 1-8. VOTOS DEL ANCIANO POR GAYO. APRUEBA SU CONDUCTA PARA CON LOS HERMANOS EXTRANJEROS. — 1º *El anciano expresa a Gayo sus votos y el gozo que le causa su buena conducta.* El anciano escribe a Gayo, su amado, y le desea que prospere en todas las cosas como su alma prospera. Se ha gozado mucho cuando algunos hermanos han ido a atestar que Gayo vivía como verdadero cristiano. El anciano no tiene gozo mayor que el saber eso de sus hijos (1-4). — 2º *El anciano alaba a Gayo por haber practicado la hospitalidad.* Gayo ha obrado fielmente para con sus hermanos extranjeros. Estos le han dado testimonio ante la iglesia. Hará bien en proveer aun a sus gastos de viaje, pues predican al Cristo y no aceptan nada de los gentiles. Es nuestro deber acogerlos; así trabajamos con ellos por la verdad (5-8).

1 El anciano [1] a Gayo [2] el amado, a quien yo amo en ver- 2 dad [3]. Amado, deseo que en todas las cosas prosperes y estés sano, 3 como prospera tu alma. Porque he gozado en gran manera al venir hermanos y dar testimonio a tu verdad, según andas tú en 4 verdad [4]. Más grande que esto no tengo gozo, que oiga que mis hijos andan en la verdad.

1. Véase 2ª Juan 1, nota.

2. La historia evangélica menciona diversos discípulos de este nombre: uno de Corinto (Rom. 16:23; 1ª Cor. 1:14); otro de Macedonia (Act. 19:29) un tercero de Derbe. (Act. 20:4.) *Gayo* gozaba del afecto particular de Juan, quien le prodiga las expresiones de su aprobación y de su confianza. Tenía probablemente una casa bastante grande para ejercer ampliamente la hospitalidad (v. 5 y sig.)

3. Véase 2ª Juan 2, nota.

4. El *porque* (omitido por *Sin.* solo) introduce el motivo que el apóstol tiene de creer en el estado próspero del alma de Gayo. Gr. *He gozado muchísimo de los hermanos viniendo y dando testimonio a la verdad de ti.* Algunos intérpretes concluyen de esos participios presentes que esos hermanos no han venido una vez solamente, sino en diversas ocasiones. Las palabras: (gr.) *de la verdad de ti*, son explicadas de diversas maneras. Los antiguos exégetas entendían por *la verdad* el evangelio, la verdadera doctrina, y parafraseaban: tu fidelidad, tu apego a la verdad, el hecho de que tú conoces y posees la verdad. La mayor parte de los modernos estiman que *dando testimonio a tu verdad* significa: atestan que tienes una verdadera vida cristiana. El apóstol mismo explicaría lo que entiende por *tu verdad* al agregar: *según andas en la verdad.* Por último, Weiss supone que Gayo había sido calumniado ante el apóstol. Los

5 Amado, fielmente haces cualquiera cosa que obras para los
6 hermanos, y esto para extranjeros, los que han dado testimonio a tu amor en presencia de la iglesia; a quienes bien harás en
7 proveer para el viaje como es digno de Dios; porque por el Nom-
8 bre partieron, nada tomando de los gentiles. Nosotros pues debemos acoger a los tales, para que nos hagamos colaboradores por la verdad [5].

B. 9-15. DIOTREFES CENSURADO. DEMETRIO APROBADO. CONCLUSIÓN. — 1º *Diotrefes resiste al anciano y no recibe a los hermanos extranjeros.* El anciano ha escrito a la iglesia; pero Diotrefes, celoso de sus prerrogativas, no acoge sus misivas. Si el anciano va, le reprenderá por sus malos chismes y porque no recibe a los hermanos e impide a los miembros de su iglesia recibirlos (9, 10). — 2º *Seguir los buenos ejemplos. Demetrio alabado.* El anciano invita a Gayo a imitar el bien, no el mal; el que hace el bien es de Dios. Demetrio recibe un buen testimonio de todos, de la verdad misma, y por último del anciano (11, 12). — 3º *El anciano espera ver pronto a Gayo.*

hermanos que vienen, declara Juan a su amigo, dan *testimonio a la verdad en lo que te concierne,* es decir atestan respecto de ti el verdadero estado de cosas (comp. Juan 5:33 para este sentido de la palabra *verdad*), *según tú andas,* te conduces, *verdaderamente.* El griego dice: *en verdad,* y no en *la* verdad. Sin embargo 2ª Juan 4 prueba que esta locución, aun sin artículo, significa "andar en la verdad", vivir una vida donde la verdad cristiana se manifiesta plenamente. Y tal debe ser también el sentido de la palabra *verdad* en la expresión: *dan testimonio de tu verdad.* (Harnack.)

5. Esos *hermanos,* que eran *extranjeros,* lo realza Juan expresamente (gr. *y esto* extranjeros, según *Sin., B, A, C;* el texto recibido tiene: para los hermanos *y para los* extranjeros), es decir miembros de iglesias establecidas en otras regiones, viajaban en calidad de misioneros o de evangelistas viandantes. Es probable que, como Pablo, se alimentaban con el trabajo de sus manos. Pero como daban de su tiempo al Señor para la predicación del evangelio, era natural que los cristianos que, como Gayo, tenían medios, *proveyesen* a sus *gastos de viaje de una manera digna de Dios,* es decir de conformidad al amor que Dios inspira para con hermanos y por los intereses de su reino. (Comp. Tito 3:13.) El motivo que el apóstol invoca en apoyo de su recomendación (*porque,* v. 7) es que esos misioneros (gr.) *han salido* (comp. 1ª Juan 4:1), partido en misión, *por el nombre de Jesús. De Jesús* no se encuentra en el texto, pero está sobrentendido, como en Actos 5:41. Otros piensan que el complemento sobrentendido es *Dios* (v. 6); traducen: *por su nombre.* El objeto de esos predicadores es el de hacer conocer el nombre del Salvador, trabajar en su reino y para su gloria. Y en su misión *no aceptan nada* de los paganos a los cuales anuncian el evangelio (Mat. 10:8.) A nosotros *pues* toca recibir tales hombres, agrega el apóstol; por esta buena obra, *llegamos a ser cooperadores* con ellos *por la verdad.* Otros traducen con menor verosimilitud: *cooperadores de la verdad.*

Tendría aún muchas cosas que decirle; no quiere escribírselas. Espera verlo próximamente. Le desea la paz, le trasmite los saludos de los amigos y le ruega que salude a los amigos por nombre (13-15).

9 He escrito algo a la iglesia [6]; pero el que ama ser el primero
10 entre ellos, Diotrefes, no nos admite [7]. Por esto, si fuere, haré recordar sus obras [8] que hace parlando contra nosotros con palabras malas; y no estando contento con esas cosas ni él mismo acoge a los hermanos, y a los que quieren esto impide y expulsa de la iglesia [9].
11 Amado, no imites el mal sino el bien. El que hace bien es de
12 Dios; el que hace mal no ha visto a Dios [10]. A Demetrio se da buen testimonio por todos y por la verdad misma; también nosotros, digo, damos testimonio, y sabes que el testimonio nuestro es verdadero [11].

6. *La iglesia* es aquella de que Gayo formaba parte. Una variante (*minúsc.,* Vulgata) tiene: "*Habría* escrito a la iglesia, pero..." Se ha supuesto que se trataba de nuestra segunda epístola canónica. (Comp. Introd., pág. 347. El contexto (v. 5-8, 10) indica más bien que se trata de una carta destinada a recomendar los predicadores viandantes.

7. Este *Diotrefes* parece haber estado investido de un cargo en la iglesia. Rehusaba sin duda comunicar a la iglesia las cartas del apóstol. Este informa a Gayo del envío de la carta. Se puede creer que Diotrefes, no solamente rechazaba a los misioneros recomendados por Juan (v. 10), sino que se levantaba contra la autoridad del apóstol. Juan pinta en una sola palabra los móviles secretos de Diotrefes, que son los de todos los jefes de partido, de todos los fundadores de sectas: "*Ama ser el primero*". El orgullo, una vanidosa ambición, he ahí el sentimiento que causa la mayor parte de las divisiones en la iglesia.

8. Gr. *Haré recordar sus obras,* sin régimen directo; la mayor parte sobrentienden a Diotrefes, otros a la iglesia. ¡Cuán moderada es esta amenaza y mansa en su expresión! La autoridad apostólica fué siempre una autoridad enteramente moral, la autoridad de la verdad sola.

9. Diotrefes excomulgaba los miembros de la iglesia dispuestos a recibir a los hermanos viajeros. Las relaciones de Gayo con la iglesia debían estar tirantes, puesto que una vez ya (v. 5, 6) había ofrecido hospitalidad a esos hermanos.

10. Comp. 1ª Juan 3:8. *No imites el mal.* Esta exhortación se refiere ante todo a Diotrefes y a su conducta; pero su alcance es más general: se aplica a toda la vida moral de Gayo.

11. Comp. Juan 19:35; 21:24. *Demetrio* no era el portador de esta carta, ni uno de los evangelistas viajeros, pues éstos eran conocidos de Gayo, que los había recibido ya con benevolencia. Las instantes recomendaciones dadas a Demetrio parecen indicar que era sospechoso a Gayo. Era pues probablemente un miembro de la iglesia de Gayo, que no había roto abiertamente con Diotrefes y su partido. Weiss supone que Juan había dirigido a Demetrio la carta mencionada en el v. 9. El *testimonio de la*

13 Muchas cosas tenía que escribirte, pero no quiero escribirte
14 por medio de tinta y pluma; mas espero pronto verte, y boca a
15 boca hablaremos [12]. ¡Paz a ti! Te saludan los amigos. Saluda a
los amigos, nombre por nombre [13].

verdad, que él *tiene*, es diferente del que *todos* le dan, y aun del de Juan; es el testimonio irrecusable que la verdad divina, es decir la santidad, se da a sí misma en la vida de un hombre, y de que todos los que se le allegan tienen pronto conciencia. Este testimonio es más seguro que el de *todos*, pues es el testimonio inmediato de Dios en un hombre penetrado de su Espíritu. Por último, a este doble testimonio, el apóstol añade el suyo propio. Por este *nosotros* designa solo a sí mismo. (Harnack.) No comprende en este plural a los que conocían a Demetrio, puesto que agrega: *Tú sabes que nuestro testimonio es verdadero.* Lo opone por otra parte al testimonio de *todos*.

12. 2ª Juan 12, nota.

13. Gr. *nombre por nombre.* Juan quiere que cada uno de sus *amigos* reciba un testimonio *personal* de su recuerdo y de su afecto.

EPISTOLA DE JUDAS

INTRODUCCION

I

EL AUTOR Y LOS DESTINATARIOS DE LA EPISTOLA

El autor se nombra "Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Jacobo". No se da la calidad de apóstol; se distingue expresamente de los doce cuando recuerda a sus lectores las predicciones que les habían hecho "los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo" (v. 17.)

Se presenta como "hermano de Jacobo". Este Jacobo debía gozar de una consideración particular en las iglesias a las cuales es dirigida la epístola. No puede ser otro que Jacobo, "el hermano del Señor", el jefe de la Iglesia de Jerusalén, el autor presunto de la epístola que nos es conservada bajo su nombre. (Véase antes, pág. 155-157). Judas era pues un hermano menor de Jesús. Si no se vale de este parentesco, sino que se designa simplemente como "servidor de Jesucristo", es por un sentimiento de modestia al cual obedece también Jacobo (Jac. 1:1.) Fué uno de esos "hermanos del Señor", de que Pablo nos hace saber (1ª Cor. 9:5) que viajaban con su esposa para predicar por todas partes el evangelio. Es nombrado el último o el penúltimo de los hermanos de Jesús (Mat. 13:55; Mar. 6:3); se infiere de ello que era uno de los más jóvenes. Quizá sobrevivió a Jacobo y no escribió esta epístola hasta después de la muerte de su hermano mayor. Hegesipo cuenta (según Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 19, 20) que los nietos de Judas fueron citados a comparecer ante Domiciano (por el año 95) como descendientes de David. El emperador, habiendo comprobado que eran simples labradores, que no podían causar desconfianza, los dejó libres. Tuvieron una influencia preponderante en la Iglesia de Palestina y vivieron en paz hasta el reinado de Trajano.

Los destinatarios de la carta no son nombrados. No se podría admitir sin embargo que sea dirigida a la Iglesia en su con-

junto (1), pues las circunstancias particulares en que se encuentran los destinatarios, a consecuencia de la invasión de los falsos doctores (v. 3 y 4), muestran que pertenecían a comunidades bien determinadas. Es uno inducido a buscar éstas en las mismas regiones que las iglesias a las cuales parece haber sido dirigida la epístola de Jacobo, es decir en la Siria meridional. Debían pertenecer, en efecto, a una región en la cual Jacobo fuera conocido y venerado; si no, la calidad de "hermano de Jacobo" no habría sido una recomendación para Judas. Ahora bien: es dudoso que la influencia del jefe de la iglesia de Jerusalén se haya extendido hasta Asia Menor (2). Otros colocan los destinatarios en Palestina (3). Se podría inferir de los v. 17 y 18 que habían recibido la enseñanza oral de la mayor parte de los "apóstoles de nuestro Señor Jesucristo". Pero no podríamos ver en ellos judeo-cristianos (4), pues los desórdenes causados por los libertinos (v. 12) y sus tendencias antinomianas se explican mejor en iglesias de origen pagano.

II

OBJETO DE LA CARTA. CARACTERES DE LOS FALSOS DOCTORES QUE COMBATE. SU FECHA

El autor estaba ocupado en la composición de una obra "relativa a nuestra común salvación", cuando se enteró, o reflexionó, de que era más urgente escribir a sus hermanos para "exhortarlos a combatir por la fe que fué trasmitida una vez por todas a los santos" (v. 3.) Este buen combate debía ser dirigido contra adversarios que añadían a enseñanzas peligrosas (v. 8, 10, 18), una conducta inmoral (5). Sus errores no estaban aún agrupados en un sistema. Abusaban principalmente de la doctrina de la gracia para entregarse al pecado. (Rom. 6:1, 15; 1ª Pedro 4:1-4.) Pertenecían todavía externamente a la iglesia y tomaban parte en sus ágapes (v. 12); pero constituían en su seno un partido aparte; y Judas, basándose en la distinción que hacía

(1) Holtzmann la llama "una carta circular dirigida a toda la cristiandad". (*Einleitung*, p. 327.)
(2) Kühl, Introducción al *Comentario*, p. 293. Wandel, *Der Brief des Judas*, 1898, p. 3.
(3) Wiesinger, Keil.
(4) Como lo quiere Spitta, *Der zweite Brief des Petrus u. der Brief des Judas*, p. 487.
(5) Véase su descripción muy desarrollada en Zahn, *Einleitung*, II, p. 76-80.

Pablo (1ª Cor. 2:14), los trata de hombres "psíquicos", extraños al Espíritu de Dios (v. 19.) En suma, su aparición debía ser semejante a la de los "Nicolaítas", que el Apocalipsis (2:14, 15, 20, 24) nos muestra en acción en las iglesias de Asia Menor. No habría que inferir sin embargo de este acercamiento que nuestra epístola haya sido dirigida a esas Iglesias (1), ni que haya sido compuesta en Asia Menor, adonde Judas habría ido después de la ruina de Jerusalén (2). Los abusos de la doctrina pauliniana, que se produjeron en las iglesias de Asia Menor, pueden haberse producido igualmente en las de Siria.

En cuanto a la fecha de nuestra epístola, no es posible fijarla de manera cierta. Su estilo conciso, enérgico, original parece indicar una época antigua. Por otra parte, la "fe" concebida como una doctrina "trasmitida una vez por todas" (v. 3), la mención de lo que "los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo" decían en otro tiempo a los destinatarios de la epístola (v. 17), nos transportan a un tiempo posterior, en que esos testigos del Maestro habían desaparecido. No podríamos sin embargo dar a esos indicios un valor decisivo (3). En cuanto al segundo pasaje alegado (v. 17 y 18), resulta de él que los lectores en su mayor parte, habían oído la predicación de los apóstoles o por lo menos recibido un mensaje que les era dirigido personalmente por éstos. Se puede inferir de ello que la epístola ha sido escrita entre los años 65 y 80. Nos inclinaríamos más bien a esta última fecha. El silencio que el autor guarda sobre la ruina de Jerusalén no es una objeción, pues ésta no era, como los ejemplos invocados (v. 5-7), el castigo de pecados especiales y en particular de la impureza (4).

III

AUTENTICIDAD DE LA EPISTOLA

Las vacilaciones de los Padres de la Iglesia respecto de nuestra epístola provienen de que no querían admitir en el canon más que escritos de apóstoles. El uso que de ella hace el autor de

(1) B. Weiss, *Einleitung*, p. 397.
(2) Gess, *Christi Person und Werk*, II, 2, p. 506.
(3) Véase Kühl, Introd. al *Comentario*, p. 295.
(4) Kühl, *o. c.*, p. 296. Zahn encuentra una alusión a la ruina de Jerusalén en el pasaje obscuro del v. 5: "Destruyó *segunda vez* a los que no creyeron." *Einleitung*, II, p. 83.

2ª Pedro es la huella más antigua que tenemos de su existencia. El canon de Muratori la contiene, pero no se encuentra en la versión siríaca, la Peschito, probablemente porque no parecía apropiada a la lectura pública. Tertuliano la menciona; Clemente de Alejandría la comentó, pero no se sabe si la atribuía a un apóstol. Orígenes, aunque nombrándola con elogios, hace algunas reservas. Eusebio la coloca en el número de los escritos disputados. Jerónimo dice que es "rechazada por la mayor parte", porque el libro de Henoc es citado en ella.

Por esta misma razón Lutero pronunció sobre ella un juicio desfavorable. Schleiermacher, Neander, Reuss (1), Sabatier (2) la atribuyen a una época más reciente que el siglo apostólico y ven en ella un pseudo epígrafo. Es también la opinión de Holtzmann (3) y de Jülicher (4). Mas Jülicher expresa, con razón, su extrañeza de que un escritor del segundo siglo haya tomado el nombre de Judas, que no había desempeñado papel alguno en el tiempo de los apóstoles. Esta consideración, unida a la observación de que no hay en el autor ninguna tentativa de atribuirse una autoridad especial, es una fuerte presunción en favor de la autenticidad (5). Esta resulta también del carácter original del escrito. La citas de libros apócrifos no son un obstáculo, pues un hombre del siglo apostólico podía tener en grande veneración el libro de Henoc. "No se podría pretender que sea inadmisible, concluye von Soden (6), que un hermano más joven del Señor, después de haber sido conducido por sus viajes misioneros a círculos pagano-cristianos (1ª Cor. 9:5), haya escrito para ellos esta carta por los años de 80 ó 90."

---

(1) *La Biblia*, XII, p. 213.

(2) *Enciclopedia*, VII, p. 478.

(3) *Einleitung*, p. 328.

(4) *Einleitung*, p. 181.

(5) Harnack (*Chronologie*, p. 468), reconociendo este hecho, supone que el autor se llamaba efectivamente Judas. Escribió su carta entre 100 y 130 y la firmó con su nombre. Entre 150 y 180, un interpolador habría añadido al nombre de Judas las palabras: "Siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo".

(6) *Hand-Commentar*, III, 2, p. 204.

EPISTOLA DE JUDAS

A. 1-7. SALUTACION. OCASION DE LA CARTA: APARICION DE FALSOS DOCTORES. SU CASTIGO CIERTO. — 1º *Firma.* Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo, escribe a los llamados, que son amados en Dios y guardados para Jesucristo, y les desea misericordia, paz y amor en abundancia (1, 2). — 2º *Objeto de la carta: poner en guardia contra los falsos doctores.* Judas estaba ocupado en escribir a sus hermanos respecto de su salvación cuando el deber imperioso se presentó a él de exhortarles a luchar por la fe que fué trasmitida a los fieles, pues personajes impíos, cuya condenación está escrita anticipadamente, se han deslizado entre vosotros; hacen de la gracia de Dios una ocasión de desórdenes y niegan a Jesucristo (3, 4). — 3º *Ejemplos históricos destinados a mostrar el castigo reservado a los que ellos podrían engañar y que espera a ellos mismos.* El Señor, después de haber librado a Israel de Egipto, hizo perecer a los incrédulos. Tiene en reserva en las tinieblas, para el juicio final, a los ángeles que abandonaron su rango y su morada. Sodoma y Gomorra se atrajeron, por sus infamias, la pena del fuego eterno (5-7).

1 Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo 1, a los lla-
2 mados, en Dios Padre amados y guardados para Jesucristo 2: ¡misericordia a vosotros y paz y amor sean multiplicados 3!

1. El hermoso título de *siervo de Jesucristo* es tomado aquí no en su sentido general en que caracteriza la relación de todo discípulo con el Maestro, sino en la acepción especial en que designa un ministro encargado de hacer oir a sus hermanos el mensaje evangélico. Por esto es enunciado antes de toda otra calificación (Comp. Jac. 1:1; Rom. 1:1.) Luego, para hacerse conocer a sus lectores e inspirarles confianza en su misión, Judas se presenta a ellos como *hermano de Jacobo*, lo que era una recomendación para él, a causa de la alta consideración de que este último gozaba entre los judíos y entre los cristianos. (Véase la Introd. a la epístola de Jacobo.)

2. Judas escribe a hombres que han sido *llamados* con vocación divina y eficaz (Rom. 1:1, nota; Gál. 1:15); son entonces *amados en Dios*, es decir que Dios es el vínculo que los une entre sí y con el que les escribe (Rom. 16:8.) Algunos intérpretes piensan que esta mención de los sentimientos fraternales no sería natural en nuestro contexto, y que la proposición paralela: *guardados para Jesucristo* obliga a entender esta expresión del amor divino. Traducen, suponiendo un hebraísmo: *amados de Dios.* Westcott y Hort conjeturan un error del texto que habría tenido primitivamente: amados *de* Dios y guardados *en* Jesucristo. El texto recibido, con algunas *mayúsc.*, tiene

3 Amados, poniendo toda diligencia en escribiros sobre nuestra común salvación, he tenido necesidad de escribiros exhortándoos a contender por la fe que una vez por todas fué trasmitida a los 4 santos [4]. Porque se han deslizado furtivamente ciertos hombres, los que hace mucho están inscriptos de antemano para este juicio [5]: impíos, cambiando la gracia de nuestro Dios en lascivia [6] y negando al solo Dueño y Señor nuestro Jesucristo [7].

santificados. Judas, queriendo dar a sus lectores todo motivo de tener confianza, les recuerda además que están *guardados para Jesucristo;* que no han vuelto atrás como otros, sino que han permanecido fieles discípulos del Salvador y serán conservados tales para su reino y su gloria. (Comp. 1ª Pedro 1:5; Juan 17:11.)

3. 1ª Tim. 1:2; 2ª Tim. 1:2; Tito 1:4. La *misericordia* de Dios, la piedad que le inspira el hombre pecador, le impele a darle la *paz* por la reconciliación con él; y gracias a ella también el hombre es objeto del *amor* de Dios. Se ha propuesto también ver en la *misericordia,* la compasión con que Cristo acogerá a los que hayan sido guardados para él. (Comp. v. 21.) Otros por último refieren las dos últimas expresiones a los sentimientos que el hombre experimenta: la *paz* que llena su corazón cuando sus pecados son perdonados; el *amor* que siente por sus hermanos y por Dios. Mas la primera interpretación conviene mejor al voto formulado por Judas: *os sean multiplicados.*

4. Judas, ya ocupado con *solicitud* en escribir a esos mismos cristianos sobre el asunto general de la *salvación* que es *común* a él y a sus lectores y que es el vínculo de sus almas, se encontró en la imperiosa *necesidad* cuando se enteró de lo que indica en el v. 4, de *exhortarlos a contender por la fe;* y entonces, según unos, habría tratado, bajo este punto de vista especial, el asunto de la salvación; según otros, habría abandonado la carta empezada para escribir ésta. Otros intérpretes piensan que Judas dice solamente: "Tenía empeño en escribiros", y que aún no había empezado a ejecutar su proyecto. Sea lo que fuere, se trata ahora para él de *exhortar* a sus hermanos *a combatir,* a luchar por su *fe,* esta fe que fué *trasmitida una sola vez a los santos* por la predicación del evangelio, y que no lo será una segunda vez, si les acontece de dejársela arrebatar por los engañadores (v. 5, nota).

5. *Entre vosotros* no está en el texto, pero se entiende que es entre los cristianos, en las iglesias, donde esos hombres se han *deslizado,* introducido *secretamente* (Gál. 2:4). El autor enuncia el *juicio* para el cual *están desde antiguo inscriptos de antemano,* y al cual no escaparán. Calvino entiende por ello su reprobación en el consejo eterno de Dios, que es figurado como un libro (Act. 1:16); von Soden piensa que los reprobados están *inscriptos* en el infierno como los elegidos lo están en los cielos. (Hebr. 12:23.) Es más probable que Judas vea ese juicio *escrito anticipadamente* en los ejemplos de condenación que va a citar (v. 5 y sig.) Otros intérpretes (Spitta, Kühl), en lugar de tomar el vocablo *juicio* en el sentido de condenación, le dan el de apreciación, y lo aplican a la descripción que Judas hace de los falsos doctores en las últimas palabras del v. 4: *impíos...* Mas esta descripción no es precisamente una sentencia, y, en 2ª Pedro 2:3, el vocablo *juicio* tiene realmente el sentido de condenación, castigo.

6. Abusando de la libertad cristiana para vivir según sus concupiscencias, diciendo: "Pequemos, a fin de que la gracia abunde". (Rom. 6:1; Gál. 5:13; 1ª Pedro 2:16.)

7. Según *Sin., B, A, C.* El texto recibido (*mayúsc.*) tiene: "que niegan *a Dios,* nuestro único Dueño, y a Jesucristo nuestro Señor". Algunos intérpretes refieren *nuestro único Dueño* a Dios; pero la ausencia de artículo delante de *Señor* muestra que los dos títulos de *Dueño* y *Señor* se aplican a Jesucristo.

5 Ahora bien: haceros recordar quiero, a vosotros que conocéis todas las cosas una vez por todas [8], que el Señor habiendo salvado un pueblo de la tierra de Egipto, la segunda vez a los que 6 no creyeron destruyó [9]; y ángeles que no guardaron su propio principado [10] sino que abandonaron la propia morada, para juicio del gran día ha reservado en eternas prisiones bajo obscuri- 7 dad [11]; como Sodoma y Gomorra y las ciudades a su derredor, de la misma manera que ésos, habiéndose entregado a la fornicación e ídose tras carne extraña, se presentan como ejemplo, sufriendo la pena de un fuego eterno [12].

8. Gr., según *Sin., B, A*: "Quiero recordaros, a vosotros, *sabiendo todo una vez por todas*". Es decir: aunque conozcáis todas las cosas relativas a la salvación. *Una vez,* como en el v. 3, se dice de una cosa conocida, bien establecida y determinada. El texto recibido reemplaza: *todas las cosas* por *esto.* Los apóstoles no temen *recordar* sin cesar lo que es conocido, porque saben que entre el conocimiento y la práctica hay un abismo.

9. *Su pueblo,* gr. *un pueblo.* Algunos intérpretes piensan que el autor ha omitido el artículo para expresar la idea de que Dios había salvado un pueblo entero, al cual son opuestos *los que no creyeron.* Mas, de hecho, estos últimos constituyeron la casi totalidad de los israelitas condenados a causa de su incredulidad a morir en el desierto (Núm. 14:11-35; 26:65; Hebr. 3:17.) Estaban ya *salvados,* y sin embargo Dios los hizo perecer *la segunda vez;* fué el segundo acto de la intervención divina. Otros explican esta expresión suponiendo una elipse: *la segunda vez* en que una liberación semejante les habría sido necesaria, los hizo perecer. Allí está la fuerza de la advertencia para los cristianos expuestos a la influencia de los engañadores (1ª Cor. 10:1-13.) *B, A, minúsc.,* vers. tienen *Jesús,* en lugar de *el Señor.*

10. Comp. 2ª Pedro 2:4; Gén. 6:1. Otros traducen: su *origen.* La palabra tiene ambos sentidos. Designa, en plural, las *potencias* celestiales (Efes. 1:21, etc.).

11. Su *propia* morada, su morada apropiada, natural, era el cielo. *Los tiene en reserva* (gr.), los *ha guardado* y los *guarda* (perfecto), *en la obscuridad,* (gr.) *bajo* la obscuridad, cubiertos por ella, *con* o *en prisiones eternas* o, según otra etimología, en *prisiones del Hades,* de la mansión de los muertos. Comp. Henoc. 10:4-12. En todos los seres responsables, el pecado es inevitablemente seguido de la ruina.

12. 2ª Pedro 2:6; Gén. 19:24,25. Judas ve en el *fuego* que devoró a Sodoma una figura del *fuego eterno* de la gehena. Se dice aquí de Sodoma y Gomorra, y de otras ciudades, que habían (gr.) *cometido fornicación e ídose en pos de carne extraña, del mismo modo que ésos.* Por "esos" no puede Judas designar sino a los ángeles de que acaba de hablar (v.

B. 8-19. DESCRIPCION DE LOS IMPOSTORES. — 1º *Sus extravíos y sus blasfemias.* Se entregan a las impurezas de la carne e injurian las "glorias", mientras que el arcángel Miguel se abstiene de pronunciar sentencia contra el diablo. Mas ellos injurian lo que no conocen. Siguen las huellas de Caín, de Balaam, de Coré (8-11). — 2º *El mal que hacen a la iglesia.* Transforman los ágapes en orgías. Causan decepciones, como nubes que no derraman lluvia, y árboles sin fruto; son semejantes a olas desencadenadas, a astros errantes. Las tinieblas les están reservadas por la eternidad (12, 13). — 3º *Su juicio predicho.* El patriarca Henoc profetizó respecto de ellos que el Señor vendría, con las santas miriadas, para reprender a los impíos por sus actos y palabras (14, 15). — 4º *El espíritu que los anima.* Están siempre descontentos; obedecen a sus concupiscencias; hablan con énfasis y adulan a los grandes (16). — 5º *Su aparición anunciada.* Judas recuerda a sus hermanos las advertencias de los apóstoles: ellos les decían que al fin de los tiempos aparecerían escarnecedores, llevados de sus propias pasiones impías; predecían así la venida de esos fautores de divisiones, extraños a la vida del espíritu (17-19).

8 De igual modo, ciertamente, también éstos en sus ensueños contaminan la carne, y el señorío desechan, y a dignidades inju-9 rian [13]. Mas Miguel el arcángel, cuando, disputando con el diablo,

discutía sobre el cuerpo de Moisés, no osó pronunciar juicio in-10 jurioso contra él, sino que dijo: ¡Repréndate el Señor [14]! Mas éstos, cuanto no conocen, cierto, injurian; mas cuanto por naturaleza como las bestias irracionales conocen, en esas cosas son 11 destruídos [15]. ¡Ay de ellos! porque han ido por el camino de

6), como lo reconocen hoy todos los exégetas. No se puede referir ese pronombre a los moradores de Sodoma y Gomorra, porque el autor no tiene interés alguno en expresar la idea de que *las ciudades circunvecinas* habían cometido los mismos pecados que los habitantes de Sodoma y Gomorra; y por otra parte, designa a estas últimas con un pronombre en femenino (gr. las ciudades en derredor *de ellas*). En cuanto a ver en *ésos* los *hombres,* los *impíos* de que habla Judas (v. 4), y a quienes designa luego con el mismo pronombre demostrativo (v. 8, 11, 12, 14; 16, 19), es difícil, porque; en ese caso, el autor, para caracterizar el crimen de las ciudades malditas, aludiría a una sentencia contra los falsos maestros, que sólo en el versículo siguiente formula. Judas ve la caída de los ángeles (v. 6) en el relato que nos muestra "a los hijos de Dios" uniéndose "a las hijas de los hombres". Esta interpretación de Gén. 6:1 y sig. estaba extendida entre los judíos; se encuentra en el libro de Henoc (12:4), que Judas tenía por delante. Su pecado fué de la misma naturaleza que el de los habitantes de Sodoma. Se unieron a las hijas de los hombres, cuya *carne* era *otra, extraña,* de diferente naturaleza que la propia. Los habitantes de Sodoma, igualmente, quisieron unirse con ángeles. La asimilación de ambas especies de excesos era muy lógica.

13. 2ª Pedro 2:10, nota. *Ciertamente*; otros traducen: *sin embargo,* a pesar de la advertencia que les es dada por los ejemplos precitados. Esta partícula es más bien destinada a reforzar la expresión: *de igual modo,* sobre la cual cae el acento. Partículas que la traducción no puede verter, oponen los verbos: *contaminan la carne* por un lado, *desechan* e *injurian* por otro. El primer término toma de nuevo la palabra *lascivia* del v. 4, y describe los extravíos de conducta de los herejes, sobre todo en las relaciones sexuales; los otros dos reproducen la acusación del v. 4: "niegan a nuestro único Dueño y Señor, Jesucristo", y se aplican a sus erradas enseñanzas. La expresión: *menosprecian la autoridad* (gr. *el señorío*), se aplica con la mayor naturalidad a negaciones que afectan al *señorío* divino del *Señor* Jesucristo. La palabra *señorío* se encuentra aplicada a los ángeles, pero empleada entonces en plural (Ef. 1:21; Col. 1:16); y, en este sentido, sería repetición inútil de *las dignidades* (gr. *glorias*) que designan a esa categoría de seres. Los exégetas se dividen sobre la cuestión de saber si las *glorias* son ángeles buenos, que el autor se representaría como rodeando al Señor Jesucristo, o ángeles caídos. Los que sostienen esta última opinión se basan en la comparación establecida en el versículo siguiente entre la conducta de los falsos doctores y la de Miguel respecto de Satanás. El arcángel no se permitió pronunciar una sentencia injuriosa contra el príncipe de las tinieblas; y ellos injurian a los ángeles caídos, probablemente burlándose de su poder, o negando su existencia, cuando se les ponía en guardia contra su seducción. Verdad es que el término: *injuriar* (gr. *blasfemar*) *glorias,* sería extraño para expresar la idea de desafiar su poder o de negar su existencia, y que el contraste entre los v. 8 y 9 es mejor marcado si se ve en las *dignidades* buenos ángeles: blasfeman contra esos ángeles, mientras que ¡Miguel ni aun se permitió pronunciar sentencia injuriosa contra el ángel caído que es Satanás! (Spitta, von Soden). Sin embargo, así comprendido, el pensamiento nos parece muy alambicado. Preferimos ver en las *glorias* ángeles caídos. (Comp. v. 6). Este sentido es el único admisible en el pasaje paralelo, 2ª Pedro 2:10.

14. Esta *disputa de Miguel el arcángel con el diablo, sobre el cuerpo de Moisés,* estaba descrita en un libro apócrifo judío, titulado *Asunción de Moisés,* en el cual, según Orígenes y otros Padres de la Iglesia, Judas tomó este relato. Un fragmento de la Asunción de Moisés ha sido hallado en una vieja traducción latina. No alcanza hasta el relato a que alude Judas. (*Die Pseudepigraphen des Alten Testaments, übersetzt und herausgegeben von E. Kautzsch,* 1900, p. 311 y sig.) La frase atribuida al arcángel se encuentra en Zac. 3:2. Las conjeturas que se han hecho sobre el objeto de esta disputa entre el arcángel y Satanás no son asunto propio de la exégesis. Judas no se detiene en ello. Su propósito es tan sólo citar el ejemplo de un arcángel que *no osó pronunciar* (gr.) *un juicio de blasfemia* contra Satanás mismo, por recordar que todo juicio pertenece a Dios sólo. Si el hecho es legendario, la idea que ilustra es justa. (Comp. v. 14, 15, nota).

15. Comp. 2ª Pedro 2:12. Lo que ellos (gr.) *blasfeman* sin *conocer,* es todo lo que concierne al "señorío" y las "glorias" (v. 8), las cosas espirituales para las cuales no tienen inteligencia (1ª Cor. 2:9-16). Pero hay otras cosas que ellos *conocen* muy bien *por naturaleza,* cosas terrestres y visibles que sus sentidos perciben y que un instinto natural les hace apreciar. Tienen este instinto en común con las *bestias irracio-*

Caín [16], y al error de Balaam por un salario se entregaron [17], y
12 perecieron en la rebelión de Coré [18]! Estos son los que en vuestros ágapes son escollos, cuando hacen festines con vosotros, sin temor apacentándose a sí mismos [19]; nubes sin agua llevadas por los vientos [20]; árboles de fin de otoño, sin fruto, que dos veces
13 han muerto, que han sido desarraigados; olas fieras del mar espumando sus propias infamias, astros errantes, a quienes está
14 reservada la obscuridad de las tinieblas por la eternidad [21]. Mas

nales; pero él los guía con menor seguridad, pues *en esas cosas mismas, se corrompen y se pierden,* descendiendo así realmente por debajo de los brutos.

16. Camino de la envidia y del odio, que les conduce al homicidio espiritual o aun corporal de sus hermanos.

17. Núm. 31:16; 22:5 y sig. 22:23. Se ha traducido también: "por el engaño del salario de Balaam", es decir por un salario engañador como aquel que sedujo a Balaam (2ª Pedro 2:10, nota).

18. *Rebelión,* gr. *contradicción.* Se revuelven, so pretexto de igualdad, contra las instituciones establecidas en la Iglesia y se entrometen, sin derecho alguno, en el sacerdocio espiritual de los cristianos, como Coré se levantó contra Moisés (Núm. 16).

19. Comp. 2ª Pedro 2:13, 1ª nota. Se puede traducir también: "Son éstos los que hacen mancha (gr. son *manchas*) en vuestros ágapes, haciendo festines con vosotros sin temor, hartándose". La palabra que traducimos por *manchas* es tomada por algunos en el sentido de *escollos.* Pero la figura de *escollos* no cuadra mucho con la idea de *ágapes.* Algunas veces esa palabra, así como otra de la misma raíz empleada en 2ª Pedro 2:13, parece tomar el sentido de *manchas.* Es probablemente este sentido el que le ha dado Judas. La palabra *hartándose* es tomada por unos en sentido material: comer bien (1ª Cor. 11:20 y sig.); por otros en sentido figurado: *apacentándose a sí mismos* (gr. Ezeq. 34:2; 1ª Pedro 5:2); señalaría su espíritu insubordinado, sus pensamientos interesados. En el primer sentido, caracterizaría la actitud de los herejes en los ágapes; en el segundo, su conducta en general. [Mantenemos en nuestra versión el sentido de *escollos,* por ser éste el significado de la palabra original. No queda mal tal sentido en el contexto: "Hombres que por su conducta dañan moralmente a otros, los hacen naufragar como diríamos; lo mismo que *skándala*" (Thayer). Su presencia en vuestros ágapes, —como en cualquier sitio a vuestro lado—, es como la presencia de un escollo oculto que puede ser causa de un tropiezo fatal... En cualquier situación, tal prevención es oportuna, dado el modo de ser de tales personajes.]

20. Comp. 2ª Pedro 2:17, nota.

21. Todas estas vivas figuras pintan muy bien a hombres que, bajo hermosas apariencias y seductoras promesas, sólo ocultan su nulidad y sólo reservan a las almas amargas decepciones. La terrible amenaza que termina el v. 13 se encuentra en 2ª Pedro 2:17, directamente aplicada a los falsos maestros; en Judas, la figura de *astros errantes,* que no siguen, como los demás, el curso que Dios les ha asignado, y que después de haber hecho aparecer una tenue claridad falsa, van a apagarse en *eternas tinieblas,* vuelve más impresionante aún ese temible pensamiento.

también para éstos profetizó Henoc, séptimo desde Adán [22], diciendo: "He aquí, ha venido el Señor con sus santas miriadas,
15 para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos sobre todas sus obras de impiedad que han obrado impíamente, y sobre todas las cosas duras que han hablado contra él
16 impíos pecadores [23]." Estos son murmuradores, descontentos de su suerte, andando según sus concupiscencias, —y su boca habla hinchadísimas palabras,— admirando personas por causa de provecho. [24].

17 Mas vosotros, amados, acordaos de las palabras que han sido
18 antes dichas por los apóstoles del Señor nuestro Jesucristo, que os decían: Al fin del tiempo habrá escarnecedores según sus pro-
19 pias concupiscencias de impiedad [25]. Estos son los que hacen separaciones [26], sensuales, no teniendo el Espíritu [27].

22. Gén. 5:18. *Siete* es el número sagrado. El hecho de que Henoc fuera *el séptimo* patriarca *desde Adán,* le designaba para este papel augusto. Esta circunstancia es anotada también en el libro de Henoc (60:8; 93:3).

23. Se sabía, por numerosas citas de los Padres de la Iglesia, que existía en los primeros siglos de la era cristiana un libro apócrifo con el nombre de *Henoc.* En 1773, Bruce trajo de Abisinia tres manuscritos de una traducción etiópica de esa obra. Una traducción inglesa, por Laurecen, apareció en 1821, y el mismo sabio publicó en 1838 el texto etíope. Otras traducciones han sido hechas, en francés por Silvestre de Sacy, en alemán por Hoffmann, luego por Dillmann. En el invierno de 1886-87, el texto griego de los 32 primeros capítulos del libro fué hallado en una tumba del Alto Egipto y publicado en 1892 por Bouriant. La mayor parte de los sabios modernos niegan que el libro sea obra de un solo autor. Sus partes principales se remontan al siglo II antes de J. C. En cuanto a los capítulos 36-74, la mayor parte los colocan antes de nuestra era, mientras otros les dan por autor un cristiano. El conjunto de la obra es de origen palestino. Ha sido, según la opinión de la mayoría, compuesto en hebreo o en arameo. Contiene una larga serie de revelaciones y de visiones escatológicas, en que domina la idea del juicio final, que será ejercido por el Mesías. Se encuentra literalmente, en el cap. 1:9, la profecía citada por Judas. (Comp. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes,* 3ª edic., III., p. 190-203. Beer, introducción y traducción alemana, en la colección de Kautzsch *Pseudepigraphen des Alten Testaments,* p. 217 y sig). Las *santas miriadas* con quienes vendrá el Juez son miriadas de ángeles (Hebr. 12:22; Apoc. 5:11).

24. *Murmuradores.... admirando personas por causa de provecho* (gr.): Judas quiere decir que adulan a las personas con propósitos interesados.

25. Gr. *Según las de sí mismos concupiscencias de las impiedades...* 2ª Pedro 3:3. Comp. 1ª Tim. 4:1 y sig.; 2ª Tim. 3:1 y sig.

26. Gr. los *que separan,* es decir los que provocan cismas, partidos. El texto recibido (*C*) tiene: "que *se* separan" de la iglesia, para formar una secta. Weiss interpreta: *"Hacen distinciones* entre psíquicos y espirituales, ellos que son psíquicos y no

C. 20-25. EXHORTACION A PERSEVERAR. DOXOLOGIA. — 1º *Velar sobre sí mismo y sobre los demás.* Edificándose sobre el fundamento de su fe y orando bajo la inspiración del Espíritu, permanezcan en el amor de Dios y cuenten con la gracia de Jesucristo para tener parte en la vida eterna. Reprendan a los vacilantes; salven a los demás arrancándoles del fuego; y en cuanto a otros aun, tengan respecto de ellos compasión mezclada con temor, odiando hasta el contacto externo de la impureza (20-23). — 2º *¡A Dios la gloria!* A Aquel que puede preservaros de toda caída y haceros parecer en su presencia irreprochables y gozosos, al Dios único, nuestro Salvador por Cristo Jesús nuestro Señor, sean gloria y potencia eternamente (24, 25).

20 Mas vosotros, amados, edificándoos a vosotros mismos sobre 21 vuestra santísima fe [28], orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, aguardando la misericordia del Señor nuestro Jesucristo para vida eterna [29].

22, 23 Y a unos, cierto, reprended, a quienes vacilan; mas a otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la túnica manchada por la carne [30].

tienen el espíritu". Pero si el autor hubiera dado ese sentido al verbo *delimitar separar,* habría sobrentendido la idea principal.

27. Gr. *psíquicos* (comp. Jac. 3:15, nota; 1ª Cor. 2:14, nota), teniendo como las bestias (v. 10), un *alma,* asiento de la vida, pero *no teniendo el Espíritu,* es decir privados del Espíritu de Dios. Según algunos intérpretes, Judas querría decir que están desprovistos aun del espíritu humano, en cuanto éste es órgano de las relaciones del hombre con Dios. Pero éste subsiste en todo hombre, por lo menos virtualmente (1ª Cor. 2:11; 1ª Tes. 5:23, nota). No tienen por guías sino a sus concupiscencias carnales.

28. Edificándoos a vosotros mismos *sobre* o *con* (dativo) vuestra santísima fe (gr.). La *fe* objetiva, la verdad divina, el evangelio, es el fundamento inconmovible sobre el cual, o el medio por el cual, los creyentes *se edifican* (comp. 1ª Pedro 2:4,5; Mat. 7:24), y esto por oposición a los errores y a las corrupciones de que se ha hablado hasta aquí. Para escapar de las influencias del error y triunfar de ellas, necesario es nutrirse de la santa verdad.

29. Comp. Rom. 8:26, 27, notas. Orar *con* o *en* el Espíritu Santo es un segundo medio de *conservarse en el amor de Dios,* y de *aguardar la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna,* es decir contar con la gracia del Señor, que tiene por propósito el asegurarnos la vida eterna y que basta para asegurárnosla. Otros traducen: "conserváos... para la vida eterna". (Comp. v. 12).

30. Es necesario, en la dirección de las almas enfermas, todo el discernimiento que dan la verdad y la caridad: *reprender a unos, a quienes vacilan* (Jac. 1:6, 1ª nota) o *disputan* (v. 9); *salvar a otros, arrebatándolos del fuego,* como tizones que se apresura uno a retirar antes de que sean consumidos (Amós 4:11; Zac. 3:2); en cuanto a *otros* aun *tener misericordia* de ellos, mostrarles compasión, pero (gr.) *con temor, aborreciendo* hasta el contacto externo de la *mancha,* he aquí lo que Judas recomienda. Hemos seguido el texto de Tischendorf y de Nestle (1ª edición), que se basa en *A, C,* y es adoptado por la mayor parte de los comentadores (Spitta, Burger, von Soden, Wandel). Este texto presenta tres categorías de personas: los que hay que *reprender,* los que hay que *salvar,* aquellos de quienes hay que *tener piedad. Sin.* y *B* presentan un texto más obscuro, admitido por Westcott y Hort, Weiss, Nestle (3ª edición), que reduce a dos las categorías de personas a dirigir; se puede traducirlo: "Y de unos, sí, tened piedad, salvad a los que vacilan, arrebatándolos del fuego; mas cuanto a otros, tened de ellos piedad con temor, aborreciendo aun la túnica manchada por la carne".

24 Y ahora, al que es poderoso para guardaros sin tropiezo y haceros aparecer en presencia de su gloria irreprensibles con 25 júbilo, al solo Dios, Salvador nuestro por medio de Jesucristo nuestro Señor, gloria, majestad, poder y autoridad, antes de la edad toda, y ahora, y por todas las edades. ¡Amén [31]!

31. Esta magnífica doxología tiene cierta semejanza con la que termina la epístola a los Romanos. El último fin de todas las instrucciones apostólicas es siempre el de inducirnos a dar a Dios solo la gloria de nuestra salvación, consagrándole toda nuestra vida. Cada pensamiento de este cántico de alabanza tiene su importancia; es más rico aún según el texto de los más viejos manuscritos aquí restablecido. (El texto recibido tiene: al Dios solo *sabio.* Omite: *por Jesucristo nuestro Señor;* y: *antes de la edad toda* (gr., antes de todos los tiempos). El gran motivo de reconocimiento y de adoración que llena el corazón de Judas (v. 24), es la certeza de que Dios es *poderoso para guardar* a sus hijos *de toda caída, sin tropiezo* (gr.) que pusiera en peligro su salvación final, y para hacerles llegar hasta esta *gloria,* donde todo será pleno *júbilo.* El apóstol Pablo vuelve con frecuencia, en sus votos apostólicos, a ese santo y consolador pensamiento (Rom. 16:25 y sig.; 1ª Cor. 1:8; Col. 1:22; 1ª Tes. 3:13). ¿Cómo, con esta doctrina que despoja al hombre de todo lo que le es propio, para enriquecerlo gratuitamente con una salvación tan grande, cómo no dar a *Dios* toda la *gloria?* Este Dios ¿no es nuestro *Salvador?* Este título, atribuido a Dios, sólo aquí se encuentra y en las epístolas pastorales (1ª Tim. 1:1; 2:3; Tito 1:3; 2:10; 3:4). Pero Dios es Salvador únicamente *por medio de Jesucristo nuestro Señor.* Después de estas palabras de adoración cada una de las cuales tiene su significado: *Al Dios único, gloria, majestad, poder y autoridad,* el autor, en la plenitud de su piedad expresa el voto de que Dios haya sido así adorado por todos *desde antes de todos los tiempos,* y que lo sea: *y ahora y por todas las edades* venideras. ¿Qué hijo de Dios no dirá con él, del fondo de su corazón: amén?

APOCALIPSIS O REVELACION DE JUAN

INTRODUCCION

I

TEMA Y OBJETO DEL LIBRO. SU LUGAR EN LA COLECCION DE LAS REVELACIONES DIVINAS

Por la venida del Salvador a la tierra y por su muerte redentora, las profecías del Antiguo Testamento quedaban cumplidas por lo menos en su parte principal. "La vida había sido manifestada", primero en la persona de Jesús, luego en la Iglesia, por la acción regeneradora del Espíritu del Cristo. Los escritos de los apóstoles atestaban este hecho capital y desarrollaban sus consecuencias; los evangelios y el libro de los Actos describían sus fases sucesivas. Sobre este hecho basa el creyente del nuevo pacto su esperanza. No vive, como el israelita, en la espera de la salvación venidera; contempla la cruz del Redentor que ha "consumado todo" para él. Si no hallara en el Nuevo Testamento otra cosa que el relato de la vida del Cristo y el comentario que sus apóstoles han dejado de su obra, ninguna luz le faltaría para terminar su carrera en la firme certeza de su salvación eterna. Y sin embargo esta certeza no le basta. Es miembro de una familia, de la Iglesia dispersa en medio de un mundo que la aborrece y la persigue, como ha aborrecido y perseguido a su Jefe. Preguntas inquietantes se presentan a él respecto del fin adonde Dios la conduce. No podría menos que pensar en su porvenir y exclamar, cuando la ve empeñada en luchas crueles y expuesta a terribles peligros: "¿Hasta cuándo, Señor...?" (Apoc. 6:10.)

Sin duda, los discursos de Jesús y las epístolas de los apóstoles no habían dejado esas preguntas sin respuesta; tal parábola había arrojado una viva luz sobre la futura suerte del reinado de Dios (Mat. 13:24-33, 47-50.) En más de una de sus enseñanzas, y especialmente en las que dió a sus discípulos los últimos días de su ministerio, el Maestro había levantado un extremo del

velo del porvenir y esbozado las escenas de su glorioso regreso, de la resurrección de los muertos y del juicio universal (Mar. 13; Mat. 24 y 25; Luc. 21.) Los apóstoles a su vez, Pablo en particular, dan, en sus cartas, un lugar considerable a estas preocupaciones del porvenir y exponen a sus lectores la suerte futura de la Iglesia (1ª Tes. 4:13 a 5:3; 2ª Tes. 2; 1ª Cor. 15; Rom. 9 a 11; 1ª Pedro 4:7 y sig.; 2ª Pedro 3; 1ª Juan 2:18.)

Pero estaba reservado al Apocalipsis de Juan el ofrecer a los cristianos del siglo apostólico una visión completa y detallada de los últimos tiempos. Desde las primeras palabras, "la Revelación" se anuncia como "dada para mostrar a los siervos de Jesucristo las cosas que deben acontecer pronto" (1:1; comp. 4:1; 22:6.) El tema del libro es el regreso del Señor, que viene a elevar su reinado a la perfección (1:7; 22:17, 20.)

Al tratar este tema, el Apocalipsis traía a la Iglesia un consuelo eficaz y un poderoso sostén en las grandes pruebas a las cuales había estado ya sometida y que le estaban reservadas todavía. Le anunciaba, en efecto, bajo formas diversas, los juicios que Dios iba a ejercer sobre ese mundo hostil que la perseguía y amenazaba aplastarla (c. 6; 8; 9; 14:6-20; 16; 17; 18; 19.) Le describía el triunfo de los elegidos de toda nación, que "vuelven de la grande tribulación", y la victoria final del reinado del Cristo, celebrada por los cánticos celestiales de los redimidos (c. 7; 14:1-5; 19:1-10.) En todo el libro, la Iglesia es presentada como llamada a los más crueles sufrimientos; mas ella celebra las alabanzas de su Jefe, pues sabe que él es más fuerte que el mundo. Ella saluda el día en que los estragos del pecado serán reparados, en que la comunión del hombre con Dios, perfectamente restablecida, hará olvidar al desterrado del Edén los amargos dolores que han sido las consecuencias de su caída (2:7; 22:1-5.) El fin del Apocalipsis corresponde así al principio del Génesis; el ciclo de los destinos de la humanidad queda terminado; el mal está vencido; la justicia y la misericordia eternas han triunfado; los misterios de la vida son explicados; todo está consumado; las revelaciones de Dios quedan cerradas.

II

GENERO LITERARIO Y MODO DE COMPOSICION DEL APOCALIPSIS

1. El vidente no contempla esos acontecimientos de los últimos tiempos, de que Dios le concede consoladora revelación, de una manera inmediata. No le aparecen tales cuales se producirán en realidad; le son mostrados en visiones simbólicas. Las grandes escenas de la consumación del reino de Dios no se desarrollan solamente sobre la tierra, sino en el cielo. Resultan de ese mundo invisible que el ojo del hombre no puede sondar y que el lenguaje humano no puede expresar (1ª Cor. 2:9; 2ª Cor. 12:3,4.) Por esto ve Juan figuras cuyos rasgos materiales tienen un significado espiritual; no es el detalle exterior del cuadro lo que tiene valor; es su sentido profundo lo que debe atraer la atención y ejercitar la reflexión del lector. Así, el Salvador no se presenta jamás a Juan tal cual es verdaderamente, sino con atributos que figuran lo que ha sido o presagian lo que va a hacer. Aparece, desde el principio de la visión (1:9-20), bajo un aspecto extraño, minuciosamente descrito; mas tarde, "un cordero inmolado", colocado "en medio del trono", le representará en su papel de redentor y de rey (5:6.) En otra parte, se muestra como un guerrero montado sobre un caballo blanco y vestido de un manto teñido en sangre; es entonces el Juez y el ejecutor de los juicios de Dios. El cielo que se abre a las miradas del vidente está construído sobre el plan del templo de Jerusalén. Los seres que allí rodean el trono de Dios son descritos bajo rasgos que nuestra imaginación tiene dificultad en comprender y que sería difícil reproducir por el dibujo. Lo mismo ocurre con los seres simbólicos que representan la Iglesia y las potencias del mundo que luchan con ella sobre la tierra. La bestia de siete cabezas y diez cuernos figura el imperio romano, y la prostituta, sentada sobre la bestia, su capital, Roma. Una batalla campal (16:12 y sig.), o alguna escena misteriosa que ocurre en parte en el cielo, en parte sobre la tierra (c. 12), indica las crisis decisivas que atraviesa el reinado de Dios. El lenguaje del autor está lleno de tipos tomados del Antiguo Testamento: "el monte de Sión" y "la nueva Jerusalén, que desciende del cielo", son el refugio y la mansión de los redimidos; Meguido es el teatro de la lucha decisiva (16:16); Israel y sus doce tribus figuran la Iglesia (7:1-8; 14:1 y sig.); la Babilonia

del Eufrates, es Roma (cap. 17 y 18.) Las catástrofes que alcanzan a los hombres se parecen a las plagas de Egipto. En fin, los números simbólicos desempeñan un gran papel en el Apocalipsis. Resulta de estos caràcteres que el sentido de esta "revelación" permanece a menudo oculto. La interpretación es hecha difícil por el hecho de que, en muchos de esos cuadros proféticos, no es posible decir exactamente donde termina el símbolo y empieza la realidad, lo que se debe tomar en sentido propio o lo que es sólo una figura. El autor mismo no habría sido capaz, muy probablemente, de fijar ese límite.

2. El Apocalipsis, con los caracteres que acabamos de indicar, es único en su género en el Nuevo Testamento. Pero la literatura judía de los tiempos que precedieron la venida del Cristo y la literatura cristiana de los primeros siglos cuentan numerosas obras análogas (1). El Apocalipsis de Juan, aunque presentando notables semejanzas con algunos de esos apocalipsis judíos y cristianos, se distingue de ellos ventajosamente por su cohesión y su relativa sobriedad, su hermosa ordenación, la elevación de sus conceptos, la profundidad de algunas de sus sentencias. Está firmado, y su autor atesta que Dios le ha mostrado las visiones que describe; mientras que los apocalipsis judíos son anónimos; sus autores los colocan bajo el patronato de algún personaje venerado de su pueblo: Henoc, Moisés, Elías, Esdras, etc. Nombrándose, Juan ha vuelto a la tradición de los profetas de Israel que ejercieron su ministerio durante o después del destierro, de un Ezequiel y de un Zacarías. La tarea de éstos había sido el mantener en las almas de los israelitas en cautividad la esperanza del regreso a su patria, del restablecimiento de su nación y del advenimiento del reinado del Mesías. Lo hicieron con cuadros simbólicos (2). El autor del libro de Daniel desempeña la misma misión consoladora en el seno del pueblo judío perseguido y amenazado de destrucción. Juan se había nutrido de esos libros canónicos del antiguo pacto, que han sido su principal fuente de inspiración. Sin citarlos expresamente, toma de ellos la mayor parte de los rasgos que aparecen en sus visiones. Tendremos ocasión

(1) Comp. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, 3ª edic., 1898, III, p. 181-273. *Die Apokryphen und Pseudepigraphen des Alten Testaments* (traducciones anotadas e introducciones) publicados bajo la dirección de E. Kautzsch, 1900.

(2) Comp. Reuss, *El Apocalipsis* (*La Biblia*, t. XII), 1878, p. 6-9.

de notar esos puntos de contacto en todo el curso de nuestro comentario (1).

3. Esta imitación de los profetas anteriores, como también el plan sabiamente combinado de la obra, son indicios ciertos de un trabajo de composición. Juan no ha escrito su libro en un estado de éxtasis. El detalle de las escenas que describe y de los rasgos que atribuye a los personajes de su drama, no le ha sido revelado por Dios de una manera inmediata. Mas no por eso ha dejado de tener verdaderas visiones. Lo afirma solemnemente, y no tenemos razones de dudar de su sinceridad y de considerar esta forma que da a su revelación como ficticia, como una simple convención literaria. Tenía el espíritu empapado de las imágenes empleadas por Ezequiel, Zacarías, Daniel, y cuando fué arrebatado en éxtasis, las escenas que contempló tomaron naturalmente un carácter semejante a aquellas que son descritas en los libros de esos profetas. Luego, cuando vuelto en sí, puso por escrito lo que había visto, completó los recuerdos de su visión con las reminiscencias de sus lecturas (2). Esta dependencia literaria, como también el trabajo de reflexión que se muestra en el agrupamiento de los materiales, no excluyen la inspiración divina. La acción del Espíritu de Dios ha sido necesaria ante todo para fortalecer la fe de Juan y permitirle afirmar con una convicción inconmovible que la pequeña y débil Iglesia del Cristo triunfaría de todas las potencias del mundo pagano coaligadas contra ella. Se ha ejercido también en su espíritu, creemos, para darle la intuición de ciertos hechos especiales que debían cumplirse y que estaban aún, en el momento en que escribía su libro fuera de las previsiones naturales.

La acción reveladora ejercida sobre Juan por el Espíritu de Dios no confirió la infalibilidad a su profecía; ella no la eximió de ese defecto de perspectiva, común a todas las profecías bíblicas, gracias al cual aparecen en un mismo plano acontecimientos que sólo debían cumplirse a largos intervalos. Es así, en parti-

(1) En estos últimos tiempos, algunos sabios han procurado probar que el autor del Apocalipsis, y los profetas hebreos antes de él, tomaban sus figuras de antiguos mitos cosmogónicos, transformados en el curso de los siglos en tradiciones apocalípticas. Habrían aceptado esas tradiciones sin conocer su origen. Así Gunkel (*Schöpfung und Chaos in Urzeit und Endzeit*, 1895) halla en Apoc. 12 el mito babilónico de la lucha del dios Marduk con el monstruo Thiamat, que representa el caos. Comp. Bousset, *Die Offenbarung Johannis*, 1896, p. 139.

(2) Comp. también, sobre este asunto, Zahn, *Einleitung*, párr. 72, II, p. 585 y sig.

cular, como Juan compartió la ilusión de todos los cristianos del siglo apostólico que esperaban en un porvenir muy cercano el regreso del Señor y el fin de la economía presente.

III

CONTENIDO DEL APOCALIPSIS

El Apocalipsis se presenta menos como una colección de visiones sucesivas que como una visión única, que se desarrolla en una serie de cuadros. En varias ocasiones, es verdad, el vidente declara que fué "arrebatado en espíritu" (1:10; 4:2, etc.) Mas como no dice que haya salido de su éxtasis precedente, esta fórmula expresa más bien una intensificación de él.

Algunas líneas de introducción (1:1-8) nos instruyen sobre el origen, destino y tema del libro. Es una revelación que Jesucristo ha recibido de Dios y trasmitido a Juan, para hacer ver a sus siervos los acontecimientos que van a cumplirse. Está dirigido a siete iglesias del Asia Menor y anuncia la venida del Salvador en gloria.

Juan cuenta que se encontraba en la isla de Patmos cuando esta visión le fué otorgada. Jesús le apareció bajo un aspecto tan terrífico, que cayó a sus pies como muerto. Mas Jesús le conforta, se presenta a él como el Viviente y le ordena que escriba a siete iglesias de Asia siete cartas que contienen censuras, elogios y exhortaciones (1:9 a 3:22.)

Después de esto empieza la revelación del porvenir. El cielo se abre. El trono de Dios aparece rodeado de los veinticuatro ancianos y de los cuatro seres vivientes que cantan las alabanzas del Omnipotente (cap. 4.) En la diestra de Dios, Juan ve un libro sellado con siete sellos. Ninguno es juzgado digno de abrirlo, excepto un cordero, que aparece en medio del trono, como inmolado. Toma el libro. Inmediatamente estallan cánticos en los cielos en alabanza del Salvador (cap. 5). El cordero abre sucesivamente los seis primeros sellos. A la apertura de los cuatro primeros, aparecen cuatro jinetes; el primero de los cuales figura la marcha conquistadora del evangelio a través del mundo, los tres siguientes diversos azotes que alcanzan a los hombres. El quinto sello hace ver, bajo el altar de los holocaustos, las almas de los mártires que piden a Dios venganza. Al sexto sello, fenómenos terríficos se producen en los cielos. Los hombres, viendo

acercarse el juicio, se preguntan: "¿Quién podrá subsistir?" (cap. 6.) A esta pregunta responde la doble escena del cap. 7, que forma una especie de intermedio antes de la apertura del séptimo sello. Los ángeles de los cuatro vientos reciben orden de no atacar a los hombres hasta que los elegidos, en número de ciento cuarenta y cuatro mil, doce mil de cada una de las tribus de Israel, hayan sido señalados con el sello de Dios. Luego contempla Juan la innúmera multitud de los redimidos que están ante el trono y delante del Cordero, y que, venidos de la grande tribulación, sirven a Dios continuamente.

La apertura del séptimo sello, precedida de una media hora de silencio en el cielo, no trae el fin, como se habría esperado, sino las señales precursoras del fin; aparecen a la señal dada por siete ángeles que tocan por turno la trompeta. Las plagas que desencadenan hacen perecer la tercera parte de los objetos heridos. Un águila designa especialmente las tres últimas plagas como tres "ayes". El uno consiste en una invasión de langostas demoníacas que atormentan a los hombres; el otro en la irrupción de doscientos millones de caballeros que franquean el Eufrates (cap. 8, 9.) Antes de que se produzca el tercer "ay", señalado por la séptima trompeta, un ángel viene a anunciar que ésta traerá la consumación del "misterio de Dios". El ángel da a comer al vidente un librito que trae en su mano. Le declara que tendrá aún que profetizar sobre muchos pueblos (cap. 10.) Los destinos de Jerusalén y de la Iglesia judeo-cristiana serán revelados a Juan (11:1-14.)

Entonces la séptima trompeta da la señal de la lucha suprema. Un cántico de victoria resuena en el cielo (11:15-19.) Una mujer aparece, circundada del sol, la luna bajo sus pies, y coronada de doce estrellas. Está encinta del Mesías. El dragón acecha al niño que ella va a dar a luz. Mas el niño es arrebatado al cielo. El dragón, vencido por Miguel y sus ángeles, es precipitado a tierra, donde persigue a la mujer y al resto de sus hijos (cap. 12.) Juan ve subir de la mar una bestia de diez cuernos y siete cabezas, y de la tierra una segunda bestia que impele a los hombres a rendir homenajes divinos a la primera bestia (cap. 13.) Ve luego al Cordero y a los ciento cuarenta y cuatro mil sellados sobre el monte de Sión (14:1-5.) Tres ángeles proclaman los juicios de Dios, que son representados por dos actos simbólicos, la siega y la vendimia (14:6-20.)

La aparición de las siete copas de la ira de Dios, llevadas por

siete ángeles, es precedida de un cántico de los vencedores de la bestia (cap. 15.) Las plagas desencadenadas, las primeras de las cuales recuerdan las plagas de Egipto, alcanzan a todos los hombres. A la sexta copa, tres "espíritus de demonios", que salen de la boca de la bestia y del falso profeta, y que son semejantes a ranas, convocan a los reyes de la tierra a Armagedón para la batalla del día del Señor. La séptima copa trae el fin (cap. 16.) La caída de Babilonia es especialmente descrita, en el cap. 17, con las lamentaciones que provoca en la tierra y los cánticos de triunfo que la saludan en el cielo (18 a 19:10.)

Cristo aparece para alcanzar sobre la bestia y los reyes de la tierra una victoria, a continuación de la cual Satanás es atado por mil años. Durante este milenio, los fieles que tienen parte en la primera resurrección reina con Cristo. Luego Satanás, desatado, va a seducir a las naciones de los extremos de la tierra; pero, en el momento en que las lleva contra los santos, son destruídas por el fuego del cielo y él mismo es precipitado en el lago de fuego y azufre. Entonces tiene lugar el juicio universal (19:11 a 20:15.)

Un último cuadro profético nos muestra un nuevo cielo y una nueva tierra y nos ofrece la descripción detallada de la nueva Jerusalén. Es seguido de una solemne declaración del ángel al vidente (21 a 22:9.)

El libro termina con un epílogo, donde se recomienda al vidente no sellar su profecía, pues el Señor va a venir, respondiendo al clamor de la Iglesia (22:10-21.)

IV

UNIDAD DEL APOCALIPSIS

El plan del Apocalipsis es bastante complicado, pero firmemente trabado. Se debe inferir de ello, al parecer, que ha sido concebido y redactado por un solo y mismo autor. Tal fué, hasta estos últimos tiempos, la opinión unánime de los críticos. Mas hoy, sabios de más en más numerosos procuran probar que es una reunión de escritos compuestos en épocas diversas, los unos judíos, los otros cristianos, y cuyo tenor primitivo sería fácil reconstituir. Sus hipótesis, muy poco concordantes entre sí, encuentran un punto de apoyo en ciertos cuadros como los de los cap. 10 y 11, que parecen interrumpir el desarrollo de la profecía, y cuyo significado es difícil de establecer. Pretenden explicar también el hecho de que el drama recomienza varias veces, cuando parecía llegado a su término, con el séptimo sello, la séptima trompeta, etc.

Ya Grotius (comp. pág. 403), aunque atribuyendo la obra entera al mismo autor, admitía que estaba compuesta de varias visiones, datando de épocas diferentes. Mas sólo en estos últimos veinte años la crítica de las fuentes del Apocalipsis ha tomado desarrollo. A instigación de Weizsäcker, que niega la unidad del Apocalipsis y su composición por el apóstol Juan (1), Vœlter ha recortado en la obra actual una obra escrita por Juan en 65 ó 66, que se componía de 1:1-4; 4-6; 7:1-8; 8; 9; 11:14-19; 14:1-7, 14-20; 18; 19:1-10. Se habría acrecentado ya en 68 por la adición de los fragmentos 10:1 a 11:13; 14:8 y 17:1-18. Otras adiciones habrían sido hechas durante los reinados de Trajano y de Adriano (2). Casi simultáneamente, E. Vischer publicó, con un prefacio de su maestro, Harnack, una hipótesis más simple, que tuvo más éxito (3). Vischer se basa en el examen de los cap. 11 y 12, que, en su tenor primitivo, no le parecen poder ser atribuídos a un cristiano. Formaban parte, según él, de un apocalipsis judío que un autor cristiano ha retocado. Los retoques que hizo son fáciles de reconocer. Esta hipótesis fué vivamente discutida. En Alemania, Pfleiderer, Spitta, P. Schmidt, Erbes, marchando sobre las huellas de Vischer, presentaron sistemas de composición más o menos complicados. M. Menégoz expuso la teoría de Vischer al público de lengua francesa (4). J. Bovon la refutó y defendió la unidad del libro (5). Aug. Sabatier trajo ciertas modificaciones a la hipótesis de Vischer (6). Su argumentación fué corroborada por H. Schœen (7). Según Sabatier, los cap. 1 a 10 y la visión de las copas (cap. 15) son la obra de un cristiano que escribía en tiempos de Domiciano. Tenía entre manos un escrito judío, redactado en hebreo y datando de los tiempos de la ruina de Jerusalén (70). Lo introdujo en su obra traduciéndolo y agregando

---

(1) Comp. *Das apostolische Zeitalter*, 1886, p. 505 y sig.

(2) *Die Entstehung der Apokalypse*, 2ª edic., 1885. En una obra más reciente: *Das Problem der Apokalypse* (1893), Vœlter ha modificado su hipótesis primitiva admitiendo un retoque parcial del Apocalipsis por Cerinto.

(3) *Die Offenbarung Johannin eine jüdische Apokalypse in christlicher Bearbeitung; Texte und Untersuchungen*, II, 3.

(4) *Revista de teología y de filosofía*, marzo 1887, p. 168 y sig.

(5) Misma colección, julio 1887, p. 329 y sig.

(6) Misma colección, noviembre 1887, p. 553 y sig.

(7) *El origen del Apocalipsis*, 1887.

algunos términos cristianos. Esta adición de la obra más antigua está figurada en la escena en que el ángel ordena al vidente que trague el librito que él le trae, cap. 10. El contenido del librito con las visiones de los cap. 11 a 13 y 17 a 19. "Comparad esas grandes visiones independientes y fuera de cuadro con los elementos que llenan la serie de los sellos, de las trompetas y de las copas. Las primeras se aplican a hechos históricos determinados, que ellas ilustran de un modo terrible y grandioso. Ved, por ejemplo, la pintura de la prostituta y de su castigo. ¡Qué colorido, qué poesía, qué sencilla y grande elocuencia en el lamento de los marineros y de los mercaderes sobre la ruina de Roma!... La fe en la perpetuidad del templo, la esperanza de la vuelta a Dios de la nación judía y de su salvación final, el odio inexpiable de Roma y del género humano, el Mesías simplemente hombre naciendo de la teocracia de Israel y arrebatado al cielo para escapar a la ira del dragón es decir, un Mesías sin la cruz y sin la muerte; el gozo triunfante y salvaje sentido a la vista de Roma desolada; en oposición, la gloria material de la Jerusalén nueva vuelta a ser señora del mundo, etc.; todos estos rasgos judíos se encuentran, y no se encuentran en este grado definido y con tal intransigencia, más que en las grandes visiones que quedan fuera del cuadro del Apocalipsis. ¿No habrían venido pues de otra parte [1]?"

Esta explicación, que parece muy plausible a primera vista, ha sido combatida con fuerza por M. Bruston [2]. El muestra, en particular, que, en los capítulos atribuídos al apocalipsis judío, hay menciones del Cordero (12:11; 13:8) y de Jesús por nombre (17:6), que no se podrían quitar sin romper el contexto. M. Bruston admite, él también, dos obras distintas en el origen; pero ambas tienen autores cristianos. La más antigua, comprendiendo los cap. 10:8-11; 11:1-13; 12; 13; 14; 15 y 16 en parte; 17; 18; 19:1-3, 11-21; 20, ha sido escrita en hebreo, entre 64 y 68, después de la persecución de Nerón; puede haber sido compuesta por el apóstol Juan. La más reciente, que abarca casi todo el resto del libro, ha sido escrita en griego en tiempos de Domiciano y puede ser atribuída a Juan el Presbítero. Un redactor final reunió ambos apocalipsis, a principios del siglo segundo, agregando la visión de las siete copas (cap. 15 y 16) y la descripción de la nueva Jerusalén (cap. 21:8 a 22:7.)

(1) Artículo citado, p. 570 y sig.
(2) *Revista de teología y de filosofía*, mayo 1888, p. 255 y sig.

No podríamos discutir en detalle estas diversas hipótesis. La naturaleza de esta obra no lo permite. Puede parecer que, en el estado actual del debate, la cuestión deba quedar pendiente. Los indicios que se han creído hallar de fuentes múltiples o de retoques sucesivos, no carecen de valor. Por otra parte, los críticos se contradicen mutuamente cuando se trata de decir cuáles han sido esas fuentes y en qué han consistido esos retoques. En un escrito muy sagaz, A. Hirscht ha mostrado cómo se refutan unos a otros [1]. La contextura general del libro es establecida demasiado fuertemente para no ser obra de un solo escritor. Esto es lo que ha inducido a sabios de todas las escuelas a sostener su unidad contra los que la negaban; así Reuss [2], Beyschlag [3], Hilgenfeld, Düsterdieck [4]. Bousset, autor de la 5ª edición del comentario de la colección Meyer, escribe en la introducción a ese comentario: "No podríamos ver en el Apocalipsis un escrito primitivo, aumentado por adiciones sucesivas, ni fragmentos combinados por un redactor que habría hecho un trabajo enteramente mecánico. Es obra de un escritor que lo ha creado, no sin duda según su libre fantasía, sino elaborando tradiciones apocalípticas más antiguas, cuyo origen permanece obscuro [5]. Bousset realza el arte con que está construído el Apocalipsis, e invoca, como argumento decisivo contra la hipótesis de fuentes múltiples, la uniformidad del estilo y de la lengua en todas las partes del libro [6].

V

EL AUTOR DEL APOCALIPSIS

1. El origen apostólico del Apocalipsis ha sido puesto en duda desde los primeros siglos. No es atestado por la unanimidad de los escritores de la antigua Iglesia. *Hermas*, que vivía en Roma por el año 140, y cuyo *Pastor* empieza con visiones, no parece haber conocido nuestro Apocalipsis. Nada en la epístola *a los Filipenses* de *Policarpo* prueba que haya conocido este libro. Mas

(1) *Die Apokalypse und ihre neueste Kritik*, Leipzig, 1895.
(2) *Geschichte der heil. Schriften N. T.*, 1887, p. 147 y sig.
(3) *Studien und Kritiken*, 1888, I, p. 102 y sig.
(4) Comp. H. Holtzmann, *Einleitung*, 1892, p. 411-414. Jülicher, *Einleitung*, 1901, p. 225-229.
(5) Pág. 152.
(6) Pág. 150.

en su contemporáneo, *Ignacio,* se cree hallar, en dos pasajes (*a los Efes.* 15, 3; *a los Filad.* 6, 1) reminiscencias del Apocalipsis. La *Didaché* (*Enseñanza*) *de los doce apóstoles* no contiene huellas manifiestas de la influencia del Apocalipsis; pero un escrito emparentado con ella, el *Juicio de Pedro,* tiene una alusión directa a Apocalipsis 4:4. El primer testimonio incontestable de la existencia del Apocalipsis y de su composición por Juan, el apóstol, es el de *Justino Mártir,* que residió en Efeso por el año 135. En su *Diálogo con Trifón,* escrito entre 150 y 160, Justino se expresa así (cap. 81): "Entre nosotros también, un hombre llamado Juan, uno de los apóstoles del Cristo, en la revelación que le fué concedida, ha predicho que los que han creído a nuestro Cristo residirán mil años en Jerusalén, y que después de esto la resurrección general y eterna de todos juntos tendrá lugar." (Comp. Apoc. 20:1-6.) *Ireneo,* presbítero de Lyón por el 177, que había pasado su juventud en Asia Menor, hace frecuentes alusiones al Apocalipsis en su obra *Contra las herejías* (4, 20; 5, 35, etc.) Para combatir la variante del número de la bestia, 616 en lugar de 666 (Apoc. 13:18), invoca Ireneo "el testimonio de los que han visto a Juan cara a cara" (5, 30; comp. Eusebio, *Hist. eccles.,* 5, 8.) Las iglesias mismas buscan en el Apocalipsis los consuelos de que tienen necesidad en medio de sus tribulaciones. La *carta* que las *Iglesias de Lyón y de Viena* en el Delfinado dirigieron a las iglesias de Asia, para contar la firmeza con que sus mártires habían soportado la persecución en 177, toma del Apocalipsis sus grandes figuras. Esta persecución es obra de "la bestia" (Apoc. cap. 13.) Los que la han sufrido son "los fieles de Cristo, que siguen al Cordero adondequiera que vaya" (Apoc. 14:4); pero, con humildad profunda, rechazan el título de mártires (testigos), reservándolo a Cristo, "el testigo fiel y verdadero, el primogénito de entre los muertos, el principio de la creación de Dios" (Apoc. 1:5; 3:14.) La sangre de ellos derramada "excitaba cada vez más el furor del legado y del pueblo, semejante a la ira de una bestia". Debía ser así "a fin de que la escritura fuera cumplida." Y "la escritura" a que se alude, es este pasaje del Apocalipsis (22:11): "Que el injusto, sea todavía injusto...; que el justo practique todavía la justicia." (Véanse los fragmentos de esta carta que Eusebio ha conservado en su *Hist. eccles.,* 5, 1 sig.)

Si volvemos al Asia Menor, donde el Apocalipsis ha sido compuesto, lo hallamos muy estimado de los montanistas. *Melitón,*

obispo de Sardis, consagró a su estudio un escrito del que sólo conocemos el título. (Eusebio, *Hist. eccles.,* 4, 26; comp. más adelante, pág. 399.) En Egipto, *Clemente de Alejandría* sigue la tradición general. *Orígenes* considera al apóstol Juan como autor del evangelio, de la primera epístola y del Apocalipsis. *Tertuliano,* en Africa, cita frecuentemente el Apocalipsis como obra del apóstol. Esta opinión reina igualmente en la iglesia de Roma, como lo atestiguan el *Canon de Muratori* e *Hipólito* (muerto en 251) en sus numerosos escritos.

La oposición que se manifiesta contra el Apocalipsis, en diversos lugares, está basada principalmente en motivos dogmáticos. Por razones de este orden es rechazado por el hereje *Marción* y por los *Alogos,* que atribuían a Cerinto todos los escritos de Juan. *Cayo,* escritor romano (por el año 211), en su polémica contra el montanista Proclo, pretende también que el Apocalipsis ha sido publicado por Cerinto bajo el nombre de Juan. Pero el hombre cuya crítica, más moderada y al mismo tiempo más penetrante, contribuyó más a conmover la autoridad del Apocalipsis, fué *Dionisio de Alejandría,* discípulo de Orígenes (por el año 250). No puede admitir que el Apocalipsis sea de Cerinto, pero supone que ha sido compuesto por ese otro Juan, cuya tumba se veía en Efeso al lado de la del apóstol. Establece su tesis mostrando con mucha fuerza las diferencias esenciales que hay entre el Apocalipsis y el evangelio y que no permiten, según él, atribuir ambas obras al mismo autor. Bajo la influencia de las objeciones de Dionisio, la iglesia de Oriente vaciló hasta el siglo quinto en reconocer la autoridad apostólica del Apocalipsis. Se puede uno preguntar si la oposición que la *Iglesia de Siria* hizo por largo tiempo a este libro es debida a esta influencia o a otras causas. El hecho es que no se lo encuentra en las más antiguas versiones siríacas, y en particular en la *Peschito.*

Las dudas respecto del Apocalipsis reaparecieron con la Reforma. Al publicar su traducción del Nuevo Testamento, *Lutero* hacía preceder cada libro de una corta introducción. En la edición de 1522, se expresa así: "Muchas cosas me faltan en este libro y no me permiten tenerlo por apostólico ni por profético. Primero, los apóstoles no se complacen en visiones, sino que profetizan en palabras claras y limpias. Luego, me parece exagerado que el autor recomiende su libro tan fuertemente que formula esta amenaza: "Si alguno cercenare algo de las palabras de esta

profecía Dios cercenará su parte del árbol de la vida... "Haga cada uno con este libro lo que pueda; en cuanto a mí, mi espíritu no podría acomodarse a él; y tengo una razón suficiente para no estimarlo mucho, cuando compruebo que Cristo no es en él ni enseñado ni reconocido como un apóstol debe sin embargo hacerlo ante todo." En la edición de 1534, Lutero se expresa con más moderación, sin retirar sin embargo su juicio desfavorable: "Hemos dejado este libro de lado a causa de las obscuridades de su origen y de su composición; y, en particular, porque muchos antiguos Padres también han expresado la opinión de que no era obra del apóstol Juan; compartimos sus dudas respecto de él." Los teólogos luteranos guardaron esta actitud negativa respecto del Apocalipsis hasta mediados del siglo XVII. Entre los reformados, *Zuinglio* declaró, en 1528, en la disputa de Berna, que el Apocalipsis no es un libro bíblico. Es el único escrito del Nuevo Testamento que *Calvino* jamás comentó. Sin embargo cita pasajes de él como palabras de las escrituras. *Beza* expresa dudas sobre su apostolicidad. Emite la suposición de que tenga por autor a Juan-Marcos. Las *confesiones de fe* reformadas son unánimes, sin embargo, en colocarlo entre los libros canónicos.

Los *críticos del siglo último* han tomado respecto del Apocalipsis posiciones diversas. Los más antiguos (Lücke, Bleek, Ewald, Neander, Düsterdieck) admitían que el apóstol Juan había escrito el evangelio, pero no el Apocalipsis. Atribuían éste a Juan el Presbítero o a algún otro escritor de ese nombre. La *Escuela de Tubinga*, al contrario, reivindicó enérgicamente la apostolicidad del Apocalipsis. En todo el Nuevo Testamento no hay más que el Apocalipsis y las cuatro grandes epístolas de Pablo que se remonten a los apóstoles. Obra de uno de los doce, combate la enseñanza de Pablo bajo el nombre de doctrina de Balaam (Apoc. 2:14) y nos hace conocer los sentimientos del judeo-cristianismo primitivo. Gran número de críticos se han fundado igualmente en la autenticidad del Apocalipsis para disputar la del evangelio. Entre los sabios que actualmente rehusan ver en el Apocalipsis una obra del apóstol Juan, unos estiman que el hijo de Zebedeo jamás fué al Asia Menor y que las obras que le son atribuídas fueron escritas por Juan el presbítero; otros admiten, sí, la residencia y el ministerio del apóstol en Asia Menor, pero no piensan que ejerciera actividad literaria. Los escritos aparecidos bajo su nombre fueron compuestos por sus discípulos. La primera opinión es la

de Keim, Holtzmann (1), Harnack (2), Bousset (3); la segunda, la de Weizsäcker, Renan (4), Reuss, Sabatier, Jülicher (5). Por último, cierto número de sabios mantienen la opinión tradicional que atribuye el Apocalipsis y el evangelio al apóstol Juan. Unos piensan que los dos escritos han visto la luz por el mismo tiempo (F. Godet, Zahn.) Los otros estiman que el Apocalipsis apareció veinte años antes del evangelio, explicando este intervalo las grandes diferencias que se notan entre ambos escritos (Kübel, Weiss, J. Bovon.)

2. Estas diferencias constituyen la principal objeción a la que tengan que responder los que ven en el Apocalipsis una obra del apóstol Juan. El ministerio de este apóstol en las regiones del Asia Menor, donde el Apocalipsis fué compuesto, nos parece un hecho bien establecido (véase nuestro tomo II, pág. 12-18.) Pero si Juan es el autor del evangelio, ¿puede serlo igualmente del Apocalipsis (6)? Las dos obras difieren profundamente, en la forma como en el fondo. El evangelio está escrito en un griego relativamente puro. El estilo del Apocalipsis hormiguea de hebraísmos, que no provienen solamente de las numerosas tomas hechas del Antiguo Testamento. Abunda en faltas. Algunas de esas incorrecciones son intencionales; pero la mayor parte resultan de un conocimiento insuficiente del griego. No hay sino una manera de explicarlas: el autor no dominaba aún esta lengua, porque había llegado hacía poco a las regiones donde ésta dominaba. Al contrario, había residido allí ya un cuarto de siglo cuando escribió su evangelio; sabía entonces manejarla con más holgura. Esta explicación, haciendo admisible que las dos obras hayan salido de la misma pluma, permite dar cuenta del hecho de que hay entre ellas, al lado del contraste indicado, concordancias notables, no solamente en las palabras y en ciertos giros que aparecen con frecuencia, sino principalmente en esta sencillez de construcción que hace la frase límpida, al punto de que jamás se vacila sobre el pensamiento que expresa. En los puntos más obscuros del Apocalipsis cuando se trata de interpretar sus figuras, el sentido

---

(1) *Handcommentar*, IV, p. 314, 315. *Einleitung*, p. 424.

(2) *Chronologie*, p. 659 y sig.; 675; 679.

(3) *Die Offenbarung Johannis*, 1896, p. 33-51.

(4) En su libro titulado *La Iglesia cristiana*, 1879 citado por F. Godet, *Comentario del Evangelio de san Juan*, 4ª edic., I, p. 20.

(5) *Einleitung in das N. T.*, 1901, p. 339 y sig.

(6) Comp. F. Godet, *Coment. sobre el Ev. de san Juan*, 4ª edic., I, pág. 269-280.

gramatical no es jamás dudoso. Y este doble carácter se encuentra en los otros escritos de Juan: lenguaje al alcance de un niño, y pensamientos que su profundidad hace difíciles de poseer. Si nuestra obra permitiera observaciones filológicas, nos sería fácil justificar este juicio. Leyendo, aun en una traducción, pasajes como Apoc. 1:1-2, 4-8; 2:1-5; 3:19-22; 5:9-14; 7:9-17; 21:1-6; 22, es necesario, según la expresión de un sabio crítico, tener duro el oído para no reconocer el timbre cristalino de la voz de Juan. Considérese también el candor y la energía con que el autor, en el Apocalipsis como en el evangelio y la epístola, atestigua que ha visto y oído las cosas de que habla. (Apoc. 1:1, 2; 22:8; comp. Juan 1:14; 19:35; 21:24; 1ª Juan 1:1.)

En cuanto a las enseñanzas del Apocalipsis, la cuestión se plantea también en estos términos: ¿encuéntrase en este libro la individualidad del autor del evangelio, su concepción íntima, su intuición de la verdad y de la vida manifestadas en ese Salvador al que él amaba con un amor sin límites? Sí, este discípulo de naturaleza ante todo receptiva, que refleja como un lago tranquilo y puro la verdad celeste; que, después de haber reposado sobre el seno del Maestro, comprende sus revelaciones en lo que tienen de más sublime; que, desde las primeras palabras de su evangelio, nos habla de las relaciones insondables del Hijo con el Padre; que ve, en la obra de la redención, la lucha de la "luz" y de las "tinieblas", de la "verdad" y de la "mentira", de la "vida" y de la "muerte", sin descender de nuevo a las oposiciones transitorias de Israel y los gentiles, de la ley y de la gracia, de las obras y la fe; que hunde su mirada de águila en las profundidades de los cielos donde, anticipadamente, vive con Jesús; ¿no es también ese discípulo el que había recibido "la revelación de Jesucristo que Dios le había dado para mostrar a sus siervos las cosas que debían acontecer presto?" (Apoc. 1:1.) Era apto, más que cualquier otro, para penetrar en el porvenir del reinado de Dios, para describir en grandes símbolos la lucha terrible del mundo y de la Iglesia y para pintar el triunfo supremo de Aquel al que él invocaba, dirigiéndole este suspiro de "el Espíritu" y de "la Esposa": "¡Vén! ¡Amén, vén, Señor Jesús!" (22:17, 20.)

Se objeta que la mansedumbre, la tierna caridad de Juan no se encuentran en el Apocalipsis, cuyas grandes y severas escenas describen los más terribles juicios de Dios, las espantosas manifestaciones de su ira. Mas el apóstol que ha escrito el evangelio y las epístolas no es ese Juan que se figuran, manso hasta la

debilidad y un tanto afeminado. Es animado de un ardiente amor; pero posee también, y por esa misma razón, el odio implacable al pecado y a la impureza. Excluye absolutamente de la salvación todo lo que no es "nacido de Dios" (Juan 1:13; 3:1 y sig.); denuncia la "ira de Dios" y la "condenación" a todos los que no creen en el Hijo de Dios (3:18, 36); trata de "mentirosos" a los que pretenden tener comunión con Dios y andan en las tinieblas (1ª Juan 1:6), y de "hijos del diablo" a todo hombre que no ama a su hermano (1ª Juan 3:10).

No solamente se comprueban en el pensamiento de ambos escritos estas analogías generales; tienen en común enseñanzas particulares expresadas en términos semejantes. La divinidad eterna de Jesucristo es tan fuertemente afirmada en el Apocalipsis como en el evangelio. El es "el Alfa y la Omega, el primero y el último el principio y el fin" (1:17; 22:13), "el principio de la creación de Dios" (3:14.) Tiene en su mano "los siete espíritus de Dios", señales de la omnipresencia y de la omnipotencia divinas (3:1; 5:6); y cuando le aparece, Juan cae a sus pies como muerto (1:14-17; comp. Ezeq. 1:28; 2:1, 2.) Jesús recibe también el título de "Palabra de Dios" (Apoc. 19:13), con el cual es designado en el prólogo del evangelio (1:1 y sig.) y en la epístola (1) (1:1-3.) El Redentor es descrito como un cordero inmolado que los redimidos celebran en sus cánticos (Apoc. 5:6, 9); este rasgo recuerda la expresión característica: "El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (2)" (Juan 1:29.) La sentencia de Zacarías (12:10): "Verán Aquel que traspasaron," no es aplicada al Salvador crucificado sino en el evangelio (19:37) y en el Apocalipsis (1:7.) En ambos libros, la comunión viva con este Salvador es presentada como una "morada" o "permanencia" que él viene a hacer en los que le reciben por la fe (Juan 14:23; 15:4; comp. Apoc. 3:20); el alimento celestial de los hijos de Dios es comparado al maná, de que los israelitas fueron alimentados en el desierto (Juan 6:49, 50; Apoc. 2:17); las gracias del Espíritu Santo son figuradas por el agua viva que el Señor nos ofrece (Juan 4:10 y sig.; 7:37-39; comp. Apoc. 7:17; 21:6; 22:1, 17); Satanás es el gran adversario del reino de Dios, y es

(1) Comp. J. Bovon, *Teología bíblica del Nuevo Testamento*, 2ª edic., II, p. 501 y sig.

(2) La palabra "cordero" no es la misma, en griego, en ambos escritos; pero esto no impide que apliquen al Salvador la misma figura.

designado en términos que recuerdan la seducción ejercida sobre el hombre en Edén (Juan 8:44; 1ª Juan 3:8; Apoc. 12:9-12; 20:2.) Por último, ciertas expresiones son familiares a ambos escritos: "testimonio", que se encuentra catorce veces en el evangelio y nueve veces en el Apocalipsis; "dar testimonio" —"guardar la palabra de Dios, de Jesús,"— "guardar sus mandamientos".

Con todos estos puntos de semejanza, hay entre las enseñanzas de ambos escritos divergencias que no se podría desconocer. De una manera general, el Apocalipsis tiene un tinte judaico (1) de que el evangelio está exento, y que no resulta solamente de las innumerables tomas hechas del Antiguo Testamento. Pero no hay que equivocarse sobre el valor de esta impresión primera El autor del Apocalipsis es netamente universalista; la salvación es destinada a todos los hombres (5:9; 7:9 y sig.; 21:24-26.) En la visión del cap. 7, parece hacer una posición aparte a Israel. Pero el estudio de ese trozo nos parece establecer que es la Iglesia, el pueblo de Dios bajo el nuevo pacto, lo representado por la figura de las doce tribus. Aun si se debiera distinguir entre los ciento cuarenta y cuatro mil y la multitud innumerable (v. 9 y sig.) para ver en los primeros a judíos, y si se encontrara en el cap. 11 el anuncio de la conversión de Israel como pueblo, no hay que olvidar que el apóstol mismo de los gentiles atribuye a Israel un papel especial en la suerte futura del reinado de Dios (Rom. 9-11.) En la descripción de la nueva Jerusalén, si la ciudad santa tiene "los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel" inscriptos sobre sus puertas (21:12), y si el autor agrega que "se traerá a ella la gloria y las riquezas de las naciones" (21:26), estos rasgos son textualmente tomados de los profetas hebreos. No significan que el cielo será poblado sólo de judíos, ni que los gentiles ocuparán allí una posición subordinada. La "santa ciudad", es la Iglesia glorificada que será compuesta de judíos y de gentiles sin distinción de origen.

En muchos pasajes (2:2-5; 3:1; 13:10; 14:4, 12, 13; 19:8; 20:12, 13), el autor parece admitir que la salvación depende ante todo de las "obras". Mas no se debe olvidar el papel capital atribuído al Salvador presentado, desde las primeras palabras del libro (1:6), como "el cordero", cuya "sangre nos lavó de nuestros pecados". La salvación descansa pues en verdad sobre la redención operada por Cristo. Jesús es el objeto de la fe que salva

(1) Comp. H. J. Holtzmann, *Neutestam. Theologie*, 1897, I, p. 463 y sig.

(14:12.) Si esta fe es asimilada a la paciencia, a la perseverancia (13:10; 14:12), es porque debía hacerse firme en la aflicción. Las obras son a menudo mencionadas, y el juicio por las obras es anunciado (20:12), porque la fe debe producir frutos que muestren su realidad. El autor del Apocalipsis no enseña otra cosa que el apóstol Pablo (1) (2ª Cor. 5:10.)

Es en las cosas finales donde el Apocalipsis difiere más del cuarto evangelio. Ambos escritos nos dan de la consumación de la salvación dos ideas absolutamente opuestas, en apariencia. En el evangelio, la salvación es presentada como la vida eterna que el creyente posee ya en este mundo por su comunión con Cristo Jesús. "El que cree en mí tiene la vida eterna" (Juan 6:47); "pasó de la muerte a la vida" (Juan 5:24.) Esta salvación parece destinada a extenderse gradualmente a la humanidad entera: "Cuando hubiere sido levantado, atraeré a todos los hombres hacia mí" (Juan 12:32.) En el Apocalipsis, el reinado del Cristo se establecerá a raíz de una crisis repentina que será suscitada por el próximo regreso del Señor. Este regreso será precedido y acompañado de catástrofes de toda suerte. El Señor herirá y reducirá a la impotencia a los que se opongan a su reinado. Aquí también, hay que cuidarse de exagerar la diferencia. La idea del juicio no está ausente del evangelio (5:20-30.) El porvenir del reinado de Dios no es presentado en él como un pacífico desarrollo. "Tendréis tribulaciones en el mundo, dice Jesús a sus discípulos, más tened buen ánimo, yo he vencido al mundo" (16:33; comp. 15:18 y sig.) La lucha entre las tinieblas y la luz es enteramente moral y espiritual en el evangelio; en el Apocalipsis, aparece más externa y material, aun si no se interpretan al pie de la letra sus visiones simbólicas. La bestia (cap. 13 y 17) figura en realidad una potencia política. Esta potencia, hostil a la Iglesia, se personifica en un emperador, que será el último y principal adversario del Cristo. En la primera epístola, que se acerca al evangelio, es anunciado el advenimiento de un Anticristo, que será un falso doctor, "negando el Padre y el Hijo". Saldrá del seno de la Iglesia: los anticristos sus precursores, por lo menos, han pertenecido a la Iglesia (1ª Juan 2:18-23.) Mas no nos parece de ningún modo demostrado que "la bestia" del Apocalipsis y el Anticristo de la epístola sean el mismo personaje. El autor del Apocalipsis no aplica al misterioso adversario cuya manifestación predice

(1) Comp. J. Bovon, *Teología del Nuevo Testamento*, 2ª edic., I, p. 494-499.

nombre de Anticristo; este término jamás es empleado en su libro. Y aun si ciertos rasgos del retrato que traza de él son tomados de una tradición apocalíptica general y prueban que es realmente el Anticristo lo que tiene en vista (1), ¿no se puede admitir que había llegado cuando escribió la epístola, a una noción más espiritual de ese antagonista del Cristo? ¿No es uno llevado a emitir la misma suposición para toda su doctrina de las cosas finales? Baur ha caracterizado el cuarto evangelio con una frase que señala exactamente sus relaciones con nuestro libro. Lo ha llamado: "un Apocalipsis espiritualizado (2)." Esto es verdad sobre todo de las cosas finales del evangelio. "Si comparamos esta enseñanza tan sobria con la del Apocalipsis, dice J. Bovon, la impresión que se impone es que Juan deja caer la corteza para guardar el meollo, es que da la substancia contenida en la doctrina cristiana primitiva. La doctrina de las cosas finales que había profesado en otro tiempo y que era la de sus contemporáneos, la despoja de lo que tenía de externo y de material, a fin de desprender en toda su pureza la idea religiosa y moral (3)."

Concluimos que, a pesar de sus diferencias, tan notables a primera vista, pero que son más aparentes que reales, el Apocalipsis y el evangelio pueden ser del mismo autor (4). Este autor es, a nuestros ojos, el apóstol Juan, hijo de Zebedeo.

VI

EPOCA DE LA COMPOSICION DEL APOCALIPSIS

Las ideas contenidas en el Apocalipsis aparecen en el evangelio desarrolladas, espiritualizadas y más completamente desprendidas de su cobertura judaica. Si ambas obras son del mismo autor, el Apocalipsis es pues anterior al evangelio. Por esto, de las dos fechas que se asignan a su composición, los años que siguieron a la muerte de Nerón y el fin del reinado de Domiciano, la primera nos parece la más verosímil (5). Es confirmada

(1) Comp. Bousset, *Der Antichrist in der Ueberlieferung*, 1895; y el artículo *Antichrist* por Sieffert, *Enciclopedia* de Herzog, 3ª edic., tomo I, p. 577 y sig.

(2) *Krit. Untersuchungen über die kanonischen Evangelien*, p. 380.

(3) *Teología del Nuevo Testamento*, 2ª edic., II, p. 554.

(4) "Es, dice Harnack, el mismo espíritu y la misma mano." *Chronologie*, I, p. 675.

(5) Esta opinión es la de E. Renan, Reuss, Farrar, Beyschlag; de B. Weiss, *Einleitung*, párr. 35, 3ª edic., p. 363-371; de J. Bovon, *Teología del Nuevo Testamento*, 2ª edic., II, p. 459-464; y de varios otros.

por indicaciones precisas que se encuentran en el escrito mismo. 1º La visión del cap. 11 versículos 1 y 2, donde Juan recibe orden de medir el templo de Dios. Era sin duda un acto simbólico que no debía ser ejecutado; pero la orden dada al vidente se comprende mejor mientras el templo subsistía que después de su ruina. Lo que, por lo demás, corta la cuestión, es la prescripción que sigue: "En cuanto al atrio exterior del templo, déjalo fuera y no lo midas, pues es abandonado a los *gentiles*, y *hollarán* la santa ciudad durante cuarenta y dos meses" (v. 2.) Las palabras en bastardilla son tomadas del discurso en que predice Jesús la toma de Jerusalén por los romanos. Este es, pues, el acontecimiento designado en nuestro texto, y es presentado en él como un suceso aún futuro. 2ª La explicación que el autor da en 17:10, 11 (véase la nota) de las siete cabezas de la bestia. Ellas figuran siete emperadores romanos. Cinco han caído: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. El sexto, que ocupa el trono en el momento de la visión, es, según la mayor parte de los intérpretes, el sucesor inmediato de Nerón, Galba, que reinó del 9 de junio del 68 al 15 de enero del 69. Con Düsterdieck y B. Weiss, pensamos que el autor designa más bien a Vespasiano. Juan habría escrito pues su libro a principios del 70. Quizás, hasta contempló la visión en Patmos, el día de pascua del año 70, como lo supone Düsterdieck, quien entiende con esta expresión: "el día del Señor" (1:10), el aniversario mismo de la resurrección de Jesucristo (1).

A la idea de que el Apocalipsis haya aparecido entre 68 y 70, se opone diversas consideraciones que harían colocar su composición a fines del reinado de Domiciano, por el año 95 (2). Es primero el testimonio de Ireneo, quien escribe (*Adv. haer.*, libro V, 30, 3) a propósito del nombre de la bestia, figurado por el número 666 (13:18): "Si ese nombre hubiera debido ser claramente anunciado en nuestro tiempo, habría sido pronunciado por el mismo que ha visto el Apocalipsis, pues no hace mucho tiempo que ha sido visto, sino casi en nuestra generación, hacia fines del reinado de Domiciano." Muchos intérpretes consideran "el Apocalipsis" como sujeto del verbo "ha sido visto". Esta explicación no se impone. Se podría con igual razón suponer que ese sujeto es Juan, único capaz de dar la llave del enigma, y que vivía aún

(1) *Handbuch über die Offenbarung Johannis* (colecciones Meyer) 4ª edic., p. 56.

(2) Comp. H. J. Holtzmann, *Einleitung*, 3ª edic., p. 418, 419, Bousset, *Die Offenb. Johannis*, 1896, p. 146-148; 161-163. Harnack, *Chronologie*, I, p. 245.

a fines del reinado de Domiciano. El antiguo traductor latino de Ireneo sobrentiende como sujeto: "la bestia". El sentido del pasaje de Ireneo es pues muy poco cierto para servir a fijar la fecha del Apocalipsis (1). Se fundan también en la tradición según la cual Juan habría estado desterrado en Patmos, cuando tuvo la visión del Apocalipsis. Ahora bien: se sabe que Domiciano tenía la costumbre de relegar a islas desiertas a los que habían incurrido en su desagrado. Mas no es seguro que el apóstol haya estado relegado en Patmos. Su destierro es mencionado por primera vez por Clemente de Alejandría, luego por Orígenes. La opinión de esos Padres está basada probablemente en una interpretación de Apocalipsis 1:9, que es disputada por muchos. Y aun si, en ese pasaje, quisiera Juan decir que estaba relegado en Patmos, ¿qué impide admitir que lo fuera antes? Clemente y Orígenes no nombran al "tirano" que desterró al apóstol, y Tertuliano parece colocar el hecho en la época de Nerón (2). (*De praescr. haer.* 36; comp. *scorp.* 15.)

Otros argumentos son sacados del libro mismo. En el momento en que fué escrito, mártires en gran número habían ya sellado con su sangre el testimonio que habían dado al Cristo. Se impacientan de que Dios tarda en hacerles justicia (6:10; 16:6.) Esta situación corresponde, dícese, a fines del reinado de Domiciano, durante el cual la persecución ejercida contra los cristianos había sido general, sistemática; los había alcanzado por primera vez como cristianos, y a causa de su negativa a rendir homenajes divinos a la estatua del emperador. La masacre de los cristianos de Roma por Nerón, en 64, no fué una persecución por causa de religión, sino un expediente por el cual ese gran criminal tentó de apaciguar el rumor público, que le acusaba de haber incendiado su capital, apartando la ira del pueblo sobre una secta mal mirada. Se puede responder que las crueldades de Nerón para con los cristianos de Roma no se ejercieron solamente en otoño del 64, sino también en los años siguientes, y que hicieron numerosas víctimas, entre las cuales los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo. Tuvieron con ello inmensa y dolorosa repercusión en todas las iglesias. La "grande Babilonia", la ciudad de las "siete colinas", les aparece como "una mujer embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús" (17:6.) Es probable por otra parte que la sangre de los discípulos del Cristo no corriera en Roma solamente. El ejemplo dado en la capital fué imitado en otras regiones, en Asia Menor en particular, donde el culto de los emperadores florecía y donde reinaba el fanatismo más ardiente (2:13.) Por lo demás, si los cristianos ya han tenido que sufrir, tienen aún en perspectiva una persecución más terrible que todas las precedentes y en la cual Juan ve el supremo asalto de Satanás contra la Iglesia (12: 12, 17; 13:7.) Todo el objeto de su profecía es el de preparar los fieles a la lucha dándoles la certeza de la victoria, y dirigiendo sus miradas hacia el Señor, que volverá pronto para herir a sus adversarios con un justo castigo (19:11-16.) Ahora bien: tales preocupaciones por el porvenir, ¿no eran más naturales durante el reposo de que la Iglesia disfrutó bajo el reinado de Vespasiano que después de las largas y crueles persecuciones de Domiciano? En todo caso, hubiera sido difícil, a fines del primer siglo, el fortalecer la Iglesia con la esperanza del regreso inminente de su Jefe, pues esta esperanza se había debilitado mucho entonces y los escritores de esa época, en lugar de poder fundarse en la espera universal de ese regreso, debían combatir a los que decían: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Desde que nuestros padres han muerto, todas las cosas permanecen en el mismo estado." (2ª Pedro 3:4 y sig.) El Apocalipsis, que está lleno, desde el principio hasta el fin, de la ardiente convicción de que Cristo va a volver y hacer triunfar su reinado (1:1, 3; 3:11; 22:6, 7, 10, 20), ¿puede acaso haber nacido en esa época tardía? Lo que él nos deja entrever de la conducta de los judíos para con la Iglesia conviene también mejor a los tiempos de Nerón que a los de Domiciano. Aparecen como los instigadores de las violencias ejercidas contra los cristianos (2:9, 10; 3:9); ahora bien: Domiciano los persiguió lo mismo que a los cristianos, mientras que bajo Nerón gozaban de cierta influencia, gracias a la protección de Popea, la favorita del emperador, que Josefo designa como prosélita. Además, desde el 68, la guerra que los romanos les hicieron en Judea sobreexcitó su fanatismo y les impelió, en diversos lugares, a manifestar su hostilidad contra los cristianos.

Se fundan por último y sobre todo en el estado espiritual

(1) Comp. J. Bovon, *Teología del Nuev. Test.*, 2ª edic., II, p. 459.
(2) Comp. B. Weiss, *Einleitung*, 3ª edic., párr. 33, 5, p. 347.

de las iglesias de Asia (1), atestado por las cartas que le son dirigidas (cap. 2, 3.) Su vida y su fe se han relajado. Efeso ha perdido su primer amor (2:4, 5); Sardis tiene la reputación de estar viva, pero está muerta (3:1); Laodicea es tibia y amenazada de ser definitivamente desechada (3:16.) En todas, la herejía, acompañada de inmoralidad, ejerce sus estragos. Tal decadencia supone iglesias envejecidas que tienen un largo pasado detrás de sí. Ahora bien: si el Apocalipsis hubiera sido escrito en 70, no habrían contado más que una quincena de años de existencia. Su fundador, Pablo, las había dejado en 58, después de un ministerio prolongado en Efeso, y en 62 sus epístolas a los Efesios y a los Colosenses no hacen presentir una declinación tan rápida. Para apreciar el valor de esta objeción, es necesario considerar primero que las siete iglesias de Asia no son todas igualmente atacadas: Esmirna y Filadelfia no reciben más que alabanzas, y en cuanto a las demás, palabras de aprobación se mezclan con las censuras. Hay que recordar también que los primeros síntomas del mal aparecían ya cuando Pablo ejercía su ministerio en Asia, y que al despedirse de los ancianos de Efeso, el apóstol les decía: "Yo sé que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán el rebaño." (Act. 20:29, 30.) Resulta de las advertencias y recomendaciones de Pablo a Timoteo, que residía entonces en Asia Menor, que, en los años 64 a 67, el mal tomó desarrollo (1ª Tim. 1:6-11, 19, 20; 4:1-3; 6:3, 20, 21; 2ª Tim. 2:14-21; 3:1-9.) Se comprende que este decaímiento de la vida de las iglesias se haya producido durante el período de una decena de años que transcurrió entre la partida de Pablo y la llegada de Juan. Se explicaría más difícilmente al término del largo ministerio de Juan. Los resultados de éste han sido exactamente caracterizados por F. Godet: "Clemente de Alejandría describe así el ministerio de edificación y de organización que ejercía el apóstol en Asia: "Visitaba las iglesias, establecía obispos y regulaba los asuntos." Rothe, Thiersch, Neander mismo, atribuyen a la influencia ejercida por él la constitución tan firme de las iglesias de Asia Menor en el segundo siglo... La historia comprueba así el paso, por esas iglesias, de un apóstol eminente tal como san Juan, que coronó el edificio

(1) F. Godet, *Ensayo sobre el Apocalipsis, Estudios bíblicos*, Nuevo Testamento, 5ª edic. p. 338. Zahn, *Einleitung*, párr. 73, 2ª edic., II, p. 61-615. Jülicher, *Einleitung*, p. 222.

levantado por Pablo. Pero el más hermoso monumento del paso de Juan por esas regiones es la madurez de fe y de vida cristiana a que fueron elevadas por su ministerio las iglesias de Asia (1)." No es admisible que después de treinta años de un ministerio semejante, hayan presentado los caracteres que aparecen en las epístolas del Apocalipsis. Estas nos las muestran tales cuales eran aún en los primeros años que siguieron la llegada de Juan al Asia Menor. Los peligros que corrían habían estado sin duda entre los motivos que decidieron al apóstol a fijarse en medio de ellas.

Algunos indicios de detalle, que se alega aún para fijar la aparición del Apocalipsis a fines del siglo no nos parecen probatorios (2): 1º "el ángel" de las iglesias (2:1, etc.) no es el obispo. (Véase 1:20, 3ª nota.) 2º La expresión: "El que lee..." (1:3) no supone una lectura litúrgica, sino una lectura hecha en alta voz delante de un círculo de oyentes; era el medio más sencillo de hacer conocer escritos de que no se podía, por el costo, multiplicar las copias. Los cristianos recurrieron a él desde el principio para extender el conocimiento de las cartas de sus conductores espirituales (Col. 4:16.) 3º Nada se opone a que el nombre de "día del Señor" (1:10) haya sido dado, desde el año 70, al primer día de la semana, puesto que, muy anteriormente ya, ese día era puesto aparte entre los cristianos (1ª Cor. 16:2; Act. 20:7.)

VII

INTERPRETACION DEL APOCALIPSIS

Las interpretaciones que este libro enigmático ha recibido en el curso de los siglos son innumerables. Sería necesario un volumen para trazar su historia. Trataremos de resumirla a grandes rasgos, antes de indicar el sistema que adoptamos.

Las explicaciones que han sido dadas del Apocalipsis, por diversas que sean en el detalle, pueden ser clasificadas en tres grupos, según la idea que sus autores se hacen del asunto tratado en la "Revelación" y del campo que abarca; y en dos grupos, según el plan y la marcha general que atribuyen a la obra.

Bajo el primer punto de vista, se distingue: *a*) Los intérpretes que ven en el Apocalipsis un cuadro profético de la historia

(1) *Comentario sobre san Juan*, 4ª edic., I, 75.
(2) Comp. F. Godet, *Estudios bíblicos*, 5ª edic., II, p. 339-342.

de la Iglesia desde la primera venida del Cristo hasta su glorioso regreso. Este sistema, llamado *histórico*, ha sido aplicado con predilección durante largo tiempo; hoy es casi completamente abandonado por los exégetas de alguna autoridad. No quedan delante más que las dos escuelas siguientes: *b*) Muchos teólogos, considerando que el tema de la Revelación, es la vuelta del Señor y los acontecimientos que la precederán inmediatamente (1:1, 7), piensan que todos los hechos anunciados en las visiones, a partir del cap. 4, son aún venideros y se producirán al fin de los tiempos. Es el sistema *futurista* o *escatológico*. *c*) Otros sabios, aplicando el método *crítico* y *exegético*, procuran menos adivinar los acontecimientos pasados o futuros figurados en las visiones del Apocalipsis, que explicar estas últimas colocándose en el punto de vista del autor y compenetrándose de su espíritu. Parten de este hecho: que Juan, con toda la Iglesia primitiva, esperaba el regreso de Cristo en un porvenir cercano, y que contemplando los acontecimientos que debían precederlo, creía ver, como dice, "las cosas que deben acontecer pronto" (1:1.) Infieren de ello que su mirada profética es limitada al horizonte de la historia de su tiempo. La potencia del mundo que se opone a Jesucristo y a su reinado, es el imperio romano. El vidente contempla su caída cercana (cap. 17 a 19), que será seguida del regreso del Señor y del fin de la presente economía.

Se puede también repartir en dos clases las explicaciones del Apocalipsis, según que sus autores estimen que los acontecimientos descriptos en las visiones se suceden en un *orden cronológico*, o piensen que las series de los siete sellos, de las siete trompetas, de las siete copas abarcan cada una la totalidad del porvenir, trazando un cuadro cada vez más completo del futuro de la humanidad desde la aparición del cristianismo hasta el fin de los tiempos. Se ha dado a este último sistema, siguiendo a san Agustín, quien lo puso en boga, el nombre de sistema de las *recapitulaciones* [1].

---

[1] La reciente obra de Antonio Reymond, *El Apocalipsis* (Lausanne, Georges Bridel & Cº. 1904), presenta una interesante aplicación de este método. "La estructura de este libro, dice el autor, se asemeja a una espiral... En cada círculo de las cinco primeras visiones (cap. 1 a 19), los acontecimientos son llevados hasta el regreso de Jesús; de modo que pasando de un círculo a otro, no se adelanta en el orden de los tiempos, sino que se contempla sucesivamente las cinco fases del reino, cuya historia se presenta bajo otros tantos puntos de vista diferentes." (pág. 128.)

Los primeros escritores eclesiásticos parecen haber tratado ocasionalmente ciertas partes del Apocalipsis más bien que haber compuesto explicaciones seguidas del libro entero. Eusebio menciona (*Hist. eccles.*, 4, 26) un escrito de *Melitón de Sardis* (por el 180) bajo este título extraño: *Del diablo y del Apocalipsis de Juan.* No se podría decir si *Clemente de Alejandría* comentó el Apocalipsis. *Orígenes* explica muchos pasajes de él en sus otras obras exegéticas. Su discípulo, *Dionisio de Alejandría* (por el 250), cuya oposición al Apocalipsis se conoce (comp. pág. 385), bosquejó una interpretación espiritualizante en su tratado antiquiliasta: *De las promesas*, de que sólo algunos fragmentos han llegado hasta nosotros. Su influencia fué tal, y arrojó tanto disfavor sobre el Apocalipsis, que es necesario descender hasta el año 580 para encontrar en la Iglesia de Oriente un comentario completo de este libro. Tuvo por autor *Andrés de Cesárea*, que reacciona contra la tendencia idealista de los alejandrinos y se acerca a las concepciones de Ireneo y de Hipólito. Las siete cabezas (17:9, 10) son siete reinos: el sexto es Roma; el séptimo, Constantinopla.

La Iglesia de Occidente produjo los trabajos más antiguos y más considerables sobre el Apocalipsis. *Ireneo*, en su gran obra *Contra las herejías*, explica los cap. 13 y 17 combinándolos con Daniel 2 y 7. Admite el reinado terrestre de mil años que seguirá a la derrota del Anticristo. *Hipólito*, discípulo de Ireneo, escribió un comentario sobre el Apocalipsis, del que no nos ha llegado más que algunas citas. El más antiguo comentario completo sobre el Apocalipsis que poseemos [1] es el de *Victorino*, obispo de Pettau, mártir en 303. Sigue como sistema de interpretación bien definido el de las recapitulaciones. Sus ideas son realistas. La bestia (cap. 17), es Nerón que volverá de los infiernos, bajo un falso nombre y en calidad de rey de los judíos. Impondrá la ley de Moisés y forzará a los cristianos a hacerse circuncidar. Por el año 380, apareció otro comentario que ejerció una grande influencia sobre las interpretaciones subsiguientes, el del donatista *Ticonio*. A la inversa de Victorino, se inspiró de concepciones espiritualistas y antiquiliastas. El reinado de mil años (cap. 20) es el período entre el momento en que Cristo, por su primera venida, "ató al hombre fuerte" (Mar. 3:27; comp. Apoc. 20:2), y el de su regreso al final de los tiempos. Ticonio encuentra pre-

---

[1] Comp. Bousset, *o. c.*, p. 56.

dichos en el Apocalipsis los sufrimientos de los donatistas que constituían la verdadera Iglesia del Cristo, mientras que la Iglesia católica, apelando contra ellos al brazo secular y aliándose así a la bestia, ha caído. La verdadera Iglesia se separa de ella en todas partes; quien rehusare salir de su seno no tendrá más tiempo de arrepentirse antes de que estalle la grande persecución final ejercida por el Anticristo. Ticonio explica el curso de las visiones según un sistema de recapitulaciones bastante complicado. *Agustín* le sigue en el método, que consagra con su autoridad. Como él, espiritualiza el Apocalipsis y estima que el reinado de mil años empezó con el nacimiento de Cristo (*Ciudad de Dios,* XX, 7-17); pero rechaza naturalmente las concepciones de Ticonio sobre la Iglesia católica. Hecho digno de notar, estos dos primeros comentarios de nuestro libro, el de Victorino y el de Ticonio, encierran ya en germen todas las explicaciones que han sido dadas de él más tarde. Gracias a Ticonio, la interpretación idealista fué por largo tiempo dominante.

Pasamos en silencio muchos representantes de esta interpretación en los primeros siglos de la edad media. Las concepciones de Ticonio sobre el reinado de mil años contribuyeron a extender en la cristiandad la espera general del fin del mundo para el año 1000.

El abad *Joaquín de Flore* (muerto en 1202) imprimió una dirección nueva a la explicación del Apocalipsis. La historia del mundo se divide según él en tres períodos: 1º la edad del Padre, que nos cuenta el Antiguo Testamento; 2º la edad del Hijo, que empieza con el Nuevo Testamento y debe durar como la precedente 42 generaciones; 42 es el número de las generaciones enumeradas en la genealogía de Mateo 1:1-17 y que son designadas como 42 *meses* en Apocalipsis 11:2; se extienden sobre un período de 1260 años (los 1260 *días,* en Apoc. 11:3); en el año 1260 pues se abrirá una era nueva; 3º la edad del Espíritu Santo, que era anunciado como el reinado de mil años. Será el período de la vida ascética y contemplativa. Los siervos de Dios serán ligados por votos de castidad (Apoc. 20:6; comp. 14:4.) Será la era meditativa de Juan, sucediendo al período activo de Pedro. La cristiandad será con ello renovada. Las profecías del abad Joaquín parecieron realizadas y sus cálculos relativos al año 1260 confirmados por la fundación de las grandes órdenes de franciscanos y dominicos, que contribuyeron a la reforma de la iglesia. Como

Joaquín se levantaba contra la corrupción del clero secular y del papado, y mostraba ese decaimiento de la iglesia predicho en el Apocalipsis, su comentario gozó largo tiempo de extenso crédito en ciertas ramas de las órdenes mendicantes, luego sobre todo en las sectas herejes y en los precursores de la Reforma.

En el siglo siguiente, *Nicolás de Lira* da por primera vez en su comentario, que apareció en 1329, una aplicación de las visiones del Apocalipsis a la historia del mundo y de la Iglesia. Los siete sellos nos conducen hasta el fin del reino de Domiciano; las siete trompetas representan las grandes luchas contra los herejes; las siete copas las cruzadas. Satanás atado por mil años (cap. 20) figura la fundación de la orden de los hermanos predicadores (domínicos). Todos los intérpretes subsiguientes se metieron en esa senda errónea de la búsqueda de los hechos históricos predichos en el Apocalipsis. Los exégetas protestantes, después de la Reforma, practicaron este método con predilección.

Se ha visto (pág. 385) el poco caso que *Lutero* hacía del Apocalipsis. Sólo en el prefacio de 1534 bosquejó una interpretación de este libro. En los siete sellos, ve calamidades generales. Las siete trompetas señalan las luchas contra los herejes y enemigos de la Iglesia, la sexta la invasión de los Sarracenos. El librito del cap. 10, dulce a la boca y amargo a las entrañas, es la institución del papado; las dos bestias del cap. 13 figuran el papado y el imperio aliados. El papado ha sanado la herida mortal del imperio suscitando, en lugar del imperio pagano destruído, el santo imperio romano de nación germánica. Gog y Magog son los turcos, que han aparecido mil años después que Juan contempló la visión de Patmos. Tales son algunas de las concepciones originales que Lutero sembró en una interpretación por lo demás arbitraria como las que le habían precedido. Siguiendo a Lutero, la mayor parte de los teólogos protestantes se hicieron del Apocalipsis un arma contra Roma.

Entre los reformados, hay que señalar a *Francisco Lambert,* de Aviñón, cuyo comentario apareció en Marburgo, en 1528. El papa y los turcos no son sino precursores del Anticristo, cuya terrible manifestación es aún futura. Su derrota será seguida del milenio que Lambert concibe en el sentido quiliasta. *Teodoro Bibliander,* profesor de Zurich (muerto en 1564), publicó en 1547 una explicación que salía de las sendas trilladas y se acerca, en su segunda parte, a las interpretaciones modernas. Los siete se-

llos resumen la historia del mundo, desde Adán hasta los últimos tiempos. En el cap. 11 es anunciado el concilio de Constanza, que duró 42 meses. Con el cap. 12 empieza un nuevo cuadro de la historia de la Iglesia, en aplicación del sistema de las recapitulaciones. La Iglesia judía pare el Cristo, que es perseguido por Herodes desde su nacimiento y arrebatado al cielo después de su muerte. La mujer que huye es la Iglesia que es perseguida por los judíos. El dragón que persigue "el resto de los hijos de la mujer", figura las violencias ejercidas por Nerón contra los cristianos. La bestia (cap. 13) es el imperio romano; su herida mortal, la muerte de Nerón, con quien se apaga la raza de los Césares. Esta herida es curada por el advenimiento de Vespasiano, quien restablece el imperio conmovido. *Bullinger* adoptó las concepciones de su colega para la explicación de los cap. 12, 13 y 17.

Los teólogos católicos sintieron la necesidad de modificar la explicación tradicional del Apocalipsis, que hacía de él un arsenal donde los protestantes sacaban armas contra ellos [1]. Hicieron hacer así a la interpretación del libro un real progreso, mostrando cuán vano era querer hallar en él toda la historia de la Iglesia, y qué arbitrio reinaba en esas tentativas. Los jesuítas sobre todo se aplicaron a esta tarea y produjeron trabajos de verdadero valor exegético. Por una parte *Francisco Ribeira*, por el año 1578, transporta a los últimos tiempos todo lo que sigue al sexto sello. Por otra, *Luis de Alcázar*, en 1614, en una obra de inmensa erudición, que "inaugura la explicación científica del Apocalipsis [2]", muestra que este libro no describe los últimos tiempos, sino los primeros tiempos de la Iglesia, sus luchas contra la sinagoga primero, hasta el cap. 11, donde figura la ruina

(1) El décimo séptimo sínodo nacional de las iglesias reformadas de Francia (1603) añadió a los treinta artículos de la confesión de La Rochela un trigésimo primero sobre el Anticristo: "Puesto que el obispo de Roma, habiéndose levantado una monarquía en la cristiandad,... se ha elevado hasta nombrarse Dios,... creemos y mantenemos que es propiamente el *Anticristo* y el *Hijo de perdición* predicho en la Palabra de Dios, bajo el emblema de la ramera vestida de escarlata, sentada sobre las siete colinas de la grande ciudad que tenía su reinado sobre los reyes de la tierra; y esperamos que el Señor, deshaciéndolo por el Espíritu de su boca, lo destruirá finalmente por la claridad de su advenimiento, como lo ha prometido y ya empezado a hacerlo." El último sínodo nacional (Loudun, 1659), invitado por el comisario del rey a no emplear más semejantes expresiones hablando del papa, respondió: "Es la doctrina que nuestros padres han mantenido en nuestros tiempos más crueles y que nosotros hemos resuelto, a su ejemplo, no abandonar jamás, con la gracia de Dios". Comp. L. Gaussen, *El sumo Pontífice*, Ginebra 1843.

(2) Bousset, *o. c.*, p. 107.

de Jerusalén, luego contra la Roma pagana (cap. 13-19.) El ángel que ata a Satanás (cap. 20), es el emperador Constantino. El reinado de mil años comienza con su advenimiento y se prolongará —la cifra es simbólica— hasta el fin del mundo. Alcázar rompe con el sistema de las recapitulaciones que, desde tan largo tiempo, dominaba la exégesis. Fué seguido, en cierta medida, por *Bossuet* quien, en su explicación (1688), destinada a refutar al protestante Jurieu, muestra que el tema del Apocalipsis es la lucha de la Iglesia contra el imperio romano, de Trajano a la toma de Roma por Atila. La mayoría de los intérpretes católicos adoptan este punto de vista, que les permite establecer que "Babilonia" es la Roma pagana, y de ningún modo la de los papas. Una minoría sigue la interpretación futurista de Ribeira.

Entre los protestantes, *Hugo Grotius* (1664) tomó toda su exposición salvo algunas observaciones filológicas, de Alcázar. Fué el precursor de la crítica de nuestros días por su hipótesis de varias visiones que Juan habría tenido en épocas diversas, las primeras relativas a Jerusalén, en tiempos de Claudio, las últimas en tiempos de Vespasiano. El inglés *Hammond* reprodujo las concepciones de Grotius, mientras que muchos intérpretes de la misma nación, siguiendo a *Joseph Mede* (1627), se esforzaban aún en hallar los acontecimientos de la historia en el Apocalipsis y, aplicándole un sistema de sincronismo muy complicado, en calcular según sus datos el fin del mundo. El método de Mede fué introducido en Holanda por *Vitringa* (1705), quien ve ya en las siete epístolas un cuadro de la historia de la Iglesia. Evita sin embargo calcular la fecha del regreso de Cristo. El reinado de mil años es futuro y será terrestre. Vitringa defiende las concepciones quiliastas de los antiguos Padres de la Iglesia. Ejerció por esto influencia sobre los círculos pietistas en Alemania. El sistema que él representa fué principalmente aplicado por el ilustre exégeta wurtemburgués *J. A. Bengel*, cuyo comentario apareció por primera vez en 1740. Para Bengel también, las siete epístolas describen las fases sucesivas que la Iglesia ha atravesado. Si los cap. 2 a 9 nos ofrecen una pintura del pasado, los cap. 10 a 14 se refieren a los acontecimientos en curso. Desde el cap. 15, todo es venidero. La ordenación del Apocalipsis es pues esencialmente cronológica. Bengel había anunciado que el regreso de Cristo y el comienzo del reinado de mil años tendrían lugar en 1836. A Vitringa pretende también allegarse *Joaquín Lange*, discípulo de

Spener (Halle, 1730). Presenta, como él, una concepción quiliasta del milenio; mas demuestra con fuerza que, desde el cap. 4, todo se refiere a los últimos tiempos.

El despertar del espíritu crítico y del sentido histórico, en el siglo XVIII, hizo prevalecer, en un número creciente de intérpretes, el sentimiento de que era necesario explicar el Apocalipsis teniendo en cuenta, ante todo, las circunstancias del tiempo en que fué compuesto. Para *Abauzit* (1733), "el Apocalipsis, escrito en tiempos de Nerón, es propiamente una extensión de la profecía del Salvador sobre la ruina del estado judaico." Fué seguido por *Herder* (1779) quien, en su lenguaje pintoresco, realza la poesía del Apocalipsis y la defiende contra la crítica denigrante de *Semler*. Es "un libro para todos los corazones y todos los tiempos, que contiene la esencia del cristianismo y de la historia del mundo."

Entre los teólogos del siglo XIX, algunos buscan todavía la explicación del Apocalipsis en los acontecimientos de la historia. Así *Hengstenberg* (1849), para quien el reinado de mil años ha sido el santo imperio romano de nación germánica. Tuvo fin en 1848 y ha sido reemplazado por el reinado de la demagogia, figurada por Gog y Magog. Igualmente *Ebrard* (1853), quien reanuda la antigua interpretación protestante, según la cual Babilonia es la Roma de los papas; el inglés *Elliot* en sus *Horae apocalypticae* (1851); *Luis Gaussen*, en *Daniel el Profeta* (1); *F. de Rougemont*, en *La Revelación de san Juan explicada por las Escrituras y explicando la historia* (1866.)

Otros intérpretes se distinguen de los precedentes en que hallan en el Apocalipsis no tanto la indicación de los hechos particulares de la historia de la Iglesia como la de las leyes generales según las cuales el reinado de Dios debía desarrollarse y de las fases principales de ese desarrollo. Este método ha sido inaugurado por *Auberlen*, en 1854. El punto más original de su explicación (2) es establecer que la mujer del cap. 12, símbolo de la Iglesia, reaparece en el cap. 17 como ramera, porque la Iglesia se ha hecho infiel a su Esposo aliándose al poder civil. Las siete

(1) Expuesto en una serie de lecciones para escuela dominical; 3 volúmenes, 1848-1850. Los principales pasajes del Apocalipsis son explicados allí, véase sobre todo en el tomo III, p. 206 y sig.

(2) Este libro fué traducido al francés por H. de Rougemont, *El profeta Daniel y el Apocalipsis de san Juan*, 1880.

cabezas de la bestia representan siete imperios. Los cinco ya caídos son Egipto, Asiria, Babilonia, el imperio medo-persa, el imperio griego. La sexta es Roma y la séptima el imperio germano-eslavo.

F. Godet (1), bien que aprobando el camino abierto por Auberlen, reprocha a este autor el "haberse inclinado demasiado del lado de los que descubren en el cuadro apocalíptico más indicaciones históricas de las que realmente contiene." Está persuadido de "que las intuiciones del profeta se refieren únicamente a las grandes luchas que constituyen la marcha *religiosa* de la humanidad (2)". Desde este punto de vista, bosqueja una interpretación según la cual el principal papel en el drama apocalíptico es desempeñado por el pueblo judío. El aparece, en el cap. 7, representado por los 144.000 que son puestos aparte, aunque no sean aún discípulos de Cristo; cuando reaparecen en el cap. 14, han reconocido en Jesús el Mesías y están listos a combatir bajo las órdenes del Cordero (3). El cap. 11 nos cuenta la conversión de Israel. La ciudad y el atrio entregados a los gentiles representan la defección de la mayor parte del pueblo, que se torna en "una nación moralmente paganizada." Mas la porción selecta de los 144.000 permanece fiel y, después del ministerio de los dos testigos y las señales que siguen a su muerte, la masa del pueblo se convierte (4). La mujer que pare al Mesías (cap. 12) es el reino de Dios que se realiza sobre la tierra por la aparición del Cristo glorificado. Satanás precipitado del cielo, es decir privado por la conversión de los paganos del culto idólatra que éstos le tributaban, suscita, del seno de Israel, el Anticristo. Para Juan como para Pablo, en 2ª Tesalonicenses 2, el Anticristo es un "Mesías judío", no "un personaje político, sino más bien un genio religioso anticristiano (5)". Este origen judío del Anticristo es confirmado por Apocalipsis 17:10, 11, donde la quinta cabeza figura la nación judía. La herida mortal que le ha sido infligida, es la destrucción de Jerusalén en 70. Su curación (13:3) es la restauración política de Israel. Vuelto a ser una nación, Israel se glorificará bajo el reinado de su falso Mesías; formará el oc-

(1) *Ensayo sobre el Apocalipsis, Estudios bíblicos*, II, Nuevo Testamento, 5ª edic., p. 288 y sig.

(2) Id., p. 359.

(3) Id., p. 362.

(4) Id., p. 371.

(5) Id., p. 383.

tavo reino de la serie, después de haber sido en otro tiempo el quinto (1).

Numerosos intérpretes, cuyas explicaciones no es posible analizar ni aun enumerar, relegan más o menos a los últimos tiempos el cumplimiento de la mayor parte de las visiones del Apocalipsis. Mencionemos los trabajos de *Hofmann* (2), de *Burger* (3), de *J. T. Beck* (4); el sabio comentario de *Kliefoth* (5), el de *Lange* (6); las interpretaciones más populares de *Grau* (7), de *Endemann* (8), etc.

Estos intérpretes son inducidos a referir al porvenir y a los últimos tiempos, el cumplimiento de todo el cuadro apocalíptico, porque las tentativas de sus predecesores les han mostrado a qué arbitrio queda entregada la exégesis cuando se cree llamada a reconocer en las visiones de Juan los acontecimientos de la historia. Además el estudio cada vez más objetivo de esas visiones los ha convencido de que se refieren a hechos que deben preparar, y preceder de poco, el regreso glorioso del Señor: verdad evidente que la antigua interpretación no habría debido desconocer.

Sin embargo la idea según la cual la realización de toda la profecía de Patmos sería aún futura tropieza con diversas objeciones. No notaremos aquí más que una sola; resulta del examen mismo del libro y de su estructura. ¿Cómo explicar el inmenso hiato que se supone entre los cap. 3 y 4? A la pintura de la Iglesia contemporánea del autor, tal cual es presentada en los cap. 2 y 3, sucederían, sin ninguna transición, descripciones relativas a un estado de cosas que estará separado de aquélla por veinte siglos por lo menos. Leyendo el Apocalipsis sin idea preconcebida, ¿no recibimos más bien la impresión de que las primeras palabras del cap. 4: "*Después de esto*, miré, y he aquí..." ligan estrechamente las escenas que el vidente va a contemplar a los hechos que preceden? *Darby* y sus discípulos dicen que la razón por la cual toda la historia de la Iglesia es silenciada, es que la Iglesia ha apostatado desde el tiempo de los apóstoles y que, por

(1) *Ensayo*, p. 391-401.
(2) *Schriftbeweiss* y *Die Offenbarung St. Johannis*, publicación póstuma por von Lorentz, 1896.
(3) *Die Offenbarung St. Johannis*, 1877.
(4) *Erklärung der Offenbarung Johannis*, Cap. 1-12, publicada en 1884.
(5) *Die Offenbarung Johannis*, 1874.
(6) Aparecido en su *Bibelwerk*, en 1871.
(7) En su *Bibelwerk*, 2ª edic., 1891.
(8) Berlín, Buchhandlung der evangelischen Missionsgesellschaft.

su caída, ha retardado y traba la ejecución de los designios de Dios. No será rehabilitada y restablecida en su posición sino por el regreso del Señor. Esos tiempos de decaimiento son omitidos en la visión, que conecta el cuadro de los últimos tiempos al de los orígenes. Mas la apostasía de la Iglesia no es enseñada en el Nuevo Testamento, y los autores cuyas obras citamos no la admiten. Por eso, no pueden de ninguna manera explicar la laguna que están obligados a suponer en la profecía de Juan. No dicen tampoco lo que hacen de su declaración expresa de que la "revelación" es destinada a mostrar a los siervos de Dios "las cosas que deben acontecer pronto" (1:1.)

Para los intérpretes cuya tendencia hemos caracterizado bajo el nombre de método *crítico y exegético* (pág. 398), esta declaración prueba que el autor del Apocalipsis pensaba ver cumplirse dentro de poco los acontecimientos figurados en sus visiones. Esta opinión es confirmada, a sus ojos, por las alusiones manifiestas que la profecía hace a las circunstancias de la época, por su carácter parenético y su objeto confesado de consolar y fortificar a los fieles a los cuales ha sido desde luego dirigida, por la comprobación de que la Iglesia apostólica entera esperaba el regreso del Cristo y el fin del mundo en un porvenir cercano, esperanza que el autor de nuestro libro comparte evidentemente. Por estas razones, exégetas e historiadores eminentes, cuyo número crece sin cesar y que representan todas las escuelas teológicas, estiman que se debe buscar la explicación del Apocalipsis en el cuadro de la historia contemporánea; reconocen que la mirada del vidente no se extendía más allá del horizonte político de su tiempo. Tal es el punto de vista de Bleek, Lücke, de Wette, Ewald, Neander, Reuss, Düsterdieck, E. de Pressensé, J. Bovon, Beyschlag, B. Weiss, Schlatter.

Este método ha sido a menudo comprometido por las exageraciones y prejuicios de críticos racionalistas que, negando al autor toda inspiración divina y toda concepción del porvenir, explican los datos de su libro por acercamientos pueriles o suponen que ha acogido con ingenua credulidad las supersticiones populares de su tiempo. Nosotros pensamos que se hace agravio al autor del Apocalipsis y que se desconoce la altura de sus concepciones y el alcance de su espíritu, cuando se admite que ha creído la absurda fábula según la cual Nerón no estaba muerto, sino que se había refugiado entre los Partos para volver al frente de ellos a destruir a Roma (13:3, nota.) Aun si el autor ha pen-

sado en Nerón y si la cifra de la bestia (13:18) es la de su nombre, no ha querido predecir un regreso de ese emperador en persona; ha visto solamente en él un tipo del Anticristo, que será el autor de la última gran persecución. Mas, en sí mismo, el sistema de interpretación que limita así el campo de la visión apocalíptica es perfectamente compatible con la idea de una verdadera inspiración divina. Esta ha fortificado la fe y la esperanza del vidente al punto de hacerle comprender con plena certidumbre la victoria final de la Iglesia sobre la formidable potencia del paganismo, encarnada en el imperio romano. Ella, además, le ha permitido anunciar ciertos hechos futuros que estaban aún fuera de las previsiones naturales, tales como el advenimiento de Domiciano y la persecución que ese déspota debía ejercer contra la Iglesia.

Reconociendo la legitimidad y la necesidad de este modo de interpretación que busca en los hechos contemporáneos los principales elementos del cuadro apocalíptico, *Kübel* (1) ha tratado de conciliar ese punto de vista con el de la escuela futurista. A sus ojos, el Apocalipsis, como toda profecía, parte de la historia contemporánea, pero no permanece encerrado en ella. Ve lo porvenir en lo presente. Concibe el drama de los últimos tiempos, la lucha y la victoria definitiva del reinado de Cristo sobre el reino de las tinieblas, como el resultado de la lucha empeñada entre Roma y el cristianismo. Es que la potencia anticristiana que se despliega en el imperio y que se personifica en Nerón (13:18), se mostrará, en todos los tiempos y especialmente en la crisis suprema, semejante a ese tipo perfecto. Si el vidente pinta, con colores tomados de su época, los acontecimientos del fin, es porque serán efectivamente tales. Los hechos de los orígenes de la historia de la Iglesia se reproducirán en el período final. Se reproducen también, en cierta medida, en todo el curso de la historia. El sistema que halla en el Apocalipsis los acontecimientos de esta historia no carece, pues, de algún fundamento; pues esos acontecimientos se cumplen según leyes que permanecen sin cambio y son producidos por las mismas potencias en lucha.

Esta teoría es seductora. Permitiría conservar su valor permanente a la totalidad del cuadro profético. Mas cuando se trata de aplicar ese método a los detalles de la interpretación, se debe

(1) *Die Offenbarung Johannis*, en *Kurzgefasster Kommentar* de Strack y Zöckler, 2ª edic., por O. Zöckler, 1898. Véase la Introducción, párr. 3, pág. 170.173.

reconocer que sus resultados son extremadamente vagos e inciertos. La profecía misma no pretende ser susceptible de varios cumplimientos sucesivos. En su parte central, no contiene ninguna indicación que sobrepase el cuadro de la historia contemporánea, salvo quizás algunos detalles obscuros, como 17:12, sobre los cuales Kübel insiste, pero que no bastan para establecer que el vidente admitía todo un largo desarrollo histórico entre la aparición del octavo César y la catástrofe final.

Es tiempo de concluir esta larga exposición de los sistemas de interpretación del Apocalipsis, indicando brevemente el punto de vista en que nos colocamos.

A pesar de toda la admiración que sentimos por las visiones grandiosas de este libro, y el alto valor religioso que le reconocemos, no podríamos ver en ellas una profecía cuya mayor parte debe cumplirse aún en el porvenir. Además de las objeciones con que tropieza esa idea y que ya hemos mencionado, hay dos que nos parecen decisivas: 1º El autor no podía pensar que el regreso de Cristo y el fin del mundo eran acontecimientos muy alejados; no los habría presentado, en ese caso, a sus lectores como un motivo de soportar con coraje sus sufrimientos y permanecer firmes en la lucha en que los veía empeñados. 2º Esta concepción del Apocalipsis supone que el autor ha tenido parte en una inspiración mágica: habría predicho acontecimientos de que no podía, en la época en que vivía, representarse de ninguna manera la realización; el significado de los cuadros que se desarrollaban ante sus ojos le habría permanecido oculto; él habría sido, por ejemplo, el primer incapaz de pronunciar el nombre misterioso indicado por la cifra de la bestia (13:18.) Ahora bien: esta suposición, difícil de admitir bajo el punto de vista de la psicología, es contradicha por los datos del libro, por los llamados que el autor hace a la sagacidad de sus lectores. Es contraria principalmente a una noción sana de la inspiración de que han disfrutado los autores bíblicos, de esta comunicación, misteriosa sin duda, pero no inconcebible, del Espíritu de Dios al espíritu del hombre. El Espíritu de Dios, por real que sea su acción, no suprime ni aniquila las facultades del hombre, su conciencia, su inteligencia. Su acción aumenta el poder del hombre, pero respetando su individualidad. Es lo que atesta toda la profecía bíblica. Los profetas continúan siendo los hombres de su tiempo; tienen

sus ideas y sus preocupaciones. Predicen el porvenir dándole los caracteres del presente y ligándolo estrechamente a ese presente. Las potencias opuestas cuya lucha constituye el drama de la historia no son jamás presentadas como cantidades abstractas, sino que aparecen personificadas en los principales actores de la historia contemporánea: es Antíoco Epifanes quien, en el libro de Daniel, figura al enemigo del reinado de Dios; y en el Apocalipsis, el Anticristo se encarna en un emperador romano.

El tema del Apocalipsis es el triunfo del cristianismo sobre la Roma de los Césares. La visión abarca, es verdad, el fin de los tiempos (cap. 20-22); pero el vidente juzgaba ese fin muy cercano, creía que coincidiría con la ruina inminente del imperio. No sospechaba el largo intervalo que, en realidad, separaría los dos acontecimientos. Esta ilusión de óptica es común a todos los videntes. Jesús mismo, prediciendo la ruina de Jerusalén, hace seguir, "inmediatamente" después, las señales precursoras de la destrucción del universo. Es por lo menos así como sus apóstoles nos han referido su profecía (1). Toda profecía, en cuanto es obra del hombre, está sujeta a errar. "Actualmente, sólo imperfectamente conocemos y sólo imperfectamente profetizamos" (1ª Cor. 13:9.)

Reconocer que, en el Apocalipsis, también hay cosas que no se han cumplido, no es quitar toda autoridad a este libro, ni disminuir su valor. No por eso ha dejado de ejercer, en la época en que apareció, sobre la Iglesia, una influencia potente, que le ayudó a salir victorioso de la crisis terrible que atravesaba. Su función es justamente caracterizada en esta página de un representante de la interpretación crítica, A. Schlatter: "¿Qué se ha cumplido de esta profecía? Bastante para mostrar que el apóstol era inspirado de Dios. La Iglesia de Jesús ha obtenido la victoria. Jerusalén ha sido hollada por las naciones. La Iglesia tuvo que sostener contra Roma una lucha sangrienta, pero ni el dragón, ni la bestia pudieron destruirla. Días amargos llegaron para Roma, en que su imperio se desplomó. Estos acontecimientos nos

(1) Mat. 24:29. Comp. Barth, *Die Hauptprobleme des Lebens Jesu*, 2ª edic., 1903, p. 167 y sig. Este autor piensa que Jesús anunció verdaderamente su regreso como próximo. Mas esta profecía, lo mismo que todas las profecías de la biblia, era condicional; su cumplimiento, subordinado a la actitud de los hombres, habría sido retardado ora por la acogida hecha al evangelio en el mundo pagano, ora por las intercesiones de los fieles que suplicaban a Dios tener paciencia con la humanidad (2ª Pedro 3:8, 9.)

parecen naturales, a nosotros que los conocemos desde hace tiempo; se presentaban de un modo muy distinto a aquellos cuya mirada profética los discernía en el porvenir. Nosotros sin dificultad admitimos que el nombre de Jesús no desaparecerá de este mundo. No era así en una época en que el paganismo, apoyado en la potencia de Roma que dominaba por doquier, llenaba la escena entera del mundo, y en que los pequeños grupos de cristianos permanecían en una obscuridad profunda, salvo cuando se tornaban en víctimas de funcionarios brutales o del populacho fanático. Entonar entonces el cántico de triunfo y recordar a los romanos, dueños del mundo, la caída de Babilonia, era hacer obra de profeta. Tal obra era un don inapreciable para los que, silenciosos, vigilantes, listos a sufrir y resueltos a sacrificar todo para no renegar de su Dios, sostenían esa lucha formidable. Con esta profecía, sabían de quién sería la victoria (1)."

Y el Apocalipsis continúa siendo, para la Iglesia de todos los tiempos, la fuente de donde puede sacar los consuelos y el aliento de que tiene necesidad en los días de la prueba. "La idea divina que subsiste, dice J. Bovon, la nota fuerte y vibrante que atraviesa todo el libro, es la de una inmortal esperanza... El mundo en vano se desencadena rabiosamente contra la Iglesia; Cristo reina y destruirá la potencia insolente de los adversarios y de los perseguidores... ¿No tiene necesidad la Iglesia de nuestra época, no menos que la primitiva, de adquirir otra vez su temple al contacto de estas páginas fuertes y viriles? Por esto se puede decir que, como escrito parenético que dirige las miradas hacia el porvenir al mismo tiempo que afirma las exigencias de la justicia divina, el Apocalipsis de Juan conservará en todos los tiempos su alto valor religioso: a pesar de lo que han enseñado Lutero y muchos otros, este libro, así comprendido, figura dignamente en la colección del canon (2).

(1) *Einleitung in die Bibel*, 3ª edic., p. 534.
(2) *Teología del Nuevo Testamento*, 2ª edic., II, p. 477.

VIII

ANALISIS

Ya hemos expuesto el contenido del Apocalipsis (pág. 378-380). Mas no será inútil indicar sus principales divisiones en el cuadro siguiente:

Prólogo (1:1-8.)

I. *Las siete epístolas* (1:9 a 3:22.)
  1. La visión de Patmos (1:9-20.)
  2. Las epístolas a las siete iglesias (cap. 2, 3.)

II. *Los siete sellos* (4:1 a 7:17.)
  1. La visión del trono y el libro sellado de siete sellos (cap. 4, 5.)
  2. Apertura de los seis primeros sellos (cap. 6.)
  3. Los siervos de Dios sellados. La grande multitud de los elegidos triunfantes (cap. 7.)

III. *Las siete trompetas* (8:1 a 11:14.)
  1. Apertura del séptimo sello. Las seis primeras trompetas (cap. 8, 9.)
  2. Visión del ángel que tiene un librito (cap. 10.)
  3. El templo medido (11:1-14.)

IV. *La lucha final empeñada* (11:15 a 14:20.)
  1. Séptima trompeta. Los cánticos en el cielo (11:15-19.)
  2. La mujer y el dragón (cap. 12.)
  3. Las dos bestias (cap. 13.)
  4. El Cordero y sus redimidos. Los juicios de Dios (cap. 14.)

V. *Las siete copas* (15 a 19:10.)
  1. Siete ángeles derraman las siete copas (cap. 15, 16.)
  2. La caída de Babilonia (17 a 19:10.)

VI. *La victoria de Cristo, el milenio, el juicio final* (19:11 a 20:15.)

VII. *La nueva Jerusalén* (21 a 22:9.)

Epílogo (22:10-21.)

NOTA SOBRE EL TEXTO GRIEGO

El *texto recibido* es más defectuoso para el Apocalipsis que para cualquier otro libro del Nuevo Testamento. En la precipitación con que, según su propia confesión, preparó Erasmo la primera edición impresa del Nuevo Testamento griego (1516), se sirvió de un manuscrito de fecha reciente y que, además, presentaba lagunas por el final del Apocalipsis. Erasmo retradujo del latín al griego los pasajes que faltaban en su manuscrito. Así nació, entre otras, la lección recibida: "la bestia que era, y que no es más, *aunque es* [1] (17:8.)

Los manuscritos en letras unciales (comp. nuestro tomo I, pág. 19) son menos numerosos para el Apocalipsis que para los otros libros. El más importante de todos, el manuscrito del Vaticano (*B*), se detiene en Hebr. 9:14; la parte que se ha perdido tenía el fin de esa epístola, las dos epístolas a Timoteo, la epístola a Tito, la epístola a Filemón y el Apocalipsis.

El *Sinaíticus* (*Sin.*) y el *Alexandrinus* (*A*) tienen el Apocalipsis completo [2]. El manuscrito palimpsesto de Ephrem presenta lagunas.

Para establecer el texto auténtico de nuestro libro, los críticos hacen mucho uso de un manuscrito del siglo octavo que contiene el Apocalipsis solamente, y que se encuentra en la biblioteca del Vaticano. Tischendorf lo designaba por la letra *B*; críticos más recientes (Bousset, Nestle) le asignan la letra *Q*, para distinguirlo del célebre manuscrito del Vaticano que se remonta al siglo cuarto.

Las antiguas versiones, las citas de los Padres y de los más antiguos comentadores del Apocalipsis (véase pág. 399) juegan importante papel en la fijación del texto [3].

---

(1) Nestle, *Einführung in das griechische N. T.*, 1899, p. 7.

(2) Sus autores muestran una tendencia a corregir el estilo del Apocalipsis, que disminuye la autoridad de esos antiguos documentos. Véase ejemplos en Nestle, *Einführung*, p. 262.

(3) Comp. Bousset, *Die Offenbarung Johannis*, 1896, p. 170-183.

APOCALIPSIS O REVELACION DE JUAN

PRÓLOGO

1-8. TÍTULO, FIRMA Y TEMA DEL LIBRO. — 1º *Título*. Revelación que Jesucristo ha recibido de Dios y transmitido a Juan. Dichoso el que recibe conocimiento de ella, ¡pues el Señor viene! (1-3). — 2º *Firma*. Juan desea a las siete iglesias de Asia gracia y paz de parte de Dios y de los siete espíritus, y de parte de Jesucristo. ¡A él, nuestro Salvador, sea gloria! (4-6). — 3º *Tema*. La venida de Cristo, que todos contemplarán (7-8).

I Revelación de Jesucristo [1], que Dios le ha dado [2], para mostrar a sus siervos las cosas que es necesario acontezcan presto[3]; y ha sig-

1. Tal es el título del libro: *Apocalipsis* o *Revelación de Jesucristo*; este título significa que la revelación "de las cosas que deben acontecer presto" fué hecha directamente por Jesucristo a su discípulo (Gál. 1:12; 2ª Cor. 12:1.) Los manuscritos tienen diversos títulos: *Apocalipsis de Juan* (*Sin.*, *A*, *C*), o *Apocalipsis de Juan el teólogo y el evangelista* (*B*), lo que no debe inducir a creer que Juan fuera el autor de la Revelación. La *revelación* es nombrada entre los dones extraordinarios del Espíritu Santo (1ª Cor. 14:6,26; 2ª Cor. 12:1); el verbo formado de la misma raíz sirve para designar las manifestaciones directas otorgadas a los profetas por el Espíritu Santo (1ª Pedro 1:12; comp. Amós 3:7; Dan. 2:19); en este segundo sentido es empleada la palabra en nuestro pasaje.

2. *Dios ha dado* a su Hijo toda potencia en el cielo y en la tierra, para establecer en ella y gobernar su reino (Mat. 28:18; Juan 17:2); *le ha dado* también la revelación de los destinos futuros de ese reino (véase 5:1-10) *para mostrarlos* (en visiones simbólicas, 4:1; 17:1; 21:9; 22:1) *a sus siervos*, a los siervos de Cristo (2:20), a los creyentes en general. El Hijo solo obra en perfecta armonía de conocimiento y de voluntad con su Padre; él es Aquel a quien la revelación es dada, y el que la da a su vez (Comp. Mar. 13:32, nota; Act. 1:7; Juan 5:20; 7:16; 12:49; 17:8).

3. Las cosas que *deben* acontecer, porque son ordenadas de Dios (Dan. 2:28,29; Mat. 24:6.) *Presto* (v. 3), pues la primera venida de Cristo ha inaugurado los últimos tiempos (Hebr. 1:1, nota; 1ª Cor. 10:11; Act. 2:17; 1ª Juan 2:18), y desde entonces los desarrollos sucesivos e ininterrumpidos del reinado de Dios repiten todos: *presto*. La Iglesia, en la ignorancia en que su Jefe ha querido dejarla sobre el cumplimiento de los tiempos (Act. 1:7), no tiene otra sabiduría y otro deber que esperar con

nificado [4] habiéndola enviado por medio de su ángel [5] a su siervo
2 Juan [6]; quien ha testificado la palabra de Dios y el testimonio de
3 Jesucristo, cuanto ha visto [7]. ¡Dichoso el que lee y los que oyen

vigilancia el regreso del Señor y el triunfo de su reino. (Comp. 1ª Tes. 4:15, 2ª nota.) Mientras que el siervo infiel dice: "Mi Señor tarda mucho en venir" (Luc. 12:45), el discípulo que ama a su Salvador no cesa de esperarle y va al encuentro de él (Mat. 25:1), porque el Señor se lo ha ordenado (Mat. 25:13) y porque le ha prometido una pronta liberación (Luc. 18:7,8.)

4. Gr. *significado, mostrado;* Jesucristo, y no Dios, *las ha hecho conocer por señales,* por las visiones simbólicas referidas en este libro mismo.

5. Gr. *Habiendo enviado por su ángel.* Aunque el Señor mismo aparezca a Juan (v. 13 y sig), le ordene escribir las cosas que sucederán (v. 19), le dicte las cartas a las siete iglesias (cap. 2 y 3) le muestre la visión del cielo (4:1), emplea sin embargo varias veces el ministerio de *su ángel* (que no es designado de otro modo), del que hace el intermediario de las visiones y revelaciones de este libro (17:1, 7, 15; 19:10; 21:9; 22:1, 6.) Así se encuentra ya en el Antiguo Testamento el Ministerio de los ángeles con los profetas: Dan. 8:16 y sig.; 9:21 y sig.; Zac. 1:9,13; 2:3 y sig. 4:1, etc.

6. En su evangelio, Juan se designa como "el discípulo que Jesús amaba". Ahora que el Señor está en la gloria y va a volver para el juicio del mundo, Juan se llama humildemente *su siervo,* título que caracteriza su papel de profeta y de portador del mensaje divino (22:9; Amós 3:7; comp. Jac. 1:1.) Tenemos pues una revelación cuyo origen es Dios mismo, cuyo Mediador es Jesucristo, que es dada por el ministerio de un ángel al discípulo que Jesús amaba. ¡Con qué respeto debemos acoger un libro semejante (v. 3)!

7. La mayor parte de los intérpretes piensan que se trata aquí del libro mismo del Apocalipsis; el autor hablaría en pretérito (*ha atestado*) por colocarse en el punto de vista de sus lectores, que tienen ante sus ojos su testimonio ya escrito. Se obtienen así tres pensamientos que se siguen en lógico encadenamiento: Dios ha dado la revelación a Jesucristo; Jesucristo la ha hecho conocer a Juan; esta *palabra de Dios* y este *testimonio de Jesucristo* trasmite Juan, a su vez, a la Iglesia, atestando *todo cuanto vió,* es decir todas las visiones descritas en el Apocalipsis. Esta explicación sería satisfactoria, si los mismos términos no se encontraran en el v. 9, donde es difícil comprenderlos así (véase la nota). Es probable, pues, que en nuestro pasaje igualmente, designen la predicación del evangelio, y el testimonio dado por Juan al evangelio de Jesucristo, y que le valió ser perseguido. La expresión: *la palabra de Dios,* es, por otra parte, muy general para aplicarse al Apocalipsis, y éste no podría ser llamado propiamente: *el testimonio de Jesucristo,* puesto que Jesús sólo lo envió por su ángel a Juan. El fin del autor en este versículo es, pues, presentarse como predicador de Jesús, testigo de su vida y de la verdad que él ha revelado. Se puede preguntar si *el testimonio de Jesucristo* es el testimonio dado a Cristo (sentido que parece imponerse en 1:9 y en 20:4), o el testimonio que Jesús recibió del Padre, que él mismo dió de la verdad y que está consignado en el evangelio (6:9; 12:17; 19:10; comp. Juan 3:11; Juan 5:31-39; 1ª Juan 5:7-11.) Este último sentido concordaría mejor con el verbo *testificar,* mas el primero parece indicado por el acercamiento con el v. 9. Por *todo cuanto*

las palabras de la profecía y que guardan las cosas que en ella están escritas; porque el tiempo está cerca [8]!

4 Juan a las siete iglesias que están en Asia [9]: ¡Gracia a vosotros y paz, de parte de El que es y el que era y el que viene [10]; y de parte de los siete espíritus que están delante de su trono [11];

vió designa el autor los hechos de la historia evangélica, de que ha sido testigo. Estas palabras recuerdan otras expresiones del apóstol Juan (Juan 1:14; 19:35; 1ª Juan 1:1.) Algunos antiguos intérpretes han visto en nuestro versículo una alusión al evangelio de Juan que empieza con la mención de *la Palabra,* y contiene *el testimonio* de Jesucristo. Mas esa alusión no es indicada claramente; y es probable que el evangelio ha sido escrito después del Apocalipsis. (Véase la Introd., página 392.)

8. Comp. v. 1, 3ª nota. *El que lee,* es el que preside la asamblea y, en alta voz, lee el libro (Col. 4:16); *los que escuchan,* son los oyentes que constituyen la asamblea. *Dichosos* son, si *guardaren* en su corazón (Luc. 2:19,51) las cosas que en él son dichas. Recogerán sus serias lecciones, advertencias, consuelos en las pruebas; y estarán listos para *el tiempo* de la venida del Señor que está *cerca.* (Dice propiamente en griego: *el momento;* comp. Act. 1:7, nota.) El Apocalipsis es llamado aquí *las palabras* (*Sin., Q* tienen: *la palabra*) *de la profecía,* es decir las palabras que comunican una revelación divina.

9. Antes de entrar en materia, lo que hace en el v. 9, Juan dedica ante todo su libro *a las siete iglesias de Asia,* para las cuales tiene una misión especial (comp. v. 11, 2ª nota); luego agrega, como todos los apóstoles en sus epístolas, un saludo. Este le da la ocasión de echar una primera y sublime mirada a la persona, la obra y la gloria final de Aquel cuyo reinado va a anunciar (v. 4-8). El autor del evangelio y de la epístola que llevan el nombre de Juan procede exactamente del mismo modo: empieza por una ojeada de águila sobre todo el asunto, luego lo expone en detalle (Juan 1:1 y sig.; 1ª Juan 1:1 y sig.)

10. Traducción del nombre inefable de JEHOVÁ: (Comp. Ex. 3:13,14). Esta manera de traducir: *Yo soy El que soy,* nos indica lo que Dios es en su naturaleza y en sus relaciones de providencia o de gracia con los hombres: inmutable en lo pasado, en lo presente, en lo porvenir, que no son para él más que una sola y misma cosa (Isa. 41:4.) Estas palabras expresan la grande y profunda verdad de que sólo Dios *es,* mientras que todas las criaturas sólo tienen una existencia prestada. Juan vierte el pensamiento de que Dios llena el porvenir, empleando no el futuro del verbo ser, sino las palabras: *que viene,* o más exactamente el participio presente: *el viniente.* La selección de esta expresión le ha sido dictada por el pensamiento fundamental del Apocalipsis (comp. v. 1, 3ª nota), tomado por otra parte de la profecía del Antiguo Testamento (Isa. 40:3,9,10; 60:1,2): la aparición final de Dios en la persona del Mesías (Tito 2:13; 1ª Juan 2:28; 3:2), para la salvación de los que esperan en él y para el entero establecimiento de su reinado.

11. Se trata aquí del Espíritu de Dios, de parte de quien desea Juan a las iglesias *gracia y paz,* tanto como de parte de Dios el Padre y de Jesucristo. A fin de explicar la razón de esta designación: *los siete espíritus,* se recurre a menudo a Isa. 11:2, donde son enumeradas diversas manifestaciones o virtudes del Espí-

5 y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el príncipe de los reyes de la tierra [12]! Al que nos 6 ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre [13], —y nos ha hecho un reino, sacerdotes para su Dios y Padre [14]— ¡a

ritu de Dios. Mas en ese pasaje no se cuentan sino seis de esas perfecciones divinas. Es más probable que Juan tenga en la memoria un pasaje en Zacarías (3:9; 4:2,6,10), donde ese profeta habla de un candelero de oro con siete lámparas, y de los "siete ojos del Eterno que recorren toda la tierra", para figurar la acción del Espíritu de Dios. Esos siete espíritus representan la omnisciencia y la omnipresencia divinas; indican la diversidad y la plenitud de los dones y de las operaciones del Espíritu Santo; pues el número *siete* no es solamente emblema de la plenitud y de la perfección; formado del número *tres* que es el de Dios, y del número *cuatro,* que simboliza la creación, designa la acción de Dios en el mundo, la reconciliación operada, la armonía, la comunión restablecidas entre Dios y su obra, y por ende, el triunfo perfecto del reino de Dios. Juan recurre a menudo a este número simbólico: siete iglesias (v. 11), representadas por los siete candeleros (v. 12); siete estrellas (v. 16, 20, 2ª nota; comp. 2:1; 3:1; 4:5; 5:6; 8:2.) Los *siete espíritus* no son los siete arcángeles (Tobías 12:15) pues son nombrados antes de Jesucristo.

12. Juan da al Salvador tres títulos que caracterizan admirablemente su obra entera, en su triple oficio de Profeta, de Sacerdote y de Rey. 1º *El testigo fiel,* que ha dado el más fiel testimonio a la verdad por su vida y por su muerte (v. 2, nota; Juan 17:6, 8; 18:37; 1ª Tim. 6:13.) La palabra griega *mártir* no significaba originariamente sino *testigo;* ha tomado entre los cristianos el sentido de testigo que soporta sufrimientos y la muerte. El Salvador va a dar testimonio aun en esta revelación dada a su discípulo (la idea y la expresión de *testimonio* son a menudo aplicadas a Jesucristo por el apóstol Juan.) 2º *El primogénito de entre los muertos.* Por su muerte y su resurrección, ha quitado a la muerte su aguijón, al sepulcro su victoria; es, para todos los que creen en él, la fuente de una vida imperecedera, para el alma y para el cuerpo (comp. v. 18 y 1ª Cor. 15:20; Col. 1:18, nota; 1ª Pedro 1:3). 3º *El Príncipe* o el Dominador *de los reyes de la tierra.* Gobierno con su omnipotencia los reinos de este mundo, los hace servir todos a sus designios, y los someterá todos finalmente a su imperio (Mat. 28:18; Fil. 2:9-11; Efes. 1:20-22.)

13. El texto recibido tiene: "Al que nos *amó*": *Sin., A, C* tienen el presente: que nos *ama.* ¡Y cuánto más hermoso e impresionante es así el pensamiento! En lugar de: nos *lavó* de nuestros pecados *en* o *con* su sangre (*Q* Vulgata), *Sin., A, C* tienen: "Nos *libró* de nuestros pecados con su sangre. El pensamiento es el mismo, pero la figura es mejor observada con la lección que mantenemos. En cuanto al sentido de estas palabras, comp. Rom. 3:24; Efes. 1:7; Hebr. 9:14; 1ª Juan 1:7, nota. Sobre la expresión; *nos lavó,* véase 7:14; Juan 13:8,10.

14. Jesucristo hace de sus redimidos *un reino, sacerdotes* (*Sin., A, C;* el texto recibido tiene: *reyes y* sacerdotes). El mismo es el Rey de ese reino y todos sus miembros participan de su dignidad suprema, estando destinados a reinar con él sobre el mundo, sobre el pecado, después de haber sido libertados de toda es-

él la gloria y el poder por las edades de las edades! Amén [15]. 7 He aquí, viene con las nubes [16]; y le verá todo ojo, y cualesquiera que le traspasaron [17]; y se golpearán el pecho sobre él todas las 8 tribus de la tierra [18]. ¡Sí. Amén! Yo soy el alfa y la omega [19], di-

clavitud. Constituyen "una familia de reyes", como traduce Oltramare revisado. (Comp. 5:10; 20:4-6; 22:5). Esta gloriosa dignidad de los hijos de Dios era ya anunciada en el Antiguo Testamento (Ex. 19;6), y ha sido realizada en el nuevo pacto por la obra del Salvador y por la acción potente del Espíritu de Dios. (Comp. 1ª Cor. 3:21; Rom. 8:17; 2ª Tim. 2:12, y sobre todo 1ª Pedro 2:9.) El Hijo de Dios comunica a sus redimidos su dignidad de *Sacerdote* lo mismo que su dignidad real. Como *sacerdotes,* tienen libre acceso al lugar santísimo, al trono de la gracia, donde, después de haber ofrecido el sacrificio de su cuerpo, de su espíritu, de su corazón, de todo su ser, tienen el privilegio de interceder por otros con sus oraciones. (Véase Rom. 12:1, 3ª nota y 1ª Pedro 2:5, nota; Ex. 19:6). Las últimas palabras: *a Dios* o *para Dios su Padre* (gr. *al Dios y Padre de él*), significan que el fin supremo del Salvador, al redimirnos, era que toda gloria fuera para Dios, y que nuestra existencia entera contribuyera a esa gloria. Todo eso está cumplido en nuestra reconciliación con Dios por la sangre de Jesucristo; *su Padre* ha llegado a ser *nuestro Padre* (Juan 20:17).

15. Esta magnífica doxología para gloria de Jesucristo (Hebr. 13:21; 1ª Pedro 4:11) es una efusión de adoración y de amor que escapa del corazón del apóstol al terminar la dedicatoria de su libro a las siete iglesias. Todo el que no adora a Jesucristo como su Dios no puede ver en estas palabras sino un acto de idolatría.

16. Juan anuncia la venida del Señor (v. 7, 8) en los mismos términos empleados por su Maestro (Mat. 24:30; 26:64.) Todo el tema de su libro está comprendido en este pensamiento: empieza con estas palabras: *He aquí viene,* y se cerrará por las mismas palabras: *Yo vengo presto* (22:20). Las primeras son tomadas de Dan. 7:13.

17. Juan añade al cuadro que Daniel (7:13) había trazado de la aparición del Mesías este detalle impresionante: *y todo ojo le verá, y aun los que le traspasaron.* Se inspira en una expresión de Zacarías (12:10), que cita y comenta en otra parte (Juan 19:37) y en la cual el Eterno dice: "Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén espíritu de gracia y de súplica, y mirarán a mí a quien traspasaron" en la persona del Mesías; "llevarán duelo sobre él como se lleva duelo sobre hijo único..."

18. Estas palabras han sido pronunciadas por Jesús. (Mat. 24:30.) Hacen de las de Zacarías (nota precedente) una aplicación más general y modifican su sentido. Zacarías anunciaba, en efecto, que Israel se arrepentiría del rechazo y de la crucifixión del Mesías. Mas como en la segunda venida del Cristo será demasiado tarde para arrepentirse, ese momento será terrible para los impenitentes; tanto más terrible cuanto que el Juez llevará aún las marcas de sufrimientos de que no habrán aprovechado y de un amor que ellos habrán despreciado. *Se herirán el pecho a causa de él,* en señal de desesperación. Además, el juicio se extiende a la humanidad entera, serán *todas las tribus de la tierra* las que se golpearán el pe-

ce el Señor, Dios, el que es y el que era y el que viene, el Todopoderoso[20].

I. Las siete epístolas

(Cap. 1:9 a 3:22)

1. *La visión de Patmos*

(Cap. 1:9 - 20)

9-20. Jesús aparece a Juan y le ordena escribir a las siete iglesias. — 1º *Circunstancias de la visión.* Estando Juan en Patmos, fué arrebatado en espíritu y oyó una voz que le mandaba escribir a las siete iglesias (9-11). — 2º *Aparición del Señor.* Juan se vuelve y ve al Hijo del hombre en medio de siete candelabros; descripción de su vestidura, de su aspecto, de sus atributos (12-16). — 3º *La orden de escribir.* Juan cae como muerto a los pies del Señor, quien le conforta nombrándose, y le ordena que escriba las cosas que son y las que deben suceder (17-20).

9 Yo Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación y realeza y paciencia en Jesús[21], estaba en la isla que es llamada

cho. Hay así dos maneras de contemplar a Aquel que la humanidad crucificó: una con arrepentimiento, confianza, amor; otra con impenitencia y desesperación. Todos los hombres *verán* en el día del juicio a *Aquel que traspasaron;* y los que no hubieren "hecho duelo sobre él, como se hace duelo sobre hijo único", *se herirán el pecho a causa de él,* en la amargura de la rebelión.

19. El *alfa* y la *omega* son la primera y la última letra del alfabeto griego. Esta denominación es explicada, en el texto recibido, por las palabras: *el principio y el fin,* que no son auténticas, pero que aparecen en el pasaje 22:13, de donde habrán sido trasladadas aquí. No constituye una definición abstracta y metafísica de la eternidad de Dios, sino que caracteriza su acción que comienza y acaba todas las cosas, que es el principio y el fin de la creación, de todo el desarrollo de la humanidad, de la obra de la salvación en la Iglesia y en los individuos. Como todo procede de Dios, todo debe concluir en el cumplimiento de su voluntad eterna, sin que nada pueda oponerse a ella, y a él por último toda gloria será dada (Isa. 41:4; 44:6; 48:12.)

20. La designación de Dios como *El que es, y que era y que viene,* se encuentra ya en el v. 4; aquí sirve para confirmar la perfecta certidumbre del gran acontecimiento anunciado en el v. 7. (*¡Sí, Amén!*) Estas palabras recuerdan la solemne declaración de los profetas: "Así ha dicho el Eterno". *El Dominador soberano* (nuestras versiones traducen *el Todopoderoso,* mas la voz griega expresa el ejercicio del poder), es el término con que los Setenta han traducido "Jehová de los ejércitos", en Isa. 44:6, y "el Dios de los ejércitos", en Amós 3:13; 4:13. Se encuentra nueve veces en el Apocalipsis.

21. *Yo, Juan,* comp. "Yo, Daniel" (Dan. 7:15; 8:1; 9:2.) La personalidad del autor es puesta en relieve por la importante revelación que ha

Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Je-
10 sús[22]. Llegué a estar en espíritu[23] en el día del Señor[24], y oí detrás de mí una grande voz, como de trompeta[25] diciendo[26]:

recibido. Por otra parte, esta revelación interesa directamente a los lectores, puesto que el que la ha recibido en su *hermano,* su *compañero,* el que tiene *con ellos parte en la aflicción* primero, que se encuentra *en Jesús* (*Sin., C, A* tiene *en Cristo*), es decir en todo lo que el cristiano es llamado a sufrir por el nombre de su Maestro (Mat. 24:9; 13:21; Juan 15:18 y sig.; 16:33; Act. 14:22). Tiene parte igualmente, lo mismo que sus hermanos, en la *dignidad real* en Jesús, y cuanto más sufre por su nombre, tanto más seguro está de reinar con él. Mas él posee en este mundo esa *realeza* en la humillación y el dolor; permanece oculta al mundo hasta su plena manifestación; por esto la *paciencia,* o la perseverancia, le es necesaria; la encuentra también *en Jesús.* El Apocalipsis es el libro de la iglesia oprimida. El que lo ha escrito, habiendo sufrido con sus hermanos podía tanto mejor consolar a los que, después de él, se encontrarían en el horno de las tribulaciones.

22. Patmos, llamada hoy Palmosa, es una pequeña isla situada en el archipiélago del mar Egeo, enfrente de Mileto, a setenta kilómetros de Efeso. Que Juan hubiera estado *desterrado* en Efeso se puede inferir de las palabras que preceden: *partícipe de la aflicción,* y sobre todo de la razón que da de su residencia: *a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús.* Comp. los mismos términos, empleados en el mismo sentido, es decir indicando la persecución o el martirio, *a causa* de la palabra y del testimonio, 6:9; 20:4. Se sabe que los romanos tenían costumbre de confinar en islas desiertas a los condenados que no querían matar. Otros hacen decir al autor: "Yo me había retirado a la isla solitaria de Patmos para recibir en ella las revelaciones del Apocalipsis".

23. Gr. *Llegué a estar en espíritu,* en un estado de éxtasis profético, en que todas las facultades del alma, momentáneamente desembarazadas de sus trabas, entran en una relación más íntima con Dios y con el mundo invisible. La fe se torna entonces en visión, el creyente en vidente. (Comp. Act. 10:10; 11:5; 22:17; 2ª Cor. 12:2).

24. O el domingo. La voz *domingo* tiene etimológicamente el mismo significado (*dies dominica*). Ese día, así llamado a causa de la resurrección *del Señor,* tuvo una gran importancia a los ojos de los cristianos, desde los tiempos apostólicos (es también mencionado en Act. 20:7; 1ª Cor. 16:2); pensaban que el regreso de Cristo y la resurrección de los muertos tendrían lugar en ese día. Consagrado especialmente a la meditación, ese santo día era muy apropiado para las grandes manifestaciones de que el apóstol va a ser testigo. Según Beck, el sentido sería: Fuí transportado en espíritu *al día del Señor,* es decir al momento del regreso de Cristo (1ª Cor. 1:8), para contemplar en espíritu ese gran acontecimiento.

25. La *trompeta* servía para convocar a los israelitas a las asambleas (Núm. 10:2, 10; Joel 2:1, 15; comp. Ex. 19:16; 20:18; Hebr. 12:19.) A menudo es mencionada como debiendo anunciar alguna solemne aparición divina, en particular el regreso de Cristo en su gloria (Mat. 24:31; 1ª Cor. 15:52; 1ª Tes. 4:16). Es para Juan la señal de la revelación que va a recibir.

26. Según el texto recibido, la voz repite primero las palabras d l v.

11 Lo que ves escribe en un libro y envíalo a las siete iglesias, a Efeso, y a Esmirna, y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardis, y a 12 Filadelfia, y a Laodicea [27]. Y volvíme para ver la voz, la cual hablaba conmigo; y habiéndome vuelto vi siete candeleros de oro [28], 13 y en medio de los candeleros uno semejante a un hijo de hombre [29], vestido con ropa talar [30] y ceñido hacia los pechos con un 14 cinto de oro [31]; y su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve [32], y sus ojos como llama de fuego [33],

8: *Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin.* Estas palabras no son auténticas. La *fuerte voz* que habla da pues únicamente a Juan la orden solemne de *escribir en un libro lo que ve* y lo que aún verá (v. 19), y *de enviarlo a las siete iglesias* de Asia. De lo que es natural inferir que este libro fué escrito en Patmos mismo.

27. Véase, sobre la posición geográfica de estas ciudades, las notas a cada una de las epístolas. (Cap. 2 y 3). ¿Por qué escoge el Señor esas siete ciudades con preferencia a otras, a Colosas, por ejemplo, a Troas (2ª Cor. 2:12; Act. 20:5, 6), a Hierápolis, donde había iglesias florecientes? Se ha supuesto que estas iglesias fueron designadas porque habían recibido ciertos dones del Espíritu y se encontraban en un estado religioso que las hacía aptas para servir de ejemplos a las otras iglesias y a la Iglesia cristiana de todos los tiempos.

28. Esta figura es explicada en el v. 20: los siete candeleros representan las siete iglesias. La comparación ha sido suministrada a Juan por el candelabro del tabernáculo (Ex. 25:37) o por la visión de Zac. 4:1 y sig. Todas las iglesias, lo mismo que todos los cristianos, tienen por santo destino el ser "la luz del mundo". (Mat. 5:14, 15). Juan *se vuelve*, porque la voz ha resonado detrás de él (v. 10). Desea *ver la voz*, es decir el que la ha emitido.

29. Designación del Mesías en Daniel (7:13; 10:16; comp. Mat. 8:20, nota). Este título sólo es dado a Jesucristo, después de su glorificación, en Act. 7:56. Cristo aparece *en medio de los siete candeleros*, es decir de las iglesias, para mostrar que vela sobre ellas y les comunica la luz y la vida.

30. Gr. *ropa que desciende hasta los pies*; es la vestidura del sumo sacerdote (Ex. 28:4, 31 y sig.)

31. Dan. 10:5 El *cinto* alrededor de los lomos indica la acción (Luc. 12:35; Efes. 6:14); colocado más arriba, *sobre los pechos*, permitía a los pliegues del vestido caer más arriba y producir un efecto más majestuoso. Según Josefo (*Antig.* III, 7, 2), los sacerdotes lo llevaban así. Por otra parte, el cinto *de oro* era usado por el rey 1ª Macab. 10:89); el sumo sacerdote tenía un cinto del que el oro era solamente uno de los elementos constitutivos (Ex. 28:8.)

32. Esta blancura esplendente sería, según muchos, la figura de la pureza, de la gloria celestial (comp. Mar. 9:3). ¿Mas por qué ésta se mostraría solamente en la cabeza y los cabellos? En Dan. 7:9, "el anciano de días" aparece con cabellos blancos, que son el símbolo de la eternidad. Aquí igualmente la idea de eternidad respondería a lo que el Señor dice en los v. 17 y 18.

33. Dan. 10:6. Estos *ojos como llama de fuego* llevan la luz a los objetos que consideran. Son el emblema de la omnisciencia que penetra hasta el fondo de los corazones, y de la santidad que consume en ellos to-

15 y sus pies semejantes a latón bruñido como incandescente en un 16 horno [34], y su voz como ruido de muchas aguas [35]; y teniendo en su mano derecha siete estrellas [36], y saliendo de su boca aguda espada de dos filos [37]; y su rostro como brilla el sol en su fuer-17 za [38]. Y cuando le vi, caí a sus pies como muerto; y puso su diestra sobre mí, diciendo: No temas [39]; yo soy el primero y el últi-

da impureza. (Comp. 2:18 y sig.; 19:12; Hebr. 12:29.)

34. Dan. 10:6; Ezeq. 1:7. Este último detalle indica el esplendor de ese noble metal llamado *jalcolíbanon*, probablemente "latón del Líbano". Otros traducen: "latón ardiente". Símbolo, según unos, de la firmeza en la marcha, a la cual nada podría oponerse (comp. 10:1); según otros, de la potencia con que aplastará a sus enemigos (Sal. 60:14; Isa. 14: 25; 63:3.)

35. Dan. 10:6; Ezeq. 1:24; 43:2; potencia, cuya magnífica figura es el estruendo del océano. Algunos intérpretes entienden esta expresión del "ruido" de sus pasos. Mas como se trataba de *voz* en los v. 10 y 12, vale más dejar al vocablo griego su sentido primero.

36. Estas *estrellas*, las tiene en su diestra, para mostrar que están completamente en su poder. Comp. Juan 10:28. El sentido de la figura es indicado en el v. 20.

37. La *espada de dos filos* simboliza aquí no la palabra de Dios, o la predicación del evangelio en general, como en Efes. 6:17 y Hebr. 4:12, sino la palabra de Cristo mismo, puesto que *sale de su boca*. Esta palabra es dirigida contra sus enemigos en la Iglesia (2:12, 16) y afuera (19:15, 21.)

38. Se puede traducir su *rostro* o su *aspecto*, su apariencia. Se trata de la gloria celestial del Hijo de Dios, de que la transfiguración había dado ya una débil idea a sus discípulos (Mat. 17:2). Una comparación semejante se encuentra en el cántico de Débora (Jueces 5:31). El apóstol agota todas las figuras que le ofrece la naturaleza, sin llegar a exponer completamente los rasgos glorificados de su Salvador. Un día, le veremos tal cual es (1ª Juan 3: 2), pues "transformará el cuerpo de nuestra humillación, para hacerlo conforme al cuerpo de su gloria". (Fil. 3:21.) Tal es el que va a dictar las cartas a las iglesias (cap. 2 y 3) y que recordará a cada una de ellas algún rasgo de su imagen divina, en relación con el estado en que la halle.

39. Dan. 10:12; Luc. 1:13, 30; 2: 10; Mar. 16:6. Palabra celestial, siempre necesaria para disipar el temor que inspira al hombre mortal y pecador una manifestación del Dios santo y justo, o solamente del mundo invisible. (Comp. Isa. 6:5; Ezeq. 1:28; Ex. 33:20; Dan. 8:17, 18; 10: 7 y sig.; Luc. 1:12; 5: 8). Juan, que había reposado en el seno de Jesús, no puede sin embargo soportar la vista del Hijo de Dios en su gloria: es necesario que su Maestro le conforte, que *ponga sobre él esa mano* que, en este mundo, había devuelto la vista a los ciegos, la salud a los enfermos, la vida a los muertos. Toda la confianza de la fe, la más íntima comunión del amor, no deben jamás desterrar de nuestro corazón" el temor y el temblor", la humilde adoración del Salvador glorificado.

40. Título tomado por Jehová mismo (Isa. 44:6; 48:12), y que el hijo de Dios se atribuye aquí. El sentido es el mismo que en v. 4 y 8. Es el pensamiento de que Jesús es *el primero y el último* lo que debe confortar a su discípulo.

mo [40], y el viviente; y llegué a estar muerto, y he aquí, vivo
18 estoy por las edades de las edades, y tengo las llaves de la muerte
19 y de la mansión de los muertos [41]. Escribe pues las cosas que has visto y las que son y las que deben acontecer después de éstas [42];
20 el misterio de las siete estrellas que has visto sobre mi diestra, y los siete candeleros de oro [43]; las siete estrellas ángeles son de las siete iglesias [44], y los siete candeleros siete iglesias son [45].

41. El *viviente, viviente por los siglos de los siglos* (*Q* añade: *Amén*), fuente de la vida, recuerda a su discípulo que *estuvo muerto*, que es el mismo que el vió expirar sobre la cruz; que por ello ha adquirido el poder absoluto sobre *la muerte y la mansión de los muertos* (gr. *el hades*, lugar invisible, Mat. 11:23; Act. 2:27, 31; 1ª Cor. 15:55), que él solo liberta de ellas al que él quiere. La figura de las *llaves* viene de la de las "puertas" de la muerte (Sal. 9:14) y de la mansión de los muertos (Isa. 38:10; Mat. 16:18.) El viviente trae la vida; pensamiento apropiado para disipar los temores del discípulo y de todo pobre pecador. Al mismo tiempo, esta manifestación de la gloria y de la potencia del Salvador debía preparar a Juan para recibir las revelaciones que va a serle hechas sobre el porvenir del reinado de Dios.

42. Juan debe *escribir* (v. 11) *las cosas que ha visto,* la visión que acaba de tener (v. 12-16) y cuya explicación, que empieza en el v. 20 continúa aún en las cartas (cap. 2 y 3); *y las que son,* el estado presente de las iglesias, descrito en los dos capítulos siguientes; *y las que deben acontecer después de éstas,* las visiones relativas al porvenir, cap. 4 y sig.

43. Con la puntuación que adoptamos, la voz *misterio* depende aún del verbo *escribe* (v. 19). Otros ponen un punto después del v. 19, y sobrentienden: "He aquí" al principio del v. 20. En general, en el estilo del Nuevo Testamento, un misterio es una verdad que el hombre no conoce ni comprende más que por una revelación (Mat. 13:11; Rom. 11:25; Efes. 3:3 y sig.; 1:9).

44. ¿Qué hay que entender por estos *ángeles de las siete iglesias?* 1º Se ha visto en el *ángel* de cada iglesia el *obispo*, o el pastor, de esa iglesia. A eso hay muchas objeciones que hacer. Las iglesias apostólicas no tenían un obispo o anciano al que perteneciera en forma exclusiva el gobierno del rebaño; tenían varios ancianos iguales entre sí (Fil. 1:1). ¿Por qué dar al obispo este nombre inusitado de *ángel?* Los ángeles tienen en el Apocalipsis un papel demasiado augusto para que su nombre sea dado sin explicación a hombres. La misma consideración impide ver en esos *ángeles* a *mensajeros* enviados por las siete iglesias a Juan, como Epafrodito y Epafras lo fueron a Pablo (Fil. 4:18; Col. 1:7; 4:12). Las siete cartas no se dirigen a individuos cuyos defectos tuviera que reprender el Señor, o cuyas obras aprobar, sino siempre a una iglesia entera, que no podría personificarse así en un hombre; pues éste, sean cuales fueren su autoridad y su responsabilidad, no puede ser hecho solidario delante de Dios de toda la iglesia. 2º Se substituye al obispo único el *episcopado* o el *pastorado* de la iglesia, el cual sería el ángel; se tendría entonces lo abstracto por lo concreto, el cargo, en lugar del que de él está investido, y así cada carta se dirigiría al cuerpo de los ancianos, al

2. *Las epístolas a las siete iglesias*
(Cap. 2-3)

A. 1-7. A LA IGLESIA DE EFESO. — 1º *Suscripción.* El Señor se presenta como el que tiene en su diestra las siete estrellas y marcha en medio de los siete candelabros (1). — 2º *Alabanza y censura.* a) *Aprobación.* El Señor, que conoce las obras de la iglesia, aprueba su trabajo, su severidad para con los falsos doctores, su paciencia (2, 3). — b) *Exhortación al arrepentimiento.* Efeso ha perdido su primer amor. ¡Que se arrepienta; si no, el candelero le será quitado! Su odio de los Nicolaítas es una prenda de su arrepentimiento (4-6). — 3º *Invitación y promesa finales.* Escuchar las palabras del Espíritu. Al vencedor, el Señor dará del árbol de la vida (7).

II Escribe al ángel de la iglesia que está en Efeso [1]: Estas co-

presbiterio entero. Con esto, sin duda, se acerca uno más ya al rebaño mismo, pero se explica menos aun ese título de ángel. 3º Otros piensan que el *ángel* designa el *espíritu* de la iglesia, el conjunto idealizado y personificado de sus buenas o de sus malas disposiciones. Se llega así a no hacer más distinción entre el ángel de la iglesia y la iglesia misma. Hay que confesar que se estaría plenamente autorizado por el contenido de las cartas, que siempre, bajo el nombre del ángel, hablan a toda la iglesia. Pero, en nuestro versículo ¿es permitido identificar las *estrellas*, que representan a los ángeles, y los *candeleros*, que simbolizan a las iglesias mismas? No se puede pasar sobre esta objeción. 4º Lo más natural es pues quizás, conservar al vocablo *ángel* su sentido ordinario y ver en estos seres enigmáticos los ángeles guardianes o representantes de cada iglesia. Sin duda, no se enseña en parte alguna que cada iglesia tenga así un enviado celeste puesto para su guarda o encargado de representarla. Mas la creencia en ángeles tutelares existía entre los judíos, y Jesús no la contradice (Mat. 18:10). Pablo alude quizás a ella en 1ª Cor. 11:10. En el Apocalipsis sobre todo, los ángeles son nombrados a menudo como dirigiendo o representando los vientos (7:1), el abismo (9:11), el fuego (14:18), las aguas (16:5), comp. Hebr. 1:14. ¿Por qué no serían concebidos en nuestro pasaje como encargados de las iglesias y representándolas delante de Dios? Los reproches que las epístolas contienen dirigidos a los ángeles no son una objeción decisiva a esta explicación, pues, en el pensamiento de Juan, la iglesia es personificada en el ángel. Si tenemos aquí verdaderos ángeles, parecerá natural que tengan por emblema *estrellas.* Decídase uno por cualquier interpretación, lo que queda indubitable es que el Señor dirige las serias y profundas palabras de las cartas que siguen a cada una de las siete iglesias, a todo el rebaño, y por ello mismo a las iglesias de todos los tiempos y de todos los lugares que puedan encontrarse en el mismo estado religioso. (Comp. 2:1. 1ª nota).

45. Véase v. 12, nota. ¡Qué idea nos da el Señor de la Iglesia en general y de cada iglesia en particular, al compararla a un candelabro cuya luz resplandece en el mundo! (Comp. Fil. 2:15).

1. Comp. 1:19, nota. Esta orden del Señor se repite en cada una de

sas dice el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda
2 en medio de los siete candeleros de oro [2]: Conozco tus obras [3], y

las siete cartas. Estas están compuestas siguiendo un orden que es necesario observar; todas tienen tres partes: 1º Una introducción, en la cual el Señor se presenta a la iglesia con alguno de los rasgos bajo los cuales ha aparecido a su discípulo (1:12 y sig.) La selección de esos rasgos no es arbitraria; está en relación íntima, fácil de entender, con el estado de la iglesia a la cual el Señor se anuncia. 2º El cuerpo mismo de la epístola, que empieza con esta declaración de la omnisciencia divina: *Conozco;* este verbo es seguido del complemento: *tus obras* (2:2, 19; 3:2, 8, 15), o de una proposición que caracteriza la situación de la iglesia. Luego el Señor juzga la conducta de la iglesia. añadiendo la censura a la alabanza, excepto para Esmirna y Filadelfia. Por último, hace oír a la iglesia una seria exhortación, que toma ora la forma de amenaza (2:22, 23), ora la de consuelo y aliento (3:9, 10). 3º La conclusión, que encierra una promesa *al que venciere.* Esta promesa es precedida en las tres primeras cartas, seguida en las cuatro últimas de estas palabras solemnes, propias para despertar la conciencia: *¡El que tiene oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias!* Las siete cartas están pues en relación íntima con la visión que las introduce; ellas hacen comprender el objeto de aquélla. Forman, con el primer capítulo, una introducción a todo el Apocalipsis. Es evidente que estas cartas, como las epístolas del Nuevo Testamento, como todas las otras escrituras, tienen un carácter de permanencia que hace aplicables sus lecciones a las iglesias de todos los tiempos; pues la obra de Dios, por una parte, y las necesidades del corazón del hombre por la otra, permanecen las mismas en el fondo, a pesar de la diversidad infinita de las circunstancias. ¿Pero puédese ir más lejos; y, porque el Apocalipsis es un libro profético, tienen estas cartas ya ese carácter? En otros términos, ¿débese ver en cada una de ellas el tipo de un estado religioso y moral de la Iglesia de Jesucristo en tal época determinada de su historia? Excelentes exégetas lo han pretendido (Introducción, pág. 403), pero en la aplicación de ese principio a los hechos, sus concepciones difieren al infinito, porque son entregados a su arbitrio. Es necesario pues atenerse al sentido inmediato, histórico y práctico de estas admirables exhortaciones. La primera iglesia a quien se dirige el Señor es la de *Efeso,* célebre entre todas las iglesias de Jesucristo en esa parte del Asia Menor, cuyo centro era. (Véase la Introd. a la epístola a los Efesios). Después de Pablo (Act. 20:31) y su discípulo Timoteo (1ª Tim. 1:3), Juan mismo residió por largo tiempo en medio de ese rebaño privilegiado: ¡El Señor no deja por eso de tener un reproche muy grave que dirigirle! (v. 4.)

2. Estas palabras repetidas en cada carta: *"He aquí lo que dice..."* recuerdan la solemne fórmula de los profetas: "Así dice el Eterno". (Isa. 3:15; Jer. 2:2; Ezeq. 3:11; Amós 1:3, 6, 9, 11, 13 etc.) El Señor *tiene las siete estrellas en su diestra* (comp. 1:16 nota; 20, nota), mostrando con ello que las iglesias, y los que las representan o las conducen, le pertenecen. *Anda en medio de los siete candeleros* (comp. 1:13, 20, nota); está constantemente presente y obrando en medio de las iglesias, ellas reciben de él la luz, y él puede, cuando lo quiere, "quitar el candelero de su lugar" (v. 5.)

tu trabajo y paciencia [4], y que no puedes soportar los malos [5], y has probado a los que se dicen apóstoles y no son, y los has halla-
3 do mentirosos [6]; y tienes paciencia, y has soportado por causa
4 de mi nombre, y no te has fatigado [7]. Pero tengo contra ti que
5 has dejado tu primer amor [8]. Acuérdate pues de dónde has caído,

3. El Señor, que sonda los corazones y los riñones, *conoce* las obras de cada iglesia: no solamente las empresas de su actividad o las acciones aisladas de sus miembros, sino todas las manifestaciones de su vida. Esas *obras,* como los frutos del árbol (Mat. 7:16, 17), pueden ser buenas o malas (20:12; 2ª Cor. 5:10.)

4. El vocablo traducido por trabajo implica la idea de pena (2ª Cor. 6:5), y expresa los esfuerzos de la iglesia de Efeso para la propagación y la defensa del evangelio; mientras que la *paciencia,* que el Señor alaba en ella, se refiere a las pruebas, a los sufrimientos que ella soportaba por su nombre. Esta doble alabanza, necesaria para alentar a los fieles en esos tiempos difíciles, era tan bien fundada que el Señor vuelve a ella e insiste (v. 3).

5. No se trata del *soportar* personal que el cristiano debe ejercer para con *los malos* mismos, aunque fuesen sus enemigos; sino de una falsa tolerancia practicada en la iglesia y que sería la negación de toda verdad y de toda disciplina. En este dominio, el *malo* debe ser reprendido; y, si no cede a las advertencias, los miembros de la iglesia le testificarán su reprobación no teniendo más relaciones con él (Sal. 139:21; 1ª Cor. 5:9-13).

6. ¿Quiénes eran esos pretendidos *apóstoles?* No se puede determinarlo con exactitud. Algunos ven en ellos a los dirigentes entre los Nicolaítas (v. 6); mas el título de *apóstoles* que tomaban induce más bien a pensar que se trata de doctores judaizantes, como los que combatían a Pablo (Gál. 2:4; 4:17; 5:12; 2ª Cor. 11:5; 12:11) e imponían a los cristianos ordenanzas carnales (Col. 2:16-23). Se decían *apóstoles,* los únicos verdaderos *enviados* de Jesucristo. Quizá su tentativa pertenecía al pasado. La iglesia de Efeso los había *probado,* sea observando su conducta, sea examinando su doctrina, y los había convencido de *mentira.* Cumpliendo con fidelidad este deber de toda iglesia, ella había mostrado que no en vano le había dirigido Pablo precedentemente advertencias a este respecto. (Véase Act. 20:28-31; 2ª Tim. 2:16-18; 3:1 y sig. Timoteo estaba en Efeso cuando Pablo le escribía esas palabras). Juan hizo oír exhortaciones semejantes (1ª Juan 4:1, nota).

7. La misma iglesia que no podía *soportar* los malos, sabía muy bien *soportar* los males y las persecuciones *por el nombre* del Señor. ¿En cuántas iglesias no se encuentra precisamente la inversa?

8. El ojo penetrante del Señor discierne al lado de ese gran celo por la propagación del evangelio y por la pureza de la doctrina, una triste carencia del *primer amor,* de ese ardor íntimo y omnipotente del sentimiento que sigue a la conversión y que hace capaz de sacrificar todo, tan grande es el gozo del alma que puede por fin decirse: ¡Salvada estoy! Los unos entienden por *el primer amor* únicamente el amor a Dios y a Cristo. Se basan en el hecho de que esta expresión parece tomada de la comparación del amor conyugal aplicada a las relaciones de Dios con su pueblo (Oseas 2:16-25; Jer. 2:2) o de Cristo con la Iglesia (Efes. 5:25, 32; 2ª Cor. 11:2) Los otros

y arrepiéntete y haz las primeras obras; que si no, vengo a ti
6 y removeré tu candelero de su lugar, si no te arrepintieres[9]. Pero esto tienes, que aborreces las obras de los Nicolaítas, las que
7 también yo aborrezco[10]. El que tiene oído escuche qué dice el

objetan que la carencia de amor a Dios concordaría mal con los elogios hechos a la iglesia en los v. 2 y 3. Estiman que el Señor tiene en vista las faltas del amor fraternal, que se había enfriado en los corazones, en medio de los combates por fuera y de las discusiones por dentro. Probablemente hay que comprender ese término de uno y otro amor, estrechamente unidos de hecho y siempre dependientes uno del otro. El amor a Dios es el más naturalmente indicado por la expresión empleada. Puede caer en defecto precisamente en donde predomina un celo sincero, pero amargo (Jac. 3:14), sin inteligencia (Rom. 10:2), por la defensa de la verdad y de la sana doctrina. El efecto inmediato y necesario de ese declinamiento del amor a Dios es la disminución del amor al prójimo. Las obras de la iglesia continúan, pero no son ya las *primeras obras* (v. 5), porque les falta el espíritu de la caridad. Esta actividad exterior hace ilusión a la iglesia sobre lo que por dentro le falta.

9. Este abandono del primer amor era una caída (1ª Cor. 10:12). Bien: para levantarse de una caída, es necesario *arrepentirse,* es decir ante todo *acordarse de dónde se ha caído,* recordar su condición precedente (Luc. 15:17), reconocer su decaimiento y su miseria, y experimentar un santo dolor y una profunda humillación. Mas eso no es todavía más que la condición negativa de la renovación interna que es requerida por el Señor para volver a las *primeras obras,* o, en otros términos, al "primer amor" El vocablo que traducimos por *arrepentirse* designa un cambio completo de espíritu, la conversión, la regeneración del corazón. Sólo tal cambio podrá hacer volver el primer amor donde se ha enfriado. Si la iglesia de Efeso se rehusa, la amenaza que el Señor añade se cumplirá pronto: *Vengo a ti,* por juicios (pues no se trata aquí de su última venida), *y quitaré tu candelero de su lugar,* es decir: haré que ceses de ser una iglesia, sea suprimiéndote completamente, sea hiriéndote de muerte espiritual. Una vez apagada la luz (lo que acontece siempre cuando el amor ha desaparecido, y Dios retira sus gracias) no hay más iglesia, aun cuando formas muertas subsistan todavía.

10. No se está de acuerdo sobre la cuestión de saber si el nombre de los *Nicolaítas* es la designación histórica de una secta, o si es un término simbólico destinado a caracterizar las tendencias inmorales que son aquí condenadas. En el primer caso, muchos hacen remontar el origen de esa secta a Nicolás, uno de los siete diáconos (Act. 6:5), quien, según cuenta Ireneo, habría decaído más tarde de la fe y abrazado errores impuros. Si se trata, al contrario, de un nombre simbólico (como el de Jezabel, v. 20), podría uno estar tentado a ver en él la indicación de los mismos extravíos que son caracterizados en el v 14 bajo el nombre de "doctrina de Balaam", pudiendo Nicolás significar, en griego: el que vence al pueblo, y Balaam, en hebreo: el que traga al pueblo. Muchos han admitido esta opinión, sin que se haya demostrado ser fundada. Sería necesario para ello que los v. 14 y 15 hablasen de las mismas tendencias bajo dos nombres diferentes, lo que es dudoso.

Espíritu a las iglesias[11]. Al que venza, le daré de comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios[12].

B. 8-11. A LA IGLESIA DE ESMIRNA. — 1º *Suscripción.* El Señor se anuncia como el principio y el fin de todas las cosas, y como el Resucitado (8). — 2º *Aprobación y consolación.* El Señor conoce la riqueza de Esmirna, a pesar de su aflicción, su pobreza y las calumnias de los judíos, sus adversarios. La conforta respecto de la persecución que tiene ella en perspectiva, y le exhorta a ser fiel hasta la muerte para obtener la corona de la vida (9, 10). — 3º *Invitación y promesa finales.* Escuchar. El vencedor evitará la muerte segunda (11).

8 Y al ángel de la iglesia que está en Esmirna[13] escribe: Estas

Sea lo que fuere, tenemos probablemente aquí los funestos errores descritos en las epístolas de Pedro, de Juan y de Judas, una falsa espiritualidad, una libertad carnal que se entregaba a la sensualidad bajo pretexto de que no contamina el espíritu, y de que para el cristiano no hay más ley. Los efesios son alabados de haber sabido *aborrecer* esas doctrinas, y el Señor mismo *también las aborrece* por un efecto de su santidad misma.

11. Comp. Mat 11:15; Mar. 7:16 etc. *El Espíritu* que habla así *a las iglesias,* es el Espíritu del Señor que dicta estas cartas a Juan (2ª Cor. 3:17; comp. Rom. 8:9, 10; Juan 16: 13-15). Al final de cada carta, el Señor se dirige *a las iglesias,* es decir a todas las iglesias cristianas, a menos que se limite este término a las iglesias a las que el Apocalipsis es dirigido. Es lo que hace la variante de *A,* que tiene: a las *siete* iglesias.

12. La promesa que termina cada una de estas cartas tiene una relación íntima con el estado espiritual y con las necesidades de la iglesia a quien es dirigida. La de Efeso se distingue por su trabajo, su paciencia, su fidelidad en la doctrina; pero su falta de amor la ponía en peligro de caer completamente de la *vida* interna y espiritual. Si se arrepiente (v. 5, nota) y alcanza la *victoria* en el combate contra los enemigos de dentro y de afuera, alcanzará con ello mismo a la plenitud de la *vida* que aquí le es prometida bajo una figura bien conocida. El *árbol de la vida* que estaba en medio del *paraíso de Dios* (Gén. 2:9), era el símbolo de la comunión íntima del hombre con su Dios, fuente de la vida verdadera. Por la caída, el hombre fué excluído del goce del árbol: había perdido el bien figurado por ese símbolo. El autor de la vida nueva, Jesucristo, pone nuevamente *al que venza* (gr al *venciente*) en posesión de lo que había perdido (comp. 22:2, nota, 14, 19); le procura mucho más aun que lo que el hombre poseía en su estado de inocencia primitiva. La plenitud de la vida y del amor, tal es el premio magnífico de la victoria. El *paraíso* (comp. Luc. 23:43; 2ª Cor. 12:4, notas) es llamado aquí paraíso *de Dios,* porque Dios es su luz y su vida. Según *A* y las versiones, el Señor diría: el paraíso de *mi* Dios. La voz *mi* falta en *Sin*, *A. C.*

13. Ciudad situada a setenta kilómetros aproximadamente al norte de Efeso, en el fondo de un golfo que lleva el mismo nombre y se abre sobre el mar Egeo, no lejos de la isla de Chios. Esmirna es hoy todavía notable por su comercio. Cuenta 225.000 habitantes, entre los cuales un gran número de cristianos de to-

cosas dice el primero y el último, el que llegó a estar muerto y
9 revivió [14]: Conozco tu tribulación y pobreza, —pero eres rico [15], —y la calumnia de los que se dicen ser judíos, y no son, sino
10 sinagoga de Satanás [16]. No temas las cosas que has de padecer. He aquí el diablo ha de echar de entre vosotros a una cárcel, para que seáis tentados [17], y tendréis tribulación diez días [18]. Hazte

da denominación. En tiempo de los apóstoles, tenía, con Efeso y Pérgamo, la pretensión de ser la primera ciudad de la provincia de Asia. Los judíos eran allí numerosos. Se ignora por quién fué fundada la iglesia de Esmirna. Se hizo célebre por su obispo mártir, Policarpo.

14. 1:17,18. A una iglesia que iba a sufrir la persecución, la *tribulación* por el nombre de Jesús, y cuyos miembros debían esperar dar su vida por él, el Señor se anuncia como El Eterno, y que también ha debido dar su vida por los suyos. Mas si *estuvo muerto, volvió a la vida* (gr. *empezó a vivir*). Príncipe de la *vida*, asegura a sus redimidos la misma victoria sobre la muerte (v. 10, 11).

15. *Aflicción, pobreza*, en cuanto a los bienes de la tierra, pero *riquezas* en bienes espirituales (Mat 6:20; Luc. 12:21; 1ª Cor. 1:5; 2ª Cor. 6:10; 8:9), tal era el estado de la iglesia de Esmirna. La *aflicción* puede entenderse de la persecución (v. 10); ésta puede haber sido la causa de la *pobreza* de los cristianos de Esmirna, pues los perseguidos eran despojados de sus bienes (Hebr. 10:34). Pobres, estaban indefensos contra las *calumnias*. Mas esta relación entre las tres pruebas no es segura. Las palabras: *tus obras* añadidas aquí y en el v. 13 después de: *conozco*, no son auténticas. Se comprende, puesto que respecto de estas dos iglesias el Señor tiene menos que hablar de *obras* que de *sufrimientos* y *tentaciones*.

16. Esos judíos se jactaban del nombre de judíos (Rom. 2:17), bien que no tuvieran ningún derecho a ello (Rom. 2:29), porque su incredulidad y su odio a la verdad los hacían servidores *de Satanás* más bien que del Dios viviente (v. 24; 3:9; Juan 8:44; Act. 13:10). La calificación de *sinagoga de Satanás* formaba contraste con su pretensión de ser "la asamblea del Eterno" (Núm. 16:3; 20:4.) Los judíos tomaron parte activa en las persecuciones primeras contra los cristianos (Act. 13:45; 18:6.) Se sabe, entre otras, que contribuyeron a la muerte sangrienta de Policarpo, obispo de Esmirna. Las *calumnias* de esos judíos no eran relativas a los ágapes de los cristianos y a la celebración de la cena. Consistían más bien en denunciarlos a las autoridades paganas como rebeldes a César (Luc. 23:2; Act. 17:7.)

17. Los obstáculos puestos al avance del evangelio, y en particular las persecuciones, son justamente atribuidas *al diablo*, el príncipe de las tinieblas (12:17). El diablo *tienta* a los hijos de Dios para perderlos (Luc. 22:31; 1ª Pedro 5:8.) Mas sólo puede tentarlos con el permiso de Dios, quien regula su acción, y no le permite tentarlos más allá de sus fuerzas (Mat. 24:22; 1ª Cor. 10:13.)

18. Probablemente hay que entender estos *diez días* en sentido recto, o por lo menos, como designando una corta duración, proporcionada a la fuerza de resistencia de los fieles. El número *diez*, en su sentido simbólico, significa lo que es completo desde el punto de vista humano. (Comp. Dan. 1:12, 14.) El Señor promete a todos los que soportan con fidelidad y constancia la tribulación por su nombre, que sabrá ponerle un término y libertarlos de ella.

11 fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida [19]. El que tiene oído escuche qué dice el Espíritu a las iglesias. El que venza, de cierto no será dañado de la segunda muerte [20].

C. 12-17. A LA IGLESIA DE PÉRGAMO. — 1º *Suscripción*. El Señor se anuncia como el que tiene la espada del justiciero (12). — 2º *Aprobación. Censura. Exhortación al arrepentimiento*. El Señor conoce los peligros a que está expuesta la iglesia y su fidelidad en la persecución. Le reprocha los falsos doctores que tiene en su seno. La insta a arrepentirse; si no, él vendrá a ejercer juicio sobre ellos (13-16). — 3º *Invitación y promesa finales*. Escuchar. El vencedor recibirá del maná oculto, un guijarro blanco, un nuevo nombre (17).

12 Y al ángel de la iglesia que está en Pérgamo [21] escribe: Estas cosas dice el que tiene la espada, la de dos filos, la aguda [22]:
13 Sé dónde moras, donde está el trono de Satanás [23]; y retienes mi

19. Si estas palabras anunciaban a la iglesia de Esmirna que tendría que sufrir el martirio, la *muerte* por el nombre de Jesús, le prometían también una victoria segura y gloriosa. Compárese sobre esta hermosa figura: *la corona de la vida*, o de la gloria, o de la justicia, 1ª Cor. 9:25; Jac. 1:12; 1ª Pedro 5:4; 2ª Tim. 4:8. *La vida* misma constituirá la *corona* del fiel. En este mundo "escondida con Cristo en Dios", aparecerá un día, y será la gloria del creyente (Col. 3:3, 4).

20. Gr. *No recibirá injuria de...* (Luc. 10:19; Apoc. 6:6; 7:2, 3.) *La muerte segunda* (20:6, 14; 21:8; comp. Dan. 12:2), es la separación completa, eterna de con Dios que es la sola fuente de la vida; es pues una muerte definitiva. El que, desde este mundo, posee la vida espiritual, imperecedera, al punto de consagrar a Dios su vida natural glorificándole por el martirio, nada tiene que temer de la muerte segunda. Y esta certidumbre, a su vez, da al hombre el coraje de sacrificar gozosamente su vida por Aquel que le salvó.

21. Antigua capital, floreciente en los tiempos que siguieron a Alejandro el Grande. Bajo la dominación romana (desde 133 antes de J. C.), fué la sede de un tribunal principal. Estaba situada a ochenta kilómetros al norte de Esmirna, en Misia, a las márgenes del Caicos, a unos treinta kilómetros del Mar Egeo. Lleva aun hoy el nombre de Bérgamo. Se ignora por quién había sido fundada y dirigida la Iglesia de esa ciudad; pero parece, según nuestra carta, que hace conocer su estado moral, que estaba expuesta a grandes luchas.

22. 1:16, 2ª nota. En donde reina Satanás (v. 13), es necesario que sea combatido con energía para ser vencido. De ahí la figura bajo la cual el Señor se anuncia a Pérgamo, y que presagia el juicio anunciado a los Balaamitas (v. 16.)

23. Pérgamo tenía un célebre santuario de Esculapio. La serpiente era el símbolo del dios de la medicina; esto habría inducido a los cristianos a llamar su templo *trono de Satanás*. Se da de este nombre una explicación más plausible aún. En el año

nombre, y no has renegado mi fe [24] aun en los días de Antipas, mi testigo, mi fiel, quien fué muerto entre vosotros, donde mora Sata-**14** nás [25]. Pero tengo contra ti unas pocas cosas, porque tienes allí quienes retienen la doctrina de Balaam, quien enseñaba a Balac a echar un tropezadero delante de los hijos de Israel: comer cosas sa-**15** crificadas a ídolos y cometer fornicación [26]. Así tienes tú también **16** quienes retienen la doctrina de los Nicolaítas igualmente.[27]. Arrepiéntete pues; que si no, vengo a ti presto y guerrearé contra **17** ellos con la espada de mi boca [28]. El que tiene oído escuche qué

29 antes de J. C., un templo había sido levantado en Pérgamo, y consagrado al emperador y a la diosa Roma. El culto de los emperadores era odioso a los cristianos, quienes atrajeron sobre sí terribles persecuciones al rehusar rendir al soberano homenajes blasfemos. Es probable que el *trono de Satanás* fuera ese templo de Pérgamo, tanto más cuanto que la persecución era atribuida a Satanás (v. 10, 1ª nota).

24. *Mi nombre,* es la confesión del nombre de Cristo (Act. 5:28, 41); *mi fe,* es la *fidelidad* para con él. Estas palabras eran para la iglesia de Pérgamo un admirable elogio, realzado aun por los detalles que siguen.

25. El *testigo fiel* (mártir) Antipas no es conocido en la historia; pero se ve por estas palabras que el Señor le conocía y no le había olvidado. Su nombre y su martirio son recordados para realzar aun más la fidelidad de la iglesia de Pérgamo que, aun entonces, no desfalleció.

26. La censura del Señor alcanza a *pocas cosas;* pero hay que detener los pequeños principios (Luc. 16:10; Gál. 5:9; 1ª Cor. 5:6, 7).

El *tropezadero,* la *piedra de tropiezo* (gr. el *escándalo*) véase sobre este vocablo (Mat. 5:29, nota) que Balaam *enseñaba a echar* delante del pueblo (Núm. 24:25; 25:1 y sig.; 31:16), *consistía* (verbo sobrentendido en el original, donde el infinitivo *comer* es aposición del sustantivo *escándalo*), de parte de los israelitas, en participar de un culto idólatra, que los arrastraba a relaciones impuras. Pero lo que, en la historia de Israel, no fué sino un hecho accidental, habíase tornado para algunos, en la iglesia de Pérgamo, una *doctrina,* es decir que proclamaban el derecho para el cristiano, bajo pretexto de espiritualismo y de libertad, de tomar parte en los banquetes que seguían a los sacrificios, sin preocuparse del riesgo de ser arrastrados con ello a todas las impurezas del paganismo. Pablo ya había debido hacer oir a la iglesia de Corinto las mismas advertencias (1ª Cor. 10:20-30; 5:9-11).

27. *Igualmente* que los israelitas, o: **"Tú** tienes gentes que retienen *igualmente,* al mismo tiempo, la doctrina de Balaam y la de los Nicolaítas". Esta es la lección de las *mayúsc.* El texto recibido tiene, en lugar de *igualmente,* las palabras: *lo que aborrezco.*

28. Comp. v. 12 y 1:16, 2ª nota. Esta amenaza concierne a los Nicolaítas y a los que son designados en el v. 14. La iglesia entera debía *arrepentirse* (comp. v. 5, nota) a causa de ellos y con ellos. Sin esto, el Señor anuncia un juicio que será ejecutado por la *espada de su boca* (1:16, 2ª nota), es decir por su palabra omnipotente, esta misma palabra que hace vivir o morir (Isa.

dice el Espíritu a las iglesias. Al que venza, le daré del maná oculto [29], y le daré una piedrecilla blanca, y sobre la piedrecilla un nombre nuevo escrito, que nadie conoce sino el que la recibe [30].

D. 18-29. A LA IGLESIA DE TIATIRA. — 1º *Suscripción.* El Hijo de Dios se anuncia bajo rasgos que realzan su santidad, su omnisciencia y su potencia (18). — 2º *Aprobación. Censura y castigo. Exhortación.* — a) *Elogio.* El Señor enumera las cualidades de la iglesia, que ha progresado (19). — b) *Desaprobación y amenazas.* Le reprocha su tolerancia respecto de Je-

11:4). En esta figura hay quizás una reminiscencia del incidente referido en Núm. 22:31.

29. El epíteto de *oculto* ha sido explicado de diversas maneras. Se ha visto en él una alusión al hecho de que, en el lugar santísimo del primer templo, se conservaba maná, en recuerdo del alimento que el Eterno había concedido a su pueblo en el desierto. Otros reconocen aquí la tradición judía según la cual el arca y el vaso que contenía el maná habían sido ocultados por el profeta Jeremías antes de la destrucción del templo y debían reaparecer en el advenimiento del Mesías (2ª Macabeos 2:1 y sig.). Según algunos intérpretes, el *maná* sería considerado aquí como la figura del verdadero pan del cielo, que es el Señor Jesús mismo (Juan 6:31-35 y 48-51). Mas el Señor hace esta promesa *al vencedor,* cuyo cumplimiento nos transporta al umbral de la economía futura. El *maná* no es pues el símbolo de la comunión actual del alma con Cristo, sino de su reunión perfecta y definitiva con él en la eternidad (2ª Cor. 5:6-8). El que hubiere vencido, absteniéndose de los festines impuros de los ídolos, tendrá parte en esa vida celestial. El alimento que se la comunicará y la mantendrá en él puede ser llamado el maná *oculto,* porque escapa a nuestro entero conocimiento y no será manifestado sino en la aparición del Señor (1ª Cor. 2:7-9; 1ª Juan 3:2).

30. No teniendo esta figura analogía en las escrituras, ha sido explicada de muchas maneras diferentes. Unos han pensado en la costumbre según la cual los jueces escribían en una piedra blanca, signo de la inocencia, el nombre del acusado que querían absolver. Otros piensan en amuletos que los visitantes del templo de Esculapio llevaban consigo. Como el libro del Apocalipsis casi no toma sus figuras de las costumbres de los paganos, sino a menudo del Antiguo Testamento es más probable que tengamos aquí una alusión a algún adorno del hábito del sumo sacerdote, por ejemplo a las piedras de las hombreras del efod, o a las del pectoral, sobre las cuales los nombres de las doce tribus estaban grabados (Ex. 28: 9-21). La promesa comprendería entonces, por una parte, la idea del sacerdocio de que el hijo de Dios es investido; por otra, una señal personal de la gracia, fiadora de la certeza de la salvación, y que era de infinito precio en presencia de los peligros a que la iglesia de Pérgamo estaba expuesta (v. 13; comp. 3:12; 7:3; 14:1). El *nombre* inscripto, *nadie lo conoce, sino el que la recibe,* porque expresa una relación íntima entre esa alma y su Dios; y esto le da un rasgo de semejanza con su Salvador (19:12). Ese nombre, por último, es *nuevo* (comp. Isa. 62:2), porque data del día en que ha empezado esa relación con Dios y revela la gloria futura del redimido

zabel. Esta no quiere aprovechar del tiempo que le ha dejado para arrepentirse; por esto la castigará, a ella y a sus partidarios, de tal modo que todas las iglesias le reconocerán como el Juez infalible (20-23). — c) *Aliento a los fieles.* A los que no se han dejado extraviar, el Señor promete no imponer otra prueba. Les exhorta a perseverar hasta su regreso (24, 25). — 3º *Promesas e invitación.* El vencedor dominará sobre las naciones, teniendo parte en el poder que Cristo ha recibido de su Padre, y siendo así asociado a su gloria. Escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias (26-29).

18 Y al ángel de la iglesia que está en Tiatira [31] escribe: Estas cosas dice el Hijo de Dios, el que tiene sus ojos como llama de 19 fuego, y sus pies semejantes a latón bruñido [32]: Conozco tus obras, y tu amor y fe y servicio y paciencia, y tus obras últimas 20 más que las primeras [33]. Pero tengo contra ti que dejas estar a esa mujer Jezabel, que se dice profetisa; y enseña y engaña a mis siervos, a cometer fornicación y a comer cosas sacrificadas a ído- 21 los [34]. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, y no quiere

(1ª Juan 3:2; 1ª Cor. 13:9 y sig). Este pensamiento vuelve sin cesar en el Apocalipsis, que anuncia la renovación de todas las cosas. El nuevo nombre del creyente, el nuevo nombre del Salvador (3:12), el cántico nuevo (5:9; 14:3), un cielo nuevo, una tierra nueva (21:1), la nueva Jerusalén (3:12; 21:2), por último todas las cosas sean hechas nuevas en 5). Todo se relaciona en la economía de la gracia. Es necesario que todas las cosas sean hechas nuevas en nosotros, para que podamos disfrutar un día de "todas las cosas" que el Señor habrá renovado.

31. Pequeña ciudad de Lidia, situada en una llanura regada por el Licos, a setenta kilómetros de Pérgamo, entre esta ciudad y Sardis. Era una colonia macedonia conocida por su comercio en telas (Comp. Act. 16:14). Hoy es una villa turca llamada Ak-Hissar.

32. Comp. 1:14,15. La denominación *el Hijo de Dios,* no se encuentra en otra parte del Apocalipsis. Este título es dado al Cristo en atención a la manifestación de su potencia descripta en el v. 27. Los rasgos que caracterizan aquí al Señor tienen sin duda relación con la amenaza expresada en el v. 23.

33. *El amor,* para con Dios y los hermanos, lejos de enfriarse, producía en la Iglesia de Tiatira una grande actividad. El vocablo *servicio* (gr. *diaconía*) indica todo trabajo, toda beneficencia, principalmente en favor de los pobres (Act. 11:29; 1ª Cor. 16:15; 2ª Cor. 9:12). Ese amor, aliado a una *fe* viva (este término significa también *fidelidad,* v. 10,13), se mostraba también por la *paciencia,* o perseverancia, que el Señor había alabado del mismo modo en la iglesia de Efeso. Había aun aquí un progreso tan señalado, que las *últimas obras* eran más numerosas que las obras del primer amor: precisamente la inversa de lo que había pasado en Efeso (v. 4 y 5). Comp. también 2ª Pedro 2:20. El estado espiritual de la iglesia de Tiatira era pues en diversos aspectos muy floreciente; y sin embargo... Comp. v. 20.

34. Mismos pecados que en Pérgamo (v. 14). Según algunos intérpretes, esta *Jezabel* no sería sino una

22 arrepentirse de su fornicación. He aquí, la echo en cama, y a los que con ella cometen adulterio en grande tribulación, si de las 23 obras de ella no se arrepienten; y a sus hijos mataré de muerte; y sabrán todas las iglesias que yo soy el que escudriña riñones y corazones, y os daré —individualmente— según vuestras 24 obras [35]. Mas a vosotros digo, a los demás que estáis en Tiatira, cuantos no tienen esta doctrina, cuales no conocen las profundi-

tendencia, una secta personificada, y designada por el nombre de la famosa reina de Israel (1ª Reyes 16:31; 18:4; 19:1, 2; 21:5 y sig.; 2ª Reyes 9:22 y sig.), porque esta última era ardiente en propagar la idolatría y en combatir a los siervos de Dios. Mas esta opinión es hoy desechada por los mejores exégetas, y con razón. La analogía con el v. 14, donde hombres reales, que enseñaban los mismos principios corrompidos, son calificados de discípulos de Balaam; sobre todo lo que se reprocha a esta mujer, que *se dice profetiza,* que *enseña y engaña;* por último la amenaza proferida contra ella (v. 22, 23): todo esto indica claramente una persona real. Se ha emitido recientemente esta hipótesis (Schürer), que Jezabel era sacerdotisa de un santuario de la Sibila caldea que se encontraba en Tiatira; habría sido pues una pagana. Mas el reproche: *dejas estar,* muestra que Jezabel, como los Nicolaítas (v. 15), pertenecía a la iglesia. Era una profetisa cristiana de tendencia libertina. Lo que no quiere decir que se llamara *Jezabel;* este nombre le es dado por alusión a la mujer de Acab. *A, Q,* la *Peschito* tienen: "*tu* mujer", lo que ha inducido a muchos intérpretes, a Bengel entre otros, a ver en esa Jezabel la mujer del "obispo" de Tiatira. Esto es inadmisible, pues: 1º esta variante no tiene en su favor el testimonio de los mejores manuscritos; 2º el ángel de la iglesia no era probablemente un personaje de ella (comp. 1:20, 2ª nota); 3º si lo hubiera sido, ¿qué iglesia apostólica lo hubiera aguantado con tales abominaciones en su casa?

35. *Si no se arrepintieren de las obras que ella les enseña,* gr. de las obras *de ella,* de las obras de que Jezabel es la instigadora. La amenaza formulada en estos versículos anuncia terribles juicios de Dios sobre esa falsa profetisa y sobre todos sus adherentes, juicios cuyos términos y figuras son también tomados de la historia de la destrucción de la casa de Jezabel (2ª Reyes 10:1 y sig.). También aquí los intérpretes se deciden por el sentido literal o el figurado, según vean en Jezabel un personaje real o un nombre simbólico. Sin embargo, aun en el primer caso, se pueden entender diversos detalles de esta amenaza en un sentido moral, mientras que otros tienen su significado literal. Así, *echar,* a alguno *en cama* no puede significar más que castigarle con una severa enfermedad; *herir* (gr. *matar*) *de muerte,* no podría tener sino su sentido propio. Mas *los que cometen adulterio con ella* pueden ser los que ella ha arrastrado a la idolatría; *sus hijos,* los engañados por ella. Sea lo que fuere, el objeto de este severo juicio será revelar a *todas las iglesias,* en las cuales los desórdenes de Tiatira habían tenido resonancia, la omnisciencia y la inflexible justicia de Aquel que *sonda los riñones y los corazones,* y que *da a cada uno según sus obras* (Jer. 11:20; 17:10; Sal. 7:10; 62:13).

dades de Satanás, como dicen [36]: No echo sobre vosotros otra
25 carga [37]; empero lo que tenéis retenedlo hasta que yo venga [38].
26 Y el que venza y el que guarde hasta el fin mis obras, le daré
27 autoridad sobre las naciones, y los regirá con cetro de hierro,
28 como los vasos de arcilla son quebrantados, como también yo he
29 recibido de mi Padre [39]; y le daré la estrella matutina [40]. El que
tiene oído escuche qué dice el Espíritu a las iglesias.

36. El Señor se dirige *a los demás*, al *resto* de la iglesia, que no habían sido infectados por esa *doctrina*. Esta palabra prueba que se trataba, no solamente de actos culpables, de pecados, sino de principios y de enseñanzas mentirosas. Los que los profesaban se jactaban de una gran *profundidad* de pensamiento, como lo hacen siempre los hombres que menosprecian la sencillez del evangelio. Esta orgullosa jactancia expresan las palabras: *como dicen*. Pero el Señor, en lugar de concederles que eso sea una "profundidad de Dios" (1ª Cor. 2:10), vuelve contra ellos sus palabras con santa ironía, no reconociéndoles más que una *profundidad de Satanás*, del que los engaña. Igualmente nombra (v. 9) a los que se jactaban de ser judíos, una "sinagoga de Satanás". Otros estiman que el lugar de las palabras: *como dicen*, después de *Satanás*, obliga a referirlas a la locución entera: *las profundidades de Satanás*, y que los falsos doctores mismos empleaban esta expresión para justificar su libertinaje: el cristiano debía conocer, por experiencia, *las profundidades de Satanás*, es decir la potencia del paganismo y los abismos del pecado.

37. A los que se han conservado puros de esos errores y esas inmundicias, el Señor no hace amenaza alguna, los conforta y consuela, al contrario, declarándoles que ninguna otra *carga* será añadida a las pruebas ya bastante dolorosas que tendrán que soportar cuando el Señor ejecute sus juicios sobre Jezabel y sus partidarios (v. 22, 23). La misericordia está siempre unida a la severa justicia. Otros, con menos razón quizá, entienden por *carga* prescripciones legales (Act. 15:28), y ven en ella una alusión a las ordenanzas que la conferencia de Jerusalén había dictado para prohibir a los cristianos de origen gentil el consumo de las carnes sacrificadas a los ídolos y la impudicia.

38. *Lo que tienen* es indicado en el v. 19. *Retenerlo* hasta el fin, tal es la fidelidad de los siervos de Dios (v. 26; 3:11; 2:10; comp. Mat. 10:22). Los que ven en el versículo precedente la promesa de no imponer nuevas prescripciones, hallan en estas palabras la recomendación de observar las reglas establecidas.

39. El Señor promete al *vencedor* hacerle participar de toda la potencia de rey, de toda la autoridad de juez que él mismo ha *recibido de su Padre* y que describe en los términos del Sal. 2:9. (Comp. 1:9; 3:21; 20:4; Mat. 19:28; Rom. 5:17; 1ª Cor. 6:3; 2ª Tim. 2:12). Por primera vez, la promesa hecha al vencedor precede a la exhortación a escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias.

40. *La estrella de la mañana* anuncia el día, la luz, es el emblema de la gloria futura del reinado de Jesucristo. El Señor mismo lleva este hermoso nombre (22:16), y él es nuestra luz y nuestra gloria por la eternidad. (Comp. 2ª Pedro 1:19; 1ª Cor. 15:49; Mat. 13:43; Dan. 12:3). *Le daré* la estrella de la mañana puede significar: lo haré tal que anuncie y apresure la venida del día; o: lo asociaré a mi gloria. La metáfora atrevida del texto es difícil de explicar. Cualquier sentido que se le dé, los que triunfan de los engaños del error no podrían recibir una promesa más gloriosa.

E. 1-6. A LA IGLESIA DE SARDIS. — 1º *Suscripción*. El Señor se anuncia como el que tiene el Espíritu en su plenitud y que es el Señor de las iglesias (1 a.). — 2º *Censura y advertencia. Aprobación a algunos miembros.* Sardis, a pesar de su reputación, está muerta. Por su vigilancia, que reanime su resto de vida, si no vendrá el Señor como un ladrón. Una pequeña minoría se ha preservado de la corrupción; ella triunfará con Cristo (1b - 4). — 3º *Promesas e invitación.* El vencedor será vestido de ropas blancas; su nombre será conservado en el libro de la vida y confesado por Cristo delante de Dios. ¡Escuchar qué dice el Espíritu! (5, 6).

III Y al ángel de la iglesia que está en Sardis [1] escribe: Estas cosas dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas [2]: Conozco tus obras, que nombre tienes de que vives, y
2 muerto estás [3]. Vuélvete vigilante [4] y afirma las demás cosas que

1. En otro tiempo capital de los reyes de Lidia, de los que Creso fué el último; ciudad célebre por sus riquezas y su lujo, situada en una llanura regada por el Pactolo, a cincuenta kilómetros aproximadamente al sud de Tiatira. Casi destruida por un terremoto, durante el reinado de Tiberio, fué reedificada con subsidios del emperador. En el segundo siglo, tuvo por obispo a Melitón, el apologista. Es hoy una aldea de pastores, con algunas hermosas ruinas, únicos restos de su antiguo esplendor.

2. El primer atributo con que aparece el Señor, *los siete espíritus de Dios*, es tomado de 1:4 (comp. 5:6); simboliza todas las perfecciones divinas y los dones diversos del Espíritu Santo. El segundo atributo, *las siete estrellas* es tomado de 1:16 (comp. 1:20, nota) y le representa como el Señor omnipotente de la Iglesia y del ministerio en la Iglesia. (Comp. 2:1). El Señor debía poner en actividad uno y otro de estos atributos para salvar la iglesia de Sardis (v. 1, 2); los despliega todavía para toda iglesia y toda alma que tiene necesidad de una resurrección de entre los muertos.

3. Espiritualmente *muerto* (Efes. 2:1, nota; comp. Rom. 6:13, nota; Jac. 2:17). Lo que da aún a una iglesia semejante *la fama de vivir*, es la conservación de ciertas doctrinas evangélicas, la continuación de los ejercicios del culto, la regularidad externa en la conducta, etc. Pero todas esas cosas no son sino formas de donde ha desaparecido poco a poco *la vida*, la vida de la fe, del amor, del Espíritu de Dios. Es el peor estado que se pueda concebir para una iglesia o para un alma. Más valen los combates, aun con algunas derrotas; las tentaciones, aun con algunas caídas; los santos dolores del arrepentimiento, con sus efectos de vuelta a Dios y de regeneración. Pues donde las almas sufren y luchan, allí hay todavía vida. Se ha observado que no se habla de *aflicción* (2:3, 9) para la iglesia de Sardis; su conformidad con el mundo la había preservado sin duda de la persecución. Ninguno de los que yacen en un campo de batalla, después

estaban a punto de morir[5]; porque no he hallado obras tuyas
3 cumplidas en presencia de mi Dios[6]. Acuérdate pues de cómo has recibido y has oído, y guarda, y arrepiéntete[7]. Si no velares, pues, vendré como ladrón, y de cierto no sabrás en cuál hora
4 vendré sobre ti[8]. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han contaminado sus vestidos, y andarán conmigo en vestidos
5 blancos, porque son dignos[9]. El que venza será así vestido con

de la acción, percibe la muerte de los demás. Pero cuando un vivo viene a atravesar ese lugar desolado, gime. Ese vivo es aquí el Señor, quien hace oir un grito de despertar (v. 2,3). Todos sus fieles servidores le han imitado en esto en las iglesias semejantes a la de Sardis: de ahí, las renovaciones sucesivas en los rebaños y en las almas. "Es un gran mal una grande reputación, cuando está mal fundada. ¿De qué sirve ser estimado del que no ve más que la obra externa, si es uno condenado por Aquel que ve *las obras* del corazón? ¿Cuántos de estos falsos vivos y de estos verdaderos muertos hay entre los pastores mismos, puesto que Jesucristo los encuentra en los primeros tiempos de la Iglesia?" *Quesnel.*

4. *¡Hazte vigilante!* Esta muerte espiritual es encarada como un sueño que deja aún la esperanza y la posibilidad de un despertar (Efes. 5:14).

5. Ese *resto* son los miembros menos decaídos del rebaño (v. 4), más bien que el resto de vida que había aún en las almas. Eso es lo que *iba a morir.* El Señor exhorta a la iglesia a que *afirme* con sincero arrepentimiento, con redoblado celo, ese resto amenazado. (Comp. Luc. 22:32; Ezeq. 34:4, 16).

6. *Tus obras,* todas las manifestaciones de tu vida son extrañas al orden divino; a pesar de las apariencias (v. 1), no son *perfectas* (Mat. 5:48; Col. 4:12) en el juicio de *mi* Dios.

7. Comp. 2:5, nota. Gr. *cómo has recibido y oído, y guarda y arrepiéntete.* Jesucristo recuerda a la iglesia de Sardis *cómo* ha *recibido y oído* el evangelio. (Comp. 1ª Tes. 1:5 y sig. 2:1 y sig.; 1ª Cor. 2:1 y sig). La acogida solícita que los hombres hacen al evangelio es garantía de que lo comprenden todo y según la verdad, y que lo guardarán (Efes. 4: 20; Col. 2:6). Es quizás forzar demasiado estas palabras el hacerles decir: "En el principio la iglesia había oído proclamar la salvación por la fe sola y la abolición de la ley, sin que la libertad cristiana sirviera de pretexto a una vida desordenada" (Spitta).

8. *Si pues,* a pesar de la urgencia que hay para ti en velar, te rehusas, *vendré, y no sabrás a qué hora* (gr.) *vendré sobre ti.* La amenaza del Señor se cumple en cada uno de los juicios que él ejerce, pues entonces él *viene.* Se cumplirá definitivamente en su última venida, cuya hora siempre es incierta. (Comp. Mat. 24:43). Advierte de ello a Sardis en su misericordia, a fin de dejarle tiempo de arrepentirse.

9. El vocablo *vestidos* es tomado ambas veces en sentido figurado: es la figura de la justicia de que Dios viste a sus hijos en Cristo Jesús, la santidad, la pureza de la vida nueva (Isa 61:10; Mat. 22:11,12; Rom. 13: 14, etc). *Contaminar* esos vestidos con pecados voluntarios, recayendo en la muerte espiritual (v. 1), es tanto más peligroso cuanto que no se

vestidos blancos, y de cierto no borraré su nombre del libro de la vida[10]. Y confesaré su nombre en presencia de mi Padre y en
6 presencia de sus ángeles[11]. El que tiene oído escuche qué dice el Espíritu a las iglesias.

F. 7-13: A LA IGLESIA DE FILADELFIA. — 1º *Suscripción.* El Señor se anuncia como el Santo, el Verdadero, el único que da entrada al reino del Mesías (7). — 2º *Bendiciones prometidas en recompensa de la fidelidad de la iglesia.* Por cuanto, en su debilidad, ella ha guardado la palabra del Señor, el Señor le abre una puerta: los judíos de la sinagoga de Satanás irán a rendirle homenaje, y el Señor la guardará en la hora de la tentación universal. El viene presto; que nadie quite a la iglesia su corona (8-11). — 3º *Promesas e invitación.* El vencedor será una columna en el templo de Dios. Tres nombres serán escritos sobre él por Jesús. ¡Escuchar lo que dice el Espíritu! (12, 13).

7 Y al ángel de la iglesia que está en Filadelfia[12] escribe: Estas cosas dice el Santo, el Verdadero[13], el que tiene la llave de

trata ya aquí del viejo hombre, sino del nuevo, que abusa de las gracias que ha recibido. Contra ese terrible peligro son dirigidas advertencias tales como éstas: Hebr. 6:4-6; 10: 26-29; 12:25. El *corto número de personas* (Gr. *de nombres*), que en Sardis, no habían sido atacadas de ese mal, son objeto de una gloriosa promesa: serán *vestidos de vestiduras blancas* (v. 4, 5). Juan verá más de una vez en sus visiones de la vida futura (6:11; 7:9,13,14) a los redimidos ataviados con esos *vestidos blancos,* que distinguían a los vencedores, y eran el símbolo de la pureza y de la santidad perfecta. *Son dignos* de ello, dice el Señor de las personas a las cuales promete esa gloria, no que la hubieran merecido por sus obras, pues su fidelidad era una gracia de Aquel que es el único que nos hace y nos conserva puros; sino que habían hecho valer ese don de la gracia con humildad y conciencia y debían, según la orden de Dios, recibir más aun (Mat. 25:14-30).

10. No se dice: "Inscribiré su nombre", pues la inscripción está hecha desde la eternidad (13:8); pero el hombre tiene el poder de rehusar su elección y obligar por su conducta al Señor a *borrar su nombre del libro de la vida.* Esta última expresión se encuentra ya en el Antiguo Testamento (Isa. 4:3; Sal. 69:29; Ex. 32:32; Dan. 12:1); Jesús alude a ese libro de la vida (Luc. 10:20); Pablo lo nombra (Fil. 4:3); es frecuentemente mencionado en el Apocalipsis (13:8; 17:8; 20:12, 15; 21: 27).

11. Comp. Mat. 10:32; Luc. 9:26. El Señor nombra a *los ángeles* al lado de su Padre, porque forman parte de la Jerusalén celestial (Hebr. 12: 22), se interesan en la salvación de los pecadores (Luc. 15:10), y serán los testigos de su triunfo.

12. Pequeña ciudad del antiguo reino de Lidia, fundada por el rey de Pérgamo Attalo Filadelfo, cuyo nombre llevaba. Filadelfia estaba a cuarenta y cinco kilómetros al sud-este de Sardis. Existe aún bajo el nombre de Alla-Schahr, y cuenta con habitantes pertenecientes a la Iglesia griega.

13. Estos calificativos bajo los cuales el Señor se anuncia a Filadelfia no son tomados de la visión del cap.

David, el que abre y nadie cerrará, y que cierra y nadie abre[14]: 8 Conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, que nadie puede cerrarla; porque tienes un poco de fuerza, y has guardado mi palabra y no has renegado mi nombre[15]. 9 He aquí, traigo de la sinagoga de Satanás, de los que se dicen ser judíos, y no son sino que mienten[16]; he aquí, les haré que vengan y rindan homenaje delante de tus pies, y sepan que yo te he 10 amado[17]. Porque has guardado la palabra de mi paciencia[18],

1. Designan atributos apropiados a la situación y a las necesidades de esa iglesia. Así, los nombres divinos de *Santo*, de *Verdadero* son un estímulo y un consuelo para esa iglesia, que estaba expuesta a las calumnias de los adversarios (v. 9) y debía sufrir la prueba que iba a venir sobre el mundo entero (v. 10); son al mismo tiempo una amenaza dirigida a los que se complacen en la mentira y en la impureza, pues para ellos la verdad suprema, la santidad absoluta, que son la esencia del carácter divino, se tornan en fuego devorador. Se han explicado también estos nombres de Jesús como certificando su calidad de Mesías, disputada por los judíos: él es *el verdadero*, el auténtico Mesías; lo es, por ser *el santo*. Su santidad es dada igualmente como prueba de su calidad de Mesías en Act. 3:14; 4:27, 30; 7:52.

14. Esta figura es tomada de Isa. 22:22. Como las *llaves* de la fortaleza de Sión, del palacio de David, fueron confiadas a Eliakim, en señal del poder que debía ejercer, de igual modo, en el reino de Dios, toda potencia ha sido dada a Cristo Jesús (Mat. 28: 18). Cuando él *abre una puerta* (v. 8) en el mundo y en las almas para hacer penetrar allí el evangelio de su gracia, *ninguno* puede cerrarla; mas también cuando él *cierra*, para hacer vanos todos los esfuerzos de los adversarios, ninguno *abre*. Con esta doble convicción, su Iglesia no podría caer en desaliento; es invencible. Otros entienden por *abrir* y *cerrar*, admitir en el reino de Dios o excluir de él (comp. 1:18), lo que está menos en armonía con el conjunto del pensamiento (v. 8).

15. Aquí el pensamiento: *Conozco tus obras*, no tiene nada de amenazador; prepara una aprobación. En efecto, el Señor ha *puesto* (gr. *dado*) delante de esa iglesia *una puerta abierta*, es decir, en el sentido indicado en el v. 7, la ocasión de extender el evangelio (1ª Cor. 16:9; 2ª Cor. 2:12; Col. 4:3). ¿Por qué? *Porque* esa iglesia, con *poca fuerza* (gr. *pequeña fuerza*), poco numerosa, limitada en sus medios, había permanecido fiel, había *guardado la palabra* del Señor y confesado *su nombre* en la prueba. (Comp. 2:13).

16. *Traigo*, gr. *doy*. Nuestras versiones tienen: *te* doy. Mas el pronombre *te* no está en el texto. Ese verbo es explicado por el verbo sinónimo: *haré que vengan*. Son estas las mismas circunstancias que en Esmirna. Comp. 2:9. Los adversarios no eran judeo-cristianos, como piensan algunos intérpretes, sino judíos inconversos y perseguidores de la iglesia.

17. Comp. Isa 60:14; 49:23; 45: 14; 43:4. Esos judíos serán vencidos al fin por la fidelidad de la iglesia, persuadidos, convertidos, y *postrándose* para *rendirle homenaje* (Gén. 23:7) y para adorar al Dios-Salvador que ella confiesa (1ª Cor. 14:25), *reconocerán* que esos cristianos, lejos de ser enemigos de Dios, son objeto de su amor.

18. La *palabra de la paciencia* o de la *constancia*, que Jesucristo pronuncia, es todo el mensaje que el Señor dirige a la iglesia en atención a las persecuciones venideras, y por el cual la exhorta a tener *paciencia*, a permanecer en pie, a perseverar en la profesión de la fe y en la espera de su próximo regreso. *Guardar* esta palabra es vivir en una vigilancia constante, y renunciar a sí mismo, y llevar la cruz siguiendo al Salvador crucificado. Así, los discípulos de Jesús se hacen "partícipes de su paciencia" (1:9).

también yo te guardaré de la hora de la prueba que debe venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tie- 11 rra[19]. Vengo presto[20]; retén lo que tienes, para que nadie tome 12 tu corona[21]. El que venza, le haré columna en el santuario de mi Dios, y de cierto no saldrá más fuera, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén que desciende del cielo de con mi Dios, y el nombre 13 mío nuevo[22]. El que tiene oído escuche qué dice el Espíritu a las iglesias.

19. Hay que entender probablemente, por esta *prueba que debe venir sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra*, el juicio supremo, que el autor, con toda la iglesia primitiva, creía inminente y que debía "empezar por la casa de Dios" (1ª Pedro 4:17, 18). Ese juicio debía ser precedido de una serie de trastornos físicos y de plagas que constituirían pruebas para todos *los habitantes de la tierra*. (Cap. 8 y 9). No se podrían ver en esta *prueba que debe venir sobre el mundo entero* las persecuciones ejercidas por los emperadores romanos, pues éstas no fueron generales, y sería muy poco natural ver en *los habitantes de la tierra*, a los cuales esta prueba es destinada, los cristianos solos. El Señor no promete a la iglesia de Filadelfia evitarle completamente esa prueba, sino *guardarla* de modo que salga incólume. Es el sentido exacto de la preposición griega. (Comp. Juan 17:15; Apoc. 7:14).

20. Palabra de aliento, de consuelo, de esperanza, frente a la prueba final (Luc. 21:28).

21. La *corona del vencedor*. (Comp. 2:10; 1ª Cor. 9:25; 2ª Tim. 4:8). El Señor promete a los suyos *guardarlos* en la tentación (v. 10), y sin embargo les exhorta a *tenerse* firmes: santa armonía de la fidelidad de Dios y de la fidelidad de sus hijos.

22. El *vencedor* no se tornará solamente en una "piedra viva" en el templo espiritual (1ª Pedro 2:4 y sig.), sino en *una columna* (comp. Gál. 2:9), es decir que ocupará un lugar de honor, que será un sostén, y que nada podrá jamás excluirlo de él. (Comp. Isa. 22:23, 24; Sapiencia 3:14). Los términos de *columna* y de *santuario* son tomados en sentido figurado. La mención de este templo no está pues en contradicción con 21:22. Si en este mundo el cristiano es desconocido, calumniado, entonces llevará sobre su frente (según 14:1; 22:4; otros traducen: escribiré *sobre ella*, la columna), tres nombres que harán su gloria y su gozo eternos: *el nombre del Dios* de Jesucristo, en señal de que le ha reconocido por hijo suyo (1:8, 2ª nota); *el nombre de la ciudad* de Dios, que el creyente había esperado (Hebr. 11:10 y sig.), de la nueva Jerusalén (21:2; Ezeq. 48: 35), como prueba de que es ciudadano de ella; *el nombre nuevo de Jesús*, que le rescató y al que confesó

G. 14-22. A LA IGLESIA DE LAODICEA. — 1º Suscripción. El Señor se presenta como Aquél cuya palabra es absolutamente cierta, y es la fuente de la vida (14). — 2º *Amenazas. Llamado. Promesa.* Por cuanto la iglesia es tibia, el Señor la vomitará. Por cuanto es pobre, aunque diciéndose rica, le aconseja comprar de él oro, vestiduras blancas, colirio. Reprende a los que ama; que tenga pues ella celo y se arrepienta. El está a la puerta; entrará en casa de quien le abra, y cenará con él (15-20). — 3º *Promesa e invitación.* El vencedor se sentará con Cristo sobre su trono. ¡Escuchar lo que dice el Espíritu! (21, 22).

14 Y al ángel de la iglesia que está en Laodicea [23] escribe: Estas cosas dice el Amén [24], el testigo fiel y verdadero [25], el principio 15 de la creación de Dios [26]: Conozco tus obras, que ni frío eres ni 16 hirviente. ¡Ojalá frío fueras o hirviente! Así, porque eres tibio, 17 y ni hirviente ni frío, he de vomitarte de mi boca [27]. Porque di-

en el mundo en medio de los adversarios (v. 8). Este nombre de Jesús será *nuevo*, porque entonces habrá aparecido en toda su gloria. (Comp. 19:12, 16; 2:17; Isa. 56:5; 62:2). Las palabras: *mi Dios*, son cuatro veces repetidas en este versículo. ¡Qué confianza y consuelo hay en esta promesa, y qué gloria para los que salgan vencedores de la gran prueba!

23. Ciudad considerable por su población y por su comercio, situada a 80 kilómetros al sud-este de Filadelfia, cerca de Colosas, en Frigia, sobre el río Licos. Fué derruida por un terremoto en el año 60 después de J. C. y se levantó, según dice Tácito, sin ayuda de los romanos, con sus recursos solamente. Hoy casi no quedan de ella más que ruinas que llevan el nombre de Eski-Hissar. La iglesia de Laodicea, fundada por discípulos de Pablo, había sido también objeto de los cuidados de este apóstol (Col. 2:1; 4:13 y sig.). Arquipo (Col. 4:17) es designado en las *Constituciones apostólicas* (VIII, 46) como obispo de Laodicea.

24. El sentido de esta palabra se encuentra expresado en el título que sigue: *el testigo fiel y verdadero.* Es aquel cuyas promesas y amenazas todas son sí y amén en sí mismo (2ª Cor. 1:20). Nombre bien apropiado a las palabras que el Señor dirige en esta carta a la iglesia de Laodicea (v. 15 y sig.; 20, 21): son, aunque severas, la absoluta verdad.

25. Cap. 1:5.

26. *El principio;* esta palabra no debe tomarse en sentido pasivo, como si Jesucristo mismo hubiera sido creado, y creado el primero de los seres, sino en el sentido activo, en tanto que él mismo es el origen, el autor de la *creación*, como Juan nos le describe en otra parte (Juan 1:1-3; comp. Col. 1:15-18). La adoración de que es objeto de parte de todas las criaturas (5:13) y de parte de Juan mismo (1:17; comp. 22:8, 9), y toda la característica de Cristo en el Apocalipsis muestran que así es en efecto como debe entenderse este término. A la verdad suprema, Cristo añade la omnipotencia sobre la creación de Dios para ejecutar todas sus palabras, en particular las que va a pronunciar aquí.

27. ¡Terrible amenaza hecha a una iglesia que se encontraba en el estado religioso más triste y más peligroso! Estar *frío* es la condición del hombre natural, inconverso, extraño a la vida del Espíritu de Dios;

ces: Rico soy, y heme enriquecido, y de ningún modo tengo necesidad; y no sabes que tú eres el desgraciado y miserable y 18 pobre y ciego y desnudo [28]: te aconsejo comprar de mí oro afinado por fuego para que te enriquezcas, y vestidos blancos para que te vistas y no sea manifiesta la vergüenza de tu desnudez, 19 y colirio para ungir tus ojos para que veas [29]. Yo a cuantos amo

estar *hirviente* es estar completamente penetrado del fuego de este Espíritu que santifica. (Comp. Rom. 12:11) El *tibio* es el que conoce el evangelio, pero al que todos los medios de gracia, todo el amor del Salvador no han podido ganar bastante para arrancarle a sí mismo y al mundo. (Mat. 6:24; 12:30; Jac. 4:4; 1ª Juan 2:15). No hay en él ni fuerza, ni actividad, ni progreso, ni sentimiento de lo que le falta (v. 17); es un estado estacionario de pereza moral, de impotencia, de languidez. Podríase uno sorprender, a primera vista, de que el Señor prefiera el *frío* al *tibio;* pero eso está perfectamente fundado en la naturaleza de las cosas. El primero no puede hacerse ilusión persuadiéndose de que es cristiano y recibido en gracia, el segundo vive en ese funesto error; el uno podrá sentir vivamente un día su pobreza, su miseria, sus pecados, y convertirse al Salvador, cuando se ofrezca a él (Mat. 21:31); el otro conoce todo lo que hubiera debido obrar esa obra en él, y el evangelio se ha tornado para él en una sal que ha perdido su sabor. Por esto inspira al Señor, no esa indignación que provoca los juicios terribles, sino el mal gusto que nos causa el agua tibia, y de ahí estas palabras, peores que las amenazas más severas: *Te vomitaré de mi boca.*

28. Las palabras del v. 17 no deben unirse a las que preceden, como si contuvieran la razón de la amenaza: "Te vomitaré"; sino con las que siguen como indicando la razón del consejo (v. 18). Una de las principales causas de la tibieza, es el orgullo que induce al hombre a creerse *rico;* se jacta de haberse *enriquecido* (Oseas 12:9), de no tener *necesidad de nada*, expresiones que deben entenderse no de las riquezas materiales, sino de las gracias espirituales de que el tibio está harto, y de que se jacta, olvidando a quién las debe. Y no *sabe* cuán *desgraciado* y *miserable* es (Rom. 7:24); *pobre* en verdadera riqueza; *ciego*, privado de la luz celestial que le iluminaría sobre las condiciones de la salvación (Juan 9:39); *desnudo*, desprovisto de la justicia de Cristo, única que vale delante de Dios (2ª Cor. 5:3). Todos estos términos son acumulados para convencer al tibio de su profunda miseria y para espantarle por los peligros que ella le hace correr.

29. Puesto que el Señor agrega aquí un consejo, más tarde una exhortación (v. 19), por último promesas (v. 20, 21), no debe ser la condición de la iglesia de Laodicea absolutamente desesperada, y la amenaza del v. 16 debe tener aún por objeto despertarla. Lo que le falta puede ella *comprarlo* del Señor "sin dinero y sin precio alguno" (Isa. 55:1), pero *comprarlo* sin embargo, pues le será necesario para ello sacrificar su pretendida riqueza y sin ilusiones. El Señor le ofrece tres cosas indispensables: *oro probado por fuego*, es decir una fe que resista a la tentación (1ª Pedro 1:7); *vestiduras blancas*, es decir la justicia de Cristo y la santidad que ella produce en el alma que realmente se cubre con ella (3:4, 5); el *colirio*, lo único que da

20 reprendo y castigo [30]: sé pues celoso y arrepiéntete [31]. He aquí, estoy a la puerta y llamo: si alguien oyere mi voz y abriere la 21 puerta, entraré en su casa, y cenaré con él, y él conmigo [32]. El que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, como también yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono [33]. 22 El que tiene oído escuche qué dice el Espíritu a las iglesias.

II. Los siete sellos
(Cap. 4:1 a 7:17)

1. *La visión del trono y el libro sellado de siete sellos*
(Cap. 4 y 5)

A. 1-11. El trono y Aquél que sobre él está sentado. — Los veinticuatro ancianos. Los cuatro seres vivos. — 1º *Introducción.* Una puerta se abre en el cielo: Juan es invitado a subir para ver los acontecimientos venideros (1). — 2º *El trono.* Arrebatado en espíritu, ve un trono. Aspecto del que lo ocupa (2, 3). — 3º *Los veinticuatro ancianos.* Rodean el trono, sentados sobre otros veinticuatro tronos. Su hábito (4). — 4º *Señales y símbolos diversos.* Relámpagos; siete lámparas; un mar de cristal (5, 6a.). — 5º *Los cuatro seres vivos.* Descripción de su aspecto. Sus alabanzas al Dios santo y eterno (6b - 8). — 6º *Los ancianos adoran.* Responden a las acciones de gracias de los cuatro seres, celebrando la potencia del Creador (9 - 11).

la vista a los ciegos, es decir la unción del Espíritu Santo que enseña todas las cosas (1ª Juan 2:27).

30. Prov. 3:12; Hebr. 12:6; 1ª Cor. 11:32. El hombre no puede comprender, a primera vista, que la *reprensión* viene del *amor.* Pero, más tarde, bendice a Dios por ella.

31. Si el Señor reprende y castiga esa iglesia tibia con intenciones misericordiosas, resulta de ello (*pues*) que la iglesia debe *tener celo y arrepentirse.* Lo que falta a los laodicenses es haberse apropiado el evangelio de la gracia de una manera viva, profunda, completa; no llegarán a ello sino por un *arrepentimiento* serio.

32. Por esta conmovedora parábola, que expresa tan vivamente su amor a las almas, el Señor quiere ganar completamente a los que han sido despertados por sus reproches y sus exhortaciones. El *está de pie* a la puerta del corazón, se detiene allí, *llama* a ella por los movimientos de su Espíritu, *hace oir su voz* por su palabra. Al que reconoce su voz (Juan 10:4) y *le abre* con amor, hace gustar como un anticipo de esa *cena* celestial, de esa nueva cena de la Iglesia de los redimidos celebrando "las bodas del Cordero" (19:6-9; Luc. 22:16, 30). Con tales experiencias se hace el Señor conocer y amar cada vez más, y prepara las almas fieles al goce perfecto de su presencia en el cielo. Los intérpretes que entienden esta parábola únicamente del regreso del Señor al fin de los tiempos, basándose en expresiones análogas en los discursos escatológicos de Jesús (Mat. 24:33; Luc. 12: 36, 37), desconocen estos rasgos que pintan una íntima comunión del alma individual con su Salvador: *Si alguno* oyere mi voz, yo entraré en *su casa* y *cenaré con él* (Juan 14:23).

33. El sentido de esta gloriosa promesa es expresado ya por el Señor en su última oración (Juan 17:21-24), es el triunfo completo sobre el pecado y sobre el mundo por la unión del fiel con Dios en Cristo. (Comp. Mat. 19:28; Apoc. 22:5).

IV Después de estas cosas miré, y he aquí, una puerta abierta en el cielo [1], y la voz primera que había oído como de trompeta hablando conmigo [2], diciendo: Sube aquí, y te mostraré las cosas 2 que es necesario acontezcan después de éstas [3]. Luego llegué a estar en espíritu [4]; y he aquí, un trono estaba puesto en el cielo, 3 y sobre el trono uno sentado [5]; y el que estaba sentado era en su aspecto semejante a una piedra de jaspe y de sardio [6]; y un arco iris en derredor del trono, semejante en su aspecto a una piedra 4 esmeraldina [7]. Y en derredor del trono, veinticuatro tronos, y

1. Aquí empieza la visión de los siete sellos, que abarca los capítulos 4-7. (Véase la Introd.). Este primer versículo, como Ezeq. 1:1, forma una introducción al relato de la visión, que sólo empieza en el v. 2. *Una puerta abierta en el cielo* significa que el cielo, considerado como el palacio de Dios (Gén. 28:17), se abre para el vidente. (Comp. Ezeq. 1:1; Mat. 3:16; Act. 7:56; 10:11).

2. Comp. 1:10 y 13. No resulta necesariamente de esos pasajes que la voz de que se habla aquí sea la del Hijo del hombre (1:13) y esto no es probable, puesto que Jesús aparece en el curso de la visión como un "cordero inmolado" (5:6).

3. Comp. 1:19. La primera visión y las epístolas concernían al estado presente de las iglesias; las siguientes se referirán al porvenir.

4. Gr. *Llegué a estar en espíritu.* (Comp. 1:10, 1ª nota). Juan había sido ya *arrebatado en espíritu* al principio de la visión (1:10). ¿Había vuelto a su estado natural, cuando escribió las cartas a las siete iglesias? (Cap. 2 y 3). Los intérpretes difieren sobre esta cuestión. Desde el principio de la presente visión (4: 1), cuando vió abrirse el cielo y oyó la voz decirle: "*¡Sube!*" estaba ya en una especie de éxtasis. Se admite que, cuando *luego* después de ese llamado fué *arrebatado en espíritu,* fué elevado a un grado superior de éxtasis. (Comp. Ezeq. 11:1,5 2ª Cor. 12:2-4).

5. Juan está únicamente preocupado de describir lo que ve; por esto no nombra al que *estaba sentado sobre el trono.*

6. Se puede comparar esta descripción con las que se encuentran en Isa 6:1 y sig.; Ezeq. 1:26 y sig.; 10: 1; Dan. 7:9 y sig.; Henoc 14:18-20. Estas piedras preciosas figuran el deslumbrante esplendor de la gloria divina. La voz *jaspe* designa probablemente, según el empleo que de ella hacen los Setenta, el diamante (21: 11); hoy se llama así una piedra opaca análoga al ágata. El *sardio,* nombre de esta especie de ágata, designa en Ezeq. 28:13, según la etimología del término hebreo, una piedra de color rojo, el rubí o la cornalina. Estas dos piedras brillantes figuraban la santidad y la justicia divinas.

7. *El arco iris* rodea el trono de un círculo vertical, como el marco al cuadro. La figura es tomada de

sobre los tronos veinticuatro ancianos, sentados, vestidos de ves-
5 tiduras blancas, y sobre sus cabezas coronas de oro [8]. Y del trono
salen relámpagos y ruidos y truenos [9]; y siete antorchas de fue-
go ardiendo delante del trono, que son los siete espíritus de
6 Dios [10]; y delante del trono como un mar vítreo semejante a cris-
tal [11]; y en medio del trono y en derredor del trono [12], cuatro
7 seres vivos llenos de ojos por delante y por detrás. Y el primer

Ezeq. 1:28. Pero parece que en la visión de Juan, no brillaban con su esplendor los siete colores del arco iris y figuraban, como en Ezequiel, "la gloria del Eterno". El arco iris alrededor del trono tenía el aspecto de *la esmeralda*, color suave, símbolo de la gracia que acompaña siempre las manifestaciones de la justicia y de la santidad de Dios. El arco iris mismo era, por lo demás, la señal del pacto de gracia (Gén. 9: 12, 13).

8. ¿Quiénes son estos *ancianos?* Unos ven en ellos seres superiores, ángeles representantes de un sacerdocio celestial dividido en 24 clases como el sacerdocio levítico. Se basan en el hecho de que esos ancianos son descritos como reyes, sentados sobre tronos, teniendo coronas de oro sobre sus cabezas, y en que Juan dice al que le habla: "¡Señor mío!" (7: 14). Mas este título puede ser dado a un hombre (Mat. 13:27; 21:30; Juan 20:15); y, en ese mismo pasaje (7:11), *todos los ángeles* son claramente distinguidos de los *ancianos*. Son pues más bien hombres glorificados. Son, como en Isa. 24:23, los representantes del pueblo elegido, de los redimidos del antiguo y del nuevo pacto, pues su número de 24 resulta de la adición de los 12 patriarcas, jefes de las tribus de Israel, y de los 12 apóstoles de Jesucristo. (Comp. Mat. 19:28). No habría que inferir de ello sin embargo que a los ojos de Juan esos *ancianos* sean los patriarcas y los apóstoles en la posición que ocuparán en el cielo. No se dice quiénes son esos ancianos; los considera solamente como representantes de la Iglesia triunfante. Sentados *en derredor del trono*, forman el consejo de Dios, quien recibe también este título de *anciano* en Dan. 7:9. Dios les revela sus designios y ellos adoran la sabiduría de ellos (v. 10; 5:8 y sig.). Se asientan sobre *tronos*, lo que indica su íntima comunión con Dios, y la dignidad real que ésta les confiere. Esta dignidad se muestra también en sus *vestiduras blancas* y sus *coronas de oro;* símbolos de la pureza y de la victoria (3:4, nota, 2:10; 3:11, 21).

9. Señales de la omnipotencia de Dios que viene para ejercer sus juicios sobre el mundo (8:5; 11:19; 16: 18; comp. Ex. 19:16).

10. Zac. 4:2; Apoc. 1:4, 3ª nota; 5:6, 3ª nota.

11. Comp. Ex. 24:10; Ezeq. 1:22. Este *mar de cristal*, que Juan contempla *delante del trono*, figura, según la interpretación más probable, la gracia de Dios (15:2); de él "sale el río del agua de la vida, claro como cristal" (22:1).

12. *En medio del trono* no quiere decir acurrucados bajo el trono. Quizás hay que representarse el trono en forma de semicírculo: uno de los seres vivos está delante, en medio; otros dos a cada extremidad, y el cuarto detrás; están así *en derredor*. Si el trono fuera cuadrado, el autor querría decir que había uno de cada lado, y que estaba en el centro de ese lado.

ser vivo era semejante a un león, y el segundo ser vivo semejante
a un becerro, y el tercer ser vivo teniendo el rostro como de hom-
bre, y el cuarto ser vivo era semejante a un águila volando [13].
8 Y los cuatro seres vivos, teniendo uno por uno de ellos, seis alas
cada uno [14], están en derredor llenos de ojos, y por dentro [de
ellas] [15]; y descanso no tienen de día y de noche, diciendo: Santo,
santo, santo es el Señor, Dios, el Todopoderoso, el que era y el
9 que es y el que viene [16]. Y cuando dieren los seres vivos gloria y
honor y acción de gracias al que está sentado sobre el trono, al
10 que vive por las edades de las edades, se postrarán los veinticua-
tro ancianos delante del que está sentado sobre el trono, y ado-
rarán al que vive por las edades de las edades, y echarán sus
11 coronas delante del trono [17], diciendo: ¡Digno eres, Señor nues-

13. Comp. los cuatro *seres vivos* de la visión de Ezeq. 1:5 y sig. Ezequiel reúne en cada uno de los cuatro los rasgos de los cuatro animales. En la descripción de Juan, cada uno se asemeja a uno de esos animales. Además, tienen, no cuatro, sino seis alas, como los serafines de Isaías (6:2). Esos *seres vivos*, en número de cuatro, representan la creación animada en su totalidad. Los versículos que siguen, y sobre todo el capítulo 5 (comp. también 7:11; 15:7), dicen claramente cuál es el sentido profundo de este símbolo. Toda la creación devuelta a su destino por la redención, y retornada a una santa y sublime unidad con la humanidad salvada, alaba al Creador. De todas partes ella contempla y refleja la luz divina, la gloria de Dios, idea representada aquí y en Ezequiel (10: 12) por esos *ojos* sin número que cubren *por delante y por detrás* los seres vivos. Una comparación entre esta visión y los pasajes del Antiguo Testamento donde se habla de los querubines, muestra que en el fondo la idea es la misma (Gén. 3:24; Ex. 25:17 y sig.; comp. Hebr. 9:5, nota).

14. Comp. Isa. 6:2. Ellas les permitían mostrar su profunda veneración a Dios y su pronta obediencia.

15. Comp. v. 6. Una variante de *Q* tiene: "Teniendo cada uno seis alas en derredor, *y por fuera* y por dentro están llenos de ojos". Según el texto, son realmente los seres vivos los que están llenos de ojos *por dentro*. Mas la idea que el autor ha querido expresar podría ser la que le atribuye la versión de Oltramare: "Están cubiertos de ojos en derredor y bajo las alas". [Es lo que hemos querido expresar en nuestra versión española].

16. Isa. 6:3. Comp., en cuanto al final de esta doxología: *que era, que es y que viene*, 1:4, 2ª nota. *El que era* ocupa el primer lugar, mientras que sólo estaba en segundo en 1:4 y 1:8.

17. Los verbos *dan, se postran*, etc., están en futuro en griego, mas los intérpretes piensan que esos futuros reproducen imperfectos hebraicos y expresan una acción que se repite. Los *veinticuatro ancianos* que representan la Iglesia glorificada (v. 4 nota), responden a la adoración de la creación figurada por los cuatro seres vivos; descienden de sus tronos, *se postran, echan sus coronas* al pie del *trono* de Dios, porque nada les pertenece en propiedad y sólo por

tro y Dios nuestro, de recibir la gloria, y el honor, y la potencia, porque tú creaste todas las cosas, y por causa de tu voluntad tuvieron el ser y fueron creadas [18]!

B. 1-7. El libro sellado con siete sellos que sólo el Cordero puede abrir. — 1º *El vidente contempla el libro y se desespera al ver que nadie es digno de abrirlo.* Juan ve un libro sellado con siete sellos en la diestra de Dios. Un ángel clama: ¿Quién es digno de abrirlo? Ninguno responde. Juan llora (1-4). — 2º *El Cordero aparece y toma el libro.* Uno de los ancianos consuela a Juan haciéndole saber que el Mesías tiene el derecho de abrir el libro. Ve entonces, en medio del trono, un cordero que estaba allí como inmolado. Este va a tomar el libro de la mano de Dios (5-7).

V Y vi sobre la diestra del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito por dentro y por el dorso, cerrado y sellado con siete 2 sellos [1]. Y vi un ángel fuerte proclamando con grande voz: ¿Quién 3 es digno de abrir el libro y de soltar sus sellos? Y nadie podía, en el cielo ni sobre la tierra ni debajo de la tierra, abrir el libro

gracia han recibido esas insignias de la gloria celestial.

18. *De recibir...* de todos nosotros por estos homenajes mismos que te rendimos. Otros traducen: *de tomar...* por tu victoria sobre todos tus enemigos. (Comp. 11:17). Dios tiene el derecho de recibir o de tomar la alabanza de todos los seres, pues él los ha *creado.* Sólo existen por su voluntad. Soberanamente libre y dichoso en sí mismo, no tenía necesidad de ninguna de sus criaturas; por amor las llamó a la existencia, queriendo hacerles parte de su felicidad. Ellas *tuvieron el ser*, gr. ellas *estaban,* en el momento en que Dios las creó. Los cánticos del capítulo siguiente alaban a Dios y al Salvador a causa de la redención. (Comp., sobre todo el culto celestial descrito en estos dos capítulos, la nota del cap. 5:13).

1. En la descripción del cielo, que precede (cap. 4), no se dice una palabra de Jesucristo. Ahora, antes que los desarrollos del porvenir empiecen, aparece, único capaz de revelar los designios de Dios, como ha sido el único capaz de realizar la redención del mundo (v. 6), dos actos inseparables uno del otro, o que más bien no son más que uno mismo y solo. Luego, el Salvador recibe los homenajes de los moradores de los cielos, quienes le asocian a Dios en su adoración (v. 8 y sig.). El *libro* está *en la mano* de Dios, o más literalmente *sobre* su mano abierta que lo sostiene y lo presenta a todos. (Comp. sobre esta figura, Ex. 32:32; Sal. 69:29; 139:16; Isa. 29:11; Ezeq. 2:9,10; Dan. 8:26; 12:4,9). El libro está *escrito por dentro y por el dorso* (gr. *por detrás,* comp. Ezeq. 2:10), mientras que, por regla, no se escribía más que sobre un lado (*por dentro*) de las hojas de papiro, arrolladas en derredor de una varilla, que constituían los libros de los antiguos. El libro está *sellado con siete sellos. Siete* es el número de la perfección divina (1:4, 3ª nota). El conocimiento de lo que ese libro contiene es reservado a Dios. Ese contenido son los acontecimientos que se desarrollarán en la apertura de cada uno de los siete sellos. (Cap. 6). Parece entonces que el autor se figuraba, no un solo rollo sellado con siete sellos colocados unos al lado de otros, y que habría sido necesario romperlos en su totalidad antes de leer una línea, sino un libro formado por siete pergaminos superpuestos y sellados cada uno con un sello.

4 ni mirarlo [2]. Y yo lloraba mucho [3], porque nadie había sido halla-5 do digno de abrir el libro ni de mirarlo [4]. Y uno de los ancianos me dice: No llores; he aquí, vencido ha el León, el de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro y sus siete sellos [5]. 6 Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivos, y en medio de los ancianos [6], un Cordero que estaba como inmolado [7], teniendo siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios

2. Si *nadie, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni bajo la tierra* (estas últimas palabras faltan en *Sin.;* designan no los demonios, sino los *muertos* que habitan el *hades*), fué hallado *digno* (v. 4) *de abrir el libro ni de mirar* su contenido, es porque *abrir* el libro no era solamente conocer sino cumplir los designios de Dios para la redención del mundo. Ahora bien: la *dignidad* necesaria para ello era la que resulta de una entera consagración a Dios, la que Jesús designaba diciendo: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí". (Mat. 10:37). Esta dignidad sólo podía poseerla un hombre que se hubiera consagrado a Dios en una vida de obediencia perfecta y en quien la humanidad se habría dado así a Dios.

3. Bengel dice a este respecto: "El Apocalipsis no ha sido escrito sin lágrimas, y sin lágrimas no se podría comprenderlo". Es porque encierra las experiencias más dolorosas del pueblo de Dios, lo mismo que sus más gloriosas esperanzas, y que aquí comprender es experimentar.

4. Una variante que presenta antiguas versiones tiene: *y leer.*

5. Jesús es llamado *el león de la tribu de Judá* por alusión a Gén. 49:9. Este epíteto le designa como el Mesías surgido de la tribu de Judá. Es *la raíz de David,* su brote (Isa. 11:1-10), como descendiente de David según la carne. *Ha vencido* la potencia del mal por su muerte y su resurrección; y por esta victoria, ha adquirido para sí el derecho de *abrir* el libro. No hay que conectar este infinitivo con el verbo, de modo a traducir: "consiguió abrir" (Rilliet).

6. Los dos *en medio* pueden estar en correlación; sería un hebraísmo que equivaldría a decir que el Cordero estaba colocado *entre* el grupo formado por el trono y los cuatro seres vivos, y el grupo de los ancianos. O bien el segundo *en medio* retoma al primero, y el autor querría, con esta repetición, expresar la idea de que el Cordero era el centro de todo el cuadro. *En medio del trono* significaría entonces en el semicírculo formado por el trono (4:6, 2ª nota), mejor que entre los pies del trono.

7. El *Cordero* es la figura del Salvador (Isa. 53:7; Juan 1:29, 36), no solamente como emblema de mansedumbre, de inocencia (Juan dice aquí *corderillo,* y este epíteto forma un contraste intencional con el que precede: *el León* de Judá), sino porque el Salvador era figurado por el cordero pascual. En la visión actual está vivo, puesto que va a tomar el libro, pero lleva las marcas de su doloroso sacrificio: está *como inmolado.*

7 enviados por toda la tierra [8]. Y vino, y lo ha tomado [9] de la diestra del que estaba sentado sobre el trono.

C. 8-14. CÁNTICOS DE ALABANZA EN HONOR DEL CORDERO. — 1º *Coro de los cuatro seres vivos y de los veinticuatro ancianos.* En cuanto el Cordero toma el libro, se postran ante él, con sus arpas y copas que contienen las oraciones de los santos, y celebran al Redentor que es digno de abrir los sellos del libro, porque ha redimido pecadores de todos los pueblos y los ha hecho reyes y sacerdotes (8-10). — 2º *Coro de los ángeles.* Juan oye miriadas de ángeles que rodean el trono y dan gloria al Redentor (11, 12). — 3º *Coro de todas las criaturas.* Juan oye también a todas las criaturas, en todo el universo, alabar a Dios y al Salvador. Y los cuatro seres vivientes pronuncian el amén, mientras los veinticuatro ancianos se postran y adoran (13, 14).

8 Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron en presencia del Cordero, teniendo cada uno un arpa y copas de oro llenas de incienso, las 9 que son las oraciones de los santos [10]. Y cantan un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, por-

8. Los *siete cuernos* (Henoc 90: 37) son la figura de la fuerza (Dan. 7:20; 8:3), los *siete ojos* la de la vigilancia y de la omnisciencia. Estos son designados como los *siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra* (*Sin., Q.*) Según la lección de *A*, estas palabras: *enviados por toda la tierra* se referirían a *ojos*; comp. Zac. 4:10. Véase sobre *los siete espíritus de Dios*, 1:4, 3ª nota. *Siete* es el número de la perfección divina. El Cordero tiene la omnipotencia y la omnisciencia para cumplir los destinos del reinado de Dios (v. 7).

9. *El libro* es sobrentendido en el verdadero texto (*Sin., A.*).

10. La creación, representada por los *cuatro seres vivos*, y la Iglesia, en la persona de los *veinticuatro ancianos*, rinden homenaje al Cordero. Los ancianos tienen *cada uno un arpa* (Sal. 71:22; 147:7) y *copas llenas de incienso, que son las oraciones de los santos*. Las oraciones suben a Dios como el humo del incienso (8: 3; Sal. 141:2; Ex. 30:7; Luc. 1:9, 10). Según la mayor parte de los intérpretes, *los santos* (8:3, 4) son los cristianos que luchan aún sobre la tierra, pues si estuvieran ya glorificados en el cielo, no serían presentadas sus oraciones a Dios bajo esta forma y por intermedio de los *ancianos*. Pero los *ancianos* no desempeñan el papel de mediadores; reúnen solamente las oraciones de la multitud, y nada impide admitir que el autor se haya representado ésta como compuesta de los redimidos en el cielo tanto como de los creyentes en la tierra. Por otra parte, sería igualmente arbitrario excluir a estos últimos. En el Apocalipsis, los miembros de la Iglesia militante son frecuentemente llamados *los santos* (13:7, 10; 14:12; 16:6). Este pasaje no ofrece pues ningún apoyo a los que pretenden invocar a los santos y recurrir a su intercesión. Mas no excluye el pensamiento consolador de que los redimidos llegados a la perfección oren por sus hermanos que están aún en las luchas de la vida presente.

que fuiste inmolado y compraste para Dios con tu sangre, de 10 toda tribu y lengua y pueblo y nación, y los hiciste para nuestro 11 Dios un reino y sacerdotes; y reinan sobre la tierra [11]. Y miré, y oí una voz de muchos ángeles en derredor del trono y de los seres vivos y de los ancianos; y era el número de ellos miriadas 12 de miriadas y millares de millares [12]; diciendo con grande voz: Digno es el Cordero que ha sido inmolado de recibir [13] la potencia y riqueza y sabiduría y fuerza y honor y gloria y alaban- 13 za [14]. Y toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y de-

11. Gr. *Tú has comprado para Dios de toda tribu... Sin., Q* tienen: tú *nos* redimiste. El cántico que cantan es *nuevo* (Sal. 33:3; 144:9), porque celebra un hecho nuevo: la *dignidad* que Cristo ha adquirido por su obediencia hasta la muerte y que le permite abrir los sellos del libro. Y este cántico será eternamente nuevo, porque los redimidos de Cristo no cesarán de penetrar cada vez más en el insondable misterio de su caridad redentora. Las palabras mismas del cántico explican por qué es el Cordero *digno de tomar el libro* y cómo ha obtenido la victoria de que se hablaba en el v. 5. Tiene el poder de *abrir los sellos*, en otros términos, de hacer conocer y ejecutar el consejo de Dios, *porque fué inmolado*, y porque así cumplió todo para *redimir* a los hombres *de toda tribu, lengua, pueblo y nación* (7:9; 11:9; 13:7; 14:6; comp. Dan. 3:4, 7; 4:1; 5:19). El medio por el cual ha obrado la redención de ellos, es su *sangre*, es decir su muerte expiatoria (1ª Cor. 6:20; 1ª Pedro 1:18, 19). Redimidos *para Dios*, le pertenecen. Cristo (*Sin., A, Q;* el texto recibido dice: *nos*) *los hizo para nuestro Dios un reino* (*Sin.*, A; el texto recibido, según *Q*, *reyes*) *y sacerdotes*. Este *reino* que ellos constituyen, tiene a Cristo por rey. Son *sacerdotes*, pues Cristo los asocia a todas sus prerrogativas. Con él *reinan sobre la tierra*. Este verbo está en futuro en *Sin.* Esta lección, admitida por la mayor parte de los críticos, lleva el pensamiento al reinado de mil años (Apoc. 20). El presente se lee en *A, Q;* y se puede uno preguntar si se habría corregido el futuro por el presente; la modificación inversa se explicaría mejor. El presente ofrece un sentido muy aceptable: para los seres celestiales que cantan este cántico, el triunfo de los redimidos es ya un hecho cumplido. La lección del texto recibido: *reinaremos*, carece de autoridad.

12. Es decir innumerables. (Comp. Dan. 7:10). *Los ángeles* no han sido mencionados en el cuadro del cap. 4; aparecen a las miradas de Juan en el momento en que oye su canto. Los redimidos están más cerca del trono de Dios que los ángeles mismos (comp. v. 13, nota, y Hebr. 2:5 y sig. nota); éstos van a cantar a su vez la redención del mundo (v. 14).

13. Según unos: por las alabanzas mismas formuladas en este cántico de los ángeles; según otros, por el hecho de que va a entrar de una manera efectiva en su reinado, y de que este reinado triunfará de toda la potencia del enemigo (1ª Cor. 15:25; Fil. 2:9, 10).

14. Tres de estos siete atributos: *la potencia, el honor, la gloria*, se encontraban en la doxología dirigida a Dios el Padre 4:11. La *riqueza* es la posesión de todo lo que es digno de ser poseído, especialmente de los

bajo de la tierra y sobre la mar, y todas las cosas que en ellos hay [15], oí diciendo: ¡Al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, la alabanza y el honor y la gloria y el poder por las edades
14 de las edades! Y los cuatro seres vivos decían: ¡Amén! Y los ancianos se postraron y adoraron [16].

2. *Apertura de los seis primeros sellos*
(Cap. 6)

A. 1-8. LOS CUATRO PRIMEROS SELLOS — 1º *Primer sello.* El jinete montado en un caballo blanco recorre la tierra cual triunfador (1, 2). — 2º *Segundo sello.* El jinete montado en un caballo rojo trae la guerra (3, 4). — 3º *Tercer sello.* El jinete montado en un caballo negro trae el hambre (5, 6). — 4º *Cuarto sello.* El jinete montado en un caballo amarillento se llama la Muerte. Es seguido de la Mansión de los muertos (el Hades). Poder les es dado de hacer morir la cuarta parte de los hombres (7, 8).

VI Y miré cuando abrió el Cordero uno de los siete sellos [1], y oí a uno de los cuatro seres vivos diciendo como con voz de trueno:
2 ¡Vén [2]! Y miré, y he aquí un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él teniendo un arco, y fuele dada una corona; y salió,
3 vencedor y para vencer [3]. Y cuando abrió el segundo sello, oí al

bienes espirituales que el Salvador imparte a los que creen en él (Rom. 11:33; Efes. 3:8, 16; Juan 1:16). La *alabanza* (gr. *bendición*) termina la serie e invita al homenaje del reconocimiento y de la adoración a Aquel que comparte todas estas perfecciones con Dios su Padre. Comp. la doxología de 1ª Crón. 29:11, 12.

15. Toda la creación, en una palabra (Sal. 96:11, 12; 148:2-13). Ella "espera con ardiente deseo ser libertada de la servidumbre de la corrupción". Rom. 8:19-22; comp. Apoc. 21 y 22.

16. Los *cuatro seres vivos*, que habían dado la señal del cántico de alabanza (v. 8), pronuncian un solemne: *¡Amén!* Después de esto, los *ancianos* no tienen más que postrarse en muda adoración. El texto recibido añade: adoraron *al que vive por los siglos de los siglos.*

1. Comp. 5:1-7, notas. Gr. Y ví *cuando*, es el texto de *Sin., A, C.* Se lee en *Q* y la *Itala*: ví *que.*

2. *Con voz semejante al trueno.* Para los cuatro primeros sellos, son los *cuatro seres vivos* (4:7, nota) quienes hacen resonar esta orden: *¡Vén!* porque las cosas que van a pasar pertenecen al mundo visible. El texto recibido (*Itala, minúsc.*) aquí y en el v. 3, 5, 7, tiene: Vén *y vé;* esta última palabra es una glosa explicativa, que supone que la orden es dirigida a Juan. Es lo que admiten la mayor parte de los intérpretes. Algunos sin embargo, estimando extraño que Juan reciba esta orden cuatro veces seguidas, piensan que el llamado se dirige al caballo que aparece inmediatamente o al jinete que lo monta.

3. El símbolo de los *caballos* de diversos colores es tomado de Zaca-

4 segundo ser vivo diciendo: ¡Vén! Y salió otro caballo, rojo, y al que estaba sentado sobre él fuele dado quitar la paz de la tierra
5 y que uno a otro se maten; y fuéle dada una grande espada [4]. Y cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser vivo diciendo: ¡Vén! Y miré, y he aquí un caballo negro, y el que estaba sentado so-
6 bre él teniendo una balanza en su mano. Y oí como una voz en medio de los cuatro seres vivos diciendo: Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario; y al
7 aceite y al vino no dañes [5]. Y cuando abrió el cuarto sello, oí la

rías 1:8 y sig.; 6:1-8. En la visión de Juan su número es claramente limitado a cuatro; tienen jinetes y el caballo blanco aparece el primero. Los generales que hacían en Roma su entrada triunfal montaban un caballo blanco y llevaban una corona. Se ha inferido de ello que este primer jinete representaría a Roma victoriosa del mundo. Pero el triunfo del imperio romano era un hecho cumplido, y no venidero, en el momento en que el Apocalipsis fué compuesto. Otros han pensado en los partos que, a fines del reinado de Nerón, amenazaban al imperio con sus invasiones. En Apoc. 19:11 y sig., el jinete montado en un caballo blanco es el Mesías que viene para el juicio. Varios intérpretes estiman que lo mismo ocurre con nuestro pasaje; pero Cristo no podría ser al mismo tiempo el cordero que abre el libro y el jinete que sale del libro; y sería extraño que apareciera por orden de uno de los cuatro seres vivos. La visión de los sellos se basa en Mat. 24: 6 y sig., donde se describe lo que se llamaba el período de los "dolores del Mesías". El cuadro termina con estas palabras: "Y será predicado este evangelio del reino por toda la tierra, para servir de testimonio a todas las naciones" (Mat. 24:14.) El caballo blanco, montado por un jinete que *sale vencedor y para vencer*, representaría pues la marcha triunfante del evangelio a través del mundo.

4. Las plagas que señalarán el período de los dolores del Mesías, y que son figurados por los tres jinetes siguientes, son ya enumeradas en Jer. 14:12; 21:7. Comp. también Mat. 24:7. El color del caballo *rojo* (gr. *de fuego*) figura la sangre derramada. El jinete que lo monta representa la guerra universal. Tiene el poder *de quitar la paz de la tierra* y no solamente "del país" de Canaán, como traducen algunos intérpretes.

5. Este caballo es *negro*, menos para figurar el duelo con que son oprimidos los habitantes de la tierra, que para indicar el carácter siniestro de la plaga que introduce: el hambre. La *balanza* es destinada a pesar los géneros exactamente y con parsimonia (Ezeq. 4:16; Lev. 26:26). Juan oye *como* (*Sin., A, C*) *una voz*, porque ignora quién pronuncia las palabras proferidas. La voz parte *de en medio de los cuatro seres vivos* que representan la vida natural. *Una medida* (gr. *choinix*, medida para áridos), un poco más de un litro; según Herodoto, la razón cotidiana de un hombre. Un *denario* valía 88 céntimos; era lo que un obrero ganaba por día (Mat. 20:2); todo su salario era pues empleado en adquirir su alimento. A los precios ordinarios, se tenía por un denario doce medidas de trigo. Mas todos los productos del suelo no son heridos igualmente. Dios templa sus juicios por señales de su fidelidad para convidar a los hombres al arrepentimiento.

8 voz del cuarto ser vivo diciendo: ¡Vén! Y miré, y he aquí un caballo amarillento, y el que estaba sentado sobre él, su nombre era la Muerte, y la Mansión de los muertos seguía con él; y fueles dado poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada y con hambre y con mortandad y por las bestias de la tierra [6].

B. 9-17. El quinto y el sexto sellos. — 1º *Quinto sello.* Juan ve bajo el altar las almas de los mártires que piden justicia. Un vestido blanco les es dado; se les invita a tener paciencia, hasta que sea completado el número de sus hermanos que como ellos han de ser muertos (9-11). — 2º *Sexto sello.* Trastornos se producen en la naturaleza. Los grandes y los hombres de toda condición piden a los montes que los cubran para sustraerles al juicio que va a ejercer el Redentor (12-17).

9 Y cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios 10 y por causa del testimonio que retenían [7]. Y clamaron con grande voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, oh Dueño santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra? 11 Y fueles dado, a cada uno, larga ropa blanca, y fueles dicho que descansaran aún un poco de tiempo, hasta que fueran completos tanto sus consiervos como sus hermanos que debían ser muertos como ellos [8].

6. El cuarto jinete, que monta un caballo *amarillento* (*o lívido*, de color cadavérico) y que se llama *la Muerte*, representa, según varios, la peste. La versión de los Setenta traduce a menudo por *la muerte* el término hebreo que designa ese azote. Para otros, Juan tendría en vista *la Muerte* personificada y operante por los medios de destrucción enumerados en el resto del versículo. Esta explicación es más natural (Isa. 51:19; Ezeq. 5:12, 17; 14:21; Lev. 26:22.) La *mortandad* (gr. *muerte*) designa especialmente la peste (Jer. 14:12; Ezeq. 33:27.) La Muerte *es seguida* de la *Mansión de los muertos* (gr. *Hades*), lista a absorber a los que alcanza (Prov. 1:12; 27:20).

7. Gr. *Por el testimonio que tenían,* lo que puede entenderse, ora del testimonio de Jesús en el evangelio, que ellos habían recibido, ora del testimonio que ellos mismos habían dado de Jesús. (Comp. 1:2, nota). El primer sentido es más probable; Jesús es frecuentemente llamado *el testigo* (1:5; 8:14.)

8. A la apertura del *quinto sello*, Juan ve *bajo el altar las almas* de los mártires. Ese *altar* es el altar de los holocaustos del tabernáculo celestial. La sangre de las víctimas inmoladas era derramada al pie del altar de los holocaustos (Lev. 4:7.) El alma se encuentra en la sangre (Lev. 17:11); ella era por eso mismo ofrecida a Dios y acercada a él. En el *Pirke-Abboth* (26), colección de sentencias del segundo siglo antes de Jesucristo, se lee: "Todo el que es sepultado en tierra de Israel,

12 Y miré cuando abrió el sexto sello, y un gran terremoto se produjo; y el sol se volvió negro como un saco de pelo, y la luna 13 entera volvióse como sangre, y las estrellas del cielo cayeron a la tierra, como una higuera por grande viento agitada echa sus hi- 14 gos tardíos; y el cielo se apartó como un libro que es arrollado, 15 y todo monte e isla fueron removidos de sus lugares. Y los reyes de la tierra, y los grandes y los jefes militares y los ricos y los

es como si fuera sepultado bajo el altar; y todo el que es sepultado bajo el altar, es como si fuera sepultado bajo el trono de gloria". El autor del Apocalipsis toma esta figura espiritualizándola; no piensa en el altar del templo de Jerusalén, sino en un altar en el cielo, adonde transporta las diversas instituciones del culto del antiguo pacto (7:15; 8:3-5; 9:13; 11:19; 14:15, 17; 15:5, 6; comp. Hebr. 8:5; 9:24.) Si ve las almas de los mártires bajo el altar, no es porque estén cautivas y esperen la liberación. (Comp. 7:9 y sig.) Este símbolo, que no se debe concebir al pie de la letra, expresa el pensamiento de que la muerte cruenta de esos testigos de Jesucristo había sido como un sacrificio agradable a Dios (Fil. 2:17; 2ª Tim. 4:6.) Piden el *Dueño* (gr. *déspota,* Act. 4:29), al que es *santo* y reprueba por tanto el pecado, que es *verdadero*, a quien pertenece verdaderamente el sumo poder (3:7, 2ª nota), *vengar* su *sangre sobre los habitantes de la tierra. Vengar* significa hacer justicia, Luc. 18:3. En presencia de las injusticias de que es testigo o víctima, el creyente puede suspirar por el triunfo de la justicia que es el orden querido de Dios (2ª Tim. 4:14). Este voto no es incompatible con el deber de amar a nuestros enemigos (Mat. 5:44). Crímenes tales como las persecuciones ejercidas contra los testigos de Jesucristo son, en el dominio moral, la negación de Dios como *soberano* y *dueño* del mundo. Los que han sido degollados en tales circunstancias piden que la majestad de Dios, ultrajada en sus personas, sea reconocida y restablecida (*Beck*). Y pueden celebrar los juicios que ponen fin al reinado de la iniquidad (19:1 y sig.) La respuesta que les es hecha (v. 11), muestra que el fin no puede venir antes de que *el número de sus consiervos y de sus hermanos que debèn ser muertos como ellos sea completado.* Hasta entonces deben *mantenerse en reposo,* cesar de clamar venganza. Esta idea de un *número* de mártires que, fijado en los designios de Dios, debe *ser cumplido,* se encuentra en el 4º libro de Esdras 4:35 y en Henoc 47. Hay literalmente: hasta que *hayan sido cumplidos* (*A, C*) *y* sus consiervos *y* sus hermanos. Estos dos términos se aplican a las mismas personas. *Sin., A* tienen: *hasta que hayan cumplido.* Se podría entonces sobrentenderse: su carrera (Act. 20:24; 2ª Tim. 4:7); mas los pasajes paralelos de Henoc y del 4º libro de Esdras llevarían más bien a sobrentender: *el número.* Esta parte de la visión nos transporta a una época en que la Iglesia había sido ya probada por una persecución sangrienta, que había dejado una impresión profunda, y en que ella tenía necesidad de ser advertida de que no había llegado al término de sus tribulaciones. Los mártires reciben *largas ropas blancas,* que son símbolos de su justificación y prendas de su glorificación próxima (3:4, 5, 18, notas; 2ª Cor. 5:3, 4; Henoc 62:15).

fuertes, y todo siervo y libre, se ocultaron en las cuevas y en las
16 rocas de los montes; y dicen a los montes y a las rocas: Caed sobre nosotros y ocultadnos del rostro del que está sentado sobre
17 el trono y de la ira del Cordero; porque venido ha el día grande de la ira de ellos, ¿y quién puede subsistir [9]?

3. *Los siervos de Dios sellados. La grande multitud de los elegidos triunfantes*

(Cap. 7)

A. 1-8. LOS CIENTO CUARENTA Y CUATRO MIL SEÑALADOS CON EL SELLO DE DIOS. — 1º *Las calamidades retenidas.* Un ángel, venido de oriente, da a los cuatro ángeles de los cuatro vientos órden de no dañar la tierra antes de que él haya marcado en la frente los siervos de Dios (1-3). — 2º *El número de los marcados.* Juan oye el número, que es de ciento cuarenta y cuatro mil; doce mil de cada una de las doce tribus de Israel, que son enumeradas (4-8).

VII Después de esto vi cuatro ángeles de pie sobre las cuatro esquinas de la tierra, reteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara viento sobre la tierra ni sobre la mar ni
2 sobre ningún árbol. Y vi otro ángel que subía del sol naciente, teniendo el sello del Dios viviente; y clamó con grande voz a los cuatro ángeles a quienes fueles dado dañar la tierra y la mar,
3 diciendo: No dañéis la tierra ni la mar ni los árboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios sobre sus frentes [1].

9. La apertura del *sexto sello* revela los trastornos que se producirán en la naturaleza inmediatamente antes del *gran día de la ira del Cordero* (v. 17). Varios rasgos del cuadro son tomados del lenguaje de los profetas. El *terremoto*, los eclipses del *sol* y de la *luna* se encuentran en Joel 2:10, 30, 31; 3:15, 16; Isa. 13:10. El sol se pone negro como un *saco de pelo* (comp. Isa. 50:3); la luna en sus eclipses toma un tinte rojizo. La caída de las *estrellas* es comparada, en Isaías 34:4, a la caída de las hojas de la higuera. Los higos *tardíos* son pequeños higos llegados fuera de tiempo, que no maduran más y caen en invierno, cuando se han podrido y *un fuerte viento agita la higuera.* Comp. también Nah. 3:12. En cuanto al *cielo* que *se retira como un libro que se enrolla*, véase Isa. 34: 4; los libros de los antiguos eran formados de hojas de papiro arrolladas alrededor de una varilla. En cuanto a los hombres que *se ocultan en las cavernas*, véase Isa. 2: 10, 19, 21. En cuanto al v. 16, véase Oseas 10:8; comp. Luc. 23:30. La expresión: *día de la ira* se encuentra en Sof. 2:3; comp. Nah. 1:6. La descripción, en su conjunto, recuerda principalmente la enumeración de las señales precursoras del fin en el discurso escatológico de Jesús (Mar. 13:24; Mat. 24:29, 30; Luc. 21: 25, 26).

1. Entre el sexto y el séptimo sello, Juan ve un doble cuadro destinado a consolar a los siervos de Dios

4 Y oí el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro millares
5 sellados de toda tribu de los hijos de Israel: De la tribu de Judá doce millares sellados; de la tribu de Rubén doce millares, de la
6 tribu de Gad doce millares, de la tribu de Áser doce millares, de la tribu de Neftalí doce millares, de la tribu de Manasés doce
7 millares, de la tribu de Simeón doce millares, de la tribu de Leví
8 doce millares, de la tribu de Issacar doce millares, de la tribu de Zabulón doce millares, de la tribu de José doce millares, de la tribu de Benjamín doce millares sellados [2].

en medio de los temibles juicios anunciados, dándoles, por una parte, la certidumbre de que ningún miembro de la Iglesia militante perecerá con el mundo, pues todos serán *sellados con el sello del Dios viviente* (v. 1-8); y por la otra, dejándoles entrever la felicidad celestial de que disfruta la Iglesia triunfante, vista apropiada para reavivar la esperanza y sostener el coraje de los que están aún en la lucha. En los cuatro puntos cardinales, llamados aquí las *cuatro esquinas de la tierra*, están *cuatro ángeles* que mandan *los cuatro vientos* principales y tienen así *el poder de hacer daño* a la tierra (v. 3). Con frecuencia vieron los profetas en la tempestad el símbolo de los juicios de Dios (Isa. 27:8; Sal. 1:4.) Los *cuatro vientos* son nombrados en Jer. 49:36; Dan. 7:2; Zac. 6:1 y sig.; Henoc 76:4). Por esto el poder que esos ángeles tienen de *hacer daño a la tierra y al mar y a los árboles* no está, como se ha supuesto en la acción de retener los vientos, a fin de producir un calor sofocante, sino de soltarlos, para que se tornen en huracanes y lleven a la tierra la devastación, figura y realidad al mismo tiempo de los juicios de Dios. Por esto *otro ángel que subía del lado del sol naciente* (de donde viene la luz y todas sus bendiciones) ordena a los primeros que retengan aún los vientos, que no hagan mal a la tierra *hasta que los siervos de Dios hayan sido sellados sobre sus frentes.* Aunque ese ángel tiene el *sello de Dios* (v. 2) no es él sólo quien escoge a los que debe marcar; dice: *hayamos*, y deja así entrever la acción de Aquel, único que "conoce a los que son suyos" (2ª Tim. 2:19). En cuanto a ese *sello* mismo, es símbolo de la gracia que da a los elegidos de Dios la preciosa certeza de no perecer con el mundo en medio mismo de los peligros más terribles. (Comp. Ezeq. 9:4-10; Mat. 24:22; Efes. 4: 30; Apoc. 9:4; comp. 14:1.)

2. El número de *ciento cuarenta y cuatro mil* es simbólico. Esta cifra precisa muestra que Dios conoce exactamente a todos sus siervos. Es establecida según el número de las *tribus de los hijos de Israel.* El cuadrado de doce representa el pueblo de Dios en su plenitud. Multiplicado por mil, evoca la idea de una multitud. La cuestión que divide a los intérpretes es el saber si el autor tiene en vista a Israel, según la carne, cuya conversión futura e integral supondría aquí (Rom. 11), o si *las doce tribus de Israel* no son para él más que una manera de designar el pueblo de Dios bajo el nuevo pacto. Esta última explicación nos parece la única admisible. 1º Los que reciben el sello son llamados *los siervos de nuestro Dios*, sin que nada indique que esta designación es limitada a una categoría de fieles. 2º El sello es impreso sobre sus frentes para ponerlos al abrigo de los azotes

B. 9-17 La grande multitud en el cielo. — 1º *La grande multitud alaba a Dios.* Juan contempla una muchedumbre innumerable de toda nación, que está delante del trono y delante del Cordero con vestiduras blancas y palmas, y canta las alabanzas de Dios y del Cordero (9-10). — 2º *Cántico de los ángeles.* Los ángeles, los ancianos y los seres vivos celebran la gloria de Dios (11, 12). — 3º *Uno de los ancianos explica a Juan la visión.* Uno de los ancianos pregunta a Juan si sabe quiénes son esos que ve vestidos de ropas blancas. A su respuesta negativa, declárale que son los redimidos de Cristo, que vienen de la gran tribulación; por esto están en comunión permanente con Dios, al abrigo de todo sufrimiento, recibiendo del Salvador la vida en su plenitud, consolados por Dios de todos sus dolores (13-17).

9 Después de estas cosas miré, y he aquí una grande multitud, que nadie podía contarla, de toda nación y tribus y pueblos y lenguas, de pie en presencia del trono y en presencia del Cordero, vestidos de largas ropas blancas, y palmas en sus manos [3].

con que toda la tierra va a ser herida. Sería extraño que Dios sólo quisiera preservar de ellos á sus siervos de entre los judíos. 3º Todo es simbólico en esta enumeración. Lo hemos comprobado ya en cuanto al número total de los ciento cuarenta y cuatro mil. Esto es evidente también por su reparto entre las doce tribus, cada una de las cuales cuenta un número igual de elegidos. El autor no ha podido esperar que fuera realmente así con el pueblo judío, puesto que, en su tiempo, la mayor parte de las tribus habían desaparecido completamente, y habían sido desde el principio muy desiguales en cuanto a su importancia y al número de sus miembros. Tenemos aquí la concepción que reaparece en todo el Apocalipsis, y que hace del pueblo de Dios en el nuevo pacto la realización perfecta de lo que Israel prefiguraba en el antiguo. Lo que puede haber inducido al autor a representarse la Iglesia bajo el símbolo de las doce tribus de Israel, es que las plagas contra las cuales el sello debe preservar a los miembros (cap. 8 y 9) presentan muchas semejanzas con las plagas que hirieron al Egipto, sin tocar a los israelitas de las doce tribus. El orden en que son enumeradas las tribus presenta ciertas particularidades. Ya en el Antiguo Testamento este orden varía. Aquí Judá es nombrado a la cabeza, porque de esta tribu ha saldio el Mesías (5:5). Las tribus salidas de los hijos de José, Manasés y Efraín, son ambas contadas. Efraím recibe el nombre de José (Amós 5:6, 15; Ezeq. 37:19; Zac. 10:6). Se obtienen entonces trece tribus. Para conservar el número de doce, nuestro autor omite la tribu de Dan. Esta tribu falta igualmente en el cuadro genealógico de 1ª Crón. 4-7, mientras que en Deut 33 la omisión toca a Simeón, y en Núm. 13 y Ezeq. 48 a Leví.

3. Se ha discutido mucho sobre la relación de esta *grande multitud* con los ciento cuarenta y cuatro mil (v. 1-8). Los intérpretes que ven en estos últimos el pueblo de Israel, piensan que la grande multitud está compuesta de los convertidos de entre los paganos; insisten en el contraste que hay entre esta muchedumbre innumerable de toda nación, y el número exactamente contado de los hijos de Israel. Otros identifican completamente los ciento cuarenta y cuatro mil con la multitud; Juan, en

10 Y claman con grande voz, diciendo: La salvación es de nuestro 11 Dios que está sentado sobre el trono, y del Cordero [4]. Y todos los ángeles estaban de pie en derredor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivos; y se postraron en presencia del trono 12 sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: ¡Amén! ¡La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y la potencia y la fuerza, sean a nuestro Dios por las edades de 13 las edades! ¡Amén [5]! Y tomó la palabra uno de los ancianos, diciéndome: Estos, los que están vestidos con las largas ropas blan-14 cas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Y héle dicho: Señor mío, tú lo sabes. Y me dijo: Estos son los que vienen de la grande tribulación, y han lavado sus largas ropas, y las han blanqueado 15 en la sangre del Cordero [6]. Por esto están en presencia del trono

la primera visión (v. 4), "oye" solamente el número de los sellados; en la segunda visión, los *ve,* y le aparecen como una muchedumbre *que nadie puede contar.* Esta identificación completa no nos parece resultar del texto. Los dos cuadros proféticos son distintos y sucesivos (*después de esto*). El primero nos coloca sobre la tierra (v. 3) y nos muestra la Iglesia militante, tal cual está constituida en el momento en que van a empezar las desgracias de los últimos tiempos. El segundo nos transporta al cielo, al final de los tiempos, y nos hace ver la Iglesia triunfante, que es una grande multitud de toda nación, compuesta de todos los que vienen de la gran tribulación, de todos los redimidos de Cristo que han "blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero" (v. 14). Los ciento cuarenta y cuatro mil forman parte de ella, pero hay otros con ellos, que han sufrido el martirio precedentemente (6:11) o durmieron en la fe en Cristo Jesús. La vista de esta multitud encierra para los que luchan y sufren en este mundo un doble aliento. Primero, el pensamiento de que esos redimidos forman una multitud *que nadie puede contar.* Sobre la tierra, el número de los verdaderos discípulos de Jesús, en cada época, parece muy débil e insignificante; reunidos en el cielo, de todos los tiempos y de todos los lugares, formarán una multitud innumerable. Luego, y principalmente, la pintura de su felicidad: están *delante del trono* de Dios *y delante del Cordero,* en una íntima y no interrumpida comunión con el Padre (v. 15) por el Hijo; están *vestidos de largas ropas blancas* (3:4, 5; 4:4; 6:11), símbolos de la justicia y de la santidad perfectas que poseen; tienen *palmas en sus manos,* insignias de la victoria que han alcanzado.

4. Grito de reconocimiento y de adoración, en que se expresan el gozo del triunfo y la humildad que atribuye *la salvación* entera *a nuestro Dios y al Cordero.*

5. Comp. sobre este cántico celestial y sobre los que lo cantan 5:11-13, notas. Todo lo que ama a Dios forma, para alabarle, una santa comunidad, una sola Iglesia, una sola familia. La creación entera ha alcanzado el objeto de su ser, la gloria de Dios.

6. Apropiándose por la fe la eficacia de sacrificio de Cristo, cuya "sangre purifica de todo pecado" (1ª Juan 1:7). La forma dialogada da a la explicación de la visión (v. 13-

de Dios, y le sirven de día y de noche en su santuario, y el que
16 está sentado sobre el trono tenderá sobre ellos su pabellón [7]. No
tendrán más hambre ni tendrán más sed, ni de cierto dará sobre
17 ellos el sol ni ningún calor; porque el Cordero que está en medio
del trono los apacentará y los guiará a las fuentes de las aguas
de la vida [8]; y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos [9].

III. Las siete trompetas
(Cap. 8:1 a 11:14)

1. *Apertura del séptimo sello. Las seis primeras trompetas*
(Cap. 8, 9)

A. 1-5. Séptimo sello. Los siete ángeles reciben las trompetas. El ángel que está sobre el altar. — 1º *El séptimo sello.* Al ser abierto, se produce un silencio de media hora en el cielo. Juan ve siete ángeles delante de Dios, a los cuales son dadas siete trompetas (1, 2). — 2º *El ángel sobre el altar.* Tiene un incensario de oro, y mucho incienso a ofrecer con las oraciones de los santos todos. La humareda del incienso sube hasta delante de Dios (3, 4). — 3º *El ángel echa fuego sobre la tierra.* Llena el incensario con brasas tomadas de sobre el altar y lo arroja sobre la tierra; truenos y un terremoto se producen (5).

VIII Y cuando abrió el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo,
2 como media hora [1]. Y vi los siete ángeles que están en presencia

17) un interés dramático. Como en 5:5, es *uno de los ancianos*, de los representantes de la Iglesia salvada (4:4, nota), quien interpela al vidente; éste responde con respeto (*señor mío*), solicitando indirectamente la interpretación de la profecía (*tú lo sabes.*) *La grande tribulación* es ante todo, en el pensamiento de Juan, la que Jesús había predicho para los últimos tiempos (Mat. 24:21 y sig.) y que se presentará más adelante en el Apocalipsis como una persecución general. Pero la oposición del mundo y los sufrimientos de toda especie que nos asaltan ya aquí hacen que, para cada cristiano, la vida sea, en grados diversos, *la grande tribulación.*

7. Les hará gustar las delicias de su presencia, de su comunión, según la promesa del antiguo pacto (Lev. 26:11, 12; Ezeq. 37:27), cuyo cumplimiento ha empezado por la encarnación del Hijo de Dios (Juan 1:14, 2ª nota) y terminará en la gloria del cielo (Apoc. 21:3.)

8. Comp. Isa. 49:10; Sal. 23. *El Cordero que está en medio del trono;* esta expresión ha sido explicada en 5:6, 1ª nota.

9. Isa. 25:8; Apoc. 21:4.

1. Los que consideran este *silencio* como todo el contenido del *séptimo sello*, han visto en él el silencio que sucede a los gritos de los enemigos de Dios (6:16, 17), silencio de muerte que habría reinado sobre la tierra, después de su aniquilamiento. Mas este silencio es *en el cielo.* Son

3 de Dios [2], y les fueron dadas siete trompetas [3]. Y otro ángel vino
y se puso en pie ante el altar, teniendo un incensario de oro; y
fuele dado mucho incienso, para que ofreciera, por las oraciones
de los santos todos, sobre el altar de oro que está en presencia
4 del trono. Y subió el humo del incienso, por las oraciones de los
5 santos, de la mano del ángel en presencia de Dios [4]. Y ha tomado
el ángel el incensario, y lo llenó del fuego del altar lo echó a la
tierra; y hubo truenos y ruidos y relámpagos y un terremoto [5].

pues los cantos del cielo (7:10 y sig.) que cesan en la espera solemne de las cosas que van a acontecer. Este silencio dura *media hora;* es el tiempo que transcurre entre el episodio del cap. 7 y las nuevas visiones que van a seguir, y cuya impresión será acrecentada por la silenciosa espera del ejército celestial entero. El contenido del séptimo sello son pues, como lo admiten hoy la mayor parte de los intérpretes, los acontecimientos que las siete trompetas van a anunciar.

2. Comp. Luc. 1:19; Mat. 18:10. *Los siete ángeles*, a quienes es dado el atributo especial de *estar delante de Dios* son, como lo indica el artículo, siete ángeles que ocupan una posición especial entre los espíritus celestiales (Tobías 12:15; comp. Dan. 10:13; 1ª Tes. 4:16; Efes. 1: 20, 21; 3:10; 6:11 y sig.; Col. 1:16.)

3. La *trompeta* servía para proclamar las grandes fiestas de Israel (Lev. 25:9), sus alegrías nacionales y religiosas (2ª Sam. 6:15; 2ª Crón. 5:12, 13; 29:26-28); en el lenguaje de los profetas, anuncia una revelación, una exhortación, un juicio de Dios. (Isa. 58:1; Oseas 8:1; Joel 2:1.) El sonido de la trompeta inaugurará las últimas escenas del día de Cristo (Mat. 24:31; 1ª Cor. 15:52; 1ª Tes. 4:16.) Aquí las *siete trompetas* deben anunciar nuevos juicios de Dios. (Véase sobre este número *siete*, que reaparece siempre en el Apocalipsis, 1:4, tercera nota.)

4. Este *ángel* desempeña la función del sacerdote, quien tomaba del fuego sobre el altar de los holocaustos (Lev. 16:12) para ofrecer *incienso*, cuyo humo, figura de la oración, subía hacia Dios y le era de agradable olor. (Comp. 5:8; Efes. 5: 2; Núm. 16:46.) *El altar delante* del cual (o *sobre* las gradas del cual) *se puso* el ángel (v. 3 a), como aquel del que tomó *fuego* (v. 5), es el altar de los holocaustos (6:9); mientras que *el altar de oro que está delante del trono* (v. 3 b.) es el altar del incienso, colocado delante de la entrada del lugar santísimo. Es difícil decir si, para el vidente, la escena se desarrolla en un templo celestial (7:15), o en el templo de Jerusalén (comp. 11:1.) La mayor parte de nuestras versiones tienen: el humo subió *con* las oraciones de los santos; es más exacto traducir el dativo griego: *por* las oraciones de los santos, en su interés; la ofrenda del incienso confirma las oraciones de los santos y las hace llegar a Dios.

5. El segundo acto del ángel es *llenar del fuego del altar,* es decir de las brasas tomadas de sobre el altar, el incensario que tiene en su mano (v. 3), y arrojar esos carbones ardientes sobre la tierra. (Un acto simbólico semejante es descrito en Ezeq. 10:2). Este acto tiene por efecto desencadenar los juicios de Dios que vienen a responder a los clamores de los mártires (6:9-11.) A los fenómenos naturales ya enumerados en 4:5, es añadido *un terremoto,* mencionado en 6:12.

B. 6-12. LAS CUATRO PRIMERAS TROMPETAS. — 1º *Primera trompeta.* Granizo y fuego mezclados de sangre queman la tercera parte de las plantas de la tierra (6, 7). — 2º *Segunda trompeta.* Un monte de fuego arrojado al mar, hace perecer la tercera parte de sus habitantes y de sus navíos (8, 9). — 3º *Tercera trompeta.* La estrella llamada Ajenjo cae sobre la tercera parte de los ríos y de las fuentes, cuyas aguas envenenan a muchos hombres (10, 11). — 4º *Cuarta trompeta.* La tercera parte de los astros es obscurecida; la claridad del día y la de la noche son reducidas en un tercio (12).

6 Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se prepa-
7 raron para tocar la trompeta[6]. Y el primero tocó la trompeta; y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron echados a la tierra; y el tercio de la tierra fué quemado, y el tercio de
8 los árboles fué quemado, y toda hierba verde fué quemada[7]. Y el segundo ángel tocó la trompeta; y como un grande monte ardiendo en fuego fué echado a la mar; y el tercio de la mar se
9 volvió sangre, y murió el tercio de las criaturas que estaban en la mar, las que tenían vida, y el tercio de las naves fueron des-
10 truídas[8]. Y el tercer ángel tocó la trompeta; y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha y cayó sobre el ter-
11 cio de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella se dice El Ajenjo. Y el tercio de las aguas se volvió ajenjo, y muchos de los hombres murieron por las aguas, porque fue-
12 ron hechas amargas[9]. Y el cuarto ángel tocó la trompeta; y fué herido el tercio del sol y el tercio de la luna y el tercio de las

6. Las cuatro primeras trompetas (v. 7-12) que corresponden a los cuatro primeros sellos (6:1-8), forman, como éstos, un grupo aparte. Los fenómenos de que dan señal en la naturaleza recuerdan las plagas de Egipto (Ex. cap. 7-10.)

7. Comp. Ex. 9:23-25. Gén. 19:24. Las palabras *el tercio de la tierra fué quemado,* son omitidas en el texto recibido. Se leen en la mayor parte de los documentos. Las calamidades de las cuatro primeras trompetas no hieren más que la tercera parte de lo que habrían podido destruir enteramente, queriendo Dios aún usar de misericordia en el juicio, a fin de dar lugar, si fuera posible, al arrepentimiento y a la conversión (9:20, 21).

8. *Como un grande monte ardiendo en fuego fué arrojado,* es decir que una masa inflamada, semejante a un monte, y no un monte propiamente dicho, cayó en el mar. La transformación *en sangre* de las aguas del mar recuerda a Ex. 7:20.

9. La substancia nociva viene esta vez *del cielo,* y aparece al vidente bajo la forma de una grande estrella, quizá de un meteoro, que estalla, y cuyos restos van a *caer sobre el tercio de los ríos y sobre las fuentes de las aguas.* La estrella es llamada *Ajenjo,* porque hace las aguas *amargas;* hasta las envenena, puesto que hacen morir. En el lenguaje de los profetas, el ajenjo es sinónimo de veneno (Jer. 9:15; 23:15; Lament. 3:19.)

estrellas; para que fuera obscurecido el tercio de ellos, y el día no brillara el tercio de él, y la noche igualmente[10].

C. 8:13 a 9:12. EL ÁGUILA QUE ANUNCIA LAS TRES ÚLTIMAS TROMPETAS. QUINTA TROMPETA. — 1º *El águila.* Juan oye un águila que vuela por medio del cielo y clama tres veces ¡Ay a los hombres! a causa de las tres últimas trompetas (13). — 2º *La quinta trompeta resuena.* Una estrella caída del cielo recibe la llave del foso del abismo. Lo abre; sale humareda (1, 2). — 3º *Las langostas.* Del humo salen langostas que reciben un poder semejante al de los escorpiones, con orden de dañar, no a las plantas, sino a los hombres que no tienen la marca de los elegidos, de atormentarlos durante cinco meses; los hombres entonces desearán morir, y no podrán (3, 6). — 4º *Descripción de las langostas.* Nombre de su rey. Se asemejaban a caballos de batalla con corona de oro, rostro de hombre, cabellos de mujer, dientes de león, corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el de los carros, sus colas como las de los escorpiones. Su rey es el Angel del abismo, llamado Abaddón (7-11). — 5º *El primer ¡Ay!* Ha pasado. Dos ayes van a venir todavía (12).

13 Y miré, y oí un águila[11] volando en medio del cielo, diciendo con grande voz: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay de los que moran sobre la tierra, por los restantes toques de la trompeta de los tres ángeles, que deben tocar la trompeta[12]!

IX Y el quinto ángel tocó la trompeta; y vi una estrella del cielo caída a la tierra[1], y fuele dada la llave del pozo del abismo[2].

10. La potencia destructora no es nombrada, como lo era en las tres plagas precedentes. Es difícil representarse el fenómeno, cuyo carácter simbólico sólo importa. Será el principio del eclipse total de esos astros, anunciado en 6:12 y sig., Mat. 24:29. Comp. Ex. 10:21. Hay literalmente: a fin de que... *el día no brillara su tercio.* Los castigos anunciados por las cuatro primeras trompetas no alcanzan al hombre más que en sus recursos, en el mundo exterior en que habita, mientras que en las tres últimas trompetas, es el hombre mismo el herido. En el Apocalipsis, como en la vida, los juicios de Dios se hacen más severos, hasta que el pecador se doble bajo su justicia, o perezca por último en el postrero de esos juicios.

11. El texto recibido tiene un *ángel;* es una corrección hecha sin duda porque se hallaba al *águila* poco apta para desempeñar la función que aquí se le atribuye. Mas el *águila,* temible ave de presa, que se cierne *en el zenit* y se precipita sobre su presa con la rapidez del rayo, es bien escogida como mensajera de las calamidades inminentes (Mat. 24:28.)

12. Este grito de *¡ay!* tres veces repetido hace más ansiosa la espera de lo que va a venir. Las calamidades anunciadas por las tres últimas trompetas serán más terribles que las de las cuatro primeras. Por esto son llamadas más adelante *¡ayes!* (9:12; 11:14.)

1. La acción atribuida a esta *estrella* (v. 2) muestra que el autor ve en ella un ser inteligente, un ángel quizá. Las estrellas son personificadas igualmente en Jueces 5:20; Job 38:7; comp. Henoc 88:1. Este personaje es un enviado de Dios, no un

2 Y abrió el pozo del abismo; y subió humo del pozo como humo de un grande horno, y fué obscurecido el sol y el aire por el humo 3 del pozo. Y del humo salieron langostas a la tierra [3], y fueles 4 dado poder como tienen poder los escorpiones de la tierra [4]. Y fueles dicho que no dañaran la hierba de la tierra, ni ninguna cosa verde, ni ningún árbol, sino a los hombres tales que no tie 5 nen el sello de Dios sobre sus frentes [5]. Y fueles dado que no los mataran, sino que fueran atormentados cinco meses [6]; y su tormento como tormento de un escorpión cuando pica a un hombre. 6 Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y de cierto no la encontrarán, y desearán morir, y huye de ellos la muerte [7]. 7 Y las figuras de las langostas eran semejantes a caballos preparados para la batalla; y sobre sus cabezas como coronas seme- 8 jantes a oro, y sus rostros como rostros de hombres; y tenían cabellos como cabellos de mujeres, y sus dientes eran como de leo- 9 nes; y tenían corazas como corazas de hierro, y el ruido de sus alas como ruido de carros de muchos caballos que corren a la

ángel rebelde y caído, puesto que *le fué dada la llave del pozo del abismo*, por Dios sin duda, y puesto que obra por orden de él.

2. El *abismo* es la mansión de los espíritus malos (Luc. 8:31), del cual suben potencias de tinieblas (Apoc. 11:7; 17:8) y donde Satanás es por último precipitado (20:3). Está situado en el interior de la tierra y comunica con la superficie del suelo por un *pozo*.

3. Las *langostas* son una de las calamidades más temibles del Oriente. (Comp. Ex. 10:14, 15; Joel 1:1-10). Lo que se dice aquí de estas langostas muestra que no son sólo una plaga natural, sino que simbolizan las potencias infernales. En efecto, salen del humo que sube del abismo.

4. La picadura del *escorpión* causa vivos dolores, mas no es mortal (v. 5, 6). El autor añade: *de la tierra*, por oposición, no a otros escorpiones, sino a las langostas que suben del abismo.

5. 7:1 sig. Las langostas destruyen de ordinario toda la vegetación; se prohibe a los seres de que ellas son figura atacar esos productos de la tierra; solamente deben dañar a los *hombres*: precisamente lo inverso de lo que ocurre en los azotes de las cuatro primeras trompetas (8:6-12.) Sin embargo, los elegidos de Dios son exentos de esos tormentos.

6. Este término de *cinco meses* es repetido en el v. 10. Quizá debe indicar simplemente una duración limitada y corta, siendo *cinco* la mitad de diez. Según otros, serían los *cinco meses*, de mayo a septiembre, en que aparecen las langostas. Sus estragos durarían toda la estación durante la cual son temibles.

7. Expresión aguda de la desesperación. Los tormentos sufridos por los hombres no serán solamente físicos, sino de naturaleza moral, pues los seres que le infligirán esos tormentos serán espíritus malos (v. 1 y 3, notas). *La muerte* (gr. *huye de ellos;* este verbo en presente, según el verdadero texto, después de los futuros que preceden, hace la descripción de sus sentimientos más viva. Hasta aquí Juan ha expuesto la acción terrible de esos seres malhechores; ahora describe su aspecto e indica el número de su rey (v. 7-11.)

10 batalla. Y tienen colas semejantes a escorpiones, y aguijones; y en sus colas estaba su poder de dañar a los hombres cinco me- 11 ses. Tienen sobre sí por rey al ángel del abismo; su nombre en hebreo es Abaddón, y en la lengua griega tiene por nombre Apo- 12 llíon [8]. El primer ¡Ay! ha pasado; he aquí, vienen aún dos Ayes después de estas cosas [9].

D. 13-21. SEXTA TROMPETA. — 1º *Los cuatro ángeles del Eufrates desatados.* Se manda al ángel que acaba de tocar la sexta trompeta, que suelte los ángeles preparados para ese preciso momento, a fin de que hagan perecer al tercio de los hombres (13-15). — 2º *Descripción de los ejércitos invasores.* Juan oye el número de los jinetes; ve, en la visión, los caballos y sus jinetes con corazas tricolores; con el fuego, el humo y el azufre que salen de su boca, los caballos matan la tercera parte de los hombres y les hacen daño con sus colas semejantes a serpientes (16-19). — 3º *Resultado de las seis primeras plagas.* Los hombres que no fueron muertos por ellas no se arrepintieron de su idolatría y sus crímenes (20, 21).

13 Y el sexto ángel tocó la trompeta; y oí una voz de los cuatro 14 cuernos del altar de oro que está en presencia de Dios [10], diciendo al sexto ángel, que tenía la trompeta: Desata los cuatro án-

8. Muchos rasgos del cuadro son tomados de Joel: así la comparación de las langostas con *caballos*, del *ruido de sus alas* con el de los *carros que corren a la batalla* (Joel 2:4, 5), de sus *dientes* con los del *león* (Joel 1:6.) Los otros detalles son propios del Apocalipsis. Todos estos diversos atributos son destinados a señalar ora el carácter imponente y temible de los seres que figuran las langostas (*caballos preparados para la batalla, coronas que parecían de oro, dientes como dientes de león, corazas de hierro, ruido de carros, colas semejantes a las de los escorpiones*), ora su calidad de seres inteligentes (*rostros de hombres*) y capaces de seducir (*cabellos de mujer*). Lo que hace también temibles esos espíritus diabólicos es el hecho de que obedecen a un *rey, el ángel del abismo*, llamado *en hebreo Abaddón*. Este vocablo se encuentra en Job 26:6 y 28:22, para designar la mansión de los muertos. Los Setenta lo traducen por *destrucción*. Juan, aplicándolo a una persona, lo vierte por *Apollion*, lo que significa *el destructor*. Tiene en vista uno de los principales jefes del imperio de las tinieblas, quizás a Satanás mismo. (Comp. Hebr. 2:14.)

9. 8:13; 11:14.

10. En los ángulos del altar, había *cuatro cuernos* (la palabra *cuatro* falta en *A*. Se lee en *Sin.*: *oí la voz del altar...*), emblema de la fuerza de la oración y del sacrificio (Ex. 30:3). No se dice de quién era la *voz*, como tampoco en el cap. 6:6; mas probablemente es la voz de Dios, a quien el incienso ha sido ofrecido sobre ese altar y quien oye las oraciones de todos los santos (8: 3, 4).

15 geles que están atados junto al gran río Eufrates [11]. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora y día y mes y año [12], para que mataran el tercio de los hom-
16 bres [13]. Y el número de los ejércitos de la caballería, era dos miria-
17 das de miriadas [14]: oí su número. Y así vi los caballos en la visión, y los que estaban sentados sobre ellos, teniendo corazas como de fuego, de jacinto y de azufre; y las cabezas de los caballos como ca-
18 bezas de leones, y de sus bocas sale fuego y humo y azufre [15]. Por estas tres plagas fueron muertos el tercio de los hombres, por el
19 fuego y el humo y el azufre que sale de sus bocas. Porque el poder de los caballos en su boca está, y en sus colas; porque sus colas son semejantes a serpientes, teniendo cabezas, y con ellas
20 dañan [16]. Y los demás de los hombres, los que no fueron muertos

11. *Los cuatro ángeles atados a los bordes del Eufrates* no son ángeles buenos, ni siquiera personificaciones de las fuerzas de la naturaleza, como los ángeles de los cuatro vientos (7: 1-3, nota); sino representantes de las potencias demoníacas, jefes de sus ejércitos (v. 16.) Como están *atados junto al Eufrates,* se ha pensado que el acto de *desatarlos* (v. 15) figuraba una invasión de los pueblos bárbaros acantonados del otro lado de ese río, de los partos especialmente. Diversos detalles (v. 15, 2ª nota, v. 19, nota) no son favorables a esa aplicación precisa de la figura. Se trata mas bien de un azote indeterminado que viene a toda la tierra desde esos *bordes del Eufrates,* de donde venían para el antiguo pueblo de Israel las invasiones y las calamidades de que era periódicamente herido (Isa. 8:5 y sig.; Jer. 1: 13-15.)

12 Los intérpretes se dividen sobre el sentido de estas palabras; según unos, indican la duración, estrictamente limitada, de los acontecimientos que van a seguir; según otros, el momento preciso, determinado por Dios, en que esos acontecimientos deben empezar.

13. Comp. sobre esta *tercera parte* cap. 8:7 y sig. El azote alcanza a todos los hombres, todos "los habitantes de la tierra" (8:13). No es pues una invasión de partos, que no habría hecho sus estragos más que en una parte del imperio.

14. Gr. *Y el número de los ejércitos de la caballería era dos miriadas de miriadas.* Esos ejércitos sólo estaban compuestos de caballeros. Equivaliendo una *miriada* a 10.000, dos miriadas a 20.000, este número multiplicado por una miriada o 10.000 da 200 millones. Este número es preciso, pues Juan añade: *oí su número.* No hay que asimilarlo a la expresión "miriadas de miriadas y millares de millares", que se lee en 5:11, y que designa una multitud innumerable.

15. Los tres colores de las *corazas* corresponden a los tres medios de destrucción que tiene ese ejército: el *fuego,* el *humo* y el *azufre* (v. 18.)

16. Otros traducen: *ellos* (los caballos) *dañan.* Mas los caballos dañan también con la boca. El sujeto es pues más bien: *las colas,* que dañan por medio de esas *cabezas,* que tienen porque son formadas de serpientes. No son los caballeros, sino los *caballos* mismos los que dan la muerte; lo que parece oponerse a que se vea aquí el cuadro de un ejército real que invadiría el imperio, una alusión a los caballeros partos, que tiraban flechas al huir.

17. El sentido de la negación empleada en griego, es: no se arrepintieron *ni siquiera* bajo el golpe de esta prueba. *Las obras de sus manos* son sus ídolos (Deut. 4:28.) No se arrepintieron para apartarse de ellas. Es lo que explica la proposición siguiente: (gr. *para no adorar a los demonios,* etc. Comp. Sal. 115: 4-7; Sal. 135:15 y sig.; Dan. 5:23; 1ª Cor. 10:20.

18. Permanecieron adictos a los vicios del paganismo, como al culto de los ídolos. Sobre las *hechicerías,* o práctica de la magia, comp. Isa. 47:9, 12.

1. Q tiene: *un ángel fuerte.* Este *ángel fuerte* (5:2) *desciende del cielo* para un mensaje importante, cuyos caracteres se encuentran ya simbolizados por los atributos bajo los cuales aparece a Juan. La *nube* que le rodea es la que acompaña las manifestaciones de Dios a los hombres (Mat. 17:5; Apoc. 1:7; 14:14). El *arco iris* que está *sobre su cabeza* rodeaba el trono de Dios en la visión del cap. 4:3; es la señal del pacto de gracia y dulcifica lo que hay de terrible en *su rostro como el sol y sus pies como columnas se fuego* (1: 15, 16), que le muestran en su santidad, listo para consumir todo lo que se opone a él. Es que en efecto su mensaje es al mismo tiempo de justicia y de gracia: de justicia pa-

con estas plagas, no se arrepintieron siquiera de las obras de sus manos, para que no adoraran a los demonios y a los ídolos de oro y de plata y de bronce y de piedra y de madera, que ni ver
21 pueden, ni oir ni andar [17]; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos [18].

2. *Visión del ángel que tiene un librito y lo hace comer a Juan* (Cap. 10)

1-11. El ángel y el librito. Los siete truenos. Orden a Juan de devorar el libro. — 1º *El ángel que trae el librito.* Un ángel poderoso, de aspecto imponente y terrible, que tiene un librito abierto, asienta su pie derecho sobre la mar y el izquierdo sobre la tierra (1, 2). — 2º *Los siete truenos.* Hacen oír sus voces, en respuesta al grito del ángel. Juan iba a escribir sus palabras, cuando se le da órden de sellarlas (3. 4). — 3º *Declaración del ángel.* Jura, por el Creador del universo, que al sonar la trompeta del séptimo ángel, el misterio de Dios será cumplido (5-7). — 4º *Juan, recibe y ejecuta la orden de devorar el libro.* La voz del cielo le ordena ir a tomar el libro de mano del ángel. Va hacia el ángel, quien le dice que lo coma, advirtiéndole que será amargo a sus entrañas, pero como miel a su boca. Juan lo devora y lo halla así. Se le anuncia que debe profetizar aún sobre muchos pueblos (8-11).

X Y vi otro ángel fuerte descendiendo del cielo, revestido de una nube, y el arco iris sobre su cabeza, y su rostro como el sol,
2 y sus pies como columnas de fuego [1]; y teniendo en su mano un

librito abierto [2]. Y puso su pie derecho sobre la mar, y el izquier-
3 do sobre la tierra [3], y clamó con grande voz como ruge un león.
Y cuando hubo clamado, profirieron los siete truenos sus propias
4 voces [4]. Y cuando hubieron proferido los siete truenos, estaba yo
a punto de escribir; y oí una voz del cielo diciendo: Sella las cosas
5 que profirieron los siete truenos, y no las escribas [5]. Y el ángel
que había visto de pie sobre la mar y sobre la tierra, alzó su
6 mano derecha hacia el cielo, y juró por el que vive por las edades de las edades, quien creó el cielo y las cosas que están en él,
y la tierra y las cosas que están en ella, y la mar y las cosas que
7 están en ella, que prórroga no habrá más [6]; sino que en los días
de la voz del séptimo ángel, cuando esté a punto de tocar la trompeta [7], entonces queda cumplido el misterio de Dios, como anun-
8 ció buenas nuevas a sus siervos los profetas [8]. Y la voz que había

ra el mundo, cuya ruina final anuncia, de gracia para la Iglesia de Dios, cuyo último triunfo va a proclamar.

2. Un *libro* que contiene la revelación que el ángel trae; *pequeño* porque esta revelación abarca un campo menos vasto que la del libro mencionado en el cap. 5; *abierto* y no sellado como el del cap. 5, pues Dios nada tiene ya que ocultar; ahora que el séptimo sello del libro grande ha sido abierto, Juan podrá, sin ayuda de nadie (5:4, 5), conocer su contenido (v. 8 y sig.; 11:1 y sig.) Este contenido son los acontecimientos anunciados en el resto del Apocalipsis y que precederán el fin.

3. Para mostrar que el dominio del Dios que representa se extiende al universo entero (Sal. 8:7).

4. Gr. *hablaron sus propias voces. Los siete truenos* (con artículo) se suponen conocidos de los lectores. Es, según algunos intérpretes, una alusión al Sal. 29, donde David nombra siete veces el trueno, al que llama "la voz del Eterno". Según otros, el número *siete* sería establecido por analogía con los siete espíritus de Dios (1:4; 4:5; 11:13).

5. Luego los siete truenos habían hecho oir a Juan palabras inteligibles. *Iba a escribirlas;* mas no le fué permitido. *Sellar* alguna cosa, es no revelarla (22:10; Dan. 12: 4, 9.) El motivo de esta prohibición no es indicado, y no se podría decir cuál es el objeto de este episodio de los siete truenos.

6. Comp. Dan. 12:7. No más *plazo* (gr. *tiempo*), no más *prórroga* para el arrepentimiento y la conversión (2:21.)

7. 11:15. He ahí el tiempo preciso señalado por el juramento del ángel (v. 6), y en relación al cual dice que *no habrá más prórroga.* La séptima trompeta anunciará el juicio final y la consumación de todas las cosas.

8. El *misterio de Dios* es su consejo eterno para el restablecimiento final de su reino, que tendrá lugar después de la séptima trompeta (11: 15 y sig.) El ángel declara que ese misterio será cumplido como Dios lo había *anunciado* (gr. *evangelizado,* había anunciado *la buena nueva* del mismo) *a sus siervos los profetas*: era, en efecto, la buena nueva de la liberación eterna, aunque ésta debiera ser precedida de terribles juicios. Los *profetas* no son solamente los del Antiguo Testamento, sino los

oído del cielo, oí otra vez hablando conmigo y diciendo: Vé, toma
el libro que está abierto en la mano del ángel que está de pie
9 sobre la mar y sobre la tierra. Y fuí hacia el ángel, diciéndole
que me diera el librito. Y me dice: Toma y devóralo [9]; y hará
10 amargo tu vientre, pero en tu boca será dulce como miel. Y tomé
el librito de la mano del ángel y lo devoré, y fué en mi boca dulce
como miel; y cuando lo hube comido, fué hecho amargo mi vien-
11 tre [10]. Y me dicen [11]: Es necesario que otra vez profetices sobre
muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes [12].

3. *El templo medido. Los dos testigos*

(Cap. 11:1 - 14)

1-14. ORDEN DE MEDIR EL TEMPLO. LOS DOS TESTIGOS. JERUSALÉN HERIDA DE UN TERREMOTO. — 1º *Juan debe medir el templo con exclusión del atrio.* Recibe una caña, con órden de medir el templo, el altar y los que lo rodean en oración; pero dejando fuera el atrio externo, porque es entregado a los paganos, quienes hollarán a Jerusalén cuarenta y dos meses (1, 2). — 2º

siervos de Dios (1:1) de todos los tiempos, dotados del don de profecía (11:18; 16:6; 18:20; 22:9.)

9. Es decir que Juan debía recibir el contenido en su corazón, apropiárselo entero. Sólo así puede luego el siervo de Dios proclamar con verdad y energía los juicios o las gracias de Dios, sus amenazas o sus promesas: debe haber sentido él mismo en su alma toda su amargura y todo su dulzor (v 10. Comp. Ezeq. 3:1 y sig.)

10. Lo *dulce* y lo *amargo* (o lo *agrio*) son figura del gozo y del dolor. Según unos, estas impresiones contrarias son causadas por el doble contenido del librito: por una parte, juicios terribles y padecimientos que los elegidos mismos deberán sufrir; y por la otra, la liberación final y el triunfo del reinado de Dios. Otros objetan que si tales fueran las causas de los sentimientos del vidente, habría sentido la amargura antes de la dulzura. Piensan que le era *dulce,* al principio, el ser honrado con una revelación semejante, pero que ésta le pareció *amarga* cuando hubo comprobado los terribles secretos que encerraba.

11. Gr. *Me dicen;* el sujeto de este verbo en plural podría ser al mismo tiempo el ángel y la voz oída por Juan (v. 8); o, más simplemente, son dos voces celestes indeterminadas.

12. La declaración: *Es necesario que profetices* está en relación íntima con lo que precede: por cuanto se ha asimilado Juan el librito, está obligado y puede *profetizar.* La profecía que estaba contenida en el librito y que debe emitir no es solamente la del cap. 11:1-4, relativa a Jerusalén. Tiene alcance *sobre muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes.* Abarca pues todas las visiones del resto del Apocalipsis. Se podría uno basar en los términos: *muchos pueblos, reyes,* para establecer que el vidente contempla en lo que sigue muchos otros acontecimientos que la lucha de la Iglesia contra el imperio y la caída de Roma. (Cap. 13-19.) Pero *pueblos* y *reyes* inter-

Los dos testigos y su misión. Durante ese mismo tiempo, el Señor ordena a sus dos testigos profetizar vestidos de saco. Estos testigos son los dos olivos y los dos candeleros de la profecía. Son protegidos contra sus enemigos y tienen poder de cerrar el cielo y herir la tierra con plagas diversas (3-6).— 3º *Su muerte y su resurrección.* La bestia que sube del abismo los mata; sus cadáveres quedan expuestos sobre la plaza de Jerusalén. Los gentiles se regocijan a su vista. Después de tres días y medio, el espíritu de Dios los reanima y suben al cielo ante los ojos de sus espantados enemigos (7-12).— 4º *El terremoto y la conversión de los habitantes de Jerusalén.* La décima parte de la ciudad es trastornada. siete mil son muertos. Los otros dan gloria a Dios. El segundo ¡Ay! ha pasado. El tercero viene (13, 14).

XI Y me fué dada una caña semejante a una vara [1], diciendo [2]: Levántate y mide el santuario de Dios y el altar y los que en él 2 adoran [3]. Y el atrio que está fuera del santuario deja fuera y no lo midas, porque ha sido dado a los gentiles, y hollarán la santa

vienen en la ruina de Babilonia (16: 12) y sig.; 17:12-17) y *naciones* figuran en las escenas de los últimos tiempos (20:8; 21:24.)

1. Gr. *Y me fué dada* una caña semejante a una vara; se servían de cañas para medir (21:15; comp. Ezeq. 40:3.)

2. La adición del texto recibido; *y el ángel estaba en pie diciendo,* no se lee sino en *Q* y en algunos otros documentos. Juan no dice ni quién habla ni por quién le fué dada la caña. Pero, de conformidad a los v. 3 y sig., se puede admitir que es Cristo mismo. (Comp. 10:8). Lo que va a seguir tiene íntima relación con el cap. 10. Las palabras y los actos mencionados forman parte de la visión.

3. *Levántate;* esta orden no implica que el vidente hasta entonces estuviese sentado (comp. 10:8, 9), sino que debe poner manos a la obra, pasar de la inacción a la actividad. El acto simbólico que se le manda lo ejecuta en la visión (Amós 9:1), no en realidad (1ª Reyes 22:11; Jer. 19:1 y sig.; Ezeq. 4 y 5). *Mide el templo y el altar,* no para una futura reconstrucción (Ezeq. 40:3 y sig.; comp. Apoc. 21:15), ni para destinarlos a la destrucción (Isa. 34:11; Lam. 2:8; Amós 7:7 y sig.), sino para conservarlos trazando una línea de demarcación entre ellos y el atrio exterior abandonado a las naciones (v. 2). *El templo* es *el santuario* propiamente dicho, la casa que contenía el lugar santo y el santísimo, y *el altar* mencionado al lado del templo debe ser el de los holocaustos (comp. 8:3, 4, nota) y no el del incienso. *Los que allí adoran,* gr. *en él*: este pronombre designa el templo, según unos; se aplica al altar, según otros: se trataría de los que están orando en el atrio en derredor del altar. Este atrio es el interno (1ª Reyes 6:36; comp. Jer. 36:10), designado en 2ª Crón. 4:9 como el atrio de los sacerdotes. Comp. Josefo, *Antig.,* XIII, 13,5. Los que el vidente se representa en oración pueden ser fieles de toda condición, pues, en el nuevo pacto, todos son sacerdotes (1:6; 1ª Pedro 2:9). Forman el pueblo de Dios, el Israel verdadero; y, a este título, serán preservados cuando se cumplan los acontecimientos anunciados en el v. 2. El *santuario* sólo es mencionado porque les sirve de lugar de reunión en la visión, o porque ellos mismos constituyen el verdadero templo de Dios (1ª Pedro 2:4,5; 1ª Cor. 3:10-17). El autor no puede querer decir que el templo de Jerusalén no sería destruido, puesto que Jesús claramente había predicho lo contrario (Mar. 13:2.) El sentido de la profecía es que la Iglesia judeo-cristiana, la asamblea de los siervos de Dios que se encuentren en Jerusalén en el momento de su destrucción, serán salvados; que este Israel según el espíritu subsistirá, cuando empezaren los "tiempos de los gentiles" y cuando el pueblo judío cesare de existir como nación independiente.

3 ciudad cuarenta y dos meses [4]. Y daré a mis dos testigos que pro- 4 feticen [5] mil doscientos sesenta días vestidos de sacos [6]. Estos son

4. *El atrio que está fuera del templo* es el externo, que circundaba al interno. Representa la Jerusalén terrestre, con el templo material, el Israel según la carne, que tiene la apariencia del pueblo de Dios, más no lo es en realidad. *Déjalo afuera,* gr. *échalo fuera,* significa el repudio que destina a la destrucción (Mat. 8:12; Juan 6:37). *Es dado a los gentiles y éstos hollarán la santa ciudad.* Son los mismos términos en que Jesús anuncia la toma de Jerusalén por los romanos y caracteriza la condición de esa ciudad durante el período que él llama "los tiempos de los gentiles" (Luc. 21:24). Esta coincidencia nos obliga a ver en la presente visión la predicción del mismo hecho. Fija la fecha de ésta antes del 70. Los gentiles hollarán la santa ciudad *durante cuarenta y dos meses.* Es el equivalente de los mil doscientos sesenta días que durará la misión de los dos testigos (v. 3). Y estos dos números que igualan a tres años y medio, corresponden a la expresión de Daniel (7:25; 12:7): "un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo", que Juan mismo emplea en 12:14. La misma duración es asignada a la permanencia de la mujer en el desierto (12:6) y a la guerra que la bestia hace al pueblo de Dios (13:5). Algunos toman estos tres años y medio al pie de la letra; unos los colocan en el pasado, en tiempos del autor, que habría esperado el fin del mundo poco después de la ruina de Jerusalén; otros los colocan en los últimos tiempos, aplicándolos al reinado del Anticristo. Mas esos números son simbólicos: tres y medio es la mitad de siete. Abarcan el período llamado por Jesús "los tiempos de los gentiles" y que se extiende de la ruina de Jerusalén hasta su regreso en la gloria. Es para la Iglesia el tiempo del testimonio y de la prueba (v. 3 y sig.) Se puede preguntar empero si en el pensamiento de Juan los cuarenta y dos meses y los mil doscientos sesenta días son dos períodos sucesivos, y si por consiguiente, los tiempos de los gentiles forman siete años proféticos; o si esos dos números designan el mismo período, lo que daría una duración de tres años y medio a esos tiempos de las naciones.

5. Gr. *Y daré a mis dos testigos, y profetizarán.* Se puede suplir como objeto del verbo: *daré,* la *misión* o el *poder. Profetizar* no es solamente anunciar los acontecimientos futuros o los juicios de Dios, sino predicar el arrepentimiento, la conversión, anunciar la voluntad o la misericordia divinas. El que habla aquí es Cristo; en cuanto a los dos *testigos,* véase v. 6, nota.

6. Símbolo de dolor, de arrepentimiento, de renunciamiento a todos los goces del mundo. Los antiguos profetas llevaban a menudo *saco* o un vestido de pelos de camello (Isa. 20: 2; 2ª Reyes 1:8; Zac. 13:4; Mat. 3: 4.) Todo testigo del Señor Jesús debe predicar con su vida, como con

los dos olivos y los dos candeleros que están de pie en presencia 5 del Señor de la tierra [7]. Y si alguien quiere dañarlos, fuego sale de su boca y devora a sus enemigos; y si alguien quisiere dañar- 6 los, así es necesario que sea muerto [8]. Estos tienen el poder de cerrar el cielo, para que lluvia no moje durante los días de su profecía; y poder tienen sobre las aguas para volverlas en sangre y herir la tierra con toda clase de plagas cuantas veces quisie- 7 ren [9]. Y cuando hubieren cumplido su testimonio, la bestia que sube del abismo hará con ellos guerra, y los vencerá, y los mata- 8 rá [10]. Y el cadáver de ellos yace sobre la plaza de la grande ciudad, la cual es llamada espiritualmente Sodoma y Egipto, donde 9 también el Señor de ellos fué crucificado [11]. Y de los pueblos y

sus discursos, so pena de anular él mismo su testimonio.

7. Alusión a Zac. 4:3, 14, donde dos *olivos* colocados a diestra y siniestra del candelero de siete lámparas, simbolizan a Zorobabel y a Josuá, que *están de pie en presencia del Señor.* Al designar también los testigos como *candeleros,* nuestro autor modifica la figura primitiva. (Comp. 1:20.)

8. Alusión a 2ª Reyes 1:10. Todo el que ataca a los testigos del Señor y se obstina en querer ahogar su testimonio, atrae sobre sí mismo inevitable castigo.

9. La primera parte de este versículo designa claramente a Elías (1ª Reyes 17:1; Jac. 5:17), la segunda a Moisés (Ex. 7:19); el uno representante de la ley, el otro de la profecía. Uno y otro habían sido ya vistos por Juan, con los mismos caracteres sobre el santo monte, testigos de la glorificación de Cristo, y sin embargo conversando con él de sus padecimientos (Luc. 9.30.) Podía pues esperar verlos reaparecer como precursores del regreso glorioso de Cristo. (Comp. Juan 1:21; Mar. 6:15; Mat. 17:10 y sig) Mas, como no los designa por sus nombres, atribuye más bien los hechos referidos en estos versículos a dos profetas semejantes a esos dos ilustres representantes del antiguo pacto. Tiene en vista, sí, dos personajes concretos, pues lo que dice (v. 7-10) de su muerte y de la exposición de sus cadáveres en Jerusalén, "la ciudad donde su Señor también fué crucificado" (v. 8), no podría entenderse alegóricamente. No se puede ver, por consiguiente, en estos dos testigos los representantes simbólicos de la predicación cristiana, que proclamará hasta el fin la ley y la gracia, y que se hará oir cada vez de nuevo, aún cuando la potencia hostil del mundo haya, por un tiempo, ahogado su voz.

10. Serán muertos *cuando hayan acabado su testimonio,* es decir al fin de los mil doscientos sesenta días proféticos (v. 3; comp. Dan. 7:22.) *La bestia que sube del abismo* los matará. Esta aparición enigmática será caracterizada con más precisión en los cap. 13 y 17. Desde ahora los lectores del Apocalipsis, que conocían a Daniel (cap. 7), sabían que se trataba de una de las potencias del mundo hostil a los "santos" y considerando lo que se dice, en el v. 2, de los paganos que "hollarán la santa ciudad", podían adivinar qué potencia sería ésa.

11. Permanecer sin sepultura era considerado, entre los judíos y entre otros pueblos, como el colmo de la ig-

tribus y lenguas y naciones miran sus cadáveres durante tres días y medio [12]; y no dejan que sus cadáveres sean puestos en 10 un sepulcro. Y los que moran sobre la tierra se gozan sobre ellos y se regocijan, y se enviarán presentes uno a otro, porque estos dos profetas atormentaron a los que moran sobre la tierra [13]. 11 Y después de los tres días y medio, espíritu de vida de parte de Dios entró en ellos, y se pusieron sobre sus pies [14], y temor gran- 12 de sobrecogió a los que los contemplaban. Y oyeron una grande voz del cielo diciéndoles: ¡Subid aquí! y subieron al cielo en la 13 nube, y los contemplaron sus enemigos [15]. Y en aquella hora hu-

nominia (1ª Sam. 17:44; Sal. 79:2 y sig.; Jer. 7:33.) *La grande ciudad* es el epíteto ordinario de Babilonia (14:8; 16:19; 17:15, 18; 18:2, 10, etc.); se aplica aquí a Jerusalén, porque ésta ha sido "dada a las naciones, que la huellan" (v. 2) y sus habitantes judíos, por su incredulidad, se han asimilado a los paganos. Por esto también *es llamada Sodoma y Egipto en sentido espiritual* (gr. *espiritualmente*), es decir de una manera conforme al *espíritu* de la profecía, que debe ser entendida simbólicamente. Otros dan a este adverbio el sentido: de conformidad al *espíritu* que anima a la gran ciudad. Los antiguos profetas llamaban a Jerusalén *Sodoma* (Isa. 1:9, 10; Ezeq. 16:46-49; Jer. 23:14). El nombre de *Egipto* simboliza la oposición más absoluta a Dios y a su reinado. Por último la proposición *donde su Señor* (*Sin.*: *el* Señor) *también fué crucificado* designa de una manera indubitable a Jerusalén, pues menciona el hecho histórico de la crucifixión de Jesús (verbo en aoristo); establece además un paralelo entre este hecho y la muerte de los dos testigos: ellos han sido tratados como su Señor; es lo implicado por la palabra: *también.*

12. Gr. *De entre los pueblos, etc.,* es decir representantes de todas las naciones, de los judíos y de los paganos; no hay que forzar el sentido de estos términos; no se podría invocarlos en favor de la interpretación alegórica de todo el pasaje (v. 6, nota). *Tres días y medio* es una duración limitada y muy corta. (Comp. los "tres años y medio", v. 2, nota; Dan. 7:25). Se ha visto en ella, sin razón, una alusión al tiempo que Jesús pasó en el sepulcro.

13. *Gozo* impío, que se manifestará del mismo modo que el gozo de los judíos fieles en Neh. 8:10, 12; Est. 9:22. ¿Son *los moradores de la tierra* idénticos a aquellos de *entre los pueblos,* etc., del v. 9? Es dudoso, pues pueden regocijarse de la muerte de los dos testigos hin haberla visto cumplirse ante sus ojos, al saber la noticia. Esta expresión *los habitantes de la tierra* no abarca la humanidad entera; hace resaltar más bien el carácter moral de aquellos a quienes se aplica. (Comp. 6:10.)

14. Comp. Gén. 2:7; 6:17; Ezeq. 37:10.

15. *Oyeron* es la lección de *Sin., A, C,* adoptada por todos los críticos modernos. La lección: *Oí,* ya indicada por un corrector de *Sin.,* reproduce una expresión que aparece a menudo en el Apocalipsis (12:10.) La ascensión de los dos testigos", que sigue a su resurrección, recuerda hasta en sus detalles (en *la nube,* Act. 1:9) la ascensión de Jesús. Es conforme al término que el Antiguo Testamento (2ª Reyes 2:11) atribuye a la vida de Elías. Probablemente en

bo un grande terremoto, y la décima parte de la ciudad cayó, y fueron muertas personas en el terremoto, siete millares de hombres; y los demás se espantaron y dieron gloria al Dios del cie-
14 lo [16]. El segundo ¡Ay! ha pasado; he aquí el tercer ¡Ay! viene presto [17].

IV. La lucha final empeñada

(Cap. 11:15 a 14:20)

1. *Séptima trompeta. Los cánticos en el cielo*

(Cap. 11:15-19)

15-19. El triunfo del reinado de Dios y del Cristo, celebrado por cánticos celestiales. El templo abierto. — 1º *Gloria al soberano Juez.* Cuando la séptima trompeta resuena, voces proclaman que el dominio del mundo pertenece por la eternidad a Dios y a su Cristo. Los ancianos adoran a Dios, dándole gracias por haber entrado en su reinado y porque va a juzgar a los muertos, recompensar a los santos y destruir a los malos (15-18). — 2º *Apertura del templo.* El arca se hace visible; truenos, un terremoto, fuerte granizo se producen (19).

15 Y el séptimo ángel tocó la trompeta; y hubo grandes voces en el cielo, diciendo: El reino del mundo ha llegado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por las edades de las
16 edades [18]. Y los veinticuatro ancianos, que en presencia de Dios

este detalle del cuadro apocalíptico se basan los Padres de la Iglesia cuando designan casi unánimemente a Henoc, en lugar de Moisés, como el segundo de los dos testigos. (Comp. Gén. 5:24.)

16. El *terremoto* (comp. 6:12; Mat. 27:51), que destruye la décima parte de la ciudad y mata siete mil hombres, es un castigo atenuado, si se compara con el que hiere al mundo pagano (9:15); pero, mientras que los paganos no se convirtieron (9:20), los habitantes de Jerusalén "dieron gloria al Dios del cielo" (Jer. 13:16; Neh 1:4; Dan. 2:18). Su conversión, término al cual tiende toda la escena, cumple la esperanza cara al corazón de los israelitas tornados en discípulos de Jesucristo y afligidos de la incredulidad y del endurecimiento fue mostraban sus conciudadanos (Rom. 9:1 y sig.) Un "resto" del pueblo de Dios, purificado por la prueba, se convertirá al fin de los tiempos, cumpliendo así la antigua profecía (Isa. 10:22; Rom. 9: 27 y sig.).

17. Este *tercer ¡ay!* será la séptima trompeta (v. 15 y sig.), como el primer ¡ay! era la quinta y *el segundo* la sexta (8:13; 9:12.)

18. Así como los acontecimientos anunciados por las siete trompetas formaban el contenido del séptimo sello (8:1, nota), del mismo modo los hechos anunciados por la séptima trompeta son todos los que constituyen los comienzos de la lucha suprema. Esta lucha concluirá en "el

están sentados sobre sus tronos, cayeron sobre sus rostros y ado-
17 raron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor, Dios, el Todopoderoso, El que es y el que era, porque has tomado tu grande
18 potencia y has entrado en tu reino [19]. Y las naciones se han airado; y ha venido tu ira, y el tiempo de los muertos para ser juzgados; y para dar la recompensa a tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen tu nombre, los pequeños y los gran-
18 des; y para destruir a los qe destruyen la tierra [20]. Y fué abierto el santuario de Dios que está en el cielo, y apareció en su san-

cumplimiento del misteric de Dios". Ahora bien: el ángel había declarado que la séptima trompeta daría la señal de él (10:7). Por estas razones, empezamos aquí, y no en el v. 19, la sección en que esta lucha es descripta. Los cantos celestiales (v. 15-18) no son todo el contenido de la séptima trompeta. Sirven de introducción al relato de la lucha, cuyo término victorioso celebran anticipadamente. El texto recibido tiene: "Los reinos del mundo". Hay que leer *el reino*, el dominio *del mundo* entero *es entregado* (gr. *"llegado a ser"*) *a Dios y a su Cristo*, su Ungido (Act. 4:26). Es el cumplimiento de todas las profecías, y en particular del Sal. 2, donde Dios había prometido a su Ungido "por heredad las naciones y por posesión los extremos de la tierra" (v. 17).

19. La Iglesia redimida, salvada, triunfante en su jefe, *da gracias a Dios* por boca de sus representantes, los *veinticuatro ancianos* (4:4 nota). Estos mismos ancianos habían ofrecido a Dios las oraciones de los santos para obtener la liberación y el triunfo de su reinado (5:8). A ellos toca ahora unirse al coro del ejército celeste para bendecir a *Aquel que es y que era.* El texto recibido (*minúsc.*) añade erróneamente: *y que viene;* no *viene* más, *ha venido* puesto que ha *entrado en su reinado.* En la visión inicial (4:11) los fieles decían a Dios: "Tú eres digno de recibir la gloria...". Ahora *dan gracias* al Señor de que *ha tomado* en mano *su grande potencia* y de que ha *entrado en su reino.*

20. Estas últimas palabras (v. 15-18 expresan de una manera tan formal, tan manifiesta, el juicio final del mundo y la recompensa eterna del pueblo de Dios, que es inútil refutar las otras interpretaciones que se han podido dar. Sólo que este último cántico de triunfo es anticipado; las luchas que precederán al gran día van a ser relatadas en los capítulos siguientes (12-19) y solamente en el cap. 20:11 y sig. encontraremos la descripción del juicio mismo. Hay en las primeras palabras del v. 18 una nueva alusión al Sal. 2; pero, a la *ira de las naciones* se opone la *ira de Dios,* que encuentra su expresión verdadera, necesaria, reparadora, en el juicio de los que se han endurecido a pesar de su gracia, y en la liberación de su pueblo. *Dios* dará su *recompensa* a sus *siervos los profetas,* que forman en el Apocalipsis una categoría aparte, y *a los santos,* es decir a todos los fieles. Las últimas palabras: *y los que temen su nombre* designan, según unos, todos los miembros de la Iglesia, sin distinción. Según otros, representan una tercera categoría: ora los prosélitos, mientras que *los santos* serían los cristianos de origen judío; ora los simples miembros de la Iglesia, de los que serían distinguidos, bajo el nombre de *santos,* los ascetas y los mártires. *Y* falta en algunos

tuario el arca de su pacto; y hubo relámpagos y ruidos y truenos, y un terremoto, y grande granizo [21].

2. *La mujer y el dragón*

(Cap. 12)

A. 1-12. EL HIJO DE LA MUJER ARRANCADO AL DRAGÓN, QUIEN ES VENCIDO CON SUS ÁNGELES. — 1º *La señal de la mujer.* Aparece en el cielo una mujer rodeada del sol. Sufre los dolores del parto. (1, 2). — 2º *La señal del dragón.* Un gran dragón rojo aparece en el cielo; su cola arrastra el tercio de las estrellas. Acecha, para devorarlo, al niño que la mujer ha de dar a luz (3, 4). — 3º *Nacimiento del niño, fuga de la mujer.* Da a luz un varón que tendrá los atributos del Mesías; ese niño es arrebatado para Dios. La mujer huye al desierto, donde Dios le prepara un retiro durante mil doscientos sesenta días (5, 6). — 4º *Combate en el cielo.* Miguel y sus ángeles vencen al dragón y los suyos, que son precipitados sobre la tierra (7-9). — 5º *Cántico de victoria en el cielo.* Una voz proclama el reinado de Dios y la derrota del acusador de los elegidos. Ellos mismos lo han vencido por su fe en el Redentor, y su fidelidad hasta la muerte. Los cielos son invitados a regocijarse; ¡mas ay de la tierra, adonde Satanás ha ido a hacer sus estragos! (10-12).

XII Y una grande señal apareció en el cielo [1]: una mujer revestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una

documentos que tienen: *a los santos que temen su nombre.* La expresión: *los que destruyen la tierra* se aplica a los habitantes de Babilonia y caracteriza su influencia corruptora. (Comp. 19:2).

21. Varios intérpretes conectan el v. 19 al cap. 12, estimando que los fenómenos descritos introducen la visión siguiente. Sin embargo se puede considerarlo también como una conclusión de la escena que acaba de ser descrita: al cántico de alabanzas que resuena en el cielo (v. 17, 18) Dios responde abriendo *el templo; el arca de su pacto* aparece; y las señales de su gloria y de su potencia estallan. Esas mismas señales habían aparecido en la visión inicial del trono (4:5); se manifiestan una vez más en esta escena celeste destinada a inaugurar una nueva serie de visiones. Sea lo que fuere, el sentido de estos símbolos es claro: *el santuario abierto* significa que el santo de los santos es accesible y que Dios va a obrar con potencia; el *arca del pacto,* vuelta a ser *visible,* anuncia el reinado del Mesías (2, Mac. 2:1-8) y el cumplimiento de las promesas del pacto; los *relámpagos,* los *truenos,* el *terremoto* son as señales precursoras del juicio final.

1. El *cielo* acababa de reabrirse a los ojos de Juan con su templo (11: 19), y *en el cielo* se desarrolla la visión siguiente. El autor realza especialmente el car.cter simbólico de la aparición que va a describir llamándola una gran *señal,* vocablo que sólo se encuentra, en esta acepción, en el v. 3 y 15:1. Comp. 9:16, 17.

2 corona de doce estrellas [2]; y que está encinta, y clama sufriendo 3 dolores de parto y siendo atormentada por parir [3]. Y apareció otra señal en el cielo: y he aquí un grande dragón rojo [4], teniendo siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diade- 4 mas [5]. Y su cola arrastra el tercio de las estrellas del cielo, y las echó a la tierra [6]. Y el dragón se puso delante de la mujer que estaba a punto de parir, para que, cuando hubiere parido, devo- 5 rara su hijo. Y parió un hijo, un varón, quien debe regir todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fué arrebatado hacia 6 Dios y hacia su trono [7]. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene

2. Probablemente hay que representar *la mujer* como apareciendo en el *sol,* que le hace así una gigantesca aureola. La idea es que *la mujer* (véase en la nota del v. 5 lo que ella figura) resplandece con toda la luz celestial representada por los astros que iluminan el día y la noche (Gén. 1:16). En cuanto a la expresión: *rodeada* del sol, comp. Sal. 104: 2, y en cuanto a la *corona de doce estrellas.* Véase v. 5, nota

3. Los *dolores de parto* son una figura empleada por los profetas para designar los padecimientos a que Israel es sometido (Isa. 26:17) o la aprensión del castigo con que es amenazado (Miq. 4:9.) En Isa. 56:7, 8 esta figura es aplicada a la aparición del Mesías. Comp. Mat. 24:8; Act. 2:24, notas.

4. *Rojo,* gr. color *de fuego.* Es también el color de la sangre (6:4); designa al dragón como el destructor, el homicida (Juan 8:44), el que suscita contra la Iglesia sangrientas persecuciones. El ser representado por el *dragón* es nombrado en el v. 9: es *Satanás.*

5. En el cap. 13:1, el vidente describe "la bestia que sube de la mar" y le atribuye como al dragón, *siete cabezas* y *diez cuernos.* Estas *cabezas* y estos *cuernos,* según la explicación dada en el cap. 17 (v. 10, 12) figuran los emperadores romanos y reyes aliados del Anticristo, y la bestia misma el imperio romano. Si ya en nuestro capítulo, donde no se trata de Roma, el dragón, que representa a Satanás, aparece con *siete cabezas* y *diez cuernos,* es para señalar que es "el príncipe de este mundo" (Juan 12:31), cuya potencia se identifica, a los ojos de Juan, con el poder de Roma. Los *diez cuernos* recuerdan la cuarta bestia de Daniel 7:7, mas los otros rasgos no se encuentran en Daniel, y las dos visiones tienen significados muy diferentes.

6. Esta figura de la *cola* del dragón que *arrastra el tercio de las estrellas* es inspirada, probablemente, por la constelación del dragón. En cuanto a la caída de las estrellas, es, en Dan. 8:10, obra del cuerno pequeño. Es imposible establecer el sentido de ella, con cierta exactitud. Unos ven la defección de ángeles arrastrados por Satanás en su rebelión; otros, la idea de que Satanás causa desórdenes en el reino de Dios; otros aun, que se sirve, para el cumplimiento de su obra sobre la tierra, de las fuerzas del mundo invisible.

7. Las palabras: *que debe regir las naciones con cetro de hierro,* tomadas del Sal. 2:9 (comp. Apoc. 2:26, 27), designan claramente a ese *hijo* como al Mesías. Es llamado, además, un *varón* (Comp. Jer. 20:15). Esta calidad le hacía particularmente apto para desempeñar el papel de pastor

un lugar preparado de Dios, para que allí la alimenten mil doscientos sesenta días [8]. 7 Y hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles para guerrear contra el dragón; y el dragón guerreó, y sus ángeles, 8 y no prevalecieron, ni fué hallado más un lugar de ellos en el cielo. 9 Y fué arrojado, el dragón grande, la serpiente antigua, el que es llamado Diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fué arrojado a la tierra, y sus ángeles con él fueron arrojados [9]. 10 Y oí una grande voz en el cielo, diciendo: Ahora ha llegado la salvación, y la potencia y el reino del Dios nuestro

de los pueblos. El *parto* es el nacimiento de Jesús en el pesebre de Belén, en otros términos la aparición del Cristo histórico. El detalle del dragón que acecha al niño, *a fin de devorarle*, puede haber sido sugerido por la tentativa de Herodes (Mat. 2), pero debe entenderse de todas las tentativas hechas por Satanás para destruir a Jesús y su obra. El niño *arrebatado hacia Dios y hacia su trono* representa a Jesús puesto, por su elevación a la diestra de Dios, fuera de todos los ataques del enemigo. Las otras explicaciones que se han propuesto de esta escena son arbitrarias y no permiten tener en cuenta los diversos rasgos del cuadro. Así las que hacen del parto del niño la entrada de Cristo en su gloria o su nacimiento es el corazón de los creyentes. Si el niño es el Cristo histórico, *la mujer*, su madre, no puede ser la virgen María, como lo entienden los católicos. No se explicaría que el dragón "vaya a hacer guerra al resto de sus hijos" (v. 17), ni que haya ella aparecido desde luego "rodeada del sol y teniendo una corona de doce estrellas sobre la cabeza". Es una figura simbólica, que debe ser interpretada según el lenguaje de los profetas hebreos. Estos representan las relaciones de Dios con su pueblo bajo la figura de la unión conyugal. *La mujer* es pues el Israel creyente, el verdadero pueblo de Dios bajo el antiguo pacto, que esperaba al Mesías, y le dió al mundo al reconocerle en la persona de Jesús de Nazaret. Formaba, cuando el Apocalipsis fué escrito, la Iglesia judeo-cristiana. Esta última es representada especialmente por la mujer en el v. 6 y en v. 13 y sig. Las *doce* estrellas que le forman una corona (v. 1) son quizás una alusión a las doce tribus (7:4 y sig.).

8. Este versículo refiere brevemente el hecho que será contado con mayores detalles en los v. 13 y sig. La fuga de la mujer será el cumplimiento de la orden dada por Jesús en Mat. 24:15 y sig. El *desierto* es para la mujer un lugar de retiro; su residencia allí dura *mil doscientos sesenta días*, el tiempo de los gentiles (11:2, nota.) Durante todo ese tiempo la Iglesia judeo-cristiana permanece oculta. *La alimentan*, forma impersonal, que se encuentra en Juan 15:6. Dios tiene cuidado de su subsistencia. Quizás piensa el autor en algún alimento celeste, traído por ángeles (Sal. 78:24; Mar. 1:13.)

9. Por su vida santa, por su muerte, por su resurrección, por toda la obra que cumplió para la redención de los hombres, Jesucristo venció a Satanás y su imperio (Juan 12:31; Hebr. 2:14; 1ª Juan 3:8; Apoc 3:21; 5:5). Esta victoria ha sido confirmada por su regreso triunfante al lado de Dios (v. 5.) Sus consecuencias son expuestas en la escena simbólica de los v. 7-12. La *batalla* contra Satanás es dirigida por *Miguel*, el arcángel cuyo nombre significa: "¡Quién es como Dios!" Miguel aparece, en Daniel (10:13, 21; 12:1; comp. Judas 9), como el campeón del pueblo de Dios. Para realzar la importancia de la derrota del Adversario, el autor enumera todos sus títulos (v. 9; comp. 20:2). Le nombra *la serpiente antigua* por alusión a Gén. 3:1 y sig. También recuerdan la caída las palabras: *el que engaña al mundo entero*, al mismo tiempo que caracterizan la acción constante y universal del Enemigo de Dios. Este es también llamado *diablo*, es decir, calumniador (comp. v. 10, nota), y *Satanás*, que significa "adversario".

10. Este cántico de victoria, que resuena *en el cielo*, entonado probablemente por los ángeles, celebra los resultados conseguidos por la obra de Cristo. Los v. 10 y 11 explican así la escena simbólica de los v. 7-9. Satanás es despojado de su poder de *acusador* de los hombres. Este papel se le atribuye en muchos pasajes (Job 1:12 y sig.; Zac. 3:1, 2; Luc. 22:31; Juan 14:30). El pecado le daba presa sobre el hombre, suministrándole ocasiones de acusarle justamente; mas la redención le ha arrebatado ese derecho y día vendrá en que su imperio sobre el pueblo de Dios cesará completamente (20:10).

11. La conciencia de los pecadores confirmaba las acusaciones de Satanás; las faltas cometidas, que se levantaban en testimonio contra ellos, suministraban al Enemigo el medio de tenerlos bajo su dominio (Hebr. 2:14, 15.) ¿Cómo lo han *vencido?* por la *sangre del Cordero*. Esta sangre, que "purifica de todo pecado" (1ª Juan 1:7), los ha reconciliado con Dios; y, de esclavos de Satanás, ha hecho de ellos hijos de Dios (1:6; 5:9; 7:14.) Ellos han profesado fielmente su fe en Aquel que los salvó; así *la palabra de su testimonio* (6:9) ha sido, con la sangre del Cordero, la *causa* de su victoria. Ellos han dado este testimonio exponiendo su vida. Gr. *No han amado su vida hasta la muerte;* no han preferido la vida a la muerte, cuando se trataba de sacrificarla por el nombre del Salvador. Han practicado los preceptos de Jesús (Mat. 10:28, 39; 16:25; Juan 12:25.)

12. El texto recibido (*minúsc.*) tiene: ¡Ay de *los que habitan* la tierra y la mar! *Por tanto*, porque Satanás ha sido vencido, los *cielos* y *los que en él habitan*, los ángeles o los santos glorificados, son invitados a *regocijarse* (Sal. 96:11; Apoc. 18:20.) Mas los que habitan *la tierra y la mar* (las islas) tienen que temblar aún, pues el diablo, irritado de su derrota, no teniendo ya poder sobre sus almas, va a encarnizarse contra sus cuerpos, con las persecuciones que suscitará, y esto con un *furor* tanto más *grande* cuanto *sabe que tiene poco tiempo* hasta el momento en que será atado (20:2), luego echado al lago de fuego y azufre (20:10).

y la autoridad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante del Dios nuestro [10]. 11 Y ellos lo han vencido por causa de la sangre del Cordero y por causa de la palabra del testimonio de ellos, y han desdeñado su vida hasta la muerte [11]. 12 Por esto ¡regocijaos, oh cielos y los que en ellos habitáis! ¡Ay de la tierra y de la mar! porque ha descendido el diablo hacia vosotros, teniendo grande furor, sabiendo que tiene poco tiempo [12].

B. 13-18. EL DRAGÓN PERSIGUE A LA MUJER Y A SUS DEMÁS HIJOS. — 1º *La fuga de la mujer.* El dragón, precipitado a tierra, persigue a la mujer, pero ésta recibe las dos alas de la grande águila para lograr su retiro en el desierto. El dragón lanza de su boca, para alcanzar a la mujer, un río de agua, pero la tierra viene en socorro de la mujer y absorbe el río (13-16). — 2º *La guerra a los hijos de la mujer.* Muy irritado contra la mujer, el dragón ataca al resto de sus hijos, a los que obedecen a Dios y son fieles en la fe en Cristo Jesús. Va a colocarse al borde de la mar (17, 18).

13 Y cuando vió el dragón que había sido arrojado a la tierra, 14 persiguió a la mujer que había parido al varón [13]. Y fueron dadas a la mujer las dos alas de la grande águila, para que volara de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es allí 15 alimentada un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo [14]. Y echó de su boca la serpiente, tras la mujer, agua como un río, 16 para hacer que fuese arrollada por la corriente. Y socorrió la tierra a la mujer, y abrió la tierra su boca y absorbió el río que 17 el dragón había echado de su boca [15]. Y airose el dragón contra la mujer, y se fué a hacer guerra contra los demás de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y retienen el 18 testimonio de Jesús [16]. Y se puso sobre la arena de la mar [17].

13. El demonio, no pudiendo nada contra *el hijo,* contra el Salvador, puesto para siempre fuera de su alcance, persigue a *la mujer que le había parido,* al Israel creyente tornado en la Iglesia judeo-cristiana (v. 5, nota). Esta persecución precedió a la fuga mencionada, por anticipación, en el v. 6, y que va a ser contada en el v. 14.

14. En estas *alas dadas,* por Dios, a la mujer, hay que ver simplemente un medio de fuga, de protección divina, que es caracterizado conforme a Ex. 19:4; Deut. 32:11 y siguientes. La duración de la residencia de la mujer en el desierto es indicada en los mismos términos de Dan. 7:25; 12:7. *Un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo* quiere decir tres años y medio, que equivalen a los mil doscientos sesenta días del v. 6 y a los cuarenta y dos meses de (11:2. (Véase la nota en este último pasaje.)

15. Este rasgo habría sido inspirado por el recuerdo del mar Rojo, que amenazaba sorber a los israeli tas o entregarlos a sus enemigos, impidiéndoles refugiarse en el desierto (Ex. 14). Mas ese hecho sólo ofrece vaga semejanza con la escena descrita en los v. 15 y 16. Esta debe más bien su origen a la figura con que son descritas en los salmos las calamidades que alcanzan a los fieles (18:5; 17; 32:6; 42:8; 124:4). En cuanto al acontecimiento prefigurado, es imposible determinarlo con alguna certidumbre.

16. Habiendo escapado la Iglesia judeo-cristiana a sus persecuciones, Satanás se va para *hacer la guerra al resto de sus hijos.* El autor no puede haber tenido en vista sino a las iglesias del mundo pagano, hijas, en su mayor parte, de la madre Iglesia de Judea, de donde habían salido los apóstoles que las fundaron. Los cristianos de entre los gentiles, designados como los *que guardan los mandamientos de Dios* (14:12) *y que tienen* o *retienen el testimonio de Jesús* (6:9), serán expuestos entonces a grandes persecuciones suscitadas por Satanás.

17. *Se paró* es la lección de *Sin., A, C,* vulgata, vers. siriacas, adoptada por la mayor parte de los editores modernos. El sujeto del verbo es el dragón, que toma *posición* sobre la ribera, para esperar la bestia que va a subir del mar y que será su aliada y su instrumento en la guerra que quiere hacer a los hijos de la mujer (v. 17). Tischendorf, Bousset prefieren la lección de *Q* y algunos otros documentos: *me paré.* Sería Juan quien, en la visión, se colocaría sobre el borde de la mar para asistir a la escena que va a describir. (Cap. 13).

3. *Las dos Bestias*

(Cap. 13)

A. 1-10. LA BESTIA QUE SUBE DEL MAR. — 1º *Aparición de la Bestia.* Juan ve subir de la mar una bestia con diez cuernos adornados de diademas y con siete cabezas que llevan cada una un nombre de blasfemia. Reúne los rasgos del leopardo a los del oso y del león. El dragón le da su poder (1,2). — 2º *La Bestia adorada por los hombres.* Una de sus cabezas, herida mortalmente, sana. La tierra entera, sobrecogida de admiración, sigue a la Bestia y adora al dragón celebrando la potencia de la Bestia (3,4). — 3º *La Bestia hace la guerra a Dios y a sus santos.* Habla con arrogancia; le es permitido actuar durante cuarenta y dos meses. Blasfema contra Dios y el cielo; le es dado vencer a los santos. Es adorada de todos los hombres que no son redimidos de Cristo (5-8). — 4º *Advertencia a los fieles.* Escuchar. Peligro de recurrir a las armas carnales. Mostrar la paciencia y la fe de los santos (9, 10).

XIII Y vi una bestia subiendo de la mar, teniendo diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre sus ca-2 bezas nombres de blasfemia [1]. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo y sus pies como de oso, y su boca como boca de

1. La *bestia* que *sube del mar* es en todo semejante al dragón. Esta semejanza es intencional; señala el íntimo parentesco de las dos apariciones. *La bestia* es una encarnación de Satanás y de su potencia. Representa al mundo opuesto a Dios y sometido al "príncipe de este mundo". Este poder hostil existía en tiempos de Juan, y en el horizonte histórico que abarcaba su mirada, bajo la forma del imperio romano. La bestia *sube del mar*: para un oriental, un habitante de Palestina o de Asia Menor, los ejércitos y los gobernadores enviados por Roma iban por la grande mar que baña esas regiones. Otros, considerando que los cuatro animales de Daniel (cap. 7) salen igualmente del mar, ven en *el mar* la muchedumbre agitada de los pueblos; este sentido les parece indicado también por la interpretación que el autor da (17:15) de las "aguas sobre las cuales está sentada la ramera". El nombre: *la bestia,* realza el materialismo, la grosería, el carácter bestial de la potencia designada: "todo lo humano le es extraño". Los diversos atributos de la bes-

león[2]. Y dióle el dragón su potencia y su trono y grande autori-
3 dad[3]. Y una de sus cabezas vi como herida de muerte, y la mortal herida de la bestia fué sanada[4]; y admiróse la tierra entera
4 en pos de la bestia. Y adoraron al dragón, porque había dado el poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién es se-

tia son suministrados por la visión de las cuatro bestias en el cap. 7 de Daniel. Los *diez cuernos* son los de la cuarta bestia de Daniel. Aparecen antes que las cabezas; porque la bestia sale de la mar y sus cuernos son visibles los primeros. El texto recibido pone las *siete cabezas* antes de los *diez cuernos*. Es una corrección destinada a poner nuestro texto en conformidad con el de 12:3. Los *diez cuernos* están coronados de *diez diademas*: el sentido de este símbolo será explicado en el cap. 17:12, nota. Aquí figuran, como en Daniel, la fuerza de la bestia, fuerza que se manifiesta en un poder real. Las *siete cabezas* son en nuestro capítulo un enigma que será aclarado en el cap. 17:10. El número *siete* puede haber resultado de la adición de las cabezas de las cuatro bestias de Daniel (7:3-7). Puede significar también, según el simbolismo del Apocalipsis, que la bestia aspira a tomar el lugar de Dios, a quien pertenece el número *siete*, señal de la perfección. En la descripción del dragón (12:3), las cabezas estaban adornadas de diademas; aquí éstas se encuentran sobre los diez cuernos de la bestia, y sus siete *cabezas* tienen cada una *un nombre de blasfemia*. El plural *nombres* (*Sin., A, Q*) nada cambia a la figura: sobre cada cabeza un nombre. Este *nombre de blasfemia escrito sobre la cabeza* (comp. 3:12) sería una alusión al título de *divino* que se daba al emperador, después de su muerte, y al culto que se le rendía ya durante su vida. La negativa de quemar incienso sobre los altares erigidos en su honor fué a menudo para los cristianos ocasión de sangrientas persecuciones.

2. Esta descripción de la bestia combina los rasgos de las tres primeras bestias de Daniel, la primera de las cuales se asemejaba a un *león*, la segunda a un *oso*, la tercera a un *leopardo*. Estos rasgos, agregados a los *diez cuernos*, signo característico de la cuarta bestia de Daniel, indican que la bestia del Apocalipsis, es decir el imperio romano que ella representa, reúne todos los caracteres de las monarquías representadas por las tres primeras bestias de Daniel.

3. El dragón *dió su potencia* a la bestia. Jesús había rehusado el imperio del mundo cuando Satanás se lo había ofrecido (Mat. 4:8-10). Roma, en su ambición de dominar a todas las naciones, ha hecho alianza con el príncipe de este mundo. De él tiene su poder. El dragón y la bestia representan los mismos intereses y reciben los mismos homenajes (v. 4).

4. Este detalle será explicado en el cap. 17, v. 11, donde se dice que las siete cabezas representan siete emperadores romanos. Se ve generalmente en la *cabeza herida de muerte* a Nerón, quien se mató el 9 de Junio del 68, y quien, según un rumor que circuló en el imperio y particularmente acreditado entre los judíos de oriente, no habría muerto en realidad, sino que se habría refugiado entre los partos, de donde debía volver un día para marchar contra Roma y reconquistar los homenajes *de toda la tierra*. Algunos intérpretes, que no pueden admitir que Juan haya creído esta absurda fábula, piensan sin embargo que alude a ella para reemplazarla por su profecía del advenimiento del Anticristo. Mientras los pueblos crédulos y supersticiosos esperaban el regreso de Nerón en persona, Juan enseñaría a los cristianos que un emperador debía levantarse, que sería como una reencarnación de Nerón, ese monstruo perseguidor que fué, para sus contemporáneos, un tipo de lo que será al fin de los tiempos el gran adversario, el Anticristo. Otros por último observan que, si *una de las siete cabezas está como herida de muerte*, la herida es infligida a la bestia misma. Las palabras: *su llaga mortal fué curada*, deben, según el griego, ser referidas a la bestia y no a la cabeza. Infieren que el hecho que excita la admiración de toda la tierra, no es la vuelta a la vida o al poder del emperador representado por la cabeza herida, sino la restauración del imperio romano mismo figurado por la bestia. Juan aludiría a la conmoción causada en el imperio por el suicidio de Nerón. Con él desaparecía el último emperador de la familia de Julio César. Durante un interregno de varios meses, Galba, Otón y Vitelio llevaron la púrpura. Se podía creer que el imperio romano iba a desplomarse. Grande fué la *admiración* de toda la tierra cuando se lo vió, bajo la firme y sabia dirección de Vespasiano, levantarse de nuevo en toda su fuerza. (Comp. v. 18, 2ª nota; 17:8 y sig., notas). La *cabeza herida de muerte* (gr. *como degollada a muerte*) que representa al Anticristo, recuerda al Cordero que aparece también (5:6) "como inmolado". (El mismo término en griego.) Comp. más adelante, v. 8.

5 mejante a la bestia, y quién puede guerrear contra ella[5]? Y fuele dada una boca que hablaba cosas arrogantes y blasfemias, y fuele
6 dado poder de actuar cuarenta y dos meses[6]. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre y su taber-
7 náculo, los que en el cielo habitan. Y fuele dado hacer guerra contra los santos, y vencerlos[7], y fuele dada autoridad sobre toda
8 tribu y pueblo y lengua y nación. Y le adorarán todos los que

5. Lo que provoca la *admiración* y la *adoración* de *toda la tierra*, es un poder espiritual (*el dragón*, Satanás) que se encarna en cierto modo en una potencia política (*la bestia*.) Tal asociación ha sido en todo tiempo admirada de los hombres, y con demasiada frecuencia ambicionada por la Iglesia misma. Los homenajes de los adoradores de la bestia se expresan en términos que recuerdan los del cántico de Moisés (Ex. 15:11).

6. *Le fué dado* por Dios y no por Satanás, como lo prueba el tiempo limitado asignado a su actividad. El rasgo: *una boca que pronunciaba palabras arrogantes*, es tomado de Dan. 7:8. En cuanto a los *cuarenta y dos meses*, comp. 11:2, nota. El texto más autorizado tiene: le fué *dado actuar*, gr. *hacer*. El texto recibido (*Q*) tiene: *hacer la guerra*. En lugar de: *actuar durante cuarenta y dos meses*, se puede traducir: *pasar* o *durar cuarenta y dos meses;* comp. Act. 20:3.

7. La descripción de los v. 6, 7 recuerda a Dan. 7:21, 25. El *tabernáculo* de Dios está en el cielo; no representa el templo de Jerusalén; este término es explicado por las palabras puestas en oposición: *los que habitan en el cielo*. En el texto recibido (*Q, versiones*), estas palabras son precedidas de la conjunción *y*, que las coordina simplemente al *nombre* y al *tabernáculo*. Los moradores del cielo son los ángeles o los fieles glorificados, distintos de *los santos* (v. 7), a los cuales la bestia

moran sobre la tierra, del que no está escrito su nombre desde la fundación del mundo en el libro de la vida del Cordero que ha sido inmolado[8]. 9 Si alguien tiene oído, escuche[9]. 10 Si alguien lleva en cautividad, en cautividad va; si alguien matare con espada, es necesario que con espada sea muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos[10].

B. 11-18. LA BESTIA QUE SUBE DE LA TIERRA. — 1º *La segunda bestia y sus relaciones con la primera.* Juan la ve subir de la tierra. Tiene dos cuernos, como un cordero; su lenguaje es el del dragón. Ejerce la autoridad de la primera bestia ante sus ojos (11, 12a). — 2º *Su acción sobre los hombres.* Induce a todos a adorar la primera bestia cuya herida mortal ha sido curada. Los engaña con los prodigios que obra; los persuade que hagan de la bestia una imagen, a la que hace hablar y ordena la muerte de todos los que no adoran esa imagen (12b-15). — 3º *La marca y el número de la bestia.* Induce a los hombres de toda condición a tomar una marca, sin la cual no podrán hacer ninguna transacción comercial. Esta marca es la cifra del nombre de la bestia. El que tiene inteligencia es invitado a calcularla. Es 666 (16-18).

11 Y vi otra bestia subiendo de la tierra[11], y tenía dos cuernos

tiene licencia para *hacer la guerra.* Esos *santos* son "el resto de los hijos de la mujer" (12:17). La *guerra,* y la *victoria* obtenida por la bestia, no es ni la matanza de los cristianos por Nerón en el año 64, ni la toma de Jerusalén por los romanos en el 70, sino una grande persecución que ejercerá el Anticristo venidero. (Comp. 11:7.)

8. Gr. *Todos los habitantes de la tierra, el nombre del cual...* Este pronombre relativo en singular (según *C*), cuando habría sido necesario el plural, señala el carácter individual de la exclusión: *cada uno* de aquellos cuyo nombre no había sido inscripto. *Desde la fundación del mundo* se refiere a *escrito en el libro,* según 17:8, más bien que a *inmolado* (1ª Pedro 1:20). El *libro de la vida* pertenece al *Cordero inmolado,* porque es el Cristo redentor que procura la salvación. Los que no le confiesan son adoradores de la bestia.

9. Comp. Mat. 13:9 y las exhortaciones a las siete iglesias (2:7, etc.)

10. El texto de la primera frase del versículo es bastante incierto. La mayor parte de los editores adoptan el texto de *A,* en el cual el verbo *lleva* es sobrentendido. Las palabras: *en cautividad,* después de *va,* faltan en *Sin., C, Q,* etc. Estas palabras anuncian la ruina cierta de los perseguidores, para dar ánimo a los perseguidos. (Comp. Isa. 33:1; Gén. 9: 6.) Al mismo tiempo, éstos últimos encuentran en ellas una seria advertencia de no emplear las mismas armas carnales (comp. Mat. 26:52); sus únicas armas legítimas son indicadas aquí: la *fe* y la *paciencia.* Estas están basadas en la certidumbre del triunfo de la justicia divina.

11. La primera bestia había subido de la mar (v. 1, nota). Esta sube *de la tierra,* lo que significa, según unos, que era originaria de oriente; de oriente, del continente asiático provenían los magos y los propagadores de religiones y de supersticiones que invadieron a Roma y al imperio en la época imperial. Según otros, *la tierra,* opuesta a *la mar,* figura de las muchedumbres agitadas, designa un estado de cosas más estable, tal cual lo presentaban los pueblos sujetos y disciplinados por Roma.

12 semejantes a un cordero, y hablaba como un dragón[12]. Y todo el poder de la primera bestia ejerce en su presencia[13]; y hace a la tierra y a los que moran en ella que adoren la primera bestia, 13 de la que fué sanada su mortal herida[14]. Y hace grandes señales, al punto de que aun fuego haga descender del cielo a la tierra 14 en presencia de los hombres[15]. Y engaña a los que moran sobre la tierra por causa de las señales que le fué dado hacer en presencia de la bestia, diciendo a los que moran sobre la tierra que hagan una imagen a la bestia quien tiene la herida de la espada 15 y ha revivido[16]. Y fuele dado infundir aliento a la imagen de la bestia, tanto para que hablara la imagen de la bestia, como para que hiciera que cuantos no adoraran la imagen de la bestia fue-16 ran muertos[17]. Y hace a todos, los pequeños y los grandes, y los ricos y los pobres, y los libres y los siervos, que les pongan una

12. Los *dos cuernos semejantes a los del cordero* no son un símbolo de fuerza ni representan dos potencias reunidas, sino significan solamente que la bestia tenía toda la apariencia externa de un cordero. Con este carácter hacía contraste el lenguaje de la bestia: *hablaba como un dragón,* como la serpiente (12:9; Gén. 3: 1, 13); profería palabras de astucia y de mentira, apropiadas para engañar a los hombres, para introducir en sus almas un veneno mortal. Este contraste recuerda la descripción que Jesús hacía de los falsos profetas (Mat. 7:15). Y, en efecto, la segunda bestia recibe más adelante en el Apocalipsis (16:13; 19:20; 20:10) el título de "falso profeta".

13. Según esta descripción de la función que desempeña, la segunda bestia representa la clase de los sacerdotes paganos, especialmente los adscriptos al culto de los emperadores. Con ayuda de magos y de falsos profetas de todo género (Act. 13: 6 y sig.), mantenían en el seno de las poblaciones una veneración supersticiosa de la potencia imperial.

14. Comp. v. 3, nota. Aquí nuevamente es la bestia misma, y no una de sus cabezas solamente la que ha sido *curada* de su herida mortal, y que llega a ser objeto de la *adoración* de los moradores de la tierra.

15. La bestia obra *señales* y milagros, como Jesús lo predijo de los falsos profetas y de los falsos mesías que anunciaba (Mat. 7:22; 24:11, 24; comp. 2ª Tes. 2:9, 10); imita los milagros de Elías (1ª Reyes 18:38; 2ª Reyes 1:10), y de los "dos testigos" (11:5.)

16. Comp. v. 3, nota y v. 12. Aquí no se trata solamente de una curación de la bestia, sino de una *vuelta a la vida.* La bestia que representa al imperio es más y más identificada con el emperador; lo indica en griego el empleo del pronombre relativo masculino conectado con la voz *bestia,* que es neutra.

17. Uno de los falsos milagros mencionados en el v. 13. La pena de muerte era infligida a los que rehusaban rendir culto a la efigie del emperador. Comp. Dan. 3:15.

17 marca sobre su mano derecha o sobre su frente [18]; y que nadie pueda comprar o vender sino el que tiene la marca, el nombre
18 de la bestia o el número de su nombre [19]. Aquí está la sabiduría: el que tiene entendimiento calcule el número de la bestia, porque número de hombre es [20]; y su número es seiscientos sesenta y seis [21].

18. Se marcaba con hierro al rojo a los esclavos culpables de faltas graves. Esta marca se imprimía ya *en la mano,* ya *en la frente.* Mas ella constituía una deshonra, mientras que la marca tomada por los adoradores de la bestia era una señal de devoción o de asociación. Imitaba pues probablemente los tatuajes con los cuales los paganos inscribían sobre sus cuerpos los nombres de su dios o alguna fórmula mágica. Entre los hebreos mismos, el profeta invita al fiel a "tomar en su mano la marca del Eterno" (Isa. 44:5). La *marca* de la bestia es lo opuesto de la marca puesta sobre la frente de los siervos de Dios (7:3).

19. *Comprar* y *vender* es el ejercicio de una libertad esencial; rehusar a un hombre esta libertad, es excluirle de la sociedad y hacerle imposible la vida. Este derecho elemental solo era concedido a los que tenían *la marca, el nombre de la bestia,* es decir la marca que consistía en el nombre de la bestia, o *el número de su nombre,* es decir su nombre escrito en cifra (v. 18, 2ª nota.)

20. Aquí es necesaria *la sabiduría* (igual giro en v. 10); mas también basta; no hay necesidad de una revelación *el que tiene inteligencia* puede *calcular el número de la bestia, pues es un número de hombre,* un número como los hombres emplean, que tiene su valor propio y no un alcance simbólico. Tal es, parece, la explicación más natural de esta expresión obscura: *número de hombre.* Comp. 21:17.) La advertencia así dada al lector no era superflua, pues podía estar tentado a dar a esa cifra extraña, 666 un valor puramente simbólico, como tienen muchos otros números en el Apocalipsis (los 144.000 redimidos, los 42 meses, etc.). Algunos intérpretes, aun hoy, hallan en estos tres 6 la indicación de un triple esfuerzo fracasado de alcanzar a 7, el número de la perfección. Esta cifra caracterizaría a la bestia en su vana tentativa de elevarse al lugar de Dios. Mas el autor nos dice que ese sentido simbólico no es el sentido que ha querido ocultar en el número misterioso. Este encierra el *nombre* de la bestia. Un arte practicado principalmente por los judíos, aficionados a las investigaciones de la cábala, se aplicaba a representar un nombre por un número igual a la suma de sus letras. Los hebreos ni los griegos no tenían cifras. Las letras de sus alfabetos ocupaban su lugar. Cada una representaba un número. Sumando las letras de un nombre según su valor numérico, se llegaba a un total que figuraba ese nombre. El enigma a descifrar consistía en descomponer la cifra de modo que se hallaran las letras del nombre. Si *un número de hombre* significa un número ordinario, que tiene su valor propio, el nombre encerrado en el enigma puede ser un nombre que designe al imperio figurado por la bestia, o una palabra destinada a caracterizar la bestia. Muchos exégetas dan a la advertencia: *es un número de hombre,* un sentido que limitaría la búsqueda del nombre propuesto. Traducen: *es el número de un hombre,* el nombre propio de un individuo. Se puede objetar que si tal hubiera sido la intención del autor, habría debido escribir: es el número de *cierto* hombre. Debía tanto más precisar cuanto el lector no esperaba tener que buscar el nombre de un personaje particular, puesto que se trataba del *nombre de la bestia* y que ésta representa al imperio romano; y, bien que el autor haya mostrado una tendencia a identificar la bestia con uno de los emperadores (v. 14, nota), es la noción colectiva del imperio la que predomina.

21. La explicación que ha reunido hasta ahora los sufragios del mayor número de sabios de todas las escuelas, es la que halla en este número el nombre del emperador Nerón, escrito en letras hebreas: NERON KESAR. Se hace valer en favor de esta hipótesis el hecho de que concuerda con la variante ya indicada por Ireneo, y que se lee en *C*, según la cual la cifra sería 616. Basta, en efecto, para obtener este total, suprimir la N leer NERO KESAR, lo que es igualmente admisible. El nombre de César Nerón debe ser el que Juan tenía en vista, pues, en el cap. 17, designa claramente a este emperador como la cabeza herida mortalmente, y, dícese, identifica con él la bestia, que hasta allí representaba al imperio. Se puede objetar a esta interpretación en primer lugar que recurre al alfabeto hebraico. Sería extraño que, en un libro escrito en griego para griegos, en el cual todas las voces hebreas son traducidas, en que el autor, para indicar el principio y el fin, emplea la primera y la última letra del alfabeto griego (21:6), el nombre enigmático hubiera sido calculado en letras hebraicas. Bien: Ireneo ya (*Adv. haeres.* V, 30) refiere una tradición, según la cual el cálculo había sido establecido en letras griegas. Otra objeción, de mayor alcance aun, es que ese nombre es *el nombre de la bestia,* y no solamente de una de sus cabezas, es decir un nombre aplicable al imperio en su conjunto; y si el imperio debía ser personificado en uno de sus emperadores, habría sido en el emperador viviente en el momento en que el libro fué escrito. Por otra parte, el autor oculta ese nombre por prudencia, porque habría peligro en escribirlo con todas sus letras, y no por el vano placer de plantear a sus lectores un pueril enigma. Ahora bien: cuando el Apocalipsis fué escrito, Nerón había muerto; Juan no corría ya mucho peligro al estigmatizar su nombre execrado. El nombre que él rodea de misterio debe designar un soberano presente o próximo; o, más bien aun, se aplica a la bestia entera, al imperio donde Satanás despliega su potencia, para estigmatizarlo con un epíteto significativo. Nosotros hemos perdido el secreto de ese nombre característico; las tentativas para volver a hallarlo probablemente siempre fracasarán. Uno de los ensayos más antiguos, ya citado por Ireneo, explica el número 666 por el adjetivo *lateinos,* escrito en letras griegas, y que significa: "latino". Mas no se ve bien a qué referir ese adjetivo en masculino, ni cómo podría designar al imperio romano. La lengua misma que nosotros llamamos el latín era conocida de los griegos como el "romano". (Luc. 23:38; Juan 19:20.) Y luego y sobre todo hubiera sido esa una designación demasiado insignificante, que no valía la pena velar con combinaciones cabalísticas. No se podría pretender, en efecto, que el autor debía hacer adivinar a sus lectores que la bestia era Roma, sin comprometerse. Tan claramente las identifica en el cap. 17, que no tenía razón de disimular su relación en nuestro pasaje. Se pueden hacer las mismas objeciones a la explicación que halla en el número 666 la palabra hebrea: *Romiith,* romano. Pasamos por alto muchas otras hipótesis. Algunas no tienen relación con la bestia del Apocalipsis:

4. *El Cordero y sus redimidos. Los juicios de Dios*

(Cap. 14)

A. 1-5. EL CORDERO Y LOS REDIMIDOS EN SIÓN. EL CÁNTICO CELESTIAL. — 1º *Los redimidos.* Juan los ve, con el Cordero, en Sión, en número de ciento cuarenta y cuatro mil, llevando sobre sus frentes el nombre del Cordero y el de su Padre (1). — 2º *El concierto celestial.* Oye del cielo como ruido de muchas aguas y la voz de tañedores de arpas. Cantan un cántico nuevo que sólo los redimidos pueden aprender (2, 3). — 3º *Caracteres de los redimidos.* Son puros, fieles hasta la muerte, primicias para Dios y el Salvador; no mienten ni tienen defecto alguno (4, 5).

XIV Y miré, y he aquí el Cordero estando sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro millares teniendo su nombre
2 y el nombre de su Padre escrito sobre sus frentes [1]. Y oí una

666 da el nombre de *Adonikam,* que significa: "El Señor se levanta", y que es citado (Esdr. 2:13) como el padre de seiscientos sesenta y seis judíos vueltos de la cautividad; o también 666 corresponde a la suma de las letras del nombre de *Nimrod, hijo de Cush,* escrito en hebreo (Gén. 10:8, 9). No se ve por qué la bestia o el Anticristo recibirían uno u otro de esos nombres.

1. Se esperaba una descripción de la guerra que el dragón con sus dos aliados va a hacer a los santos (12: 17; 13:7). en lugar de ello, un cuadro reconfortante que nos muestra a los elegidos reunidos bajo la dirección de su jefe, el *Cordero, sobre el monte de Sión. El Cordero,* que aparecía en 5:6 "como inmolado", se muestra aquí como un rey en medio de su pueblo. Los *ciento cuarenta y cuatro mil* representan la Iglesia; el artículo, que los designaría como una aparición conocida, falta; sin embargo, es difícil no identificarlos con los descritos en el cap. 7, v. 3-8. Pero mientras allí reciben el sello de Dios, que los preservará en medio de las pruebas que tendrán que atravesar, aquí están en reposo en derredor del Cordero, *sobre el monte de Sión,* en tanto que el dragón va a desencadenar la guerra y los juicios de Dios se han de ejercer sobre el mundo. Otros piensan que en nuestro capítulo también los ciento cuarenta y cuatro mil tienen aún "la grande tribulación" delante de sí. Forman el ejército de los santos que, en orden de batalla alrededor de Cristo, se prepara a sostener los asaltos del dragón (13:7), y es alentada para el combate por los cánticos de los ángeles (v. 3 y sig.) ¿Mas puede *el monte de Sión* ser, en el pensamiento de Juan, la Jerusalén terrestre, puesto que es el tiempo en que "la santa ciudad es entregada a las naciones que la huellan?" (11:2.) Comp. también la nota siguiente. Sea lo que fuere, en medio de las sombrías pinturas de la humanidad engañada y corrompida por el pecado, y de los juicios que van a caer sobre ella, esta escapada a la paz y la seguridad de que disfrutan los redimidos de Cristo es consoladora y alentadora. El alma, gimiendo aún por las blasfemias y persecuciones que describe y predice el capítulo precedente, se eleva deliciosamente hacia el monte de Sión, donde contempla al *Cordero* y a sus siervos.

voz del cielo como ruido de muchas aguas y como ruido de un grande trueno, y la voz que oí era como de cantores al son del
3 arpa tañendo con sus arpas. Y cantan un cántico nuevo en presencia del trono y en presencia de los cuatro seres vivos y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro millares, que habían sido comprados de la tierra [2].
4 Estos son los que con mujeres no fueron contaminados, porque son vírgenes; éstos, los que siguen al Cordero adondequiera que fuere; éstos fueron comprados de entre los hombres por primi-
5 cias para Dios y para el Cordero; y en su boca no fué hallada mentira: son irreprensibles [3].

Estos *tienen el nombre de su Padre escrito sobre su frente,* señal que los hace conocer como redimidos de Cristo, hijos de Dios, y los pone al abrigo del mal y de la destrucción (7:3).

2. Se puede uno preguntar si el *cántico nuevo* es cantado por los ángeles o por los ciento cuarenta y cuatro mil. Como los que *cantan* están *delante del trono,* la primera suposición es más natural. Por otra parte, los ciento cuarenta y cuatro mil han podido *aprender el cántico,* lo que hace pensar que juntan sus voces a las de los ángeles. El cántico es el de la redención (5:10-12); por esto los *redimidos* solos *pueden aprenderlo;* ellos solos comprenden lo que el Cordero ha hecho por ellos y tienen el corazón lleno del amor del Padre (Rom. 15:1-5.) Han sido *comprados de la tierra,* es decir separados, retirados, por la redención, de en medio de un mundo destinado a perecer. Comp. una expresión sinónima, pero más precisa, en el versículo siguiente.

3. El pronombre demostrativo *éstos,* tres veces repetido en griego, según el estilo solemne del cántico, no designa tres categorías de redimidos, sino que hace notar en los mismos personajes tres cualidades que los distinguen: 1º *No se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes.* Estas palabras podrían designarlos como ascetas y expresar el mérito especial del celibato, como lo hacen ya escritos muy antiguos (Epístolas de *Ignacio* 5:2; *Didaché* 6:2; 11:11). En el Nuevo Testamento mismo, algunas enseñanzas de Jesús (Mat. 19:12) y de Pablo (1ª Cor. 7) colocan al celibato por sobre el matrimonio, en ciertas circunstancias por lo menos. Sin embargo es inadmisible que el autor tenga el matrimonio en vista cuando escribe: *no se contaminaron con mujeres,* ni que haya presentado el celibato como un deber para todos y una condición a llenar por todos lo redimidos. Es uno pues inducido a tomar esas palabras en sentido figurado: no han cometido la fornicación espiritual que consiste en participar del culto de los ídolos (v. 8; 1ª Cor. 10:6-14; 2ª Cor. 11:2); o más bien aun a entenderlas de la impureza en general, en el matrimonio como fuera de él. Los elegidos habían sabido preservarse de ese vicio capital del paganismo. 2º *Siguen al Cordero adonde quiera que vaya.* Los intérpretes que ven en los ciento cuarenta y cuatro mil el ejército de Cristo que, sobre la tierra, se apresta al combate contra el dragón, piensan que el autor quiere decir: están listos a sufrir el martirio (Mat. 16:24; Juan 13:36; 21:18, 19.) Aplicadas a los elegidos triunfantes, estas palabras expresa-

B. 6-13. TRES ÁNGELES MENSAJEROS DEL JUICIO. — 1º *El Evangelio eterno.* Juan ve un ángel atravesar el cielo, portador de un Evangelio eterno destinado a todas las naciones. Anuncia el juicio e invita a los hombres a adorar al Creador (6, 7). — 2º *Caída de Babilonia.* Un segundo ángel proclama la caída de la grande ciudad que ha arrastrado las naciones a la idolatría (8). — 3º *Castigo de los adoradores de la bestia.* Un tercer ángel declara que los que adoran la bestia y reciben su marca serán atormentados sin tregua a la vista de los ángeles y del Cordero (9-11). 4º *Exhortación.* Es el momento, para los santos, de mostrar su paciencia y su fe en Jesús. Una voz del cielo ordena a Juan que escriba de la dicha de los que mueren en el Señor. El Espíritu declara que obtienen el reposo y la recompensa de sus trabajos (12, 13).

6 Y vi otro ángel volando en medio del cielo, teniendo un evangelio eterno para anunciar buenas nuevas a los que estaban asentados sobre la tierra y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, 7 diciendo: Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y mar y 8 fuentes de aguas [4]. Y otro ángel, un segundo, siguió, diciendo:

rían la entera consagración de que han dado prueba durante su vida; han seguido al Cordero hasta en su muerte, y ahora están asociados a él en su gloria; él los guía, poco a poco, hasta la perfección (Isa. 53:10-12; Efes. 5:25-27). 3º El punto de partida y la causa primera de su pureza, de su consagración a Cristo, de su glorificación con él, es la redención de que han sido objeto: *éstos han sido comprados de entre los hombres* (gr.); *primicias a Dios y al Cordero.* Estas últimas palabras no los designan como una clase aparte, un grupo escogido entre los redimidos; expresan la idea de que, por su redención, han sido consagrados a Dios y hánse tornado en su propiedad. (Comp. Jac. 1:18). Por último, el autor caracteriza su santificación perfecta aplicándoles (v. 5), 1º unas palabras que el profeta (Isa. 53:9) había dicho de su Salvador mismo: *no fué hallada mentira en su boca* (comp. Sof. 3:13; Sal. 32:2; Juan 8:44); 2º un epíteto: *sin defecto* (irreprensibles), que es atribuido al Cordero en 1ª Pedro 1:19; Hebr. 9:14.

4. *Otro ángel,* por oposición a los que cantaban en el cielo (v. 2, 3). *Volaba por medio del cielo,* como el águila de 8:13, porque su mensaje es destinado a todos *los que habitan sobre la tierra.* El mensaje es llamado un *evangelio eterno.* Esta palabra, sin artículo, no podría entenderse del evangelio en general, de la buena nueva de salvación que debe ser anunciada a todos los pueblos antes que venga el fin (Mat. 24:14.) Menos aun se representaría el autor al ángel teniendo en la mano un libro donde estarían contenidos los escritos del Nuevo Testameto. Lo que él califica de *evangelio eterno* es el anuncio del fin inminente, del *juicio* cuya *hora ha llegado* (v. 7), del completo cumplimiento de los designios de Dios. Puede considerar ese anuncio como una buena nueva (comp. 10:7), porque la hora del juicio será para los elegidos la hora de la liberación (6:10), y porque ese mensaje de juicio es acompañado de un supremo llamamiento a la conversión, dirigido a todos los hombres, y que los invita a *dar gloria a Dios.* Este evangelio es *eterno,* porque el hecho anunciado es irrevocable y prolongará sus consecuencias por la eternidad.

Caído ha, caído ha Babilonia la grande, la que del vino del furor 9 de su fornicación ha dado de beber a todas las naciones [5]. Y otro ángel, un tercero, les siguió diciendo con grande voz: Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y recibe una marca sobre su 10 frente o sobre su mano, también él beberá del vino del furor de Dios que ha sido vertido sin mezcla en la copa de su ira, y serán atormentados con fuego y azufre en presencia de santos ángeles 11 y en presencia del Cordero [6]. Y el humo de su tormento sube por edades de edades; y no tienen descanso día y noche los que adoran a la bestia y a su imagen, y si alguien recibe la marca de su 12 nombre [7]. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan

5. Un *segundo ángel* anuncia la caída de *Babilonia la grande.* Este epíteto, tomado de Dan. 4:30 es constantemente unido al nombre de Babilonia (17:5, etc.) *Babilonia* es Roma (17:9, nota; comp. 1ª Pedro 5:13, 1ª nota). Su caída es celebrada por anticipación (en términos tomados de Isaías 21:9); será descrita en las visiones de los capítulos 17 y 18. En el enunciado del crimen de Babilonia, dos figuras son entrelazadas: Babilonia, asimilada a una cortesana, *dió de beber* y embriagó a *todas las naciones del vino de su fornicación,* es decir las arrastró a la idolatría. (Comp. Jer. 51:7 y todos los pasajes en que el culto de los falsos dioses es llamado adulterio y fornicación). El vino de que les da de beber es llamado *vino del furor.* Varios intérpretes piensan que el vocablo *furor* se refiere a la ira divina que Babilonia atrae sobre las naciones (comp. Jer. 25:15). Mas ¿cómo embriagaría ese vino a las naciones? Ese vocablo expresa más bien el *ardor* de la pasión impura. *El furor de la fornicación* de Babilonia forma antítesis con *el furor de Dios,* de que se hablará en el v. 10.

6. Después de la caída de Babilonia, el castigo de sus adoradores. En cuanto a las figuras del v. 9, comp. 13:4, 14-16, notas. *Beber del vino del furor de Dios,* es incurrir en sus más terribles juicios (Jer. 25:15; Isa. 51:17; Sal. 75:9.) Ninguno de los culpables podrá evitar esos juicios; lo indica el empleo del singular: *Si alguno adora..., él también,* como Babilonia, beberá... Este vino es *derramado puro* (gr. *preparado,* —literalmente *mezclado*—, *sin mezcla*), contrariamente a la costumbre de los antiguos de beberlo cortado con agua; el juicio no será templado con misericordia. El autor vuelve al plural (*A,* etc.; *Sin., C, Q* tienen el singular) para describir las torturas comunes a todos los reprobados: *serán atormentados en fuego y azufre* (comp. 19:20), y esto en presencia del Cordero y de los santos ángeles, que les aparecerán en la gloria, y cuya vista aumentará sus remordimientos y sus dolores (Luc. 16:23 y sig.).

7. *El humo* es producido por el fuego y el azufre donde son atormentados (v. 10). Para esta figura del *humo* que *se eleva* eternamente, comp. Isa. 34:10. Su suplicio es sin fin y no les deja jamás *reposo* (Mat. 11:28). Los cuatro se-

13 los mandamientos de Dios y la fe en Jesús [8]. Y oí una voz del cielo diciendo: Escribe: ¡Dichosos desde ahora los muertos que mueren en el Señor! Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos; porque sus obras siguen con ellos [9].

C. 14-20. LA SIEGA Y LA VENDIMIA. — 1º *La siega.* Juan ve una blanca nube, y alguien sentado en ella, llevando una corona de oro y una hoz en su mano. Un ángel le invita a pasar la hoz sobre la tierra y segar; y la tierra fué segada (14-16). — 2º *La vendimia.* Un ángel sale del templo, teniendo una hoz aguda; otro ángel sale del altar y le grita que aplique la hoz a los racimos de la viña, pues las uvas están maduras. La vendimia es arrojada a la cuba de la ira de Dios, y hollada fuera de la ciudad; de aquélla mana sangre que sube hasta los frenos de los caballos (17-20).

14 Y miré [10], y he aquí una nube blanca, y sobre la nube uno

res vivos igualmente, no cesan *día y noche* de alabar a Dios (4:8). El autor recuerda otra vez la causa de su condenación: *adoran la bestia,* etc. Estas palabras, repetidas al fin de este trozo, eran una solemne advertencia a los cristianos que hubieran sido tentados a ceder en las persecuciones inminentes (v. 12, 13.)

8. En presencia de las temibles perspectivas que abría la descripción precedente, Juan exhorta a los santos a la *paciencia,* a la perseverancia. (Comp. 13:10). Esta les será hecha más fácil por la certidumbre de que el juicio va a intervenir. Los *santos* son caracterizados como *los que guardan los mandamientos de Dios* (12:17) *y la fe en Jesús;* así conviene traducir, más bien que: la fe *de* Jesús.

9. *Una voz del cielo,* quizá la de Cristo (10:4), ordena a Juan *escribir* especialmente la importante declaración que va a seguir. *Morir en el Señor,* no es exclusivamente sufrir el martirio; es, de modo general, morir en la fe de Jesús (v. 12; 1ª Tes. 4:16; 1ª Cor. 15:20.) *Desde ahora* no se refiere *a los que mueren,* sino *a dichosos.* Son *dichosos desde ahora,* no solamente porque, en el día del juicio, la recompensa les será otorgada (11:18), sino que desde el instante de su muerte estarán y permanecerán con su Salvador en quien habrán muerto (Luc. 23:43; Fil. 1:23.) Mueren en efecto —lo atesta *el Espíritu* (2:7, etc.)— *a fin de que descansen...* (la mayor parte de nuestras versiones borran este matiz); en su muerte, tienen en vista ese reposo, como el término al que Dios los conduce. Reposan *de sus trabajos* (gr. *penas, fatigas*), quizá, según 2:2, de los esfuerzos que han debido hacer para resistir a los asaltos de Satanás. Su *descanso* hace contraste con la condición de los reprobados, que no hallan reposo ni día ni noche (v. 11.) *Sus obras,* frutos de su fe y del Espíritu de Dios en ellos, sus renunciamientos, sus sacrificios, sus victorias en las tentaciones, sus actos de amor *les siguen,* porque conforme a aquéllas son juzgados y es determinado su destino eterno (Mat. 25:31 y sig.; 2ª Cor. 5:10).

10. Antes de la gran escena del juicio, el vidente contempla dos actos simbólicos que prefiguran ese juicio bajo la doble figura de la siega (v. 14-16) y de la vendimia (v. 17-20).

sentado semejante a un hijo de hombre, teniendo sobre su ca-
15 beza una corona de oro y en su mano una aguda hoz [11]. Y otro ángel salió del santuario [12], clamando con grande voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz y siega, porque llegado ha la hora de segar, porque madurado ha la mies de la tierra.
16 Y el que estaba sentado sobre la nube echó su hoz sobre la tierra,
17 y fué segada la tierra [13]. Y otro ángel salió del santuario que
18 está en el cielo, teniendo también él una aguda hoz. Y otro ángel salió del altar, el que tiene poder sobre el fuego [14], y clamó con grande voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque
19 madurado han sus uvas. Y echó el ángel su hoz a la tierra, y vendimió la vid de la tierra y echó al lagar, al grande, del furor
20 de Dios. Y fué hollado el lagar fuera de la ciudad; y salió sangre del lagar hasta los frenos de los caballos, desde allí a mil seiscientos estadios [15].

11. Esta designación: *alguien que se asemejaba a un hijo de hombre* sólo podría aplicarse al Mesías (Dan. 7:13; Apoc. 1:7.) Es el Señor mismo quien lleva la *corona de oro,* emblema de la victoria (4:4). Algunos intérpretes disputan que este personaje sea el Cristo, pues recibe una orden de un ángel (v. 15) y porque la acción paralela (v. 17 y sig.) es realizada por "otro ángel". Tendríamos pues aquí un ángel igualmente. Mas la alusión evidente a Dan. 7:13 no permite dudar que el autor pensara en el Hijo del hombre.

12. *Otro* ángel, no para distinguirlo del Mesías (v. 14), sino de los tres ángeles de los v. 6, 8 y 9. que anunciaban el juicio. Este ángel da la señal del acto que va a simbolizar el juicio. Sale *del santuario* (11:19), de junto a Dios, cuya orden publica.

13. Gr. *Envía la hoz..., echó la hoz,* expresiones imitadas del hebreo y que significan simplemente *meter* la hoz a la siega, o empezar a segar. La vendimia (v. 18) representa evidentemente el castigo de los malos. ¿Ocurre lo mismo con la *siega,* como la mayor parte de los intérpretes lo infieren de Joel 3:13, de donde esta doble figura es tomada? ¿O bien es la siega el momento en que el buen grano será recogido por la mano del Salvador y de sus ángeles, según otros pasajes de la escritura, por ejemplo Mat. 13:39? Nada hay en el texto que decida absolutamente la cuestión. Dos circunstancias, sin embargo, parecerían indicar que se trata aquí de los elegidos de Dios recogidos por el Salvador: primero, la nube *blanca* (v. 14), resplandeciente, que aparecería sombría si anunciara las tempestades del juicio; luego, el hecho de que la acción es cumplida por el Señor mismo, y no por un ángel, como la siguiente (Juan 14:3).

14. Este *altar* es el de los holocaustos. Comp. 8:5, en que el ángel toma fuego de sobre ese altar y lo echa a la tierra; figura de los juicios de Dios. El ángel *que tiene poder sobre el fuego* parece estar encargado de ese elemento; comp. el ángel de las aguas (16:5, nota), y los ángeles de los cuatro vientos (7:1). El autor se representa probablemente a ese ángel como teniendo su morada en el

V. Las siete copas
(Cap. 15:1 a 19:10)

1. *Siete ángeles derraman las siete copas de la ira de Dios*
(Cap. 15, 16)

A. 1-8. El cántico de los vencedores. — 1º *Título de la visión.* Juan ve en el cielo siete ángeles que tienen las siete últimas plagas, con las cuales se consuma el enojo de Dios (1). — 2º *Los vencedores de la bestia cantan su victoria.* Están sobre un mar de cristal, mezclado de fuego. Entonan el cántico de Moisés y el cántico del Cordero, celebrando los caminos de Dios y anunciando que todas las naciones vendrán a adorarle al ver sus juicios (2-4). — 3º *Aparición de los siete ángeles.* El templo se abre, los ángeles salen. Uno de los seres vivos les da las copas; de inmediato se hace inaccesible el templo (5-8).

XV Y vi otra señal en el cielo, grande y admirable: siete ángeles teniendo siete plagas, las últimas, porque con ellas queda cumpli-
2 do el furor de Dios [1]. Y vi como un mar vítreo mezclado con fuego, y a los que habían salido victoriosos de la bestia y de su

altar de los holocaustos, puesto que nos dice que de él *salió.*

15. 19:15; Joel 3:13; Isa. 63.3. Entre los antiguos, se pisaba la uva para extraer el jugo; costumbre que se ha conservado en todo el mediodía de Europa. Esta acción simboliza entre los profetas los juicios de Dios. El juicio es ejecutado *fuera de la ciudad,* de la ciudad de Dios, de Jerusalén. Es una batalla que hace correr la sangre a mares: *del lagar salió sangre,* en tan prodigiosa cantidad que subió *hasta los frenos de los caballos.* Por una substitución de figuras muy natural (Gén. 49:11; Deut. 32:14), el jugo rojo de la uva se torna en sangre. Este cubre un espacio de *mil seiscientos estadios,* la longitud aproximada de Palestina, que es probablemente designada así como el campo de batalla. Otros ven en 1600 un número simbólico: 40 multiplicado por 40; ahora bien: 40 es la cifra de la duración de las pruebas o de los castigos infligidos por Dios (Núm. 14:33 y sig.; Ezeq. 4:6; 29:11 y sig.; Mat. 4:1 y sig.) O, lo que parece preferible, pues se trata aquí, no de duración, sino de espacio, 1600 es compuesto de 4 veces 4 multiplicado por 100. Ahora bien: 4 es el número del mundo; 100 indica la consumación del juicio ejercido sobre el mundo. Esta cifra de 1600 forma juego con el número de 144.000 (12 veces 12 multiplicado por 1000) que representa la totalidad de los elegidos.

1. Este capítulo contiene una introducción a la visión de las siete copas (cap. 16 y sig.), que anunciarán y traerán *las últimas plagas,* los juicios por los cuales *el furor de Dios será consumado* (Dan. 11: 36.). El v. 1 es una especie de subscripción de todo el trozo, pues los *siete ángeles* no entran en escena sino en el v. 6. El autor los menciona al decir: *Vi en el cielo otra señal, grande y admirable.* Estos términos llevan el pensamiento al cap. 12:1-3.

imagen y del número de su nombre, de pie sobre la vítrea mar,
3 teniendo arpas de Dios [2]. Y cantan el cántico de Moisés el siervo de Dios y el cántico del Cordero [3], diciendo: ¡Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios, el Todopoderoso! ¡justos y ver-
4 daderos tus caminos, Rey de las naciones! ¿Quién no temerá de cierto, Señor, y glorificará tu nombre? Porque tú solo eres santo; porque todas las naciones vendrán y adorarán en tu presencia, porque tus juicios han sido manifestados [4].

Los ángeles *tenían* las plagas, pues las poseían en copas que tenían en su mano (v. 7; 16:1.)

2. Este preludio (v. 2 y sig.), en que resuenan cánticos en el cielo, recuerda descripciones semejantes que inauguran la visión de los siete sellos (4:9-11) y la de las siete trompetas (8:3-5). La gloria de Dios es en él exaltada en el momento en que sus juicios se van a ejercer. El *mar de vidrio* que, según 4:6, está delante del trono de Dios y simboliza su gracia, sirve de refugio a los *vencedores de la bestia* (13:1 y sig.) *y de su imagen* (13:14 y sig.) *y del número de su nombre* (13:17.) El texto recibido (*minúsc.*) tiene, antes de *y del número de su nombre,* las palabras *y de su marca.* (Gr. *vencedores,* de modo es estar *fuera de* todo alcance *de la bestia,* etc.. substraídos a toda comunión con ella). Aquí el *mar vítreo* está *mezclado con fuego,* signo de los juicios de Dios que se van a ejercer. Varios intérpretes admiten que el autor pensaba en el mar Rojo, sobre cuyas orillas estaban los israelitas cuando cantaron el cántico de Moisés para celebrar su liberación. Esta alusión no es segura, a pesar de la mención del cántico de Moisés en el v. 13 y de las reminiscencias de las plagas de Egipto en los azotes descritos en el cap. 16. Los vencedores tienen *las* (*Q, minúsc.*) *arpas de Dios.* bien conocidas conforme a 1ª Crón. 16:42. Los veinticuatro ancianos tienen igualmente cada uno su arpa (5:8; comp. 14:2.)

3. *El cántico de Moisés* es, según varios intérpretes, el que leemos en Ex. 15, y *el cántico del Cordero* el que Juan nos ha dado en el cap. 5: 9, 10. Con mayor probabilidad no se trata aquí de esos dos cánticos, sino de uno solo, de aquel cuyas palabras siguen inmediatamente (v. 3b, 4.) El autor lo llama *el cántico de Moisés y el cántico del Cordero,* es decir: el cántico de Moisés, que es también el cántico del Cordero, para señalar la unidad indisoluble de ambos pactos, con los cuales se ha cumplido la redención. Quiere decir que ese cántico celebra la obra entera de la salvación, tal cual Dios la preparó por Moisés y la cumplió por Cristo. O, si esta interpretación parece demasiado sutil, se puede suponer que quiere decir simplemente: ese cántico celebra la liberación realizada por el Cordero en términos semejantes a los del cántico de Moisés.

4. El cántico proclama *grandes y admirables las obras* (Sal. 111:2; 139:14) *del Señor, Dios, el Dominador soberano* (11:17); *justos y verdaderos,* es decir verdaderamente divinos, *todos sus caminos* (Sal. 145: 17.) Llama a Dios *rey de las naciones,* como Jeremías (10:7); según *Sin., C,* habría que leer: rey *de los siglos.* Toma también de Jer. 10:7 las palabras: *quién no temerá,* en la pregunta que abre el v. 4. Dos razones son dadas *de temer y de glorificar el nombre* del Señor: *sólo* él es *santo,* y *todas las naciones vendrán y se postrarán delante de él* (Sal. 86:

5 Y después de estas cosas miré, y fué abierto el santuario del 6 tabernáculo del testimonio en el cielo [5]; y salieron del santuario los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino puro, espléndido, y ceñidos en derredor de sus pechos con cintos de 7 oro [6]. Y uno de los cuatro seres vivos dió a los siete ángeles siete copas de oro, llenas del furor del Dios que vive por las edades 8 de las edades [7]. Y llenado fué el santuario de humo por la gloria de Dios y por su potencia; y nadie podía entrar en el santuario hasta que fueran terminadas las siete plagas de los siete ángeles [8].

9). Este último hecho es motivado por la *manifestación* de sus *juicios*. Los *juicios* de Dios, las ordenanzas y las leyes morales que él ha establecido (es el sentido del vocablo en Luc. 1:6; Rom. 1:32; 2:26) son desconocidos y transgredidos por los pecadores; mas cuando Dios los *manifestare* dándoles su suprema sanción en el día grande de las retribuciones, todas las naciones deberán *adorar delante de él*.

5. Después de este cántico de introducción, *el santuario* (*el templo*) *se abre en el cielo*, como en 11:19. El templo es el *del tabernáculo del testimonio*, es decir el que sirvió de modelo al tabernáculo del testimonio (Hebr. 8:5). Según otros, es el templo al que pertenece el tabernáculo del testimonio, designando especialmente este último término el lugar santísimo, que se descubre a los ojos del vidente.

6. *Los siete ángeles* eran mencionados ya en el v. 1; mas el vidente los percibe sólo ahora que salen del templo. Disponen de las *siete plagas* que van a desencadenar sobre la tierra. *Salen del templo*: son los reveladores de los supremos designios de Dios. Están *vestidos* como el sumo sacerdote y como Cristo mismo en la visión inicial (1:13 y sig.) Bien que las palabras *del templo* faltan en *Q* y varios documentos, son admitidas por todos los críticos modernos. Según una variante extraña de *A*, *C*, los ángeles son vestidos de *piedra* en lugar de *lino*. Error de copista, difiriendo en griego sólo en una letra los vocablos: *piedra* y *lino*.

7. Las *copas de oro*, que contienen los castigos decretados por el *Dios que vive por los siglos de los siglos* (4:9) y que se manifiesta como tal en sus juicios, son entregadas a los ángeles por *uno de los cuatro seres vivos* (4:6-8; comp. 6:1, 3, 5, 7), porque éstos representan las fuerzas de la naturaleza que van ser empleadas por Dios para el cumplimiento de sus designios. Las *copas* son consideradas por unos como vasos apropiados para contener un líquido, el vino de la ira de Dios (14:10); por otros como utensilios *de oro*, destinados a recibir fuego y brasas ardientes. (Comp. v. 8 y 8:5). La primera explicación concuerda mejor con la acción descrita en el cap. 16.

8. La *gloria* y la *potencia* de Dios van a manifestarse en juicios; aparecen como un fuego, cuyo *humo* llena el templo. No hay que identificar pues este *humo* con la nube que es la señal de la presencia del Eterno (Ex. 40:34 y sig.; 1ª Reyes 8:10 y sig.). Es un fenómeno semejante a los descritos en Isa. 6:4 y Ezeq. 10:4. Significa que el santuario es inaccesible, que el hombre no puede allegarse a Dios. (Comp. Ex. 19:18). Esta explicación es confirmada por el último detalle de la visión: *y nadie podía entrar en el templo hasta que las siete plagas de los siete ángeles fueran cumplidas*. El tiempo de la gracia ha pasado; la justicia debe tener su curso. Dios no acoge ya a los que vinieran aún a implorar su perdón o a interceder en favor de los culpables.

B. 1-7. LAS TRES PRIMERAS COPAS. — 1º *Orden dada.* Una voz que sale del templo ordena a los siete ángeles derramar sobre la tierra las siete copas (1). — 2º *La primera copa.* Es derramada sobre la tierra. Una úlcera hiere a los adoradores de la bestia (2). — 3º *La segunda copa.* Es derramada en el mar, que se torna en sangre (3). — 4º *La tercera copa.* Es derramada en los ríos y las fuentes, que son cambiadas en sangre (4). — 5º *Juicios aprobados.* El ángel de las aguas declara justo al Dios eterno y santo, que ejerce esos juicios y hace beber sangre a los que han derramado sangre. El altar confirma la justicia de los juicios de Dios (5-7).

XVI Y oí una grande voz desde el santuario, diciendo a los siete ángeles: Id y derramad las siete copas del furor de Dios en la 2 tierra [1]. Y se fué el primero y derramó su copa en la tierra; y vino una úlcera maligna y dolorosa sobre los hombres que tenían 3 la marca de la bestia y los que adoraban su imagen [2]. Y el segundo [3] derramó su copa en la mar; y se volvió sangre como de muerto, y toda alma viva murió, los seres que estaban en el mar [4]. 4 Y el tercero derramó su copa en los ríos y las fuentes de las

1. Las *siete copas*, como las siete epístolas (cap. 2 y 3), los siete sellos (cap. 6) y las siete trompetas (cap. 8 y sig.), se dividen en dos grupos, formados de cuatro, luego de tres (sellos y trompetas); y de tres, luego de cuatro (epístolas y copas). Las cuatro primeras copas recuerdan a las cuatro primeras trompetas en cuanto los juicios que acarrean se cumplen simultáneamente y son de igual naturaleza; hieren la tierra, el mar, las fuentes de agua, el sol, las cuatro partes del universo (8: 7, 8, 10, 12; 14:7); mas hay esta agravación: que precedentemente la tercera parte sólo de los objetos era herida, mientras que ahora lo son todos. La quinta copa, como la quinta trompeta, anuncia una invasión que viene del Eufrates. La séptima trompeta y la séptima copa producen truenos y un terremoto. Por último, hay que observar que varios de estos juicios reproducen plagas de Egipto (Ex. 7 a 10). La *fuerte voz que venía del templo* es, para la mayor parte de los intérpretes, la voz de Dios mismo. Algunos ven en ella la del ser vivo que había dado las copas a los ángeles (15:7); mas no parece que estuviera en el templo (15:8).

2. *Una úlcera maligna y dolorosa* (gr. *mala y maligna*), comp. Ex. 9: 9 y sig., hiere a los adoradores de *la bestia* (13:14-17).

3. El texto recibido (*Q*, *mayúsc*, versiones) agrega aquí, y siempre hasta el séptimo ángel, el vocablo *ángel*, que falta *en Sin.*, *A*, *C* y que no es necesario.

4. Agravación de la plaga descrita en 8:8, 9. En lugar de: *el mar se tornó en sangre*, se ha traducido: *hubo sangre;* lo mismo en el versículo siguiente. El agua del mar no se habría transformado en sangre, habría sido mezclada de sangre. ¿Mas de

5 aguas; y se volvieron sangre [5]. Y oí al ángel de las aguas diciendo: Justo eres, El que eres y el que eras, el Santo, en que así has
6 juzgado; porque sangre de santos y de profetas derramaron, y
7 sangre les han dado de beber; dignos son [6]. Y oí al altar diciendo: Sí, Señor, Dios, el Todopoderoso; verdaderos y justos son tus juicios [7].

C. 8-21. LAS CUATRO ÚLTIMAS COPAS. — 1º *La cuarta copa.* Es derramada sobre el sol. Su ardor quema los hombres. Blasfeman en lugar de arrepentirse (8, 9). — 2º *La quinta copa.* Es derramada sobre el trono de la bestia y hunde su reino en tinieblas. Los hombres, presa de vivo dolor y torturados por los efectos de las plagas precedentes, blasfeman en lugar de arrepentirse (10, 11). — 3º *La sexta copa.* Es derramada sobre el Eufrates y lo seca para abrir paso a los reyes del Oriente. Tres espíritus impuros, seme-

dónde habría provenido esa sangre? La analogía con la plaga de Egipto (Ex. 7:17) hace pensar más bien en una transformación del agua en sangre. Esta sangre es (gr. *como de muerto,* sangre descompuesta y corrompida, que se torna a su vez en una fuente de muerte. *Todo ser viviente,* gr. *toda alma de vida* (*A, C*). El texto recibido (*Sin., Q*) tiene: *toda alma viviente.*

5. A consecuencia de la transformación en sangre de todos *los ríos* y de todas *las fuentes de las aguas,* no hubo más agua potable. Comp. Ex. 7:17-21.

6. *El ángel de las aguas* es, según varios intérpretes, el mismo que acababa de ejercer los juicios de Dios sobre las aguas (v. 4); según otros, una especie de ángel tutelar de las aguas. La misma concepción se hallaría en el ángel "que tiene poder sobre el fuego" (14:18), y en los cuatro ángeles "que retienen los cuatro vientos de la tierra" (7:2.) El ángel celebra la justicia divina, que se ha manifestado en los juicios de las tres primeras copas. Las palabras de alabanza de los v. 5-7 forman un intermedio, como el de 8:13, y muestran que las tres primeras copas, lo mismo que las tres primeras epístolas, constituyen un grupo aparte. Los juicios que los ángeles admiran y celebran pueden parecer severos a los hombres pecadores. Mas la justicia debe triunfar; y la historia del mundo ofrece ya ejemplos notables de la aplicación de esta ley del talión. La *sangre derramada* es castigada con la efusión de la sangre (Mat. 26:52.) Todo pecado encuentra su castigo en sus amargos frutos. Tal es la inmutable justicia de Dios la que para los que creen en él, es, tanto como su misericordia, objeto de su adoración (15:3; 19:2; Sal. 19:10). En cuanto a los términos aplicados a Dios, *que eres y que eras,* comp. 11:17, nota. Han *derramado la sangre de los santos y de los profetas* en la lucha anunciada (13:7; comp. 6:9 y sig. y los dos testigos del cap. 11).

7. *Oí al altar que decía,* es el texto de *Sin., A, C,* etc. El texto recibido tiene: *a otro* ángel *del lado del altar.* Se lée esta lección en la Vulgata, mas no se encuentra en ningún documento griego. *Oí al altar* es una locución abreviada, con la cual el autor quiere decir que oye una voz que sale del altar. Según otros, personifica atrevidamente el altar. Este *altar* es, como en 6:9, el de los holocaustos, bajo el cual están las almas de los mártires.

jantes a ranas, salen de la boca del dragón, de la bestia y del falso profeta, y van a congregar a los reyes de toda la tierra para la batalla del día de Dios. (El Señor viene. ¡Dichoso el que vela y se mantiene en estado de gracia!). Los congregan en Armagedón (12-16). — 4º *La séptima copa.* Es derramada en el aire. Una voz que viene del templo y del trono proclama el fin. Truenos, y el más terrible de los terremotos, se producen. La grande ciudad es dividida en tres. Las ciudades de las naciones se desploman. Dios se acuerda de Babilonia para darle de beber el vino de su ira. Las islas y los montes desaparecen. Un pedrisco, cuyas piedras pesan un talento, cae del cielo. Los hombres blasfeman, a causa de ese gran azote (17-21).

8 Y el cuarto derramó su copa sobre el sol; y fuele dado que-
9 mar a los hombres con fuego. Y fueron quemados los hombres con grande calor, y blasfemaron el nombre de Dios quien tiene el poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle glo-
10 ria [8]. Y el quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia; y volvióse su reino tenebroso, y ellos mordían sus lenguas por el
11 dolor [9], y blasfemaron al Dios del cielo por sus dolores y por sus
12 úlceras, y no se arrepintieron de sus obras [10]. Y el sexto derramó su copa sobre el grande río, el Eufrates; y secóse su agua, para que fuera preparado el camino de los reyes que vienen del sol
13 naciente [11]. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la

8. Comp. en los v. 11 y 21. Esta conducta es peor que la descrita en 9:20, 21, y que hace contraste con la de los hombres mencionados en 11:13. La cuarta trompeta había traído un obscurecimiento parcial del sol; la cuarta copa aumenta su *calor,* que se torna en una fuente de tormento para los hombres. Mas éstos no se convierten; aunque saben que Dios *tiene poder sobre esas plagas,* y que podría hacerlas cesar, rehusan *darle gloria,* y así hacen vanos sus intentos misericordiosos desechando la salvación que les había ofrecido antes de la crisis final (14:6, 7; comp. 2:21). Las palabras: *y blasfemaron* van a repetirse cual lúgubre estribillo después de la quinta y séptima copas (v. 11 y 21.)

9. *El trono de la bestia* designa a Roma, la capital del imperio (13:1, 2; 17). No solamente la capital, sino todo el imperio (*su reino*) fué *sumido en tinieblas.* Estas tinieblas no son consecuencia del obscurecimiento de los luminares celestes, como en 8:12; son provocadas directamente por la copa derramada sobre el trono. (Comp. Ex. 10:22). No podían causar por sí mismas sino angustias morales; mas el v. 11 muestra que el efecto de las primeras plagas persistía, y esto explica que *los hombres se mordieran la lengua de dolor.*

10. Conducta opuesta a la descrita en 11:13, donde se encuentra la misma designación de Dios. Comp. v. 9 y 21. El triste fenómeno moral, ya observado, se reproduce: los juicios de Dios no convierten sin su gracia; esos hombres presa del dolor se endurecen; *blasfeman* a Dios y *no se arrepienten de sus obras.* (Comp. 9:20, 21, notas).

11. Comp. 9:13-21. Cuando la sexta trompeta resonó, los cuatro ánge-

bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus impuros, como **14** ranas [12]; porque son espíritus de demonios que hacen señales, que salen hacia los reyes de la tierra entera, para congregarlos para **15** la batalla del día grande de Dios, del Todopoderoso [13] —He aquí, vengo como ladrón. Dichoso el que vela y guarda sus vestidos,

les que estaban atados junto al Eufrates fueron desligados; y un ejército demoníaco invadió y mató la tercera parte de los hombres. La *sexta copa, derramada sobre el gran río del Eufrates,* lo seca y prepara el pasaje a los *reyes que vienen del oriente* (gr. *del sol naciente*). De las regiones situadas del otro lado del Eufrates venían en otro tiempo para Israel los temidos invasores. Y en la época en que el Apocalipsis fué escrito, el Eufrates era la frontera oriental del imperio. Esta frontera era sin cesar amenazada de las incursiones de los partos. Muchos intérpretes piensan que el azote predicho es una invasión de esos temidos guerreros. (Comp. 17:12, 17). Pero la continuación del cuadro profético (v. 13-16, comp. 19:19) parece indicar que el autor piensa en un acontecimiento, de un alcance más general, que pone en relación directa con la lucha suprema entre el Anticristo y la Iglesia. La desecación del Eufrates tiene por objeto *preparar el camino a los reyes del oriente,* abrirles paso para que se trasladen a Armagedón, como la detención de las olas del Jordán permitió a los israelitas entrar en Palestina (Jos. 3:13-17). Lo que Dios había prometido a su pueblo para el momento en que volverían de la cautividad (Isa. 11:15, 16), lo cumplió, en la visión, para *los reyes del oriente.* Estos no son idénticos a los *reyes de toda la tierra* (v. 14), pero son de su número.

12. Esta nueva aparición sigue inmediatamente al hecho descrito en el v. 12: para acabar la obra que ha empezado abriendo paso a los reyes del oriente por la desecación del Eufrates, Dios deja obrar potencias diabólicas, que engañarán a los reyes de toda la tierra (comp. 1ª Reyes 22:20 y sig.) para arrastrarlos a Armagedón. Los *tres espíritus* salen *de la boca* del dragón (12:3 y sig.), de la bestia (13:1, 2) y del falso profeta (13:11 y sig.): este detalle significa probablemente que ejercerán su seducción con discursos engañadores. Son espíritus *impuros,* como los que mencionan los evangelios (Mat. 10: 1; 12:43; Mar. 1:21; Luc. 4:33, etc.). Son *semejantes a ranas;* esta comparación no ha sido inspirada por la plaga de Egipto (Ex. 8:2), sino por los caracteres mismos de esos animales, que viven en los pantanos, son pequeños, impotentes, y sin embargo por el ruido que hacen, siempre han parecido a los moralistas un símbolo de la inflación ridícula y de la locuacidad chillona. Tales son los espíritus que llevan la campaña contra la Iglesia y contra su Cristo.

13. La primera proposición: *porque son espíritus de demonios que hacen señales,* forma una especie de paréntesis explicativo. La proposición siguiente es introducida, en griego, con un pronombre relativo, que la conecta a los "tres espíritus impuros" (v. 13). Indica el objeto de su aparición. *Los reyes de toda la tierra* representan al mundo entero sujeto a la acción del Anticristo (20: 8). *La batalla del gran día del Dios omnipotente* es esa lucha decisiva que se producirá al regreso de Cristo, y en que todas las potencias hostiles que amenazan el reinado de Dios serán aniquiladas (14:20; 17:14; 19:

16 para que no ande desnudo y vean sus vergüenzas [14].— Y los congregaron en el lugar que es llamado en hebreo Armagedón [15].
17 Y el séptimo derramó su copa en el aire; y salió una grande voz **18** del santuario, desde el trono, diciendo: Hecho está [16]. Y hubo relámpagos y ruidos y truenos; y hubo un grande terremoto [17],

19). El día del Eterno, el día del juicio final, es representado ya en Joel 3:9-17 como el día de una grande *batalla,* a la cual todas las naciones son convocadas en el valle de Josafat.

14. La aproximación del gran día en que Cristo volverá y que es precedido de un redoblamiento de la acción seductora ejercida por Satanás, aun sobre los elegidos (Mat. 24:24), induce al vidente a insertar en su descripción esta advertencia del Señor, que será varias veces repetida en la última parte del libro (22:7, 12, 20): *He aquí, vengo.* Y para indicar lo que esta llegada tendrá de inesperado, el autor se sirve de la comparación del *ladrón,* empleada por Jesús mismo (Mat. 24:43; comp. 2ª Pedro 3:10; Apoc. 3:3.) *Dichoso* pues *el que vela y guarda sus vestidos.* Esta última figura puede significar la preservación de toda contaminación del pecado, la santificación (3:4); o el hecho de conservar la fe, y, por ella, la vestidura blanca de la justificación, única que cubre los pecados, de modo que el pecador *no vaya desnudo ni se vea su vergüenza* (3:18; 2ª Cor. 5:3). Las dos ideas son conexas y pueden haber estado juntas en el pensamiento del autor (Juan 17:11 y sig.; 1ª Juan 5:18.)

15. Después del paréntesis del v. 15, el autor vuelve a los *espíritus de demonios* y los muestra cumpliendo su misión ante los reyes: *y los congregaron en el lugar que se llama, en hebreo, Armagedón.* Las palabras *en hebreo* invitan a traducir el nombre de *Armagedón* por *monte* (en hebreo: *har*) *de Meguido.* En el Antiguo Testamento, se habla de las "aguas de Meguido" (Juec. 5:19) y, del "valle de Meguido" (Zac. 12:11.) Esta localidad estaba en la llanura de Jezreel. Si, en el Apocalipsis, se habla del *monte* de Meguido, no es porque el autor tuviera en vista un monte vecino, el Tabor por ejemplo; es más bien para señalar que este nombre es simbólico y no debe ser tomado como una indicación geográfica. *Meguido* evoca un doble recuerdo: el de la victoria de Barac sobre Sísera, cantada por Débora (Juec. 5), y el de la derrota y muerte de Josías (2ª Reyes 23:29; comp. Zac. 12:11). Sin duda el primero de estos hechos ha inspirado la elección del nombre de Meguido para designar el lugar de la grande batalla en que serán vencidos los reyes enemigos del reinado del Cristo.

16. El *séptimo ángel* vertió su copa *en* (gr. *sobre*) *el aire,* no que el aire deba ser herido por este azote, sino a fin de producir las perturbaciones atmosféricas (v. 18) que traerán para la tierra los juicios supremos de Dios (v. 19 y sig.) La *voz* sale *del santuario,* viene *del trono:* es la voz de Dios mismo. *Hecho está* (gr. *ha llegado a ser, ha sucedido*) significa, según la mayor parte de los intérpretes: la orden dada en el v. 1 ha sido ejecutada. Mas para comprender todo el sentido de esta palabra solemne, pronunciada por Dios mismo, es necesario agregar que lo que así es cumplido, terminado, es el conjunto de los juicios y de las dispensaciones de Dios respecto de la humanidad. Comp. 21:6.

17. Señales ordinarias de la ira de Dios y presagios de sus juicios (4: 5; 8:5; 11:19).

cual no hubo desde que el hombre fué sobre la tierra, tan grande
19 terremoto, tan fuerte [18]. Y la grande ciudad fué hecha en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y Babilonia la grande fué recordada en presencia de Dios, para darle la copa
20 del vino del furor de su ira [19]. Y toda isla huyó, y montes no fue-
21 ron hallados [20]. Y grande granizo como del peso de un talento baja del cielo sobre los hombres; y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del granizo, porque grande es su plaga en gran manera [21].

2. *La caída de Babilonia*

(Cap. 17-19:10)

A. 1-18. LA RAMERA Y LA BESTIA. — 1º *La ramera sentada sobre la bestia.* Uno de los ángeles de las copas invita a Juan a ir a ver el juicio de la gran ramera. Le transporta en espíritu al desierto, donde Juan ve una mujer sentada sobre una bestia escarlata con siete cabezas y diez cuernos. La mujer está vestida de púrpura y ornada de piedras preciosas; tiene en su mano una copa llena de abominaciones; sobre su frente, un nombre misterioso: Babilonia la grande, la madre de los impúdicos. Está ebria de la sangre de los testigos de Cristo. Asombro de Juan al verla (1-6). — 2º *Explicación del misterio de la bestia y de la mujer.* a) *La bestia que reaparecerá.* Respondiendo a la estupefacción de Juan, el ángel le explica que la bestia que lleva a la mujer ha sido y no es más, pero debe volver del abismo, con gran asombro de los que no son discípulos de Cristo. Sus siete cabezas son siete montes sobre los cuales la mujer está sentada; son también siete reyes, cinco de los cuales han caído; el sexto reina; el séptimo reinará poco tiempo. La bestia que debe reaparecer será el octavo; es ella del linaje de los siete, y marcha a la perdición. (7-11). — b) *Los reyes aliados de la bestia; su derrota por el Cordero.* Los diez cuernos son diez reyes, que aún no han recibido reinos, pero que comparten por una hora el poder real con la bestia. Unidos en un mismo designio, forman la potencia de la bestia. Combaten contra el Cordero, mas son vencidos, porque el Cordero es Rey de los reyes y porque los que le siguen son elegidos fieles (12-14). — c) *La mujer exterminada.* El ángel explica a Juan que las aguas sobre las cuales está sentada la ramera son la multitud de los pueblos. Los diez cuernos y la bestia, llenos de odio contra esa ramera, la despojarán, devorarán sus carnes y la quemarán. Dios les ha inspirado ese designio, para cumplir lo que él ha anunciado. La mujer es la gran ciudad que ejerce el reinado universal (15-18).

18. La magnitud del *terremoto,* más terrible que los precedentes (6: 12; 11:13), es caracterizada en términos que recuerdan a Dan. 12:1.

19. *La grande ciudad,* según la mayor parte de los intérpretes, es Roma, a la que el autor llama, en este mismo versículo, *Babilonia la grande.* Mas esta expresión designa a Jerusalén en 11:8; ahora bien: se trata aquí del mismo juicio universal y definitivo que tendrá lugar al final del tiempo de las naciones (11:2.) Este coincide con el tiempo en que la bestia dominará (13:5). El terremoto no destruye *la grande ciudad;* pero la *divide en tres partes,* es decir probablemente que el suelo sobre que está edificada se hiende y tres grandes grietas se producen, en las cuales la décima parte de la ciudad y siete mil hombres son engullidos, según 11:13. Lo que prueba que se trata aquí realmente de Jerusalén es que a *la grande ciudad* son opuestas *las ciudades de las naciones;* ellas se *desplomaron,* fueron completamente destruidas por el terremoto. Entre esas ciudades de las naciones, hay una que el vidente distingue, es *Babilonia la grande,* cuya caída va a describir minuciosamente, (Cap. 17 y 18). Así el pensamiento sigue una marcha continua; el autor no vuelve a Babilonia después de haberla mencionado una primera vez como *la grande ciudad. Dios se acordó de Babilonia.* El verbo está en pasiva en griego: Babilonia la grande *fué traída a la memoria delante de Dios. Para darle la copa del vino del furor de su ira,* comp. 14:10, nota.

20. Según unos, es éste todavía un detalle de la ruina de Babilonia: a consecuencia del terremoto, *las islas,* en las cuales Roma tenía su asiento (según la costumbre oriental de llamar *islas* a los países de ultramar, comp. 13:1, nota), y *los montes,* las siete colinas (17:9), sobre las cuales estaba edificada, desaparecen. Según otros, el juicio se extiende y hiere la tierra entera, como en 6:14.

21. Los *pedriscos* de este *grande granizo* (11:19) pesaban unos treinta kilogramos, tanto como las más grandes piedras lanzadas por las máquinas de sitio de los antiguos. (Josefo, *Guerra de los Judíos,* 5, 6, 3.) Por *grande* que fuera *esta plaga, los hombres,* en lugar de arrepentirse, *blasfemaron de Dios.* La gracia sola, no el castigo, cambia el corazón. (Comp. v. 9, nota).

XVII Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas [1], y habló conmigo diciendo: Vén, te mostraré el juicio de la grande
2 ramera [2] que está sentada sobre muchas aguas [3] con la que han fornicado los reyes de la tierra, y se han embriagado los que ha-
3 bitan la tierra del vino de su fornicación [4]. Y llevóme en espíritu

1. *Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas* muestra a Juan la visión siguiente. Esta visión no es pues más que el desarrollo de uno de los efectos ya mencionados en la séptima copa: "Dios se acordó de Babilonia la grande, para darle la copa del vino del furor de su ira" (v. 19). El autor no dice cuál de los siete ángeles *vino* lo suficientemente cerca de él para poder *hablar con él;* mas de las palabras que el ángel pronuncia, resulta que es el último.

2. El epíteto de *grande ramera* es dado aquí por primera vez a Babilonia (v. 5); mas lo que se había dicho de ella, en 14: 8, preparaba al lector a oirla designar así. Comp. v. 2.

3. Rasgo tomado, según unos, de la situación geográfica de la Babilonia del Eufrates (Jer. 51:3); según otros, de la circunstancia de que Roma salía, para el vidente, del grande mar de occidente. (13:1, nota). Sea cual fuere el origen de este rasgo, la explicación dada en el v. 15 muestra que las *muchas aguas* simbolizan la multitud de los pueblos.

4. La *fornicación* es una expresión figurada para designar la idolatría y especialmente los homenajes divinos

a un desierto [5]; y vi una mujer sentada sobre una bestia escarlata, llena de nombres de blasfemia, teniendo siete cabezas y diez 4 cuernos [6]. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata, y adornada con oro y con piedras preciosas y con perlas [7], teniendo una copa de oro en su mano llena de abominaciones y de las 5 impurezas de su fornicación [8]; y sobre su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la grande, la madre de las rameras 6 y de las abominaciones de la tierra [9]. Y vi la mujer ebria de la

tributados a Roma y al emperador (13:7, 8, 14, 15). *El vino de su fornicación* es la figura tomada de Jer. 51:7 y empleada ya en Apoc. 14:7.

5. El vidente es puesto de nuevo en éxtasis, *en espíritu*, comp. 1:10; 4:2. Aquí empieza pues una nueva visión. *Al desierto* es *llevado* para ver a Babilonia, sea porque la Babilonia del Eufrates estaba situada más allá del desierto de Siria (Isa. 21:1), sea más bien porque ese *desierto*, en que aparece al vidente, es un presagio de la suerte que se le reserva (v. 16; 18:2, 19).

6. *La mujer* es la Babilonia del Apocalipsis, la ciudad de Roma. Está *sentada sobre una bestia escarlata*, que lleva así su librea. Este color es la insignia del dominio (Mat. 27:28), más bien que la señal de la sangre derramada por la bestia (v. 6.) La bestia es el imperio romano según 13:1. La gloria de la ciudad de Roma descansa en el imperio de que es capital. Los *nombres de blasfemia* ya mencionados en 13:1 son indicados antes de las *cabezas* y los *cuernos*, porque representan el crimen principal de Roma, por el cual va a ser castigada (v. 2, nota). En la continuación de la visión (v. 9) será explicado al vidente lo que figuran las *siete cabezas* y los *diez cuernos*.

7. El autor reanuda la descripción de la mujer. Está *vestida de púrpura y de escarlata y* (gr.) *dorada de oro y de piedra preciosa y de perlas*: símbolos de su opulencia (Luc. 16:19 y de su dignidad real (Ezeq. 28:13).

8. El uso que ella ha hecho de esta *copa* ha sido indicado ya en 14:8; la ha presentado a los pueblos y les ha hecho beber de ella hasta embriagarlos. La copa está *llena de las abominaciones y de las impurezas de su fornicación*. (*A, minúsc.*, vers. *Q* tiene: de la fornicación *de la tierra*. *Sin.*: de la fornicación *de sí misma y de la tierra*.) La *fornicación* designa ante todo la idolatría y el culto tributado a los emperadores (v. 2, nota); mas la descripción detallada que se hace de ella podría encerrar también una alusión a la corrupción de las costumbres, de que la ciudad de Roma era uno de los principales focos. Si las palabras *abominaciones* y *fornicaciones* son a menudo empleadas en sentido figurado y aplicadas al culto de los falsos dioses, es porque ese culto acarreaba casi siempre las impurezas morales que son la consecuencia de la adoración de la criatura.

9. *Sobre su frente* (13:16, nota) estaba *escrito un nombre, un misterio*, es decir un nombre que no se debe entender en sentido recto, sino en sentido espiritual, alegórico (11:8, nota); constituye *un misterio*, que será revelado presto al vidente (v. 7.) *Babilonia* es llamada *la madre de los impúdicos* (el vocablo griego puede ser masculino o femenino: se lo traduce por *fornicarios* o por *rameras*) *y de las abominaciones de la tierra*, porque el ejemplo que ella da

sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús; y 7 admiréme, habiéndola visto, de grande admiración [10]. Y me dijo el ángel: ¿Por qué te has admirado? yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la lleva, que tiene las siete cabezas y 8 los diez cuernos [11]. La bestia que has visto era, y no es; y debe subir del abismo y va a perdición; y se admirarán los que moran sobre la tierra, cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida desde la fundación del mundo, viendo la bestia, porque era y no 9 es y estará presente [12]. Aquí está el entendimiento que tiene sa-

y la influencia que ella ejerce, como capital del imperio, arrastra a todos los pueblos a su culto idólatra y a su corrupción moral.

10. Después de haber mostrado a Babilonia que embriagaba a los habitantes de la tierra (17:2; comp. 14:8), Juan la ve a su vez *ebria de la sangre de los santos y de los testigos de Jesús*. Esta última figura no se encuentra en otro lugar de las escrituras. Los *santos* y los *testigos* (gr. *mártires*) *de Jesús* pueden ser las mismas personas, designadas según su condición moral y la vocación común a todos los cristianos primero, luego según el testimonio que tuvieron que dar en medio de un mundo hostil. Pero podría ser también que el primero de estos términos designara a los cristianos en general, el segundo a los apóstoles Pedro y Pablo, que terminaron su carrera con su martirio en Roma. Hay en efecto, en este versículo, una alusión evidente a las persecuciones ejercidas en Roma contra los cristianos, y especialmente a las crueles ejecuciones ordenadas por Nerón en el 64. Estas tuvieron resonancia en toda la cristiandad, y el *grande asombro*, de que el vidente es *presa*, es como una prolongación del estupor causado por ese hecho terrible.

11. Comp. v. 3-5.

12. En lugar de las palabras: *y será presente*, el texto recibido tiene: *aunque es*. Estas palabras no se encuentran en ningún documento y no son sino una falta de la edición de Erasmo (1516). La mayor parte de los intérpretes identifican *la bestia* que *fué y ya no es, y debe subir del abismo*, con la "cabeza herida de muerte y cuya llaga mortal fué curada" de 13:3, y con aquel de los "siete reyes", que ya no es" pero que volverá como "el octavo" (17:10, 11); ven en ella a Nerón resucitado. (Comp. 13:3 nota). Mas esta interpretación pone grande confusión en las figuras empleadas: 1º desconoce que Nerón es designado, en el v. 10, como una de las siete cabezas de la bestia descrita en el v. 8. 2º Tiene por resultado esta concepción inverosímil de que la bestia *que lleva a la mujer* (la ciudad de Roma) sería un emperador. Este último detalle muestra que *la bestia*, en el v. 8, no podría ser un individuo, ni Nerón o uno de los Césares contemporáneos del Apocalipsis, ni el Anticristo, sino un ser colectivo, el imperio romano, como en 13:1-3. Aquí, sin embargo, no se trata del imperio en sí mismo. Por graves que fueran la crisis provocada por el suicidio de Nerón y las guerras civiles entre los generales que se disputaban el poder, Juan no podía decir del imperio: *era y ya no es*. Por otra parte, en el momento en que escribía, Vespasiano había restablecido el orden y refirmado el trono imperial. *La bestia*, en nuestro pasaje, es pues más especialmente *el imperio perseguidor* de la Iglesia, tal cual se ha-

biduría: Las siete cabezas siete montes son, donde la mujer está 10 sentada sobre ellos[13]; y siete reyes son: los cinco han caído, el uno es, el otro aún no ha venido, y cuando hubiere venido es 11 necesario que quede poco tiempo. Y la bestia que era y no es, también ella misma es un octavo, y de los siete es, y va a perdi-12 ción[14]. Y los diez cuernos que has visto, diez reyes son, los cuales

bía mostrado en tiempos de Nerón, cuando la ciudad de Roma se había "embriagado de la sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús" (v. 6). Este imperio perseguidor *ya no es*, pues bajo los primeros sucesores de Nerón, los cristianos gustaron algunos años de reposo; mas *reaparecerá; la bestia, que fué y no es, debe subir del abismo*, suscitada por las potencias diabólicas (9: 1 y sig.) Una persecución general estallará (13:7, 15), que será tan terrible, que *los habitantes de la tierra se asombrarán viendo la bestia*, todos aquellos por lo menos *cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida* (13:8). Estos últimos, siervos del Cordero inmolado, discípulos de un maestro crucificado, saben que no deben asombrarse si el mundo los aborrece (Mat. 10:17 y sig.; 24:9; Juan 15:18 y sig.) y que a través de muchas tribulaciones es como entrarán en la vida, (Act. 14:22: Juan 16:33; Apoc. 7:14). Pero esa grande persecución será el último esfuerzo de la bestia: *se va a la perdición.* El imperio perseguidor perecerá por las tentativas mismas que habrá hecho para aplastar al cristianismo.

13. El autor hace nuevamente (comp. 13:18) un llamado a la *inteligencia que tiene sabiduría*, para la explicación que va a dar de las *siete cabezas de la bestia.* Da de ellas hasta dos explicaciones. Las *siete cabezas* figuran *siete montes sobre los cuales está sentada la mujer.* No se podría decir más claramente que *la mujer* (v. 1-6), es Roma, la ciudad construida sobre siete colinas. Esta indicación precisa se opone a todas las aplicaciones que se ha tentado hacer de este símbolo a la Iglesia caída; prueba que el autor tenía en vista el imperio y su capital. Hay que observar también que esta primera explicación se aparta del significado atribuido a las cuatro bestias de Daniel (7:3-7) que representaban cuatro reyes (Dan. 7:17) o reinos (Dan. 7: 23); este sentido debía naturalmente pasar a las *siete cabezas* de la bestia del Apocalipsis, puesto que esas siete cabezas son la suma de las cabezas de los cuatro animales de Daniel 7: 3-7. (Comp. Apoc. 13:1, nota). A este sentido, más conforme a la tradición, vuelve el autor en su segunda explicación de las siete cabezas (v. 10). Si hace este paralelismo entre las siete cabezas de la bestia y las siete colinas de la ciudad de Roma, es porque ha encontrado en la coincidencia del número de cabezas y del de las colinas, el indicio por el cual ha reconocido que las siete cabezas no representaban siete reyes que gobiernan reinos diferentes, sino siete emperadores de Roma.

14. Se explican estos versículos de dos maneras. I. Los *siete reyes* son, como los cuatro reyes de Daniel (7: 17, 23), reinos, imperios, que ocupan sucesivamente la escena de este mundo. Se establece su nomenclatura como sigue (*Kübel*): Asiria (Nimrod), Babilonia (Nabucodonosor), Medos y Persas (Ciro), Grecia (Alejandro), Siria (Antíoco Epifanes). He ahí *los cinco* que *han caído.* Se observa que este término se entiende mejor del derrumbe de un imperio que de la muerte de un emperador (14:8; 16:19;18:2.) El sexto, que *es*, sería el imperio romano, que estaba aún en pie y dominaba sobre todo el

aún no han recibido reino, sino que autoridad como reyes por

mundo conocido en el tiempo en que Juan escribía. El séptimo *rey*, que *aún no ha venido*, y que, *cuando hubiere venido, debe quedar poco tiempo* es muy diversamente interpretado; hasta se niegan a interpretarlo (*Kübel*). Por último, *el octavo* es el Anticristo, cuyo reinado, aún por venir, precederá al fin. Reproducirá los caracteres del sexto imperio, del imperio romano, tal cual se mostró bajo Nerón, del que el Anticristo será la reencarnación· Por esto el *octavo rey* es identificado (v. 11) con *la bestia que era y que ya no es*, y designado como *uno de los siete.* Esta interpretación extiende el cuadro profético de modo de hacerle abarcar todo el curso de la historia hasta el fin de los tiempos; evita el atribuir a Juan un error de perspectiva, según el cual habría esperado el fin del imperio y del mundo en un porvenir cercano. Pero da lugar a varias objeciones: 1º El fundamento que pretende hallar en Dan 7 es incierto. Se sabe cuán diversamente son explicadas las cuatro bestias de Daniel. Por otra parte, el Apocalipsis se apartaría de Daniel, pues contaría cinco monarquías antes del imperio romano. 2º Los intérpretes que adoptan este sistema nada absolutamente determinan en cuanto al *séptimo rey.* Este imperio, que debía suceder al imperio romano y durar sólo *poco tiempo*, resultaría ser, de hecho, el que ha tenido la mayor duración, puesto que abarca todo el tiempo que ha transcurrido y transcurrirá desde la caída de Roma hasta el advenimiento del Anticristo. 3º Esta explicación es arbitraria; el sentido que da a los *siete reyes* carece de vínculo natural con el contexto, en que se trata de Roma exclusivamente. El autor tiene en vista sólo el imperio romano; lo ha indicado, como lo hemos visto (fin de la nota precedente), al aplicar primero el símbolo de las siete cabezas a los "siete montes sobre los cuales está sentada la prostituta" (v. 9). II. Somos así conducidos a ver en los *siete reyes* siete emperadores romanos. En cuanto a los *cinco que han caído*, los intérpretes concuerdan generalmente en enumerarlos como sigue: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. En cuanto al sexto, las opiniones divergen. Varios ven en él el sucesor inmediato de Nerón, Galba, que reinó desde el 9 de Junio del 68 hasta el 15 de Enero del 69. Durante el corto reinado de este emperador habría sido escrito el Apocalipsis. El séptimo rey, que *debe quedar poco tiempo*, sería Otón o Vitelio, los competidores de Galba. Por último Juan habría esperado como el *octavo* a Nerón, reapareciendo después de su retiro entre los partos o resucitado de los muertos, según la forma de esa fábula popular que aceptaría. Este octavo rey es *la bestia que era y no es* y de la que se puede decir que era *uno de los siete*, puesto que había reinado ya como el quinto de la serie. Los que no pueden admitir que el autor del Apocalipsis haya creído la absurda fábula del regreso de Nerón, nacida de la superstición popular, piensan que substituye a esa fábula la profecía del advenimiento del Anticristo, del que Nerón habría sido el prototipo (13:3, nota). Pero toda la hipótesis de la composición del Apocalipsis en tiempo de Galba, que sería el sexto rey, nos parece extremadamente disputable. Según el texto, ese sexto rey, durante cuyo reinado el autor escribe, ha tenido un reinado de duración normal. Su sucesor es quien *debe quedar poco tiempo.* El reinado de Galba no presenta tal contraste con los reinados de sus dos competidores, sea Otón, sea Vitelio. Y sobre todo, nos parece inadmisible que Juan haya anunciado que el regreso de Nerón, o el advenimiento del Anticristo, tendría lugar inmediata-

mente después del reinado de Galba. El acontecimiento habría desmentido su profecía. El mismo habría podido comprobarlo, pues vivió aún unos treinta años; y entonces, ¿habría dejado circular un libro que tenía por base en gran parte un error? Mucho más natural es suponer que, en la enumeración de los emperadores, no tiene en cuenta el interregno que siguió a la muerte de Nerón, y durante el cual el imperio romano le pareció como la bestia que ha recibido una herida mortal (13:3, nota). El sexto rey es para él Vespasiano, el restaurador de la potencia imperial. El séptimo es Tito, que sólo debía reinar *poco tiempo,* y el octavo Domiciano. El carácter sombrío, cruel, ambicioso de este segundo hijo de Vespasiano se había afirmado en la lucha contra Vitelio en que, como lo dice Suetonio (*Domiciano* 1), "había desplegado en el ejercicio del poder tanta licencia y violencia que había mostrado ya lo que había de ser". El mismo historiador (*Tito* 9) refiere que Domiciano no cesaba de tender lazos a su hermano Tito. Guiado por estos indicios, alumbrado también por el espíritu profético, Juan podía muy bien haber tenido la intuición, desde el comienzo del reinado de Vespasiano, de que Tito, su hijo mayor, no ocuparía por mucho tiempo el trono y que su sucesor, Domiciano, sería un nuevo Nerón, un tirano cruel y perseguidor. Una circunstancia confirmaba a sus ojos este presentimiento: Domiciano sería un *octavo* emperador; pasaría pues de la serie de *siete* emperadores destinados por Dios al imperio, prueba cierta de que sería una encarnación satánica de *la bestia misma,* del imperio perseguidor, tal cual *era* bajo Nerón, tal cual *ya no es* por el momento, pero tal cual reaparecerá. (Comp. v. 8, nota). El identifica este imperio con el octavo emperador al que designa como *la bestia* en sentido absoluto. Dice de ella: *es de los siete.* Se invoca sobre todo esta expresión para probar que creía en el regreso de Nerón. Puede significar: "es del número de los siete". Comp. Act. 21:8. Pero si Juan hubiera querido referir un hecho tan inaudito como la reaparición de uno de los emperadores difuntos, ¿no habría debido decir más explícitamente: es *uno* de los siete? En cambio la expresión empleada, en la que se encuentra una preposición que indica la procedencia, significa más bien que el emperador en quien la bestia es encarnada es de la raza de los siete, que procede de ellos, que posee su carácter y su dignidad. Por último Juan añade: *Va a perdición,* queriendo indicar con ello que Domiciano sería el último de los emperadores y que el imperio terminaría con él, porque el Señor volvería para aniquilar toda potencia opuesta a la suya y asegurar el triunfo de su Iglesia. En esta última predicción, encontramos el mismo defecto de perspectiva que se comprueba en la mayor parte de las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento. Los videntes confundían las diversas fases del cuadro en que el porvenir les era revelado; percibían, como sucediéndose inmediatamente, hechos que un intervalo de varios siglos debía separar. Por un error semejante los dos primeros evangelistas, omitiendo "los tiempos de las naciones" (Luc. 21:24), hacen decir a Jesús que su regreso glorioso acaecería "inmediatamente después" de la ruina de Jerusalén por los romanos (Mat. 24:29 y sig.; Mar. 13:24 y sig.) Juan, que, con toda la Iglesia primitiva, creía en la inminencia del regreso de Cristo, podía muy bien esperarle durante el reinado de Domiciano. La esperanza que alimentaba, y con la cual levantó el ánimo de las iglesias perseguidas, encerraba una parte de verdad. El acontecimiento la ha confirmado, en cuanto la victoria final ha sido de la Iglesia, las potencias hostiles, por formidables que fueran, han sido aniquiladas, y el imperio romano se

13 una hora reciben con la bestia [15]. Estos tienen un solo propósito,
14 y dan su potencia y su autoridad a la bestia [16]. Estos contra el Cordero guerrearán, y el Cordero los vencerá, porque Señor de señores es y Rey de reyes, y los que están con él llamados y ele-
15 gidos y fieles son [17]. Y me dice: Las aguas que has visto, donde la ramera está sentada, pueblos y multitudes son, y naciones y
16 lenguas [18]. Y los diez cuernos que has visto y la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y asolada la harán y desnuda, y comerán
17 sus carnes, y la quemarán con fuego [19]; porque Dios puso en sus

fué a la perdición por la acción misma de los emperadores que tentaron de extirpar el cristianismo persiguiéndolo. (Comp. v. 8, nota).

15. Los *diez cuernos* de la bestia (13:1; 17:3) tenían necesidad de ser explicados, como las siete cabezas. La explicación que el autor da de ellos es obscura. *Son diez reyes,* dice. Si son representados por cuernos, y no por cabezas, es porque *no han recibido aún reino,* sino solamente un poder real, una *autoridad como reyes, por una hora, con la bestia.* Los intérpretes que han visto en los siete reyes una sucesión de reinos, consideran del mismo modo los diez cuernos, conforme a Daniel 7:24, como diez reinos que se levantarán sucesivamente. Mas en la continuación del cuadro del Apocalipsis, los *diez reyes* parecen ser contemporáneos de la bestia, a la cual confieren el poder (v. 13), y con la cual se alían para hacer la guerra al Cordero y por último para destruir a Roma. Parece pues más conforme a los datos del texto admitir que Juan ha visto en ellos a diez tenientes imperiales, o a los procónsules que estaban al frente de *las diez* provincias senatoriales y que eran renovados de año en año. Por esto dice de ellos: *reciben autoridad como reyes, con la bestia, por una hora.* Si los llama *reyes que aún no han recibido reinos,* no quiere decir que todos ellos son destinados a recibir. Mas él había visto a tres de esos tenientes imperiales vestir la púrpura; podía pues considerarlos como candidatos eventuales al trono.

16. Los gobernadores de provincia (nota precedente), en lugar de procurar conquistar el poder supremo cada uno por su cuenta, *tienen,* por una dispensación de Dios (v. 17), *un mismo propósito;* están de acuerdo entre sí para elevar sobre el trono a Domiciano; *dan su potencia y su autoridad a la bestia.*

17. Los tenientes del emperador en las provincias ordenaron y dirigieron a menudo las persecuciones contra los cristianos, como lo muestra, entre otras, la célebre correspondencia de Plinio el Joven con el emperador Trajano. El apóstol ve en ellos los principales agentes de la gran persecución final; mas no alcanzarán su propósito (v. 8 y 11, notas); el Cordero los vencerá, *pues es el Señor de los señores y el Rey de los reyes,* y tiene por aliados a *llamados y elegidos y fieles,* que estarán firmes hasta la muerte (2:10).

18. *Y me dice*: es el ángel que ha hablado al vidente, desde el v. 7, y le ha explicado el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva. En los v. 8-14, ha dicho principalmente lo que concernía a la bestia, vuelve ahora a la mujer. *Las aguas sobre las cuales está sentada* (v. 1, 3ª nota) representan los pueblos diversos sobre los cuales Roma ha extendido su dominio.

19. Después de haber recordado la potencia de Roma (v. 15), el ángel anuncia su ruina: tendrá por auto-

corazones ejecutar el propósito de él, y ejecutar un solo propósito, y dar su reino a la bestia, hasta que sean cumplidas las pa-
18 labras de Dios [20]. Y la mujer que has visto es la grande ciudad, la que tiene autoridad real sobre los reyes de la tierra [21].

B. 1-24. LA CAÍDA DE BABILONIA ANUNCIADA. — 1º *El ángel que proclama su ruina.* Juan lo ve descender del cielo con esplendente gloria. Su voz potente publica que Babilonia se ha vuelto guarida de demonios en el desierto, porque ha arrastrado a las naciones a la idolatría y a la corrupción, y ha enriquecido los mercaderes con su lujo (1-3). — 2º *Invitación a los cristianos a salir de Babilonia.* El Señor ordena a su pueblo salir de ella, para no tener parte ni en sus pecados ni en su castigo. Recibirá dos veces el salario de sus iniquidades; en la medida en que ella ha vivido en el lujo y se ha jactado con soberbia, estará en tormento y duelo, pues Dios, que la ha juzgado, es poderoso (4-8). — 3º *Lamentos de la tierra y gozo del cielo sobre ella.* Los reyes, cómplices de sus fornicaciones, lloran a distancia por su repentina ruina. Los mercaderes llevan luto, pues nadie compra ya sus géneros preciosos, que el autor enumera. Los navegantes, al ver el incendio de la gran ciudad, arrojan polvo sobre su cabeza. El cielo es invitado a regocijarse; los santos igualmente, pues Dios les ha hecho justicia (9-20). — 4º *La destrucción total de Babilonia es anunciada por un acto simbólico, luego descrita y motivada.* Un ángel arroja una gran muela en la mar, diciendo: Así desaparecerá Babilonia. No se oirá más en ella ni el ruido de las fiestas, ni el del trabajo, ni la voz del amor; porque sus mercaderes se han vuelto príncipes, porque todas las naciones han sido engañadas por sus encantamientos y porque se ha hallado en ella la sangre de los profetas, de los santos y de todas las víctimas del mundo entero (21-24).

XVIII Después de estas cosas ví otro ángel descendiendo del cielo, teniendo grande poder; y la tierra fué iluminada de su gloria.
2 Y clamó con fuerte voz diciendo: Caído ha, caído ha Babilonia la grande, y hase vuelto morada de demonios y prisión de todo

res *los diez cuernos y la bestia,* es decir los diez gobernadores que se han conjurado para hacer a Domiciano emperador, y que marcharán con él contra Roma. La reducirán a *desierto* (comp. v. 3, 1ª nota), *y la consumirán por el fuego,* renovando, agravándola, la hazaña de Nerón, que había incendiado su capital.

20. Sólo son los ejecutores del plan de Dios. Dios es quien ha creado entre esos ambiciosos, naturalmente rivales, el acuerdo admirable gracias al cual tienen *un mismo designio*: *dar su reino a la bestia.* Mas el reinado de ésta subsistirá solamente *hasta que las palabras de Dios,* es decir las profecías relativas a la caída de Babilonia (cap. 18) *sean cumplidas.*

21. Este versículo da por fin la llave del "misterio de la mujer", v. 7. *La grande ciudad que tiene realeza sobre los reyes de la tierra* es una perífrasis por la cual los escritores de la época, paganos o judíos, designaban a Roma. Esta designación, tan categórica, se opone a las hipótesis de los que ven en la *mujer* la iglesia caída.

espíritu impuro y prisión de toda ave impura y aborrecida [1];
3 porque del vino del furor de su fornicación han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra con ella han fornicado, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido por la potencia de su
4 fausto [2]. Y oí otra voz del cielo, diciendo: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis copartícipes de sus pecados, y para que
5 de sus plagas no recibáis [3]; porque sus pecados se han acumulado
6 hasta el cielo, y ha recordado Dios sus iniquidades. Retribuidle como ella también ha retribuído, y dobladle el doble según sus obras; en la copa en que ha vertido, verted para ella el doble;
7 cuanto se ha glorificado y vivido en lujuria, tanto tormento y duelo dadle [4]. Porque en su corazón dice: Reina estoy sentada,

1. Todo en la aparición de éste ángel, que *desciende del cielo* y que *tiene grande potencia,* denota un ángel de un orden superior. En él resplandece la santidad y la majestad de Dios: *toda la tierra fué iluminada de su gloria.* (Comp. Ezeq. 43:2.) Así todos los habitantes de la tierra fueron atentos a su aparición, y oyeron todos la nueva que el ángel *clamó con voz fuerte.* La caída de Babilonia había sido ya publicada en el cap. 14:8. (Comp. Isa. 21:9.) Su suerte es descrita en términos semejantes a aquellos en que los profetas habían anunciado la ruina de la Babilonia de las márgenes del Eufrates (Isa. 13:19-22; 34:11-14; Jer. 50:39.) Háse tornado en *morada de demonios* (así traducen los Setenta la palabra: "machos cabríos", en Isa. 13:21), en *prisión de todo espíritu impuro,* pues contra su voluntad reside el espíritu inmundo en los lugares desiertos. (Comp. Mat. 12:43.)

2. Todas las naciones *han bebido del vino...* es la lección adoptada por la mayor parte de los editores, bien que *Sin., A, C, Q* tengan: *han caído por efecto del vino...* A los dos agravios ya mencionados en 14:8 y 17:2 (véase las notas), se añade un tercero: *los mercaderes de la tierra se han enriquecido por la potencia de su fausto* que hacía la fortuna de esos traficantes encargados de proveer a sus múltiples e insaciables exigencias. (Comp. Ezeq. 27:3-25.)

3. Esta *otra voz* es la voz de Cristo (10:4; 14:13.) Las palabras que pronuncia llegan hasta el v. 8 inclusive. Invita a *su pueblo* (Tito 2:14) a *salir* de Roma, lo mismo que precedentemente ordenaba a sus discípulos salir de Jerusalén destinada a la destrucción (Apoc. 12:6, nota; Mat. 24:16 y sig.; comp. Jer. 51:6, 45; Gén. 19:12-15.) Deben salir de la ciudad maldita, no solamente para no ser englobados en su ruina, sino por temor de que vengan a *participar de sus pecados* (2ª Cor. 6:17.)

4. *Sus pecados se han acumulado hasta el cielo* (Esdr. 9:6) *y Dios se ha acordado* (Apoc. 16:19) *de sus iniquidades.* Dice literalmente el griego: "sus pecados *han sido encolados* hasta el cielo." Holtzmann estima que esta expresión presenta la figura de pecados inscriptos en un libro, cuyas hojas de papiro, *encoladas* unas a otras, forman un rollo que se extiende *hasta el cielo.* La orden de los v. 6 y 7 (comp. Isa. 40:2; Jer. 50:29; Sal. 137:8) no es dada a los cristianos, al pueblo de Cristo, que ha abandonado la ciudad (v. 4), sino a los ejecutores de los juicios de Dios, a la bestia y a los reyes aliados (17:16, 17). Todas las *mayúsc.* tienen (v. 6): *como ella ha retribuído;* el

8 y viuda no soy, y duelo de cierto no veré; por esto en un solo
día vendrán sus plagas, muerte y duelo y hambre, y con fuego
será quemada; porque fuerte es el Señor Dios que la ha juzgado [5].
9 Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra que
con ella han fornicado y vivido en lujuria, cuando vieren el hu-
10 mo de su incendio, lejos estando de allí por el temor de su tor-
mento, diciendo: ¡Ay! ¡ay! ¡la grande ciudad, Babilonia, la ciu-
11 dad fuerte! ¡porque en una sola hora venido ha tu juicio [6]! Y los
mercaderes de la tierra [7] lloran y están de duelo sobre ella, por-
12 que su cargamento no compra más nadie: cargamento de oro y
de plata, y de piedras preciosas y de perlas, y de lino fino y de
púrpura y de seda y de escarlata; y toda madera de tuya y todo
vaso de marfil, y todo vaso de madera muy preciosa y de bronce
13 y de hierro y de mármol; y cinamomo y amomo, y aromas y un-
güento e incienso, y vino y aceite, y flor de harina y trigo, y bes-
tias de carga y ovejas; y (cargamento) de caballos y de carros
14 y de esclavos; y almas de hombres [8]. Y los frutos que deseaba tu

texto recibido (*minúsc.*): como ella *os* ha retribuído.

5. Este lenguaje lleno de seguridad es ya atribuído a Babilonia en Isaías 47:7-9. *Poderoso es el Señor Dios que la ha juzgado,* es la lección de *C, Q, mayúsc.,* versiones. *Sin.* tiene: "poderoso es *el Dios, el Señor* que la ha juzgado." *A* y la Vulgata omiten la palabra: *Señor* y tienen simplemente: *Dios que la ha juzgado es poderoso.*

6. A la sentencia pronunciada desde lo alto del cielo (v. 2-8), responden lamentaciones sobre la tierra. *Los reyes de la tierra* no son evidentemente los diez reyes encargados de la destrucción de Babilonia (17:12, 16, 17), sino los otros reyes que se han dejado engañar por ella y han seguido el ejemplo de su idolatría y de su corrupción (17:2, 4, notas.) Los "principales de la mar" se lamentan igualmente de Tiro en Ezequiel 26:16-18.

7. El lamento de los mercaderes (comp. v. 3, nota) tiene su paralelo en Ezequiel 27.

8. Estos productos diversos, que afluían a Roma de todos los países del mundo, son enumerados para hacer resaltar, por una parte, el lujo y los deleites de la grande ciudad (v. 3, 7, 14); y por la otra, las pérdidas sufridas por los mercaderes que se enriquecían con su tráfico y no saben ya a quién vender sus mercancías (v. 11.) *La madera de tuya* (v. 12) era la madera odorífera del cedro blanco [*Thuja occidentalis* L.]. El *cinamomo* (v. 13) es una especie de aroma. El *amomo* designa una planta que crece en Asia y de la que se sacaba un perfume precioso. La autenticidad de las palabras: *y amomo* es garantida por *Sin., A, C, minúsc.,* vers. Los *cuerpos* y las *almas de hombres* son, según la mayor parte de los intérpretes, una doble designación de los *esclavos.* La segunda se encuentra también en Ezequiel 27:13. La primera se aplicaría más especialmente, ora a gladiadores, ora a rameras. Pero es más *probable que* los *cuerpos* designen a los conductores de los carros, porque ese vocablo está en griego, en el mismo caso que los vocablos *caballos* y *carros.*

alma se han ido de ti, y todas las cosas delicadas y espléndidas
15 han perecido para ti, y de cierto no las encontrarán más [9]. Los
mercaderes de estas cosas, que por medio de ella se han enrique-
cido, lejos de allí estarán por el temor de su tormento, llorando
16 y estando de duelo, diciendo: ¡Ay! ¡Ay! ¡la grande ciudad, la
vestida de lino fino y de púrpura y de escarlata, y adornada con
17 oro y piedras preciosas y perlas! porque ¡en una sola hora esta
riqueza tanta ha sido asolada [10]! Y todo patrón, y todo el que a
un lugar navega, y marineros, y cuantos del mar viven [11], lejos
18 de allí se estuvieron, y clamaban viendo el humo de su incendio, di-
19 ciendo: ¿Cuál es semejante a la grande ciudad? y echaron polvo
sobre sus cabezas [12], y clamaban llorando y estando de duelo, dicien-
do: ¡Ay! ¡Ay! ¡la grande ciudad, en la que se han enriquecido todos
los que tenían sus naves en la mar, por su opulencia! porque ¡en
20 una sola hora ha sido asolada! ¡Regocíjate sobre ella, cielo, y
vosotros santos y apóstoles y profetas! ¡porque Dios ha vindica-
do vuestra causa sobre ella [13]!

21 Y alzó un ángel fuerte una piedra como grande muela, y la echó
a la mar diciendo: Así, con ímpetu, será arrojada Babilonia, la

9. Este versículo, con el discurso directo dirigido a Babilonia, interrumpe manifiestamente la descripción del desastre sufrido por los mercaderes. El v. 15 se conecta estrechamente al v. 13. Se conjetura que el v. 14 se encontraba originariamente después de estas palabras del v. 23: "la voz del esposo y de la esposa no será más oída en ti".

10. Comp. v. 11, 12; 17:4.

11. Tercera clase de hombres que sacaban su provecho de Babilonia y que lamentan su ruina. Figuran también en Ezequiel 27:26 y sig. El texto no tiene: "los que navegan a *ese* lugar" (Roma), como tienen la mayor parte de nuestras versiones, sino, a *un* lugar", hacia un puerto determinado que es el término de sus viajes o el puerto de partida de su navío. Act. 27:30 explica esta expresión.

12. Hay una amarga ironía en su exclamación (v. 18) que es propiamente una frase de admiración (13:4.) Babilonia no tiene semejante en su ruina presente, como en su esplendor pasado. *Arrojar polvo sobre su cabeza* era manifestar su dolor y su duelo (Ezeq. 27:30) por *el incendio* de Babilonia comp. v. 9; Isa. 34:10.

13. Gr. *Porque Dios ha juzgado, sacando de ella vuestro juicio;* ha cumplido sobre ella el juicio por el cual se os hace justicia. En lugar de: *los santos y los apóstoles, C, minúsc.,* el texto recibido tienen: *los santos apóstoles.* ¡Qué contraste entre las lamentaciones que preceden y el *gozo* a que son invitados los habitantes del *cielo* (comp. 12:12) y *los santos,* los cristianos en general, *y,* en particular, *los apóstoles y los profetas* (del nuevo pacto) cuya sangre Roma ha derramado en abundancia! (16:6; 17:6.) El gozo que experimentan por la caída de Babilonia se confunde con la adoración de los caminos de Dios, quien hace triunfar su justicia y su santidad, veladas hasta entonces por los desórdenes que crea el pecado. (Comp. 19:1-5.)

22 grande ciudad, y de cierto no será más encontrada [14]. Y voz de cantores al son del arpa y de músicos y de tañedores de flauta y de tocadores de trompeta, de cierto no será más oída en ti; y ningún artífice, de ningún oficio, de cierto no será más encontrado 23 en ti [15]; y ruido de molino de cierto no será más oído en ti [16]; y luz de lámpara de cierto no brillará más en ti, y voz de novio y de novia de cierto no será más oída en ti [17]; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra [18] porque por tu hechicería 24 fueron extraviadas todas las naciones [19]. Y en ella fué encontrada la sangre de profetas y de santos, y de todos los que han sido inmolados sobre la tierra [20].

C. 1-10. ALABANZAS A DIOS POR LA CAÍDA DE BABILONIA Y POR LAS BODAS DEL CORDERO. — 1º *Los justos juicios de Dios.* Juan oye en el cielo la voz de una numerosa multitud que canta: ¡Aleluya! Salvación y gloria pertenecen a Dios, porque ha juzgado a la ramera y vengado en ella a sus siervos. Por segunda vez, la multitud exclama: ¡Aleluya! y declara eterno el castigo de Babilonia. Los ancianos y los seres vivos se postran y adoran a Dios con un solemne: ¡Amén! ¡Aleluya! Una voz del trono invita a todos los siervos de Dios a loarle (1-5). — 2º *El triunfo del reino de Dios y las bodas del Cordero.* Juan oye la voz de una multitud, que resuena como las muchas aguas y como el trueno, y que dice: ¡Aleluya! ¡El Señor ha entrado en su reino! Regocijémonos, las bodas del Cordero han llegado, la Iglesia está lista, vestida de fino lino (6-8). — 3º *Confirmación por el ángel, que veda a Juan el adorarle.* El ángel ordena a Juan escribir de la dicha de los que son llamados a las bodas del Cordero. Le certifica la verdad de las palabras oídas. Y como Juan quiere rendirle honores divinos, le dice que es un siervo del solo Dios digno de adoración, como Juan mismo y como todos los que tienen, con el testimonio de Jesús, el espíritu de la profecía (9, 10).

14. Acción simbólica que figura la destrucción total, definitiva. Jeremías (51:63, 64) ordena a Seraías que haga en Babilonia una acción análoga.

15. Comp. Isa. 24:8 y sig.; Ezeq. 26:13.

16. No más el ruido del trabajo necesario a la vida que el acento gozoso de las fiestas (Jer. 25:10.)

17. *La luz de la lámpara* que se apaga es un rasgo tomado también de Jeremías (25:10). La *voz* del amor ha cedido lugar al silencio de la muerte (Jer. 7:34; 16:9; 25:10).

18. Comp. Isa. 23:8. Por su comercio, adquirieron fortunas principescas.

19. Comp. Nahum 3:4.

20. Este es el crimen capital de Babilonia (17:6.) Derramando *la sangre de los profetas y de los santos,* que *ha sido hallada en ella* (Ezeq. 24:7-9), ella ha coronado y consumado toda la serie de los actos de violencia cometidos *sobre la tierra.* La sangre de *todos los degollados* (gr.) *ha sido hallada* así *en ella,* y le será demandada, como la Jerusalén contemporánea del Cristo debió pagar por "toda la sangre inocente derramada sobre la tierra desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías" (Mat. 23:35).

XIX Después de estas cosas oí como grande voz de grande multitud en el cielo que decían: ¡Aleluya! ¡La salvación y la gloria y 2 la potencia son de nuestro Dios [1]! porque verdaderos y justos son sus juicios; porque ha juzgado a la grande ramera, la cual corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado en mano de 3 ella la sangre de sus siervos [2]. Y segunda vez han dicho: ¡Alelu- 4 ya! y el humo de ella sube por las edades de las edades [3]. Y se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivos y adoraron a Dios que está sentado sobre el trono, diciendo: ¡Amén! 5 ¡Aleluya [4]! Y una voz salió del trono diciendo: ¡Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, los que le teméis, los pequeños y los gran- 6 des [5]! Y oí como voz de grande multitud y como ruido de muchas

1. El texto recibido (*minúsc.*) agrega *y el honor* después de *la gloria.* Los cánticos que resuenan en el cielo (v. 1-10) celebran la ruina de Babilonia (v. 1-5) y las bodas del Cordero, que señalan el triunfo del reinado de Dios (v. 6-10). Forman así la conclusión de la visión precedente y preparan la que sigue. La caída de Babilonia era la última de las siete plagas traídas por las siete copas (16:17); ella es el hecho principal de esta visión y precede inmediatamente al regreso de Cristo y a los acontecimientos del fin (19:11 y sig.) El vidente oye *como una grande voz de una inmensa multitud.* Los que cantan no son visibles; pero Juan percibe las palabras que pronuncian. Recuerdan las que celebran la primera derrota del dragón y de sus ángeles (12:10). Mas esta vez son introducidas por un *¡Aleluya!* "¡Alabad a Jehová!" en el cual se expresa el gozo de cielo por el triunfo de la justicia de Dios. (18:20, nota). En el libro de los Salmos también, la primera vez que estalla un *Aleluya* es después de la afirmación de que "los pecadores desaparecerán de la tierra y los malos no serán más" (Sal. 104:35.). Pero su desaparición provoca las alabanzas de los elegidos y de los ángeles sólo porque hace brillar *la gloria* y *la potencia de Dios,* porque ella establece su reinado (v. 6), y procura *la salvación* a la Iglesia, que se torna en la esposa perfecta del Cordero (v. 7, 8.)

2. Esos *juicios verdaderos y justos* (16:7) motivan (*porque*) las alabanzas del cielo. La *fornicación,* es decir la idolatría, y *la sangre* derramada *de los siervos de Dios* han sido denunciadas ya (18:23, 24) como los dos grandes crímenes de *la ramera.* Gr. *Porque ha vengado la sangre de sus siervos* requiriéndola *de su mano.*

3. Este segundo *aleluya* confirma el precedente. *Su humo* es el que proviene del incendio de Babilonia (18: 9, 18.) Si se dice que *sube por los siglos de los siglos,* es porque la destrucción de Babilonia es definitiva. No se levantará de sus cenizas. (Comp. Isa. 34:10.) En 14:11, esta figura del "humo que sube por el siglo de los siglos" tiene un sentido enteramente distinto.

4. Los *veinticuatro ancianos* alaban a Dios como al fin de la tercera visión (11:16) y antes de la apertura de los sellos (5:8). Lo mismo que en esta última circunstancia, *los cuatro seres vivos* se juntan a ellos. Pero no hacen oir un cántico especial; confirman solamente el que acaba de ser cantado por la grande muchedumbre, pronunciando un solemne: "*¡Amén,* sí, así es: ! *¡Aleluya!*"

5. Esta *voz* que *salió del trono* no era la de Dios, puesto que invitaba

aguas y como ruido de fuertes truenos, que decían: ¡Aleluya! porque ha entrado en su reino el Señor, el Dios nuestro, el Todo- 7 poderoso. Gocémonos y exultemos, y demos a él la gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha preparado, 8 y hale sido dado que se vista de lino fino, espléndido, puro; por- 9 que el lino fino son los actos de justicia de los santos [6]. Y me dice: Escribe: Dichosos los que están invitados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dice: Estas palabras, de Dios son ver- 10 daderas [7]. Y me postré delante de sus pies para adorarle. Y me

a alabar a *nuestro Dios.* Por la misma razón, puede uno vacilar en ver en ella la voz de Cristo, quien, además, es celebrado como "el Cordero" en el cántico siguiente. Es pues más bien la voz de uno de los cuatro seres vivos, que se encontraban "en medio del trono y en derredor del trono" (4:6.) Una invitación semejante a *todos los siervos del Eterno* se lee en salmos 134:1; 135:1. La expresión *los pequeños y los grandes* se encuentra en 11:18; 13:16. Algunos manuscritos (*Q, A*) añaden *y* delante de *los que le teméis.* Aun si es auténtica, no resulta de ello que el autor tuviera en vista dos clases de personas: *los siervos de Dios* en sentido especial (profetas, apóstoles) y los cristianos en general. *Y* puede tener, como a menudo, el sentido de "es decir" (11:18, nota.)

6. Como en el v. 1, Juan no ve la mutitud, *oye* solamente su *voz,* que él compara al ruido de las *muchas aguas* y del *trueno.* (Comp. 14:2.) Ella alaba al *Todopoderoso* porque *ha entrado en su reino* (gr.) *ha reinado*). Comp. 11:17. Ella *se regocija y exulta, se estremece de alegría* (Mat. 5:12) por el triunfo del reino de Dios. Este triunfo es celebrado como *las bodas del Cordero,* la consumación de la unión del Mesías con la Iglesia, *su Esposa* (gr. *su mujer*), según la figura que, de los profetas, ha pasado a todos los escritores del Nuevo Testamento (Oseas 2:18; Isa. 54:4-8; Ezeq. 16:8 y sig.; Mat. 22: 2; 25:1; Efes. 5:22 23; Apoc. 21:9.) La esposa *se ha preparado* para la unión perfecta con su divino esposo permaneciéndole fiel hasta la muerte en las luchas supremas que acaba de atravesar victoriosamente. El Mesías es llamado *el Cordero* para recordar a la Iglesia que él la ha redimido con su sangre preciosa (1ª Pedro 1:19) y que sólo por efecto de esta redención puede ella aparecer a su lado "gloriosa sin mácula ni arruga sino santa e irreprensible" (Efes. 5:27.) Justificada por su gracia santificada por su espíritu, *le ha sido dado vestirse de lino fino, puro y brillante.* Este lino fino (3:18; 7: 9), según la interpretación dada por el vidente mismo, *son las justificaciones de los santos,* es decir las declaraciones por las cuales Dios reconoce y proclama la justicia de los santos. Tal es el sentido de este vocablo: *justificación* en Romanos 5: 16, 18. Otros lo entienden de las obras por las cuales los santos manifiestan su justicia. En Apocalipsis 15:4, designa las ordenanzas divinas.

7. Resulta de lo que sigue (v. 10) que un ángel es quien habla a Juan. La orden de escribir especialmente esta declaración de la dicha de los convidados recuerda a 14:13. *Los que son invitados al banquete de bodas* son los miembros de la Iglesia, que han sido justificados por la sangre del Cordero. (Nota precedente comp. Mat. 22:2.) Su asamblea es llamada la Esposa. *La cena* de bodas no significa otra cosa que *las bodas* mismas (v. 7.) La figura de las *bodas*

dice: Mira que no lo hagas; consiervo tuyo soy y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús [8]; a Dios adora. Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía [9].

VI. La victoria del Cristo, el milenio y el juicio final
(Cap. 19:11 a 20:15)

A. 11-21. **El Cristo vencedor de la bestia y de los reyes de la tierra.** — 1º *Aparición del Cristo.* Juan ve abrirse el cielo; sobre un caballo blanco aparece el "fiel y verdadero", que viene para el juicio. Tiene ojos de llama, numerosas diademas, un nombre que sólo él conoce. Su vestido está tinto en sangre. Se llama "la Palabra de Dios". Los ejércitos celestes le siguen. De su boca sale una espada; ejerce su oficio de Mesías y ejecuta los juicios de Dios. Lleva, escrito sobre su vestidura, su título de Rey de los reyes (11-16). — 2º *Las aves convidadas al festín.* Un ángel, de pie en el sol, llama las aves a hartarse de la carne de los reyes y de los hombres de

(gr. del *casamiento*) representa la unión de la Iglesia con Cristo, su esposo. El símbolo del *banquete* (gr. *cena*) evoca la idea del gozo de cada uno de los miembros de la Iglesia, quizá también la de su comunión personal con Aquel que para ellos es el pan de la vida. (Comp. 7:16; 21:6; Luc. 14:15.) Por segunda vez se dirige el ángel al vidente. Un intervalo separa las dos alocuciones. La primera encerraba una orden de escribir, la segunda una simple declaración. Esta certifica la divina autenticidad de las palabras que Juan debe escribir (v. 9 a). Otros, con menos razón, extienden la declaración a todas *las palabras* dirigidas al vidente desde 17:1, y aun al Apocalipsis en conjunto. (Comp. 21:5; 22:6)

8. Se ha dicho que la emoción experimentada por el vidente ante la solemne declaración del ángel, y ante el pensamiento de que toda la visión del porvenir ha llegado a su término glorioso, le lleva a este acto de adoración. Pero, ¿no es más natural suponer que toma al ángel que le habla por el Señor Jesús mismo? La autoridad con que afirmaba ese ángel que las palabras que acababa de pronunciar eran "las verdaderas palabras de Dios", podía hacer ilusión a Juan recordándole afirmaciones análogas del Cristo (Juan 3:34); y la palabra misma que debía escribir resumía la enseñanza que Jesús había dado en la parábola de las bodas (Mat. 22: 1 y sig.) Jesús no hubiera rechazado tal homenaje (1:17; 5:8-14); mas el ángel reprende vivamente al profeta, declarándole que es *consiervo suyo y de sus hermanos,* servidor como ellos (Hebr. 1:14; 2:16) del solo Dios adorable. (Véase prohibiciones semejantes en 22:8, 9; Act. 10:25, 26; 14: 11-15.) Estos *hermanos* del vidente son especialmente los profetas del nuevo pacto (22:9.) *Tener el testimonio de Jesús,* es, según las palabras que siguen, haber recibido el testimonio que Jesús se da a sí mismo en el espíritu de los que creen en él. (Comp. 1:2.)

9. Esta observación, que forme parte aún del discurso del ángel, o que sea una reflexión agregada por Juan, confirma la declaración del ángel de que es el compañero del vidente y de los profetas. *El testimonio de Jesús es el espíritu* mismo *de la profecía.* Todos los órganos de este espíritu, todos los *que tienen el testimonio de Jesús,* son iguales entre sí.

toda condición (17, 18). — 3º *El fin de la bestia y de sus aliados.* Juan ve la bestia y los reyes reunidos con sus ejércitos para combatir al Cristo y a su ejército. La bestia y el falso profeta, que habían engañado a los hombres, son tomados y arrojados vivos al lago de fuego. Los demás son muertos por la espada del Cristo; y las aves devoran sus carnes (19-21).

11 Y vi el cielo abierto; y he aquí, un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él que era llamado Fiel y Verdadero, y con 12 justicia juzga y guerrea [10]. Y sus ojos son llama de fuego [11], y sobre su cabeza muchas diademas [12], teniendo un nombre escrito 13 que nadie conoce sino él mismo [13]; y vestido de un manto teñido 14 en sangre [14]; y es llamado su nombre La Palabra de Dios [15]. Y los ejércitos que están en el cielo le seguían sobre caballos blan- 15 cos, vestidos de lino fino, blanco, puro [16]. Y de la boca de él sale aguda espada, para que con ella hiera las naciones; y él mismo los regirá con cetro de hierro; y él mismo huella el lagar del 16 vino del furor de la ira de Dios, del Todopoderoso [17]. Y tiene sobre su manto y sobre su muslo un nombre escrito: Rey de reyes y Señor de señores [18].

17 Y ví un ángel de pie en el sol, y clamó con grande voz diciendo a todas las aves que volaban en medio del cielo: Venid, congregaos 18 a la grande cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y carnes de jefes militares, y carnes de fuertes y carnes de caballos y de los que están sentados sobre ellos, y carnes de todos, tanto de libres 19 como de siervos, y de pequeños y de grandes [19]. Y ví la bestia, y los reyes de la tierra, y los ejércitos de ellos, congregados para hacer la guerra contra el que estaba sentado sobre el caballo y 20 contra su ejército [20]. Y fué presa la bestia [21], y con ella el falso profeta que había hecho las señales en su presencia, con las que había engañado a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que adoraban su imagen [22]; vivos fueron echados los dos

10. El *cielo abierto* es el indicio de una nueva visión que empieza (4:1; 11:19; 15:5). El Señor Jesús aparece con rasgos ya descritos (6: 2.) Es designado por los mismos términos que en 3:14. *Juzga con justicia* (Isa. 11:4), y su juicio será el *combate* la *guerra* que va a sostener (16:16 nota.) O, según otros, *combate, hace la guerra* para ejecutar sus justos juicios. Comp. sobre este juicio y sobre los que le sufren, 20:3, nota.

11. 1:14. Símbolo de su omnisciencia, y del poder que tiene de destruir todo lo que percibe de contrario a la santa voluntad de Dios.

12. Porque es el "Rey de los reyes" y el "Señor de los Señores" (v. 16) y debe vencer a la bestia y a los reyes de la tierra (v. 19.)

13. *Nadie conoce ese nombre sino él mismo,* porque es un nombre inefable, en el cual se expresará la gloria de que estará cubierto cuando regrese (3:12.) No se podría identificarlo con el nombre con que es designado en el versículo siguiente.

14. Esta *sangre* es la de sus enemigos a los que acaba de hollar en el lagar (14:19, 20; comp. Isa. 63: 1-3), y no su propia sangre que derramó para salvar a los hombres.

15. Después de la descripción del caballero, la indicación de su nombre: *la Palabra de Dios.* Este nombre característico le designa como aquel al cual tiende y en el cual se concentra toda la revelación. El es esta revelación personificada. El es quien ha hecho conocer, quien ha cumplido como Cordero, y quien va a ejecutar como Juez, el designio eterno de Dios. Aquí aparece, por primera vez, esta noción capital de *la Palabra* (gr. *el logos*), que se encontrará desarrollada en la epístola (1ª Juan 1:1) y en el prólogo del evangelio de Juan (Juan 1:1-18.)

16. Son los ángeles (Luc. 2:13) que rodearán al Cristo cuando vuelva para el juicio (Mat. 16:27; 25: 31; 26:53.) Ellos también están sobre *caballos blancos* que los señalan como vencedores, y son *vestidos de lino fino blanco y puro,* símbolo de su santidad perfecta.

17. La *espada aguda,* que *sale de su boca* (1:16), figura la sentencia irrevocable que pronunciará sobre los enemigos de Dios y que ejecutará sin remisión (Isa. 11:4; comp. 2ª Tes. 2: 8.) Así se cumplirá la profecía del Salmo 2:9 (comp. Apoc. 2:27; 12:5); *regirá las naciones con cetro de hierro.* Su juicio ejecutará el decreto de Dios, como lo muestra la vuelta a la figura del *lagar hollado,* tomada de Isa. 63:3; a esta figura ya empleada en 14:19, 20 es agregada aquí la del *vino del furor de Dios* que se encontraba en 14:10.

18. *Sobre su manto y sobre su muslo* o *cadera* quiere decir, según la mayor parte, sobre su vestido a la altura del muslo o de la cadera, de modo que estuviera en evidencia cuando el caballero pasaba. Este *nombre,* que le ha sido dado ya en 17:14, le convenía en la función que va a asumir de juez y ejecutor de los reyes y de los poderosos (v. 19.)

19. *Un ángel,* opuesto a los ejércitos celestiales (v. 14.) *En el sol,* que le circunda con el esplendor de la victoria y le hace visible a todas las miradas. La horrenda figura del *festín* al que son convidados *todas las aves* (comp. Ezeq. 39:17-20) pinta, no solamente la destrucción completa, sino el fin ignominioso de los enemigos de Dios. Ser privado de sepultura, tornarse en pasto de las aves de rapiña, era considerado por los antiguos como el colmo del oprobio. Todos los hombres, de cualquier condición que sean (comp. 6:15), que hubieren hecho alianza con la bestia (v. 19), serán entregados a ese terribe castigo.

20. *La bestia* (13:1, nota) *y los reyes de la tierra con sus ejércitos,* que han sido *congregados para hacer la guerra* (16:14-16), representan a todos los pueblos aliados del imperio romano o sujetos a su dominio. (Comp. 20:3, nota.) En lugar de: los ejércitos *de ellos, A* tiene: *sus* ejércitos, los de la bestia.

21. La lucha no es descrita, porque no se trata de una batalla propiamente dicha, sino de un juicio pronto ejecutado (16:14, nota.)

22. Con la bestia fué cogido *el falso profeta,* que era representado en 13:11 y sig. como otra bestia que subía de la tierra, que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, y a quien este título de *falso profeta* había sido ya dado en 16:13. Sus maldades son caracterizadas en los mismos términos que en el cap. 13. *El falso profeta,* como *la bestia,* no es un individuo especial. La segunda representa el poder político, el imperio romano; el primero, los sacer-

21 al lago del fuego, lago que arde en azufre [23]. Y los demás fueron muertos con la espada del que estaba sentado sobre el caballo, la que salía de su boca; y todas las aves se hartaron de las carnes de ellos [24].

B. 1-10. EL REINADO DE MIL AÑOS — 1º *Satanás atado.* Un ángel desciende del cielo; ata a Satanás por mil años y lo encierra en el abismo, para que no engañe más a las naciones hasta que se cumplan los mil años; entonces debe ser suelto por corto tiempo (1-3). — 2º *Juicio y reinado de los fieles que tienen parte en la primera resurrección.* Juan ve jueces sentados sobre tronos para juzgar a las almas de los mártires que no habían adorado la bestia. Vueltos a la vida, reinan con Cristo mil años. Los demás muertos no tienen parte en esta primera resurrección. ¡Dichosos y santos los que en ella tienen parte! Están seguros de escapar a la segunda muerte; son sacerdotes de Dios y del Cristo, asociados a su reinado por mil años (4-6). — 3º *El último asalto de Satanás. Su fin.* Desatado, va a engañar a las naciones de los extremos de la tierra, a Gog y a Magog. Ellas suben contra los santos, pero son destruidas por el fuego del cielo. El diablo se junta con la bestia y el falso profeta en el lugar de los eternos tormentos (7-10).

XX Y vi un ángel descendiendo del cielo, teniendo la llave del
2 abismo y una grande cadena sobre su mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y le ató por mil
3 años; y le arrojó al abismo, y cerró y selló sobre él, para que no engañara más a las naciones, hasta que fueran terminados los mil años [1]; después de esto es necesario que sea suelto por poco tiem-

dotes, los magos, los pretendidos sabios que sostenían el poder de Roma (Act. 13:6 y sig.) y el culto rendido al emperador.

23. *Vivos*, por oposición a los demás (v. 21). Gr. *El lago del fuego, el cual* (lago) es *ardiente en azufre.* (Comp. Mat. 5:22; Luc. 16:23.) Satanás y los reprobados serán tratados de igual manera (20:10, 15.)

24. *Los demás* son los enumerados en el v. 18. No son directamente arrojados al lago de fuego, sino entregados a la muerte física, y a una muerte ignominiosa (v. 18, nota), para pasar más tarde por el juicio final (20:11 y sig.)

1. *El ángel* tiene la llave del abismo y la cadena (gr.) *sobre* su mano. Hay que representarse los extremos de esa *gran cadena*, que cuelgan de cada lado. Se puede comparar esta aparición a la de 9:1 (véase las notas); mas aquí *el ángel* es ciertamente un ángel fiel, que va a ejecutar la orden de Dios. El *dragón* es designado por los mismos epítetos que en 12:9. (Véase la nota.) Es *atado por mil años, arrojado al abismo* (9:1, 2ª nota), que es *cerrado y sellado sobre él.* Su morada habitual se torna así para él en una cárcel. El Dios omnipotente, que, por una dispensación misteriosa, había permitido al príncipe de las tinieblas ejercer sus engaños sobre los hombres, le quita ahora su poder de perjudicar. Es la explicación dada por las palabras: *a fin de que no engañara mas a las naciones.* Se preguntará de qué

4 po [2]. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y fueles dado ejercer juicio; y vi las almas de los que habían sido decapitados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y cualesquiera que no habían adorado la bestia ni su imagen y no habían recibido la marca sobre su frente y sobre su mano [3]; y vinieron a la vida,
5 y reinaron con el Cristo mil años. Los demás de los muertos no vinieron a la vida hasta que fueran terminados los mil años. Esta

naciones puede tratarse aún, puesto que según 19:19-21, "los reyes de la tierra y sus ejércitos" habían sido "muertos por la espada". Para evitar al Apocalipsis el reproche de incoherencia, es necesario suponer que el autor veía en "los reyes de la tierra y sus ejércitos" los pueblos sujetos al imperio romano ("la bestia") y que habían sufrido su influencia corruptora. Ellos solos son exterminados por el Cristo y sus ángeles. El cuadro de 19:11-21 no representaba el juicio universal (20:11 y sig.), sino el juicio del imperio romano y de sus aliados. Fuera de ellos, el vidente percibe otras *naciones*, de las que se dice (v. 8) que están "en las cuatro esquinas de la tierra". Son estas naciones las preservadas de los engaños de Satanás *hasta que los mil años sean cumplidos.* Estos *mil años* deben ser considerados no como una cantidad estrictamente cronológica, sino como un número simbólico. Representan una duración prolongada, pero limitada, puesto que concluyen por ser *cumplidos.* Un período de *mil años* no es mencionado en otra parte en las escrituras. Los rabinos judíos asignaban a los "días del Mesías" una duración ora de cuatrocientos años, ora de mil. Fundaban la primera evaluación en Gén. 15:13, combinado con Sal. 90:15; la segunda en Isa. 63:4, combinado con Sal. 90:4. Por otra parte, en la epístola de Bernabé (cap. 15) es enunciada una teoría según la cual el mundo, creado en siete días, duraría siete períodos de mil años, el último de los cuales sería el sábado que procurará al mundo el reinado del Mesías. Sea cual fuere el origen de su concepción, el autor del Apocalipsis sólo tiene en vista un único período de mil años, el mismo en los v. 3-4 y 5-7, y no dos períodos sucesivos de mil años cada uno; y lo coloca en los tiempos que precederán al juicio postrero (20:11 y sig.)

2. *Es necesario*, según el determinado consejo de Dios. Comp. v. 7.

3. Gr. *Y ví tronos* (*y se sentaron sobre ellos y juicio les fué dado*) *y las almas de los que habían sido decapitados... Los que se sentaron* sobre esos *tronos* no son nombrados. *Tronos*, sobre los cuales se sientan los que administran justicia, aparecen también en la visión de Daniel (7:9.) Allí son "el Anciano de días", es decir Dios, y probablemente "los santos del Altísimo" (Dan. 7:22) quienes desempeñan las funciones de jueces. Se ha supuesto que en el Apocalipsis son *las almas de los que habían sido decapitados* quienes reciben el poder *de ejercer el juicio*, ora se identifique este poder con la dignidad real que compartirán con Cristo, ora se estime que la conducta de estos mártires servirá de medida para juzgar a los demás cristianos. Mas si el texto no se opone a esta hipótesis, no la establece de ningún modo. Parece decir más bien que Juan, después de haber visto los *tronos* y los jueces sentados en ellos (los que él no designa de otro modo y la exégesis no tiene por qué determinar), contempla a los que van a ser juzgados. Son: 1º *las almas de los que han sido decapitados*, y sin duda

6 es la resurrección primera [4]. ¡Dichoso y santo el que tiene parte en la resurrección primera! sobre éstos la segunda muerte no

también de los otros mártires que han perecido en diversos suplicios, *por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios* (1:2, 9; 6:9, nota.) 2º En general, las almas de todos *los que no han adorado la bestia ni su imagen,* etc. Véase en 13:4, 14, 16, notas, lo que significa *adorar la bestia* o *su imagen* y *recibir su marca.* De estos diversos rasgos, resulta que *las almas* que van a ser sometidas a este primer juicio son las de los mártires de la grande persecución ejercida por *la bestia,* que todo el Apocalipsis anuncia (13:7, 15; 17:8, 11, notas.) Cuanto más terrible haya sido para ellos la prueba, tanto más dulce la recompensa que va a ser mencionada.

4. *Revivieron,* gr. *vivieron.* Este verbo puede significar que volvieron a la vida después de ser muertos (2:8) o que conservaron la vida siendo preservados de la muerte. Algunos intérpretes, que admiten que *los que no habían adorado la bestia* forman una categoría distinta de los mártires *decapitados,* y que entre ellos muchos estaban aún en vida en el momento del regreso de Cristo, piensan que el autor da este doble sentido al verbo: *vivieron;* unos revivieron, otros fueron conservados en vida. Esto nos parece muy poco probable, pues el acto de que todos han disfrutado es calificado de "primera resurrección" (v. 6), y a los que son objeto de ella el autor opone *los otros muertos.* Se trata pues realmente de muertos que *reviven.* ¿Pero cómo se representa el autor esta vuelta a la vida? ¿Es la vuelta a una vida espiritual, glorificada, cuyo teatro es el cielo? Los intérpretes numerosos que son de esta opinión se basan en las palabras que inmediatamente siguen: *reinaron con Cristo.* En la mayor parte de los pasajes del Apocalipsis (1:6, 9; 3:21; 5:10; 22:5), la realeza prometida a los fieles es una realeza espiritual en los cielos. En 5:10 y 22:5, *la tierra* sobre la cual reinarán es la tierra renovada y glorificada. Por otra parte "reinarán *con Cristo* y, por consiguiente, allí donde Cristo está, en el cielo." *Bengel.* Algunos entienden el *reinado,* del cual los resucitados participan con Cristo, de la acción espiritual que ejercen sobre las naciones (v. 3) para conquistarlas a su Maestro; así es como son *sacerdotes* (v. 6) al mismo tiempo que reyes. Otros ven en ello simplemente la afirmación del hecho de que tienen parte en el reino de los cielos y gustan la felicidad de la comunión perfecta con Dios. Esta explicación, que espiritualiza los datos de nuestro pasaje, cortaría de raíz todos los ensueños más o menos carnales que, en todos los tiempos, algunos cristianos han sido tentados a fundar en él. Por desgracia, tropieza con objeciones cuyo alcance no podría desconocer una exégesis imparcial: 1º Rompe la unidad del episodio de los v. 1-10, que parecen sin embargo formar un solo todo. Si se transporta al cielo el reinado de mil años, la escena pasaría sucesivamente sobre la tierra (v. 1-3), en el cielo (v. 4-6) y nuevamente sobre la tierra (v. 7-10). 2º La concepción del reinado de mil años tiene relación con las promesas de los antiguos profetas, que anunciaban que el reino de Dios se establecería sobre la tierra; y con la creencia en una primera resurrección de los justos, al comienzo de la era del Mesías, que era entre los judíos como el corolario de esta esperanza de un reinado terrenal del Mesías. Sobre la tierra también coloca Juan el reino milenario de los mártires resucitados (comp. v. 9, nota); pero se cuida bien de atribuirles una vida de goces materiales, como los quiliastas gro-

tiene poder [5], sino que serán sacerdotes de Dios y del Cristo [6], y 7 reinarán con él los mil años. Y cuando fueren terminados los mil años, será suelto Satanás de su prisión, y saldrá para engañar a las naciones que están en las cuatro esquinas de la tierra, a Gog y Magog, para congregarlos para la batalla; de los cuales su 8 número es como la arena de la mar [7]. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campo de los santos y la ciudad 9 amada; y descendió fuego del cielo y los devoró [8]. Y el diablo

seros, Papías ya, lo hicieron a cual mejor. El dominio por compulsión, que los judíos esperaban ejercer entonces sobre los gentiles, lo transforma Juan en una realeza moral, que consistirá en ganar las naciones al Cristo. Los santos resucitados se tornarán así en los verdaderos sacerdotes de la humanidad (v. 6); cumplirán en medio de ella un trabajo fecundo, que no será ya trabado por la acción de Satanás; y prepararán el gran día del juicio definitivo. Esta idea de una *primera resurrección,* seguida de una fase nueva y particularmente triunfante del reinado de Dios, es propia del Apocalipsis. Todos los otros escritos del Nuevo Testamento consideran el regreso del Cristo, la resurrección y el juicio como tres actos simultáneos (Mat. 13:30, 40-43, 49, 50; 24:36-42; 25:1-13, 31 y sig.; Juan 5:28, 29). Algunos pasajes de Pablo (1ª Cor. 15:23; Fil. 3:11; 1ª Tes. 4:15-18, notas), en que se ha creído encontrar la misma enseñanza que aquí, no la encierran.

5. *Dichoso y santo.* La plena consagración a Dios constituirá su dicha. Sobre *la segunda muerte* comp. 2:11, nota, y aquí delante, v. 14, 2ª nota. Esta segunda muerte *no tiene poder sobre ellos,* porque, por la primera resurrección, están unidos para siempre con Cristo; el juicio final no podría condenarlos (v. 12); mientras que "los otros muertos" (v. 5) esperan de ese juicio la fijación de su suerte definitiva.

6. Comp. 1:6, 2ª nota; 5:10, nota. La conversión de los paganos será una parte de su oficio sacerdotal (v. 5, nota; comp. Rom. 15:16.)

7. Esta última parte de la profecía refiere el fin del reinado de *mil años. Satanás* es *desatado,* por orden de Dios (v. 3, 1ª nota). *Engaña a las naciones que están en las cuatro esquinas de la tierra* (7:1), es decir en las regiones más alejadas del centro en que se encuentra establecido el reino de los santos por su alejamiento, esas naciones han quedado extrañas a su influencia; son pues más accesibles a los engaños de Satanás. Este las *congrega para la guerra,* como precedentemente los reyes (16:14 y sig.) Los nombres de *Gog* y de *Magog* son tomados de Ezeq. 38 y 39, donde se describe el último asalto de los paganos contra la Jerusalén restaurada; mas en Ezequiel, Gog es el rey del país de Magog (Gén. 10:2), mientras que el autor del Apocalipsis parece tomar ambos nombres por nombres de pueblos.

8. El discurso profético pasa del futuro de la predicción (v. 7, 8) al tiempo del relato histórico: el vidente contempla estos hechos como si fueran ya cumplidos. Los enemigos *subieron sobre la extensión de la tierra* (Hab. 1:6); vienen de lejos a *rodear el campamento de los santos y la ciudad amada.* Según unos, estos dos términos designan dos lugares distintos; según otros, la *ciudad amada,* que no puede ser otra que Jerusalén, sería designada como *el campamento de los santos.* Los *santos* son probablemente idénticos a

que los engañaba fué arrojado al lago del fuego y azufre, donde
10 están también la bestia y el falso profeta [9]; y serán atormentados
de día y de noche por las edades de las edades [10].

C. 11-15. El juicio universal. — 1º *Comparecencia de todos los hombres.* Juan ve un gran trono blanco, y a Aquel que lo ocupa. El cielo y la tierra huyen. Los muertos comparecen. Los libros son abiertos, lo mismo que el libro de la vida. Los muertos son juzgados según sus obras; salen para ello de la mar y de la mansión de los muertos (11-13). — 2º *Destrucción de la muerte. Suerte final de los reprobados.* La muerte y el Hades son arrojados al lago de fuego, que es la muerte segunda. Lo mismo ocurre con todo el que no está inscripto en el libro de la vida (14, 15).

11 Y ví un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, lejos de cuyo rostro huyó la tierra y el cielo, y no fué encontrado
12 lugar para ellos [11]. Y ví los muertos, los grandes y los pequeños, de pie delante del trono [12]; y libros fueron abiertos [13]; y otro

los elegidos que tienen parte en el reinado de mil años. Para los que colocan este reinado en el cielo, los santos representan la Iglesia de los últimos tiempos. La tentativa de Satanás es detenida antes que la lucha haya sido empeñada. *Fuego descendió del cielo* (Comp. Ezeq. 39:6) *y devoró* a los enemigos. Varias *mayúsc.* agregan *de parte de Dios,* antes o después de: *del cielo.*

9. Comp. 19:20, 2ª nota; Mat. 25:41

10. Comp. 14:11, nota. El autor del pecado sobre la tierra es reducido para siempre a la impotencia y recibe la eterna retribución del mal que ha hecho. El fin del Apocalipsis se une así al comienzo del Génesis y la teodicea bíblica es terminada, la que nos muestra, por una parte la justicia cumplida con el castigo del culpable; por la otra, la misericordia manifestada en la redención de todo pecador arrepentido y creyente.

11. Este *gran trono blanco* es el asiento del Juez, Cristo o Dios, según Dan. 7:9. La aparición de este trono, que recuerda la de "los tronos" (v. 4), anuncia que el juicio va a empezar. El juicio que ha seguido la "parousía" (19:11-21) era limitado al imperio romano y a los reyes aliados suyos. Resta pues proceder al juicio universal. *La tierra y el cielo huyeron,* desaparecieron completamente (comp. 16:20), de modo que *no fué hallado lugar para ellos,* en donde pudieran estar. El universo contaminado por el pecado tendrá fin en el gran día del juicio. (Mat. 24:35; Hebr. 1:11, 12; 2ª Pedro 3: 7, 10).

12. *Los muertos, los grandes y los pequeños,* es decir, todos sin excepción (Rom. 14:10; 2, Cor. 5:10). No se habla de los santos que habían reinado mil años (v. 4) y habían sido libertados del ataque de Satanás (v. 9). El autor piensa probablemente en los que él llamaba (v. 5): "los otros muertos". Estaban *delante del trono* (*Sin., A, Q,* versiones). El texto recibido (*minúsc.*) dice: *delante de Dios.*

13. Comp. Dan. 7:10; Mal. 3:16; Henoc 90:22; 4 Esdras 6:22; Apoc. de Baruc 24:1. Estos *libros* múltiples, en que están consignadas las acciones de los hombres, son opuestos al libro único de la vida.

libro fué abierto, que es de la vida [14]; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según
13 sus obras [15]. Y volvió la mar los muertos que había en ella, y la muerte y la mansión de los muertos volvieron los muertos que en ellos había [16]; y fueron juzgados según sus obras, individual-
14 mente. Y la muerte y la mansión de los muertos fueron arrojados al lago del fuego [17]; ésta es la segunda muerte, el lago del
15 fuego [18]. Y si alguien no fué encontrado escrito en el libro de la vida, fué arroiado al lago del fuego [19].

VII. La nueva Jerusalén
(Cap. 21:1 a 22:9)

A. 1-8. Todas las cosas nuevas. — 1º *Los nuevos cielos y la nueva tierra.* Juan los contempla, y ve descender de con Dios una Jerusalén nueva, ataviada como una esposa. Una voz del trono dice que es el tabernáculo de Dios; que Dios será con los hombres para consolarlos de todos sus dolores (1-4). — 2º *Declaraciones divinas.* Yo hago todo nuevo, dice Aquel que está

14. Aquel en que están inscriptos los redimidos (v. 15; 3:5; 13:8; 17: 8; Dan. 12:1; Luc. 10:20; Fil. 4:3.)

15. 22:12. El principio del juicio *según las obras* (Rom. 2:6) subsiste aun con la salvación por gracia; pues *las obras,* que comprenden la vida entera, los sentimientos del corazón como los actos exteriores, demuestran la regeneración y la santificación por la cual el alma debe pasar para poseer la vida eterna. Tal es también la enseñanza de Jesús en Mat. 16:27, y de Pablo en 2ª Cor. 5:10.

16. En este versículo, el autor vuelve hacia atrás para decir cómo pueden estar todos los muertos delante del trono. Se reunen de todos los lugares en donde se encontraban: *la mar* entrega los que ella engulló, *la muerte y la mansión de los muertos* los que ellas detienen. Es difícil decir qué diferencia hacía el autor entre *la muerte y la mansión de los muertos.* Sobre esta última expresión (gr. *Hades,* lugar invisible), véase 1:18; 6:8; Luc. 16:23; Act. 2:27; 1ª Cor. 15:55. Esta resurrección es llamada la resurrección "para el juicio", en Juan 5:29.

17. Este detalle anuncia la destrucción de *la muerte* y de la *mansión de los muertos,* que aparecen personificados en la visión; su completa supresión (21:4; Isa. 25:8; 1ª Cor. 15: 26, 54). A medida que se avanza en estos últimos capítulos, todas las causas de padecimiento desaparecen una por una. ¡Qué tesoros de esperanza y de consuelo se encuentran en estas perspectivas!

18. *El lago de fuego* representa *la segunda muerte* (v. 6; 2:11, nota; 21:8). Esta proposición falta en cierto número de *minúsc.*

19. Es decir entregado a la segunda muerte. La muerte del cuerpo es seguida para él de la muerte segunda, de la muerte del alma, que muere eternamente, sin esperanza de revivir. No se ha hablado aún sino de la suerte final de las potencias enemigas y de los hombres condenados. La visión siguiente pintará la condición de los que están *inscriptos en el libro de la vida.*

sentado sobre el trono. Ordena a Juan escribirlo. El es el primero y el último. Ofrece gratuitamente agua de la vida al que tiene sed. El vencedor será su hijo y heredero. A los cobardes y a los malhechores de toda especie es reservada la segunda muerte (5-8).

XXI Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer 2 cielo y la primera tierra han pasado [1], y la mar no es más [2]. Y la santa ciudad, nueva Jerusalén, ví que descendía del cielo de con 3 Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo [3]. Y oí una grande voz del trono, diciendo: He aquí el tabernáculo de

1. Así es alcanzado el fin de todas las dispensaciones de Dios para con la humanidad después de la caída; así la redención es terminada. El pecado no solamente había alcanzado al hombre, el rey de la creación, sino a la tierra, su morada; la reparación completa del mal se extiende a ésta. *Un cielo nuevo y una tierra nueva,* Dios los había prometido ya por los profetas (Isa. 65:17; 66:22). Su aparición cumple la esperanza de los creyentes (2ª Pedro 3:13); responde al suspiro de la creación entera (Rom. 8:19-22). El vidente puede contemplar esta gloriosa renovación del universo, *pues el primer cielo y la primera tierra han desaparecido* (20:11). Esta descripción de la felicidad celestial y eterna es el coronamiento del Apocalipsis. Algunos intérpretes han visto en ella, sin razón, la pintura de un estado intermedio que formaría parte todavía del reinado de mil años (20:1-10). Pero es necesario reconocer que aquí, como en todas partes, la vida eterna es representada por figuras, indispensables para poner a nuestro alcance cosas inefables (2ª Cor. 12:4). Al interpretar estas figuras, hay que cuidarse de dos errores: figurarse que todos estos símbolos materiales se realizarán exactamente, o no ver en ellos más que ideas desprovistas de toda realidad. El hombre resucitado (20:12, 13) no será un espíritu puro (1ª Cor. 15:35 y sig.) Ahora bien: el mundo en que vivirá deberá estar en armonía con esta constitución de su ser. A esta exigencia responden las últimas descripciones del Apocalipsis, que unen la más elevada espiritualidad a un sano realismo.

2. *El mar* es mencionado especialmente, porque ocupa las tres cuartas partes del globo terráqueo, y en las ideas de los antiguos le había dado nacimiento en un sentido (2ª Pedro 3:5). Este detalle indica pues una desaparición total del mundo antiguo.

3. El texto recibido: *Y yo, Juan, ví,* no está basado en ningún manuscrito griego. Comp. sobre la *nueva Jerusalén,* Isa. 60; 62; 65:19 y sig. 66:10 y sig. En el Antiguo Testamento, Jerusalén es considerada como el centro del reino de Dios, el lugar donde el Eterno había establecido su morada entre los hombres, donde se manifestaba a ellos. Los judíos, es verdad, habían hecho del templo "una cueva de ladrones" (Juan 2:16), y su destrucción fué el castigo del crimen que cometieron al rechazar al Mesías. Pero "su incredulidad no podría anular la fidelidad de Dios".

Lo que había sido prometido y prefigurado en la antigua Jerusalén se realiza en un sentido infinitamente superior. La Jerusalén *nueva desciende del cielo, de con Dios.* Si el vidente la contempla *descendiendo del cielo,* es porque la "tierra nueva" (v. 1) cuyo centro ella será, se tornará en la residencia de los santos glorificados; o bien este detalle significa simplemente que la nueva Je-

Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán sus pue-4 blos, y el mismo Dios será con ellos, Dios de ellos [4]; y enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será más, ni duelo ni clamor ni dolor no habrá más; porque las primeras co-5 sas han pasado [5]. Y dijo el que estaba sentado sobre el trono [6]: He aquí, nuevas hago todas las cosas [7]. Y dice: Escribe, porque 6 estas palabras fieles son y verdaderas [8]. Y me dijo: Hechas es-

rusalén será de esencia celeste, que la oposición del cielo y de la tierra no existirá más. Jerusalén desciende *de con Dios,* porque existía en su consejo eterno, antes de aparecer. Esta Jerusalén, en efecto, es la Iglesia, como lo indica una segunda figura agregada a la primera: *preparada como una novia ataviada para su esposo.* La Iglesia ya ha sido designada como la *esposa* del Mesías en 19:7, 8, nota. Ahora se ha *adornado para su marido* (gr.), hecho digna de él por su perfecta santidad (Efes. 5:27).

4. Esta *voz que venía del trono* (*Sin., A.* Se lee: *del cielo* en *Q,* versiones), que salía de él, indicaba una revelación que emanaba directamente de Dios, ya fuera esa voz la de Cristo o la de uno de los cuatro seres vivos. (Comp. 19:5, nota). La nueva Jerusalén misma, la Iglesia de los redimidos es llamada *el tabernáculo de Dios con los hombres,* por alusión al tabernáculo que servía de santuario en el desierto, y gracias al cual Dios habitaba *con los hombres.* Comp. Lev. 26:11, 12; Jer. 24:7; 31:33; Ezeq. 37:27; de allí son tomadas las expresiones que describen esta relación perfecta de Dios con los hombres por la cual es plenamente realizado lo que el antiguo pacto prefiguraba: *Dios mismo será con ellos, su Dios.* (Las palabras *su Dios* faltan en *Sin., Q,* Weiss las mantiene.) La felicidad eterna, que no tendrá nada de común con las creaciones de una imaginación carnal, será toda en la comunión real y viviente con Dios, en la posesión y goce de Dios mismo. Para seres llegados a la perfección, nada habrá por encima de este amor infinito con que Dios los ama y con que ellos a su vez aman a Dios. Tal destino es el solo digno del hombre creado a la imagen de Dios y redimido por Cristo Jesús; solo digno de Dios mismo. Esta concepción de la dicha eterna, exenta de toda mezcla sensual, como de toda fantasía de la imaginación, no podría ser sino el fruto de una revelación divina.

5. *La muerte,* en el sentido completo de la palabra (Rom. 1:32; 5:12), la segunda muerte, como la primera, *no será más* (20:14). Todos los males que la preceden y la siguen habrán cesado pues también. El pecado es la causa de todos esos desórdenes. Destruido el pecado, todos sus frutos amargos, el padecimiento físico y moral, desaparecerán. Nada turbará ya el gozo de los redimidos (Isa. 35:10; 65:17 y sig.) Mas cuán consolador es ver en esta liberación la acción directa de Dios, el efecto de su tierna compasión: *él* enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Comp. 7:17; Isa. 25:8.

6. Es decir Dios, según el v. 7.

7. Comp. Isa. 43:19. Los estragos del pecado serán así reparados, y *todas las cosas* sufrirán la transformación necesaria para ponerlas en armonía con la gloria del cielo. La creación nueva, que ha sido operada en cada hijo de Dios (2ª Cor. 5:17), se extiende ahora a todas las cosas, para que Dios pueda ser todo en todos.

8. Es siempre Dios quien habla. Lo que Juan debe *escribir* (14:13; 19:9), es la declaración que precede sobre la

tán [9]. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin [10]. Yo, al que tiene sed daré de la fuente del agua de la vida gratuitamen-
7 te [11]. El que venza heredará estas cosas, y seré para él Dios y
8 él será para mi un hijo [12]. Mas para los cobardes e incrédulos, y abominables y homicidas, y fornicarios y hechiceros, e idólatras y todos los mentirosos, su parte será en el lago que arde con fuego y con azufre, lo que es la muerte segunda [13].

B. 21:9 a 22:9. DESCRIPCIÓN DE LA NUEVA JERUSALÉN. — 1º *La ciudad santa.* Un ángel ofrece a Juan mostrarle la novia del Cordero. Le transporta en espíritu a un monte. Juan ve a Jerusalén descender de con Dios, radiante de su luz (9-11). — 2º *Su muro.* El vidente lo describe con sus doce puertas y sus doce fundamentos (12-14). — 3º *Medición de la ciudad.* El ángel que habla a Juan mide la ciudad con una caña de oro. Juan indica sus dimensiones y las del muro (15-17). — 4º *Materiales de que está construida.* Juan enumera las piedras preciosas con que son construidos el muro, sus fundamentos, sus puertas (18-21). — 5º *Ni santuario, ni luminar.* Dios y el Cordero son el templo de la ciudad. No tiene necesidad ni de sol ni de luna (22, 23). — 6º *Homenaje de las naciones.* Estas andan a la luz de Jerusalén. Le traen su gloria y afluyen a sus puertas siempre abiertas. Por esas puertas no entrará ningún ser inmundo, sino sólo los que están inscriptos en el libro de la vida del Cordero (24-27). — 7º *Plenitud de vida.* Un río de agua de vida

renovación de todo. Estas palabras son *ciertas, dignas de fe* (comp. 1ª Tim. 1:15; 2ª Tim. 2:11), *y verdaderas.* Q agrega *de Dios*: "ciertas y verdaderas palabras de Dios".

9. Comp. 16:17, nota. Aquí el verbo está en plural. Mas esto nada cambia al sentido. Las cosas que *están hechas,* son las que Dios ha declarado hacer nuevas (v. 5). No se trata ya de promesas, de esperanzas, sino de realidades.

10. 1:8, 1ª nota; 22:13.

11. Dios mismo dará (gr. *yo* daré), al que tiene sed, *de la fuente del agua de la vida* (7:17), *gratuitamente* (22:17; Isa. 55:1; Juan 4:10, 14; 7:37). La vida eterna es el don gratuito de Dios (Rom. 6:23).

12. *El que venciere* (2:7, 2ª nota) *heredará* (Mar. 10:17) *estas cosas* (texto recibido, con una *minúsc.*, *todas las cosas*), los bienes eternos, apropiados para satisfacer todas sus más nobles aspiraciones (v. 6.) *Yo seré su Dios,* comp. v. 3, nota; 2ª Sam. 7:14.

13. 19:20, segunda nota; 20:10, 14, notas. Esta severa advertencia puede asombrar en este lugar, puesto que el juicio ha sido pronunciado (20: 11-15). Se dirige a los lectores del libro, los cuales están aún en el tiempo de la prueba. (Comp. 22:15). *Los cobardes* forman contraste con "el que venciere" (v. 7); son los que, por temor de los hombres, no han mostrado "la fe y la paciencia de los santos" (13:10), sino que se han retirado del combate (Hebr. 10:38). Los *abominables* son hombres que han contraído las impurezas de la idolatría (17:4 y sig.); los *hechiceros* son personajes que practican la magia (9:21); *todos los mentirosos* son nombrados al final de la enumeración: este término forma contraste con la descripción de los fieles (14: 5) y designa a aquellos a quienes se aplica como hijos del diablo (Juan 8:44).

sale del trono de Dios y del Cordero; al borde del río está plantado el árbol de la vida. El trono de Dios y del Cordero está en medio de la ciudad. Sus siervos le sirven cara a cara. No más noche para ellos: Dios los ilumina. Reinan eternamente (1-5). — 8º *Confirmación de la profecía por el ángel, que veda a Juan adorarle.* El ángel proclama la certeza de las promesas que acaba de hacer. El Señor va a venir. ¡Dichoso el que guarda esta profecía! Juan testifica que ha oído y visto estas cosas. Después de lo cual quiso adorar al ángel; mas éste se lo vedó (6-9).

**9 Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas que estaban llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo, di-
10 ciendo: Vén, te mostraré la Novia, la esposa del Cordero [14]. Y llevóme en espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la santa ciudad, Jerusalén, que descendía del cielo de con Dios [15],
11 teniendo la gloria de Dios [16]; su luminar era semejante a piedra
12 preciosísima, como piedra de jaspe cristalino [17]; teniendo un muro grande y elevado; teniendo doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles, y nombres inscriptos, que son de las doce tribus
13 de los hijos de Israel; al Oriente tres puertas, y al Septentrión tres puertas, y al Mediodía tres puertas, y al Occidente tres**

14. Después de la visión y las declaraciones de los v. 1-8, que formaban una especie de prólogo, sigue la descripción de la nueva Jerusalén. Es introducida con los mismos términos que la descripción de la caída de Babilonia (cap. 17:1-3): *uno de los siete ángeles que tenían las siete copas vino y me habló, diciendo: Vén, te mostraré,... Y me transportó en espíritu...* En el pensamiento del autor, los dos cuadros se corresponden. El primero tenía por tema "el juicio de la gran ramera"; el segundo nos muestra la *Novia,* expresión ya aplicada a la nueva Jerusalén en el v. 2; aquí es designada más explícitamente como *la esposa del Cordero,* conforme a 19:7, 8, nota.

15. *Me llevó en espíritu*: estas palabras muestran que la visión propiamente dicha comienza aquí solamente. *El grande y alto monte* (comp. Ezeq. 40:2), no existe sino en la visión. En cuanto a los términos que caracterizan a *Jerusalén,* véase v. 2, nota. El texto recibido (*minúsc.*) dice: *la grande ciudad, la santa Jerusalén.*

16 Es el rasgo capital, mencionado en primer lugar. *La gloria de Dios,* que no se mostraba bajo el antiguo pacto sino cubierta de una nube, que había aparecido a Juan en la Palabra hecha carne (Juan 1: 14), resplandece ahora a los ojos de todos los fieles, sin que ya nada vele su esplendor, trayendo a la creación entera esa revelación que ella esperaba con ardor y ansiedad (Rom. 8: 18). Esta *gloria de Dios,* son sus perfecciones contempladas "a rostro descubierto" (2ª Cor. 3:18) por los que tienen la inefable dicha de ver a Dios cara a cara (22:4; 1ª Cor. 13:12.)

17. La gloria de Dios es su *luminar* (Ezeq. 43:2) y ha reemplazado para ella a los *luminares* naturales (Gén. 1:14). Este luminar brilla como *una piedra de jaspe,* figura que servía ya en 4:3 para caracterizar el aspecto del que estaba sentado sobre el trono.

14 puertas[18]. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y
15 sobre ellos doce nombres, de los doce apóstoles del Cordero[19]. Y
el que hablaba conmigo tenía por medida una caña de oro, para
16 medir la ciudad y sus puertas y su muro[20]. Y la ciudad yace
cuadrangular, y su largura es tanta como su anchura. Y midió
la ciudad con la caña, por doce mil estadios; la largura y la an-
17 chura y la altura de ella son iguales[21]. Y midió su muro, de
ciento cuarenta y cuatro codos, medida de hombre, que es de án-
18 gel[22]. Y el material de su muro era jaspe, y la ciudad era oro
19 puro, semejante a vidrio puro. Los fundamentos del muro de la
ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas: el
primer fundamento, jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedo-
20 nia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardónice; el sexto, sardio;
el séptimo, crisolita; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el dé-
cimo, crisoprasa; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista[23].
21 Y las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas, in-

18. Comp. Ezeq. 48:31. La nueva ciudad está construida según el modelo que ofrecía la organización de Israel. La Iglesia de los redimidos aparece como el verdadero pueblo de Dios, en favor del cual se han cumplido las promesas hechas a las *doce tribus de los hijos de Israel.* (Comp. 7:5-8).

19. Se trata de los *doce fundamentos* de las doce secciones del *muro,* comprendidas entre las doce puertas. Estos *fundamentos* son visibles en su parte superior, y sobre ésta están inscriptos *los nombres de los doce apóstoles.* Este detalle figura el hecho de que la Iglesia ha sido fundada por los apóstoles y descansa sobre el testimonio que ellos han dado de Cristo (Efes. 2:20). Sin razón, pues, ciertos críticos han visto en ello ora una prueba de que el Apocalipsis era un libro judeo-cristiano, en que los doce son exaltados con exclusión de Pablo, ora una indicación de que no era del apóstol Juan, que no habría podido, sin faltar a la modestia, ponerse en ese lugar de honor.

20. Como en Ezeq. 40:5 y sig., la ciudad es medida por el ángel que hablaba con el vidente, quien se sirve para ello de una caña *de oro,* indicio de la gloria de la ciudad.

21. *Midió... y halló,* gr. midió *sobre doce mil estadios.* La ciudad estaba pues *dispuesta en cuadro,* y como *su altura* era igual a *su longitud* y a su *anchura,* formaba un cubo de tres mil estadios (alrededor de 555 kilómetros) de lado, puesto que su perímetro era de *doce mil estadios.* La forma cúbica era la del lugar santísimo. *Doce mil estadios* equivalen a unos 2200 kilómetros. Estas cifras son simbólicas: el número *doce,* que representa al pueblo de Dios (v. 13, nota), es multiplicado por *mil,* el número de la plenitud.

22. *Ciento cuarenta y cuatro codos,* doce veces doce, cifra simbólica también, que da al muro una altura de alrededor de 66 metros, mucho menor que la de la ciudad (v. 16). Juan observa que *el ángel* se sirvió, aquí como en otras ocasiones, del codo ordinario, de que los hombres se sirven, de una *medida de hombre.*

23. Para la enumeración de las piedras preciosas (v. 19, 20), comp. Ex. 28:17 y sig.; 39:10 sig.; Ezeq. 28:13. El *jaspe* (comp. 4:3) no era probablemente la piedra que lleva hoy este nombre, sino una piedra brillante, quizás el diamante. El *zafiro,* que los antiguos sacaban del Indo y del Egipto, es azul. La *calcedonia* es una especie de ágata, color de azur. La *esmeralda* es verde. Los intérpretes no están de acuerdo sobre la piedra que designa el *vocablo sardónice. El sardio* (comp. 4:3, nota) es de color moreno rojo. La *crisolita* era según unos una piedra amarilla que tenía el brillo del oro; según otros una piedra verdosa transparente. El *berilo* es una variedad de esmeralda; otros lo identifican con el ónix. El *topacio* es una piedra transparente, de reflejos dorados, o verdosos. La *crisoprasa,* que solo aquí se menciona en la biblia, era amarillo pálido según unos, verde según otros. El *jacinto* es una piedra brillante que tiene los reflejos del fuego, de un amarillo que tira a rojo. La *amatista* es violeta.

dividualmente, era de una sola perla. Y la calle de la ciudad era
22 oro puro como vidrio transparente. Y santuario no vi en ella;
porque el Señor, Dios, el Todopoderoso, su santuario es, y el Cor-
23 dero[24]. Y la ciudad no tiene necesidad del sol ni de la luna, para
que la alumbren; porque la gloria de Dios la ha iluminado, y su
24 antorcha es el Cordero[25]. Y andarán las naciones por medio de
la luz de ella, y los reyes de la tierra llevan a ella su gloria[26];
25 y sus puertas de cierto no serán cerradas de día, —porque noche
26 allí no habrá[27];— y llevarán a ella la gloria y el honor de las
27 naciones[28]. Y de cierto no entrará en ella ninguna cosa inmunda
y el que hace abominación y mentira; sino los que están escritos

24. En las ciudades terrestres, los templos eran los símbolos de la presencia de Dios; traían a Dios a la memoria de los hombres y los invitaban a la adoración. En la ciudad celestial, Dios es siempre y perfectamente presente en medio de los hombres (v. 3); no hay pues más necesidad de templo. Entonces será plenamente cumplida la profecía de Jesús (Juan 4:21). Estos tiempos habían sido entrevistos por Jeremías ya (3: 16 y sig.). *El Cordero,* lo mismo que el Dios omnipotente, es su templo, porque la mediación del Salvador continúa siendo necesaria a los hombres para entrar en la comunión de Dios.

25. v. 11, segunda nota; 22:5. Isa. 60:19, 20. *El Cordero es su antorcha,* pues él es el mediador que trasmite a la ciudad santa la luz de Dios.

26. El vidente no podría querer decir que en ese momento habrá aún paganos a convertir. Celebra el cumplimiento de las profecías relativas a las naciones, repitiendo los términos mismos en los cuales habían sido formuladas (Isa. 60:3, 5; Sal. 72:10). Según otros, esas naciones en marcha hacia Jerusalén representan redimidos en vías de perfeccionamiento; idea que sería expresada en la lección, por otra parte poco autorizada, del texto recibido: *las naciones de los que son salvados.*

27. Alusión a Isa. 60:11, donde se dice: "tus puertas estarán siempre abiertas. No serán cerradas ni día ni noche". El autor explica (*porque*), en un paréntesis, por qué no menciona la *noche*: es que no habrá ya noche. Siempre abiertas, las puertas de Jerusalén darán acceso a las naciones que no cesarán de afluir hacia ella.

28. El verbo *traerán* vuelve a tomar las palabras del v. 24: los reyes de la tierra traen... Todo lo que había de verdadero, de grande, de

XXII en el libro de la vida del Cordero [29]. Y me mostró un río de agua de vida, claro como cristal, saliendo del trono de Dios y del 2 Cordero [1], por medio de la calle de aquélla. Y de este y de ese lado del río el árbol de vida [2], produciendo doce frutos, cada mes rindiendo su fruto; y las hojas del árbol son para curación de las 3 naciones [3]. Y ninguna cosa maldita habrá ya; y el trono de Dios

bueno, de hermoso en las naciones, todo lo que constituía su *gloria* y su *honor*, se encontrará en la ciudad de Dios, santificado y elevado a su más alta potencia. Nada se pierde en el reinado de Dios.

29. Bien que las puertas de la ciudad santa estén siempre abiertas, *nada de inmundo*, es decir ningún hombre impuro, *entrará en ella*. Será preservada por su santidad misma, según las declaraciones proféticas de Isaías 35:8; 52:1; Ezeq. 44:9. Sobre *el libro de la vida del Cordero*, comp. 3:5; 13:8; 20:12.

1. *Me mostró*: Es siempre el ángel de 21:9, 10. De conformidad a la profecía de Ezequiel (47:1-12; comp. Joel 3:18; Zac. 14:8; Gén. 2:10), Juan ve *un río de agua de la vida* (7:17; 21:6) *que salía del trono de Dios y del Cordero*. Este nuevo símbolo figura el don de la vida eterna, que es la consecuencia de la presencia de Dios en medio de los hombres y de su comunión perfecta con él. El río sale del trono *de Dios*, que ha destinado esa vida a los redimidos, *y del Cordero*, que la ha procurado para ellos con su obra mediadora.

2. Gr. *de la calle de ella*, es decir de la ciudad 21:21. Varias de nuestras versiones tienen, aquí y en 21:21, *plaza* en lugar de *calle*. Pero es más conforme a la figura del río traducir por *calle*; se trata de la calle principal de la ciudad, que hay que representarse como muy ancha, de modo que el *río* corra *en medio*. Sobre sus dos márgenes hay plantados árboles de vida. El texto tiene el singular: un *árbol de vida*, mas es una noción colectiva que abarca una pluralidad de plantas de esta especie: *del árbol* de vida.

3. Comp. 2:7; Gén. 2:9; Ezeq. 47:12. Este árbol no produce *doce frutos* diversos, sino fruto doce veces por año. *Las hojas del árbol son para curación de las naciones*: esta declaración divide a los intérpretes, como la de 21:24. (nota). Para los unos, esta *curación de las naciones* sería un hecho realizado en el pasado, antes del juicio final (20:11 y sig.), cuando las *naciones* estaban aún sujetas a todos los males del paganismo. Para los otros, las *naciones* representan redimidos, en estado de salvación, puesto que habitan la nueva Jerusalén, pero que deben ser aún sanados de los restos del pecado, que tienen que pasar por un desarrollo espiritual para llegar a la perfección. Otros por último han visto en ello el indicio de la posibilidad que sería otorgada a los reprobados de convertirse para entrar en la santa ciudad. La ordenación general del Apocalipsis se opone a esta última explicación. En el cap. 20, la suerte de todos los adversarios de Cristo y de su reinado es definitivamente fijada. En cuanto a las dos primeras opiniones, hay que reconocer que la idea de un desarrollo, de una *curación* progresiva de ciertos habitantes de la ciudad santa es bastante admisible. No se sabe a qué vendría aquí la mención retrospectiva de los efectos saludables ejercidos sobre los gentiles por las hojas del árbol de la vida. Quizás el autor no entendía que se buscara un sentido preciso a este detalle de su cuadro. Acumula las figuras para indicar la abundancia de la vida que será ofrecida a los habitantes de la

y del Cordero en aquélla estará; y sus siervos le rendirán culto [4], 4 y verán su rostro [5], y su nombre estará sobre sus frentes [6]. 5 Y noche no habrá más, y no tienen necesidad de luz de lámpara y de luz de sol, porque el Señor Dios brillará sobre ellos [7], y rei-6 narán por las edades de las edades [8]. Y me dijo: Estas palabras fieles son y verdaderas; y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las 7 cosas que es necesario acontezcan presto [9]. Y he aquí, vengo pres-

Jerusalén celestial. El *árbol de vida* da su fruto *doce veces* por año: no más alternativa de goce y de privación, de inviernos estériles y de estíos ardientes; no más frutos sin flores o flores sin frutos; no más pasado con sus pesares, ni porvenir con sus temores, sino un presente eterno, en medio de la perfección. Además, este árbol de vida, que recuerda el paraíso de donde el hombre pecador había sido expulsado, la vida divina cuya fuente se había secado para él (Gén. 3:24), repite aquí, para consuelo y gozo de los redimidos de Cristo, que todos los estragos del pecado son reparados, que la obra del Redentor es perfecta. ¡Y cuán admirable es la ordenación del plan de Dios, revelado en las santas escrituras! Esta compilación que empieza con la creación del hombre y con la descripción de su primer morada, que cuenta su caída y traza todas las fases de su desarrollo bajo las misericordiosas dispensaciones de Dios, concluye con la visión de la restauración de todas las cosas, con la descripción de la morada eterna de la humanidad redimida. El desenlace vuelve al punto de partida; todos los misterios son explicados, todos los males son reparados, el hombre es vuelto a su destino, a la plenitud de la vida, que se encuentra en la comunión de Dios mismo. Tal es la epopeya divina que se desarrolla desde el comienzo del Génesis hasta el fin del Apocalipsis.

4. *No más anatema* (Zac. 14:11), *ninguna cosa maldita*, es decir no más hombres excluídos de la comunión de Dios, puesto que el pecado no existirá más en la ciudad santa, y que, al contrario, *el trono de Dios y del Cordero estará en medio de ella* y que *sus siervos le servirán*, (gr.) le *rendirán culto*, ese culto perfecto a que los habrán preparado los cultos celebrados en este mundo.

5. 21:3, 11, 23, notas; Juan 17:24; 1ª Juan 3:2.

6. 3:12; 14:1.

7. 21:3, 11, 23, notas.

8. Comp. 1:6; 5:10; 20:6. No se trata más ahora para los redimidos de Cristo de combatir, de padecer, de llevar su cruz bajo los desprecios del mundo: *reinan*. Con estas gloriosas palabras termina la descripción de las celestes hermosuras de la nueva Jerusalén.

9. Muchos intérpretes estiman que la visión de la nueva Jerusalén concluye con el v. 5, donde termina, en efecto, la descripción de la ciudad santa; consideran el fin del capítulo, desde el v. 6, como el epílogo del libro. Otros son afectados de la analogía que existe entre los v. 6-9 y los v. 9 y 10 del cap. 19. Ahora bien: éstos forman la conclusión de la sexta visión. Es pues natural ver en los v. 6-9 la conclusión de la séptima, y hacer comenzar el epílogo del Apocalipsis entero sólo en el v. 10. Probablemente es el ángel que habla desde 21:9 quien hace esta declaración a Juan. Estas *palabras fieles y verdaderas* (19:9; 21:5, notas) son las promesas que terminan la visión (21:24 y sig.; 22:3-5.) Dios, que es *el*

to. ¡Dichoso el que guarda las palabras de la profecía de este 8 libro[10]! Y yo, Juan, soy quien oye y ve estas cosas[11]. Y cuando hube oído y visto, me postré para adorar delante de los pies del 9 ángel que me mostraba estas cosas. Y me dice: Mira què no lo hagas; consiervo tuyo soy y de tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro; adora a Dios[12].

EPÍLOGO

10.-21. ULTIMAS PALABRAS DEL SEÑOR A JUAN. EL SUSPIRO DE LA IGLESIA. DECLARACIÓN DE JUAN A LOS LECTORES. — 1º *Orden de publicar la profecía.* Juan no debe sellar el libro, pues el fin está cerca; en adelante el malo no podrá sino crecer en iniquidad, el justo en la práctica de la justicia (10,11)—. 2º *Discurso de Jesús, sobre su regreso.* Va a volver, y traerá a cada uno su retribución. El es eterno, el fundamento y el fin de toda vida. Dice cuáles son los que participarán de la vida en la ciudad de Dios, y cuáles los que serán excluídos. Ha enviado esta revelación relativa a las iglesias por medio de su ángel. El es el Mesías que inaugura el día de la eternidad (12,16).— 3º *El llamado de la Iglesia.* El Espíritu y la Novia llaman al Señor. Juan invita a cada creyente a unirse a su demanda; y a toda alma sedienta a sacar agua viva, que le es gratuitamente ofrecida (17). — 4º *Advertencia a los lectores.* Al que añadiere algo a las palabras de este libro, Dios infligirá los castigos que en él son descritos; al que algo quitare, quitará él su parte del árbol de la vida (18, 19). — 5º *La venida del Señor. Su gracia.* El Señor, que certifica estas revelaciones, declara que viene. El vidente responde: ¡Vén, Señor Jesús! y expresa el voto de que la gracia del Señor sea con todos (20, 21).

10 Y me dice: No selles las palabras de la profecía de este libro, 11 porque el tiempo está cerca[13]. El que es injusto cometa aún injus-

Dios de los espíritus de los profetas (1:4; 4:5, notas) las ha enviado por su mensajero, para mostrar a sus siervos *lo que debe acontecer presto* (1:1, nota.)

10. O: *vengo pronto.* Palabras repetidas en los v. 12, 20. (Comp. 1:1, nota; 3:11). Estas palabras son pronunciadas por el ángel, bien que, por el empleo de la primera persona, sean puestas en boca de Jesucristo. El ángel pronuncia luego las palabras que el autor ha insertado en el prólogo del libro (1:3), en las cuales declara *dichoso al que guarda las palabras de la profecía de este libro.*

11. Declaración llena de candor que cuadra bien con el carácter y las costumbres del apóstol Juan (Juan 1:14; 19:35; 21:24; 1ª Juan 1:1.)

12. Que Juan haya recaído en el error por el cual ya se había hecho reprender (19:10), se explica por el estado de éxtasis en que se encontraba, por el arrobamiento que producían las visiones inefables de que era testigo. Quizá también, el aspecto del ángel no se distinguía bastante del aspecto del Señor para que no fuera posible confundirlos. Desde el v. 10, Jesús toma la palabra sin que el lector sea advertido de ello.

13. Esta orden es dada por Cristo. El es quien ha ordenado a Juan escribir (1:11, 19), y quien le dice aquí lo que debe hacer del libro. Lo contrario fué ordenado a Daniel (8:26; 12:4, 9) y a Juan mismo (10:4.) Es que ahora *el tiempo está cerca.* Desde los días de Juan, la Iglesia debía sondar este libro profético y vivir constantemente bajo el serio y saludable pensamiento de que *el tiempo está cerca* (v. 12.) Lo está, en efecto, para Aquel delante del cual mil años son como un día; lo está para cada cristiano llamado a esperar diariamente la venida de su Maestro; lo está para la Iglesia misma, que debe apresurarse a llenar su misión sobre la tierra (comp. 1:1, nota y 1ª Tes. 4:15, nota) y a hacer subir hacia el Señor la ardiente oración de la Esposa del Cordero (v. 17, 20).

ticia; y el inmundo se haga aún inmundo; y el justo haga aún justicia; y el santo sea aún santificado[14].

12 He aquí, vengo presto, y mi recompensa conmigo, para retri- 13 buir a cada uno según es su obra[15]. Yo soy el alfa y la omega, 14 el primero y el último, el principio y el fin[16]. ¡Dichosos los que lavan sus largas ropas, para que sea su derecho al árbol de la 15 vida, y por las puertas entren en la ciudad[17]! ¡Fuera los perros[18], y los hechiceros, y los fornicarios, y los homicidas, y los 16 idólatras, y todo el que ama y practica la mentira[19]! Yo, Jesús, he enviado mi ángel para testificaros estas cosas sobre las iglesias[20]. Yo soy la raíz y la descendencia de David, la estrella bri-

14. Que quien, después de todas las revelaciones de la verdad y de la voluntad de Dios, después de todos los serios llamamientos que ellas encierran, quiera quedar *injusto* e *inmundo* (Jac. 1:21); ¡lo haga por su cuenta y riesgo! Se volverá cada vez peor (2ª Tim. 3:13) y así él mismo se consagrará a la perdición. Pero que quien ha puesto el pie en la senda de la *justicia* y de la *santidad* ande con paso cada vez más firme, pues el triunfo, la recompensa eterna está delante de sus ojos (v. 12). El texto recibido (*minúsc.*) tiene: "sea justificado", en lugar de: *practique la justicia* (literalmente: haga justicia).

15. Isa. 40:10; Sal. 62:13; Apoc. 20:12, nota. Gr. *como es su obra,* según *Sin., A.* Se lee en *Q, minúsc.*: como *fuere* su obra. Versiones y Padres tienen: *según sus obras.* El singular es preferible: se trata de *la obra* de toda la vida.

16. Designación de Dios (1:8; 21:6; Isa. 44:6), que Cristo se atribuye, como en 1:17; 2:8.

17. Véase sobre el *árbol de la vida* v. 2, 2ª nota. Tener la libertad de *entrar por las puertas* en la ciudad, es tener *derecho* de ciudadanía en ella. Comp. 21:25, 27. Sólo tienen este derecho los que hubieren *lavado sus largas ropas,* es decir purificado, santificado su vida. ¿Cómo? Juan ya lo ha indicado en 7:14. En lugar de: *que lavan sus vestiduras* (*Sin., A*), se lee en *Q, mayúsc.*: *que hacen sus mandamientos.*

18. Los impuros (Fil. 3:2; Mat. 7:6.)

19. Comp. 21:8, nota.

20. Variantes: *a las iglesias* (*minúsc.*), *en las iglesias* (*A*), *para* o *sobre las iglesias* (*Sin., Q*), en vista de ellas en su intención o propósito. Este *testimonio* concierne a todas, y es de una autoridad suprema. *Yo, Juan* (v. 8); *yo, Jesús* (v. 16); el Maestro confirma la palabra de su discípulo. (Comp. v. 20). Es ésta la primera vez, en el Apocalipsis, en

17 llante, matutina[21]. Y el Espíritu y la Novia dicen: ¡Vén! Y el que oye diga: ¡Vén[22]! Y el que tenga sed, venga; ¡el que quiera tome agua de vida gratuitamente[23]!

18 Yo doy testimonio a todo el que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguien pusiere algo en ellas, pondrá Dios en él 19 las plagas que están escritas en este libro; y si alguien quitare de las palabras del libro de esta profecía, quitará Dios su parte del árbol de la vida y de la santa ciudad, que están escritos en este libro[24].

que el Señor se designa a sí mismo por el nombre de *Jesús.* Algunos intérpretes piensan que *el ángel* enviado por Jesús, es el vidente mismo; en Malaquías 2:7, el sacerdote es llamado un *ángel* (enviado) del Eterno. Pero es más natural ver en él *al ángel* (1:1, 5ª nota) o a *los ángeles* que a menudo son mencionados, en el curso del libro, como intermediarios de la revelación. Aquellos a quienes el ángel es enviado (para *testificaros*) serían entonces Juan y los pastores de las iglesias que tienen que publicar su mensaje en medio de ellas.

21. Los nombres que Jesús se da indican el contenido y la importancia del *testimonio* que su ángel ha dado. El es *la raíz y la descendencia de David,* es decir el Mesías. Véase sobre este término de *raíz de David,* tomado de Isaías 11:10, y explicado aquí por el vocablo *descendencia,* 5:5, nota. El ha cumplido en este mundo su obra redentora, y, como *la estrella de la mañana* (comp. 2:28), traerá pronto, con su regreso glorioso, la luz del pleno día, que disipará todas las tinieblas.

22. El Señor Jesús dice y repite: *Yo vengo presto* (v. 7, 20); el *Espíritu* de Dios en el corazón de los fieles (Rom. 8:15, 16; Gál. 4:6) y la *Novia,* la Iglesia entera del Salvador (21:2, 9), le responden suspirando por su aparición: *¡Vén!* Y Juan exhorta a *cualquiera que oye* este llamamiento del Espíritu y de la Novia a unir su voz a la ardiente y unánime súplica de la Iglesia: *¡Vén!* Hacer subir o no este grito del corazón hacia Jesús es la señal cierta de que uno está o no está en comunión con él. Para toda alma regenerada, la venida de su Salvador es el motivo supremo de su gozo; para el mundo, es un motivo de terror.

23. Comp. Juan 7:37; Apoc. 21:6; 22:1, notas.

24. *Si alguno añadiere, Dios hará venir* (Gr. *añadirá*) *sobre él...* Prohibiciones semejantes a no *añadir* nada ni *quitar* se encuentran en el Deuteronomio (4:2; 12:32.) La amenaza formulada por Juan puede parecer de una severidad excesiva. Lutero encontraba en ella un motivo para dudar de la autenticidad del Apocalipsis. No hay que olvidar, sin embargo, que el apóstol reclama tal respeto por su escrito, porque ve en él la obra de Dios (1:1.) Pablo también pronuncia un anatema sobre todo el que anunciare otro evangelio que el suyo, porque él había recibido este evangelio por una revelación de Jesucristo (Gál. 1:8, 12.) Es verdad que Pablo reclama la maldición del cielo sobre los que trastornaren los principios mismos del evangelio de la gracia, mientras que Juan pronuncia la condenación eterna de los que añadieran o quitaran *de las palabras del libro de esta profecía.* Pero cambios introducidos, ora en el cuadro que el Apocalipsis traza del porvenir, ora en sus exhortaciones prácticas (1:3, nota), podían tener graves consecuencias. Esas alteraciones serían ade-

20 Dice el que testifica estas cosas: Sí, vengo presto. ¡Amén; vén, 21 Señor Jesús[25]! ¡La gracia del Señor Jesús sea con todos[26]!

cuadas para apartar las almas de la verdad, única que puede asegurarles una *parte del árbol de la vida.* Expondrían a la Iglesia a relajar su vigilante espera del Señor, a ver disminuir su esperanza y a ser debilitada en las luchas temibles que debe sostener.

25. v. 7, 12, 17. Este *amén* pertenece, no a las palabras pronunciadas por el Señor, sino a la respuesta de la Iglesia: *¡Amén, vén!*

26. Tal es el texto de *A,* adoptado por la mayor parte de los críticos. Westcott y Hort prefieren el texto de *Sin.,*: *con los santos. Q* tiene: la gracia del Señor *Jesucristo* sea *con todos los santos.* Todos los críticos, siguiendo a *A,* omiten un último *amén,* que se lee en la mayor parte de los manuscritos y de las versiones. *¡La gracia!* A ella vuelven siempre los hombres de Dios. Que hayan sido arrebatados hasta el tercer cielo, o que hayan contemplado en sus visiones sublimes todos los esplendores de la ciudad santa, apelan siempre a *la gracia,* no quieren ser salvados sino por gracia y no subsistir sino por ella.
